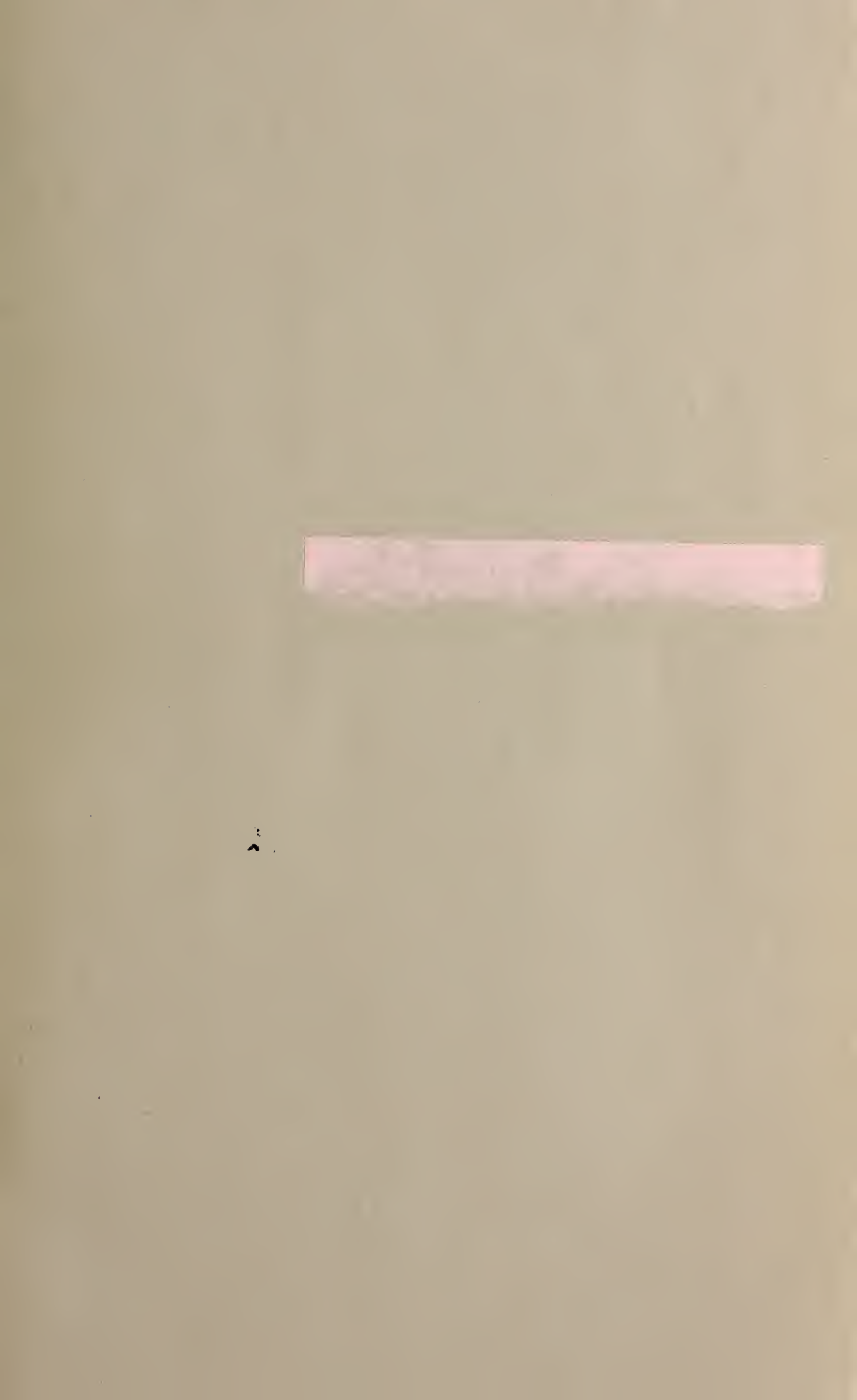


Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO X

TOMO XXX
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1922)

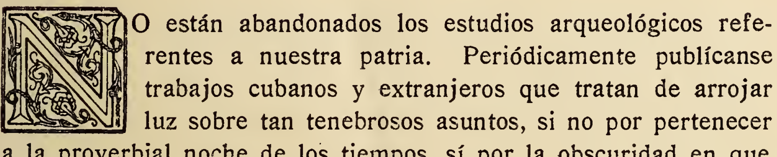
DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

Cuba Contemporánea

AÑO X

Tomo XXX. La Habana, septiembre 1922. Núm. 117.

HISTORIA DE LA ARQUEOLOGIA CUBANA (*)



NO están abandonados los estudios arqueológicos referentes a nuestra patria. Periódicamente publícanse trabajos cubanos y extranjeros que tratan de arrojar luz sobre tan tenebrosos asuntos, si no por pertenecer a la proverbial noche de los tiempos, sí por la obscuridad en que los han mantenido el relativo abandono de los primeros cronistas de Indias y la falta de una dedicación sistemática y científica a esas investigaciones.

Los estudios y exploraciones arqueológicos en Cuba, se han ido realizando hasta ahora esporádicamente, y debidos casi exclusivamente al esfuerzo particular, sin que pudieran subvencionarlos los centros culturales no dotados a ese punto y sin que ningún magnate de la riqueza haya sentido la vanidad siquiera, ya que no el patriotismo o el amor a la cultura, de unir su nombre a empresa científica de las que tanto lustre dan en otros pueblos.

Todos los estudios arqueológicos cubanos, y los antillanos en general, que les son anexos o complementarios, han sido hasta ahora debidos a cubanos, españoles, ingleses, americanos y franceses, publicados en diversos idiomas, y en ediciones escasas y hoy casi perdidas, fragmentarios y desligados no pocos de ellos de un riguroso nexo científico con la marcha de los conocimientos contempo-

(*) Comunicación a la *Societé des Americanistes*, de París.

ráneos, tan rápida en este campo de la etnografía comparada y en sus ciencias auxiliares, la sociología, la filología, la geología, etc. Por eso vemos cómo a menudo en artículos históricos, y hasta en obras de mayor fuste o pretensión, se dan todavía como buenas, ideas y conceptos que, mantenidos desde los días del descubrimiento colombino, deben ser ya retirados por un juicio moderno; y cómo los antillanos ignoramos por lo general quiénes fueron los aborígenes de nuestra tierra, y desconocemos su exacta posición etnográfica en la estratificación cultural de la especie humana, contentándonos con la repetición de viejas observaciones, desprovistas de una positiva interpretación científica.

La prehistoria antillana está en pañales; la etnografía prehispánica es una nebulosa; la sociología de los indios cubanos, su religión, su familia, su economía, su política, está por escribir y acaso hasta por pensar.

Y cuando el estudioso quiere orientarse en esas negruras casi insondables del pasado, hállase ante el obstáculo de una bibliografía, no por escasa menos enmarañada, que a manera de arcabuco, para decirlo bien criollamente, le dificulta el paso, y le obliga a gastar energías y tiempo en abrir picado donde ya debiera haber, si no camino real abierto y seguro, y hasta con cangilones por el mucho rodar por él, al menos una trocha bien trazada, que a modo de camino seronero nos abreviara siquiera el trabajo del desmonte.

Por eso hará obra buena a nuestro avance científico el cubano que, con la debida preparación, resuma el esfuerzo de quienes se aventuraron en la espesura, picaron nuevas veredas, y hasta algo trozaron y rozaron e hicieron sementera de ideas, que otros ahora pueden ya recoger.

La obra de Harrington

Pero esta labor la está haciendo un norteamericano, quien en dos tomos, apenas llegados a Cuba, no sólo refleja los esfuerzos pasados y los descubrimientos hechos en el campo de la prehistoria cubana, sino que aporta a él sus personales y provechosas exploraciones, hallazgos y teorías.

El trabajo de Mr. M. R. Harrington, que así se escribe este nuevo nombre en la historia de la ciencia cubana, responde opor-

tunamente a un vivo anhelo, pues tiempo hacía que los aficionados a los estudios de etnografía cubana, en su rama dedicada a los primeros pobladores, ansiaban la publicación de un libro, que recogiendo las múltiples observaciones esparcidas por obras y revistas, y aprovechando los ejemplares más notables de los museos, diera una síntesis del estado de la etnografía prehistórica de nuestra patria, o sea de los pueblos indios que habitaban la isla de Cuba, cuando su descubrimiento por los europeos.

El esperado libro acaba de publicarse y su edición presta un señalado servicio a la ciencia cubana. El libro, por su aspecto sintético, merece ser considerado como una introducción indispensable a todo serio estudio histórico de Cuba; y la ocasión de dar al gran público la noticia de su edición, parécenos obligada para extendernos en su comentario algo más de lo que aconsejaría una simple recensión bibliográfica. Así pues, hemos de tratar de condensar en breves párrafos el estado presente de los estudios de etnografía prehistórica cubana, cuál es su bibliografía fundamental y cuáles las orientaciones más autorizadas, tales como se reflejan en las recientes obras.

No pudiendo llegar ahora a la traducción de la obra, que bien merecida es por el autor y bien recibida por el público habría de ser, aprovechémonos del momento bibliográfico no sólo para extractar en sus líneas principales la notable publicación, con lo cual habremos escrito, en realidad, un resumen del estado actual de las corrientes predominantes en la arqueología cubana; sino para—a guisa de comentario crítico, que la bondad del autor y del lector nos han de permitir—, ampliar alguna observación, acumularle uno que otro dato, diferir de muy pocos juicios, y completarlo salvando alguna omisión que no debe tenerse por justificada, con lo cual creemos satisfacer la creciente curiosidad cubana en ese ramo de la ciencia, y demostrar con cuanto interés son aquí recibidas obras como la que estas páginas motiva, y cuan seria consideración e intelectual estima nos merecen el libro y su autor, que ya pueden considerarse como incorporados al acervo científico nacional.

En esta exposición sucinta de la historia de nuestra arqueología y del estado de sus ideas, sería mejor prescindir en algunos casos del carril que nos ha dado el libro de Harrington, pero no tratamos de hacer obra original, sino comentar como es debido el importante

libro, y con ocasión del mismo, ampliarlo con datos omitidos, y exponer puntos de vista y criterios de otros hombres de ciencia, que el nuevo autor no ha creído prudente recoger ni analizar.

El lector, a ello aspiramos cuando menos, podrá darse una idea sintética de la arqueología cubana, como guía para poder acometer su estudio con método y provecho. Ojalá que este ensayo pueda avivar el amor científico por las cosas de nuestra patria, que tan necesitada está del cariño intenso y de todo el esfuerzo mental y moral de que sean capaces sus hijos.

Para mejor servir el propósito que nos anima y hacer más fácil y llevadera la lectura a quienes no se sientan especialmente atraídos por estos estudios de antiguallas, habremos de distribuir nuestra tarea en tres jornadas: una, la presente, dedicada a la "historia de la arqueología cubana", reseñando los esfuerzos hechos, los éxitos alcanzados y el arsenal bibliográfico y de museos con que se cuenta; otra, una segunda, que será objeto de trabajo aparte, para referir "los últimos notables descubrimientos arqueológicos de Booy y Harrington en Cuba"; y otra, en fin, si *Mabuya* no lo impide, que estudiará la parte reasuntiva, aun inédita, de la obra del etnógrafo norteamericano acerca de "la civilización cubana prelatina".

El libro en cuestión ha sido redactado en inglés por M. R. Harrington y se titula *Cuba before Columbus*. La edición se ha hecho en Nueva York, con fecha de 1921, y por méritos de la *Heye Foundation* y del *Museum of the American Indian,* formando un trabajo monográfico de las series relativas a los aborígenes de América, que aquella institución científica patrocina y lanza a la publicidad bajo el rubro genérico de *Indian Notes and Monographs,* en noble competencia con otros institutos científicos de Washington, Boston, Chicago, Filadelfia, San Francisco y de la misma Nueva York.

Hasta la fecha sólo se ha publicado la *primera parte* de la obra, comprendiendo dos tomos de unas 250 páginas cada uno, con numerosos grabados de dibujos del natural y fotografías. Pero esta primera parte constituye ya por sí sola una importantísima contribución a la arqueología cubana, y por su redacción podrá ser presentada como obra independiente y de propio valor.

El principal objeto de la obra es exponer los resultados de las exploraciones arqueológicas verificadas en Cuba por el *Museo del*

Indio Americano, o sea la *Heye Foundation* durante el año 1915 y parte de 1919, pero el autor declara que ha de extenderse a dar un completo resumen de las investigaciones de esa índole practicadas anteriormente, y a tratar de explicar, después, el estado social, vida y costumbres de los habitantes precolombinos de Cuba.

La primera parte de la obra contiene dicho resumen, breve reseña de las exploraciones practicadas, de las colecciones arqueológicas existentes, de la bibliografía, de las opiniones fundamentales mantenidas por nuestros arqueólogos, y de los trabajos originales llevados a cabo por el autor, Mr. Harrington, por encargo de la *Heye Foundation.*

La segunda parte, aun inédita, contendrá un estudio especial de los indios de más avanzada cultura, o sean los *tainos,* cuyos restos se han encontrado en la parte oriental de Cuba; los escasos recuerdos de su historia, religión, lenguaje, tradiciones, costumbres, artes, manufacturas e industrias; sus relaciones con los indígenas de las otras Antillas y con el Continente americano; es decir, contendrá una reconstrucción de la etnografía *taina* y un estudio de la otra cultura más primitiva que hubo en Cuba, tal como permitan los escasos datos disponibles.

Harrington, desde la introducción de su libro, fija que en Cuba hubo dos razas indias. Una, la de cultura más atrasada, vivió en todos los ámbitos de la isla y parece haber sido la autóctona, a la cual, con el apoyo de la autoridad del P. Bartolomé de Las Casas, se llama *ciboney,* o *siboney,* como hoy suele escribirse. La otra raza, o civilización más avanzada, que predominó en la parte oriental de Cuba, habiendo inmigrado de Haití, es llamada *taina.* Según el P. Las Casas la voz *ciboney* se aplica a los "naturales y nativos de esta isla"; y según Pedro Martir de Angleria, el vocablo *taino* se refería a las pacíficas tribus *aruacas* (1) de la isla Española, contrastando con las guerreras y agresivas de los *caribes,* que habitaban las Antillas Menores. Algún convencionalismo encarna acaso el uso de esos vocablos étnicos, pero es admitido generalmente, y es indispensable, ya que la denominación de *ciboneyes*

(1) Al traducir el vocablo inglés *arawak,* lo escribimos como se hiciera ya hace siglos por autorizado cronista indiano, antes de que el vocablo se difundiera y escribiera en inglés. En otra ocasión se dirá porqué es de estimarse preferible esta forma *aruaca* a otras que corren por ahí, más o menos deformadas en su *región* central, como sucede con esos misteriosos cráneos, que suelen hallarse en las cavernas orientales de Cuba.

con que genéricamente se pretende en Cuba significar *a todos* los indios precolombinos, carece de una básica realidad científica, y debe cesar su equívoco uso en los centros de instrucción.

Las primeras exploraciones y estudios.

El capítulo inicial del libro de Harrington está dedicado a *Las primeras exploraciones arqueológicas y los problemas que comprenden.*

Sorprende, dice, que en cuatro siglos de colonización no hayan sido encontrados restos arqueológicos en toda la isla y que no se conozca con detalle la vida de los aborígenes. Las colecciones son, contra lo que pudiera esperarse, pocas y localizadas casi de un modo exclusivo en la extremidad oriental de Cuba, y muy poco es conocido de los antiguos pobladores.

Esto sorprende tanto más, cuanto que no puede ser atribuído a que la isla estuviese despoblada en su mayor parte, puesto que los primeros colonizadores nos informan de que toda ella estaba habitada; ni puede achacarse a dificultades de orden material, pues, precisamente, la región que hasta ahora ha dado la mayor cantidad de reliquias indias es la de más difícil acceso, por sus costas abruptas y rugosas montañas, mientras que las zonas de fácil e intenso cultivo, que en otros países son las que procuran mayores restos de los antepasados, en Cuba son las menos ricas en arqueología.

Harrington atinadamente atribuye este fenómeno a que la mayor parte de la isla fué poblada, hasta una época cercana al descubrimiento por Colón, por un pueblo de tan sencilla civilización, como el *ciboney,* que en los pocos productos de su trabajo que le han sobrevivido, sólo puede ser reconocida la huella humana por el experto arqueólogo y no por el profano; mientras los ídolos esculpidos, la decorada cerámica, los *dujos,* los cráneos deformados, y las piedras simétricas y pulimentadas, que atraen la vista hasta de la gente inculta, se encuentran en la mitad oriental de Cuba, donde habitaban los *tainos,* los más cultos de los indios cubanos.

La primera noticia de carácter arqueológico cubano, que hemos podido hallar, no apuntada por Harrington, fué dada en 1779 y recogida por el primero de los cerebros de Cuba, José A. Saco, quien en su *Colección de Papeles científicos, históricos, políticos,*

y de otros ramos sobre la Isla de Cuba. (París, 1858, fº 1º pág. 408) colecciona la siguiente nota, bajo el epígrafe de *arqueología cubana:*

Gaceta de Madrid de 7 de mayo de 1779. Madrid. Imprenta Real de la Gaceta.

Bajo la rúbrica *Cuba, 5 de febrero,* se lee la siguiente curiosa noticia arqueológica: En la hacienda de Sabanalamar, distante 40 leguas al Este de esta ciudad, se han encontrado en una cueva dos estatuas de madera de guayacán negro (llamado comúnmente *palo santo)* las cuales representan a un indio y una india enteramente desnudos, la mujer en pie con una corona de la misma madera, y el hombre sosteniendo una fuente con los codos y rodillas, de suerte que, puesto de espaldas en tierra, viene a servir su pecho como de mesa. La altura de dichas estatuas es de vara y cuarta, sus caras feroces, y los demás miembros bien proporcionados. Los muchos años, que estaban en aquel paraje, por naturaleza húmeda, manifiestan la incorruptibilidad de su materia (2). Se han conducido a casa de Don Juan Antonio Caballero, capitán reformado de Milicias, y dueño de la heredad donde se encontraron, quien comunicó la noticia, para que se dispusiese traerlas aquí por mar en la primera ocasión.

Como puede observarse, trátase de un ídolo femenino y de un *dujo* o *metate,* lastimosamente perdidos.

Otro artículo erudito con el título de *¿Los Indios de América son o no lampiños?* (Ibidem, pág. 352) amen de otro en la *Revista Bimestre Cubana* (1834) sobre *Las ruinas de Palenque en la América Central,* ayudan a demostrar el amor de Saco por estos estudios etnográficos, como no podía menos de suceder en quien había escrito sus dos macizas obras sobre la *Historia de la esclavitud.*

La primera exploración arqueológica que Harrington reseña es la de Miguel Rodríguez Ferrer, español que por el año 1847 se interesó en los hallazgos de prehistoria, y cuya obra principal *(Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba.* Madrid, 1876) vió la luz unos treinta años después. Publicó, además, una memoria al *IV Congreso Internacional de Americanistas,* acerca *De los terrícolas cubanos con anterioridad a los que allí encontró*

(2) El guayacán es tan duro, que Antonio de Herrera afirma que su madera es incorruptible. *Dec.* 8, lib. 4º. cap. 9º. [Nota de J. A. Saco.]

Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta Isla. (Madrid, 1881).

En Mayarí descubrió las *hachuelas de piedra,* esas piedras muy pulimentadas, que Harrington da hoy como características de la arqueología *taina,* y que el pueblo decía entonces y sigue diciendo que son *piedras de rayo,* influenciado sin duda, pensamos nosotros, por las supersticiones africanas de los negros *lucumíes,* que las dedican al dios *Shangó,* o dios del trueno de su bárbaro panteón; como han hecho lo mismo pueblos de Europa en los estratos inferiores de su evolución cultural.

Esas hachas de diorita y serpentina están pulimentadas con tal arte, que Rodríguez Ferrer creyó que eran impropias de los indios precolombinos y traídas acaso de Yucatán, donde es sabido que imperó desde tiempos muy remotos una civilización superior. Harrington comenta cuán sorprendido estaría aquel arqueólogo si le hubiesen dicho que cavando en las regiones donde las *piedras de rayo* fueron halladas, habría encontrado también las hachuelas en las varias fases de su construcción, penosamente elaboradas con rudos martillos y bruñidores de piedra, descubiertos al propio tiempo.

El autor recuerda que Rodríguez Ferrer descubrió dos ídolos: uno de piedra de figura semihumana, hallado cerca de Bayamo, hoy en el Museo de la Universidad de La Habana; y otro ídolo, en forma de hacha ceremonial, con una cabeza humana esculpida, descubierto en la cueva Ponce a tres leguas del cabo Maisí, hoy en un Museo de Madrid. También creyó en este caso Rodríguez Ferrer, que dado el arte avanzado de esas obras, su origen debía buscarse entre los indios *mayas* del Yucatán, pero Harrington dice haber él hallado ídolos en proceso de construcción entre los restos de los *tainos;* aparte de que los abundantes descubrimientos hechos después que medió el siglo pasado, en Cuba, como en las demás Antillas y en el mismo Yucatán, demuestran lo erróneo de la hipótesis de Rodríguez Ferrer y la distinción entre las culturas *taina* y *ciboney* de Cuba y las varias *yucatecas.*

El mejor servicio prestado a la ciencia cubana por Rodríguez Ferrer, fué, sin embargo, su exploración verificada en Camagüey en busca de ciertos *caneyes,* o sean pequeños lometones circulares, que se alzan sobre el nivel de tierra circundante, hallados en la

costa al Sur de Camagüey, conteniendo huesos, trozos de *burenes* y otros restos de los indios. A esos *caneyes,* digamos, se les ha venido llamando *caneyes de muertos,* y así se llamó el cayo, cerca de Santa María de Casimba, donde exploró Rodríguez Ferrer. Allí encontró numerosas conchas y huesos. Llevóse una quijada a Madrid, la cual años después fué estudiada por prominentes antropólogos, quienes determinaron no solamente ser humana, sino muy antigua. Y éste fué el primer hallazgo cubano correspondiente a un sér humano prehistórico.

Este descubrimiento fué promovido por un artículo publicado en las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País* en 1843, dando cuenta de noticias suministradas por el cubano Dr. Bernabé Mola, al cual, en rigor, digamos nosotros, debe, pues, serle atribuído el mérito de haber descubierto el primer *burial-mound, enterrorio* o *caney de muertos,* en la historia de la arqueología cubana.

En agosto de 1847, hallándose en Hacienda Bermeja, cerca del río Caney, entre Manzanillo y Bayamo, Rodríguez Ferrer exploró el primer *refuse-heap, midden* (3), o *kjökkenmödding* descubierto en Cuba.

Atraído por falsos informes de ruinas en Maisí, acudió a Pueblo Viejo, cerca de la Gran Tierra de Maya, y descubrió un cuadrilátero de bancales o terraplenes artificiales, que el explorador no se atrevió a reconocer como obra humana. Rodríguez Ferrer, no obstante, expuso su analogía con las obras indias del valle del Mississippi, pero no pudo llegar a escribir su estudio. Esa fué la primera exploración de una obra de terraplén cubana.

En otro viaje halló una caverna cerca de la Cueva del Indio,

(3) Habiéndose iniciado el estudio de esa clase de depósitos o monumentos arqueológicos, en cuanto a las Antillas se refiere, por los anglosajones, se sigue generalmente la nomenclatura en inglés. En cuanto a los *burial-mounds,* nuestros guajiros nos han dado ventajosamente la locución *caney de muertos* para traducirla. En cuanto a los *refuse-heap* o *midden,* en atención a que en ellos es característica la acumulación de conchas y caracoles marinos, nos permitiremos adoptar el vocablo *conchal,* formado correctamente según las buenas leyes idiomáticas (de *concha* y la desinencia abundancial *al)* y que viene siendo usado por los etnólogos suramericanos. En Venezuela se usa el vocablo *cerrito* para traducir el genérico *mound,* y no nos parece mal. En Cuba, se pueden subdividir los *mounds* en *caneyes de muertos, conchales y lometones,* según que contengan huesos humanos, sólo conchas, o los llamados *restos de cocina.* En más propicia ocasión habremos de insistir sobre la fijación de una definitiva nomenclatura arqueológica en castellano y adaptable a Cuba.

donde en un rincón se encontraron varios cráneos aplanados artificialmente en la región frontal, depositados en una que debió de ser bóveda funeraria, descansando sobre gruesa capa de guano de murciélago. Rodríguez Ferrer, basándose en los relatos de los historiadores, deducía que esos cráneos no pertenecían ni a *ciboneyes* ni a *caribes*. Este fué el primer hallazgo de cráneos deformados.

Rodríguez Ferrer exploró también una cueva en Cabo Cruz, con huesos humanos. Además de estos descubrimientos, el arqueólogo español en su obra relaciona hallazgos de huesos humanos en las cuevas de Cuyaguateje de Pinar del Río, y en las de la hacienda *Salamanca*, de Remedios (4), y el inverosímil de una gruta con mesas, asientos y vajilla de piedra cerca de Banes.

Todos estos datos fueron reproducidos por Rodríguez Ferrer en una Memoria presentada por él al Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Madrid en 1881, en la cual reiteraba su autor el erróneo criterio de que esos restos arqueológicos no podían pertenecer a los indios que recibieron el primer contacto de la civilización europea.

La obra y los méritos de Rodríguez Ferrer quedan plena y justamente reconocidos y apreciados en el libro de Harrington.

En 1850 *El Fanal*, de Puerto Príncipe, recogía la noticia de un descubrimiento de restos indios cerca de Morón por Francisco Rodríguez. Tratábase de un lometón con restos de jutías y otros animales, utensilios indios e ídolos. Eusebio Jiménez, de Morón, continuó las excavaciones aumentando los restos descubiertos. Andrés Poey dió gran importancia a estas investigaciones, especialmente al hallazgo de una quijada de animal, que se creyó perteneciera al famoso "perro mudo" de que tratan los primeros cronistas de Indias, sosteniendo que ese perro no era realmente un perro, en vista del hueso hallado, y de no conocerse ejemplar alguno de tal especie. Harrington comenta que en su expedición de 1915 halló huesos de "verdaderos perros" en lo más profundo de los depósitos arqueológicos de los indios, cerca del cabo Maisí, lo cual vuelve el crédito a los tan llevados y traídos historiadores acerca del "perro mudo."

Si el caney de muertos de Rodríguez Ferrer fué el primero que

(4) Suponemos que sean las llamadas de Taguayabón.

se excavó en Cuba, el de Morón fué el primero gráficamente reproducido.

Andrés Poey fué el cubano que estimuló las exploraciones en Morón, y sus estudios se presentaron a la *American Ethnological Society of New York,* sobre 1853, con el título de *Cuban Antiquities; a brief description of some relics found in the island of Cuba,* traducido en la *Revista de la Habana* (tomo IV, pág. 12 y siguientes, 1855) con una nota adicional de J. de J. A. García. En ese trabajo Poey inicia dos teorías, después comprobadas; la de la similitud de cultura entre esos indios antecolombinos y los de Haití, y la que, apoyando a R. Schomburgk (1851), sostenía que aunque los aborígenes de Cuba y Haití habían desaparecido, por los vocablos de su toponimia se podía inferir que el pueblo que inventó esos nombres geográficos era el mismo de las tribus *caribes* y *aruacas* de las Guayanas.

Además, pretende demostrar A. Poey en un ídolo cubano, el falo religioso indostánico, el anillo bramánico del universo, el *yoni* y el *lingam;* sugestionado, sin duda, por el inglés Walton. Nada conduce a demostrar la certeza de ese juicio; pero hay que convenir en que, aunque sin base documental, el idolito indio, otros datos concurrentes impropios de este estudio y la extensión universal del culto fálico permiten presentar la hipótesis para un estudio más positivo y documentado en el porvenir.

J. de J. Q. García, en la referida nota adicional (pág. 38), cita el mapa de D'Aerville, acerca de *L'isle Espagnole, sous le nom indien d'Hayti, ou comm'élle é etoit possedée par ses habitants naturels lors de la decouvèrte, avec les premiers Etablisements des Espagnols* (1731), y compara estos dibujos de *cemíes* con los que D'Aerville insertó en su mapa, que puede verse, dicho sea de paso, en la obra del P. Charlevoix *Histoire de L'Isle Espagnole ou de S. Domingue* (Amsterdam, 1733, T. 1º, pág. 80); y, además, cita García las investigaciones de Schomburgk; pero no aporta idea alguna original a las ya divulgadas por Rodríguez Ferrer y A. Poey.

De esta época es también, el libro de José M. de la Torre, *Compendio de Geografía Física, Política, Estadística y Comparada de la Isla de Cuba* (La Habana, 1854), en el cual declara que aun se encuentran indios, supervivientes de las hecatombes colonizadoras,

si bien mezclados con mulatos (pág. 59), en los poblados y campos de Caney, Santa Rosa, Tiguabos, Ti Arriba, Jiguaní y Holguín.

El cubano Fernando Valdés Aguirre publica unos *Apuntes para la Historia de Cuba Primitiva* (París, 1859), bien intencionados, pero llenos de ingenuidades. Tiene teorías originales, pero faltas de depuración científica. Sostiene que América y Africa estuvieron unidas cuando ya el hombre había aparecido en la Tierra; que los indios antillanos son los mismos *guanches* o pobladores antiguos de las islas Afortunadas o Canarias; y, basándose en leyendas mejicanas, citadas por el cronista Ixtlilxochitl, afirma que Cuba civilizó a Yucatán (pág. 40), y a Méjico (pág. 48), por medio de Votán, "legislador cubano", quien "salió de La Habana para ir a Palenque", según nos dice. El entusiasta compatriota se refiere a la *Historia de Nuestra Señora de Izamal* por Lizama, donde así se asegura; a un manuscrito atribuído a Ordóñez, existente en el Museo Nacional de Méjico, y a la *Historia de Yucatán* del P. Cogolludo, quien recogió tradiciones según las cuales la ciudad yucateca de Mayapán se fundó por el gran sacerdote cubano Zamma, compañero de Votán, e inventor de los jeroglíficos *mayas*. La ciencia contemporánea, aparte de descubrir en toda América las leyendas de grandes reformadores de origen ultramarino (Votán, Quetzalcoalt, Viracocha, etc.), no da por aceptables las fantasías de los que por defectuosa interpretación de mitos, hacían de Cuba el centro irradiador de una civilización superior, que no se conoció en la época prehispánica de este país.

E. G. Squier es, después de A. Poey, recordado por Harrington, por haber observado desde la ventanilla de un tren *(Discovery of ancient tumuli in the Island of Cuba, The Century,* junio de 1860) que en una región de unas 30 millas, entre Bemba (hoy Jovellanos) y Unión, hay (o había) una porción de supuestos túmulos, *caneyes de muertos o lometones,* de 3 a 6 pies de alto y de 30 a 60 de diámetro; en algunos sitios dispuestos en largas hileras. Pero no se llegó a la exploración, y esas vislumbradas riquezas arqueológicas o eran ilusión, o están intactas, o han sido perdidas para la ciencia en la anónima destrucción de nuestros montes para cultivo de cañaverales.

En las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País,* (T. XX, pág. 516) se trata de los "huesos de animales desconoci-

dos" que se han visto en las cuevas de Taguayabón, entre Camajuaní y Remedios, zona donde, según allí se dice, "con frecuencia al abrir pozos y otras excavaciones a 6 o 7 varas se han encontrado capas de carbón vegetal". Esa comarca fué indudablemente poblada por los autóctonos y de ahí proceden algunas hachas petaliformes de jadeíta (una de ellas, con otro objeto, poseída por el autor de estas páginas); y es de lamentar que así en esa región, como en las cuevas de Caguanes o Caguana, cerca de Yaguajay, y en otras de las sierras al norte de Santa Clara, no se hayan hecho aún serias exploraciones arqueológicas, que todos los indicios permiten asegurar que habrían de ser muy fructíferas.

En 1865 el sabio naturalista cubano Felipe Poey publicó un estudio titulado *Cráneo de un indio caribe (Repertorio Físico-Natural de la Isla de Cuba,* La Habana, 1865, T. 1º, pág. 150), analizando el aplanamiento fronto-parietal de un cráneo hallado en Cuba y antes examinado por Rodríguez Ferrer, y dedujo su procedencia étnica *caribe,* de un acucioso trabajo comparativo con la calavera de un indio *caribe* de la isla antillana de San Vicente. Esta opinión se fijó, por decirlo así, en Cuba, dándose después el calificativo de *caribes* a todos los cráneos deformados, que se han venido poniendo al descubierto en esta isla, hasta los días contemporáneos en que viene siendo contradicha esta calificación sistemática. Pero, como decía con acierto el Dr. de La Torre en la conmemoración del último aniversario de Felipe Poey, en la Sociedad de Historia Natural que lleva su nombre, este trabajo del eminente cubano demuestra cómo llevó su genialidad científica hasta esa rama de las ciencias naturales.

Acerca de este estudio acaba de emitir el muy competente profesor de Antropología Dr. Arístides Mestre. *(Poey en la historia de la antropología cubana, Revista de la Facultad de Letras y Ciencias,* La Habana, enero-junio, 1922), el siguiente atinado comentario:

Si consideramos el momento de la ciencia Antropológica en que Poey formuló su juicio respecto de la mandíbula descubierta por Rodríguez Ferrer, estimándola humana, aquél crece de valor a nuestros ojos. En efecto, basta pensar que, precisamente por los años de 1846 y 1847 fué cuando Jacques Boucher de Perthes—por sus hallazgos de restos humanos fósiles y los instrumentos de silex que el hombre había tallado—derrocó la autoridad de Cuvier negando la existencia de dichos

restos. Entonces quedó establecida la *Prehistoria,* ciencia que ha realizado después adelantos incalculables en el capítulo de las razas fósiles, indicando las estrechas relaciones morfológicas entre los primeros hombres y los antropoides, y contribuyendo a reconstruir la evolución de la humanidad en cuanto al origen y desarrollo del trabajo y de las artes. Poey aceptó la mandíbula fósil humana seguramente antes de conocer el triunfo de Boucher de Perthes, que cambió por completo las viejas ideas sobre la antigüedad del hombre. Consignemos ese hecho con la misma muy justa satisfacción con que manifestamos otra vez que Poey interpretaba en 1854 con criterio darwinista la persistencia de los manjuaries contemporáneos de los reptiles secundarios, cuando la obra de Darwin sobre el *Origen de las especies* no se había publicado.

De esa época son varios otros trabajos interesantísimos, omitidos por Harrington, los cuales respondieron al avivado interés por esos estudios, con motivo de las antedichas publicaciones.

En 1880 se publica por Francisco Jimeno un estudio científico bajo el epígrafe de *Período prehistórico cubano (Revista de Cuba,* 1880, Vol. 7 pág. 449 y siguientes). Es un resumen de los descubrimientos hechos hasta entonces.

Se refiere a objetos, que parecen hoy perdidos, como son dos puntas de flecha, que llama "mesolíticas", y varias "piedras de rayo", según dice "buscadas con empeño por atribuírseles virtudes milagrosas y ser objeto de especulación, comprándolas los plateros para usarlas como bruñidores o como piedras de toque". Cuenta que posee cuatro ejemplares, y que no cree que sean hachas prehistóricas, ni originarias de las regiones de Cuba donde se hallaron.

Además, describe otros dos objetos de piedra, descubiertos cerca de la laguna de Guanamón. Uno es, dice, de pizarra silícea, como un pasador de los que usan los marineros para arreglar los cables; tiene dos decímetros de largo y tres centímetros en su mayor diámetro. En una de sus extremidades tiene un taladro bicónico. Jimeno no se explica el uso de ese utensilio y hasta lo cree moderno. El otro objeto es un cuchillo de esquisto pizarroso, de quince centímetros y medio de largo por cuatro y medio de ancho, con la punta encorvada. La falta de grabado no permite apreciar cumplidamente esos objetos. Jimeno concluye interesando atinadamente el estudio de las cavernas de Cuba.

Juan I. de Armas, escritor audaz y original, se significó en nuestra bibliografía científica por negar la deformación craneana

artificial (*Las gorritas de madera, El Triunfo,* 5 nov., 1884; *Les crânes dits deformés,* La Habana, 1885, y *La fábula de los Caribes,* La Habana, 1884), la antropofagia de los *caribes,* y la supervivencia de muchas voces indianas en nuestro lenguaje vernacular y en la onomatología zoológica y botánica de Cuba y demás Antillas (*Orígenes del Lenguaje Criollo,* La Habana, 1882). La ciencia parece haber fallado en esos tres pleitos, en contra del erudito cubano, pues las exploraciones científicas contemporáneas han puesto en evidencia la existencia de las deformaciones craneanas en varios pueblos americanos; así como los ritos antropofágicos, si bien no ha podido probarse el canibalismo habitual alimenticio, como pretendían algunos conquistadores, que interpretaron mal ciertos cultos y costumbres mortuorias; y en cuanto a la cuestión filológica, si bien Armas adujo etimologías aceptables contra el pretendido indianismo de todos nuestros vocablos de oscuro origen, no es menos cierto que aun mantenemos vivas numerosas voces del pasado precolombino.

Los folletos de Armas acerca del aplastamiento frontal de los cráneos fueron contestados en forma muy vigorosa por Manuel Sanguily en *Los Caribes de la Isla* (La Habana, 1884), quien demostró un completo conocimiento de la historia antillana; por José Rafael Montalvo en *Deformaciones artificiales del cráneo* (La Habana, 1884) y por A. Bachiller y Morales en *Los caribes flecheros o antropófagos* (*Revista de Cuba,* 1884). Todos estos trabajos pueden leerse en el mismo tomo XVI, el último, de la *Revista de Cuba,* de José Antonio Cortina. Faltaba a esos interesantes estudios toda la documentación que han producido las exploraciones etnográficas posteriores; ello explica cierta exageración de la dialéctica, que a veces condujo a generalizaciones precipitadas. De todos modos, esos estudios de Armas, Sanguily, Montalvo y Bachiller revelan una gran cultura paleoetnológica y entusiasmo por esos estudios, y fueron una de las más caracterizadas contribuciones cubanas al estudio de los aborígenes.

Posteriores investigaciones y estudios.

El capítulo segundo de la obra de Harrington, cuyo hilo venimos siguiendo, si bien anudándole no pocos datos y referencias, se ti-

tula *Posteriores investigaciones.* Comienza encomiando merecidamente la labor del sabio Dr. Luis Montané, ex Catedrático de Antropología de la Universidad Nacional. Citando de una vez sus varias notables aportaciones a este campo científico, recordemos los siguientes artículos e informes a Congresos científicos: *Un cráneo caribe* (La Habana, 1885), escrito acerca del cráneo aplanado, que motivara la polémica de Armas y Montalvo; *Excursión antropológica a las cavernas de la sierra de Banao* (Sancti-Spíritus, 1889); *Los mound-builders de Cuba* (Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias de La Habana en 1892); *Notas sobre arqueología cubana (Cuba y América,* 1901); *Conferencia sobre la cueva del Purial,* dada en la *Societé des Americanistes* de París (1904); *L'Homme de Sancti-Spíritus* en el "XIII Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistórica" (Mónaco, 1906); *En la sierra de Banao* (1907); *El hombre fósil de Cuba (Anales de la Academia de Ciencias,* 1911); *El indio de la Ciénaga de Zapata* (Conferencia dada en febrero, 1914); *El mound de Guayabo blanco* (1915); *El hombre prehistórico cubano* (Conferencia, abril, 1916), etc.

Otros importantes trabajos ha redactado el Dr. Montané sobre temas de antropología; pero son ajenos a la prehistoria cubana. Sabemos que a fines de este año (1922) ha de dar varias conferencias en París acerca de dicho tema, en la *Societé de Americanistes,* la célebre corporación científica que preside el eminente Prof. Verneau, y los cubanos las esperamos con justificada impaciencia.

Harrington pasa a analizar los descubrimientos de la cueva "Boca del Purial", primeramente sugeridos por Andrés Perdigón al Dr. J. F. Torralbas, y acometidos con éxito resonante por el catedrático de antropología. En 1888 Luis Montané inició sus exploraciones, que dieron por resultado el hallazgo de una serie de cráneos no deformados, cuyo yacimiento demostraba una colocación en semicírculo, dentro del cual, concéntricamente, estaban los huesos largos cruzados en forma de equis, más interiormente las costillas y huesos cortos, y en el centro del semicírculo los huesos pelvianos.

También se hallaron por Montané en una capa de cenizas, otros huesos humanos con huesos de jutías, pájaros, peces, conchas ma-

rinas y semillas de corojo. También se encontraron algunas piedras planas, de 5 a 7 centímetros de grosor, por 30 a 40 de largo y 20 a 30 de anchura, en cuya superficie ostentaban una concavidad, que demostraba ser aquellas piedras para moler granos, a manera de morteros; y, asimismo, piedras ovoidales que servían de martillos o *manos* de mortero. El carácter de los cráneos, su disposición y los objetos hallados, indicaban un conjunto arqueológico distinto a lo hallado hasta entonces, en el resto de Cuba.

Varios de los dientes hallados fueron más tarde reconocidos como procedentes de un mono no descrito, perteneciente al grupo general de monos americanos *(ateles)*, el cual, en honor del antropólogo cubano fué llamado por el argentino Ameghino *Montaneïa anthropomorpha.* Y una quijada humana fué, por Ameghino también, llamada del *Homo cubensis* por resultar según él distinta de las especies humanas hasta entonces estudiadas, y ser de una gran antigüedad. Sin embargo, no hemos de olvidar que esa opinión respetable del sabio argentino ha sido discutida por otros naturalistas y paleontólogos, y que las teorías de Ameghino no tienen hoy día la resonancia de antaño, especialmente después de los trabajos y deducciones de Ales Hrdlicka *(Early Man in South América,* 1912) en colaboración con Holmes, Willis, Wright y Fenner.

Indudablemente, a Montané corresponde el honor de esos trascendentales descubrimientos, y el de haber canalizado en Cuba los estudios paleontológicos, fuera del empirismo, llevándolos a métodos más rigurosamente científicos. Hoy Montané, retirado de la Universidad de La Habana, preside merecidamente en París la *Societé d'Anthropologie.*

Los citados hallazgos de Montané y otros provocaron, además, un interesante trabajo de José Manuel Mestre, *Una raza prehistórica de Norte-América: los terraplencros o mound-builders* (La Habana, 1884). Este estudio, leído en la *Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba,* que entonces estaba en su apogeo, fué escrito con el propósito de provocar la comparación con los hallazgos arqueológicos de Cuba; como años más tarde, en 1891, pudo apreciar Luis Montané en una excursión a Pueblo Viejo, Oriente, según *Los Mound-builders de la Isla de Cuba* (1892).

El Dr. Carlos de la Torre, sabio naturalista cubano, heredero de

las glorias de su maestro Felipe Poey, bien pronto se distinguió en los estudios prehistóricos, tan próximos a las ciencias naturales.

Los principales trabajos del Dr. Carlos de la Torre sobre arqueología prehistórica de Cuba son: *Arqueología de las Antillas, en especial de Puerto Rico* (discurso leído en la Sociedad Antropológica de La Habana, en 1885); *Excursión Arqueológica a Oriente (Anales de la Academia de Ciencias de la Habana,* 1890) y *Los indios de Cuba* (en el *Manual o guía para los exámenes de Maestros cubanos,* 1901).

En 1890 fué el actual Rector de la Universidad Nacional comisionado para ciertas exploraciones e investigaciones científicas. En el Caney (Oriente), que se decía constituído aun por descendientes de los aborígenes, sólo halló un viejo con sangre india, José Almenares, y una familia, Montoya, cuyos antecesores pueden ser encontrados en los registros parroquiales hasta 1690. No halló tampoco restos de la civilización aborigen, salvo los *guayos,* o ralladores de yuca, hechos hace siglos, de una tabla rectangular de madera dura con dos asas a sus extremos, y cubierta una de sus caras con multitud de pequeñas puntas afiladas de piedra dura, incrustadas en la madera.

Más pronunciados caracteres indios halló el Dr. de La Torre en Yara y Majayara, cerca de Baracoa.

En agosto de dicho año visitó el Dr. La Torre la Cueva de Ponce, donde había sido hallado el citado ídolo de Rodríguez Ferrer, encontrando sólo unos pocos huesos. En otra cueva pequeña descubrió un esqueleto humano en una grieta de la roca, colocado boca abajo y con el cráneo artificialmente aplanado.

Siguiendo el itinerario de Rodríguez Ferrer, exploró varias cuevas, entre las cuales la famosa "Cueva del Indio", donde hallóse el primer cráneo deprimido, que Poey calificó de *caribe.*

El Dr. de La Torre hizo el análisis de sus hallazgos, registrando hachuelas de forma petaloide y de otras varias, tiestos de barro, de los cuales algunos con decoraciones de figuras humanas y de animales. Recogió, por primera vez la *gubias* (5) de concha que

---

(5) Traduzco con esta voz la inglesa *gouge*, que usa Harrington, por ser la más apropiada al uso que se atribuye a los pedazos de caracol, cortados por un extremo a bisel cortante y destinados a ser asidos por el otro, para trabajar la madera a modo de escoplo o formón curvo.

según Harrington son una de las características de la primitiva cultura ciboney, a las cuales el Dr. de La Torre, y otros después, venían atribuyendo el carácter de "cucharas". Halláronse, además, muy viejos *guamos,* trompas o fotutos hechos de una especie de concha de *Cassis,* raro en Cuba.

La expedición del Dr. de La Torre recogió algunos tiestos de cerámica y una hacha monolítica, en la cueva de Ovando, cerca de Maisí, caracterizada por tener también el mango de piedra, único ejemplar encontrado en Cuba de ese género, hoy en el "Museo Montané o de Antropología" de la Universidad Nacional.

El Dr. de La Torre, en vista de los cráneos aplanados que fueron descubiertos, presumió que allí pudo haberse establecido una colonia de *caribes,* pero, sabiamente, dejó que futuras investigaciones resolvieran el problema.

Harrington, con razón, suma a los méritos del sabio cubano como antropólogo, el haber escrito uno de los mejores estudios acerca de los indios cubanos, compilado con datos científicos y con las mejores fuentes históricas; tal es el capítulo *Historia de los Indios de Cuba* de la obra *Manual o Guía para los Exámenes de los Maestros Cubanos* (La Habana, 1901).

En ese trabajo queda fijada la distinción clara entre *tainos* y *caribes;* y establece que los indios cubanos constituyen uno de los grupos naturales en los cuales se dividen los *tainos,* que generalmente se conocen todos por *ciboneyes,* y que tenían iguales costumbres en toda la isla, excepto en algunos puntos que eran más atrasados, como los indios *Guanacabibes* del Cabo San Antonio.

Estas teorías han sido las corrientes en Cuba. Harrington sostiene en su libro que, si bien en la mayor extensión de Cuba los *tainos* habitaban cuando el descubrimiento por Colón, los pueblos atrasados, como los *guanacabibes,* eran muy distintos, de una muy tosca civilización, y eran supervivientes de un pueblo que un tiempo ocupó toda la isla. Harrington, además, ofrece autoridades históricas para identificar esas tribus atrasadas con los *ciboneyes,* y datos probatorios de que *tainos* y *ciboneyes* eran diferentes, no sólo en cultura general, sino hasta en el lenguaje. Por eso, estima que el trabajo del Dr. La Torre, es un excelente resumen de la cultura *taina* solamente.

En 1900 publícase otro trabajo arqueológico, omitido por Harrington y encomiado por Fewkes, del Dr. Enrique Gómez Planos con el título de *La tercera raza cubana de indios (Revista de Ciencias Físicas y Químicas,* La Habana, 1900, pág. 97). En resumen, la tesis de Gómez Planos, pensada después de estudiar los descubrimientos de La Torre y otros, concuerda con los hoy predominantes, sosteniendo que no solamente al tratar de la etnografía antillana hay que hablar de *caribes, lucayos* o *araguas,* sino que es necesario admitir otra raza inferior. En la nomenclatura Gómez Planos dice que *lucayos, araguas, tainos* y *siboneyes* son los mismos, si bien no explica la razón de esos distintos nombres.

Tiene además de original ese trabajo la teoría de la íntima relación etnológica entre los *araguas o lucayas* y los indios *otomíes* (pág. 106), que habitaban antes del descubrimiento en Méjico, al norte de Veracruz y Acapulco.

En 1900 estuvieron en Cuba y, según cuenta Carlos M. Trelles, hicieron exploraciones arqueológicas J. W. Powell y W. H. Holmes, los eminentes arqueólogos norteamericanos, a quienes debe principalmente sus grandes prestigios el *Bureau of American Ethnology* de Washington, y quienes, con Boas, Fewkes, Spinden, Hrdlicka, Mooney, Cyrus, Wilson, Wisler, Saville, Nelson, Moorehead, Morgan, Alexander, Mead, Lowie, Mason, Dorsey, Curtis y otros, tanto relieve han dado a la etnografía en los Estados Unidos. Pero no sabemos si publicaron el resultado de sus investigaciones, ni la extensión de éstas.

En 1901, otro americano, Stewart Culin *(The Indians of Cuba, Bulletin of the Free Museum of Science and Art of the University of Pennsylvania,* mayo, 1902), vino a Cuba, con la pretensión de visitar una supuesta tribu salvaje en nuestras montañas orientales; emprendió una excursión etnográfica y, sin hallar, como era lógico suponer, la ilusoria tribu, hizo algún descubrimiento en Pueblo Viejo (Maisí). Allí vió un terraplén de unos 12 a 15 pies de anchura en su base, 10 de altura y 668 de longitud, que con otros terraplenes laterales de unos 300 pies forman una especie de espacio cercado. Construídos los terraplenes con grava distante del lugar, con el recinto cubierto de tierra oscura, distinta de la rojiza del terreno circundante, y mezclada con fragmentos de tosca cerámica, rojiza y negra, algunos con adornos de figura animal, era,

pues, evidente que aquello era obra humana y no de la naturaleza.

En Sabana, un viejo le dió a Culin un saco de cráneos extraídos de una cueva cerca de Cabo Maisí, pero ignoramos sus caracteres y destino.

Permítasenos aquí intercalar en la relación de Harrington otra nota.

Al Sr. Fernando G. y Grave de Peralta débense descubrimientos arqueológicos en Guanabacoa (La Habana), y en Puerto Padre (Oriente), reseñados por él mismo en un trabajo con el título de *¿Vivían los tainos en la edad de la piedra grosera?* (*Cuba y América,* 1902, pág. 404). Refiere su colección de hachas de piedra pulimentadas, obtenidas en Las Delicias, Puerto Padre; y de una hacha de silex tallado, según dice, encontrada en Minas, Guanabacoa, en 1892. Señala una pipa, también de Guanabacoa, cuya procedencia india nos permitimos poner en duda, a juzgar por el dibujo y por no haberse usado las pipas de esa forma por los indios cubanos, según se cree autorizadamente, siendo esa pipa propia de campesinos o negros esclavos.

Grave de Peralta, describe un "objeto raro", que supone sea un dedal para empujar las agujas, o leznas que usaron los indios. La halló en Aguará, Holguín (Prov. de Oriente). Es una piedrecita de jade, triangular, de modo que puede colocarse cómodamente entre los dedos pulgar e índice, y lleva unas pequeñas incisiones puntiformes en su parte superior. Realmente, el objeto es singular, pudiendo apreciarlo por el grabado tan sólo, que por cierto no es tan perfecto como fuera de desear, y su explicación la estimamos como provisional y no definitiva. El autor concluye en pro de la civilización neolítica de los indios cubanos.

El Dr. Luis Montané emprendió en 1902 otra expedición a la región de Maisí y exploró la costa desde Baracoa al Cabo Maisí y del cabo a Guantánamo, descubriendo un antiguo osario, y estudió una de las pocas familias indias cubanas que aun subsisten.

En 1904 aparece una interesante publicación titulada *Prehistoric Culture of Cuba* (En el *American Anthropologist,* vol. VI, núm. 5, pág. 585 y siguientes, oct.-dic. 1904) debida al antropólogo americano Jesse Walter Fewkes. La aportación científica de Fewkes, ya orientado por importantes investigaciones en Puerto Rico, es muy notable.

Afirma la certeza de dos civilizaciones en Cuba: una comparativamente avanzada y otra de salvajes, como los que habitaban en Guacayarima, la parte sudoeste de Haití. La primera, con utensilios de piedra pulimentada, conociendo los cultivos de sus frutos alimenticios; mientras la otra era de rudos habitadores de cavernas, que de la vegetación tropical sólo sabían aprovechar raíces y frutos de espontáneo crecimiento, si bien, al habitar las costas o ríos sabían pescar, enseñados por el fácil contacto marítimo con los indios más adelantados. En apoyo de esa tesis aporta algunos datos, así como referentes a la diferencia de lenguajes entre el este y oeste de Cuba, y apoya a Bachiller y Morales, cuando sostenía que en Cuba había *otros* indios, llamados *ciboneyes,* "tribu que incluía los habitantes de las islas alrededor de las costas norte y sur de Cuba, llamados Jardines del Rey y de la Reina, los cuales vivían esclavizados por los otros indígenas."

Fewkes revisa la literatura arqueológica anterior y hablando de los cráneos hallados en la roca calcárea, dice que son sin duda instructivos en cuanto a la antigüedad del hombre en Cuba. Pero, añade, no puede darse opinión segura de su significado por cuanto, si bien parecen demostrar la existencia de antiguos habitadores de cavernas en esta isla, de los cuales los *guanacabibes* eran los supervivientes en el siglo XV; no puede ser olvidado que las cuevas fueron aprovechadas como enterramientos aun después del descubrimiento, y los cráneos hallados en la roca no han mostrado diferencias apreciables con los hallados comúnmente en el suelo de las mismas.

Fewkes llama la atención de la semejanza del espacio terraplenado de Pueblo Viejo con los recintos para juegos de pelota o baile, de Haití y Puerto Rico.

Concluye el eminente arqueólogo americano, que "las pruebas arqueológicas de una inferior cultura en las provincias occidentales de Cuba son negativas hasta el presente, pues no se han encontrado objetos que puedan ser atribuídos a esos aborígenes". Esta afirmación ha dejado ya de corresponder a la realidad, gracias a los hallazgos de Cosculluela, de Montané, del autor de estas líneas, en las costaneras de la ciénaga de Zapata, y a la expedición de la *Heye Foundation* en Pinar del Río; pero las teorías de una baja cultura en el Occidente cubano han sido confirmadas.

Añade Fewkes que la cultura *taina* o antillana hallada en el Oriente de Cuba no se originó aquí, sino que fué importada de Puerto Rico y Haití, donde alcanzó su mayor desenvolvimiento. Y que el germen de la misma procedía de Sur América, si bien logró una elevada y especializada forma en el ambiente insular y aun en cada isla, pero que esas diferencias eran todas modificaciones propias de la edad de la piedra pulimentada.

Fewkes en ese trabajo no hace referencia a la procedencia *aruaca* de los *tainos;* pero había ya reconocido dicha filiación en su estudio sobre los aborígenes de Puerto Rico, del que se hablará más adelante.

El notable arqueólogo señala la semejanza entre las culturas de los indios de los Cayos de la Florida y los de Cuba y sus adyacentes cayeríos, menciona la existencia de indios *pile-dwelings* o sea moradores *lacustres* o *palafitas,* y deduce que ello debióse a antiguos contactos, intercambio o migraciones de uno a otro país, pero en número limitado.

Hace después esta afirmación:

Al menos había dos estratos de cultura en los aborígenes de Cuba. Los nativos del primer estrato fueron salvajes con escasas industrias, pero los de la capa superior fueron tan adelantados como cualquiera de los antillanos. Una fué arcaica supervivencia, otra era una cultura importada.

De los *caribes,* dice:

La evidencia de que los *caribes* se establecieron en la costa de Cuba no es decisiva. Probablemente visitaron la isla en sus expediciones guerreras, pero poco contribuyeron a la cultura cubana. Los cráneos aplanados del Cabo Maisí y su identidad con los cráneos deformados de la isla Guadalupe, no prueban la identidad de raza.

La cultura prehistórica de Cuba necesita comprender tres diferentes condiciones de vida; prácticamente, tres distintos pueblos, esto es: los primeros trogloditas de la región central y extremo poniente de la isla; los pescadores de los cayos y palafitos, y los *tainos* con la verdadera civilización antillana de la edad de piedra. La derivación de estos últimos de los pueblos de Haití y Puerto Rico es razonablemente segura. la conexión de los pescadores costeños de Cuba con la población de los conchales y Cayos de la Florida era íntima, pero aún no se puede determinar cuál derivó de la otra.

En cuanto a los primeros cubanos concluye Fewkes:

El origen de los habitadores de cavernas y de la raza salvaje de Cuba es sumamente difícil de determinar. Sus antepasados fueron los primeros pobladores de la isla; pero muy poco conocemos de su lenguaje, nombres, actos, costumbres, y falta una base para compararlos con los otros pueblos primitivos de Norte y Sur América. Es probable que ese pueblo descienda del de los esqueletos semifósiles que tanto interés han despertado.

Harrington rinde justo homenaje a Fewkes, diciendo que su trabajo, aunque breve, es de los más importantes sobre arqueología cubana, y dice que sus propias pesquisas científicas tienden a confirmar las teorías de Fewkes.

El Dr. Pedro Valdés Ragués trata *(Cráneo de indio ciguayo, Memoria Anual del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana,* La Habana, 1908, pág. 147) de un cráneo procedente de Haití, donado por el Dr. Pedro Dobal, caracterizado por un notable aplastamiento frontal, y se califica por eso de *caribe,* siguiendo a Poey, Montané y La Torre.

Los últimos descubrimientos

El capítulo tercero de su notable obra lo dedica Harrington a revisar los descubrimientos en la Ciénaga de Zapata, los cuales pudo apreciar de cerca quien escribe estas páginas, por haber concurrido a casi todas esas exploraciones como miembro de la comisión científica nombrada a ese objeto, y hubo de publicar con numerosas fotografías el primer artículo, apenas realizado el descubrimiento del *mound* de Guayabo Blanco. *(Los Caneyes de Muertos* por Fernando Ortiz, *Cuba y América,* nov. y dic. de 1913.)

Estos descubrimientos arqueológicos se debieron a fines de 1913 al ingeniero cubano José A. Cosculluela, y su relación puede estudiarse, además, en el muy interesante libro del descubridor, titulado *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata* (La Habana, 1918).

Realmente, no sólo a la Ciénaga de Zapata se extendieron esos descubrimientos, sino también a la región al sur de la misma y especialmente a las riberas de la gran Ensenada de Cochinos.

Harrington clasifica sus resultados científicos. Primeramente, los *conchales* y *lometones* de las haciendas *Santa Teresa* y *El Jiquí,*

con abundancia de conchas univalvas perforadas. Cosculluela sostuvo la teoría de Schomburgk, en vista de tales conchas, relativa a su característica *caribe,* y dedujo la presencia de colonias *caribes* en esa región. Harrington arguye contra esa tesis, diciendo que sus descubrimientos de conchas igualmente perforadas en Cabo San Antonio, le llevarían a afirmar la inverosímil presencia de los feroces *caribes* en esa extremidad occidental de la isla, y que también se han encontrado tales guamos horadados en toda la costa atlántica de los Estados Unidos, hasta en Staten Island, en la bahía de New York, estando fuera de la más pretensiosa hipótesis de las migraciones caribes, según dice, el suponer que éstas llegaron hasta esas latitudes.

El descubrimiento de los restos de una población lacustre en la hoy poco menos que inaccesible "Laguna del Tesoro", llama justamente la atención de Harrington, y copia a Cosculluela:

El "Cayo de las Estacadas", es pequeño, bajo, casi anegado hoy totalmente; cubriendo toda su superficie y parte del estero adyacente que lo separa del Cayo Cocodrilo, encontramos numerosas hileras de pilotes clavados que sobresalían bastante de la superficie. Todo el pilotaje guardaba un orden regular que indicaba ser obra del hombre, distanciándose entre sí unos tres metros aproximadamente.

Era un verdadero tablero de ajedrez en su forma regular; la simetría de sus diversas filas era perfecta, y en fin, todo denotaba que no era casual su construcción. Su antigüedad nos la reveló el estado de los pilotes; sacamos uno con gran trabajo y observamos lo siguiente: los pilotes todos eran de madera de yana, de una longitud aproximada de 10 metros; mientras la parte que había estado enterrada conservaba su diámetro primitivo (unas 6 pulgadas) el resto que estaba fuera de la superficie del fondo, y sometido a la influencia variable del sol, humedad, etc., presentaba un desgaste uniforme muy marcado que había reducido su diámetro a una pulgada.

Como la yana es madera resistente, y su destrucción a la intemperie es lenta, aquellos pilotes tienen que tener clavados mucho tiempo; positivamente es muy remota su construcción y el pilotaje indica que fué superficie de sustentación de un gran número de casas que sobre ellos estuvieron asentadas en épocas añejas.

Aquellos grandes cuadros de pilotes resultaban ser la base de una población lacustre, que en esa laguna existió, y esta hipótesis quedó robustecida, con la gran cantidad de despojos de caracoles que encontramos en el fondo del cayo actualmente cubierto de agua; junto con los caracoles, extrajimos varias piedras pequeñas labradas con un agu-

jero central, que indican eran contrapeso de las redes que aquellos habitantes lacustres empleaban en sus pesquerías.

Teniendo en cuenta la gran extensión cubierta por los pilotes, tenemos que llegar necesariamente a la conclusión, de que aquella población lacustre, era muy numerosa, pues en cada casa de las muchas que podían existir y que indican la gran área de su desarrollo, vivían según nos cuentan los cronistas que de la conquista de Cuba se han ocupado gran número de individuos, como pasaba en la población lacustre llamada Carahata, cerca de Sagua la Grande, muy bien descrita por el Padre Las Casas, que allí se alojó en el primer viaje de Pánfilo de Narváez.

Harrington comenta diciendo que una detenida exploración, al ser desecada la Ciénaga, podrá determinar la naturaleza de los pobladores de esa villa lacustre, si es *taina* o *ciboney* o si de cultura distinta. Ciertamente, dice, las pequeñas piedras perforadas, que según Cosculluela son "sumergidores" (6) de redes, son algo distinto a lo hallado antes y después, perteneciente a *tainos* o *ciboneyes,* salvo uno hallado en Tunas de Zaza, costa sur de la isla.

Los varios *mounds,* montículos o *caneyes* son interesantes hallazgos, siendo el principal el *caney de muertos* de Guayabo Blanco, finca *Cocodrilo,* en la costanera norte de la Ciénaga de Zapata, en la desembocadura del río Pesquero. Ese caney era elíptico, de 27 y 37 metros de diámetro y metro y medio de altura, y estaba formado de 6 capas superpuestas, por este orden, de arriba a abajo: tierra vegetal, conchas de babosas o ampularia, tierra negra, muy fina, babosas, tierra negra, babosas, y el fondo sólido de una piedra ferruginosa amarillenta.

En ese *caney de muertos,* varios esqueletos fueron hallados, orientados todos de Oeste a Este, con la cabeza hacia Oriente, todos descansando, cabeza arriba o abajo, en la capa media de caracoles ampularia. Asimismo se encontraron muchos objetos de piedra y concha, y huesos de jutías, jicoteas, pájaros, peces y culebras, mezclados con conchas bivalvas y univalvas terrestres, fluviales y marítimas.

No hallóse ni un objeto de metal, ni siquiera de piedra pulimentada, ni restos de barro; solamente piedras que sirvieron de percutidores, bruñidores, raspadores, pilones, cucharas, etc. y frag-

(6) Permítasenos el neologismo, que estimamos bien formado. Esa locución "sumergidores de redes" es traducción literal del vocablo inglés *net-thinkers,* que la mayor flexibilidad de ese idioma permite construir sencilla y acertadamente.

mentos de silex, acaso puntas de flecha. Los huesos de animales eran casi todos de jutía y de un roedor *baromys,* hoy extinguido. Los restos humanos, estudiados después, pertenecían a la raza india americana.

Harrington examinando tales objetos depositados en el Museo de la Unviersidad, cree que los fragmentos de silex no son puntas de flechas, sino rascadores o cuchillos; que los restos elaborados de conchas, que se dicen "cucharas", son realmente gubías para trabajar la madera, y que hay en la colección varias vasijas de concha, hechas laboriosamente rompiendo y cortando la parte interior de las mismas, que no se han mencionado como obra humana.

Esas gubías y vasijas son especialmente interesantes—dice Harrington—porque se pueden calificar, como él originalmente ha hecho, como carcterísticas de la cultura *ciboney,* de un extremo a otro de la isla de Cuba.

Otros caneyes o conchales descubrió Cosculluela como el *cerrito* o *lometón* de la Loma de la Cruz (Finca *San Miguel,* costanera norte); el de la hacienda *El Jiquí,* en la orilla derecha del Sábalo (Ensenada de Cochinos); los dos de la hacienda *Buenaventura,* junto a esteros, todos ellos sin restos humanos, solamente con restos de conchas, cucharas o gubías, rudos objetos de piedra y piedras redondeadas burdamente (7).

Cosculluela hace las siguientes conclusiones respecto a los *mounds* de la ciénaga:

Entre ellos existe una cualidad común a todos: emplazamiento, naturaleza de los elementos que los forman y arreglo interior de sus capas.

Todos están emplazados en la margen de algún arroyo o venero, rico de pesca, en la parte más alta de la ribera; y esto explica porqué las aguas al anegar toda la cuenca para formar con el tiempo la ciénaga, no los ha cubierto, haciéndoles desaparecer.

Todos están construídos de tierra; son verdaderos montículos térreos, formados con una regularidad matemática, alternando diversas capas de caracoles y restos de animales, con objetos de la industria de sus constructores.

---

(7) En una exploración posterior de uno de esos caneyes de Buenaventura, en Venero Prieto, quien esto escribe halló entre otras cosas, un plato esculpido de madera de guayacán; pero de esto se hablará en otro trabajo.

El emplazamiento de todos los *mounds* en las márgenes de los arroyos y veneros, tiene fácil explicación; para el hombre primitivo los ríos, y en general todos los cursos de agua, representaban el movimiento, la fuerza, la vida, y en sus cultos relacionaban estrechamente las corrientes, con los dioses a quienes muchas veces representaban.

Las partes más altas de las riberas, que escapan de ser cubiertas por las aguas en crecientes, constituían como más prominentes, los lugares completamente seguros, para emplazar aquellas obras que se pretendía fuesen permanentes.

Eran de tierra los montículos, porque ese era el único material indestructible que conocían, y positivamente, además de los caracoles, y objetos de piedra que se encuentran con los restos, ellos colocaron también en los *mounds* los objetos de madera que constituían parte de su industria, los cuales no se hallaron, por su destrucción, así como también los de cuero, aunque ni trazas de estos últimos se han encontrado.

Si atendemos a sus formas exteriores, objetos en ellos encontrados, y situación de los restos, pueden clasificarse de diversos modos estos monumentos, siguiendo la adoptada por los Arqueólogos americanos, después de investigar algunos miles de esta clase de construcciones.

Con respecto a la forma exterior, cuya dedicación ella representa, pueden establecerse dos clases de monumentos en los encontrados en Zapata, según la naturaleza y forma de su planta:

1º—Planta regular, simple, compuesta de una sola figura geométrica.

2º—Planta irregular, compuesta de varias figuras no geométricas.

Todos los *Mounds* de Zapata, a excepción de "Sábalo de Jiquí" pertenecen al primer agrupamiento; el de Jiquí, compuesto de dos plantas casi circulares, unidas entre sí por medio de un pasaje, tiene una representación emblemática, de efigie, hoy difícil de precisar por el estado en que se encuentra.

Estudiando los comprendidos en el primer grupo, se nota a pesar de su común aspecto exterior, diferencias notables al apreciar su contenido. Atendiendo a éstos, pueden clasificarse del modo siguiente:

1º—Monumentos que contienen restos humanos.

2º—Monumentos sin restos humanos, con restos de animales y variados objetos de su industria.

3º—Monumentos sin restos humanos o de animales, con gran cantidad de objetos de su industria.

En el primer agrupamiento sólo puede incluirse, el *Mound* de "Guayabo Blanco", único donde se encontraron restos humanos. Constituye un monumento sepulcral notable, y merece que lo estudiemos detenidamente, pues como afirma Chateaubriand, en ellos se encuentra siempre el reflejo del vivir cultural de los indios, que por lo general sólo construían esta clase de monumentos y a ellos reducían toda su arquitectura.

Como pertenecientes al segundo agrupamiento está muy bien caracterizado en el *Mound* de "Venero Prieto"; en él no existen restos de

ninguna clase, sino una gran variedad de piedras, cantos rodados del río, cucharas partidas, formadas por el fondo del caracol, y objeto de la industria de piedra, pero con labores tan elementales, que parecen ser simples piedras recogidas en el río inmediato. Este *Mound* pudiera ser un taller donde se construían los objetos de la industria.

El *Mound* de "Guayabo Blanco" por muchos motivos es el más interesante de todos los de la zona; su carácter sepulcral, los restos encontrados, los objetos de la industria recogidos, todo, propende a hacerlo un monumento importante desde el punto de vista prehistórico, antropológico y arqueológico.

Cosculluela halló hachas petaloides de diorita muy simétricas y pulimentadas, y Harrington deduce que es un resto de *tainos,* pues éstos se distinguieron especialmente en el arte de construirlas.

Harrington termina el análisis del estudio de Cosculluela, diciendo que no acepta todas las conclusiones científicas del culto ingeniero cubano, pero que a Cosculluela corresponde la gloria de haber publicado el primero, en términos indubitados, la verdadera significación del vocablo *ciboney,* hasta entonces aceptado, especialmente en Cuba, como término genérico para todos los indios cubanos. Aunque esta teoría era sugerida por el trabajo de Fewkes, realmente ha sido afirmada con toda precisión por primera vez en la obra de Cosculluela y con ella, dice Harrington, "ha prestado un servicio a la arqueología cubana, más valioso que sus exploraciones y descubrimientos en la Ciénaga de Zapata."

Cosculluela traza un mapa de la situación de *caribes, aruacas* y *ciboneyes,* indicando que ninguna relación se mantuvo con los pobladores de Yucatán; identifica las hachuelas de diorita pulida como propias de la cultura *aruaca,* pero no llega, dice Harrington, a reconocer esta cultura como la propiamente *taina.* Cree también Harrington que no está probada la teoría de que los paleolíticos *ciboneyes* ya existieron en Cuba cuando ésta fué parte del Continente; y que Cosculluela da excesiva importancia a las hipotéticas inmigraciones *caribes;* pero rinde al arqueólogo cubano justo homenaje por sus aportaciones valiosas.

Aquí debiéranse reseñar los descubrimientos arqueológicos hechos en Cuba durante varias expediciones (1915-1919) por los paleoetnógrafos del *Museum of the American Indian* de Nueva York, Theodore de Booy, bien conocido ya de los aficionados a estos

antiguallas por sus originales estudios y exploraciones en Jamaica, Santo Domingo y otras Antillas, y M. R. Harrington, autor de la obra que nos ha servido de pauta, a la vez que de vigoroso estímulo, en este resumen histórico de los trabajos arqueológicos referentes a nuestra patria. Pero lo rico de sus descubrimientos, lo amplio de sus exploraciones y lo trascendental de sus conclusiones hacen que nos limitemos a marcar aquí sus nombres como columnas miliares, que cierran hoy el período histórico de nuestra arqueología, no sólo porque deben considerarse como formando la fase más característica de nuestros *presentes* conocimientos de prehistoria cubana, sino porque las conclusiones a que llega Harrington en *Cuba before Columbus,* logran fijar un orden básico en lo que hasta ahora no pasaba de ser un amontonamiento de datos, ejemplares, hipótesis y hasta fantasías sin concierto.

Por eso, de "los últimos descubrimientos arqueológicos en Cuba por Booy y Harrington" habremos de hacer en trabajo aparte, análsis y comentario especiales, que será a modo de estudio complementario del presente.

Según hubo de informarnos el Dr. Carlos de la Torre, se le comunicó recientemente por el Dr. Cartaya el descubrimiento de *caneyes de muertos* en el Sur de Camagüey, acaso los mismos que exploró Rodríguez Ferrer; lo cual, lejos de ser una inútil repetición, habrá de constituir ocasión propicia para una oportuna revisión de aquellos descubrimientos de restos semifosilizados tan interesantes a nuestra paleontología. De todos modos, es de desear que en breve se incorporen estos hallazgos al acervo científico nacional.

Ultimamente, séanos permitido decirlo, en abril de 1922, quien esto escribe ha podido inventariar en unas cavernas de Isla de Pinos, preciosos restos arqueológicos, las únicas pinturas encontradas en esta zona del Archipiélago antillano y algunos objetos indios, de todo lo cual se dará el debido informe a la Academia de la Historia de Cuba y habrá de procurarse su interpretación.

Para fines de mayo de 1922 anuncióse una conferencia de Cosculluela en la *Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey,* que por circunstancias involuntarias no pudo ser leída, y lo será en octubre próximo, acerca de *La Prehistoria de Cuba.* Sabemos que éste será el título de una obra nueva de Cosculluela.

El sabio pedagogo antillano Dr. Alfredo M. Aguayo también está escribiendo un libro didáctico acerca de los indocubanos. Su vigorosa mentalidad, demostrada en numerosos estudios científicos, nos augura un trabajo original de gran valimiento.

Y también el ya citado arqueólogo cubano Fernando G. y Grave de Peralta tiene en preparación desde hace años una obra que habrá de llamarse *La civilización taina.* Las ideas, que en generosa correspondencia nos ha anticipado el valioso etnógrafo desde su modesto retiro de Puerto Padre, nos permiten confiar en una próxima aportación científica muy documentada, nutrida de datos y seriamente orientada.

Todas estas noticias, unidas a la circulación del libro de Harrington, permiten esperar que, como hubo de decir el sabio Dr. Carlos de la Torre, el año científico 1922-1923 sea para Cuba el "año prehistórico", por el renacimiento de estos estudios en la República.

FERNANDO ORTIZ.

(Concluirá.)

LA INGERENCIA NORTEAMERICANA EN LOS ASUNTOS INTERIORES DE CUBA (*)

(1913 - 1921)


N la imposibilidad de enumerar uno a uno todos los casos de intromisión norteamericana ocurridos durante los dos períodos de gobierno del General Menocal, me ocuparé tan sólo, por ahora, en aquellos que revistieron excepcional importancia. Y entre éstos, ninguno de más gravedad y trascendencia para Cuba que el ocurrido con motivo de la reelección del propio General Menocal para la Presidencia de la República.

El General Menocal, que a poco de ocupar la Presidencia, en carta dirigida al General Loynaz del Castillo, publicada por casi todos los periódicos de La Habana, había declarado solemnemente que

> Los esfuerzos del Presidente para obtener una reelección deben tomarse en países de nuestra raza, no sólo como indicación de cierto espíritu peligroso de parcialidad al mantener aquella aspiración, sino por otra razón, simplemente por el apoyo interesado que es de esperarse de los que le están obligados por su administración. El principio de la no reelección es el firme fundamento de la paz;

olvidando esas acertadas afirmaciones y promesas que había hecho, y haciendo también caso omiso de la triste experiencia y fatales consecuencias que para Cuba había tenido la reelección de Estrada Palma, al iniciarse la campaña electoral para un próximo

---

(*) Como antecedente de este trabajo, que con él guarda íntima relación, véase el estudio hecho sobre *La Enmienda Platt: su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores*, publicado en CUBA CONTEMPORÁNEA, núms. 115 y 116, julio y agosto, 1922.

período presidencial de 1917 a 1921, empezó a trabajar, dentro de su Partido, el Conservador, su reelección, frente a las aspiraciones que mantenía, apoyado por fuerte grupo, el General Emilio Núñez, al que por fin, después de grandes esfuerzos y habilidosas combinaciones políticas, que no son de este sitio el referir, logró derrotar, resultando proclamado candidato por el Partido Conservador a la Presidencia de la República, llevando de candidato a la Vicepresidencia en la boleta electoral al General Núñez.

Los liberales proclamaron candidatos al Ldo. Alfredo Zayas, para la Presidencia y al Coronel Carlos Mendieta para la Vicepresidencia, poniéndose al frente de la campaña electoral el General José Miguel Gómez.

Fué ese un período electoral de intensa agitación y entusiasmo. Los conservadores tenían en su contra los cuatro años de poder que los había gastado e impopularizado ante la opinión pública, y a su favor la fuerte ayuda moral y material que significaba el ser su candidato el propio Presidente de la República. Los liberales contaban en su haber, no sólo la situación ventajosa que les daba ante el pueblo el ser un Partido de oposición, sino también el arraigo grande de que gozaban entre las masas populares, el luchar ahora unidos todos sus jefes y grupos y el haberse puesto al frente de la campaña electoral el General y ex Presidente José Miguel Gómez.

Así llegaron ambos Partidos al 1º de noviembre de 1916, día de las elecciones, las que se celebraron en medio del mayor orden y tranquilidad. Cerrados los colegios a las seis de la tarde, esa misma noche empezaron a llegar los partes de avance con el resultado de los escrutinios, partes dados a conocer en los periódicos y en los anunciadores lumínicos de las plazas de la capital y que señalaban una franca mayoría a favor de los candidatos del Partido Liberal.

Pero al día siguiente se suspenden las noticias, se interrumpen y demoran las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas de La Habana con el resto de la República, y se empieza a realizar por el Gobierno la labor de falsear los votos emitidos por los electores, abriendo los paquetes que contenían las boletas y modificando las listas y los certificados de escrutinio, ya en las Administraciones de Correos de las capitales de Provincias, ya en la

Oficina Central de Comunicaciones de La Habana, realizadas muchas de estas falsedades por medio de las amenazas o por el empleo de la fuerza (1).

El Partido Liberal interpuso, ante la Junta Central Electoral primero, y ante el Tribunal Supremo, después, innumerables recursos contra el resultado de las elecciones, recursos que fueron fallados justicieramente por ambos tribunales, a favor del Partido Liberal en casi todos los casos definitivamente, excepto en algunos colegios de las provincias de Santa Clara y Oriente en los que debían celebrarse nuevas elecciones. Pero con el margen de 1,164 votos a su favor que ya llevaban los liberales en la primera de las citadas Provincias, no se creyó que podía ser variado el triunfo liberal por el resultado de las elecciones en los colegios que faltaban, por mucha que fuese la mayoría que a su favor alcanzasen los conservadores en esos colegios, ya que el número de electores de los mismos era sólo de 2,400 según el censo de 1906 y de ellos había que rebajar los fallecimientos y traslados ocurridos en los últimos diez años.

Sin embargo, aquéllos y el Gobierno se propusieron ganar a toda costa, y los colegios en los que debían de celebrarse elecciones se situaron en pleno bosque, lejos de las poblaciones, en lugares casi inaccesibles y rodeados de soldados que impidieron acercarse a los electores, como le ocurrió días antes de la elección, al doctor Carlos Mendieta, candidato Vicepresidencial.

Ante esta situación poco menos que insostenible, protestaron los periódicos y jefes liberales y hasta varios *leaders* conservadores que no estaban de acuerdo con esa línea de conducta seguida por el Gobierno. Fueron éstos: Cosme de la Torriente, Senador por el Partido Conservador y ex Presidente de dicha agrupación; Enrique José Varona, ex Vicepresidente de la República y ex Presidente y fundador del Partido; Juan J. Maza y Artola, Senador y Fernando Freyre de Andrade, ex Alcalde Municipal de La Habana (2). Todos ellos venían a decir, en síntesis, que el Partido

(1) Cuanto aquí decimos es lo que, en síntesis, declaran las numerosas sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia en las diversas apelaciones que ante él llegaron con motivo de los pleitos electorales que se interpusieron por los Partidos Políticos contendientes en esas elecciones.

(2) Las declaraciones de estos señores fueron publicadas, respectivamente, en el diario *Heraldo de Cuba*, 24 de enero de 1917; *La Nación*, enero 27; y *Heraldo de Cuba*, 27 y 30 enero.

Liberal había ganado las elecciones y que era una provocación el intentar ganarlas entonces de todos modos. Los liberales trataron en vano de llegar a algún acuerdo amistoso con los conservadores y el Gobierno, que permitiera la legalidad de esas elecciones parciales. .

En esta situación, el 11 de febrero, el Ministro de los Estados Unidos Mr. William E. González, hizo entrega al Presidente del siguiente *mensaje* de su Gobierno, que fué publicado ese mismo día en los periódicos americanos y el día 13 en los de Cuba, ya con la respuesta de nuestro Secretario de Estado (3):

El gobierno de los Estados Unidos, en virtud de sus relaciones con la República de Cuba, y a causa de los deberes que le impone el convenio entre los dos países, observa con no poca preocupación el problema de las nuevas elecciones en la provincia de Santa Clara, el cual, tiénese entendido, es un esfuerzo para cumplir las leyes que regulan la práctica para la solución de disputas electorales y de cuyas leyes debe depender el gobierno constitucional. En este caso, tiénese entendido que la ley establece que las disputas electorales deben ser solucionadas por un comité central, con una apelación al Tribunal Supremo de Cuba, y últimamente, si la disputa permaneciese sin resolverse, por una reelección que ha de celebrarse en los distritos en disputa.

El gobierno de los Estados Unidos, confía en que ambos partidos se esfuerzan todo cuanto les es posible para solventar sus diferencias, mediante los medios previstos por la Ley y sin recurrir a métodos que causarían disturbios en toda la República, y vería con complacencia que el pueblo de Cuba invocase los procedimientos judiciales constituídos, particularmente, en la actualidad, en que una gran parte del mundo está envuelta en un conflicto armado. Un arreglo tal de sus diferencias se presentaría indudablemente ante el mundo como un hermoso ejemplo, y como un caso en el que las malas inteligencias han sido armonizadas por la ley en lugar de las armas.

El gobierno de los Estados Unidos, como amigo de la República de Cuba, desea hacer notar que las controversias electorales no han sido desconocidas dentro de su propio territorio, en el que el sentimiento partidarista llegó a alcanzar el grado más alto, y quiere hacer presente que estas disputas siempre se solucionaron por medios legales y pacíficos. El caso más notable ocurrido en los Estados Unidos fué la controversia Hayes-Tilden, en la cual los organismos electorales, legalmente establecidos, finalmente se decidieron en favor del candidato que tenía la minoría del voto popular. Esta controversia prueba claramente que el

(3) República de Cuba. *Boletín Oficial de la Secretaría de Estado,* La Habana, núm. de febrero de 1917, pág. 72.

patriotismo fué elevado por el concurso de la ley más bien que por la fe en las armas.

El gobierno de los Estados Unidos, conoce, más bien que cualquier otra nación, el patriotismo del pueblo cubano y consciente de los hechos patrióticos realizados por los héroes cubanos en sus luchas por la libertad, confía en que prevalecerá el mismo espíritu patriótico en la solución de la presente diferencia electoral y en que se demostrará por la fe implícita en los medios legales que han sido establecidos para el arreglo de tales cuestiones.

En vista del interés que abriga este gobierno por el futuro de Cuba como nación altamente significada por su patriotismo y desenvolvimiento social, está ansioso de que todos los partidos conozcan que su proceder es observado por los Estados Unidos, con la estrecha vigilancia y en la confiada expectación de que los medios fijados por la Constitución Cubana y las leyes dictadas para este mismo objeto, traerán como lógico resultado el arreglo satisfactorio y pacífico de las actuales dificultades.

El Dr. Pablo Desvernine, Secretario de Estado de Cuba, contestó el anterior mensaje en la forma siguiente (4):

Me ha entregado el señor Presidente el Memorándum que con fecha de hoy recibió personalmente de Vuestra Excelencia, e inmediatamente me ha dado instrucciones para contestarlo, manifestando a Vuestra Excelencia que alguna información errónea debe haberse dado al Gobierno de los Estados Unidos, cuando ha creído necesario expresar al señor Presidente, su ansiedad, respecto a las elecciones que próximamente habrán de celebrarse en la provincia de Santa Clara y de recordarle las disposiciones legales que aquí regulan la materia electoral.

El Gobierno de Cuba no ha ejecutado ni pensado ejecutar acto alguno que no se haya ajustado siempre a las disposiciones vigentes, y por su parte, nada seguramente hará que sea contrario a las leyes y a la justicia; pero precisamente por su empeño en que se cumplan esas leyes, tampoco habrá de permitir que nadie aquí perturbe el orden legal o intente, con procedimientos de fraude o de violencia, alterar el proceso legal a que deben ajustarse las elecciones según las leyes; y reprimirá con energía cualquier conato de ilegalidad en ese sentido, como está ya procediendo por medio de los tribunales competentes en la causa criminal que se ha iniciado por haberse descubierto una conjura o conspiración tramada, al parecer, contra la vida del señor Presidente de la República.

A pesar de esas hermosas promesas, ni el Gobierno ni el Partido Conservador hicieron nada efectivo que asegurase unas elecciones imparciales y libres.

---

(4) *Boletín* cit. pág. 74.

Por otra parte, días antes el General Gómez había enviado a Washington a los señores Orestes Ferrara y Raimundo Cabrera, los cuales presentaron, con fecha 10 de febrero, al Secretario de Estado un memorándum, en el que, después de relatar la situación del país, le sugerían para remediarla, lo siguiente (5):

Situación semejante sólo puede tener un significado, esto es, que la victoria del Gobierno bajo las condiciones existentes implica una fuerte revolución.

Para impedir esta catástrofe el Partido Liberal de Cuba alimenta la esperanza:

1º—Que el Gobierno de Washington crea conveniente aconsejar al Gobierno de Cuba que adopte una actitud de atenta consideración.

2º—Que pueda enviarse a cada uno de los seis colegios en los cuales se han de verificar elecciones un testigo designado previa consulta y consentimiento del Ministro Americano en La Habana, para que tenga conocimiento de los procedimientos y dé cuenta de los mismos: pero sin más poderes que los que pudiera tener cualquier ciudadano en idéntica circunstancia, esto es, tomar nota del número de electores que hubieran depositado sus votos hasta el momento de cerrar la votación a las 6 de la tarde, conocer los resultados de la elección después del conteo, recibir un certificado de este conteo o una copia del documento que da cuenta del mismo y se fija para conocimiento público en la puerta del Colegio Electoral.

Los abajo firmados, y aquellos a quienes ellos representan, encarecidamente suplican al Presidente de los Estados Unidos sugiera éstas u otras medidas similares al Gobierno de Cuba, con el fin de que las elecciones especiales que deben tener lugar el martes 14 del corriente, puedan verificarse sin que ocasionen al pueblo cubano grandes dificultades y seria desorganización social.

El Secretario de Estado se limitó a acusarles recibo de este memorándum, por la siguiente carta:

DEPARTAMENTO DE ESTADO

Washington, febrero 16 de 1917.

Sres. Raimundo Cabrera y Orestes Ferrara.

Waldorf Astoria, New York.

Señores: El Departamento ha recibido su carta de 10 del corriente, en la cual incluyen una copia del memorándum dirigido, en representa-

(5) *Mis malos tiempos*, por Raimundo Cabrera, La Habana, 1920, pág. 105.

ción de la organización Partido Liberal Cubano, al Presidente de los Estados Unidos respecto a las condiciones políticas de Cuba.

Soy, señores, su obediente servidor,

ROBERT LANSING.

Pero antes de recibir este lacónico acuse de recibo los señores Ferrara y Cabrera le habían enviado, el día 12, un telegrama, que no obtuvo respuesta, al Secretario Lansing, redactado en estos términos (6):

New York, 12 febrero de 1917.

Secretario de Estado.

Departamento de Estado.

Washington, D. C.

De conformidad con el memorándum que le dirigimos ayer como representantes del Directorio del Partido Liberal de Cuba, del cual es la suprema autoridad, y debido a los deplorables acontecimientos desarrollados en las últimas veinticuatro horas en el territorio de la República, como medida previa tenemos el honor de someterle la siguiente sugestión: Con el fin de evitar una situación aparentemente legal y que sería muy difícil corregir más adelante, nos permitimos solicitar pida usted al Gobierno cubano que conceda una suspensión de las elecciones parciales en las provincias de Santa Clara y Oriente que deben tener lugar respectivamente el 14 y 28 del actual, y que señale nueva fecha para cuando semejantes elecciones puedan verificarse bajo propias y completas garantías de imparcialidad. Por nuestra parte ofrecemos presentar la petición y obtener del Partido Liberal de Cuba la aceptación sin oposición ninguna de esta sugerida solución, que estamos seguros pondría fin al estado deplorable de cosas que el Partido Liberal ha sido y es todavía el más interesado en desear evitar. Le rogamos además excuse hayamos escogido la presente forma de comunicación con usted, debido a que nuestra presencia en Washington pudiera ser considerada como intervención en la acción del Gobierno de los Estados Unidos en lo que concierne a los asuntos de Cuba y a fin de que nuestro Gobierno no pueda dar una errónea interpretación a nuestra misión, que es sobre todo una misión de paz y armonía sobre la base de justicia.

RAIMUNDO CABRERA.
ORESTES FERRARA.

Waldorf Astoria Hotel, New York.

---

(6) Ob. cit. pág. 118.

Mientras esas gestiones se realizaban en los Estados Unidos, en La Habana se había descubierto y hecho abortar por el Gobierno, la noche del día 9 de febrero, un complot o golpe de Estado preparado por varios elementos militares con el objeto de secuestrar al Presidente Menocal, bien en Palacio, o bien al dirigirse a su finca *El Chico,* situada en los alrededores de la capital, y hacerlo renunciar, con el objeto de que las elecciones parciales se realizaran bajo la autoridad del Vicepresidente, el venerable patricio Dr. Enrique José Varona.

Fracasado ese plan y hechas numerosas detenciones de prominentes liberales; otros muchos desaparecieron de las poblaciones, alzándose en armas contra el Gobierno, y entre ellos el propio General Gómez, que desde días antes, el 8 de febrero, había abandonado la capital, dirigiéndose a Batabanó, donde se embarcó en su *yate* de recreo.

El movimiento armado adquirió bien pronto proporciones considerables, contando con la adhesión, no sólo de numerosos elementos civiles, sino también con la de grandes contingentes militares, llegando al extremo de ser ocupadas totalmente por las fuerzas revolucionarias las capitales y poblaciones más importantes de las provincias de Camagüey y Oriente.

Los periódicos liberales *Heraldo de Cuba, La Nación* y *El Triunfo* fueron suspendidos los días 12, 13 y 14, respectivamente, con motivo de las noticias publicadas al dar cuenta de la revolución.

Ese mismo día 14, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. González, dió a la prensa la siguiente nota (7) "como expresión de la actitud del Gobierno de los Estados Unidos":

El Gobierno de los Estados Unidos ha recibido con la mayor aprehensión los informes que le han llegado en el sentido de existir en varias provincias una insurrección organizada contra el Gobierno de Cuba, y de que los insurrectos se han apoderado de algunas poblaciones.

Noticias como éstas, de rebelión contra el gobierno constituído, no pueden considerarse sino del carácter más grave, dado que el Gobierno de los Estados Unidos ha otorgado su confianza y apoyo únicamente a los gobiernos establecidos por medios legales y constitucionales.

En los últimos cuatro años, el Gobierno de los Estados Unidos ha

---

(7) República de Cuba. *Boletín Oficial de la Secretaría de Estado,* La Habana, número de febrero de 1917, pág. 74.

venido declarando clara y terminantemente su actitud en lo tocante al reconocimiento de gobiernos que suban al poder por la revolución y otros medios ilegales, y desea en estos momentos acentuar su actitud respecto de la situación reinante en Cuba. Su tradicional amistad para el pueblo de Cuba, que ha demostrado en repetidas ocasiones, y los deberes que le impone el convenio vigente entre ambos países, obligan al Gobierno de los Estados Unidos a aclarar ahora su política futura.

Es muy curiosa esta doctrina, después modificada, que sostuvo durante algún tiempo el Gobierno de los Estados Unidos, de prestar su confianza y apoyo únicamente a los gobiernos establecidos por medios legales y negar su reconocimiento a los gobiernos que subían al poder por la revolución, doctrina a todas luces errónea, o por lo menos incompleta, como en este caso de Cuba quedaba demostrado.

Puede aceptarse ese apoyo a los Gobiernos constituídos en tanto no traten—como trató el Gobierno del General Menocal—, de continuar en el poder contra la voluntad de la mayoría de su pueblo, valiéndose de los medios y fuerzas que el poder mismo les proporciona. Y no es posible condenar una revolución sin estudiar y analizar antes sus causas y los propósitos que con ella se persiguen.

La revolución de febrero de 1917 no trataba de deponer al General Menocal, ni impedirle disfrutara del Gobierno durante el período para el que legalmente había sido electo.

Los liberales por todos los medios persuasivos y pacíficos procuraron, sin lograrlo, que el Gobierno fuese imparcial en las elecciones; y hasta acudieron al Gobierno de Washington, como hemos visto, para que éste interpusiera sus buenos oficios en favor de esa imparcialidad. Menocal, primero, y Washington después, permanecieron sordos ante esas demandas, y entonces fué cuando acudieron a la fuerza, únicamente para lograr—presididas por otro, el Vicepresidente Dr. Varona—, que se pudieran celebrar unas elecciones tranquilas y justas.

Ya levantado en armas el General Gómez y dominadas las provincias de Camagüey y Oriente, el plan de los revolucionarios era sólo (8):

(8) *Mis malos tiempos*, pág. 120.
Pueden también verse expuestos los motivos y propósitos de los revolucionarios en la Exposición que con fecha 23 de febrero de 1917 dirigieron los señores Ferrara y Cabrera al Secretario de Estado de los Estados Unidos. (Ob. cit., pág. 151.)

acercarse a La Habana el General Gómez al frente de las formidables fuerzas con que contaba, y desde Jaruco intimar al Presidente que abdicara [sic] para que las elecciones parciales se llevasen a cabo libremente y con los procedimientos legales.

Pero el Gobierno de los Estados Unidos, preocupado en aquellos momentos con los preparativos de la guerra con Alemania, a la que tenía que dedicar toda su atención, no estudió a fondo probablemente el problema cubano y, dejándose influenciar por los informes del Ministro González, condenó una y otra vez la revolución, por el hecho de ser tal y de que en aquellos momentos venía a crearle un conflicto o un cuidado; y creyó más fácil para su tranquilidad en lo que a la guerra europea se refería, apoyar al Gobierno constituído, y así lo hizo, lanzando el Ministro González el día 19 la siguiente inaudita proclama, en la que, arrogándose facultades ejecutivas, legislativas y judiciales, amenazaba directamente a los revolucionarios con un inmediato castigo, y juzgaba, de por sí, el movimiento, haciendo saber que no lo toleraría. Dice así (9):

Se me autoriza por el gobierno de mi Nación, para dar a la publicidad las siguientes manifestaciones:

Apenas se hace necesario consignar que los acontecimientos de la semana última relacionados con la insurrección contra el gobierno de Cuba han sido objeto de la más estrecha observación de parte del gobierno de los Estados Unidos, el que, habiendo definido en declaraciones anteriores su actitud respecto de la confianza y apoyo que presta a los gobiernos constitucionales y de la política que ha adoptado hacia las perturbaciones de la paz por medio de empresas revolucionarias, desea otra vez informar al pueblo de Cuba su actitud frente a los actuales sucesos, a saber:

Primero: El gobierno de los Estados Unidos apoya y sostiene al gobierno constitucional de la República de Cuba.

Segundo: *La actual insurrección armada contra el gobierno constitucional de Cuba se considera por el gobierno de los Estados Unidos como un acto ilegal y anticonstitucional, que no tolerará.*

Tercero: *A los jefes de la revuelta se les hará responsables de los daños personales que sufran los extranjeros y asimismo de la destrucción de la propiedad extranjera.*

Cuarto: El gobierno de los Estados Unidos estudiará detenidamente

(9) República de Cuba. *Boletín Oficial de la Secretaría de Estado.* La Habana, número de febrero de 1917, pág. 75.

la actitud que deba adoptar respecto de aquellas personas relacionadas con o que tomen participación en la actual perturbación de la paz en la República de Cuba.

WILLIAM E. GONZÁLEZ,
Ministro de los Estados Unidos de América.

Pero más asombro que esa proclama de un Ministro extranjero, causó la respuesta del Secretario de Estado cubano, Dr. Pablo Desvernine, expresándole "su satisfacción y agradecimiento" por esas declaraciones, que envolvían una franca y hasta entonces no igualada intromisión en nuestros asuntos; pero que para el Gobierno significaban un apoyo franco y decidido.

He aquí ese documento (10):

Señor Ministro:

He tenido el honor y la satisfacción de recibir de manos del Honorable Señor Presidente de la República, el Memorándum que esta mañana puso Vuestra Excelencia en sus manos, cumpliendo instrucciones del gobierno de los Estados Unidos.

Huelga que en nombre del señor Presidente, ratifique la expresión de satisfacción y agradecimiento que él mismo en la mañana de hoy hizo presente a Vuestra Excelencia y puedo y debo asegurarle que el Gobierno y todo el pueblo de Cuba aprecian en todo lo que valen esas pruebas concluyentes y terminantes que le ofrece en esta ocasión el gobierno de los Estados Unidos, de su amistad a Cuba y del celo con que se interesa en su presente y porvenir, haciendo declaraciones que son de suprema importancia para la causa del orden y de la paz en Cuba, no sólo en los presentes momentos sino también en lo sucesivo.

Hoy, por una vez más realiza el pueblo de Cuba y realizará toda la América el valor inmenso de la amistad de los Estados Unidos para el bienestar y progreso de nuestro pueblo a la sombra de sus instituciones republicanas y para lección de los que quieran con procedimientos de fuerza o sedición perturbar la serenidad de esas grandes instituciones.

Más tarde, cuando Cuba declaró la guerra a Alemania, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. González, dió a la prensa "para la mayor publicidad, la siguiente proclama del Gobierno de los Estados Unidos al pueblo de Cuba", haciendo constar que la había "comunicado oficialmente al Gobierno cubano, y por telégrafo, a

(10) *Boletín* cit. pág. 76.

todos los Cónsules y Agentes Consulares de los Estados Unidos en Cuba, con instrucciones de darla a la publicidad" (11):

La declaración de guerra contra el Gobierno Imperial Alemán, por el Gobierno de Cuba, que señala la entrada de Cuba al lado de los Estados Unidos en el conflicto que ha emprendido en defensa de los más altos derechos de la humanidad y de los principios del derecho internacional, ha sido recibida por el Gobierno de los Estados Unidos con sentimientos del mayor aprecio y orgullo.

Ahora que se encuentran los pueblos cubano y americano aún más ligados por lazos perdurables de interés común, el Gobierno de los Estados Unidos estima que le incumbe reiterar sus múltiples manifestaciones sobre su actitud respecto de aquellos cubanos que se encuentran alzados en armas contra su Gobierno constitucional, y de agregar, en los términos más enfáticos, que considera llegada la hora de echarse a un lado todas las diferencias de política interna frente a los graves peligros internacionales.

Al hacer esta advertencia al pueblo de Cuba, el Gobierno de los Estados Unidos cree oportuno manifestar que, para asegurar la victoria en esta guerra, tanto Cuba como los Estados Unidos, tienen dos obligaciones de mayor trascendencia: una militar y la otra económica. Por tanto, teniendo las Potencias Aliadas y los Estados Unidos que depender mayormente de la producción azucarera de Cuba, *cualesquier desórdenes que amenacen a mermar dicha producción deben considerarse como actos hostiles, y el Gobierno de los Estados Unidos se encuentra obligado a advertir a todos aquellos que se encuentren en armas contra el Gobierno de Cuba, que si no las deponen y vuelven a la legalidad inmediatamente, podrá hacerse necesario al Gobierno de los Estados Unidos declararlos enemigos y tratarlos como tales.*

Pero no fueron esas las únicas "notas" que dió *al pueblo de Cuba* el Ministro González. Otras varias lanzó después, escritas todas en el mismo tono y sosteniendo y reiterando idéntica actitud. He aquí algunas de ellas:

Legación de los Estados Unidos de América (12)

Todas las declaraciones del gobierno de los Estados Unidos sobre el malhadado conflicto en Cuba desde su inicio, han sido claras y terminantes. No ha habido ocasión alguna para malas inteligencias, ni nada

(11) República de Cuba. *Boletín Oficial de la Secretaría de Hacienda,* La Habana, mayo 15, 1917, pág. 469.

(12) República de Cuba. *Boletín Oficial de la Secretaría de Hacienda,* La Habana, núm. de abril 19 de 1917, pág. 351.

que indicara que al Gobierno de los Estados Unidos podría forzársele a una actitud que ha declarado su determinación de no adoptar.

Pero a fin de quitar todo pretexto para interpretaciones erróneas y de reafirmar la condenación de la revuelta por el gobierno de los Estados Unidos y su apoyo al gobierno constitucional de Cuba, se hace por el gobierno de los Estados Unidos la siguiente declaración inequívoca:

Ha llegado a conocimiento del gobierno de los Estados Unidos, que en Cuba se propaga con persistencia la especie de que, respondiendo a gestiones de los agentes de la revolución contra el gobierno constitucional, los Estados Unidos estudian la adopción de medidas a su favor.

El Gobierno de los Estados Unidos no puede comprender cómo se haya podido dejar de entender su actitud ante la situación que rige en Cuba.

Para obviar que sigan las malas inteligencias o torcidas interpretaciones de las declaraciones hechas por el gobierno de los Estados Unidos, publicadas por todo el territorio de la República de Cuba, en las cuales se ha definido la actitud de los Estados Unidos en Cuba en términos inequívocos, se desea reiterar los puntos esenciales consignados en aquellas declaraciones, a saber:

Primero: El Gobierno Constitucional de Cuba ha sido y seguirá siendo sostenido y respaldado por el gobierno de los Estados Unidos y sus esfuerzos por restablecer el orden a través del territorio de la República.

Segundo: El Gobierno de los Estados Unidos, puntualizando su condenación de la conducta reprensible de los que se han levantado contra el Gobierno constitucional intentando arreglar por la fuerza de las armas controversias para las que las leyes vigentes establecen remedios legales adecuados, desea hacer constar que hasta tanto los que se encuentren en rebeldía no reconozcan sus deberes como ciudadanos de Cuba, hayan depuesto sus armas y vuelto a la legalidad, el Gobierno de los Estados Unidos no podrá tener comunicación alguna con ninguno de ellos y tendrá forzosamente que mirarlos como fuera de la ley y desmerecedores de su consideración.

WILLIAM E. GONZÁLEZ,
Ministro de los Estados Unidos.

LEGACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (13)

Habana, 27 de febrero de 1917.

El día 20 del corriente apareció en la mina *Carlota,* enclavada en la jurisdicción de Cienfuegos y distante unas doce millas de dicha ciudad, una partida de rebeldes, los que atacaron e hirieron gravemente a un ingeniero americano, nombrado William Loerpabel. Al día siguiente,

(13) *Boletín* cit., núm. de mayo 15, 1917, pág. 289.

fuerzas de la Guardia Rural que salieron en su persecución dieron alcance a dicha partida, matando a uno o dos, hiriendo a otras tantos y tomando varios prisioneros.

En nota de esta fecha, el Gobierno de los Estados Unidos ha pedido al de Cuba, que continúe con todo vigor sus esfuerzos por someter a todos los complicados en el citado hecho. A nuestro parecer todos los que integraban la partida tienen igual grado de culpabilidad, y el Gobierno de los Estados Unidos no descansará en sus esfuerzos por lograr el castigo adecuadamente severo de todos ellos, y asimismo de todos los rebelados contra la legalidad que osaren intentar contra las vidas o propiedades americanas, oponiéndose a su perdón o amnistía en su caso.

Se hacen las presentes declaraciones a fin de que no haya lugar para que nadie deje de comprender la actitud de los Estados Unidos frente a la actual revuelta-pronunciamiento, a pesar de haberse definido terminantemente en otras ocasiones.

WILLIAM E. GONZÁLEZ,
Ministro de los Estados Unidos.

Esa actitud la respaldó el propio Presidente Wilson, como lo demuestran los siguientes documentos (14):

PETICIÓN DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE SANTIAGO DE CUBA

Al Honorable Presidente de los Estados Unidos.

Las autoridades militares que gobiernan en Santiago de Cuba han mantenido el orden y garantizado la vida y la propiedad, procurando restablecer el curso normal de la vida económica. A fin de llevar a cabo este último con la rapidez que demandan las circunstancias, evitándose la ruina completa de los intereses económicos, se hace necesario, a juicio de las clases productoras y comerciales de Santiago, obtener la mediación diplomática de vuestro Gobierno.

Con ese fin a la vista, los que suscriben reunidos en sesión, unánimemente solicitan de usted el buen amigo de Cuba, que interponga vuestros buenos oficios con el objeto de lograr rápidamente la muy deseada terminación del actual estado de cosas. Inmensas pérdidas que parece es seguro habrán de producirse, podrán evitarse con su mediación.

Esta petición fué contestada por Mr. Wilson en los siguientes términos:

El Gobierno de los Estados Unidos ya ha definido su actitud respecto de la actual rebelión armada contra el Gobierno Constitucional de Cuba y atribuirá cualquiera perturbación de carácter económico y la pérdida

(14) *Boletín* cit., núm. de marzo 1º, 1917, pág. 229.

de la zafra a aquellos que se encuentran en armas contra el Gobierno Constitucional; y, más aún, no puede entrar en comunicación con los jefes de los que se hallan sublevados mientras éstos estén armados contra el Gobierno Constitucional.

No podrá tomarse en consideración en las actuales circunstancias ninguna otra cuestión que no sea la del restablecimiento del orden en toda la República por la vuelta de los rebeldes a la obediencia del Gobierno. El gobierno de los Estados Unidos, como ya lo ha hecho saber al pueblo de Cuba, sólo apoyará procedimientos constitucionales para el arreglo de las contiendas y empleará todos los medios que estén en su poder como amigo de la República Cubana, para llevar a cabo dicho arreglo; pero mientras esos individuos que se han alzado contra el Gobierno no depongan sus armas, no declaren su fidelidad al gobierno y no vuelvan a sus pacíficas ocupaciones, el gobierno de los Estados Unidos no puede dar otros pasos.

Así las cosas, el 7 de marzo cayeron prisioneros en "Caicaje" el General Gómez y su Estado Mayor, siendo trasladados a La Habana y encerrados en el Presidio. Este rudo golpe sufrido por la revolución la debilitó moral y materialmente. Vinieron después las pérdidas de las ciudades de Camagüey y Santiago de Cuba, en la cual el Comandante del crucero americano *San Francisco,* desembarcó con 200 hombres y obligó al jefe revolucionario que se había apoderado de la ciudad, a abandonarla.

Y todo ello, unido al apoyo decidido que el Gobierno de Washington prestó por medio de su Ministro González en todo momento, y mucho más después de haber entrado Cuba en la guerra, al Gobierno del General Menocal, hicieron que la revolución se fuera extinguiendo rápidamente.

Mientras tanto, a pesar de todas las peticiones hechas por los liberales a los organismos electorales para que se suspendiesen, por el estado de guerra en que se encontraba el país, las elecciones parciales en Santa Clara, éstas se celebraron el día 14 de febrero con un resultado, en los seis colegios, de 2,427 votos conservadores por 33 liberales, lo cual demuestra que éstos no fueron a la elección; ni era posible que concurrieran, dada la situación en que se encontraba la República.

En el mes de marzo, y después de celebrarse esas elecciones, se intentó por el Ldo. Alfredo Zayas un último esfuerzo cerca del Gobierno de Washington, para que depusiera su actitud, y al efecto redactó un extenso informe relatando los hechos acaecidos durante

todo ese período electoral (15); informe que fué contestado en otro folleto por el Dr. Ricardo Dolz, Presidente del Partido Conservador Nacional (16).

El 9 de abril se celebraron las elecciones parciales en Victoria de las Tunas, Provincia de Oriente, con completo éxito para los conservadores, terminando con ello la contienda electoral. El 7 de mayo se reunió el Congreso, proclamando electos a los candidatos presidenciales del Partido Conservador, Generales Mario G. Menocal y Emilio Núñez, con la asistencia de muchos congresistas liberales; y el 20 de mayo tomaron aquéllos posesión de la Presidencia y Vicepresidencia de la República.

Así empezó el segundo período presidencial del General Menocal, que el Dr. Varona ha llamado "el legitimado."

*

Durante todo este segundo período del gobierno del General Menocal las intromisiones norteamericanas en nuestros asuntos interiores revistieron una forma, no ya "epidémica", como hasta entonces, sino "endémica"; fueron, no la excepción, sino lo normal y esperado.

Y no podía ser de otra manera. Al apoyo moral y material que le prestaron los Estados Unidos debió Menocal su reelección. A ellos debía, pues, quedar atado, irremisiblemente.

A los 200 soldados yanquis que reconquistaron para el gobierno de Menocal la ciudad de Santiago de Cuba del poder de los revolucionarios, se sumaron después otros muchos centenares. El 20 de octubre de 1917, según publicaron los periódicos de La Habana, desembarcaron en la capital de la provincia de Oriente cuatro compañías (1,600 infantes) al mando del Coronel Shoner, y tres compañías comandadas por el Mayor Halford, lo hicieron a su vez en la provincia de Camagüey.

El Gobierno quiso explicar este desembarco inexplicable de tropas extranjeras en territorio cubano, con la vana excusa de que

(15) *A Statement by Dr. Alfredo Zayas on the elections held in Cuba november 1 1916*, 62 págs. (No tiene pie de imprenta, pero aparece fechado: Habana, march, 1917).

(16) *El proceso electoral de 1916*, por Ricardo Dolz y Arango, Presidente del Partido Conservador Nacional. Exposición dirigida al Sr. Secretario de Estado de la República de Cuba, contestando la que el Dr. Alfredo Zayas, Presidente del Partido Liberal, dirigió al Gobierno de los Estados Unidos, Habana, Imp. "La Universal", 1917, 40 págs.

venían a hacer prácticas militares, a fin de "entrenarse" para ir después a Europa a combatir contra las huestes del Kaiser. Excusa risible. Lo cierto fué, según parece, que no confiando en las garantías que pudiera darle su aliado el General Menocal, el Gobierno norteamericano enviaba a Cuba sus soldados para que protegiesen y amparasen los intereses azucareros de sus ciudadanos.

Si Desvernine, Secretario de Estado, en nombre de Menocal dió las gracias, como hemos visto, durante la revolución de febrero, al Ministro González por sus "notas", atentatorias a nuestra soberanía, pero favorables a la reelección, ¿cómo podía ahora oponerse a que esas mismas tropas y ese mismo Gobierno extranjero que lo ayudó a triunfar, ocuparan el territorio nacional?

Pero justo es reconocer y declarar que no era el pueblo de Cuba el que actuaba, sino un Gobierno que se caracterizó, durante los ocho años en que estuvo al frente de la administración del país, precisamente por su divorcio constante con ese pueblo.

A esos soldados norteamericanos se unieron otros muchos que en nuestro suelo vivieron hasta fines de enero de 1922. ¿Cuáles eran sus fines? ¿Qué misión llenaban en territorio cubano? Nadie ha podido explicarlo concretamente. ¿Qué nombre mejor y más adecuado podía dársele a ese contingente de soldados norteamericanos que el que en su propia patria se les daba: "el batallón perdido"?

En nuestro territorio establecieron campamentos; zonas en las que nuestras autoridades administrativas o judiciales no tenían jurisdicción. Frecuentemente la prensa de la República daba cuenta de escándalos, atropellos y hechos de sangre realizados por esos soldados extranjeros (17). Los cometían y después se refugiaban impunemente en sus campamentos, sin que hasta ellos, para castigarlos, pudiesen o quisiesen llegar las autoridades cubanas; y otras veces en que eran detenidos, los oficiales americanos los reclamaban y había que entregárselos.

Así permanecieron durante todo el segundo gobierno de Menocal.

Después que el Ldo. Zayas ocupó la Presidencia, nuestra Cancillería entabló negociaciones con la de los Estados Unidos para

(17) Véanse los números de *El Mundo*, de La Habana, de marzo 25, 1919; enero 15, 1920; dic. 25 y dic. 27, 1920, y 25 enero 1922, para no citar más que unos cuantos casos.

la retirada de esas tropas. Al fin ésta accedió, después de un informe favorable del General Crowder basándose en que su permanencia en tierra cubana ya no era necesaria; y en 26 de enero de 1922, según cable de la Prensa Asociada (18), el Secretario de Marina Mr. Denby ordenó la retirada de los 375 últimos soldados de Infantería de Marina Americana que estaban estacionados en la provincia de Camagüey.

El Presidente Zayas en su mensaje al Congreso de 3 de abril (19) le da cuenta de esa retirada en la forma siguiente:

> Al asumir el Gobierno en mayo de 1921, existía en la Provincia de Camagüey una fuerza armada de los Estados Unidos, traída allí durante el período de la guerra última, como medida que sin duda se estimó prudente, y la que en fraternal relación con nuestro Ejército prestaba mayor seguridad a los propietarios y productores. El Gobierno del Presidente Harding, ante una amistosa indicación hecha para satisfacer un natural sentimiento de nacionalidad, sin tardanza dispuso la retirada de dicha tropa, que se distinguió por su corrección y disciplina.

Numerosos fueron los Departamentos y oficinas públicas intervenidos por *consejeros, asesores* o *expertos* norteamericanos.

Al crearse por Decreto de 17 de febrero de 1918 las oficinas de la Censura Postal, con motivo de la guerra europea, intervinieron constantemente, tanto en su organización como en su funcionamiento, varios *expertos* norteamericanos, entre otros Mr. Chas W. Brown, Learson Officer del Ejército Americano, que actuó con el título de Agregado Militar, sustituído por Louis J. Garrot, y Mr. J. M. Dunlevy, que fungía de Secretario.

A mediados del mes de febrero de 1919, el Ministro de los Estados Unidos en La Habana dió a la publicidad la noticia de que, por invitación del Presidente Menocal, se trasladaría a Cuba el Mayor General E. H. Crowder, para el estudio e investigación del régimen electoral cubano; y efectivamente, el 10 de marzo llegó aquél a La Habana, celebrando numerosas conferencias con autoridades, políticos y corporaciones, acerca de las cuestiones antes dichas; y después de un amplio estudio, para el cual obtuvo la

---

(18) *El Mundo*, La Habana, 27 de enero de 1922.

(19) *Mensaje* del Presidente Alfredo Zayas y Alfonso al Congreso de la República de Cuba referente a los actos de la Administración y demostrativo del estado general de la República en 3 de abril de 1922, La Habana 1922, pág. 4.

cooperación de una Comisión Parlamentaria Mixta que al efecto se constituyó el 23 de abril, emitió el 2 de mayo un detenido informe al Presidente de la República, proponiéndole unas Bases de reforma electoral, con diversos comentarios acerca de su alcance y aplicación.

Por cierto, que entre las distintas recomendaciones que hacía Crowder en su informe figuraba la de que se reglamentase debidamente el ejercicio de la facultad que la Constitución concede al Presidente, de indultar a los individuos condenados por los tribunales de justicia, considerando que se había prodigado con exceso esa gracia, la cual era una de las causas de los males políticos que padecía Cuba.

El General Crowder al hacer esa recomendación se olvidó, sin duda, de que fué en la época en que él figuró como Supervisor del Departamento de Justicia, en el Gobierno Provisional de Mr. Magoon, cuando se comenzó en Cuba a prodigar en una forma inusitada hasta entonces, y no superada después por los gobiernos cubanos, la gracia de indulto.

Ese informe, el Presidente lo elevó al Congreso, con su Mensaje de 13 de junio (20), en el que después de celebrar la obra realizada por Crowder, le pide al Congreso que lo considere y examine y si, como espera, mereciere su aprobación, que lo tenga en cuenta para la reforma de la ley electoral.

Y entonces, sin que el Congreso tomara ningún acuerdo sobre dichos mensaje e informe, se formó extraoficialmente una comisión de Senadores y Representantes, que en unión de Crowder y dirigida por él redactó el articulado completo del Código Electoral, que el Congreso aprobó sin discutirlo, sancionándolo el Presidente, y convirtiéndose por ello en ley de la República en 8 de agosto.

Fué éste un caso franco de dejación de sus funciones constitucionales que hizo el Congreso, aceptando, no sabemos si por imposición norteamericana, la obra de Crowder, tal y como él, con la Comisión Especial de congresistas, había redactado la ley electoral, que así, sin leerse casi, se aprobó en ambos Cuerpos Colegisladores.

Crowder en ese informe recomendaba, como condición previa

(20) Dichos informe y mensaje aparecen en el *Boletín Oficial de la Secretaría de Hacienda*, La Habana, núm. de junio 15 de 1919, pág. 359.

indispensable para la reforma electoral, la formación de un censo de población que sirviese de base a las nuevas listas electorales, y en efecto, el 18 de junio llegó a La Habana el Major de infantería del Ejército de los Estados Unidos Harold E. Stephenson, que comenzó a realizar los trabajos preliminares oportunos.

¿Con qué carácter y a virtud de qué, vino?

El Director General del Censo, Dr. Angel C. Betancourt, en su informe sobre los trabajos del mismo (21) dice que el Presidente de la República autorizó a dicho Oficial para que realizara los trabajos preparatorios, nombrándolo luego Consultor técnico. Y el propio Stephenson en su informe (22) declara que

a solicitud del Presidente de esta República [de Cuba] el Departamento de la Guerra de los Estados Unidos expidió, el día 7 de junio del pasado año [1919] la orden especial número 133-O que dice: "El major de infantería Harold E. Stephenson queda relevado del servicio que actualmente presta y saldrá sin demora para La Habana, Cuba, en donde *se presentará al Mayor General Enoch H. Crowder, quien le dará instrucciones* para organizar un censo de población de Cuba."

Como se ve, la cuestión no está muy clara. El Dr. Betancourt afirma que el Presidente *autorizó* a Stephenson para que viniera a Cuba, lo cual no es lo mismo que *invitarlo,* como dice Stephenson. Autorizar no es invitar; es más bien *aceptar* lo que otro hace o impone. Por otra parte, Stephenson viene, no a ponerse a las órdenes del Presidente Menocal, como era lo lógico, si era éste quien lo había invitado, sino a las órdenes de Crowder, *quien le daría instrucciones* para organizar el censo.

Pero ni siquiera necesitó esas instrucciones de Crowder. Cuando Stephenson llegó a Cuba, según declara en su informe,

el General Crowder no estaba en Cuba... y en su ausencia, *procedí a examinar cuidadosamente el proyecto de ley del censo, que hubo necesidad de reformar por completo* para adaptarlo a las especiales circunstancias en que este censo iba a efectuarse.

Así es que, cuando Stephenson llega a Cuba se encuentra que ya en el Congreso se había presentado un proyecto de ley para

(21) *Censo de la República de Cuba.* Año de 1919, La Habana, pág. 2.
(22) Ob. cit. pág. 19.

realizar el censo; pero investido de las facultades y órdenes de su gobierno, examina ese proyecto y no encontrándolo aceptable, lo reforma por completo, es decir, hace uno nuevo, y este proyecto, no ya de ningún Senador o Representante cubano, sino de Stephenson, es el que aprueba el Congreso de Cuba y se convierte en ley de la República el 19 de julio de 1919.

Para cubrir las formas, por el artículo 52 de esa ley se autoriza al Presidente de la República para solicitar del Gobierno de los Estados Unidos el envío de un Consultor técnico, como agregado a la Dirección General del Censo; y el Presidente, con fecha 30 de julio, designó para ese cargo a Stephenson, quien a su vez nombró varios auxiliares norteamericanos: dos hombres y dos mujeres.

Y cuando el Presidente designó la Junta Nacional del Censo y al Director y Subdirector, todos ellos acataron los trabajos preparatorios realizados ya por Stephenson, quien tomó, según declara el Dr. Betancourt en su informe citado.

con mi expreso consentimiento la dirección de todos los trabajos técnicos, lo que hice con el objeto de que, desarrollado por él mismo, su plan no tuviera entorpecimientos.

Pero a pesar de todos estos consejos técnicos norteamericanos, el Director General declara que no está conforme con la obra realizada; que se luchó con grandes dificultades, originadas muchas de ellas por falta de previsión de la ley y que el propio asesor técnico tropezó con "los obstáculos que le oponía, y que él trató de allanarle, el desconocimiento del país y del idioma". Y el mismo Asesor confiesa que su obra tiene algunos errores.

El censo se empezó el 1º de enero de 1920 y se terminó en 23 de febrero, y el 31 de marzo se remitieron los últimos libros a la Junta Central Electoral.

Los gastos de la oficina del Asesor técnico norteamericano, ascendieron a la suma de $27,397.96 y las dietas devengadas por Mr. Stephenson y sus empleados a $12,823.82.

Hemos tenido también otros muchos *asesores* norteamericanos.

En julio de 1920 vino una Comisión para resolver el problema de la congestión de los muelles de La Habana por el exceso de mercancías en ellos depositadas. Dicha comisión de *expertos* vió, emitió su informe... y los muelles siguieron congestionados.

En febrero de 1921 vino a La Habana Mr. B. Summer Welles, Jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Estado de los Estados Unidos, con el objeto, según unos, de obtener informes para su gobierno sobre la situación política y financiera de Cuba, y según otros, a trasmitir instrucciones a Mr. Crowder, que ya se encontraba en Cuba, según veremos en su oportunidad.

También en febrero de ese año, el día 21, llegó a nuestra capital Mr. Oscar Wells, miembro del Federal Reserve Bank, nombrado por el Presidente de la República, cuando nuestra crisis bancaria, para formar parte de la Comisión Liquidadora de Bancos, en la que actuó con facultades extraordinarias, más que de consejo, de dirección.

En los primeros días de diciembre de 1920 se nos presentó otro *asesor financiero,* Mr. Albert Rathbone, ex Secretario auxiliar del Departamento de Hacienda de los Estados Unidos. La primera noticia de su viaje la supimos por los cables de Washington, en los que se decía que venía, de acuerdo con la solicitud hecha por el Gobierno de Cuba; pero interrogado por los periodistas nuestro Secretario de Hacienda, Dr. Leopoldo Cancio, manifestó que él no había sido consultado y que, por lo tanto, desconocía la verdadera misión y las atribuciones que aquél tendría (22) y pocos días después el 10, presentó el Dr. Cancio la renuncia de su cargo, a consecuencia de disparidad de criterio con el Presidente en diversos asuntos económicos (23).

Mr. Rathbone se instaló en el propio despacho del Secretario de Hacienda; y llamó a banqueros, comerciantes, industriales, etc., celebrando con ellos varias conferencias acerca de las dificultades financieras y económicas por que atravesaba el país. Ya antes se había mandado a Washington copia cablegráfica del proyecto de ley del Senador Dolz tendiente a resolver estas cuestiones, y el Departamento de Estado de Washington le puso diversos reparos (24).

Grande fué la agitación que en nuestros círculos financieros y

---

(22) Véanse, entre otros periódicos, *La Prensa* y *La Noche* de La Habana, núms. de 1º de diciembre de 1920.

(23) Los documentos relativos a este asunto pueden verse en CUBA CONTEMPORÁNEA, núm. 97, enero de 1921.

(24) Véase cable de New York, publicado por *Mercurio,* La Habana, diciembre 11, 1920.

en la prensa se produjo durante la estancia del "experto financiero" Rathbone, agravada aún más por el hecho de encontrarse vacante en esos días la cartera de Hacienda por la renuncia de Cancio, ya que el que ocupaba interinamente el puesto era el General Sánchez Agramonte, Secretario de Agricultura, que no concurría a las oficinas de la Secretaría de Hacienda, resultando por las apariencias que el jefe de nuestras finanzas, era en aquellos días Mr. Rathbone. Se preguntaban todos si había venido realmente a petición de Menocal o impuesto por el Gobierno de Washington, o representando a los banqueros neoyorquinos interesados en que Cuba negociase con ellos un nuevo empréstito.

Rathbone emitió su informe a Menocal, en 17 de diciembre y se marchó a su país informando al Departamento de Estado de Washington. A Menocal parece que no le agradó el informe y por ello no le dió cuenta del mismo al Congreso, ni se hizo público; hasta que el periódico *Heraldo de Cuba* lo dió a conocer (25). Es el siguiente:

Habana, diciembre 17, 1920.

A su Excelencia el Señor Presidente de la República de Cuba.

Honorable Señor:

Desde mi arribo a Cuba me he valido de todas las oportunidades que se me han ofrecido para conocer la situación económica. A usted le he explicado ya verbalmente los motivos que he tenido para llegar a las siguientes conclusiones, y no las reitero aquí en obsequio a la brevedad.

Aunque asumo la completa responsabilidad de mis recomendaciones, debo confesar que ellas son el producto de mis conversaciones con usted y con los señores banqueros.

PRIMERO

Cuba es básicamente solvente, y no hay motivo alguno para que deje de continuar su prosperidad, bajo una sabia administración. El proceso de la *desinflación* (sic) en Cuba tiene que ser desagradable, pero cualquiera ingerencia artificial sólo prolongaría la crisis. No se pueden evitar las consecuencias naturales de esta crisis. La congestión de los muelles ha sido una de las causas primordiales de la situación presente.

La moratoria ha producido el efecto de sembrar la desconfianza, y ésta hay que restaurarla. Los que han sufrido pérdidas en sus negocios tienen que sufrir las consecuencias; éstas no pueden ser soportadas por el Estado. Los insolventes tienen que sufrir las consecuencias, no hay

(25) *Heraldo de Cuba,* La Habana, enero 8, 1921.

varita mágica que torne la insolvencia en riquezas. El ahorro y el trabajo es la base de la prosperidad, tanto en Cuba como en los demás países.

SEGUNDO

Hay que proceder a la inmediata descongestión de los muelles. Ya esto se ha iniciado, y cuando se termine se habrá realizado una buena obra.

TERCERO

En cuanto al papel moneda, el peso americano es el mejor billete del mundo. Cualquier otro papel que se emitiera surgiría con depreciación y traería la ruina del país. A los que han depositado pesos americanos en los bancos, hay que devolverles pesos americanos. *Una declaración inmediata del Gobierno cubano afirmando que no tolerará el papel moneda contribuirá a restablecer la confianza en el país y fuera del país.*

CUARTO

Se debe concertar un empréstito no mayor de cien, ni menor de cincuenta millones de pesos.

QUINTO

Los bonos que se emitan deben ser colocados en los Estados Unidos.

SEXTO

Antes de contratarse el empréstito debe constituirse una Comisión que tendrá la vida del mismo empréstito. Esta Comisión debe tener amplios poderes para reorganizar o liquidar los bancos afectados antes de que se contrate el empréstito; y para prestar dinero a los bancos solventes con buenos colaterales. Los fondos que se obtengan del empréstito deben ser única y exclusivamente aplicados a solucionar la crisis financiera, y nunca para ningún otro objeto.

SÉPTIMO

Para dar tiempo a que los planes anteriores se desarrollen, la moratoria debe ser extendida por treinta días, pero con la aclaración de que el Presidente podrá suspenderla con diez de anticipación, cuando lo estime oportuno.

OCTAVO

Debe disponerse cuanto antes del resto de la zafra pasada, la cual debe venderse en conjunto a los Estados Unidos. La moratoria debe ser suspendida inmediatamente a los efectos de los préstamos hechos por los bancos contra garantía de azúcares.

NOVENO

Debe suspenderse inmediatamente la disposición prohibiendo la exportación de la moneda americana, porque no se puede esperar que entre moneda americana aquí cuando después no podría salir.

DÉCIMO

Para obtener un empréstito es menester obtener primero la sanción del Gobierno Americano.

UNDÉCIMO

No se podrá obtener ningún empréstito a no ser que se garantice que el Gobierno no tratará de controlar ni el precio ni la venta de los azúcares de la próxima zafra. Estos procedimientos de control por los gobiernos, los cuales constituyen procedimientos de guerra, están siendo abandonados en los países civilizados, y Cuba daría un paso claramente hacia atrás si tratara de implantarlos.

DUODÉCIMO

El Clearing House debe ser el resultado de una asociación voluntaria de los bancos, y las lecciones aprendidas en esta crisis los llevarán a esa solución en fecha no remota.

DÉCIMO TERCERO

Si es necesario proceder a la liquidación de algún banco o bancos, surgirá el problema de si debe el Estado o no proteger a los depositantes de ahorro. Como este es un problema que tiene sus bases en otras causas que no son económicas, me abstengo de dar una opinión, limitándome a indicar que si el Gobierno acuerda protegerlos, debe hacerse constar que es sólo en este caso, para no sentar jurisprudencia para posibles quiebras futuras.

DÉCIMO CUARTO

Mis indicaciones son sólo para solucionar la presente crisis. Sin embargo, opino que se debe entrar en negociaciones con el Gobierno

Americano para adaptar a Cuba el sistema bancario y monetario de los Estados Unidos.

Muy respetuosamente presentado,

ALBERTO RATHBONE.

Este informe, como se ve, sólo contenía 14 brevísimas recomendaciones, entre las que figuraban, como principales, la concertación de un empréstito no mayor de cien ni menor de cincuenta millones de pesos, y que los bonos que se emitiesen fuesen colocados en los Estados Unidos; todo ello después de obtener la sanción del Gobierno Norteamericano y garantizando Cuba que no trataría de controlar ni el precio ni la venta de los azúcares de la próxima zafra, y vendiendo además el resto de la zafra anterior, en conjunto, a los Estados Unidos.

Como se ve, las medidas eran sumamente favorables... para los Estados Unidos.

Mr. Rathbone reclamó por su informe y los 15 días escasos que estuvo en Cuba $50,000.00; pero el Gobierno de Cuba, por Decreto de fecha 22 de enero (26) sólo le pagó $15,000.00, haciendo constar que el citado asesor había reclamado el pago de sus honorarios.

Total: un *asesor* más y $15,000.00 menos.

En otro trabajo examinaremos la intervención que en nuestros asuntos internos, políticos y económicos, tuvo el General Enoch H. Crowder, representante especial del Presidente de los Estados Unidos, desde su llegada a Cuba en 6 de enero de 1921 hasta el 20 de mayo del propio año, en que terminó el segundo período presidencial del General Menocal.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.

(26) *Gaceta Oficial* de la República de Cuba, enero 31, 1921.

POESIAS SELECTAS

(AUTO - RETRATO)

*AREZCO en absoluto de rasgos distintivos: ni una joroba hilarante, ni un miembro contrahecho me destaca de la abrumadora anonimidad del montón.*

Visto siempre de blanco, o de negro. Vivo como todo el mundo. Soy cortés y ceremoniosa con las mujeres. Y con los hombres. Y con los niños. Una desesperante regularidad rige mi vida. En política soy inevitablemente gubernamental. En las cuestiones internacionales me obstino en ser neutral. Jamás doy mi opinión a nadie: cuando no carezco de ella, la oculto avaramente.

Soy prudente hasta la cobardía: me dejo atropellar... por comodidad. No utilizo el derecho de protesta. Vivo como anestesiada a todo sentimiento de rebeldía. Soporto con evangélica mansedumbre la charla de las comadres, los gritos de los chiquillos y las impertinencias de los tontos. Oigo con estúpida curiosidad todas las conversaciones. No me intereso por nada, pero me entero de todo, aunque nunca sé hacerme cargo...

Uniforme en mi actitud, soy inmune a todo proceso de evolución. El estoicismo es la piedra angular de mi carácter. Dijérase que estoy orgánicamente incapacitada para iniciarme y definirme en nuevas actitudes.

Mi edad es indefinible, como toda mi persona sin personalidad.

Ejemplar de una especie asexual, inclasificable, la suficiencia de los analistas estréllase ante mi amorfidad espiritual. Y piensa, sin querer, en "El Hombre Mediocre", de Ingenieros. Y no se vuelve a acordar de mí, porque yo soy así: el arquetipo del ente perfectamente vulgar.

UNANIMISMO

Todos marchamos hacia una
finalidad desconocida;
mas es indudable que es una
la finalidad de la Vida.

Creo en la fuerza creadora
de Dios, cuyo hálito fecundo
mueve la palanca impulsora
de la gran máquina del mundo;

en la doctrina panteísta
y en el espíritu inmortal...
Y, pues todo toma a mi vista
una apariencia espiritual,

amo la pobre piedra exánime
de alma silenciosa y compleja,
y el espíritu pusilánime
del hombre-oveja...

La gota mínima que horada
la roca,
y el hermetismo de la boca
que no me sabe decir nada...

Sé la virtud retributiva
del Bien y el Mal:
somos una ofrenda votiva
puesta en el Ara Universal!

Nuestro derecho a discutir
las teorías de la Vida,
lo ahoga el deber de vivir
la Vida...

Tal ha de ser de generosa
nuestra ascensión espiritual:
Seguemos la atávica rosa
del Mal!

POEMA DE ESPERANZA

Hacia el País de la Quimera
emprendo un viaje de esperanza...
Yo llevo en mí la primavera
toda florida de esperanza!

Toda florida... El alma mía
es un jardín... Los ruiseñores
riman su dulce melodía
en mis rosales interiores.

Y la dulzura de su cántico
exalta mi ansia de idealismo,
mientras mi espíritu romántico
sonríe pleno de optimismo.

Toda florida está mi alma...
Toda florida! Se dijera
que en la floresta de mi alma
se eternizó la primavera!

Y... ya lo véis. Pacientemente
mi huerto lírico cultivo.
Yo llevaré sobre la frente
el bíblico ramo de olivo.

Y seré en mi cantar eterno
cual la cigarra que, inocente,
sin acordarse del invierno
vive cantando alegremente.

Y si el Destino, en mi camino,
vierte la hiel de la asechanza,
en los zarzales del camino
abrirá rosas mi esperanza!

NOSTALGIA

Amo la placidez de mi contemplativa
vida campestre, tan llena de encantadoras
ingenuidades, y mis horas soñadoras
de artista y de mujer, dos veces sensitiva.

Es un divino amor este amor que mi alma
siente por estas cosas que le son familiares,
y una piadosa unción la que inspira esta calma,
tan sedante y tan honda, de mis viejos lugares...

Pero a veces yo siento nostalgias fugitivas
de no poder gozar de otras perspectivas:
—algo que nunca he visto, pero que yo adivino—.

¡Y este dolor de que mi alma, tan compleja
y tan sencilla, tan infantil y tan vieja,
vegete en un estrecho ambiente pueblerino!

VUELO RETROSPECTIVO

Torna, alma mía, a la ilusión
lejana ya, de mi niñez,
y haz que vuelva a mi corazón
su primitiva candidez.

Torna a la edad en que la frente
aún no se inclina pensativa,
y ante el pasado, reverente,
vierte una lágrima votiva.

Y la visión encantadora
de aquella ingenua y dulce edad,
vierta una suave luz de aurora
sobre tu actual obscuridad.

—Tal cual si al borde de un abismo
un rosal siempre floreciera,
y eternizara el espejismo
de una riente primavera...—

Mucho has cambiado, pero sé
que no perdiste ese candor
de la adorable edad en que
aún no se piensa en el amor...

Tienes el gesto triste y grave
de quien presiente el porvenir;
o de un anciano que ya sabe
la enorme pena de vivir;

y la tristeza precursora
del incurable desencanto
de un filósofo que no ignora
que la Vida es dolor y llanto...

¡Oh corazón! ¿Retornaré
a mi ilusión, turbada por
una intuitiva angustia de
predestinada del Dolor?

Evoca el goce satisfecho
de ver por dentro a las muñecas,
y luego tu ira y tu despecho
al encontrarlas siempre huecas...

El tiempo aquel en que supiste
de los primeros desengaños,
y la alegría, un poco triste,
de mis ingenuos quince años...

¡Oh, este recuerdo del dolor
y este dolor de recordar
cosas que fueron, sólo por
el triste gusto de llorar!

¿Quién no ha sentido alguna vez
con un dolor regocijado,
la nostalgia de la niñez
en un hogar aburguesado?

Y este placer amargo y triste
de revivir nuestra ilusión...
¡Y comprender que ya no existe
en nuestro viejo corazón!

PRIMAVERAL

Amado: está la tarde serenamente azul...
¿No sabes?... Tiene el cielo transparencias de tul;
hay en los limoneros un júbilo de nidos
y aromas nuevos en los huertos florecidos...

Ven, amado: olvidemos un instante las luchas...
Todo convida a amar y a soñar... ¿Tú no escuchas?
De los prados lejanos viene un rumor de esquilas,
que turba la quietud de estas horas tranquilas,
propicias al ensueño... Los pífanos bucólicos
van prendiendo en el aire sus sones melancólicos,
y la suave armonía, que es arrullo y lamento,
se diluye en la honda saudade del momento
vesperal...

¡Ven, amado! ¡Sintamos la Belleza
en íntimo contacto con la Naturaleza!
¡Chist! ¡Silencio! No escuchas las voces misteriosas
que hablan a nuestra alma del alma de las cosas?
Esquilas, nidos, flores, dicen a nuestro oído
los arcanos de un bello mundo desconocido...

Ya es la hora del Angelus, amado: trae el viento
el son de la campana lejana de un convento,
y al piadoso reclamo de su voz argentina
hay un temblor de rezo en la paz campesina...

Sigamos... Mientras llega la hora del retorno
evoquen nuestras almas, plenas de azul, en torno
de la cándida orgía floral de las praderas,
una resurrección de muertas primaveras!

RETORNO

Tengo el presentimiento
de tu retorno... Acaso
volverás un buen día
rendido de cansancio,
tal vez trayendo a cuestas
la cruz de tu Calvario...

Por todos los caminos
habrás ido dejando
—guiñapo entre zarzales—
el alma hecha pedazos.

Triste será el retorno,
triste será... ¡oh mi amado
de ayer, de hoy y de siempre,
a quien ha tiempo aguardo!

Una angustia infinita
sellará nuestros labios,
y hará fluir la amarga
fuente de nuestro llanto.

Me hablarás en silencio
de tus caminos ásperos,
de tu soñar inútil
y de tu andar sin báculo...

Incapaz de palabras,
por todo comentario
enjugaré tus ojos,
te besaré las manos...

Y han de temblar las mías
visiblemente, cuando
se digan nuestras almas
lo que siempre callaron.

¡Cuánto te amé en silencio
y cómo te he soñado!
—me dirás tristemente...
Y, como un eco vago,
diré estas dos palabras
dulcísimas: —¡Te amo!

Tengo la certidumbre
de que hemos de encontrarnos
de nuevo, un día u otro...
Mas... ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo?...

LA HORA DE LOS CREPUSCULOS

Otoño, un gris crepúsculo
—clarobscuro—concreta
el alma del paisaje
en el cielo. En la iglesia
cercana, una campana
ritma su cantinela,
y en la paz de los campos
se oye el Angelus...
Tiembla
ancho rumor de rezos
en la invisible orquesta
de las frondas, que me unge
de misticismo, y llena
de fervor mi alma, un poco
pagana...
Todo reza:
"Dios te salve, María,
eres de gracia llena..."

Súbitamente triunfa
la vesperal tristeza
sobre todas las cosas...
—Mientras, mi psiquis sueña:

Hora de los crepúsculos,
hora de la Belleza,
que diluyes tus oros
sobre las tardes lentas,
y prendes en los altos
espíritus que sueñan,
la divina nostalgia
de las cumbres supremas:
haz que yo escuche el ritmo
de mi música interna,
y exalta la hierática
soledad de mis selvas
con una sinfonía
de música de estrellas!

Hora de los crepúsculos,
hora de los poetas!

LA ASCENSION

Es duro y áspero el camino
y aún está lejos la montaña...
¡Oh, qué desencanto, alma mía!
¿Qué súbita desesperanza
y qué fatal cansancio anulan
tu voluntad y tu constancia?

Tú, la rebelde, tú, la indómita,
la enamorada de la audacia
y de la fuerza, te detienes
prematuramente cansada!

Tú lo sabías: el camino
estaba abierto a la esperanza,
y sin vacilar emprendiste
la ascensión hacia la montaña.
¡Te deslumbraron sus azures
y te olvidaste de las zarzas!

Sigue adelante, ¡oh alma!—¡Icaro
no temió al sol!—Oye la airada
voz pronunciadora del bíblico
mandato: "¡Levántate y anda!"
Yo sé que es áspero el camino...
¡Anda, y vence! Sé como el águila
que ama el azur de toda cumbre,
no por cumbre, sino por alta,
y si tiene alas para el vuelo
para la lucha tiene garras!

CANTO DE REDENCION

¡Ah los humildes! ¡Ah los débiles!
¡Ah los vencidos y los parias!
Venid a mí: para vosotros
lanzo mi canción de esperanza,
como una bandada de cisnes
sobre vuestras frentes cansadas!

Los irredentos y los tímidos,
podéis venir todos! Mi casa
brinda una quietud de remanso
a los que rindió la jornada,
y a los labios de los sedientos
da la frescura de su agua,
con la amorosa, con la bíblica
piedad de una samaritana
que, al agotar sus manantiales,
diera a beber su propia alma!

Venid a mí: sea la cumbre
de mi corazón la atalaya
que a vuestros páramos internos
abra espejismos de esperanza,
y en la noche de los vencidos
vierta un resplandor de alborada!

Tomad mi alma: es toda vuestra!
Fortaleceos con su savia,
que a vuestras alas de gorriones
dará energías como de águila!

SED DE VIDA

Es indudable, ¡oh alma!, que quisimos
vivir la Vida muy de prisa: ese
fué nuestro error fundamental... Un loco
afán, una insaciable sed de vida,
turbó nuestra razón, y nos lanzamos
a conquistar la formidable cumbre
donde se asienta la Verdad que, absorta,
con una enorme turbación de nupcias,
se nos dió toda... ¡Y la Verdad fué nuestra!

Inaccesibles sobre nuestra cumbre
—tal un águila erguida sobre un risco—,
las primicias del triunfo disfrutamos;
y ella, la huraña, fué como hembra pródiga
a la voracidad de nuestros besos...
Desde entonces, ¡oh alma!... desde entonces
tuvimos los secretos de la Vida,
nuestra duda trocóse en certidumbre
y nuestra certidumbre en desencanto:
a la tristeza de ignorarlo todo
siguió el dolor de la sabiduría!
¡Y fué nuestro dolor sin esperanza!

Quien nada espera nada cree; pero
aprendimos la Ciencia de la Vida
en la desolación de nuestro triunfo!
¡Hemos llegado! ¿Hemos llegado?... Acaso
hemos tergiversado nuestro oculto
sentido de la Vida... En tu tristeza
vi la consumación del sacrificio
y tu impotencia ante lo irremediable...
¡Oh, mariposa que en tu propio fuego
quemaste el polvo de oro de tus alas:
tú y yo sí comprendemos la tortura
de Prometeo atado a ingente roca!
Con nuestras manos, cual si fueran buitres,
nos arrancamos todos nuestros sueños:
borramos todo inútil espejismo
que decorara nuestra perspectiva
interior: mas la cumbre nos dió en cambio
su facultad de dominarlo todo
y ver todas las cosas de la tierra
como a vista de pájaro...
¿Y ahora?...
Ahora iremos por todos los caminos
con nuestra fortaleza por escudo;
haremos florecer en cada yermo
una como ficción de primavera;
habrá la floración de una sonrisa
comprensiva y piadosa en nuestros labios
para todos los débiles de alma
que queden rezagados en su ruta;
y para aquellos que a nosotros lleguen
conscientes de su fuerza, les daremos
nuestras manos, en son de bienvenida!

SAMARITANA

A profanar la augusta beatitud del Nirvana
en que há tiempo reposas, vengo con mi pagana
imploración... ¡Perdóname! Mi espíritu precisa
de la maravillosa gracia de tu sonrisa,
perennemente abierta sobre todo dolor
humano, cual si fuera una celeste flor!

¡Oh tú, que hacia el Azul Infinito partiste
dejándonos el alma eternamente triste:
vé cómo en el Recuerdo, hecha dolor, perdura,
a través de la Muerte, tu inefable dulzura!
Al evocarte, sangra nuestra incurable herida,
oh hermana que te fuiste tan pronto de la Vida!

Escúchame: Un arcano poder de taumaturgia
me reveló el secreto de una vieja liturgia
astral; y, hierofante de esotérico rito,
mi alma buscó una ruta abierta al Infinito,
y enamorada de las luminosas huellas
de tu espíritu, por un camino de estrellas
ha venido hacia ti, dulcemente importuna,
cabalgando en el blanco Pegaso de la luna...

Mi corazón sentía la obsesión de una aurora
que en su interior hiciera la luz reveladora...
En la estelar penumbra tu luz me alucinaba,
y en mi veloz Pegaso avanzaba... avanzaba...
Y... héme aquí, prisionera entre los áureos rastros
que tu alma luminosa dejó sobre los astros!
(La mía, en tu presencia, se arrodilla sumisa,
como prendida al sortilegio de tu sonrisa
angelical).
Hermana, escucha: Tú que sabes
el pavoroso enigma que contienen las claves
de la Vida y la Muerte, sé magnánima y pía
y sacia esta infinita sed de sabiduría
divina que me obsede! ¡Para mi sed, hermana,
ten el piadoso gesto de la Samaritana!

LA VIEJA SANGRE

La Primavera me llenó de hojarasca
y ciñó de pámpanos mi testa...
¡Oh, cuán divinamente pródiga
fué la hermanita Primavera!

La Primavera me dió todas sus rosas
y pobló de trinos mi cabeza...
—¡Hagan los dioses que el otoño
no desnude la sacra selva!—.

Dijérase que estoy embriagada
de un vino antiguo— ¿de las vides de Grecia?—
que trasfunde en mi sangre de ahora
la atormentada e inmortal sangre helena.
¿Qué sangre ilustre, qué preclara y remota
sangre circula por mis venas?
¿Qué salvaje y primitivo estrépito
conmueve el alma de mis selvas?
¿Es el retorno de Dyonisos
con su cortejo de bacantes en fiesta?...

La vieja teogonía, abolida
ha siglos, reaparece en mi selva,
en mi selva fragante y dorada
que evoca un amplio vuelo de abejas...
Y pues la vieja sangre, ¡oh dioses!,
ató con invisibles cadenas
a la Belleza, míos son los secretos
de la Armonía y de la Belleza,
y el oro de todos los crepúsculos,
y la miel de todas las colmenas,
y cuanto de áureo, dulce y maravilloso,
hay en el cielo, y en el mar, y en la tierra!

PAZ

Un filósofo ha dicho que la mujer no es más
que el reflejo del hombre que encuentra en su camino...
¡He aquí una profunda exégesis!
Jamás
descubriste, ¡oh mi dulce corazón femenino!,
al Hombre entre los hombres... y es por eso que estás
como un niño dormido en la paz de un camino!

NIHIL

Ebria de más allá y enferma de impaciencia
interrogué a los sabios... "No sé nada de nada":
eso es todo a lo que se reduce mi ciencia
—dijeron al unísono los sabios.

Aterrada,
interrogué a la Esfinge... Me respondió: ¡Es inútil!
Se perderá en la nada tu ansia investigadora:
no has de rasgar jamás la clámide inconsútil
que envuelve la divina clave reveladora!

¿No sabré nunca nada?—pensé. Y ensimismada,
absorta en mi perenne locura de Infinito,
interrogué al vacío... ¡y no respondió nada!

¡Nihil, nihil!—gimió el alma en su aislamiento...
Y el silencio fué como un angustiado grito
en el abismo de mi propio pensamiento!

HERMETISMO

¡En casa todos vamos a morir de silencio!
—Yo señalo el fenómeno; pero me diferencio
apenas del conjunto... ¡Tengo que ser lo mismo!

Dijérase que estamos enfermos de idiotismo
o que constituímos una familia muda:...
—de tal suerte en sí propio cada uno se escuda!

Como de nuestros oros nos sentimos avaros,
de nosotros las gentes piensan:— Son entes raros,
o egoístas, o sabe Dios qué...
¡Tal vez dirán
que sólo nos preocupa la conquista del pan!

¡Y yo en medio de todos, Señor, con mi lirismo!...
¡Cuán se agobia mi espíritu de vivir en sí mismo
y ver siempre estos rostros pensativos y huraños!

Y así pasan los días, los meses y los años!

BIBLIOFOBIA

¡Malaventurado el que beba
del agua negra de los libros,
porque aprenderá a odiar la Vida
y a desconocerse a sí mismo!

El hombre, la Naturaleza,
la Vida...: he ahí cosas de intrínseco
valor; invariables y simples,
deformadas por los sentidos
orgánicamente anormales
cual siempre serán, son y han sido
los de los artistas: poetas:
—exégetas de lo Infinito—;
filósofos, historiadores...:
—mixtificadores de oficio,
apóstoles de la Mentira,
tortura de los eruditos!

¡Malaventurado el que beba
del agua negra de los libros!

EXEGESIS

A las "ibarbouristas"

Todos los hegelianos son tontos,
menos Hegel.—NIETZSCHE.

Conferita, una hermosa gata, se echó en mi falda
y, al fijarme en sus ojos, no sé por qué secreta
asociación de ideas, evoqué la esmeralda
de tu sortija...: muda divagación de esteta...
¿Por qué te gustan tanto los gatos?—inquiriste,
inesperadamente; y, sin querer, pusiste
en la pregunta una fugitiva inquietud.
—No sé... Tal vez por cierta vaga similitud...
—respondí, sin pensar y sin coquetería,
ingenuamente.
—Exacto: hay mucha analogía...
Acaso, sin saberlo, has dicho una verdad!
—dijiste, interpretando mal mi sinceridad
de mujer simple. Y era tu voz tan incisiva
que, sin saber por qué, me quedé pensativa;
y, después que te fuiste, corrí hacia mi Manual
—olvidado hasta entonces—, de Historia Natural,
y puse noble ahinco en dedicar mis ratos
de ocio, a investigar la vida de los gatos...
Y con enorme asombro, no exento de inquietud,
comprobé que, en efecto, hay gran similitud
entre los atributos de la raza felina
y las modalidades del alma femenina...

Y HABLÓ LA ESFINGE...

...Y habló la Esfinge:
—¡Oh tú, que desafías
el silencio de mis labios de piedra,
que jamás profanó mortal alguno!
Sabe que la Verdad en mí se encierra,
y oirás revelaciones espantosas,
como en un nuevo Apocalipsis... ¡Tiembla,
oh mortal!, ante la ira de los dioses
por quien mi boca sus designios sella!

Mas como la curiosidad humana
es insaciable y, como el Tiempo, eterna,
ordenó el Hombre, imperativo:
—¡Habla!
Y pues mis hombros desnudos sustentan
el formidable peso de la Vida,
vengo hacia ti consciente de mis fuerzas!

Y por segunda vez habló la Esfinge
al Hombre, como si él la comprendiera:

—Era mi alma luminosa y pura
como una estrella en germen; pero densas
sombras ante mi luz se interponían...
(Así triunfan, a veces, las tinieblas!)
Y he aquí que un día un hombre, cuya frente
resplandecía con una luz nueva,
llegó hasta mi alma, venciendo a las sombras...
Llegó hasta mi alma, y díjole:—¡Despierta!—
con un acento antes jamás oído;
y aproximóse a mí cual si quisiera
fundir su lumbre con la lumbre mía!
Huyeron, humilladas, las tinieblas...
Y desde entonces fuimos, sin saberlo,
rayos dispersos de una misma estrella!

Calló la Esfinge y, conmovido, el Hombre
tembló ante el alma inmóvil de la Piedra.

Y por tercera vez habló la Esfinge:

—¡Ah! ¡La visión humana no está hecha
a la Luz Absoluta!
Un día el hombre
que acercó a mí su dulce alma gemela,
huyó, tal vez medroso de los dioses,
que no perdonan al que aquí, en la tierra,
como ellos vive!
Mi alma, hecha de llama,
vaciló cual si un soplo de tragedia
quisiese hundirla; pero como toda
luz es divina, se mantuvo enhiesta...
Pero no pudo perdonar...! No pudo
perdonar a la mano que la hiriera!
Y por evitar todo vencimiento
ensayó Metempsícosis diversas
para elegir una inmutable norma.
He aquí, ¡oh mortal!, por qué mi alma es de piedra!
"Amurallarse no es ser fuerte"; pero
es ser temida; y, además... la Fuerza
está en querer ser una cosa, y serlo!
¡Ah! ¡Tú no sabes la íntima tragedia
de mantenerse en pie, frente a esta enorme
extensión del Desierto!... Sola en esta
soledad, donde guardo el Gran Secreto
por quien el Hombre me teme y me sueña,
mientras, imperturbable, miro cómo
rugen las Furias sobre mi cabeza!

SINCERIDAD

Quizás pensaréis que soy rara:
—raro es todo aquél que es sincero—;
mas... ¿qué queréis? Amo al ególatra
que os cuenta a gritos sus defectos
con impudor mucho más noble
que la moral de los modestos
que, a fuer de no hablar de sí mismos,
muerden las frutas del ajeno
cercado...
Diréis que soy rara...
No importa: he dicho lo que siento;
y si cerráis vuestros oídos,
y si me desdeñáis por eso,
desde la cumbre donde os hablo
me oirán la tierra, el sol, el viento!...

LO VULGAR

Lo habréis observado: en mis cantos
faltan los acentos del mar,
cuya sinfonía monstruosa
—por asociación singular—
trae a mi memoria unos versos,
leídos largo tiempo atrás,
que comenzaban de este modo:
—"¿Rosa: no has visto nunca el mar?"
Y es que también a mí me hacía
soñar el mar
cuando vivía tierra adentro:
—sueños de artista en germinal—...
Ahora lo veo diariamente
sin emoción... Ya véis: ¡el Mar!

EQUILIBRIO

¿Odiar?... No. No es el odio la ley de mi armonía
espiritual. No sabe odiar el alma mía,
aunque, por exigencias de su temperamento,
busque la soledad, tan cara al pensamiento!
Cierto que mi alma a veces no olvida ni perdona;
mas no es el odio planta que mi dolor abona...
¿Para qué, si me basta un poco de ternura
y de comprensión para aliviar la amargura
que en mi espíritu ha ido infiltrando la Vida,
acrecentar más hieles sobre mi propia herida?
Amo las cosas simples: en la simplicidad
he encontrado la clave de la serenidad.
La Vida tiene una inefable belleza
cuando se sabe ir por ella con simpleza...
Este descubrimiento tan anodino implica
en mi espíritu un cambio enorme! Modifica
extraordinariamente mis conceptos de Estética,
al par que ofrece nuevos horizontes a mi Etica
—que justifica todas las cosas de antemano,
más que por ley divina, por estoicismo humano—...
Pero... ¡Dios sabe cómo duele a mi alma, exenta
de mezquinos afanes, la innominada afrenta
de aquellos que, ignorando la pauta que la informa,
no aciertan a ver nada más allá de la Forma!

TORTURA

¡Una pena sorda!...
¿Sabéis lo que es eso?
Tristeza sin lágrimas,
dolor sin lamentos...
Una íntima pena,
sufrida en silencio,
ahogada entre risas,
llorada alma adentro!...

ADIOS

Sensación de partida;
malestar de lo incierto;
paisajes familiares
perdidos a lo lejos...
Y en el alma la pena
de ignorar si es eterno
el adiós al pasado,
o si un simple:—¡Hasta luego!

REGRESO

Emoción de retorno;
resurgir de recuerdos;
paisajes no olvidados
y, felizmente, vueltos
a ver... Y tras la ausencia
de más o menos tiempo,
inquirir si ha cambiado
lo de afuera o de adentro!

COMPENSACION

I

¡Oh Señor! ¡Me has negado,
en tu sabiduría,
todo lo que ha soñado
la cándida alma mía!

Alma de sacrificio
y de renunciamiento,
apta para el cilicio,
buena para el convento;

alma mística y ruda
para la fe creada,
y por la estéril duda,
para su mal, ganada;

alma de anacoreta,
huraña y sensitiva,
hecha para la quieta
vida contemplativa,
y, empero, condenada
por su designio arcano,
a la lucha ignorada
del vivir cotidiano...

¡Bien haya tu clemencia,
Señor, porque me diste
una pura conciencia
y un alma siempre triste!

II

Tristeza sin rüidos
de las casas desiertas,
de los amores idos
y de las madres muertas;

tristeza innominada
de los niños enfermos,
de la cúspide aislada
y de los campos yermos;

tristeza inexpresable
de las mujeres feas,
y de la abominable
vida de las aldeas:
Vida sin poesía
y sin idealismo
en la que cada día
transcurre siempre el mismo...

¡Tristeza del corpúsculo
que no admira a la estrella;
tristeza del crepúsculo,
de todas la más bella!

¡Tristezas cotidianas,
fuente de poesía!
¡Salud, salud, hermanas
de la tristeza mía!

María Villar Buceta.

Entre los poetas cubanos contemporáneos ha logrado destacar su personalidad en estos últimos tiempos, con relieve propio y singulares méritos, la autora de estos versos exquisitos: María Villar Buceta, quien, a pesar de tener muy pocos años, ocupa ya un puesto prominente en nuestro Parnaso. Cuba Contemporánea le da las más expresivas gracias por haberle enviado esta bien hecha colección de sus poesías, entre las cuales se cuentan no pocas que son desconocidas aún, por haber permanecido hasta ahora inéditas: tales son las que llevan por título *Retorno, La hora de los crepúsculos, Paz, Hermetismo, Bibliofobia, Sinceridad, Lo vulgar, Equilibrio, Tortura, Adiós, Regreso* y *Compensación.*

PAGINAS PARA LA HISTORIA DE CUBA (*)

DOCUMENTOS PARA LA BIOGRAFIA DE JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

Introducción y anotaciones del Dr. Francisco G. del Valle.

XI


IEN hubiéramos querido seguir siempre un riguroso orden en la publicación de los documentos relativos a la vida de Luz y Caballero; ya agrupándolos por materias, ya por épocas o cronológicamente; pero esto no ha sido posible realizarlo todas las veces, porque para ello habríamos tenido que agotar primero la investigación, y luego proceder a clasificar y publicar los documentos con arreglo a un plan determinado. Mas como la investigación no la hemos dado por terminada, y ella es caprichosa e insegura y nos da ¡cuántas veces! lo que no buscábamos ni podíamos sospechar que existiera; de aquí que, en más de una ocasión, hayamos publicado papeles que debieron insertarse antes agrupados con los de su clase o materia. Así nos ocurre hoy con los documentos que damos a conocer: ellos son de épocas distintas y tratan de asuntos diversos. Los hay referentes al primer viaje de Luz, a su estancia en Londres (1831); a su labor en pro de la reorganización y aumento de la Biblioteca de la Sociedad Económica; a su segundo viaje a Nueva York, 1841, motivado por el mal estado de su salud; al desempeño de la Di-

(*) Sección a cargo del Dr. Francisco G. del Valle, a quien pueden dirigirse las personas que posean documentos inéditos, de interés para la historia de Cuba, y estén dispuestas a facilitarlos para su publicación.

rección y de la clase de Filosofía del Real Colegio de San Fernando, hecho éste ignorado de las generaciones que hoy viven, y silenciado a lo menos por sus biógrafos; y a su tercero y último viaje a París, Francia (mayo de 1843—agosto de 1844).

Desde hace tiempo teníamos copia de la carta de Echeverría a Luz y Caballero, que hoy publicamos; pero la guardábamos esperando descubrir nuevos datos que nos la explicaran. Y, en efecto, la suerte quiso que, últimamente, y buscando otros antecedentes ajenos a este asunto, diéramos con el anuncio de apertura de las clases en el Real Colegio de San Fernando, publicado en el *Diario de la Habana* los días 16 y 17 de enero de 1842; el cual nos ha venido a aclarar el texto de la mencionada carta.

El Real Colegio de San Fernando existía desde 1829, en cuya fecha ya estaba al frente de él, como Director, Don Narciso Piñeyro, quien permaneció en el cargo hasta 1842, en que, reorganizado el colegio y perteneciendo ya a una empresa o compañía anónima que se formó para sostenerlo, fué llevado Luz a la Dirección del mismo.

En esta época Luz hallábase muy delicado de salud, por lo que creemos que las funciones de Director estuvieron constantemente desempeñadas por Echeverría; y así se deduce de lo dicho en el anuncio del *Diario de la Habana,* y de lo expresado en la carta de Echeverría ya citada.

Al siguiente año Luz continuaba enfermo, a tal extremo que tuvo que embarcarse para Francia, vía Nueva York, el 29 de mayo de 1843, viaje del cual regresó en agosto de 1844 para responder a los cargos que se le hacían en la llamada "Conspiración de los negros contra los blancos". Todo lo cual hace suponer que Luz figuró como Director del aludido colegio sólo durante el año de 1842.

Carta de Don J. o F. P. Santander a Luz y Caballero.

Su mano

Carissimo don Pepe.

"Paga lo que debes, i sabras lo qe. tienes" He aquí inclusos los 15. soberanos que V. me dió ayer: desde que el titerero de los dedales se los llevó, conté con que tenia en mi caudal esta suma de menos, i sus reveses. Los reveses enseñan á los hombres á ser cautos.

Tube carta de nro. D. Pancho [1] del 6 del corr^{te}. de Paris. Ya está otra vez en servicio activo. Parece que el mensagero de los Dioses lo ha librado del animal, que compró en Napoles. No puede quejarse D. Pancho de que en Italia no haya aprendido algo, pues sabe que amanzan potros.

¿No quiere V. volver hoi á Hampton á carreras en otra diligencia? El Sr. Tejada [2] puede acompañarnos.

Esta noche toca Paganini, i canta Rubini. *Tu vedreri la sventurata.*--

Tuyo *excorde*

[F.o] J. P. SANTANDER [3]
[Hay una rúbrica].

OFICIO DE LUZ Y CABALLERO AL INTENDENTE DE REAL HACIENDA, DÁNDOLE LAS GRACIAS POR LA EXENCIÓN DE DERECHOS DE UNA CAJA DE LIBROS PARA LA BIBLIOTECA DE LA SOCIEDAD PATRIÓTICA.

Escmo. Sor.

Al dar a V. E. las debidas gracias, á nombre de la Sociedad patriótica que represento, por la esencion de derechos que á su favor se sirvió V. E. declarar respecto de una caja de libros que para el uso de la Biblioteca pública se recibió de los Estados Unidos por el bergantin americano Thoosa; no puedo ménos de volver á molestar la atencion de V. E. haciéndole presente que dentro de poco se recibirán otras remesas de libro destinadas al propio objeto, asi de los mismos Estados-unidos, como de España y Francia. En tal concepto, la Sociedad patriótica espera de la ilustracion de V. E. se digne declarar por punto general, para no molestar á cada paso su ocupada atencion, esentos de los R^{s}. derechos cuantos libros y objetos vengan con destino al servicio público, por conducto de la Corporacion, á cuya cabeza tengo el honor

[1] Señor Francisco de la O. García, según pudo averiguar el Señor Domingo Figarola Caneda.

[2] Miguel Tejada, compañero de viaje de Luz y Caballero.

[3] *Archivo de la Sociedad Económica de La Habana.* Ignoramos quien era J. o F. P. Santander. Por esa época, según nos informa nuestro amigo Don Domingo Figarola Caneda, vivía un colombiano notable, muy entusiasta por la enseñanza pública, quien llegó a ser Presidente de la República de Colombia, cuyos apellido e iniciales de sus nombres concuerdan con los del firmante de esta carta: se llamaba Francisco de Paula Santander. La carta no tiene fecha, pero de la lectura de otras cartas de Luz y Caballero (las de París, de mayo 26, 1831, y Londres, junio 3, 1831, dirigidas a José L. Alfonso, publicadas en la *Colección de manuscritos* de la Biblioteca Nacional, por D. F. C.) puede considerarse escrita en Londres, a principios de junio de 1831.

de estar: ó bien lo que V. E. juzgue mas acertado en cada caso particular.

Dios gue á V. E. ms. as. Habana Octubre 28 de 1839 --

1839 --

Escmo. Sor.

JOSÉ DE LA LUZ
[Hay una rúbrica].

Escmo. Sr. Intendte. de Egto. y Rl. hacda. &a.

Al margen:

Habana 6 de Noviembre de 1839.

Contextese que no es de dar la autorizacion ilimitada que se solicita; sino en los términos en que con relacion á estas gracias, se observa por regla general de notas esplicativas en cada caso y es de órden en las oficinas de Rl. Hacda.

VILLANUEVA.
[Hay una rúbrica].

Nota.—Cumplido en la propia fha. [4]

CARTA DEL SR. JOSÉ MARÍA GÓMEZ COLÓN A LUZ Y CABALLERO SOBRE LA PUBLICACIÓN DE UN LIBRO DEL PRIMERO.

Sor. D. José de la Luz
de
S. S. S.
G. C.

Sor. Dn. José de la Luz.

Muy Sor mio:

Cequeira (Ignacio) me ha dho. ayer, marchaba V. pa. el norte, ignoro el motivo, cualqa. que sea hace daño pues nos priba de su presencia.

Hace dias tenia pensado el avistarme con V. pa. comunicarle un proyecto; po. la supresion de un Ministo. Fiscal há aumentado en el mio el trabajo, y no tengo un momento de que disponer. Válgome de este medio pa. espresarlo.

Mi objeto al escribir en un periodico de esta Capl. fué con el de Recopilar, pasado algn. tiempo, en un tomo, las novelas, anécdotas, y hechos históricos que viesen la luz pública; siempre que el no criticarlos, me diese á conocer no habian disgustado (semejante resultado solo puede aquietar en la Habana) dige fué, y lo és aun, no habiendo sucedido. Mi proyecto, pues, es cederle á la Sociedad la propiedad de las novelas &a. publicadas, pa. que haciendo el tomo indicado, el producto de su venta se dediqe. á la Academia de Dibujo.

Si los articulos enunciados pasan á una comision de la Sociedad, y esta declara en su informe, merecer el honor de tal dedicatoria, esto

[4] Del archivo del Sr. Julio C. Ponce de León, Jefe del Archivo Nacional, quien nos facilitó el original del documento que dejamos transcripto. El escrito es todo de puño y letra de Luz.

quizas será un estimulo pª. que mejores firmas, dediquen sus obras á objetos parecidos; quizas no sea preciso mas que mostrar las sendas, pª. qᵉ. muchos la tomen y la sigan: quizas se consiga sin pedir otros 3 mil pesos de este Sor. Gral. que reunir á los que donó el pasado.

Si mi idea es aceptada, bastará una insinuacion de V. al Vice-Presidente. En la inteligª. que si lo publicado no llenare un volumen regular; ni mi mano está cansada, ni mi cabeza exhausta de materiales.

Es de V. afmo. S. S. S. q. b. s. m.

José Ma. Gomez
Colon de Larriátegui

Su casa 26„ Abril
1841. [5]

Oficio de Luz y Caballero, despidiéndose de la Real Junta de Fomento y ofreciéndole sus servicios.

El Sor. D. José de la Luz Caballero se despide para New York.

Teniendo que abandonar por cortos dias los negocios y el país para restablecer mi salud en New York, suplico á V. S. se digne ofrecer mis servicios á la respetable corporación de que es digno Secretario, manifestándole el deseo que me anima de espresarle con obras la gratitud en que la estoy por las buenas relaciones que ha conservado en la época de mi direccion en la Real Sociedad Patriótª. y las muestras de deferencia personal que le merezco: si la Real Junta, pues, pudiera emplear en su obsequio el tiempo que he de permanecer en dicho punto se lograrian mis deseos. --

Dios guarde á V. S. muchos años. Habana abril 29 de 1841.

José de la Luz
[Hay una rúbrica].

Sor. Secretario de la Real Junta de Fomento. [6]

Acuerdo de la Real Junta de Fomento con motivo de la despedida y los ofrecimientos de Luz y Caballero.

Acuerdo — En sesion de la Rˡ. Junta de Fomento de Agricultura y Comercio del 5 de Mayo de 1841 presidida por el Escmo. Sor. Superintendᵗᵉ. gral. de Rˡ. Hacda. Conde de Villanueva: Quedó enterada la Corporacion de la partida para New York y ofrecimiento que hace de

[5] Archivo de la Sociedad Económica de La Habana. Luz se embarcó para Nueva York, con su mujer y su hija, el 6 de mayo de 1841, estando de regreso en La Habana, el 4 de noviembre del propio año.

[6] Archivo Nacional, Real Junta de Fomento, legajo 10, nº 690.

sus servicios el Sor. Director de la Sociedad Económica D. José de la Luz Caballero, á quien se conteste que la Junta aprovechará sus conocimientos y eficacia en los negocios que le ocurran durante la permanencia de S. Soria. en aquella ciudad = Villanueva = Antonio Ma. de Escovedo --

ANTO. MA. DE ESCOVEDO

[Hay una rúbrica].

Es copia.— Scrio. [7]

OFICIO DE LA JUNTA DE FOMENTO A LUZ Y CABALLERO, CONTESTANDO EL DE ÉSTE DEL DÍA 29 DE ABRIL.

Enterada la Rl. Junta de Fomento de agricultura y como. en sesion de 5 del corriente del oficio de V. S. de 29 del mes anterior en que le participa su partida para New-York con el ofrecimiento de sus servicios acordó contestar á V. S., como lo ejecuto, que la corporan. aprovechará sus conocimientos y eficacia en los negocios que la ocurran durante la permanencia de V. S. en aquella ciudad.

Dios &.-- Mayo 8 de 1841 --

EL CONDE DE VILLANUEVA = ANT. MA. DE ESCOVEDO Secret.—

Sor. Dn. José de
la Luz Caballero. [8]

CARTA DE JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA A LUZ Y CABALLERO, CON MOTIVO DE LOS EXÁMENES EN EL REAL COLEGIO DE SAN FERNANDO, DEL QUE ERA DIRECTOR EL SEGUNDO.

Al Sr. Dn. José de
la Luz,
Su amo.
J. A. E.

Estimado amigo mio:

Remito á V. los pliegos en que resolvieron los alumnos nuestros sus preguntas:- debe V. ponerles la nota de *aprobados,* y firmarlos, así como tambien rubricarlos al respaldo.- Igualmte. va la certificación del muchacho de que hablé á V. el domingo, para que haga V. el favor de firmarla.

Para ahorrar á V. letras, voy á poner el *aprobado* en todos los pliegos.

Supongo que ya sabrá V. la prision del Sor. Dn. Juan Justo Reyes,

[7] A. N., R. J. de F., legajo citado.
[8] Archivo y legajo citados.

por defraudador de las rentas Rs.— Precisamente hoy salió un arto. suyo en el Noticioso, en que habla de moralidad!...[9]

Suyo afmo. amigo

J. A. Echeverria.

Sete. 1o. por la noche.— [10]

Carta de despedida de Don Cirilo Ponce de León a Luz y Caballero.

Sor. Dn. José de la Luz y Caballero.

Pepe mio, Levantando el ancla te hago la presente, tanto pa. darte el ultimo á Dios hasta mi vuelta, cuanto pa. recordarte al amo. Pintó aunqe. se qe. no lo necesitas Ponme á los pies de tu Madre y hermanas y dale un fuerte abrazo á Dn. Pancho y á Antonio y cuenta con el fino afecto de tu

Cirilo

[Hay una rúbrica].

A Chile y Galan muchas cosas sin olvidar á Lunyelí. [11]

Carta de José Luis Alfonso a Luz y Caballero.

J. de la Luz Esqr.
Care of Mesrs. P. Harmony's Nephews & Co.
New York.

Habana, Mayo 30 de 1843.

Caro Beppo: ayer mismo, dia de la salida de Vmds., recibí una carta de Saquete fha. en Pisa el 19 de Marzo. Dice entre otras cosas, que há estado achacoso el invierno pasado, á pesar de haberlo pasado en Italia; que se habria ya marchado á la América española, á no ser porque ese paso acabaria de consumar su divorcio con la isla de Cuba, cuyo sacrificio no debe hacer sino en la última estremidad. Que no vá á España por temor de los sacudimientos que espera con motivo de la cuestion sobre la minoridad de la reina; qe. por tanto le parece lo mas

[9] En el *Noticioso y Lucero,* La Habana, septiembre 1o de 1842, aparece un artículo remitido, *El Tutilimundi,* firmado *Rellollo,* y con esta fecha: "Casi-guagua, 30 de agosto de 1842". Hemos podido identificar el trabajo por ser el único de los publicados ese día en el *Noticioso y Lucero,* donde se habla de moralidad. Dos años después, mayo de 1844, se suicidó Juan Justo Reyes en el castillo de la Punta, lugar de su prisión.

[10] Esta carta es del año de 1842, por lo anteriormente expuesto, y porque en dicho año era Luz y Caballero Director del Real Colegio de San Fernando, y Echeverría maestro del propio plantel y Director del mismo en sustitución, y por enfermedad del primero.

[11] Archivo de la Sociedad Económica, de La Habana. Conjeturamos que el Cirilo que firmó la carta era el Dr. Cirilo Ponce de León, muy amigo de Luz y Caballero. La fecha en que fué escrita no nos ha sido posible fijarla; pero habiendo fallecido Don Cirilo el año de 1840, necesariamente tiene que haber sido escrita antes de esa fecha, probablemente de 1831 a 1840, pues de 1828 a 1831 estuvo Luz ausente de Cuba.

prudente tomar cuartel en Francia, y dar tiempo á que se aclare el horizonte, y que salria pª. Paris en todo el mes de Abril.—De manera que, como V. vé, no hay ni que mandarlo buscar, sino que él mismo viene, como inspirado, á encontrarse con V. en Paris. Hoy le escribo la inclusa á Chauviteau y dentro de ella va otra pª. Saco, en que le hablo largo de V.—Me parece que debe V. remitirlas pr. el primer paquete que salga, si Vmds. permanecen algunos dias mas en N. York, á fin de que sepan de antemano que vá V. pª. allá.

Tambien le incluyo á V. la letra de $250 que debe V. cobrar en N. York.—Baste por hoy, que ni V. estará todavia en disposicion de leer mucho, ni yo tengo la cabeza muy bien. Adios, y buen viage aerops *the atlantic.*

Su afmo.

PEPE [12].

[Hay una rúbrica].

CARTA DE JOSÉ LUIS ALFONSO A LUZ Y CABALLERO.

Habana, Junio 9, de 1843.

Querido Pepe mio: por el *Hellespont,* que salió de aquí poco despues que el Rapid, escribí á V., segun se lo habia prometido, y le remití la libranza de $250 cuyo duplicado acompaña á esta carta.

Nada se ofrece de particular: sé que en su familia de V. no hay novedad, y que Marianita celebra mi conducta pª. con V.—Quien esto hace, no está muy lejos de confesar que tambien V. ha hecho muy bien. Yo espero pues que todo se irá calmando.

Estoy agitando con otros amigos, un proyecto de sociedad anónima para traer europeos á trabajar en nuestras fincas; pº. esto lo hago sin dar la cara; porque sé que conviene al éxito del proyecto que otros aparezcan como autores. El caso es que vengan, sea como fuere.

Un abrazo á Varela y mande siempre á su siempre afmo.

PEPE [13]

[Hay una rúbrica].

AVISO DE LA APERTURA DE LAS CLASES DEL REAL COLEGIO DE SAN FERNANDO.

REAL COLEGIO
de S. Fernando.

Desde el dia 7 del corriente principió sus tareas este colegio, establecido por una compañía anónima, de que ya tiene noticia el público, en la calle del Prado n. 52 estramuros.

---

[12] Archivo de la Sociedad Económica, citado.
[13] Archivo citado.

El espíritu que ha movido su organizacion ha sido no solo cultivar la inteligencia de los alumnos que á él concurran, sino también educar sus corazones con el mayor empeño posible, para que desenvueltas á la par sus facultades intelectuales y morales, se crien en el amor á Dios y caridad á sus prógimos. Un capellan que vive en el establecimiento, cuidará con especialidad de la enseñanza religiosa cifrándola no solo en prácticas de devoción, sino en los santos principios del Evangelio.

Como quiera que los alumnos de los colegios como el que ahora se ofrece al público, no han de consagrarse todos á una misma profesion, mal podrá recibir un colorido especial la instruccion que en ellos se comunica. Asi pues sin dar preferencia á ninguno de los conocimientos que se enseñen en este instituto, porque todos tienen su importancia particular, se procurará que los pupilos adquieran sólidos fundamentos, que mas adelante puedan profundizar, cuando elijan el ramo que hayan de ejercitar en la vida. No se piense por esto que el objeto sea formar jóvenes enciclopédicos con ribetes de cada una de las ciencias: muy léjos de tan nociva pretension, uno de los males que con más eficacia se evitará es el aglomeramiento de estudios; pues si bien parecerá estenso el programa de las clases, no cursará cada alumno sino aquellas que basten á la capacidad de su inteligencia.

La enseñanza de las primeras letras se estenderá mas que lo que generalmente se acostumbra, con la idea de que siendo pocos los niños que concluyen su educacion en los colegios, los que se separen ántes de recibir instruccion superior, lleven ya aquellos conocimientos mas necesarios en los casos comunes de la vida.

El estudio de la Filosofía recibirá todo el ensanche de que es susceptible en establecimientos de esta naturaleza. Sin quedar limitada á la Psicología se dará un curso completo de Física, para el cual se tendrá una buena coleccion de instrumentos.

Entra en el plan del colegio para mas adelante conforme vaya tomando incremento, establecer várias clases científicas, que pueden ser de mucha utilidad para la Isla: tales son las de Química, y de algunos ramos de historia natural entre ellos la Zoología, la Botánica y la Fisiología vejetal, contando ya para ellas, con profesores idóneos. La misma advertencia deberá hacerse respecto á la enseñanza del griego, aleman é italiano.

Tambien se piensa organizar una clase de música vocal, para generalizar su estudio entre el mayor número posible de alumnos, sin contar con la parte instrumental, que costearan por separado los que lo soliciten.

Se trata igualmente de establecer cuanto ántes la enseñanza práctica de aquellos ramos físico-matemáticos que tienen mas directa aplicacion á las actuales necesidades del pais.

La Compañía fundadora del Colegio nombrará una Junta directiva compuesta de los individuos que elija, los cuales conservaran una ins-

peccion esmerada del instituto, para que marchando de acuerdo con el Director, en quien ha puesto la compañía toda su confianza, tengan los padres de familia esa nueva garantía.

Personal del Colegio.

Director. D. José de la Luz Caballero, y en su lugar mientras se restablece de su indisposicion actual, D. José Antonio de Echeverría.

Lectura esplicada, a cargo principalmente de D. Felipe Poey, subdividida en varias secciones con sus respectivos preceptores.

Doctrina cristiana, el capellan Fr. Tomas del Castillo.

Escritura española é inglesa, D. Juan Muñoz y Castro.

Aritmética, D. Francisco Galan.

Aritmética mercantil y teneduría de libros, D. Juan Muñoz y Castro.

Gramática castellana y composicion, D. José Antonio de Echeverría, y otros preceptores.

Geografía, D. Felipe Poey.

Dibujo lineal, D. Andrés Fojá.

Idioma francés, D. Dionisio Le-Prince.

Inglés, D. Ambrosio Aparicio.

Latinidad, D. Alejandro Pomaroli, y Dr. D. Pedro Horruitiner.

Historia, D. José A. de Echeverría.

Matemáticas, D. Pedro Alejandro Auber, y D. Francisco Brusa.

Filosofía, el Director, quien sustituirá por ahora en persona de su confianza.

Dibujo natural y paisaje, D. Guillermo Colson.

Gramática, D. Juan Cotilla.

Encargado de la parte económica y de policía, D. Dionisio Le-Prince.

Médico, Dr. D. Nicolás José Gutiérrez.

Cada ramo tiene los preceptores necesarios para las primeras clases, y hay además el competente número de prefectos para que los alumnos aprovechen las horas de estudio y reine el mayor órden á todas horas; pudiendo asegurarse que con el nuevo arreglo que se ha hecho del edificio, se ha sacado tal partido de su distribución, que sus mismos defectos serán causa de que la vigilancia sea tan esquisita como pudiera apetecerse.

FIRMA DE LOS SUSCRIPTORES.

El Conde de Jibacoa.—Marques de Arcos.—Gonzalo Alfonso.—José Bruzon.—Antonio Ma. de Escovedo.—Mariano Moya.—María Josefa Beltrán.—José E. Alfonso.—Manuel Espinosa Romero.—Dr. Agustín Encinoso de Abreu.—José Cadaval.—Nicolás Dominguez Alvarez.—Ignacio de Herrera.—Miguel Herrera.—Francisco de la Luz.—Mariano Díaz.—Santiago Drake.—Marques de Villalba.—Guillermo Picard.—Dolores Mo-

ra.—J. Tomas Herrera.—José Ricardo O'Farrill.—Miguel Antonio Salazar.—Miguel de Porto.—Francisco Fesser.—José de Cintra.—Anacleto Bermúdez.—Joaquín Andreu.—Isidro Carbonell.—Julián L. Alfonso.—José Julián Zequeira.—Antonio Nattes.—Servando de Echeverría.—Doctor Estevan Rodríguez.—Bartolomé de Plazaola.—Joaquín García Angarica.—Antonio Hedesa.—Juan Fernández Rico.—Nicolás Garrido (hijo).—Agustín del Pozo.—José Vicente Valdés Peñalver.—José Ma. Madrigal.—Antonio Reynoso.—Manuel del Portillo.—Francisco Céspedes.—Francisco R. Morales.—Francisco Galan.—Francisco Encinoso de Abreu.—Juan Poey.—Julia Alfonso.—Nicolás Gutiérrez.—Pedro Diago.—Antonio Franchi Alfaro. [14]

---

[14] Este prospecto apareció publicado en el *Diario de la Habana* los días 16 y 17 de enero de 1842. Del Real Colegio de San Fernando fué antes Director desde 1829 Don Narciso Piñeyro. En 1840, a este Colegio se unió el denominado Cubano, titulándose el nuevo plantel, según un elenco que tenemos a la vista, "Colegios Unidos de San Fernando y Cubano". No teníamos noticias de que Luz y Caballero hubiese dirigido el Colegio de San Fernando, ni que diera en él lecciones de filosofía. Ninguno de sus biógrafos ha dejado consignado este hecho. Parece que Luz no pudo desempeñar de una manera efectiva la Dirección y la cátedra de Filosofía en el referido colegio, a juzgar por lo que en el propio aviso se consigna; porque consta que cuando el incidente Turnbull (mayo-junio, 1842), se hallaba enfermo en su casa, desde la cual redactó su célebre protesta, y porque en septiembre del propio año Echeverría le envía a su casa (a la de Luz) los papeles relativos a los exámenes de sus alumnos, para que los firme y apruebe.

BIBLIOGRAFIA (*)

HISTORIA DE CUBA por Ramiro Guerra y Sánchez. Doctor en Pedagogía. Profesor de la Escuela Normal de Maestros. Miembro de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de La Habana. Tomo I. 1492-1607. Habana. Imprenta "El Siglo XX" Teniente Rey 27. 1921. 4º, 416 p.

Nuestro pasado comienza a tener su historiador. Desde Arrate, Urrutia y Valdés hasta Pezuela, Guiteras, Bachiller, Vidal Morales, etc., ha habido apreciables intentos para describir el paso de los siglos por nuestra tierra.

Ahora se añade a ese grupo el Dr. Ramiro Guerra, profesor distinguido, periodista sereno y útil ciudadano. El Dr. Guerra ha ido subiendo en la vida por su propia voluntad. Cuando era maestro de instrucción primaria se dedicó al estudio, fundó con el también maestro Arturo Montori una revista profesional, *Cuba Pedagógica,* que tan sana labor ha hecho en el magisterio cubano con la publicación de obras de los más notable predicadores y de trabajos prácticos muy plausibles de nuestros maestros. Con Montori y Guerra surgió una generación de maestros sencillamente notable. Y mucho se puede atribuir a la gestión de los dos eminentes mentores. Ambos predicaban siempre con el ejemplo, y jamás han dejado de trabajar y de esforzarse. El Dr. Guerra, como el Dr. Montori, llegó a ser maestro de maestros y fué elegido por el claustro Director de la Escuela Normal de La Habana.

Escribir la historia de Cuba es obligarse a cruzar por un bosque sombrío, que son los primeros tres siglos de dominación colonial. Exceptuando el crimen de la extinción de una raza pacífica y buena, ocurrido durante los cincuenta años iniciales de la colonización, nada sucedió que diera carácter a nuestra isla. Las luchas con los piratas y

---

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

corsarios, las guerras que España sostuvo, la toma de La Habana por los ingleses, son episodios muy interesantes. Sobre todo el último, que casi pertenece al siglo postrero de ocupación española. Y exceptuando también el crimen de la esclavitud negra, horrible lacra que nunca lamentaremos bastante, sólo hubo en el pasado reuniones de cabildos, luchas contra piratas, acusaciones contra gobernadores que volvían a España bajo partida de registro, pequeñeces de aldeas, exacciones, latrocinio oficial debidamente organizado, y a veces un raro ejemplar de probidad administrativa... que se veía forzado a pedir su relevo, o que era relevado debido a la presión de los colonos.

La historia de Cuba comienza en 1762. La isla dormida empezó a despertar, a conocerse. Y dió cauce a su vida uno de los gobernantes más nobles y previsores: el general Luis de las Casas.

Pero el tomo publicado por el Dr. Ramiro Guerra termina en 1555, aunque su propósito era llegar en él hasta 1607. La obra completa constará de más de diez volúmenes como el presente, y ha de ser una relación detallada de nuestra historia.

El Dr. Guerra cree, con razón, que es imposible hacer la historia de un pueblo sin estudiar la influencia de los factores geográficos y étnicos en el desarrollo histórico, las relaciones de ese pueblo con los demás, la evolución geológica de la nación, las condiciones físicas y el carácter y las costumbres de los indígenas. La parte de esta historia que se refiere a tan importantes asuntos está llena de interés, de ciencia y de erudición. Pero al tratar de los factores que más han influído en la formación del carácter cubano, olvida o silencia al negro. Es indudable que uno de los más predominantes, sobre todo en épocas pasadas, ha sido el africano. Esclavo, convivía en los hogares con los hijos de los amos, a los que trasmitía mucho de su espíritu. Cruzado con los blancos por medio de uniones accidentales o subrepticias en los primeros tiempos, dejó necesariamente su huella en los descendientes, y acaso en el europeo que hacía vida con él. Es una lástima que el Dr. Guerra no haya hecho un estudio detenido de ese factor. A pesar de esto, y de las apreciaciones originadas por la natural tendencia conservadora del autor, que lo llevan a ser benévolo con actos de la conquista y la colonización, quedará el estudio citado como uno de los más serios, seguros y bien documentados hechos acerca de Cuba.

Puede afirmarse que la época descrita por el Dr. Guerra es la de las "encomiendas". Los colonos recibían dotaciones de siboneyes, como una propiedad transitoria para fomentar sus fincas o para el laboreo de las minas. El trabajo que imponían a los indígenas era superior a las fuerzas de éstos. Y los infelices esclavos morían por centenas en su propio país. En poco menos de cincuenta años quedó muy diezmada la población de la isla.

En 1511 Diego Colón envió a Diego Velázquez a colonizar nuestra tierra. Los indios de la Española, refugiados en Cuba, organizaron la

resistencia de los cubanos bajo la dirección del cacique Hatuey. Por la superioridad de los medios de combate, vencieron los españoles. El cacique fué quemado vivo. Velázquez no era cruel, o quería aprovechar el trabajo de los nativos, y se conformó sólo con sacrificar a Hatuey. Pero sus tenientes realizaron, a pesar de él, innumerables atropellos. Toda la historia de la colonización es una serie ininterrumpida de crímenes y atrocidades. La organización dada a la colonia ponía toda la autoridad en manos de Velázquez, contra el cual hubo quejas porque no repartía indios entre sus paisanos. El Gobernador fundó siete poblaciones: Baracoa, primera capital, Bayamo, Trinidad, Sancti-Spíritus, Santiago de Cuba, segunda capital, Puerto Príncipe (hoy Camagüey), y La Habana. Al fin Velázquez repartió indios y empezó la extinción en masa de los aborígenes.

Hay un pasaje que se presta a profundas meditaciones. Dice el Dr. Guerra que el Rey Católico no otorgó "a Velázquez la licencia que éste solicitara para descubrir otras tierras al Norte de Cuba. *Por ahora* —le contestó el rey—*curad sólo de lo que hacéis*". Fué la segunda vez que la casualidad quitó a España y a la civilización latina el "maciso inmenso de tierra" de que habla Rodó. La primera, un simple vuelo de pájaros hizo torcer el rumbo de las tres carabelas de Colón.

Países enormes gobernados a distancia producen siempre corrupción administrativa y a la sombra de ésta fructifican pródigas todas las plantas de la venalidad y de la infamia. Los *Documentos Inéditos* publicados hace sólo treinta años por la Real Academia de la Historia de Madrid permiten apreciar las inmoralidades de la colonización, que se trasmitieron y aumentaron hasta el cese de la soberanía española en nuestras tierras, a pesar de que estadistas como el cardenal Cisneros y sacerdotes como el padre Bartolomé de las Casas fueron defensores de la honradez y la piedad. Y también a pesar de los muchos esfuerzos de otros gobernadores en la América y en España, que trataban de salvar el buen nombre de su administración.

La distribución dada por el Dr. Guerra a su libro es excelente. Después de estudiar la historia y los factores históricos, la formación de Cuba y el carácter de los indios, habla del descubrimiento y la conquista, del primer período colonial, de la gestión de los primeros gobernadores, de la organización política, administrativa y social, de la vida económica, población, cultura y costumbres.

Defiende al padre Bartolomé de las Casas de la acusación que muchos le hacen de haber pedido la esclavitud negra para evitar la servidumbre de los indios. "Cuando Las Casas comenzó sus trabajos a favor de los indígenas—dice—hacía ya más de quince años que había esclavos negros en la Española, y aun en Cuba, donde hay pruebas auténticas de que fueron introducidos en 1513."

Se deduce, de la lectura del relato hecho por el Dr. Guerra, basado en los *Documentos Inéditos,* una gran verdad, que honradamente se debe

consignar. Tuvieron siempre el rey de España, su ministro y algunos de sus consejeros la firme intención de obtener un buen gobierno para las colonias. Los *Documentos* exponen con prolijidad casos numerosísimos de atropellos castigados, de condenas impuestas y de iniciativas tomadas en la Corte para mejorar la situación de los nuevos dominios. Pero todo el buen deseo quedaba anulado por la contumacia de los colonos, que lograban sobornar a los mismos componentes del consejo del rey.

También se advierte una política indefinida, inestable, según las influencias perversas o dignas que rodearan al monarca. Si se examina bien todo el proceso de la dominación española, se llegará a la conclusión de que una de las causas de error más importantes ha sido la distancia, explotada convenientemente por mandatarios innobles y por negociantes. El gobierno español daba franquicias comerciales e imponía restricciones al intercambio mercantil casi simultáneamente, con gran disgusto de unos o de otros. Y en nada modificó esa política de contemporizaciones y tropiezos durante más de tres siglos. La Casa de Contratación de Sevilla, creada en 1503, anuló el tráfico marítimo de la América con los países del Viejo Mundo. Detuvo el progreso económico por mucho tiempo.

Prologa el libro el Ldo. Manuel Abril y Ochoa con unas páginas que más bien forman un largo artículo periodístico de párrafos numerosos carentes de soltura aunque llenos de cordialidad.

Es todo el libro del Dr. Guerra una interesante narración que hace esperar con impaciencia los tomos sucesivos, en los cuales ha de seguir sin duda su autor el mismo procedimiento honrado y científico.

Vicente Sáenz. CARTAS A MORAZÁN. (Refiérense al último movimiento unionista centroamericano, en el Centenario de la Independencia Nacional.) Imprenta "El Sol". Comayagüela—1ª Avenida — Teléfono Nº 120. 1922. 8º, 224 p.

Con gran interés se va leyendo este libro, que es una relación de los trabajos hechos en los años 1920 y 21 para unir a las cinco repúblicas de Centroamérica. Y se termina su lectura con gran pesar, con el dolor de que un propósito tan grande tuviera fin entre mezquindades y ambiciones ínfimas.

El Sr. Vicente Sáenz es un periodista de mérito. Ha viajado. Su visión del porvenir de nuestra América es amplia. No ignora que, unidos, tendremos el poder; y sabe que disgregados y desconocidos unos de otros, como hoy lo estamos, seguiremos girando en la órbita de un vecino muy poderoso, naturalmente egoísta y que siente por nosotros poca estimación. El Sr. Sáenz ha trabajado siempre con desinterés y entusiasmo por la causa de la unión de Centroamérica, única manera de

salvar aquellos países y de dar a los demás pueblos hermanos un ejemplo práctico y digno de imitación. Este libro es un resumen de su ardiente campaña de prensa, desde la reunión de los delegados que en San José de Costa Rica firmaron el Pacto de Federación hasta el momento en que Honduras y El Salvador reasumieron su soberanía, impelidas por el golpe de Estado de Orellana en Guatemala.

Una sola conclusión se obtiene al examinar el cuadro que muestra el Sr. Sáenz: la certeza de que los centroamericanos son víctimas de la más inexplicable imprevisión de sus gobernantes. Es increíble, o por lo menos duro de creer, que la maldad llegue al suicidio, a la entrega completa y sin decoro a un enemigo rapaz y extraño. Ese enemigo sólo planta su tienda en nuestros territorios cuando por circunstancias especiales ha sido llamado, y logra derechos por medios subrepticios que esgrime después como legítimos y honrosos. Y si es culpable el extranjero pirata, en un grado mayor lo es el nacional que le vende un pedazo de la soberanía, con lo que justifica y hasta defiende a su cómplice. Cada una de las intromisiones de los extranjeros es el resultado de una aceptación interior, cuando no de una traición.

El fracaso de la unión de Centroamérica se debió a muchas dificultades surgidas por la imprevisión. Nicaragua inició el desastre. Los compromisos que sus actuales directores tienen con los Estados Unidos y con negociantes norteamericanos, impidieron su adhesión al Pacto. Y luego la asonada guatemalteca completó aquella labor de desintegración.

Todas las vicisitudes y alternativas de ese proceso están descritas por el Sr. Sáenz con estilo ardiente de periodista moderno y entusiasta. Sus anatemas reproducen las emociones de una lucha incierta en favor de un ideal. Y son siempre cultos aunque severos. Que es cuanto se puede pedir a un escritor en el curso de una contienda trascendental y apasionada.

Carlos Loveira. Los ciegos. (Novela) 1922. Imprenta "El Siglo XX" de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea. Teniente Rey número 27. La Habana. 8º, 456 p.

Nuestro país es tan pródigo como el que más en asuntos y tramas para la novela. Lo ha probado plenamente Miguel de Carrión en dos obras de gran intensidad y de un fuerte estudio del ambiente. Lo probaron antes Cirilo Villaverde, la Avellaneda, Anselmo Suárez y Romero, José Ramón de Betancourt, Nicolás Heredia. Y por si no fuera bastante, lo ha demostrado con su derroche de colorido, con su visión clara y segura, Carlos Loveira en tres novelas: *Los inmorales, Generales y doctores* y *Los ciegos.*

Poco, muy poco, se puede añadir a esa corta relación de novelistas. Entre lo publicado, naturalmente, porque acaso permanezcan ignoradas

novelas dignas de atención. Ese es el valladar: por las dificultades de impresión y de venta, el autor nacional está obligado a vivir en silencio. Sobre la carestía de la edición de cualquier libro, hay que añadir la indiferencia o la enemiga del librero. Los dueños y dependientes de librerías son casi todos extraños, gentes que han venido a Cuba a enriquecerse, y se decidieron por el negocio de libros, tal vez sin entenderlo, por eso mismo: porque es negocio. Una obra cubana deja poco margen de ganancia, y es más fácil y productivo para ellos ofrecer las que reciben con descuento y que tienen el prestigio de ser producción de Europa.

Esa es una de las causas de nuestro estado de penuria literaria. La oposición al libro cubano es sistemática, irresistible, y la hacen los libreros por cuantos medios pueden poner en práctica. Otra de las numerosas causas es la indiferencia de nuestro público, una abulia de país en período de transición, esquilmado por las guerras, ineducado, adolorido por las presiones de un extraño poder superior ciego e inapelable y por incalificable y vergonzosa sumisión interior, destruído por serios quebrantos económicos producto de la imprevisión y la concupiscencia.

Con ambiente, con tipos y con argumentos, carecemos de novelistas en la cantidad y en la magnitud en que deberíamos tenerlos. Ser novelista en esas condiciones equivale a sacrificar años y esfuerzos en una lucha cruel, ajena a las luchas propias del mundo literario. Es combatir con todas las probabilidades de un descalabro sin gloria y sin esperanzas.

Por ello se hace cada vez más rara la aparición de una novela. Y por ello cada novela es un acontecimiento para nuestra reducida y dispersa gente de letras. *Los ciegos*, la obra última, reclama la atención de los escritores, suscita comentarios, produce discusiones en algunas tertulias de literatos y periodistas. Se comprende. *Los ciegos* es un grito de ¡alto! que su autor da, poniéndose en un punto medio de todos nuestros problemas sociales, después de observar sus aspectos y de vivir en ambos medios, en el de la clase proletaria y en el de la clase rica. Es cierto que en este último ha vivido un poco al margen, porque Loveira carece de capital y conoce únicamente por referencias o por declaraciones casi siempre egoístas el criterio de los potentados. Muy poco por observación propia.

Esta novela es un reverso. Es *la otra cara* de la lucha social. La literatura ha añadido belleza, refinamiento, adorno, pero ha dejado lo bastante al desnudo el problema. Aquí está la opinión del proletario, expresada por un hombre que la vivió y sintió antes, que sufrió las inconsecuencias y las torturas de un estado de cosas antihumano y peligroso, que sabe hasta dónde llegan la soberbia del rico y el odio del obrero, la ceguedad de esos enemigos irreconciliables que sin embargo perecerían en una definitiva separación.

Hasta ahora la literatura ha dado pocos ejemplos de obras de esta

clase. Loveira viene de los oprimidos, y conoce bien las intranquilidades, los problemas, los vicios, de la vida del trabajador. Muchos escritores también han salido de esa capa social, y conocieron en su infancia las recias acometidas de la suerte, tal vez el hambre, la miseria, y no pocos la abyección. Se refinaron al hacerse, progresivamente y por sí mismos, más amplio el horizonte mental. La literatura es refinamiento, depuración, y algo en ella desliga o aleja al escritor de su origen, de las pasiones que haya podido sentir antes. Olvida entonces, o rechaza, como un mal recuerdo, todo el pasado desagradable, lo que se ha palpado y sufrido.

Loveira cree tener el deber de evocar escenas que ha presenciado en los tiempos en que luchaba contra los poderosos y capitalistas. En *Los inmorales* revive las peripecias y las incertidumbres de un conflicto obrero, de una huelga ferroviaria. En *Los ciegos* pinta la increíble organización de uno de esos enormes centros de injusticia que se llaman ingenios de azúcar. Todo es privilegio y latrocinio en ellos, desde la contratación de trabajadores, que viven hacinados en barracas malolientes y pringosas, hasta el suministro de alimentos, hecho en la tienda de la finca a precios irritantes. Y mientras el obrero se debate en la miseria y ha de recibir en pago de su labor la moneda ilegal del ingenio, única que circula en los seis meses de zafra para que no pueda irse y que al final cambia con descuento, el hacendado se divierte en la fastuosa casa de vivienda en compañía de sus amigos e invitados capitalinos.

Nacido el ingenio en épocas de esclavitud, son pocos los dueños que han sabido adaptar su régimen a los tiempos actuales. Culpables fueron también la miseria producida por las guerras en nuestras clases pobres, la indiferencia y el vicio de los obreros. El juego, con sus enervadores encantos, domina en éstos, y los hacendados no se preocupan por su alarmante desarrollo en las fincas.

En *Los ciegos* hay más de una novela. El autor hace cruzar por el relato personajes de dos generaciones a los que une un lazo de familia o un interés de proximidad o negocio. Son treinta años de vida provinciana con todas sus pequeñas cosas, sus acontecimientos insignificantes y sus luchas de pueblo. Ricardo Calderería y *Cuco* Pedroso son dos amigos de la infancia que siempre están en desacuerdo. Serio, trabajador e ilustrado el uno; loco, andariego e inteligente el otro. Ricardo pudo rehacer su fortuna salvando de papeleos judiciales el ingenio heredado. *Cuco* llegó a la vida cuando ya estaba agotado el patrimonio de sus mayores. Un poco por idiosincrasia y otro por la explicable fuerza del medio, *Cuco* era tan inquieto y socialista como tranquilo y conservador era Ricardo. En los anales de la población hay recuerdos de la travesura, a veces pesada, del joven de buena familia venida a menos que no ha aprendido a trabajar y que trata de explotar su escasa preparación y su cultura atropellada en las más disímiles y

provisionales ocupaciones. *Cuco* tenía una hermana que era su antítesis: religiosa, recatada, imbuída en las prácticas del colegio de monjas en que vivió algunos años, con exiguo talento y una incultura anonadante, Benigna Pedroso fué la mujer que Ricardo escogió para esposa entre las muchachas matanceras.

Entra aquí en el relato un cura, Zorrínez, sacerdote de la religión de Cristo. Había sido confesor de la muchacha y al enterarse de su noviazgo corre a proporcionar a su iglesia tan interesante ovejita que podrá disponer en lo adelante de una apreciable fortuna. Es él quien realiza la separación moral de los esposos, el que se opone entre el marido equilibrado y complaciente y la mujer ignorante y fanatizada. Zorrínez ha visto con satisfacción el matrimonio que podía asegurarle buenos rendimientos y que a la vez le presentaba la posibilidad de conquistar a un hombre rico para sus hermandades católicas, pero al comprender que su influencia se limita a la nunca descarriada feligresa, a quien el marido deja hacer, inicia su táctica separadora del matrimonio. Sin escándalos, sin contiendas, los casados rompen toda vida en el misterio de la casa al nacer la segunda hija. El cura quita al indiferente las satisfacciones de su hogar, la intimidad, la ilusión de ser el amigo, el compañero y el esposo de su mujer. Y Ricardo, joven todavía, sano y rico, encuentra en pasajeros retornos a tímidas calaveradas la compensación de su disgusto, y en una de ellas vuelve a Matanzas con la definitiva compañera ilegal que le da un hijo y se consagra a él devotamente.

Cuco, en ese tiempo, ha vivido corriendo mundo, todo el mundo, en una pintoresca peregrinación. Desde Europa, desde Asia y América envía cartas, noticias. Y anuncia que seguirá viajando y fungiendo de periodista, revolucionario, obrero, marino, etc. Cuando vuelve, conoce el drama que vive su familia. La hermana, enferma del corazón, sostenida por los cuidados extraordinarios de la ciencia, muere de la emoción de verlo después de casi veinte años de ausencia. La sobrina mayor, Adolfina, enamorada de un joven obrero, ex segundo jefe del taller de maquinaria del ingenio, despedido con indignación por Ricardo.

Es interesante, y es acaso el eje de la novela, el episodio de los amores de Adolfina y Alfonso Valdés. El obrero, hijo de un abogado revolucionario y periodista que murió asesinado a causa de sus prédicas libertadoras, quedó huérfano muy niño y tuvo que hacer un rudo aprendizaje de la vida. Viajó algo por los Estados Unidos, después de la muerte de la madre abnegada. Allí trabajó en talleres de mecánica y practicó su inglés teórico de nuestras escuelas. Ricardo utilizó su competencia para realizar ciertas obras en las cañerías de la casa familiar de Matanzas. Y fué por ese motivo que Adolfina y Alfonso se conocieron. La muchacha, desde un observatorio disimulado en una azotea, y a merced de la noche, había presenciado algún tiempo antes una fiesta obrera en la que Alfonso pronunció un razonable discurso. Era buen orador, tenía en el cerebro lecturas bien asimiladas y se ponía en el

justo medio para tratar los problemas sociales de Cuba. Adolfina comprendió que aquel no era precisamente un trabajador zafio, y entabló amistad con él, sostuvo largas conversaciones. Los cultivados espíritus de ambos se comprendieron, se identificaron, y de la comprensión, la juventud y la simpatía fueron formando el amor. Un amor oculto es siempre un manantial de sobresaltos. En el *chalet* del ingenio, gracias a la ingenuidad de la madre y al miedo de las mujeres, pueden los enamorados tener días inolvidables. Pero una noche, al llegar de Matanzas, sorprende Ricardo una sombra femenina que depositaba algo como un papel debajo de una maceta del jardín. Era Adolfina. Ricardo espera que desaparezca la sombra, recoge la misiva y con asombro se entera de los amores inconfesados de la joven. En las habitaciones altas del *chalet* tienen una larga explicación el padre y la hija. Loveira ha sabido sortear las dificultades de la entrevista. Los circunstantes no desentonan y se muestran cultos aunque firmes en sus convicciones. Ricardo es un hacendado y a pesar de su inteligencia y su ilustración marca diferencias de clase entre los hombres. No puede aceptar que su hija llegue a ser la esposa de un obrero, empleado suyo, segundo jefe de su taller de maquinaria. Adolfina está enamorada, y defiende su derecho como persona. Sabe que Alfonso es un hombre educado, culto, refinado por las lecturas y por su propia elevación moral. No ve en él a un enemigo de su clase. No puede considerarlo sino como a uno de sus iguales. El padre ataca; la hija defiende. Y queda despedido Alfonso del ingenio.

En tanto, la crisis social se había agudizado. Terminada la guerra europea, la escasez de trabajadores, el ejemplo de Rusia y Alemania y la incontinencia de los amos dificultaban todo acuerdo entre obreros y capitalistas. Cuba, como otros países, sufrió varias huelgas generales que pusieron la vida nacional en peligro. La carestía de todo, obligó a los jornaleros y empleados a exigir mejores salarios. Y en pocos meses la locura del alza invadió a unos y a otros. Bailamos todos en aquella funesta e inútil danza de millones que trocó en potentados a nuestros fabricantes de azúcar y a muchos funcionarios oficiales y que con la baja de los precios tornó a muchos en mendigos. Los obreros del central *Dos Ríos,* de que es dueño Ricardo, piden, piden. Alfonso Valdés, uno de los directores socialistas, era el apaciguador con su visión clara de los problemas proletarios y con la autoridad moral que le daban su inteligencia y su honradez. Lo atendían con deferencia los compañeros, aunque en ocasiones no siguieran sus consejos bien intencionados. La expulsión del líder produjo indignación, que fué contenida por el aparato militar que desplegaron el amo y el administrador del ingenio. Concedieron un día y medio de tregua en los trabajos, para evitar la criminal colocación de hierros destructores en las maquinarias y para trazar con tiempo y tranquilidad el plan de la campaña inminente. A despecho de la vigilancia, los trabajadores se reunieron en una casa oculta entre tu-

pidas arboledas. El más encarnizado fué *El León,* catalán, apóstol del anarquismo, que truena contra el capital y contra el propio Valdés, a quien califica de traidor y vendido porque se ha marchado sin decir la causa de su expulsión. Nada acuerdan, al fin, y al reanudarse el trabajo se encuentra el ingenio en una situación de "huelga sin huelga" por la ausencia de los indecisos, que eran casi todos.

Cuco Pedroso retorna a Cuba en esos momentos de estupor y de sobresalto para su familia. Su llegada coincide con una huelga general que ha paralizado los ferrocarriles, dificultado el tránsito por las carreteras y puesto una sombra de inquietud en todos los semblantes. Todo le parece igual. Un poco más limpio, algunas construcciones. En la estación ferroviaria encuentra a su cuñado, que llega en un automóvil lujoso, esperanzado que salgan trenes. La ilusión dura unos segundos y a la postre tienen los viajeros que ir hasta Matanzas por una carretera infernal y con el temor de incidentes en el camino a causa de las represalias de los huelguistas, que sitúan a trechos clavos y vidrios para inutilizar los automóviles. *Cuco* observa que no ha desaparecido el aspecto de miseria imperante en los "solares" en que vive aglomerada la gente pobre. Ricardo comenta: "Son tan haraganes... En el campo nos hacen falta brazos... nos cansamos de poner anuncios, de ofrecer jornales altos, y nada. ¡Viciosos! ¡Vagos y jugadores todos ellos!" Hay un fondo de verdad en la acusación, y una parte muy grande de injusticia. *Cuco* opone razonamientos, dictados por la lógica y por los recuerdos que tiene de la gran culpa de nuestras clases altas, predicadoras con el ejemplo de una norma de vida inmoral e imprevisora. Y al fin reclama noticias. Ricardo las da. Va surgiendo la historia de los últimos diez y siete años. Poco tiempo después de la ida de *Cuco,* empezó la acción del cura Zorrínez secundada por los parientes fanáticos de la familia. Vinieron el divorcio moral y la irregular creación de otra familia. Ricardo es ahora el compañero de juventud, que relata al camarada los dolores de su vida. Pone tal verdad en sus confidencias, tanto pesar en sus palabras, que el otro comprende y disculpa. Sabe bien cómo es su hermana y de qué son capaces el cura y sus parientes.

Llueve, y los viajeros se ven obligados a refugiarse en una choza, por las dificultades del camino. Loveira hace una fiel pintura de la casita de guano, del clásico bohío que heredamos de los siboneyes, tal vez la única herencia conservada sin modificaciones en toda su selvática sencillez. "¡Parece que fué ayer!", se dice *Cuco* adolorido por el miserable aspecto de la casa y de sus habitantes, igual a lo que en tiempos ya remotos había visto y lamentado.

Reanudan la marcha, y sigue la reproducción en síntesis de los años transcurridos. *Cuco* se entera de que su sobrina tiene amores con un obrero llamado Valdés, a quien Ricardo ha expulsado de su ingenio. Y conoce los detalles complementarios de cuantos dolores conturban a su familia. Llegan a la casa de Matanzas, en donde el viajero se queda a

refrescar su zarandeado cuerpo con una ducha y su cuñado va a resolver importantes cuestiones de la huelga. Al llegar a la casa del ingenio, la emoción del retorno de su hermano produce la muerte de Benigna, a quien el médico trataba de hacer funcionar el corazón rebelde.

Y empieza la más grande labor de *Cuco*. El soñador se empeña en resolver todos los conflictos, los morales de su familia y los materiales de la huelga. Ricardo y él se han trasladado a los altos de la administración del ingenio, en donde el cuñado aprovecha todas las oportunidades para lograr que transija con las imposiciones de la realidad. *Cuco* ha hablado con Adolfina y tiene la certeza de que su amor es indestructible. Se ha entrevistado también con Alfonso Valdés, empleado ahora como jefe de una de las fundiciones de Matanzas. La impresión que causó el obrero en el tío de su novia fué excelente. En realidad, no veía obstáculo para el matrimonio de la hermosa muchacha con aquel hombre joven, digno e ilustrado que sabría merecerla. No era un juego de chiquillos caprichosos aquel noviazgo. Igualmente procura normalizar la situación de Ricardo, quien ya no tiene dificultades para hacer su esposa a la amante de muchos años.

La intranquilidad de su vida tenía a Ricardo enfermo de los nervios, lo que le acarreaba insomnios prolongados y torturantes. Una de aquellas noches en vela es aprovechada por *Cuco* para hablar. Expone con claridad el problema que Ricardo no quiere afrontar con decisión. Discuten. El soñador pretende curar al rico su neurastenia y su ceguedad. Porque "...todas las épocas tienen sus ciegos, y tú eres un ciego, mucho más lamentable que otros: que uno de estos anarquistas que te amargan la vida, aquí en el ingenio; que mi misma hermana, que era otra ciega. Más lamentable, porque tú eres un hombre bueno; que tienes talento y tienes dinero: dos poderes mágicos que siempre deben servir para ir relativamente bien por la vida". Continúa una serie de discursos en lo alto de la administración del ingenio, a las tres de la mañana, entre aquellos dos hombres que distraen su insomnio con unas tazas de café. Y terminan por no convencerse.

Algún tiempo después, Ricardo se ha casado con la amante, que vive ahora en La Habana disfrutando de sus riquezas, haciendo vida social y atendiendo a su hijo y a su esposo. Ha hecho un largo viaje por Europa y América que la puso "en condiciones de poder hablar del *Central Park* comparándolo con el *Bois;* del Capitolio y del *Reichstagsgebäude,* del *Strand* y la *Rue de la Paix...*" La crisis económica del país no causó mucho perjuicio en el capital de Ricardo, que pudo balancear pérdidas con valiosas adquisiciones a bajo precio. Carlota, la hija menor, se ha casado también, con *Castrico,* un petimetre doctorado que escribe consagradores artículos de ciencia en las revistas locales y que ve aumentada cada día su clientela, ávida de las recetas del sabio. Adolfina y el obrero han seguido su novela de amor perseguido. Muy perseguido: Ricardo se valió de su poder para hacerle perder empleos

y para que lo detuvieran al menor inicio de agitación proletaria. *Cuco* trabaja ahora en el ingenio, traduciendo y escribiendo cartas. En una de las tantas huelgas de los años pasados, logró Ricardo que la policía expulsara de Cuba a *El León,* el catalán anarquista. Y *El León* ha retornado, trayendo más odio en su oscuro espíritu.

Hablan *Cuco* y Ricardo en uno de los bohíos en que duermen los trabajadores del ingenio, una choza grande, con varias hamacas colgadas de los horcones. En una de las hamacas hay un hombre, que debe ser un enfermo. Ricardo se propone mandarlo al hospital de Matanzas. Conversan los cuñados acerca de la situación nacional, cada vez más grave. Han ido paseando, y antes de salir, *Cuco* quiere avisar al enfermo para que se prepare, y va hacia el bohío. ¡El "enfermo" es *El León,* que los ha seguido y aprovecha la soledad de Ricardo para atacarlo con un afilado machete de cortar caña. *Cuco* oye gritos y se vuelve a defender a su cuñado. El agresor hiere varias veces a su víctima. Antes de la llegada de *Cuco, El León* huye hacia el cañaveral. Ricardo, en el suelo, desangrándose, tiene energías para sacar el revólver y disparar. El anarquista cae muerto, diciendo en sus últimos estertores: "¡Pero lo he matado!" Así tiene fin, de una manera simbólica, con la muerte de ambos, la lucha entre los irreconciliables enemigos, entre el capitalista y el trabajador que deben marchar de acuerdo, que deben ser ruedas complementarias de la organización social.

Tres días después, *Cuco* y el administrador del ingenio se entrevistan y comentan la desgracia. Y todavía el soñador vuelve a sus discursos. Todos están ciegos. No ven la realidad, producto de la evolución, de las nuevas orientaciones humanas. La ceguera ha matado a su hermana, a Ricardo, a *El León,* y a pesar de todas las desgracias la humanidad no se da cuenta, no tiene serenidad bastante para hacer un alto y recomenzar la vida, una vida de acuerdo con la verdad.

Tal es la síntesis de la novela. Como en *Los inmorales* y *Generales y doctores,* Loveira ha sabido describir con seguridad y brillantez el ambiente y los acontecimientos, y presentar los personajes con una gran maestría. En cuanto a construcción, a la técnica de la novela, *Los ciegos* es superior a las anteriores. No lo es en lo que se refiere a frescura y a dominio del idioma. Aunque parezca incomprensible, el estilo ha perdido color, fijeza. Las primeras obras, ensayos notables que vaticinaban ruidosos triunfos, tenían incorrecciones hijas de la improvisación o de la falta de estudio y de cauce. El autor ha viajado por América y por Europa, ha tenido ocasión de vivir en países de gran cultura y refinamiento. Poco de eso se nota en *Los ciegos,* por lo menos en la proporción que hacían esperar los antecedentes y la preparación ya madura de Loveira. El estilo es pobre y en ciertos momentos vulgar. Es de justicia reconocer que en determinados capítulos la narración corre fácil, sin tropiezos, adornada por una belleza natural y sencilla que la hace encantadora. En otras es dura y fría, sin la frialdad serena del mármol.

Loveira hace hablar mucho a los personajes. En una novela de tesis se debe procurar que el objetivo éntre en el cerebro del lector como un resultado de los sucesos. El autor quita mérito a la obra si hace que los protagonistas lo enuncien en discursos más o menos interesantes y certeros. Escrupulosamente revisada, esta novela podría tener cincuenta páginas menos de arengas, y ganaría en intensidad. Se ve que ha presidido su redacción la tendencia apostólica, el deseo de gritar a los ciegos que es preciso abrir los ojos y salvar a la humanidad de una catástrofe probable, a la que nos puede llevar la imprevisión de todos.

La lectura de *Los ciegos* no es tan fácil como la de *Los inmorales* y *Generales y doctores*. Loveira se encuentra aquí con el inconveniente de tener que condensar en un solo volumen la historia de dos generaciones. Por ello se nota un abigarramiento en la descripción, que resta al novelista la ligereza, una de sus características. Por ello también adjetiva demasiado. El adjetivo suple una relación de cualidades y acorta las descripciones. Loveira se ha visto obligado a agudizar su facultad adjetivadora, muy desarrollada en él, lo que produce cansancio.

Hay en *Los ciegos* algunos tipos que permanecerán inolvidables en nuestra literatura. El ayudante del mecánico Valdés sólo vive en unas cuantas páginas, y su erotomanía igualitaria, su actitud ante las jóvenes ricas y limpias, dejan una fuerte impresión en el lector. Otra figura central es *Cuco,* el joven inconsistente, revolucionario desgraciado, bromista incorregible, peregrino buscador de ideales y predicador de normas de vida humanas y perfectas. *Cuco* es un símbolo. Representa la intranquilidad. Por su vivir agitado desconoce los prejuicios, que Ricardo tiene muy presentes, y así aconseja el matrimonio de Adolfina con el obrero Valdés. Ricardo y *El León* son los otros dos personajes de importancia. Las dos intransigencias que chocan y se destruyen. Son cuatro hombres representativos de nuestro ambiente. Loveira los muestra de un modo acertado, seguro. Los ha observado bien, los conoce en sus menores defectos y en sus más altas virtudes. Son cuatro de los elementos que llevan a nuestro país a estrellarse en una imprevisión única, que se dejan arrastrar por la pasión y que predominan en el escenario nacional.

De las mujeres, Benigna, Adolfina, la criada María y Pura Castro tienen algún relieve, a pesar del esfuerzo visible en el autor de hacer destacar la inteligencia, la voluntad y el amor de la heroína.

Como toda novela de tesis, vivirá un período de tiempo más o menos largo. Como obra de ambiente nacional, merece sobre todo atención y estudio. Y los elogios que la prensa casi unánimemente le dedica.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, agosto 1922.

NOTAS EDITORIALES

UNA MISION CUBANA A EUROPA

Debido a la iniciativa del ingeniero Juan Manuel Planas, distinguido profesional, escritor y periodista de muy sólida y amplia cultura, proyéctase organizar y preparar la labor de una misión de carácter económico y, a la vez, de propaganda y defensa cultural—así puede justamente calificarse—que en el próximo año irá a Europa y recorrerá sus principales países, con el doble objeto de buscar nuevos mercados para "los productos cubanos en la lucha empeñada después de la guerra universal, y de desvanecer la fatídica leyenda según la cual en la mayor parte de los países de Europa no se conoce a Cuba más que por sus convulsiones políticas."

El patriótico y útil proyecto del Sr. Planas, que cuenta con el concurso y decidido apoyo de la Sociedad Cubana de Ingenieros—en cuyos salones se han instalado ya las oficinas para la recopilación y preparación de datos, fotografías, películas, etc.—, de la Secretaría de Agricultura y de la Cámara de Comercio Cubana, incluye, entre otros muchos importantes aspectos, de positiva utilidad para nuestra patria, la exposición y divulgación en los principales centros comerciales y culturales del Viejo Mundo, de todos "los datos relacionados con nuestras industrias, y especialmente con las de exportación, así como los referentes al comercio cubano; a los distintos ramos de la Administración pública, y, sobre todo, de Sanidad, Instrucción Pública, Agricultura, Inmigración, Ejército, Marina, etc. Todas estas materias serán objeto de profundos estudios estadísticos, de modo que al salir de Cuba la Misión lleve, en expedientes cuidadosamente seleccionados y separados, todo lo que

pueda ser objeto de enseñanza útil en aquellos países en que apenas se nos conoce", según ha anunciado en la prensa diaria el autor del referido proyecto que ya se halla en camino de convertirse en realidad.

Cuba Contemporánea acoge con gran simpatía y aplaude esta patriótica iniciativa, que, de llevarse a cabo en forma adecuada y eficiente, con buena preparación y suficientes recursos, según es de esperarse que suceda, habrá de contribuir a que el nombre de Cuba sea conocido y favorablemente juzgado—tanto en el orden mercantil, como en el de nuestras actividades agrícolas, industriales, comerciales, intelectuales, etc.—, en las más importantes naciones europeas, en la mayoría de las cuales se tiene, no tan sólo respecto de nuestra patria, sino de toda la América en general, una asombrosa ignorancia y un casi absoluto desconocimiento, del cual escapan únicamente, por desgracia, aquellas cuestiones relacionadas con los aspectos menos favorables para el buen nombre de las naciones latinoamericanas, a las que se considera—salvo dos o tres excepciones—como tierras incultas, habitadas por pueblos indómitos y levantiscos, inadaptados todavía para una vida ordenada y estable, en el orden político, y sometidas en sus relaciones internacionales al influjo incontrastable y decisivo de la Cancillería norteamericana.

Afortunadamente, algunos de esos errores han ido desvaneciéndose con motivo de las varias reuniones anuales que ha celebrado hasta ahora la Asamblea de la Liga de las Naciones; y otros muchos errores e injustas apreciaciones que prevalecen en Europa, por lo que respecta a nuestro país, podría desvirtuarlos y desvanecerlos la Misión Cubana cuyo viaje al Viejo Mundo se proyecta realizar en el próximo año.

JUAN SANTOS FERNANDEZ

El día 6 de agosto último falleció en esta ciudad, a una edad avanzada, el Dr. Juan Santos Fernández, ilustre Presidente durante más de veintitrés años de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, ex Presidente del Ateneo y fundador del primer Laboratorio Bacteriológico y de vacunación

antirrábica que existió en América (1887), así como también de la *Crónica Médico-Quirúrgica,* primer periódico de medicina que se publicó en Cuba.

Ciudadano insigne bajo todos conceptos, fué eminentemente útil a nuestro país durante su larga vida, habiéndose distinguido siempre por un espíritu progresivo, que lo impulsó, en todo tiempo, a prestar decidida cooperación y eficaz concurso a cuanta empresa, institución o labor de carácter cultural o altruísta se intentó en nuestro país durante las cinco últimas décadas.

Cuba Contemporánea consigna en sus páginas con sincera pena el fallecimiento del Dr. Juan Santos Fernández y hace llegar su cordial testimonio de pésame a los familiares del ilustre extinto, así como a las varias Corporaciones científicas y literarias a las cuales estuvo aquél fuertemente ligado hasta el instante de morir y que, con este motivo, han sufrido una pérdida dolorosa e irreparable.

NOTICIAS

El Comité Franco-Americano de Panamá ha lanzado la idea de levantar, en la plaza de Francia de esa ciudad, un monumento que perpetúe el recuerdo de los numerosos franceses que murieron en los primeros tiempos en que se inició la apertura del Canal interoceánico, que tantos beneficios ha producido al intercambio intelectual y comercial de los pueblos de América.

*

Desde el día 6 hasta el 26 del actual mes de septiembre tendrá lugar en la ciudad de Londres una importante Exposición de productos alimenticios, a la que han concurrido numerosas naciones.

*

Los Estados Unidos están negociando con Bulgaria un tratado de comercio y amistad, en términos muy parecidos a los firmados con Alemania, Austria y Hungría.

*

La baronesa de Brimont, biznieta del célebre poeta Lamartine, publicará próximamente una curiosa serie de páginas inéditas del autor de *Las Meditaciones,* encontrados, entre otros manuscritos y fragmentos de cartas, en los archivos del castillo de Saint-Point. Estas reliquias, que nada añaden a la gloria del insigne escritor, revelan, sin embargo, sus excelentes condiciones de poeta festivo, aspecto, hasta ahora desconocido en el renombrado autor de *Jocelyn,* del *Lago* y de *Recogimiento.*

*

La Universidad de Poitiers ha inaugurado, en mayo último, su nueva facultad de Letras.

*

El Senado francés ha abordado el asunto referente a las garantías de la libertad individual, proyecto que data de quince años atrás, es decir, de 1907, época en que ocupaba la Presidencia del Consejo M. Clemenceau.

*

Ha sido objeto de vivos comentarios en la prensa francesa, el hecho de que Carlos Maurras, el famoso polemista codirector del periódico

realista *La Acción Francesa,* haya presentado su candidatura a la Academia, para ocupar el sillón vacante por la muerte de un republicano tan conocido como Paul Deschanel, cuyo elogio se vería obligado a hacer en caso de ser electo.

*

En virtud del intercambio intelectual acordado entre Francia e Italia, el Profesor Gino Arias, catedrático de Economía Política en la Universidad de Génova, ha dado una serie de conferencias en París sobre "los orígenes y el desarrollo de la ciencia económica en Italia."

*

La Cámara de Diputados Francesa ha aprobado, por 340 votos contra 253, el proyecto de ley que establece el servicio militar de diez y ocho meses.

*

El Senado francés ha decidido discutir en el próximo mes de octubre, el proyecto de ley por el cual se le concede el voto a la mujer.

*

En el Teatro *du Vieux-Colombier,* tan querido de los parisienses, se ha representado últimamente *Saül,* drama en cinco actos de Andrés Gide, obra que data de hace treinta años. También se ha puesto en escena, perfectamente traducida, *La vida es sueño,* de Calderón de la Barca.

*

Gabriel Fauré, una de las glorias musicales de Francia, ha sido honrado con un homenaje nacional, que tuvo lugar en el Aula Magna de la Sorbona, en presencia de una enorme concurrencia.

La interpretación de sus dos últimas obras, *l'Horizon chimérique* y el *Deuxiême quintette,* produjo gran impresión en el selecto auditorio.

*

En la Cámara de los Lores de Inglaterra, se ha presentado un proyecto de ley en el que se propone substituir la aristocracia fundada en el nacimiento, por otra basada en el mérito y la inteligencia. De esta abolición del sistema hereditario, sólo quedan exceptuados los príncipes de sangre real.

*

Le souffle du désordre es una obra teatral en tres actos, de M. Fauré-Frémiet, estrenada en el *Théatre de la Grimace* de París, con notable éxito.

*

La nueva novela de H. G. Wells, titulada *The Secret Places of the Heart,* no ha sido bien acogida por una parte de la crítica francesa.

*

Los países productores de vino en la América del Sur son, por orden de importancia: Argentina, con una producción anual de cinco millones

de hectólitros; Chile, que produce cuatro millones por año, siguiéndoles, en mucho menor escala, Uruguay, Brasil y Perú.

Por su calidad, los vinos de Chile son superiores a los otros.

*

La Academia de Bellas Artes de Francia ha discernido, por unanimidad, el gran premio Jean-Reynaud, de 10,000 francos, a Teodoro Dulois.

*

Carlos Cogghe, quien, al abrir las esclusas que inundaron los campos de Flandes en 1914, evitó el triunfo de los alemanes, ha muerto recientemente. Se ha dicho que el mecanismo de las esclusas era un secreto que sólo Cogghe conocía, razón por la cual los jefes militares aliados le confiaron la misión de inundar la llanura flamenca.

*

La estrategia química en tiempo de paz y en tiempo de guerra es el título de una obra del comandante Victor Lefebure, de la Sociedad Química de Londres, que ha sido traducida al francés con un prefacio de los mariscales Foch y Wilson, quienes insisten en la necesidad de precaverse contra los peligros de una guerra de esta naturaleza.

*

En el palacio nacional de la Malmaison, cercano a París, ha quedado abierta una nueva exposición de arte histórico, que, comenzada desde el 15 de junio último, durará hasta el 1º de noviembre del corriente año.

*

En el cementerio Montparnasse, de París, se ha inaugurado un monumento erigido a la memoria del Emilio Faguet, el célebre crítico literario, por su viuda. A la ceremonia concurrió un grupo selecto de escritores y hombres públicos franceses. René Doumic, en representación de la Academia Francesa, pronunció un sentido discurso con motivo de la inauguración de dicho monumento.

*

En el Ministerio de Justicia de Berlín se ha presentado un proyecto, por el cual se permite a las mujeres ejercer todos los cargos de la carrera judicial.

*

Una comisión de arqueólogos norteamericanos ha reanudado los trabajos—interrumpidos durante la guerra—, para extraer los tesoros de Creso, rey de Lydia, uno de los monarcas más ricos de la antigüedad.

*

El célebre retrato de Byron, pintado en 1814 por Westall, obra que pertenecía a la colección de Lady Bundett-Coutts, ha sido vendido en 13,000 francos.

*

El conocido tunel de Batignolles, próximo a la estación de Saint Lazare, en París, lugar en donde el año pasado ocurrió una espantosa catástrofe ferroviaria, ha sido demolido.

*

Recientemente ha aparecido el primer tomo del *Diccionario histórico y biográfico de Suiza,* obra considerada por la crítica como "un incomparable monumento de erudición."

*

En la Escuela militar de Saint-Cyr, Francia, se ha levantado un monumento en recuerdo de los numerosos alumnos caídos en el curso de la gran guerra.

*

Las memorias del Kronprinz alemán, recientemente publicadas en Holanda, tienen, desde el punto de vista germano, interesantes observaciones sobre ciertas personalidades teutonas y sobre importantes hechos de la guerra: Hinderburg, Ludendorff, la retirada del Marne, los ataques a Verdún, el drama de la abdicación...

*

Au pas lent des Caravanes, novela de Fernando Duchéne, ha obtenido el premio literario de Argelia.

*

El profesor V. H. F. Osborne, del Museo de Historia Natural Americano, ha anunciado el descubrimiento de dientes fósiles que prueban la existencia del hombre en el período plioceno (terciario) de América. Este descubrimiento establece la existencia de un nuevo tipo independiente de hombre-animal o antropoide, hasta ahora desconocido; y viene a confirmar la hipótesis, ya enunciada, del Dr. Baudouin, de que el chimpancé es un gran mono de Africa de origen americano, así como también la existencia del continente desaparecido llamado Atlántida.

*

Vautrin es un melodrama en cuatro actos, que M. Edmond Guiraud ha compuesto con personajes de Balzac, y que ha sido estrenado en el teatro de la *Comédie-Française.*

*

El célebre novelista español Blasco Ibáñez ha sido objeto de un homenaje por parte de la Asociación de *Amis des lettres françaises,* la cual le ofreció un banquete en el que se brindó por los lazos de amistad que unen a Francia y España.

*

Tristán Bernard ha estrenado en el conocido *Théatre des Capucines,* de París, una comedia titulada *Ce que l'on dit aux femmes,* que ha sido muy aplaudida.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO X

Tomo XXX. La Habana, octubre 1922. Núm. 118.

SOBRE LA GENESIS DE LA ENMIENDA PLATT (*)

UNA INTERESANTE CARTA DE SANGUILY

Sr. Dr. Luis Machado y Ortega,
La Habana.

Mi muy distinguido amigo:



UCHO le he agradecido el ejemplar de su libro sobre *La Enmienda Platt* con que tuvo usted la amabilidad de obsequiarme; así como la benévola dedicatoria, que acepto sólo como expresión afectuosa de su simpatía. En cuanto pude me puse gustoso a leerlo, y lo hice hasta el fin, sin alto alguno, en razón al asunto mismo, de suyo el más interesante siempre para los cubanos, sobre todo en este período tan triste y oscuro; y también por el método y el estilo. Éste, sencillo y claro, evidencia la sinceridad con que se ha adoptado y la franqueza noble y serena con que se ha presentado la escabrosa tesis. Reúne, pues, las condiciones apropiadas a la pro-

(*) CUBA CONTEMPORÁNEA se complace al publicar la importante y extensa carta que su muy estimado colaborador Manuel Sanguily, ex Secretario de Estado de la República, ha dirigido al Dr. Luis Machado y Ortega con motivo de la reciente publicación de su libro sobre *La Enmienda Platt,* cuyos dos principales capítulos, titulados *La Isla de Pinos, de hecho y de derecho, es territorio cubano* y *El Derecho de Intervención,* fueron dados a conocer en estas páginas. Véanse los núms. 112 y 116 de CUBA CONTEMPORÁNEA (abril y agosto, 1922).

paganda. El libro, por eso mismo, circulará y se leerá, aparte que de todos modos deben leerlo cuantos se interesen por la condición internacional y el destino de este país. Creo, por otra parte, que en razón a esta crisis de la nacionalidad o de la soberanía a que hemos llegado, no es imprudente ni puede ser peligroso recomendar su lectura. El propósito del libro es aclarar en lo posible y limitar el sentido y alcance de la Enmienda, y nunca como ahora adquiere mayor oportunidad un esfuerzo patriótico tan bien inspirado y con tanta templanza mantenido. Por de contado que creo que en mucho tiempo—*if at all*—no recogerá usted algún fruto de su empeño. Asuntos como este de nuestras relaciones con los Estados Unidos, son muy complejos y, si consienten modificaciones, serían ellas muy tardías y más formales que de fondo. ¿Me permitirá declarar lo que estoy pensando en este momento? Pues estoy pensando que, de muy atrás, los americanos—por más que los cubanos pretendan con habilidad y talento sostener lo contrario—no nos consideran, ni aun durante la guerra con España nos consideraron, como aliados suyos. Recuerdo que el Senador Morgan, en el Hotel Raleigh, de Washington, manifestaba sin titubear, a los comisionados cubanos de la Asamblea de Santa Cruz del Sur, que la guerra que se había declarado contra España no era exclusivamente contra ella; sino también "contra la isla de Cuba", anunciándonos que sostendría esa opinión suya en el Senado de los Estados Unidos. Sorprendidos e inquietos, Lanuza y yo preparamos contra esa incomprensible opinión del Senador, y le entregamos, un memorándum que, a la postre, resultó ineficaz, pues que en la primera forma que se dió al concierto entre el Gobernador Militar, General Brooke, y el General Máximo Gómez, para disolver el ejército revolucionario, fueron los cubanos en armas considerados y tratados como vencidos. El acuerdo fué modificado de manera más aceptable, y no quiero pretender que de algún modo influí en ese cambio; pero es lo cierto que los que no estaban acordes con la actitud asumida por el General Máximo Gómez agotaron un artículo de fondo que escribí y publicó *La Discusión,* con el título de *Ecce Homo,* en que combatía sin vacilación un convenio tan injusto y humillante para los revolucionarios que tan resuelta e ingenuamente auxiliaron a las tropas americanas durante la campaña de Santiago de Cuba, siendo tan eficaz y tan

acertada su cooperación que llegó a asegurarse que sin ella hubiera culminado aquella empresa en un desastre para los Estados Unidos. Por eso yo no dudo que, como entonces decían, pueda aparecer que nos tienen por aliados, si así les conviniere; pero también que, si no les conviniere, nos muestren escasa consideración y hasta desdeñosa superioridad. Dígalo, si no, aquella campaña de la prensa americana contra los soldados del General García, durante el mes de agosto de 1898, para preparar, y desde luego justificar, la inicua negativa a que las fuerzas de aquel ilustre jefe cubano, representadas por él, participaran en los tratos preliminares de la paz ni tampoco en su entrada junto con los vencedores en la ciudad rendida; resolución improcedente que era como un prenuncio alarmante y estuvo a punto de ocasionar un choque funesto entre esos americanos altaneros y los cubanos ofendidos, y, que, desde ahí, dividió en dos fracciones hostiles el campo de la Revolución, con todas las consecuencias lastimosas que todavía, si bien más o menos sordamente, actúan en nuestra política como corrosivos del sentimiento y el ideal.

Estas consideraciones, como se ve, me han desviado un tanto del plan que me había trazado, y me llevarían muy lejos si la necesidad de abreviar no me ciñera a lo más indispensable de cuanto pudiera decir en relación con el tema inagotable que viene a ser como la síntesis y el climax de nuestra dolorosa historia durante la pasada centuria, tan ruda y sangrienta para nosotros, y que un original y violento escritor contemporáneo ha llamado "el estúpido siglo XIX".

Me veo, pues, obligado a limitar mis impresiones y a presentarlas a usted lo más someramente posible. Su libro, que es una obra buena y noble, escrito con ingenuidad y templanza, merece, en mi humilde opinión, los estímulos de la crítica y los aplausos del lector, porque es un raro ejemplo de la buena fe y la sinceridad del convencimiento. En cuanto al asunto mismo, debo declararle que se ha expuesto y desenvuelto con habilidad y, tal vez, con algo de ingenio o sutileza forense. Es motivo constante de inquietud para los cubanos sensibles, mientras ansíen ser independientes; es para mí el tema eterno que promueve, y ha de promover, con el estudio de nuestra condición e historia, el anhelo de ascender integrando la patria en la plenitud de su soberanía; y debe ser—

en consecuencia—no un apagador, sino un tónico vigorizante para nuestra inteligencia y nuestro corazón. En tanto, actuando y evolucionando, con prudencia y energía inteligente, para realizar aspiraciones tan legítimas, la malhadada Enmienda ha de ser móvil de nuestra actividad y regla de nuestra política. A veces pienso que, limitados por el poder inmenso del vecino y por nuestras condiciones geográficas, si la paz inalterable en el reposado desenvolvimiento industrial y mercantil no convertirían nuestro país en una rica e insípida Arcadia; si el espíritu cubano no carecería de toda elevación y superiores ansias, sumido en su bienaventuranza monótona y anodina, repantigado en su hartazgo burgués y soñoliento. Hemos vivido en tiempos en que, por el esfuerzo y el propósito de ser, necesitamos oponernos a España; logrando de este modo alcanzar las cimas más altas de la moralidad y de la gloria; por lo que, con más motivos ahora todavía, necesitamos, para ser, para sentirnos dignos y satisfechos, oponernos a los Estados Unidos; esto es, que la política de los Estados Unidos sea para nosotros estimulante y aliciente, como, al cabo, lo fué la política de España. Entonces la oposición llegó a transformarse en guerras sangrientas, en que si tuvimos que desplegar admirables y fecundas cualidades superiores en el orden político y moral, también desenvolvimos otras cualidades viciosas, que las circunstancias, antes que amenguar y quebrantar, desarrollaron para nuestro deshonor y nuestro infortunio. Ahora la lucha se ha traspuesto del campo sangriento de la guerra a esfera de más difícil acceso, en que se requieren virtudes y capacidades más altas y más meritorias, como la firmeza y la honradez, el patriotismo más vigilante y más desinteresado, fortaleza de ánimo y perseverancia infatigable. Por fortuna, no se ha eclipsado del todo en el alma cubana el ideal inspirador. Ha cambiado de terreno y de forma; pero es la continuación y el complemento del antiguo, por exigencias ineludibles de los nuevos tiempos. Y ahora también dispone de fuerzas más efectivas porque el derecho que habíamos conquistado se ilustra y vivifica con los resplandores de la gloria pasada. Demostramos al mundo entre sacrificios y tormentos que no tolerábamos los abusos de la fuerza y los desmanes de la injusticia, y no concibo que no podamos demostrarle en lo adelante que merecemos el privilegio de la soberanía y el honor de la libertad, consagrando y ennobleciendo el he-

roísmo guerrero con la grandeza de las virtudes ciudadanas. Comprendo que la obra es muy ardua, y que el esfuerzo tiene que ser desmesurado; pero creo firmemente que para un pueblo como el cubano *"'tis a consummation devoutly to be wished"*.

Y como noto que he estado divagando, es decir, que me he remontado sobre la áspera realidad buscando aire más puro y claridades de nuevas auroras—tengo el derecho de pensar que su libro me ha hecho soñar transportándome a más serenas esferas—, me ha hecho sentir por la patria y con ella, ayer gloriosa, hoy atribulada, y, por lo mismo ¿qué elogio mejor puede hacerse de él sino reconociendo que aviva las inquietudes patrióticas y fortifica el anhelo de las rectificaciones salvadoras, individuales y públicas, políticas y morales?

La vida pública del cubano no debe ser la sinecura de la ignorancia inconsciente y de la audacia desvergonzada; sino un oficio como sacerdotal para servicio y honra de la libertad y el ideal. Estamos en relación forzosa y continua, de todo género, con una inmensa y poderosa democracia, enorme conglomerado en perpetua ebullición, cuya orientación y regimiento se modifica periódicamente, en el vaivén y perpetuo cambio de pasiones e intereses, a compás de las circunstancias, según el espíritu movible y las necesidades variables de partidos y agrupaciones políticas o económicas que oscilan a ocasiones con rapidez asombrosa, así, por ejemplo, del reciente mundialismo o europeísmo de Wilson, al inmediato americanismo, si estrecho, quizás muy sabio, de Harding; aunque unos y otros piensan de idéntico modo en América, cuando sin temor ninguno actúan con sus fuerzas inagotables a impulsos de siempre disimulada ambición e inspirados y sostenidos por la fría e inexorable dureza anglosajona.

En cambio, nosotros... pero ¿a qué recrudecer el dolor censurando una vez más nuestros errores y pecados, nuestra política pedestre y torpe, el ascendiente cada vez más acentuado de la incompetencia y la inmoralidad, sobre todo esa hipocresía fundamental en regocijado contubernio con la codicia desenfrenada?... Tales condiciones que determinan una inferioridad evidente al privarnos de fuerza moral e incapacitarnos para protestar airosamente contra desmanes ajenos que se escudan en nuestra miseria y corrupción invocando el propósito de remediar y corregir nues-

tros desaciertos, nos hacen olvidar un pasado ya largo en que la necesidad de vencer en luchas desesperadas, generalmente iniciadas sin preparación suficiente, y engañados por nuestra ingenua y romántica interpretación de la historia americana, nos impusieron la forzosa necesidad de acudir, en nuestras mortales tribulaciones y angustias, al extranjero, y, en la última guerra, casi exclusivamente, a los Estados Unidos. En la primera, hubo momento en que agobiados, sin recursos para seguir luchando, desesperados ante el temor de ser sometidos de nuevo por España, procuramos la anexión a los Estados Unidos. Revivían en los corazones alimentados por las recientes enseñanzas de nuestra historia, sobre todo desde 1848 a 1855, los sentimientos que habían provocado y urdido las grandes empresas fracasadas, y la engañosa y ya inconsistente ilusión de que incorporada a los Estados Unidos sería Cuba un Estado más de la grande y admirada federación. Nunca bastante desengañados volvimos a luchar confiando siempre en la ayuda eficaz o la redentora intervención de los Estados Unidos. Martí, bajo la inspiración de otras influencias, promovió la revolución sin contar en modo alguno con los americanos, y la revolución, a pocos años de distancia, cayó en sus brazos sin condiciones ni reservas. En esa política, fruto de la más ciega imprevisión, o del cansancio, o de la íntima persuación de general impotencia, o de esos y acaso otros motivos combinados; y también en la actuación y el carácter personal de sus principales o más influyentes directores, especialmente en las postrimerías, cuando iba a estallar la guerra decisiva entre los Estados Unidos y España, hay que buscar el origen, la raíz y la razón remota y determinante de la Enmienda Platt; ya que su razón esencial, su profunda causa eficiente son el resultado, el producto necesario de todo un siglo de la política de los Estados Unidos, engendrada por su posición, sus necesidades, las ambiciones de sus astutos hombres de Estado, su inmenso y creciente poderío, en frente y en continuos conflictos con la vacilante política europea, y con la ciega política de España, desmedrada e impotente, llegando en su orgullo los americanos a extremo de declarar Mr. Olney, Secretario de Relaciones Exteriores cuando el ruidoso incidente de límites entre Venezuela e Inglaterra: "Nosotros en América somos el soberano"...

El Sr. Tomás Estrada Palma, siendo el Delegado de la "Re-

pública de Cuba" en los Estados Unidos, en una de sus comunicaciones al gobierno revolucionario dirigida desde New York, en febrero 1º de 1898, al Cº. Andrés Moreno de la Torre, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, entre otros asuntos importantes de que trataba, decía lo que a la letra copio:

> Las notas que *semanalmente* hago llegar a manos del Presidente [Wm. Mc-Kinley] considero que contribuyen fuertemente a decidir su ánimo. *Todas ellas* se encaminan *a demostrarle* que, si bien el pueblo cubano no quiere *por ahora* la anexión a los Estados Unidos, que tampoco la necesita, *está deseoso* de que el Gobierno Americano *de algún modo* venga a *servir de garantía* para *la paz interior* de nuestro país, de manera que la República de Cuba inspire confianza suficiente para que *los capitalistas extranjeros* se sientan alentados a invertir grandes sumas en nuestros bonos y a propender con su dinero al desarrollo de nuestras industrias y a empresas de utilidad pública...

No es violento ni exagerado pretender que en esa correspondencia con el Presidente sugería el Sr. Estrada Palma una actitud del Gobierno Americano respecto a Cuba muy análoga a lo estatuído después por la Enmienda Platt, de la cual en esa correspondencia semanal aparece algo que pudiera considerarse como su germen primero, así como se pone de manifiesto—al propio tiempo—el sentido capitalista y americanizante y la tendencia anexionista de la política que luego llevó a la gobernación de la República al Sr. Estrada Palma, a extremo de que en un grave conflicto por él provocado, no tuvo en su soberbia ningún escrúpulo en llamar a los americanos, dando al traste con la República que debía amparar y defender.

No es posible negar que los mismos revolucionarios cubanos coadyuvaron a esta condición de inferioridad que ahora deploramos desconcertados. El Gobierno de la Revolución nunca condenó las ideas y el proceder de su representante y delegado en los Estados Unidos. Al contrario, procedió de conformidad con los enunciados propósitos. Algunos de sus miembros ocuparon altos empleos bajo el régimen de la Intervención militar, y—¡cosa curiosa!—siendo los más aprovechados, gozaban también de la mayor consideración general, que los juzgaba como más avisados y acaso los más patriotas; pero desde muy temprano los intereses y los puntos de vista diversos promovieron, en su necesario antagonismo, el cisma

que tuvo por consecuencia final la lucha de una parte de la Asamblea, representante del Ejército revolucionario, contra el General Máximo Gómez, y la desaparición en la oscuridad y el más inmerecido descrédito de aquel organismo, sobre cuyas ruinas fueron asomando, a par de la mala voluntad de los americanos mal informados, las ambiciones hipócritas, largo tiempo comprimidas y ya cada vez más atrevidas y violentas; mientras el Ejército revolucionario, en mísero abandono, entregaba sus armas a cambio de una limosna extranjera tan deficiente como regateada. La clave de esas anomalías acaso se encuentre en los elementos componentes de la población revolucionaria—unos, veteranos sencillos que casi no influyeron en la organización y dirección política, y otros, gente nueva, de más ilustración y escasos antecedentes patrióticos, casi todos revolucionarios de última hora—, que prepararon y usaron los resortes de la situación general, para dirigirlos en lo sucesivo conforme a sus principios inseguros y su propensión acomodaticia para su predominio individual, como hombres de negocios y avisados directores, sin fe sincera en los principios de la revolución, sin verdadera devoción a su historia y aspiraciones, aunque con espíritu ecléctico, astuto y vigilante, siempre en acecho de oportunidades favorables en provecho de su preeminencia y adelantos; y mientras tanto los viejos guerreros que llevaron sobre sus hombros el peso de la lucha iban cayendo en la vejez o en la muerte, a tiempo que otros arrebatándose el timón no se espantaban viendo cómo entre escollos y nublados iba la nave saltando sobre abismos.

En cuanto a *su doctrina,* mi muy estimado amigo, —es decir, el recurso de llevar nuestros conflictos y pleitos con los Estados Unidos a la Liga de las Naciones o al Tribunal Permanente de Justicia Internacional, según los casos—, me permito temer la casi imposibilidad de su aplicación eficaz, si aguardamos a que ya hayan intervenido para promover nuestros recursos legales o políticos; y si se procediera con anterioridad a aquel suceso, dudo desde luego que Europa nos atienda, en frente y en contra de los americanos, a quienes—por lo demás—el tratado de Versalles ha dado anticipadamente algo así como un "bill" de indemnidad, o como si dijéramos, "carta blanca" en este Continente. Es decir que no podría yo asegurar que esa doctrina de usted sea viable y menos

que llegue a ser un remedio; aunque aseguro que es una doctrina tan lógica como legítima y que se sustenta en los más racionales e indiscutibles principios del Derecho Internacional puro. Cualquiera que sea su destino, porque las teorías como los libros tienen el suyo, usted debe sentirse satisfecho, porque con un libro excelente ha pretendido abrir en la oscuridad infecunda del presente, horizontes nuevos y más risueños; y nadie debe inquietarse ni menos arrepentirse de haber intentado realizar una obra saludable y benéfica. Ha de enorgullecer a todo cubano sensible el noble espectáculo de una animosa juventud que entre las cuitas de una vida áspera y a pesar de la depresión de los espíritus en la ruina de los valores y viejas normas morales, ahora desacreditadas cuando cabalmente su eclipse nos ha llevado al borde del abismo, consagra su inteligencia y sus desvelos a empeños generosos y patrióticos, yendo usted a la cabeza de esa hueste que sin duda lleva en su ánima el secreto del porvenir y, por lo mismo, tendrá la incomparable fortuna de conquistar y afirmar para la patria dolorida, la salud y la gloria.

Por eso yo le doy la más efusiva enhorabuena, a la par de la seguridad de mi afecto y mi sincera admiración.

Suyo amigo y compañero,

MANUEL SANGUILY.

Jesús del Monte, septiembre 20, 1922.

HISTORIA DE LA ARQUEOLOGIA CUBANA (*)

(Concluye.)

Los museos y colecciones


L capítulo cuarto de la obra de Harrington examina las *colecciones privadas de arqueología,* comenzando por la muy importante, aun cuando reducida, del refinado coleccionista, Coronel Federico Rasco.

Esta colección ha sido ya objeto de estudio por varios autores y sus principales objetos reproducidos fotográficamente, entre otros, por Fewkes, el Diccionario *Espasa,* y últimamente por Harrington y el *Diario de la Marina* de La Habana (4 junio, 1922).

En esta colección Harrington estudia su ejemplar más notable, un *dujo,* o asiento de madera de guayacán, de una pieza, con cuatro patas, el único en buen estado que existe en Cuba, hallado en una cueva cerca de Jauco, en Baracoa, cerca de Cabo Maisí. Cree Harrington que los grabados decorativos que ostenta en sus extremos representan una cabeza, en forma convencional de perfil, y que los ojos debieron tener conchas incrustadas. También recoge la figura del único *guayo,* o rallador de yuca, prehistórico cubano que se conoce, también de guayacán y puntas incrustadas de serpentina, hallado asimismo en Baracoa. De Pinar del Río, encontrado en la Laguna de los Indios, donde comienza la península de Guanacabibes, posee el Coronel Rasco una vasija de madera negra y dura con huellas de haber sido sometida al fuego; y un majadero cónico de piedra, que según Harrington es completamente típico de esa provincia. De dos ídolos, toscamente trabajados, uno en caliza y otro en piedra madrepórica, dice Harrington que, aun cuando hallados en Baracoa, parecen *ciboneyes.*

(*) Comunicación a la *Societé des Americanistes,* de París.

También cita varias piedras y percutidores de la colección Rasco, con decoraciones *taínas*, y dos piedras bicóncavas, discoidales, que su poseedor cree que son ruedas para moler. En cerámica, la colección tiene varias cazuelas y vasijas decoradas, todas de Oriente, típicamente *taínas*. Y, además, ocho cráneos de indios, de Oriente, uno normal, los otros aplastados. Estos son *tainos* y no *caribes*, según Harrington, pues éstos no tuvieron ningún arraigo al oeste de las Antillas menores, que haya podido ser determinado hasta hoy. El Coronel Rasco es un amable coleccionista, que siempre tiene generosamente a disposición del estudioso su rica aunque corta colección.

Otra colección es la que en Holguín posee Eduardo García Feria, formada por objetos hallados en esa región, en Catuco, La Güira, La Macagua y Alcalá. Lo más notable de ella son dos percutidores o majaderos, hallados en Banes, ambos con una figura, respectivamente, de mono (de perro, supone Harrington), y de jicotea; un pendiente de piedra y otros objetos igualmente pétreos. También una cazuela de barro decorada, con una cabeza estilizada, morteros, ídolos de arcilla, y algunos tiestos adornados con figuras de animales y humanas.

Todos esos objetos son *taínos*. La amabilidad y cultura del Dr. García Feria compite con la del Coronel Rasco en poner al alcance de los estudiosos sus tesoros arqueológicos.

La colección del Sr. R. L. O'Fallon está en Santiago de Cuba, depositada en el Museo de dicha ciudad, conteniendo buenas series de artefactos *taínos* de los caneyes y lometones de Baracoa, incluyendo varios huesos esculpidos, que parecen ser extremos de bastones, piedras triangulares que recuerdan los característicos *cemies* de Puerto Rico, un pendiente de cuarzo figurando una cabeza de ave, un majadero de piedra con un pájaro esculpido, etc.

Otras colecciones más modestas cita el autor, del Sr. Charles T. Ramsden en Guantánamo, del Dr. Pedro García Valdés, de Pinar del Río (ésta con algunas piedras pulimentadas *taínas*, halladas en Viñales), y del Sr. Emeterio Santovenia (8).

---

(8) Hemos tratado de conocer la de este estimable publicista vueltabajero, pero nos dice que el Sr. Harrington fué mal informado, pues no posee colección alguna. Tuvo sólo una hacha amigdaliforme, que depositó en el *Museo Antropológico Montané* de la Universidad Nacional.

En 1915 hallóse en Puerto Padre un *dujo* labrado en un bloque de granito, certificado por Fernando García y Grave de Peralta, quien ha encontrado en el mismo lugar ciertas antigüedades, como burenes, hachas de jade, cuchillos de piedra, vasijas de barro, etc. y con ellos formado una colección. Así nos lo refiere el Dr. Eugenio Sánchez de Fuentes, en su muy documentada obra *Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica.* (La Habana, 1916, T. 1º).

En correspondencia amable nos ha ofrecido el Sr. G. y G. de Peralta, el catálogo privado de su colección, pero no hemos tenido el placer de recibirlo a tiempo.

Entre las colecciones públicas de arqueología cubana, reseña primero Harrington el *Museo de Antropología de la Universidad Nacional* de La Habana, que lleva honrosamente el nombre de *Museo Montané* y es la mayor y más completa colección arqueológica de Cuba, pues contiene los ejemplares hallados por Montané, La Torre, Cosculluela, Rodríguez Ferrer y otros, objetos de las civilizaciones *taína* y *ciboney,* de todas las regiones de Cuba y algunos ejemplares únicos, muy interesantes.

Entre éstos está el ídolo de piedra que halló Rodríguez Ferrer en Bayamo; otro curiosísimo, de guayacán, encontrado en Maisí, representando un dios masculino sentado, de 36 pulgadas de longitud, en forma de tabaco, con la parte superior cóncava, tanto que puede dudarse de su uso como ídolo, o como tambor; pero, de todos modos, indudablemente *taíno.*

De otra ídolo pequeño de madera, traído de Sancti Spíritus, cree Harrington que es de origen africano, y el autor de estas líneas, si para algo han de valerle sus aficiones a la etnografía afro cubana, se permite apoyar esa gestión. Tal idolito es negro, probablemente *lucumí* o *yoruba.*

Además, encontramos en el museo otros ídolos de piedra: un *dujo* o *metate* de piedra, de Pinar del Río (Lomas del Cuzco); rescatado por Ponce de León; efigie de jicotea en piedra, de Jaruco; un majadero con figura, de Manzanillo; un objeto de concha de uso desconocido, con grabados, de Holguín; una hacha de piedra de tipo *caribe,* de Guamacaro, Matanzas; otros utensilios de piedra de uso dudoso, de San Miguel, La Habana; amén de una buena colección de cráneos *taínos* y *ciboneyes,* normales unos y deformados otros. El museo creado por Montané, está actualmente

regido por el competente catedrático de Antropología Dr. Arístides Mestre, y es centro abierto cordialmente a quienes se interesan en Cuba por estos nobles estudios, respondiendo así el museo a sus fines culturales.

El *Museo de Santiago* contiene principalmente unos ídolos de unas 10.5 pulgadas, esculpidos en estalagmitas, distintos por su estilo de los *taínos,* y aun de otras rudas efigies, *ciboneyes* acaso, descubiertas en otros lugares y existentes en otras colecciones. Harrington cree que estos ídolos ofrecen alguna peculiaridad, pero no se atreve a opinar sin mayor estudio. Además de la ya referida colección de O'Fallon, allí depositada, el museo comprende una buena colección de hachas *taínas* y, sobre todo, de restos de cerámicas de barro, típicamente decoradas. Esta colección de alfarería indiana es la mejor de Cuba. También posee un interesante pendiente hecho de concha de *oliva,* con una cara grabada.

El museo santiaguero contiene, realmente, ejemplares muy característicos e importantes para el estudio de la religión indocubana. Merecen recordarse aquí los incansables afanes de su fundador el muy notable publicista cubano Emilio Bacardí y Moreau, hace poco perdido para la patria, y del culto director del museo, José Bofill. Del museo y sus riquezas con algunas reproducciones arqueológicas, da cuenta el reciente libro del escritor oriental Armando Leyva titulado *Museo* (Stgo. de Cuba, 1922), que ahora está en venta para el fomento de la institución, la cual habrá de trasladarse en breve a un nuevo y apropiado edificio, debido principalmente a la munificencia de la generosa compañera de aquel gran patricio que la fundara, Sra. Elvira Capé, Vda. de Bacardí. Esperamos que aquel centro cultural lleve el nombre de "Museo Bacardí".

Cita, en fin, el autor norteamericano algunos ejemplares arqueológicos en las vitrinas de la Academia de Ciencias y de la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana.

Fuera de estas colecciones cubanas, Harrington cita la del *American Museum of Natural History* en Nueva York, otra en el *National Museum,* en Washington, y otra, privada de Mr. B. W. Arnold, en Albany, N. Y., aparte de los ejemplares de Rodríguez Ferrer en el Gabinete de Historia Natural de Madrid.

Investigaciones filológicas.

Harrington dedica el capítulo siguiente a las *investigaciones filológicas e históricas,* como complementarias de las exploraciones arqueológicas sobre el terreno. Este capítulo necesita, a nuestro modesto criterio, algunos retoques, que intentaremos indicar al analizarlo, sin que ello desdiga, ciertamente, de sus positivos méritos. Comprendemos que Harrington no debía dar a su *introducción histórico-biográfica,* el espacio que nosotros, consagrados hoy únicamente al desarrollo de ese tema, debemos darle.

Cita primeramente el conocido mapa de José María de la Torre, publicado por el estudioso cubano en 1841, contemporáneamente con un artículo en las *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana* (Tomo XIII, págs. 18-67, La Habana, 1841), con el título de *Mapa de la Isla de Cuba y tierras circunvecinas según las divisiones de los naturales con las derrotas que siguió el Almirante Don Cristóbal Colón en sus descubrimientos por estos mares, y los primeros establecimientos de los Españoles; para servir de ilustración a su historia antigua.* La Habana, 1841).

Este *mapa,* sin embargo, parece ser una reproducción de otro editado por el propio José María de la Torre y de la Torre, en 1837, a la edad de 18 años. Y al año siguiente publicó el propio autor un trabajo hoy casi ignorado, y no citado por Harrington, *Pueblos y costumbres familiares de los indígenas de la isla de Cuba,* en la revista habanera *La Siempreviva* (La Habana, 1838, Tomo 1º pág. 235), que fué reproducido en 1847 en La Habana, y de nuevo con alguna corrección, en 1877, por la *Revista de Cuba* (T. I, pág. 209). Esta obra de José María de la Torre es un breve resumen de las noticias de Colón, Casas, Oviedo, Charlevoix, Torquemada, Navarrete, etc.

Ya en 1842, a raíz de publicado el mapa de José María de la Torre, Antonio Bachiller y Morales, en un sabio artículo de *El Faro Industrial* (marzo 4, 1842) titulado *Entretenimientos Históricos sobre la Isla de Cuba. || El idioma primitivo,* lanzó la idea de recoger los vocablos de la toponimia cubana, los de nuestra zoología, botánica, etc. y los vocablos indios dados por los cronistas del descubrimiento y población, y comparar el vocabulario así ob-

tenido con los de los dialectos indios vivos y conocidos. Tal fué el plan de Bachiller para poder comprobar su hipótesis, basada en su estudio de la obra de Codazzi sobre los indios de Venezuela, de que los cubanos y los venezolanos primitivos pertenecían a una misma agrupación étnica y filológica.

La idea fué rudamente criticada por los sostenedores de la procedencia *maya-quiche*, y a tales ataques debió la bibliografía arqueológica, el libro *Cuba Primitiva,* escrito para realizar el proyecto.

A estos inicios corresponde un artículo de Pedro Santacilia, acerca de *El idioma ciboney,* en *Ensayos Literarios* (1849).

El polígrafo cubano Tranquilino Sandalio de Noda sostuvo incidentalmente la procedencia yucateca de la lengua de los primitivos terrícolas; pero en 1857, en los *Anales y Memorias de la Sociedad Económica,* publicó un artículo "sobre los *guajiros* de la Vuelta de Abajo", donde convenía en que existió una gran nación de la que fueron un resto los antillanos, y que probablemente ocupó estas islas, costafirme y *tal vez* la costa oriental de Florida, que unos la llaman *achagua* y otros *arauca.* Noda formó también una lista de 64 voces, que creía indias.

Inéditos aún, si no perdidos, como varios otros originales estudios de filología, son los del cubano camagüeyano Dr. Francisco R. Argilagos, titulados *Gramática y Diccionario Polígloto en castellano, guajiro, inglés e italiano* (1879); *Sinopsis gramatical y léxico polígloto de la Lengua Arauca de los Indios de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia* (1880); *Filología Americana, Léxico descriptivo de los primeros habitantes de Haití* (1880); y *Arte y Vocabulario Cuna, de la lengua de los Indios de Castilla del Oro.* Dadas las relaciones étnicas de todos esos indios con las razas pobladores de Cuba, es evidente la importante aportación que a nuestra arqueología significaría la publicación de estos trabajos, cuya cita tomamos de la bibliografía científica cubana de Trelles.

En 1883 aparece la notable obra de A. Bachiller y Morales, *Cuba Primitiva.* || *Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas,* seguida de una 2ª edición en 1883 (9). Harrington la califica como la más valiosa

(9) Así dice Harrington. En 1881 apareció la segunda edición. La primera se publicó en la *Revista de Cuba,* durante los años 1877 a 1879.

entre las primeras obras de esta clase, si bien Enrique J. Varona dijo que era "la perfecta imagen del caos".

En sus primeros capítulos recoge Bachiller las opiniones de los antiguos sobre el origen de los indios, y en el quinto repite la opinión antiguamente válida en Cuba de que nuestros aborígenes procedían del Yucatán y que su lengua era la *maya*. Bachiller sostiene que su origen hay que buscarlo en Sur América.

Las teorías de Bachiller tienden a demostrar la conexión de los indios de las Antillas Mayores y Bahamas, a través de las Antillas Menores, con las tribus *araguacas* o *aruacas,* pero se equivoca cuando presenta a éstas como una rama de las *caribes,* siguiendo en esto, no lo olvidemos, las ideas entonces reinantes y expuestas en el terreno filológico por Hervás Larouse, Schomburgk y otros (pág. 100). No obstante, Bachiller hace resaltar la oposición histórica entre *aruacas* y *caribes.* Además, digamos nosotros, Bachiller, aun respetando la opinión de Felipe Poey acerca del origen *caribe* de los cráneos deformados encontrados en Cuba, recuerda que el cronista Herrera, que cita a Oviedo, escribió que no sólo los *caribes,* sino otros indios de Cuba también se deprimían los huesos craneanos, lo cual no deja de tener cierta importancia etnográfica, principalmente en apoyo de la tesis, que ahora refuerzan Fewkes y Harrington, acerca de la condición *taína* de aquellas calaveras de los farallones de Maisí.

Bachiller refiérese a los *caneyes de muertos,* a los huesos humanos semifósiles, a los cráneos deprimidos, pero nada nuevo añade a lo ya conocido, salvo la interesante afirmación de que, a pesar de lo sostenido antes por Rodríguez Ferrer, no sólo los *caribes,* sino también los indios genuinamente cubanos practicaban el aplastamiento artificial del cráneo, basándose en las autoridades mencionadas. Enumera el autor cubano en otro capítulo los restos conservados del arte indio, y afirma que el arte de la cerámica india aun se conservaba en 1883 en Guanabacoa, villa ésta próxima a La Habana, que fué destinada a población de indios por largo tiempo; así como se mantenía, dice, entre los guajiros la clase de *guayos* para hacer casabe, hachas de madera dura con puntas de pedernal.

Bachiller continúa su libro dando una traducción parcial de la famosa relación del fraile Ramón Pané, sobre la religión de los

indios de la Española, que debió ser similar a la de los cubanos, y la cual se promete Harrington utilizar en la segunda parte, aun inédita, de su obra.

Pero la parte más original y valiosa de la obra de Bachiller, es, según el comentarista norteamericano, la formada por sus vocabularios *taínos,* acompañados de interesantes notas y comentarios. Con referencia a los *guanahatabeyes* o *guanacabibes,* cita la inferioridad de los *zibuneyes* (sic), pero no llega a descubrir su real significación.

La obra de Bachiller por su tiempo, por su esfuerzo, por su honradez intelectual, por su sinceridad científica, por su erudición amplia y sólida y por su originalidad, es el intento más meritorio de reconstrucción arqueológica hecho en Cuba. Hoy, naturalmente, su valor ha decrecido; pero no puede decrecer el homenaje del estudioso desapasionado.

Entre la publicación del artículo citado del *Faro Industrial* (1842) de Bachiller, y la de su *Cuba Primitiva* (en 1877, en la *Revista de Cuba,* y luego en 1881 como libro), aparece otro libro dedicado parcialmente a las supervivencias del lenguaje aborigen, o sea el *Diccionario de Voces y Frases Cubanas de Esteban Pichardo.* Así dice Harrington, pero habrá de permitirnos una ligera rectificación. El *Diccionario Provincial casi-razonado de Vozes Cubanas* por D. Esteban Pichardo se publicó ya en 1836, y fué, sin duda, una rica contribución a estos estudios, habiendo seguido los procedimientos que con otra finalidad sugería Bachiller y Morales. El éxito del diccionario fué tan grande que la 2ª edición se publicó en 1849; la 3ª, muy aumentada, vió la luz en 1862; y una 4ª fué a las prensas en 1875, y ésta es la que cita Harrington.

La obra de Pichardo es útil en cuanto colecciona algunas voces indianas.

En 1881, también aparece otro libro análogo, de Nicolás Fort y Roldán, titulado *Cuba Indígena,* de valor escaso, por la falta de documentación científica. Contiene, con clasificación que hoy se llamaría etnográfica, los vocablos indios o tenidos por tales, usados en Cuba, según supervivencia tenaz o autoridad de los historiadores. Zayas lo llama disparatado. Ramos y Duarte lo tiene como de mucha importancia. Nos conformamos con apreciar su esfuerzo, notable en su época.

Harrington omite aquí el opúsculo del cubano Juan Ignacio de Armas, *Orígenes del lenguaje criollo.* (La Habana, 1882, 2ª edición. La 1ª fué en Venezuela, se nos dice), y la del también paisano José Miguel Macías, *Diccionario cubano etimológico* (Veracruz, 1885).

Estas obras, aunque contienen numerosos errores y hasta ridículos algunos, nacidos del prejuicio de negar la supervivencia de voces indígenas en el habla contemporánea de los cubanos, no dejan de ofrecer algunas observaciones sugestivas; y especialmente debieron de ser un freno para aquellos aficionados (pues que de filológos científicos aun no hemos tenido en Cuba obra alguna sobre el lenguaje indiano) a estos estudios lexicográficos, que cuando ignoran la procedencia de una palabreja, se la acreditan a los indios precolombinos aun cuando fuese castiza, africana, inglesa, o portuguesa, en la ciencia de que no han de ir a preguntárselo a ellos; resultando así sus erróneas etimologías como el mentir de las estrellas. Solamente, que la filología comparada alcanza distancias al parecer insondables, como los grandes telescopios, y la realidad científica logra irse al fin imponiendo.

Manuel Gómez de la Maza ha escrito en 1891 un estudio filológico *Contribución a la Antropología Lingüística Cubana,* con el subtítulo de *Etimología y correspondencia filológica de los supuestos nombres indo-cubanos de plantas y productos.* El libro está aún inédito, en los archivos de la benemérita *Sociedad Económica de Amigos del País.* Está influenciado por las teorías negativas de Juan I. de Armas.

Harrington, del libro de Fort salta al de Alfredo Zayas, *Lexicografía antillana. Diccionario de voces usadas por los aborígenes de las Antillas Mayores y de algunas de las menores y consideraciones acerca de su significado y de su formación.* (La Habana, 1914.) El libro de Zayas es fruto de minuciosa recopilación y cataloga numerosas voces, que ofrecen amplia base para el estudioso y para ayudar a que un experto hombre de ciencia pueda reconstruir, en lo que sea posible, el muerto lenguaje de los cubanos antecolombinos. Ramos y Duarte ha criticado la obra por carecer de gran número de vocablos indígenas y por ciertos errores importantes. Indudablemente el autor ha coleccionado numerosas voces que no son indias, y sí castizas (*jaruco, babunuco, cayuco, jabuco,*

manido, maloja, jurel, jamo, beata, etc.); inglesas (*guafe*); portuguesas (*magua, amaro*); italianas (*saona*); mexicanas (*capulí, chichígua, jícama,* etc.); africanas (*songo,* etc.); árabes (*albacora,* etc.) y de otras procedencias; por lo que es indispensable una revisión científica de la recopilación zayista, con vista de otros estudios lexicográficos y de la filología comparada, antes de poder ser utilizada con seguridad. La obra de Zayas se resiente del mismo defecto de las anteriores, excepto acaso la de Bachiller; es trabajo meritorio de aficionado, pero carece de la rigurosa orientación y documentación científicas, que exigen de consuno el progreso contemporáneo de las ciencias del lenguaje y los descubrimientos etnográficos de estos últimos tiempos. Los defectos que achaca Zayas a Bachiller (método deficiente, falta de claridad y de originalidad), a Fort (excesiva imaginación y falta de fundamento científico), a Armas (etimologías fantásticas), a Macías (criterios extraviados) y a Ramos Duarte (indecisión), son precisamente deficiencias de la obra referida. Amén de no pocos descuidos, como el de llamar cetáceo al tiburón.

Harrington llama la atención acerca de que Zayas ha evitado cuidadosamente el empleo del vocablo *taíno* para significar genéricamente el pueblo predominante en las Antillas Mayores, cuyo vocabulario pretende recoger; así como no encuéntrase en dicha obra admitida siquiera su conexión con la familia lingüística *aruaca.* Esta laguna etnográfica no puede ser explicada sino por la falta de ligazón sistemática de esas obras, fruto de una paciente afición más que de un propósito realmente iluminado por la ciencia, con las otras ramas de la etnografía, sin cuya trabazón rigorosa, todo trabajo de esta índole pecará de superficial e inseguro.

Bachiller citaba como obra utilísima para sus investigaciones filológicas la del dominicano Antonio del Monte, *Historia de Santo Domingo* (1850), partidario de la unidad idiomática del idioma *yucayo* en todas las Grandes Antillas y Lucayas, el cual autor se detenía en varios análisis acerca de dicho lenguaje.

También Bachiller citaba la obra de José G. García, *Memorias para la historia de Quisqueya* (Santo Domingo, 1876) en las que incluye un catálogo de los vocablos del idioma haitiano, que aún subsisten en el uso.

Harrington con recto criterio cita la obra de D. G. Brinton,

The Arawack language of Guiana in its linguistic and ethnological relations (*Transactions of the American Philosophical Society,* Philadelphia, 1871), a la cual se debe el haber indentificado en forma indubitada el lenguaje *taíno* con el *aruaca,* comparando aquel vocabulario con el hablado en 1800 por las tribus de las Guayanas, según datos de Shultz, misionero en dichos pueblos (1790-1802).

Se le debe, además, dice Harrington, la interpretación etimológica del vocablo *ciboney,* de las voces *aruacas ciba,* roca y *eyerí,* hombres; locución ésta muy apropiada para que los *taínos* llamasen a los *ciboneyes,* "habitantes de cavernas".

Además, D. G. Brinton en un breve artículo de cuatro páginas, titulado *The Archeology of Cuba (American Archeologist,* Columbus, Ohio, Vol. 2, No. 10, oct. 1910), hizo un resumen de las investigaciones arqueológicas en Cuba, hasta 1898 y afirmó en él que en las cuevas de Pinar del Río es donde habrán de encontrarse, si las hay, las huellas de la cultura *maya.*

Aquí es indispensable citar, además de tantos autores, al venerable octogenario Félix Ramos y Duarte, no citado por Harrington. Este cubano, tan culto como modesto, que ha dado tantas pruebas de su competencia y amor a los estudios lexicográficos, continúa trabajando a diario en su monumental obra *Diccionario Yucayo,* desgraciadamente aún inédito. Hemos sido honrados por él al facilitarnos la lectura de sus numerosísimas papeletas, nutridas de originales datos, con nuevas etimologías, basadas en la filología comparada, ilustradas las voces zoológicas, botánicas y etnológicas con unas mil acuarelas pintadas por la mano segura y experta de quien fué también profesor de pintura; y no vacilamos en afirmar que esa obra, aun cuando todavía, por un respetable amor propio del autor y el excesivo costo de reproducción de las pinturas, no haya sido dada a la imprenta, es la más importante obra filológica acometida hasta ahora en pro de la conservación de los restos de los lenguajes de los aborígenes antillanos y de la interpretación de esas supervivencias idiomáticas. Permítasenos que aprovechemos esta ocasión para formular un fervoroso augurio por su pronta publicidad.

Acerca de este inédito *Diccionario Yucayo,* ya ha escrito un vivo elogio, lexicólogo tan competente como el Dr. J. A. Rodríguez

García (*Cuba Intelectual,* junio, 1909), y nos da el siguiente comentario el eruditísimo bibliógrafo Carlos M. Trelles:

El autor ha invertido 25 años en la preparación de esta monumental obra, que tiene 1000 láminas representando indios antillanos célebres, paisajes de pueblos y lugares indígenas del tiempo de la conquista, mapas de las islas antillanas, dibujos de minerales, de objetos de alfarería, plantas y animales que en el archipiélago de las Antillas tienen nombres indios: todos con sus colores naturales y descritos científicamente.

Esa obra consta de 6000 artículos en lengua yucaya y sus dialectos *timucúa, baicagua, basiagua, macorix, calinago, galibí, eyerí, chaleiba, ciboney, caraibe, hanábano,* *cubagua* y *guacoronarino* o *guanacabibe;* y describe las 4 razas de indios que poblaron a Cuba; los *guacoronarinos,* los *siboneyes,* los *taínos* y los *macoríes.*

Fundado todo en documentos de autoridades antiguas y modernas que trata del origen de las razas antillanas, de su civilización, costumbres, industrias, y ocupaciones, su religión, magia y lenguaje; se rectifica la ortografía de las voces indígenas; y se corrigen muchos errores históricos cometidos por Las Casas, Herrera, Díaz del Castillo, Urrutia, etc.

La publicación del *Diccionario Yucayo* permitirá valorizarlo científicamente.

Ramos y Duarte publicó en 1919, amén de otros varios trabajos históricos y filológicos, un muy documentado folleto titulado *Crítica de Filología Cubana* (La Habana, 1919) comentando con gran tino y documentación de autoridades algunas etimologías de Pichardo, La Torre, Fort, Armas, Macías, Bachiller, Zayas y Montori. Este trabajo basta para sumar el nombre de su autor a esta relación de los escritores, que son fuentes bibliográficas para nuestra ciencia arqueológica.

Como puede verse, la colaboración cubana a las investigaciones de filología arqueológica no es escasa, máxime recordando la monumental *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América* (1892) por el académico de la Lengua Española, Sr. Cipriano Muñoz Manzano, Conde de la Viñaza, habanero de nacimiento.

Del extranjero pueden citarse varias. Filippo Salvatore Gilü, publica en 1784 (Roma) un *Saggio di Storia americana,* conteniendo en su tomo 3º varias voces de los indohaitianos, pero parecen tomadas de Oviedo.

Henri Fernan Compans coleccionó y tradujo a comienzos del

siglo pasado, en veinte tomos, multitud de relaciones de viajes (*Voyages, relations et memoires originaux pour revoir a l'Histoire de la decouverte de l'Amerique,* Paris, 1837 a 1841). En la primera serie se comprende un *Abecedaire haitien, suisi d'un Precis historique sur l'Ile d'Haiti* (París, 1839).

Y no olvidemos el diccionario caribe del P. Breton, traducido de la obra de Daires y otros que se citarán.

Entra Harrington a señalar las obras de carácter histórico general, o de carácter arqueológico complementario; y aquí hemos de permitirnos salvar algunas omisiones, y ampliar sus comentarios, no sólo en cuanto puedan ayudar a trazar la evolución de las ideas directrices de la ciencia arqueológica cubana, sino en cuanto puedan precisar el valor bibliográfico respectivo.

Recuérdense, primeramente, las grandes y primitivas fuentes históricas de las Indias Occidentales, cuales son: Cristóbal Colón, *Relaciones y Cartas,* especialmente la epístola a Rafael Sánchez (1492); Fernando Colón *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos, y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo,* en cuya edición se comprende, el célebre escrito de Fr. Ramón o Román Pane o Pané, sobre la religión de los indios de la Española; Diego Alvarez Aranca, su *Carta a Cristóbal Colón* (1494); Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias, islas y tierrafirme del mar Océano;* Fr. Bartolomé de las Casas, la *Historia de las Indias y la Apologética;* Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias;* Fr. Pedro Martyr de Angleria, *De Orbe Novo;* Antonio de Herrera, *Historia General de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del Mar océano;* J. de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias;* Torquemada, *Monarquía Indiana;* Juan de Castellanos, *Elegías de Varones ilustres de Indias;* Girolamo Benzoni, *Historia del Mondo Novo,* etc.

Como puede fácilmente comprenderse, sigue diciendo con razón Harrington, los tratados generales de historia de Cuba se refieren en parte a los indios que hallaron aquí los castellanos; pero los datos que traen pueden ser mejor estudiados en las fuentes originales, o sean las primeras crónicas de Indias. En esta clase pueden ser incluídos "los tres primeros historiadores de la

Isla de Cuba". Con este título genérico vieron la luz en 1876 (La Habana) tres volúmenes, comprendiendo las siguientes tres obras, una inédita y dos reimpresas: José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticias de su fundación, aumentos y estado;* Ignacio José de Urrutia y Montoya, *Teatro histórico, jurídico y político militar de la isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital La Habana* (escrita en 1791); y Antonio José Valdés, *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana* (1813). Sólo la historia de Urrutia trata con algún detenimiento, aunque sin originalidad, el tema de los aborígenes.

En 1838 vió la luz también un artículo de Ramón de Palma, con el título pretensioso de *Ritos y creencias de los primitivos habitantes de Cuba y Santo Domingo (El Album,* La Habana, 1838, Tomo VIII, pág. 91). Refleja el trabajito lo dicho por los primeros cronistas; pero aun de éstos falta de documentación.

Puestos a citar obras históricas auxiliares para el estudio de la arqueología cubana, fácil sería reproducir numerosas papeletas bibliográficas. Pero limitándonos a algunas importantes, indispensables diríamos, no recogidas por Harrington, recordemos a Rochefort, *Histoire naturalle et moral des isles Antilles d'Amerique* (Rotterdam, 1658), especialmente su segunda edición (de 1681), por las láminas adicionales que contiene; a Du Tertre, *Histoire generale des Antilles habitées par les François* (París, 1667), ampliación de la edición de 1654; a J. Davies, *The History of Caribby Islands,* (London, 1666); los ocho tomos del Padre Labat, *Nouveau Voyages aux isles de l'Amerique, contenant l'Histoire Naturelle de ces pays, l'origine, les Moeurs, la Religion et le Gouvernement des Habitants anciens et modernes, les Guerres et les Evenemens singulier qui y sont arrivez pendant le sejour que l'Auteur y a fait* (París, 1742). Y la obra de Pierre-François-Xavier de Charlevoix, *Histoire de l'Isle Espagnole ou de S. Domingue* (4 vols. Amsterdam, 1733).

Walton en 1810 *(Present state of Spanish colonies)* cree, con Arthaut *(Des divinités génératrices chez les anciens et les modernes)* que entre los indios antillanos se encuentran muchos indicios de culto fálico, y así lo creyeron Andrés Poey, y J. de J. García en la *Revista de la Habana.*

Alcides d'Orbigny, en su libro *L'Homme Americain* (París, 1839) se refiere principalmente al de la América del Sur, y aunque no aporta datos especiales sobre las Antillas y comenta a Oviedo, sostiene que los caribes antillanos y los guaraníes eran unos.

El profesor Constantine Smaltz Rafinesque en 1860 publica el primero y único tomo de una obra titulada *The American Nations or Outlines of their General History* (Philadelphia), conteniendo entre otras cosas muchas interesantes observaciones acerca de las primitivas razas de haitianos, y de los lenguajes indios. Los datos de la obra no pueden hoy tomarse siempre como base segura.

Carl F. P. von Martius, en su *Beitraege zur Ethnographic und Sprachenkunde Amerikas, zumal Brasiliens* (Leipzig, 1866), estableció la distinción etnológica entre los *aruacas* de las Guayanas y los *caribes* de Venezuela y Colombia. También a ese autor se debe, según Coll y Toste, el haber escogido la denominación de *taínos* como dedicada a los indoantillanos, adoptada después por Bachiller y Morales y otros hasta Harrington.

Al francés J. J. Cornillac se debe *L'Anthropologie des Antilles*, comunicada al "Congreso Internacional de Americanistas de París" (1875, Tomo II), en la que recoge las opiniones de su tiempo.

Alvaro Reynoso en 1881 publica en París su interesante *Agricultura de los Indígenas de Cuba y Haiti* (París, 1881), en cuya obra, fruto de su especialización, deduce que *ciboneyes* y *haitianos* eran del mismo origen, idéntico lenguaje e iguales costumbres, siguiendo la tendencia común de dar el nombre de *ciboneyes* a los *taínos* y no al otro pueblo más atrasado de indios cubanos. Estudia Reynoso, basándose en Las Casas, Oviedo, Herrera y otros cronistas de Indias, los procedimientos agrícolas de los aborígenes, sus utensilios de labor, y concluye que usaban esencialmente los métodos que aun hoy se consideran los mejores para sus plantaciones y que se cuentan entre los primeros pueblos que usaron *camellones* para el cultivo.

En 1883 el Marqués de Nadaillac edita su obra *L'Amerique Prehistorique* (París), que vino a ser resumen científico de los descubrimientos hasta esa época.

De Luciano de Rosny se publicó después de su muerte *Les Antilles, Etude d'Ethnographie e d'Archeologie Americaines* (1886), libro que fué comentado por A. Poey, diciendo que lo escrito por

Rosny sobre Cuba era "corto e inexacto, y sacado de los antiguos cronistas, sobre todo de Oviedo".

Pero el libro del sabio francés es valioso por su bibliografía, que diríamos clásica, la más completa de su época; y por la nutridísima documentación de sus dos volúmenes, y el minucioso y ópimo esquilmo obtenido de ella.

De Rosny cree que los caribes llegaron a la Pequeña Antilla, procedentes así de la América del Norte, como de la del Sur, opinión etnogénica apoyada en Rochefort y Labet; pero que las Antillas Mayores estaban ya ocupadas por razas anteriores.

Los capítulos están todos compuestos sobre la base de los autores que le precedieron, siendo el libro un valiosísimo resumen de las ideas de la época.

No creemos ocioso, en homenaje de De Rosny, citar varias obras manuscritas, compuestas o recopiladas por ese sabio, desgraciadamente perdidas sin ser publicadas, que habrían sido de valor extraordinario para el progreso de estos estudios antillanos. Tales son las referidas en el prólogo de V. Devaux, que lleva el libro, a saber: *Supplement an dictionaire Caraibe du P. Breton; Langue des Indiens de Goacanacari; Quelques nots du language parlé a Uralomano* (sic), *ile de Cuba, avec l'oraison dominical dans cette langue et en espagnol; A vocabulary of the language of the inhabitants of the Blue-Mounts, Jamaica; Vocabulaire comparé des dialects parlés a les Antilles; Indianología,* boceto de diccionario comparado de voces indianas y de sus referencias etnográficas sobre religión, derecho, etc.; y *Le Tabac aux Antilles.*

En 1885 un culto abogado español residente en Cuba, Eugenio Amadís, publica *Consideraciones sobre las religiones de los pueblos no civilizados* (La Habana, 1885). Es un erudito resumen de los datos de Du Tertre, el P. Labat y otros historiadores de los *caribes,* y en especial de J. G. Muller *(Geschichte des Americanischen Urreligionem,* Basilea, 1867).

El Dr. Enrique López y Veitia dió a la publicidad en 1888 un folleto acerca de la *Medicina de los Siboneyes* (La Habana, 1888), con referencia a lo dicho por los primitivos cronistas.

Todavía Juan I. de Armas, amén de algunos sueltos periodísticos de carácter polémico, publicó otro trabajo, hoy olvidado, con el título de *La Comida del Salvaje* (en *El Trunco,* febrero de

1888), en el cual, mostrando a la par su amplísima erudición americanista y su bien conocida originalidad de juicio, expone los alimentos del indio cubano; pero llevado por razones de dialéctica y ligera interpretación de textos de los cronistas de Indias, sostiene que en Cuba antehispánica no había *yuca,* ni siquiera en la Española; que *cazabi* es voz árabe equivalente a "fortaleza"; que no había instrumentos para rallar; que los indios de Cuba no sabían pescar, ni tenían objetos de cerámica; que los españoles les enseñaron el manejo de la *coa* (o *cola,* según dice) para el cultivo, aparte de otras afirmaciones destruídas todas por los descubrimientos y estudios posteriores, y aun por los anteriores, que el porfiado etnógrafo se empeñó en no aceptar como valederos.

A. L. Pinart en 1890 publicó un opúsculo en francés *Notes sur les petroglyphes et antiquités des Grandes et Petites Antilles* (París, 1894).

De la conocida *Anthropologie der Naturwolker,* del célebre etnógrafo alemán Teodoro Waitz, se traduce y publica en 1892, la parte dedicada a *Las Antillas. Etnografía de los aborígenes,* en la *Revista Cubana* (La Habana, 1892, Vol. 15º pág. 174), pero no contiene datos originales.

Del alemán Rodolfo Cronau es un libro traducido, *América. Historia de su descubrimiento* (ed. española, Barcelona, 1892) con algunos capítulos sobre prehistoria y civilizaciones indígenas de América.

Volvamos a la bibliografía de Harrington, quien tras de Fewkes y Joyce, cita a Francisco Pi y Margall, *Historia de la América Antecolumbiana* (Barcelona, 1892) en cuya obra se dedican unos capítulos (XX y XXI) al tema de los indios antillanos y de los *caribes.* Trata de los indoantillanos (pág. 702, T. 1º) como de un solo pueblo, si bien admite locales diferencias, refiriéndose principalmente a los pobladores de Haití, ya que con ellos tuvieron mayor contacto los historiadores del descubrimiento y población de estas Indias. Harrington alude a una lámina de antigüedades portorriqueñas, erróneamente atribuídas en la obra a los indios cubanos; pero califica justamente la voluminosa obra del sabio catalán, gran amigo de Cuba, como "muy buena y desusadamente detallada".

En 1894 ve la luz en La Habana otro libro, olvidado por Harrington, debido a Rafael Delorme Salto, con el título de *Los*

aborígenes de América. Es libro sin pretensiones, de vulgarización, recogiendo, tocante a Cuba, algunas de las ideas entonces predominantes desde Rodríguez Ferrer. En Cuba, dice, habitaron tribus en la época terciaria, procedentes de Suramérica. Desaparecieron estas razas, y muchos siglos después, cuando ya Cuba era una isla habitáronla naciones venidas del Norte. Esto deduce porque los terraplenes o *cercados térreos* de la sierra de Maya y Pueblo Viejo, descubiertos en 1848, siendo tan similares a los infinitos que se encuentran en los Estados Unidos, prueban que nuestra tierra estuvo un tiempo poblada por razas norteñas. Por Cuba, dice, pasaron pueblos y civilizaciones muy diferentes de las "de los *cibuneyes,* que era la nación que Colón encontró".

En cuanto al origen de estos *ciboneyes,* añade: (pág. 202):

> Parece hoy estar fuera de duda que los *cibuneyes* eran de *origen maya*... Esta raza mezclóse en Cuba con la que entonces la habitaba, descendiente de los *apalaches* de la Florida, pueblo que en época aun desconocida para la Historia, invadió las costas cubanas, y de esta fusión derivóse la nación *cibuney.*

El autor dedica a las Antillas once capítulos, de ellos seis a los *cibuneyes,* recogiendo los datos históricos corrientes respecto a su religión y costumbres; pero no los analiza suficientemente, llegando a afirmar que los *borinqueños* eran más incultos que los *ciboneyes,* cuando era lo contrario. La falta de documentación del trabajo de Delorme y su carácter de vulgarización, impiden su aprovechamiento científico, a pesar de ser obra bien intencionada en cuanto a su seriedad, escrita al fervor de los entusiasmos americanistas, que provocara entonces el cuarto centenario del descubrimiento; pero no debe ser olvidado en una reseña bibliográfica, sobre todo si no se omite adrede el esperpento de Vidal y Careta, publicado pocos años después.

Antonio Gordon y Acosta en 1894 dedica un artículo a la *Medicina indígena de Cuba y su valor histórico.*

El naturalista Frederick A. Ober, en su estudio *The aborigines of the West Indies* (Worcester, Mass., 1894) recopila las noticias y opiniones reinantes entre los antropólogos, en aquel entonces. Este autor en un interesante libro, *Camps in the Caribbees* (Edimburgo, 1880), ya había demostrado su interés por esos temas científicos y recopilado observaciones curiosas.

En 1897 Francisco Vidal y Careta, publicó su disparatado e insultante folleto *Estudio de las razas humanas que han ido poblando sucesivamente la Isla de Cuba* (Madrid). En cuanto se refiere a los indios el autor sigue las ideas entonces corrientes, basado en Rodríguez Ferrer, Poey y Pichardo, del último de los cuales tomó la teoría de que los aborígenes cubanos descienden de los indios *muyscas* de Colombia. Cree Vidal que los cráneos aplanados son *caribes* y fantasea en cuanto a la hipotética influencia de esa raza sobre los cubanos.

Vidal afirma que el tipo étnico cubano está formado por la mezcla de sangre de los *andaluces,* que tales eran la mayor parte de los españoles colonizadores, con las mujeres *ciboneyes.* En la formación de este tipo, según Vidal, el *negro* nada ha influído ni el *mulato,* que forman clase aparte, y escasamente el *chino* y el *mejicano* o *yucateco.*

Harrington opina de acuerdo con Vidal en cuanto al tipo *bético-indiano,* por más que no da sus razones científicas para tan curiosa y trascendental afirmación etnográfica, las cuales son, sin duda, de pedir; pero no cree, como Vidal, que la cultura y la raza cubana sean finalmente absorbidas por los *yanquis anglosajones,* por razones que tampoco expone y las cuales, de todos modos, son de agradecer.

El trabajo de aquel catedrático de paleontología estratigráfica en la Universidad Central de Madrid es simplemente una diatriba periodística contra los cubanos, lleno de indignidades tan ofensivas para nosotros y nuestras mujeres como, lo que es aún más grave, para la verdad científica. Es difícil hallar un trabajo más ridículamente pretensioso.

Baste anotar estas afirmaciones: "los *caribes* introdujeron en Cuba el culto al diablo"... "el elemento blanco es cada vez menos frecuente en Cuba",.. "el pudor lo ha introducido en el mundo el cristianismo",... "la raíz *gua,* que se encuentra en la inmensa mayoría de palabras cubanas, debe ser un grito de guerra o de terror de los siboneyes al ver invadidos sus dominios por los salvajes caribes". Ellas prueban, amén de otras afirmaciones que queremos callar, cual puede ser el valor del folleto, y qué seriedad histórica, sociológica y linguística nos puede éste brindar; citado aquí únicamente por seguir a Harrington.

En cambio, este autor, tan generoso en ese caso, prescinde como antes hiciera Joyce, según se verá más adelante, de citar un libro valioso de arqueología americana, que dedica capítulos enteros a la de las Antillas y, en especial, a los *taínos*.

El publicista cubano Enrique J. Varona dedicó en 1903 un artículo en el *Diario de la Marina* de La Habana a estimular las investigaciones científicas de carácter arqueológico (véase en *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias,* La Habana, 1906, Vol. II pág. 157). Contiene juiciosos y meditados consejos y apreciaciones críticas sobre el estado de los estudios arqueológicos en Cuba; pero no suma nuevas ideas a las ya entonces adquiridas. "Es un terreno casi sin roturar, dice, el que se refiere a Cuba precolombina."

Las *Nociones de Historia de Cuba* (1904) por Vidal Morales, contienen un buen capítulo sobre los indios, si bien todavía los llama a todos *ciboneyes,* sin distinguirlos precisamente de los *taínos,* y suponiéndolos procedentes de los *aruacos* o *araguacos.* Contiene opiniones, que hoy no pueden darse por seguras.

Poco ha vió la luz el primer tomo de la *Historia de Cuba* (La Habana, 1921) por Ramiro Guerra y Sánchez, en cuyos primeros capítulos trátase de los indios prehispánicos. Contiene el primer intento científico de construcción de la sociología indocubana, con sugestiones que parecen muy atinadas, aunque otras acaso no sean definitivas y si sujetas a revisión a la luz de la etnografía comparada, única capaz de disipar hoy las nebulosidades propias de los antiguos cronistas. Aparece de la distinción clásica, tomada de B. de las Casas, de los indios *guanacatabeyes,* de los otros cubanos que Guerra llama indistintamente *siboneyes,* la civilización *taína* o *aruaca* no aparece claramente reconocida. La obra de Guerra, marca, de todos modos, el inicio de la orientación moderna en la bibliografía histórica cubana; y a un trabajo de su índole general y sintética en los días en que se escribió, acaso no se le podría exigir más.

Estudios de arqueología americana.

Además de las conocidas obras de los cronistas y primeros historiadores, la bibliografía etnográfica americana, cuenta con la

hoy rarísima edición del P. José Francisco Lafitan, *Moeurs des sauvages americains, comparées aux moeurs des premiers temps* (París, 1724). Este libro es interesantísimo para conocer la opinión que de América se tenía aun en el siglo XVIII, amén de las muchas notas etnográficas que contiene acerca de los amerindios de ambos hemisferios y de las láminas ingenuamente panteísticas que adornan sus dos volúmenes. A pesar del prejuicio del origen europeo de los indios de América y de las infortunadas aunque muy eruditas disquisiciones del jesuíta autor, el libro es de provecho por sus datos y comparaciones, si bien debe de leerse con circunspección por la falta de indicaciones precisas en cuanto a la procedencia de las observaciones recopiladas y de su localización geográfica y étnica.

Entre las obras contemporáneas no debemos olvidar la muy notable, por su valor científico, de H. Beuchat, *Manuel d'Archeologie Americaine* (París, 1912), obra que por su mérito bibliográfico y documentación es insuperada hasta hoy.

A la civilización *taína* dedica 26 páginas valiosísimas por su síntesis, erudición y especiales orientaciones, no obstante contengan algunos errores.

Acepta que las Antillas y Bahamas estaban pobladas por *aruacas* y *caribes* distribuídos en las islas, si bien admite que hubo *caribes* en ciertas partes, que no cita, de Puerto Rico, Haití y Cuba; y cree que los *aruacas* iban siendo arrollados por los otros. Los *taínos* o *aruacas antillanos,* dice, se aplanaban la frente, apartándose, por tanto, de la teoría de que tal deformación craneana implica la indiscutible procedencia *caribe.*

De Hernando Escalante y Fontanedo *(Memoire sur la Floride)* y Herrera, toma el dato de que una emigración *taína* fué a la Florida, en busca de esa fuente de juventud que tantos sinsabores produjo a Ponce de León, Juan Ortiz y demás exploradores de aquellas regiones; recordando que Fontanedo en 1557 aun encontró pueblos *taínos* en la Florida. La documentación de Beuchat para suscribir esa teoría, básase, además, en las *Décadas* de Herrera. (Dec. IV. cap. IV, pág. 7) y en las siguientes, que anotamos por lo interesante del tema: Barcia, *Crudo Ensayo* (pág. 118); B. Romans, *East and West Florida* (New York, 1775, págs. 2, 260, 273, 281); Brinton, *Notes on the Floridian Peninsula* (Philadelphia,

1859, pág. 114); A. S. Gatschet, *A migration legend of the Creek Indians* (Philadelphia, 1884). Esta opinión, dicho sea de paso, parece compartida por el *Bureau of American Ethnology* de Washington; pero de ello se hablará con más detalle en otra ocasión.

Basándose en esa documentación, Beuchat hace notar la existencia en la Florida de una raza de indios, navegantes atrevidos, llamados *calusas* o *muspas,* que atacaron la flotilla de Ponce de León cuando éste desembarcó en la vecina Península, que sostenían en el siglo XVII comercio regular con La Habana, y que en el siglo XVIII, cuando los indios *creeks* invadieron su territorio, buscaron un refugio en los cayos coralíferos que bordean aquella tierra próxima. "Todo lo cual prueba, dice Beuchat, que los *calusas* conocían el camino de las Bahamas, y hasta el de Cuba, y que bien pudieron contribuir en su tiempo a la civilización de las Antillas, al menos en cuanto concierne a las Bahamas y la isla cubana". A los *aruacas,* por su parte, dice Beuchat, no les fué difícil vencer a los primitivos habitantes de Cuba, así como repeler la invasión de los *calusas.*

Añade Beuchat, que puede creerse que cada una de las Grandes Antillas contaba con su propio lenguaje dialectal.

En cuanto a la población autóctona, lo que se dice se reduce a conjeturas, ya que cuando el descubrimiento los *aruacas* o *taínos* habían destruído casi totalmente a los primitivos habitantes de estas Antillas, de los cuales una parte había buscado refugio en el Continente. Los primeros exploradores de la Florida hallaron en el extremo sudeste de esa península una población de suaves costumbres y de civilización muy rudimentaria, en lucha desfavorable con las tribus circunvecinas. Esos indios se conocían con el nombre de *tekestas;* y una de sus colonias cerca de Cabo Cañaveral se llamaba *ais.* Según sus tradiciones, eran de la raza de los *yucayos,* insulares de las Bahamas. Eso prueba, dice Beuchat, que los *aruacas,* como después hicieron los *caribes,* invadieron en tiempos muy remotos las Antillas desde el Sur, procediendo lentamente hacia el Norte. Los hallazgos, en Puerto Rico y Cuba, de cráneos muy anteriores a los *aruacas,* ayudaría a comprobar esa tesis.

Esa población autóctona de Cuba fué la que los españoles hallaron en la parte occidental de la isla, llamados *guanacabibes,*

guanahabibes o *guanahatebeyes,* o sean, según el antropólogo francés, los mismos indios *yucayos* de las Bahamas, llamados *tekestas* en la Florida.

Dice Beuchat (pág. 510) que en Cuba se hallaron tres grupos distintos de indios. La primera raza es la de los *guanacabibes,* ya citada. La segunda, la de los indios, que habitaban los cayos circundantes y las costas bajas; tribus de pescadores, semejante a las que en Florida dejaron los conchales y *kjökkenmöddings.* Añade Beuchat, equivocándose en esto, que sus habitaciones llamadas *barbacoas,* eran palafíticas, y que había dos clases de *barbacoas:* las poligonales o circulares, pero de techo cónico, conocidas por *caneyes,* y las cuadrangulares con cobija a dos aguas, dichas *bohíos.* Los *caneyes* y *bohíos,* digamos, y aun a veces las *barbacoas,* eran habitaciones terrestres, las dos primeras se apoyaban en el suelo firme y seco de la tierra alta, y las terceras se construían sobre pilotaje, bien en las marismas o en las lagunas y pantanos, o donde se temían los ataques de los cocodrilos.

Beuchat no da nombre a esta segunda raza pobladora de Cuba, que debió de ser precisamente la *ciboney.* Reserva equivocadamente este título para la tercera raza, la establecida en la región oriental y supone que los *ciboneyes* eran una rama de los *aruacas.*

El descubrimiento de cráneos deprimidos de *caribes* (la teoría de F. Poey), le hace pensar que tales calaveras serían de algunos *caribes* que merodearían en Cuba y acometerían la población de los *ciguayos,* que según los antiguos historiadores, al decir erróneo de Beuchat, habitaba la parte más oriental de Cuba; pero ello no prueba que los *caribes* llegaron a estabelcerse en Cuba.

Por lo que se ve, Beuchat está algún tanto confundido en cuanto a la nomenclatura de los indios que poblaron a Cuba; pero ya volveremos más adelante sobre este tema.

Beuchat dedica un especial capítulo a la civilización de los *taínos,* con abundantes datos; y analizando los restos de la industria lítica, con los hallados en las excavaciones de Velazco, hechas por Hartman y Lehmann en la península de Nicoya, en Nicaragua, habitada por los indios *güetares,* tribu de la civilización *chibcha,* le parece natural pensar que pobladores *chibchas* o *güetares* se esparcieron por las Antillas, por las Pequeñas, dice Beuchat, en una época anterior a los *caribes.* A igual deducción

parece llegar el arqueólogo francés, comparando la cerámica *borinqueña* con la de los indios suramericanos. Estima que los *aruacas* o *taínos,* a juzgar por la rudimentaria civilización *aruaca,* que aun subsiste en la parte septentrional de la América del Sur, debieron tener una cultura algo más atrasada que la de los pobladores *chibchas* o *güetares,* de los cuales aprendieron sus artes.

Y hace este interesante resumen, que da al historiador cubano originales puntos de vista, susceptibles de más circunstanciado estudio. En el origen, una población cuyos restos pueden ser los semifosilizados que se encontraron en Cuba, o sean los *guanacabibes, yucayos* o *tekestas* de la Florida.

Después, debió de llegar a la parte oriental del archipiélago antillano una ola de inmigrantes, de origen verosímilmente *güetare* o *chibcha,* sobre Puerto Rico y Pequeñas Antillas. Beuchat excluye a Cuba de esa influencia centroamericana.

Más tarde, o quizás contemporáneamente, las poblaciones orientales de la Florida *(calusas* o *muspas, timukuas)* invadieron las Bahamas, regiones costeñas de Cuba y, acaso, parte de Haití; pero fueron rechazados más tarde, hasta en Cuba, por la conquista de los *aruacas* o *taínos,* que llegaron a lanzar expediciones a través del estrecho, hasta entrar en la Florida. Estos *taínos* denominaban a Cuba y demás Grandes Antillas cuando su conquista por los castellanos, habiendo sufrido antes, en las Antillas Menores y costas de Puerto Rico y Haití, la invasión de los *caribes,* que acaso hicieron también expediciones guerreras sobre las costas orientales de Cuba.

En síntesis, pues, según Beuchat, Cuba ha recibido en grande o pequeña proporción la influencia de las siguientes civilizaciones amerindias: 1º *Guanacabibes;* 2º *Chibcha* o *Güetare* (?); 3º *Calusas* y *Timukwas;* 4º *Aruacas* o *Taínos;* y 5º *Caribe* (?).

Como se observa, Beuchat confunde *ciboneyes* y *taínos,* lo cual no parece estar admitido hoy día por la opinión reinante entre los paleoetnólogos, los cuales, sin duda, tendrán también algún reparo que oponer a otras ideas de Beuchat; pero bien puede verse que, por la originalidad de sus datos y conclusiones, ese libro francés es indispensable para el estudio de la arqueología cubana en la plural complejidad de sus aspectos y de los problemas que suscita.

En esta categoría de estudios científicos debiera de incluir la magnífica del célebre arqueólogo americano W. H. Holmes, *Handbook of Aboriginal American Antiquities,* (Washington, 1919) cuya introducción, y primera parte, acerca de las industrias líticas, son muy notables y ricas, y hacen augurar la terminación de la obra, que habrá de ser insuperada en documentación, método y autoridad.

Holmes dedica un capítulo a la civilización de las Antillas, recogiendo las orientaciones de Fewkes y Booy, encuadrándolas en el marco de la paleoetnografía general de América.

Estudios de arqueología antillana.

Harrington de nuevo recuerda el arqueólogo norteamericano Fewkes por su notable obra *The Aborigenes of Porto Rico and Neighboring Islands (Twenty-fifth annual Report Bur. Amer. Ethnology,* pág. 26, Washington, 1907), y cita la obra de Thomas A. Joyce, *Central American and West Indian Archeology* (New York, 1916) como excelentes fuentes de estudio de la civilización *taína.*

En cuanto al muy sólido y completo trabajo de Fewkes, lo estimamos necesario para una comprensión integral del cuadro sociológico de las Antillas precolombinas, del cual, el cubano era su margen occidental; pues, en efecto, la civilización antillana anterior al descubrimiento se nos presenta como un arco cuyo centro fueron *Quisqueya* y *Borinquen* y cuyos extremos eran en Occidente la península *Guanacabibes,* frente a Yucatán y Florida, y en Oriente las pequeñas Antillas vecinas al Orinoco. La sociedad cubana antecolombina, especialmente, no puede comprenderse sin la apreciación de las diversas culturas superpuestas, una de las cuales, la *aruaca* halló en Puerto Rico su más caracterizado centro de especialización y progreso.

En cuanto a la obra de Joyce, por ser genéricamente destinada a la arqueología de las llamadas *West Indies,* en una parte, diremos que es un afortunado aunque no completo resumen moderno (1916) de los conocimientos arqueológicos antillanos, basado en ajenas exploraciones y en propias lecturas de los primeros historiadores. Es libro bien hecho y seriamente documentado. Reafirma el origen *aruaca* de nuestros terrícolas, en contraste con

los *caribes,* vecinos de las Antillas Menores, cuyas pugnaces correrías eran tan frecuentes como temidas. Traduce acertadamente la voz *aruaca* o *arawak* por *taíno* (que significaba *noble,* y no *paz,* como se acepta por Joyce).

En cuanto a la parte occidental de Cuba, Joyce admite una *posible* excepción, donde, dice ese autor, "tenemos todos los motivos para creer que algún contacto se estableció con los habitantes de Yucatán". La vieja teoría del origen *maya-quiche,* o *yucateco* de nuestra primera población, no revive sin embargo, con esta afirmación de Joyce, quien no la documenta debidamente; por más que, por ser debida a quien es tan conocedor de las civilizaciones continentales americanas (véanse sus notables obras *Mexican Archeology* y *South American Archeology),* merece no ser olvidada. Probablemente Joyce se basa en las noticias de los primeros historiadores de Indias, más que en comparaciones etnográficas; pero, de todos modos, dada la importancia para Cuba de esa afirmación de Joyce, es de lamentar que tan eminente arqueólogo no nos haya dado el fundamento de sus ideas. No creemos pecar, sin embargo, si decimos que las investigaciones arqueológicas no permiten hasta ahora comprobar una recíproca influencia cultural *maya-quiche* y *ciboney;* y que las relaciones entre los pobladores de Vueltabajo y de Yucatán, en cuanto puedan resultar probadas por datos de los cronistas de la conquista de estas Indias insulares y de la Nueva España (los Colón, padre e hijo, Pedro Mártir de Angleria, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo, etc.), no pueden admitirse, el propio Joyce así lo cree (pág. 257), sino como superficiales y de época muy poco anterior al arribo de los castellanos, dada la ausencia de todo vestigio de influencia de la superior civilización *yucateca* sobre la *ciboney,* ni sobre la *taína.*

Análogas consideraciones son aplicables a las relaciones entre Cuba y la Florida según Joyce; a pesar de que los datos acumulados por Beuchat y otros demuestran que esta teoría no puede fácilmente ser desechada.

Aquel autor, tomándolo quizás de Duerden, o de De Booy, recoge la idea de que las piedras petaliformes de serpentina bruñida son tan propias de las *taínos* de Jamaica (pág. 234), que dicho país ha producido las de mejor bruñido y más perfecta si-

metría. Los museos cubanos y los descubrimientos de Harrington permiten que hoy rivalice el arte *taíno-cubano,* con el *taíno-jamaiquino* (10), aun en esos ejemplares amigdaliformes, y aun más en la cerámica.

Además, hoy puede ser rectificada la creencia (pág. 238) de que sólo en Barbados se presentan en gran cantidad los utensilios de conchas o caracol *(celts of shell),* porque, dice Joyce, allí no se encuentra naturalmente piedra utilizable para hachas. Los últimos hallazgos cubanos, de Cosculluela, Harrington y del que esto escribe, ofrecen al estudioso la observación de muchos objetos y herramientas de caracol, tanto que Harrington con acierto los da como característicos de los *ciboneyes,* conjuntamente con piedras apropiadas para construir hachas (las de diorita y serpentina sí parecen ser *taínas),* percutidores, etc.

Harrington esperaba, dice, hallar datos nuevos sobre la civilización de los primitivos cubanos en la obra de Irene A. Wright, *The Early History of Cuba,* 1492-1586 (New York, 1916), dado lo significativo del título. Compilados los datos del libro directamente en el Archivo de Indias, de Sevilla, parecía poder ofrecer al lector ópimo fruto, fuera de las citas de Las Casas, Oviedo y demás cronistas. El libro es una brillante contribución histórica, pero ajena a la historia de la población precolombina. Sólo podemos recoger, como de interés, dos afirmaciones, por desgracia no bien documentadas por su autora. Dice que a los indios de Cuba para distinguirlos de los blancos nacidos en la isla, se les llamó *cubeños,* y así les llama la autora en toda su obra. Y dice, además, que los *cubeños* trabajaron el cobre y con él comerciaron con los indios de la Florida, si bien asegura que no ha obtenido comprobación alguna documental de esa teoría de un Dr. Ledoux.

Harrington cita, además, las eruditas *Crónicas de Santiago de Cuba,* del venerable patricio Emilio Bacardí Moreau (3 vols. Barcelona, 1908-1913), con algunos datos sobre antigüedades e indios supervivientes a su raza, y el reimpreso que las acompaña de L. A. Baralt, *Apuntes históricos del pueblo de indios San Luis de los Caneyes* (1847). Y con estas citas termina Harrington la intro-

---

(10) Sabemos que el diccionario de la Academia de la Lengua no acepta *jamaiquino,* como vocablo castellano, y sí *jamaicano.* En estas Antillas nadie dice así; decirlo sería como "granadano" en vez de "granadino", pongamos por ejemplo.

ducción histórica y bibliográfica a su exposición de las interesantes exploraciones cubanas de la *Heye Foundation.*

Anotemos por nuestra parte algunas otras interesantes aportaciones bibliográficas a los estudios de arqueología cubana, y antillana en general.

El cubano Hipólito García del Pozo en 1915 publica un nutrido folleto de vulgarización, *Los indios cubanos,* recogiendo, con originales dibujos, los datos e ideas corrientes acerca de nuestros primitivos terrícolas.

En el II Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americana, celebrado en 1916 en Sevilla, se presentó por Calixto C. Masso una memoria titulada *Prehistoria e Historia precolombina de las Antillas,* que permanece inédita, según creemos.

A este carácter de obras, fuentes complementarias, corresponde la de Eugenio Sánchez de Fuentes, titulada *Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica* (La Habana, 1916). Contiene en un capítulo destinado a la escultura india, algunos grabados de objetos de museo, varios inéditos, y algunos nuevos datos de hallazgos recientes, por lo que merece ser leída.

Podemos citar, también, en cuanto a la arqueología *borinqueña,* en sus relaciones con la cubana, los siguientes libros: Iñigo-Abad, *Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Porto-Rico* (Puerto Rico, 1788); un estudio de Enrique Dumont, *Investigaciones acerca de las antigüedades de Puerto* Rico (La Habana, 1876); Agustín Stahl, *Los Indios Borinqueños* (Puerto Rico, 1889) muy alabado por Fewkes; el libro del erudito historiador portorriqueño Dr. Cayetano Coll y Toste, titulado *Prehistoria de Puerto Rico,* y un ensayo de Adolfo de Hostos, *Prehistoric Porto Rican Ceramic (The American Anthropologist,* oct.-dic., 1919).

El trabajo de Dumont es principalmente un estudio de la colección de Latimer, hoy en los Estados Unidos, enviado por el autor desde Puerto Rico a la Academia de Ciencias de la Habana. Contiene notas sobre la famosa *piedra del Indio* y los petroglifos que la adornan, y un capítulo sobre la religión india, tomado de Iñigo-Abad y de Acosta.

Es idea culminante del libro de Stahl la de la idoneidad étnica entre los *toltecas,* o sean los primitivos pobladores de Méjico,

procedentes del Anahuac y sometidos después por los *aztecas*, y los aborígenes de las Antillas. Acaso es base muy movediza e insegura aquella en que apoya su tesis (pág. 45), creyendo que bordeando el seno mejicano pasaron a la Florida, y de ahí a Cuba y demás islas de este archipiélago, hasta a las pequeñas y meridionales. Los "collares de piedra" borinqueños (pero no hallados en Haití ni Cuba), dice que han sido hallados en Méjico, aunque realmente no son tales ciertos objetos parecidos obtenidos en el Continente.

Cree Stahl, a pesar del dicho de Oviedo y otros cronistas, que los indios *borinqueños* o *borincanos* "carecían en absoluto de ideas religiosas", opinión desmentida por el criterio antroposociológico contemporáneo. Ésta, como otras apreciaciones del libro que comentamos, carecen hoy de valor científico, pero merece aun ser leído por su erudición; y por el inventario de la "colección etnológica indo-borincana" del autor, inserto al final, si bien falta de suficientes láminas ilustrativas (sólo dos), que permiten valorizar los centenares de piezas recogidas por el autor, y por el breve vocabulario *indo-borincano*.

La obra de Coll y Toste se distingue de las otras análogas. Creyó un tiempo el arqueólogo portorriqueño que la población primitiva de las Antillas procedió de la Florida, influenciado por Javier A. Guridi (*Geografía física-histórica, antigua y moderna de la isla de Santo Domingo*, 1881, pág. 45) quien da a los *waicures*, de la costa occidental de Norteamérica, como el tronco de los antillanos; y por Agustín Stahl (*Los indios borinqueños*, Puerto Rico, 1889, págs. 41 y 45), que los hace proceder de los *aztecas* de Méjico y de los *seminoles* de Florida. Coll y Toste está hoy convencido del origen suramericano de los aborígenes de nuestro archipiélago, basándose principalmente en la filología y toponimia. Los autóctonos eran *aruacas*, dice, y cuando el descubrimiento aun conservaban las grandes islas, mientras las de Barlovento estaban ya en poder de los *caribes*. Una y otra raza tenían el punto de unidad de procedencia del gran tronco *brasilio-guaraniano*, según D'Orbigny; pero Coll y Toste concreta ese origen común en el grupo étnico *guaraní*, que dicen los españoles (que es el *tupí*, que dicen los portugueses y brasileños), fundado principalmente en los estudios de Martius, a quien se

debió esa distinción entre ambos pueblos conquistadores de las Antillas.

En relación con Cuba, Coll y Toste opina que los indios de Cuba eran hermanos de los haitianos, jamaiquinos y borinqueños. Pero Coll y Toste agrupa a todos los indios cubanos en el grupo *ciboney,* no reconoce la convivencia y distinción de *ciboneyes* y *taínos* o *aruacas.* Por esto rechaza en parte lo dicho por Girard de Rialles *(Les Caribes,* París, 1881), quien si bien creyó que en las Antillas había varias naciones, y que la más antigua era la *ciboney* o de Cuba, también incurría en igual error, aunque para el antropólogo francés todos los indocubanos eran *ciboneyes* salvajes; mientras que para el portorriqueño todos eran *ciboneyes,* pero iguales étnicamente a los *aruacas* de las otras grandes Antillas. Opina Coll y Toste que siendo todos los autóctonos *aruacas,* habían ya adquirido personalidad propia y que así como los *aruacas* de Puerto Rico deben ser llmados *borinqueños,* los de Jamaica, *jamaiquinos,* y los de Haití, *haitianos;* así los *aruacas* de Cuba eran los *ciboneyes* o *siboneyes.*

Coll y Toste supone que aun perteneciendo a dos subrazas los continentales *aruacas* (braquicéfalos) y *caribes* (dolicocéfalos), en las Antillas eran mesaticéfalos los *aruacas,* lo que atribuye a las fusiones y superposiciones de razas en el suelo americano al andar de los tiempos.

El libro de Coll y Toste termina con dos vocabularios. El primero es un vocabulario español-borinqueño, formado por las voces que la toponimia, la zoonimia, la fitonimia y el uso vulgar nos han conservado de los antiguos indios antillanos, acompañado de interesantes comparaciones con el *caribe,* el *aruaca,* el *guaraní,* el *chibcha,* el *maya,* el *quiché,* el *dakota* y otros. El vocabulario en este su aspecto comparativo no es tan completo como fuera de desear; pero es de positivo valor y sugiere importantes deducciones. El otro vocabulario es indo-antillano, en el que estudia las voces indígenas de los cronistas de Indias y aquellas aun mantenidas en Puerto Rico, a las que se atribuye origen indio.

Otras valiosas aportaciones trae a la paleoetnología antillana el Dr. Coll y Toste, pero se refieren concretamente a Puerto

Rico, y sale su comentario de la índole y límites de este resumen histórico-bibliográfico.

Son importantes, también, para los estudios comparativos, los informes y "contribuciones" del *Museum of the American Indian,* o *Heye Foundation,* de Nueva York, a la cual tanto debe ya la arqueología antillana. Entre sus originales *Indian Notes and monographs,* debemos citar varias del malogrado arqueólogo Theodoro de Booy como son: *Lucayan Artifacts from the Bahamas; Certain kitchen-middens in Jamaica; Porto-Rican Elbow-tones in the Heye Foundation; Pottery from Certain Caves in Eastern Santo Domingo; Certain West Indian Superstitions Pertaining to Celts; Certain Archeological Investigations in Trinidad;* y *Santo Domingo Kitchen-midden and burial mound.* Y también de esta colección de la "Heye Foundation" debemos recordar los folletos de J. Walter Fewkes, *Prehistoric Objects from a Shellheap at Erin Bay, Trinidad; Relations of Aboriginal Culture and Environnement in the Lesser Antilles; Engraved Celts front the Antilles,* y alguna que otra. Del mismo Fewkes tenemos *Vanished races of the Caribbean (Journal of the Washington A. of S.,* 1915); *Prehistoric cultural centers in the West Indies* (Ibidem); etc. Todas esas obras históricas y estudios monográficos son partes integrantes de la arqueología antillana, en relación con la cual ha de ser estudiada la de Cuba, por no ofrecer ésta una caracterización absolutamente propia y peculiar.

Referente a Jamaica, de civilización prehistórica tan semejante a la de Cuba, además de los ensayos ya citados, recordamos a G. C. Longley *(Kitihen middens of Jamaica (The Am. Museum Journal,* N. York, 1914); y J. Duerden, *Aboriginal indians remains in Jamaica; Journal of the Instit. of Jamaica* (con una interesante *Note on the craniology,* por Haddon; 1897, Kingston, t. II, núm. 4); aparte de los viajes y obras históricas de Pat. Brown, *Civil and Statistical history of Jamaica* (Londres, 1766); Roberto Remy, *History of Jamaica* (Londres, 1807) y muchas más. Y en cuanto a Santo Domingo, citemos el estudio de Robert Schomburgh, *Etnological Researches in St. Domingo. (Report of Por. Ass. for 1851).*

Tocante a otras Antillas, a las menos, baste seleccionar a Jacques Bouton por su *Relation de l'établissement des François dans l'isle de la Martinique* (París, 1640) que trata de las cos-

tumbres *caribes*. Análogamente citaré a Mathivas de Puis y su *Relation de l'établissement d'une colonie françoise dans la Garddelovpe, et des moeurs des savages* (Caen, 1652). De esa época es la obra de Thomas Page, traducida al francés, *Nouvelle relation contenant les voyages de H. Gage dem les Indes occidentales et non retour par le province de Nicaragua jusques á la Havane.* (Amsterdam, 1699); y también la del P. Laborde *Nouvelle decouverte d'un tres grand perys situé dans l'Amerique* (Utrecht, 1697), importante por sus observaciones de los *caribes*. Modernamente, la "Heye Foundation", ya citada y otros centros culturales y revistas, han publicado varias monografías arqueológicas sobre las Bahamas, Islas Vírgenes, Margarita, (De Booy), Barbadas (Fewkes), San Vicente (T. Huckerly), etc. dignas de examen; y algunas otras el *Journal de la Société des Americanistes de Paris,* como la referente a la Guadalupe, por Friedeveaux. La bibliografía arqueológica antillana es nutrida y no hay por qué agotarla en estos apuntes.

Con igual criteri comparativo debemos considerar la bibliografía arqueológica de la Florida, en la que culminan los estudios de Brinton *(Floridian Peninsula),* de F. H. Cushing *(A preliminary Report on the Exploration of Nacient Key-develler Remains on the Gulf Coast of Florida,* (1896) y los recientes y muy notables trabajos monográficos de Clarence B. Moore referente a los *shell heaps; sand mounds* y demás antigüedades por él investigadas en los ríos y costas de la vecina Península.

Estudios suramericanos y complementarios.

La obra de Hartley Burr Alexander, *The Mythology of all Races. Latin-America* (Boston, 1920) es útil para los que quieran conocer un resumen de los mitos antillanos, interpretados con moderno criterio.

Dado el origen suramericano de los antiguos pobladores de Cuba, es lógico pensar que será útil, como lo es efectivamente, el estudio de la bibliografía numerosa acerca de aquellos pueblos indios que aun mantienen los nombres de los que fueron dominadores de las Antillas.

En este orden importa conocer las no escasas obras referentes

a las Guayanas, extrañamente olvidades por Beuchat, desde las relaciones del descubrimiento y de la conquista por W. Raleigh *(The Discoverie of large, rich and bewtifvl empire at Gviana,* &. Londres, 1596), las obras de Robert Harcourt *(The Relation of a voyage to Gviana,* Londres, 1609), de N. Bellin *(Description géographique de la Guayanne,* etc., Paris, 1763), de Edward Bancroft *(An Essay on the Natural History of Guiana,* etc. Londres, 1769) y el *Orinoco Ilustrado* del P. Gumilla, (1791) hasta los más recientes y muy importantes de Brett, Im Thurn Rath, Kirke, Joest, Pitou, Ehrenveich y otros, sin olvidar los estudios de los varios Schomburgk, Orian, Richard y Robert Hermann, especialmente de este último *(A description of British Guiana,* etc. 1840, y otros, referentes a la región nordeste de Suramérica.

Merecen aquí especial citación los *Comparative etlmographical studies* de Erland Nordenskiöld, editados en Götelorg, Suecia, muy aprovechables, no solamente por sus metódicas y eruditas observaciones sobre los indios suramericanos, *(aruacas, caribes, guaraníes,* etc.), sino por sus curiosos y sabios mapas bibliográficos, que orientan al estudioso en la fronda de la literatura arqueológica del Continente.

Los especialistas y enamorados de estos estudios no pueden consolarse de no poseer la obra del citado etnólogo Walter E. Rath, acerca de la Etnología General de las tribus de aborígenes del Norte de América del Sur y de las Islas Adyacentes", que habría de ser monumental, según la anunciaba en 1914 F. H. Hodge, dados la intensísima recopilación y la científica orientación de su notabilísima investigación del *animismo y folhloe de los indios de las Guayanas* (1913). Conste aquí la expresión del vivo deseo con que se espera el trabajo de Roth.

Asimismo pueden consultarse numerosas obras acerca de los indios que ocupan hoy las abruptas e impenetrables regiones de Venezuela, Ecuador, Bolivia y el Brasil hasta el Paraguay. Limitémonos a citar por su carácter sintético a G. E. Church, *Aborigines of South America* (Londres, 1912); y a referir al lector, para las viejas crónicas y para los tratados generales, al libro de Hayward Keniston, *List of Works for the study of Hispanic-American History* (New York, 1920) como guía bibliográfica, aunque algo incompleta.

De esas obras suramericanas, queremos sin embargo referirnos aun a dos recientes, por su especial valor y relación a Cuba.

Hace dos años dió a la publicidad una interesante obra Julio C. Salas con el título de *Los Indios Caribes,* y el subtítulo de *estudio sobre el origen del mito de la antropofagia* (Madrid, 1920). El etnógrafo venezolano viene a fallar el pleito abierto en Cuba medio siglo hace entre Juan I. de Armas y sus esforzados contrincantes. La obra está muy documentada. Analiza el diario de Colón y escritos de los primeros y subsiguientes historiadores; demuestra cómo la denominación de *caribes* dada a determinadas tribus de Venezuela fué arbitraria; refiere cómo siendo los *caribes* raza valerosa y guerrera, los aventureros malvados para legitimar su esclavización los hicieron pasar por antropófagos habituales y bestiales en sumo grado. Cree que los *caribes* llegaron a la Florida y aun hasta la cuenca del Mississipi.

Salas admite, no obstante, que los indios llamados *caribes* y muchos otros, hasta los *mejicanos,* practicaban ciertos ritos guerreros de carácter antropofágico; pero ello no permite atribuirles, como se hizo desde siglos ha, el canibalismo habitual y de carácter alimenticio.

Salas analiza las pruebas alegadas por Armas y sus contradictores Montané, Sanguily, Montalvo y Bachiller, y falla que de la ardua controversia resultó de manifiesto la ignorancia de Armas, que no supo explicar por qué hay cráneos deformados fuera de países propiamente *caribes,* ni supo rebatir el testimonio de muchos cronistas, interesados esclavistas de indios o meros copistas, como por ejemplo, Bernal Díaz del Castillo, coautor de las matanzas de indios por Velázquez en Cuba, por Pedrarias en el Darien, por Ponce de León en Florida, por Grijalva en Yucatán, y por Cortés en Méjico. Y lo mismo reza de otros historiadores, de los cuales fueron esclavizadores de indios Oviedo, Castellanos, Cieza de León, Cortés, etc.

Salas reconoce la distinción entre las familias étnicas de *caribes* y *aruacas,* que convivieron en Suramérica, si bien por esa íntima convivencia se produjeron cruzamientos históricos y geográficos que dificultan la tarea del etnógrafo.

También estudia el autor venezolano las deformaciones craneanas en sus formas: *incásica* (Perú, Haití, Oceanía), *fronto-occi-*

pital (Tartaria, Caribes, Colombia, Brasil, Natches de la Florida) y *trilobada* (Centro América). En estas deformidades basan algunos, dice Salas, la característica étnica de los caribes, cuando está comprobado que ese rasgo anormal se extiende sobre una gran zona de América. En este aspecto Salas fustiga rudamente a Armas, aun cuando fué defensor de los caribes. El documentado libro de Salas, en fin, parece ser la sentencia en última instancia de la controversia de Armas contra Sanguily, Montané, Montalvo y Bachiller, dando la razón parcialmente a éstos en cuanto realmente los *caribes,* y no sólo los así llamados, comían ocasionalmente carne humana, si bien se la niega en cuanto sostenían el canibalismo alimenticio; y en cuanto a la cuestión del aplanamiento artificial de los huesos de la cabeza, igualmente Salas falla a favor de la certeza de esa característica, pero les niega a los antropólogos cubanos, que ella sea específica de los indios caribes. Salas ha escrito, pues, un libro indispensable para la biblioteca arqueológica antillana.

Recientemente (marzo de 1922) ha publicado en el Paraguay un interesante libro Moisés S. Bertoni, *Influencia de la lengua Guaraní* (Puerto Bertoni). Sabiendo que a este grupo étnico refieren algunos a los *aruacas* y *caribes,* fácil será comprender lo sugestivo de su lectura para el arqueólogo cubano.

En relación con las Antillas, Bertoni ha estudiado las voces a su alcance *taínas, boriqueñas, eyerí* (primitivos de Puerto Rico) y *cubanas,* comparativamente con las del lenguaje *guaraní* y ha deducido que de los *taínos* en general un 35 por 100 son *guaraníes,* de las *taínas* botánicas, un 47 por 100; del *eyerí* 64 por 100 son *guaraníes;* del *boriqueño,* el 40 por 100; de la fitonimia *cubana* el 55 por 100, y se da el caso en cierta especie de plantas que son *guaraníes* todos los vocablos.

Bertoni llama genéricamente *caribes* a todos los pueblos del tronco *guaraní,* diciendo que Las Casas llamó *caribe* especialmente a la tribu sobre la cual pesaba la acusación de antropofagia. Esos *caribes* fueron mezcla de los *karaibe, guaraníes* y *araguacos* o *aruacas,* y de los pueblos sometidos de las Guayanas y el Amazonas, y llamados *kalinas.*

Por esa amplitud de concepto puede pensar, como D'Eichtal, quien supone una influencia *caribe* hasta en regiones de Norte-

américa, y con Waitz, que admite contactos caribes en el norte de la América Central.

Bertoni sostiene que los primeros cronistas se equivocaban cuando atribuían la marcada braquicefalia de los antillanos a deformación artificial, apoyando la tesis del cubano Armas, y alegando que hoy día en los indios *omagues* y *guaraníes del sur* se observa esa forma craneana, que llaman *apihterakuá* o coronilla aguda. Parece que el testimonio de otros antropólogos ha hecho cristalizar una opinión contraria a esa tesis, si bien la interpretación sociológica de esas deformaciones craneanas no esté todavía precisada.

Bertoni supone (pág. 72-73) que los *caribes* o los verdaderos *karaives,* los de la raza *karai-guaraní,* denominaron todas las Antillas, pero que al arribo de los españoles ya las grandes Antillas habían quedado más o menos libres de su dominio. Según el sabio paraguayo hay dos razas confundidas bajo el mismo nombre. Estos *karaives* son los verdaderos y antiguos, los de las multitudes rurales y sedentarias de las Antillas y Bahamas, los que se titulaban también *taihin* (o sea "gente de linaje", en guaraní) y guamá (o sea "los adornados", *guá,* los jefes o del linaje de los jefes) y *karío* (o sea "los más fuertes", en guaraní, *karivé).*

Además, dice Bertoni, hubo otro pueblo que en el siglo XVI surgió de las Guayanas hacia las Antillas, cuyos hombres se llamaban *karí, herí* o *kelí,* por lo que los europeos los llamaron también *caraibes* o *caribes,* los cuales sólo eran los descendientes de aquellos otros, los *karaives,* mezclados con las poblaciones indígenas y sometidas de las Guayanas y Amazonia, los *kari-na* o *kalina,* como ellos mismos se titulan, es decir "los parientes de los *karai* o *karí.* Los caracteres antropométricos de ambas razas son distintos, como lo son sus lenguajes.

Bertoni cree que importa separar uno de otro pueblo, evitar la confusión hasta hoy reinante, y trata de los *aruakes* solamente como un pueblo de las Guayanas, que junto con los *kalinas* pagaba tributo a los *karaives.*

La índole de este resumen histórico nos impide analizar con más amplitud este reciente estudio, pero lo dicho basta para justificar el interés que tiene para el paleoetnólogo cubano.

Sería dar extensión inadecuada a este resumen si trajéramos a él las referencias de otras no escasas obras utilísimas para quien

trate de profundizar algún tanto los problemas del remoto pasado de Cuba. En el campo antropológico como en el etnográfico, en el histórico como en el filológico, no pocos son los trabajos que arrojan viva luz y ayudan a formar juicio de lo que fué, o al menos de lo que debió de ser la sociedad cubana en los tiempos anteriores al siglo XVI. Asimismo, dada la complejidad del tema, habría que considerar como fuentes básicas para la justa apreciación antroposociológica de los terrícolas aborígenes, aquellas obras, publicadas en su mayor parte en los últimos lustros, acerca de la evolución religiosa, artística, científica, y jurídica de los pueblos primitivos y de su demopsicología. Sin una base científica de criterios contemporáneos y amplios, que abarquen la pluralidad compleja de los matices de la civilización y orienten las posibles inducciones sintéticas, los estudios arqueológicos habrán de pecar de unilaterales y habrán de ser inseguros sus provechos.

Pero nos creemos excusados de señalar siquiera, lo que fuera empresa por demás difícil, cuales habrían de ser, desde un punto de mira bibliográfico, esas lecturas fundamentales.

Esto no obstante, para finalizar, no creemos que podemos omitir la mención de la más notable y reciente obra sintética de antropografía histórica americana, que si bien dedica a los indios antillanos unas dos páginas, limitándose a conectarlos con los *aruacas* suramericanos, en cambio hace un cuadro tan bien dibujado, con tan precisos perfiles, de tan acertados y originales coloridos, y en un macizo y ancho marco bibliográfico, que estimamos su lectura como *indispensable* introducción al estudio de la etnografía americana en general y de cualquiera de sus ramas y capítulos. El libro acaba de publicarse en su segunda edición tan recientemente, que ya incluye la obra de Harrington en su bibliografía, por Charles Wissler y se titula *The American Indian* (New York, 1922).

Lo creemos insustituible para comprender prontamente la posición de nuestros primeros compatriotas los *cubanindios*, dentro del marco etnológico de los amerindios en general.

En todas estas obras, especialmente en Joyce, Beuchat y Wissler, hallará el lector amplísima bibliografía con que completar la aquí expuesta referente a la arqueología de Cuba y de las otras Antillas, y los principales textos necesarios para orientar las investigaciones hacia los problemas científicos, que aun siendo cu-

banos, están íntimamente conexos a los de la paleoetnología americana en general o de ciertas regiones limítrofes de nuestro mar.

Y digamos, en fin, que el lector puede ampliar aún esta reseña bibliográfica, con algunas papeletas complementarias de arqueología y antropología, acudiendo a la nunca bien ponderada obra de Carlos M. Trelles, *Biblioteca Científica Cubana* (Matanzas, 1918), brújula para quien quiera abrirse un rumbo en la fronda de nuestra literatura criolla, escrita por cubanos o acerca de las cosas de nuestra tierra.

*

Y terminamos aquí la breve reseña histórico bibliográfica de la ciencia arqueológica en Cuba.

Del importante libro de Harrington, que ha sido motivo y guía nuestro en estas páginas volanderas, la mitad del primer tomo y todo el segundo se refieren concretamente a las exploraciones y descubrimientos realizados por los etnógrafos de la *Heye Foundation.* Su exposición dará motivo a un ensayo con el título de *Los últimos descubrimientos de arqueología cubana,* tratando de ofrecer a esos valiosos obreros de la ciencia el homenaje que les es debido por la intelectualidad criolla.

Al cerrar este ensayo nuestro, nos llega la grata nueva de que el Sr. G. H. Jonker, culto holandés, compañero temporal de Harrington, residente hace años en Cuba, en Caney del Sitio, ha traducido al castellano el libro *Cuba before Columbus,* remitiendo la traducción al Dr. Arístides Mestre para su revisión técnica, antes de ser publicada. Esa versión española habrá de ser un regalo para nuestra cultura nacional.

¿Debemos aquí dar una síntesis de las conclusiones a que llegan los paleoetnólogos tocante a los cubanos precolombinos? No. Porque es aun muy aventurado formular afirmaciones sintéticas; porque la interpretación de los hallazgos arqueológicos, especialmente de los últimos tiempos, está por formalizar y escribir; porque la intensificación de los descubrimientos y estudios paleoetnológicos, etnográficos y filológicos en toda América, principalmente en los países que bordean el mar Caribe o de las Antillas, desde la Florida hasta el Amazonas, acaso desde el Delaware al Plata, abren continuamente nuevos horizontes al estudioso de la etno-

grafía comparada, y esa fermentación científica aconseja mucha parsimonia y circunspección antes de llegar a juicios asentados y serios.

Por otra parte, esperamos que en breve Harrington publique los dos tomos restantes de su *Cuba before Columbus;* para intentar también la reseña analítica de lo que habrá de ser el cuadro de la sociedad cubana antecolombina, pintado con las vivas y ricas tintas acopiadas en sus dos primeros volúmenes, de revisión histórica y de gloriosa labor personal.

Después de esta reseña histórico bibliográfica, bien puede comprenderse cuán desvariado estuvo el famoso cronista de Puerto Rico, Iñigo Abad (loc. cit. pág. 344), cuando dijo que no existía arqueología india en estas Antillas; y cuánto camino ha recorrido ya la ciencia desde que se ignoraba la existencia misma de las reliquias del pasado hasta los días que corren, cuando ya los restos de las edades pretéritas son coleccionadas en museos y pueden prepararse los estudiosos para darles la debida interpretación antroposociológica.

Hagamos votos porque en breve los De la Torre, los Montané, los Cosculluela, los Harrington, los Aguayo, los Grave de Peralta, y tantos otros enamorados de la ciencia prehistórica, puedan darnos la síntesis básica de la arqueología cubana.

FERNANDO ORTIZ.

La Habana, 1922.

APLICACION DE LA LEY EXTRANJERA

I

AMOS a tratar de desarrollar brevemente, dentro de los límites estrechos de un trabajo de esta índole, problema tan vasto y de tan capital importancia como el de la aplicación en un país de la ley extranjera.

A primera vista parece un contrasentido, un atentado manifiesto a la soberanía de cada Estado, que pueda aplicarse en uno la ley que otro promulga; pero ya veremos en el curso de nuestro estudio cómo las leyes atraviesan las fronteras del país que las crea, y se aplican en toda su extensión en los demás países del globo, y cómo, a pesar de esa intromisión extraña en la vida jurídica de un país, su soberanía y su honor como nación no quedan heridos en lo más mínimo.

Las relaciones comerciales entre los pueblos, la convivencia de los hombres todos, de unos y otros países, el desarrollo de la civilización y de las comunicaciones que han estrechado más y más a los habitantes de la Tierra, la naturaleza cosmopolita del hombre, en fin, han hecho no sólo posible, sino necesario, indispensable para la vida en común, que las leyes tengan efectos extraterritoriales, que no se circunscriban a territorio determinado, sino que, saliendo del territorio del Estado que las ha creado, acompañe a sus nacionales a cualesquiera lugares a que éstos acudan, invariablemente, indefectiblemente, irremisiblemente, como la sombra al cuerpo, como la lepra al leproso, según la célebre frase clásica.

Así lo cree también nuestro querido maestro, el Dr. Bustamante, cuando dice a este respecto en su monumental obra *La Autarquía Personal* (pág. 82, párrafo 53):

La observancia y cumplimiento de las leyes de un Estado en el territorio de otro es un hecho evidente y continuo que tiene como doble comprobación la historia y la realidad presente. Unas veces para decidir de la capacidad y condición de las personas; otra, como en el sistema primitivo de las invasiones medioevales, para determinar el derecho de cada hombre; a ocasiones para resultar un favor o una concesión benévola o recíproca; hoy para combinarse sistemáticamente con el derecho local en dosis todavía variables, es lo cierto que aun los partidarios más decididos de la territorialidad de las leyes, se han creído en la necesidad de admitir en algunos casos la aplicación ineludible de la legislación extranjera.

¿Por qué? Dos elementos van a proporcionarnos la respuesta: uno de hecho, la naturaleza cosmopolita del hombre, y otro de derecho, la coexistencia jurídica de los Estados.

Y más adelante en la misma obra, dice (pág. 90, párrafo 61):

La admisión del extranjero a los beneficios de determinadas leyes y su exclusión completa con respecto a otras, producen como consecuencia indeclinable la aplicación en cada territorio de la legislación extranjera dentro de los límites de la competencia legislativa del Estado que la acepta y el reconocimiento de los derechos adquiridos legítimamente por extranjeros y por nacionales en el territorio y fuera de él. En otros términos: el problema fundamental del Derecho Internacional Privado, aquí sumariamente desenvuelto—¿por qué se aplican las leyes extranjeras?—tiene ya una respuesta convincente. La aplicación de las leyes extranjeras es un deber impuesto a las naciones por la comunidad jurídica internacional.

Si no existiera esa aplicación de la ley extranjera en cada país, no existiría el Derecho Internacional Privado. Porque sin esa aplicación de leyes extranjeras no habría conflictos, y estos conflictos y la resolución de los mismos son los que constituyen el Derecho Internacional Privado. Es, pues, la extraterritorialidad de las leyes el elemento necesario y fundamental para la existencia del Derecho Internacional Privado.

Vamos a estudiar la eficacia extraterritorial de las leyes al través de las distintas escuelas fundamentales del Derecho Internacional Privado.

En la Escuela Estatutaria Italiana, que echó los primeros cimientos del Derecho Internacional Privado, Bártolo, el discípulo insigne de Cino de Pistoya, formuló un sistema de Derecho Internacional Privado, que permitía distinguir cuándo se había de apli-

car la ley nacional y cuándo la ley extranjera. Comenzó por dividir las leyes en permisivas y prohibitivas. Subdividía después las leyes permisivas en aquellas que autorizan a todos para hacer alguna cosa y aquellas que sólo dan su autorización a determinadas personas. Cuando la ley faculta a todos para otorgar testamento, la ley es permisiva, decía él, es general. Y Bártolo al enunciar esa su doctrina decía que toda ley permisiva era extraterritorial; pero cuando se concede un privilegio a un individuo determinado, entonces es exclusivamente territorial: un magistrado de Nancy no tenía jurisdicción en Marsella. Respecto a las prohibitivas, las dividía en penales y las que hacían relación a las personas, a las cosas y a las solemnidades de los actos. Las penales las dividía en locales y comunes. Cuando un extranjero realizaba un acto que constituía delito en todas partes, se le aplicaba la ley nacional y si no constituía delito en todas, no se le aplicaba. Las relativas a las personas eran extraterritoriales. En cambio, las relativas a las cosas y a las solemnidades de los actos, eran territoriales. Además, Bártolo establecía una distinción en cuanto a las leyes personales. No podía admitirse la extraterritorialidad de la ley cuando se trataba de una ley odiosa. Pero esta distinción entre leyes odiosas y favorables no tenía un fundamento técnico, pues lo que era odioso para uno podía ser favorable para otro, y viceversa.

A la Escuela Estatutaria Italiana siguió cronológicamente la Escuela Estatutaria Francesa, cuyo jefe, Beltrán D'Argentre, simplificó la Escuela Estatutaria Italiana. Los estatutos, decía él, si se refieren a las personas serán personales; si se refieren a las cosas serán reales. Los primeros serán extraterritoriales, si las personas no tienen relación alguna con las cosas, o cuando se refieran a capacidades generales. Además—agregaba—: las leyes reales eran la regla general y las personales constituían la excepción. Fué famosa la discusión entre este internacionalista clásico y Carlos Dumoulin, acerca del contrato de matrimonio. Este último decía que como se trataba de un contrato, el régimen matrimonial dependía de la voluntad de los contrayentes; y D'Argentre afirmaba que, como la ley imponía el régimen, se regía el contrato por la "lex loci celebrationis", es decir, por la ley del lugar de su celebracion. En Francia se extendió gradualmente la idea del estatuto real de D'Argentre, así como en Holanda y en Alemania. Esta es-

cuela era eminentemente territorial, pues su jefe aseguraba que las leyes eran esencialmente territoriales y que sólo de una manera excepcional se explicaba que la ley rigiera en el extranjero. El poder de la ley, decía, debe expirar donde acaba el poder de la soberanía territorial.

A la Escuela Francesa de los Estatutos siguió la Escuela Holandesa. Juan Voet, uno de los expositores más insignes de esta escuela, al comentar las leyes romanas, plantea el problema de la extraterritorialidad de la ley y dice: Todas las cuestiones que surgen en la aplicación de las leyes, o se refieren al imperio absoluto de la ley, o a la aplicación de la ley fuera del territorio o a la detención de la ley ante actos de la voluntad individual. Examinando sus premisas, dice que la ley para su cumplimiento necesita poder, y como en el mundo hay muchos Estados, no hay ley capaz de regir fuera de los límites de la soberanía. En consecuencia, agrega, todos los que viven en un país tienen que estar sometidos a la autoridad de su derecho. Si el derecho y la fuerza son inseparables, no hay derecho extraterritorial.

Pero a la vez que él admite que el derecho sin la coacción no existe, y que por tanto, donde el Estado no puede imponer su autoridad la ley no tiene eficacia alguna, se hace estas preguntas: ¿pero es posible la vida de este modo? ¿Es posible que un hombre sea mayor de edad un día y menor otro, según los distintos Estados por que viaje y por las distintas legislaciones a que se someta? En modo alguno. Cada nación debe ceder en beneficio de las otras. Cuando de actos puramente voluntarios se hable, dice que puede aplicarse el derecho extraño, mientras no invada el poder legislativo del Estado que lo aplica. Divide las leyes en reales, personales y mixtas, según que se refieran a las cosas, a las personas, o a ambas simultáneamente.

Huber, otro expositor de esta escuela, autor del libro *Conflictum Legum Diversarum in Diversis Impero,* amplía más la teoría de las *cómitas* de que ya había hablado Juan Voet. Para estos escritores los Estados admitían en sus dominios la ley extranjera, por cortesía, por interés, por reciprocidad, por *cómitas,* como ellos decían.

Ulrico Huber, que solamente escribió diez páginas sobre Derecho Internacional Privado, afirmaba que la ley regía a todo lo

que se encontraba en el territorio; que eran súbditos para todos los efectos de la aplicación de la ley, todos los que se encontraban en el territorio; y que en ocasiones al Estado convenía admitir ciertas leyes personales en su territorio provenientes de países extranjeros. He aquí condensado el principio básico sobre el cual descansa la escuela estatutaria holandesa: la territorialidad como regla, la personalidad como excepción.

Con la Escuela Holandesa termina la doctrina estatutaria. Sigue en orden del tiempo, la Escuela Angloamericana, procedente de la Holandesa y de la cual conserva sus vestigios. Se caracteriza esta escuela, primero, por la estricta y absoluta territorialidad de la ley. Sostenían los escritores de esta escuela, algo parecido a lo que decía Voet en la holandesa; si la ley es la señal de la soberanía, aquélla no puede ir más allá de donde vaya ésta. Pero seguidamente establecían otra base: las *cómitas.* Para explicar la extraterritorialidad de la ley, sacaban a relucir el mismo argumento de la Escuela Holandesa. La ley se aplica en el extranjero—dicen los angloamericanos—por interés, por cortesía, por reciprocidad. Sin embargo, Phillimore no se declara muy partidario de las cómitas, y lo mismo podemos decir de Wharton. El adversario más enconado de las cómitas fué Westlake, quien sustituyó a Sunmer Maine en la cátedra de Derecho Internacional Privado, y quien decía en una carta que había ya que sustituir la palabra cómitas por la palabra justicia.

Los escritores de esta escuela establecieron como base de la territorialidad de la ley el domicilio, en vez de la nacionalidad. Definía Westlake el domicilio diciendo que era el lugar de la residencia permanente con el ánimo de residir. Consignaban también estos escritores la ley territorial para los inmuebles y la extraterritorial para los muebles. Decían que los bienes inmuebles estaban perpetuamente adheridos al suelo, y, por consiguiente, era imposible transportarlos; se regían por la "lex sitoe", la ley de situación, la ley del país en que radicaran; y que en cambio, a los bienes muebles se les aplicaría el mismo criterio que a las personas, el criterio de la extraterritorialidad, ya que podían viajar con éstas y ser trasladadas de un punto a otro. Y por último, establecían la libertad franca de los tribunales. Sostenían que en los países de leyes escritas, el Juez era un autómata que a la fuerza

hacía encajar todos los casos sometidos a su consideración en los Códigos y leyes vigentes y que los comentaristas no eran sino meros glosadores del articulado legal. Dejando al juez un criterio amplio, las sentencias van elaborando el Derecho Internacional Privado. Estos son los fundamentos de esta escuela, que de Holanda pasó a Inglaterra y ésta la transmitió a los Estados Unidos de América.

Todas estas escuelas fueron mejoradas por la Escuela Alemana. Waechter, su primer mantenedor, establecía que la legislación positiva daba la clave del problema. Si la ley ordena la aplicación de la ley nacional o extranjera se cumplirá lo que ordene la ley positiva. Pero ¿y si la ley no dice qué legislación se aplica? Él salía del apuro diciendo: se aplica entonces la ley nacional, cayendo en la territorialidad al querer huir de ella. Schaeffner seguía el método de Waechter, pero con una ligera diferencia. Se aplica, decía Schaeffner, la legislación que ordene la ley nacional, y cuando la ley nacional nada dice, se aplica la ley del lugar donde haya nacido la relación jurídica. Pero él no dice a qué elementos de la relación jurídica ha de referirse el juez, y éste es su defecto.

A estos escritores siguió el astro-rey del Derecho, Federico Carlos Savigny. Este escritor analiza la obra de los otros, y dice que han llegado a esto: la imposibilidad de la aplicación de nuestra ley en el territorio de otros Estados, y la no obligación de la aplicación de las leyes de otros Estados en el nuestro, es decir, la territorialidad pura. Pero, agrega inmediatamente: la vida así se hace imposible. Cuanto más comunicativos sean los hombres entre sí, con mayor fuerza recharararemos estas conclusiones. Él parte de la base de que debe aplicarse la ley de la *naturaleza* del hecho jurídico. Sin embargo, establece dos excepciones: 1ª Leyes positivas de forma imperativamente obligatorias; 2ª Instituciones jurídicas extranjeras que no se reconozcan en el Estado. Las leyes positivas obligatorias son las que se imponen a despecho del individuo y contra su voluntad. Las instituciones jurídicas extranjeras que no se reconocen en el Estado, que es la segunda excepción, tienen fuerza territorial, así como las primeras. Por ejemplo: una ley penal es positiva e imperativamente obligatoria; es por consiguiente territorial. Una institución extranjera no reconocida en otro Estado, es también territorial. Por ejemplo: la poligamia.

Un individuo polígamo en su país, va a otro, donde no se reconoce esa institución, y no podrá ser polígamo en ese nuevo Estado, decía Savigny. Su sistema fué muy aceptado y continuado por Brocher, aunque estableciendo otra excepción: la que se deriva de la naturaleza independiente de los Estados, que impide la aplicación de toda otra ley en materia que se refiera al orden público.

Pero todas las oscuridades de las escuelas que acabamos de examinar quedan desvanecidas al estudiar la Escuela Italiana que dió nuevas orientaciones a nuestra ciencia. Fué necesario un genio como el de Pascual Etanislao Manzini, para que la territorialidad y la extraterritorialidad de las leyes se determinaran de un modo preciso. Nuestro Código Civil, el Código Civil español y el Código Civil italiano han tomado esta doctrina como su base internacional. En un célebre trabajo que leyó Manzini en el Instituto de Derecho Internacional Privado, del cual fué su primer presidente, preguntaba si las leyes extranjeras deben aceptarse por el Estado, y caso de aceptarse, si esta aceptación descansaba en la cortesía, en la benevolencia, o en un deber de justicia internacional, y en este último caso, qué principios regulaban su aplicación. ¿Debe el Estado dictar leyes e imponer su aplicación imperativa dentro de su territorio? ¿Con qué fin dicta leyes el Estado? ¿Las dicta para imponerse? No; para establecer la justicia, decía Manzini. Ya Westlake, según hemos visto, sustituía la palabra cómitas por la palabra justicia, y ahora Manzini consagra el principio de la justicia como la base de la aceptación por un Estado de las leyes de otro.

Seguía, en la exposición de su doctrina, diciendo que las leyes eran esencialmente personales, puesto que se hacían para aplicarlas a las personas, y que, por tanto, eran extraterritoriales. Solamente eran territoriales aquellas leyes necesarias para la conservación, seguridad y vida del Estado. Las leyes de orden privado regulan las relaciones de los particulares entre sí y son, por tanto, personales, extraterritoriales. Las leyes de orden público responden al principio de soberanía del Estado, y por eso son territoriales. Esta es la teoría de Manzini.

Continuador de Manzini, fué Andrés Weis, que sustentaba la creencia de que sería mermar la soberanía de otros Estados imponerles a sus súbditos nuestras leyes; pero que sería mermar

nuestra soberanía el no aplicar a nuestros súbditos nuestra ley en el extranjero.

Ya queda con esta escuela definitivamente consagrado el principio de la extraterritorialidad de las leyes de orden privado.

Nos queda solamente por examinar la Doctrina de Pillet, lo que haremos inmediatamente.

Este profesor de la facultad de París, asegura que las leyes son territoriales y a la vez extraterritoriales, según la naturaleza de la ley; cosa imposible, pues nada puede ser blanco y no blanco simultáneamente.

Después hace una división bipartita de las leyes, diciendo que las de protección individual, las que otras escuelas han llamado personales, son continuas y extraterritoriales; y que las leyes de garantía social, que otras escuelas han llamado reales, son territoriales y de generalidad subjetiva.

Pero Pillet ha olvidado un grupo importante de leyes. No todas las leyes son obligatorias ni generales. Hay otras leyes, las potestativas, que constituyen una agrupación tan interesante como son las leyes de la autarquía personal o autonomía de la voluntad.

Hemos estudiado someramente en todas las doctrinas básicas del Derecho Internacional Privado, el problema de la aplicación de las leyes en el extranjero. Ahora haremos su estudio también raudamente en el derecho positivo vigente.

II

Antes de entrar en el estudio de la extraterritorialidad de la ley en el derecho positivo, haremos un breve paréntesis, a fin de examinar qué leyes tienen y cuáles no tienen eficacia extraterritorial.

Las leyes se dividen en tres grupos, como dijimos al estudiar la Doctrina de Pillet: Las de orden privado, las de orden público interno, y las de orden público internacional.

Bajo la primera clasificación se comprenden todas aquellas leyes que se aplican solamente mediante la expresión, la interpretación o la presunción de la voluntad de las partes, y que se aplican a los nacionales y a los extranjeros, a los domiciliados y a los no

domiciliados. Son las leyes autárquicas, aquellas que se derivan de la exclusiva voluntad de los individuos. Estas leyes de orden privado, que regulan las relaciones jurídicas de los particulares, pueden ser supletorias o facultativas. En el caso de que se consignen para aplicarlas cuando las partes guarden silencio, serán supletorias; en el caso de que se consignen para que las partes las acepten o las rechacen, serán facultativas. Toda la legislación privada está plagada de frases como éstas: "salvo pacto en contrario", o "si las partes no hubieren establecido lo contrario", proclamando así el poder jurígeno del individuo. Sin embargo, no es lo mismo una u otra frase. Cuando se emplea la frase "salvo pacto en contrario", las partes pueden destruir el precepto legal, pactando lo contrario; sólo existe este precepto para el caso de que las partes guarden silencio. Cuando se emplea la frase "si los contratantes no hubieran establecido claramente lo contrario", la voluntad necesariamente habrá de expresarse, pues si es tácita, se aplicará la ley.

Estas leyes de orden privado son estrictamente extraterritoriales. Se aplican en el extranjero, aun entre individuos extranjeros. Y aquí nace la institución de la autarquía personal. Como la voluntad de las partes es ley en los contratos, con las excepciones, naturalmente, de las cláusulas que atenten a las buenas costumbres, o al orden público, dos individuos, uno italiano y otro ruso, que contraten en la India, pueden escribir en el contrato: las consecuencias que de este pacto se deriven se regirán por la ley cubana. Esto es perfectamente válido. He aquí funcionando la autarquía personal. Es igual que las partes reproduzcan las disposiciones de la ley cubana, que se remitan a ella expresamente. Ya vemos cómo la ley cubana se aplica en el extranjero entre dos extranjeros. Es extraterritorial porque es una ley de orden privado.

Pasemos al segundo grupo, a las leyes de orden público interno. Estas leyes se aplican a los nacionales adonde quiera que vayan y no pueden ser evadidas por éstos. Forman parte de estas leyes aquellas que se dictan precisamente para los nacionales, y pertenecen a este grupo, por su naturaleza, como las reglas establecidas acerca de la nacionalidad, etc. Y también pertenecen a este segundo grupo aquellas leyes que son de orden privado por su objeto, como la ley que declara que el Consejo de Familia es una

institución aplicable sólo a los cubanos. Son también extraterritoriales. Se aplican a los nacionales y los acompañan en sus viajes alrededor del globo.

Y nos queda el último grupo: las leyes de orden público internacional, aquellas que se dictan para todos los que residen en el territorio y cuyos preceptos son indispensables para la existencia de la sociedad política y de la sociedad civil. Son imperativas y nacionales, y, por lo tanto, territoriales. Un ejemplo de leyes de esta clase, lo puede ser cualquier ley penal, que es la ley que defiende al Estado y lo asegura contra todos los ataques.

Sin embargo, en cuanto a las leyes penales, ha habido también su discrepancia. Unos pretenden que debe ser competente el juez del lugar del delito, apoyándose en Papiniano; otros, que es competente el del lugar en que el reo sea detenido, y se apoyan en edictos de los emperadores Severo y Antonino.

Dice Fiore en su *Derecho Penal Internacional,* pág. 32:

Todos los autores están de acuerdo para decidir que cuando, ya un extranjero, ya un ciudadano, hubieran cometido en país extranjero un delito contra la seguridad del Estado, o contra el crédito público, falsificando, por ejemplo, la moneda que tiene curso legal en el Estado, o los sellos del mismo, o los títulos de la deuda pública, o los billetes equivalentes a la moneda, los tribunales del Estado que directamente ha sido atacado en su existencia o en su crédito podrán sentenciar. Porque este Estado está interesado en reprimir esos ataques contra él.

Y Bonard estima que

la verdadera libertad sería la protección recíproca que todos los pueblos se dieran contra los criminales, sin tener que acudir a tratados de extradición.

Y Carrara dice que

cuando se haya rectificado la idea de que el derecho represivo es un derecho de pura represión social, y se haya comprendido que la ley penal existe no solamente en una sociedad aislada, para su propia salvaguardia, sino en todas las sociedades para proteger por una acción solidaria a toda la humanidad, las fronteras territoriales desaparecerán.

Nuestro profesor el Dr. Bustamante declara en su libro *El Orden Público* (pág. 23) que Savigny entiende que las leyes de

orden público son excepcionalmente territoriales. Y opina que cada relación jurídica debe someterse a la ley más adecuada a su naturaleza; pero que hay leyes de carácter especial incompatibles con las exigencias de la comunidad jurídica.

Y citando a Pillet en la misma obra, dice el ilustre profesor:

El orden público tiene por efecto inmediato suspender la aplicación de los principios ordinarios y sustituirlos por la territorialidad del derecho, y a renglón seguido afirma el carácter excepcional de las leyes que merecen aquel nombre.

Manzini declaró en el Instituto de Derecho Internacional de Ginebra de 1874, que todo hombre en el extranjero puede reclamar, en virtud de la nacionalidad que reconoce y respete, su derecho privado nacional, pero que cada país es soberano para reprimir en su territorio las infracciones que se cometan.

Pero la extraterritorialidad de las leyes es un hecho evidente y de tanto empuje, que aun en el caso de las leyes penales hay excepciones, y pueden éstas en determinados casos ser extraterritoriales. Pueden aplicarse fuera del territorio y el país en cuestión puede admitir en su territorio la aplicación de una ley penal extranjera. Ejemplo de lo que decimos lo tenemos en la inmunidad de que gozan en el extranjero los Representantes diplomáticos de los otros Estados y de la inmunidad de que gozan también los Representantes consulares con respecto a los actos por ellos realizados en el ejercicio oficial de sus cargos.

Hagamos ahora una brevísima excursión por el campo del derecho positivo.

III

El concepto de la extraterritorialidad fué estampado por primera vez en el Código francés de 1804, el cual lo dedujo del estatuto personal que contaba ya con largos años de existencia.

El texto que primeramente presentó la ponencia del Código francés decía que los extranjeros quedaban sometidos a la ley francesa mientras residieran en territorio francés. Pero Tronchet arguyó que los extranjeros no debían estar sometidos a la legislación francesa en lo que concerniere al estado de las personas. Aquí el estatuto personal está reflejado poderosamente.

Los Códigos civiles de Berna, de 1825, y de los cantones suizos de Friburgo, de 1834 a 1849, y de Argovia, de 1847 a 1855, regulan el estado y la capacidad de las personas por sus leyes nacionales.

El Código Civil de Chile, obra monumental del insigne jurisconsulto Andrés Bello, omite toda diferencia entre el chileno y el extranjero y somete a su imperio y jurisdicción las obligaciones y derechos nacidos de las relaciones de familia cuando daclara en su artículo 15, que

> A las leyes patrias que reglan las obligaciones y derechos civiles permanecerán sujetos los chilenos no obstante su residencia o domicilio en país extranjero:
>
> 1º—En lo relativo al estado de las personas y a su capacidad para ejecutar ciertos actos que hayan de tener eficacia en Chile.
>
> 2º—En las obligaciones y derechos que nacen de las relaciones de familia; pero sólo respecto de sus cónyuges y parientes chilenos.

Después del Código francés, el Código italiano de 1875, cuatro años después de la unidad italiana, reconoce en toda su extensión el principio de la nacionalidad y lo regula maravillosamente.

Y a este respecto dice Torres Campos, que traduce de Laurent, en su obra *Bases para una legislación sobre extraterritorialidad:*

> Italia, la más nueva de las naciones, tenía interés en proclamar el principio de la nacionalidad en cuyo nombre había combatido... La ciencia italiana completó la obra de los glosadores; enseñó que la nacionalidad era el principio del Derecho Internacional, y que, por consecuencia, los derechos de los nacionales debían ser respetados por todas partes; enseñó que los nacionales estaban estrictamente obligados a permitir la aplicación del derecho extranjero en tanto que la ley extranjera no atentase a su existencia, o conservación; dijo a los italianos que no debían esperar que sus derechos fueran respetados por los otros, que debían comenzar por hacer en provecho de los otros, lo que querían que éstos hicieran por ellos; reconociendo la obligación que tenían de respetar los derechos ligados a la nacionalidad, adquirían un título para reclamarlos en su nombre. Tal fué el pensamiento generoso y político que inspiró al código italiano.
>
> La tradición italiana—agrega—es favorable a los extranjeros. Desde el siglo XIII un emperador de origen italiano, Feedrico II (que dirigió la sexta cruzada y después luchó contra los Papas Gregorio IX e Inocencio IV), grande entre los grandes, reconoció el derecho hereditario a los extranjeros cuando el derecho de aubana constituía en Francia

un derecho real. Un interés mal entendido hizo admitir por los autores del Código francés el principio de reciprocidad como condición del goce de los derechos civiles que el legislador concedía a los extranjeros. Esta condición fué abolida en Toscana en 1835. El legislador toscano declaró que la reciprocidad establecida en el interés de los nacionales, era en realidad contraria, a los verdaderos intereses del Estado.

Dice el ya citado Código italiano en su artículo 6º:

El estado y la capacidad de las personas y las relaciones de familia se regularán por las leyes de la nación a la cual aquéllos pertenezcan.

Y después, en su art. 11:

Las leyes de policía y seguridad pública obligan a todos los que se encuentren en el territorio del Reino.

He aquí la extraterritorialidad de las leyes personales reflejadas en el art. 6º del Código italiano que persigue, acompaña y envuelve al nacional dondequiera que se traslade, como la sombra al cuerpo, según decían los internacionalistas clásicos.

Y he aquí también en el art. 11 del propio Código la territorialidad de las leyes penales, que son de orden público internacional.

El Código de Bolivia de 1831, el del Perú de 1851 y el de Chile de 1855, están influenciados de manera notable por el Código Civil francés de 1804, y no presentan variaciones de importancia. Son códigos francamente extraterritoriales.

Sin embargo, hay códigos inspirados en el principio de la territorialidad. El Código civil prusiano de 1794 y el Código civil austriaco de 1811 se basan en el principio territorial de la ley y dan marcada preferencia al domicilio.

El Código civil del Bajo Canadá de 1865 es también territorial; se decide por el domicilio y no por la nacionalidad.

El Código civil argentino de 1869, es igualmente territorial. Dice, comentándolo, el tratadista Molina en su libro *El Derecho Internacional Privado y el Código Civil argentino:*

En países como la República Argentina, en que el número de extranjeros es considerable, conviene el domicilio por cuanto facilita las

transacciones, sobre todo las mercantiles, que reclaman celeridad y rapidez en su ejecución, haciendo depender la capacidad de los extranjero de una ley generalmente conocida y fácil de verificar, lo que no sucede con la ley nacional, porque la patria está generalmente a grandes distancias del país donde el extranjero contrata.

Leamos ahora la opinión de Alcorta, que se decide por la territorialidad de las leyes, en el libro por él publicado *Curso de Derecho Internacional Privado:*

Trasladada una persona de un territorio a otro, forma en él todas las vinculaciones que abandona en el primero, haya sido su patria o no. El individuo domiciliado en el extranjero, va desde el primer momento de su residencia contrayendo poco a poco mayores lazos con esta nueva sociedad, diferente en su organización, manera de ser, ideas, y hasta costumbres de las de su patria; al fijarse en medio de ella habrá de participar de sus adelantos y de sus imperfecciones, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus dichas y de sus acontecimientos aciagos; sólo un mero transeunte podrá mantenerse ajeno y decirse extraño a sus vicisitudes, a este procedimiento, llamémosle así de asimilación. Allí ejerce su profesión, su industria, hace sus negocios, emplea su capital; su honradez, laboriosidad e inteligencia producirán beneficios a esta sociedad en contacto y unión con la cual vive, del mismo modo que a ella perjudicará con su proceder imprudente y engañoso, o ultrajará en los crímenes y delitos que cometa. ¿Cómo, pues, ha de imponérsele jurisdiccionalmente una condición civil distinta de aquella que rige la vida de esta sociedad? ¿Se invoca su ley nacional? ¿Pues ese individuo domiciliado en el extranjero participa de hecho de la vida social correpondiente a su nacionalidad?

Alcorta hace estas observaciones, porque la Argentina es un país de poderosa corriente inmigratoria, y si se fuera a aplicar a cada individuo su legislación personal, debido a la variedad inmensa de legislaciones que habrían de aplicarse, la confusión sería verdaderamente desastrosa.

Nuestro Código Civil, al igual que el Código Civil español, que como ya dijimos sustentan la teoría de Manzini, establecen en el art. 8 que

Las leyes penales, las de policía y las de seguridad pública, obligan a todos los que habiten en territorio cubano [español, dice el de España].

Se ve claramente la territorialidad de las leyes de orden público internacional.

Y dicen ambos Códigos en su art. 9:

Las leyes relativas a los derechos y deberes de familia, o al estado, condición y capacidad legal de las personas obligan a los cubanos [o españoles, según el Código], aunque residan en país extranjero.

Resalta la extraterritorialidad de las leyes de orden público interno.

Sigue en el art. 10:

Los bienes muebles están sujetos a la ley de la nación del propietario; los bienes inmuebles a las leyes del país en que están sitos.

Sin embargo, las sucesiones legítimas y las testamentarias, así respecto al orden de suceder como a la cuantía de los derechos sucesorios y a la validez intrínseca de sus disposiciones, se regularán por la ley nacional de la persona de cuya sucesión se trate, cualesquiera que sean la naturaleza de los bienes y el país en que se encuentren.

Aplican aquí ambos Códigos el estatuto personal. Los bienes muebles, que pueden viajar como las personas, se regirán por las leyes de su propietario, pero como los inmuebles no son susceptibles de transporte, se regirán por la "lex sitoe".

En cuanto al segundo párrafo del citado artículo, el Código español, así como el nuestro, remite la sucesión, etc., a la legislación del país del "de cujus". Estatuto personal. Ley extraterritorial.

En el art. 11 establecen que

Las formas y solemnidades de los contratos, testamentos y demás instrumentos públicos, se rigen por las leyes del país en que se otorguen.

Cada país es libre, según esto, para fijar los requisitos y condiciones de las estipulaciones que en él se celebren: manifestación categórica de la soberanía; territorialidad de la ley.

Cuando los actos referidos—agrega el mismo artículo—sean autorizados por funcionarios diplomáticos o consulares de Cuba [de España, dice el español] en el extranjero, se observarán en su otorga-

miento las solemnidades establecidas por las leyes cubanas [o españolas].

Los funcionarios diplomáticos y consulares gozan de la ficción jurídica de la extraterritorialidad. Además, en virtud de esa misma ficción, las legaciones y consulados son considerados como prolongaciones del país a que pertenecen, y, por tanto, los actos allí efectuados se consideran realizados en territorio nacional. Extraterritorialidad de la ley.

No obstante lo dispuesto en este artículo y en el anterior—añade—las leyes prohibitivas concernientes a las personas, sus actos o sus bienes y las que tienen por objeto el orden público y las buenas costumbres, no quedarán sin efecto por leyes o sentencias dictadas, ni por disposiciones o convenciones acordadas en país extranjero.

El Estado rechaza los convenios, etc., celebrados en el extranjero que atenten a su organización fundamental, pues las leyes que tienden a la conservación del poder público, son de orden público internacional: territorialidad de la ley.

Queda, pues, en este trabajo, esbozada a grandes rasgos la aplicación de las leyes en el extranjero como un hecho cierto y verdadero, que constituye una gran conquista de la ciencia jurídica contemporánea.

Félix Pérez Porta.

La Habana, 1922.

"LA FUENTE SONORA" DE CIANA VALDES ROIG

ELOGIO

STAMOS sentados frente a la policromía maravillosa de un paisaje. Recordamos tal vez un episodio alegre, una historia de amor. En torno están las personas del ensueño; las vemos, sentimos su presencia, sus gestos, sus palabras. Todo añade realidad a la representación ideal. Y viene una música tierna, romántica, joven, llena de sol y de armonía, a completar el panorama espiritual. Es que la poetisa ha llegado a nosotros con su libro.

La fuente sonora es la música cristalina que hiere las delicadas fibras de los iniciados en el arte y les produce esa emoción intensa, ese entusiasmo que se llama admiración. Brota el manantial con rapidez y con ruido; luego siguen los rápidos, menos bullentes; y al fin, el remanso rumoroso, de un tenue murmurar. Es un ininterrumpido fluír de sensaciones y de belleza, una sucesión de lirismo claro, fresco, suave y armonioso. Es una corriente pura de sonoridades, a la que ha de acudir todo el que sienta necesidad de un poco de frescor y juventud.

Este libro ha sido compuesto por una mujer en plena primavera, enamorada del amor y curiosa ante la vida. Una mujer es siempre interesante: con sus gestos graciosos y con su encanto pone luz y bondad en el sendero. Una mujer inteligente es más sugestiva aún. Es, para el artista, para el poeta, para el visionario, la compañera. Y nada hay más completo y glorioso para una verdadera mujer que sentirse la compañera de un soñador, de uno de esos soñadores exaltados por Anatole France. "Son los soñadores, en

vredad—dice—que desde lo alto y en la avanzada dirigen al pueblo, pues que forman y precisan el espíritu de cada nación." La mujer que ha escrito los poemas de *La fuente sonora,* joven, apasionada y rica en serenidades, tiene todas las facetas que un soñador puede desear. Comprensiva, leal, realmente artista, de vibraciones suaves y de sutil percepción, lo aduna todo con la belleza juvenil, con la frescura ideal de los pocos años.

Ciana Valdés Roig es profundamente tropical. Como un arbolillo de nuestra tierra, da el perfume, la flor o el fruto que extrae de la propia tierra por las raíces. La raíz, en ella, es la perfecta organización que han formado su cuerpo y su espíritu. El trópico la rodea, la embalsama, la sustenta, la entusiasma. Y tropicales son sus emociones escritas. Tropicales y paganas. Ha bebido, acaso en nuestros campos, tal vez en la historia y quién sabe en los unos, en la otra y en la fantasía, un paganismo americano. Es esa la expresión: uno como paganismo indígena, que recuerda la religión de los incas y de los mayas. Sacerdotisa del culto del sol y del mar; sacerdotisa de la naturaleza, es como una personificación del ambiente con partículas del pasado; como una mezcla de lo que hemos sido y de lo que somos, de lo que vivió en nuestras tierras antes que nosotros y de lo que vive hoy.

Así, es la fuente que se brinda para que en sus ondas beba el que tiene sed y descanse a sus orillas el que está cansado. Así, es la amada que invita a tomar los remos en la hora del amanecer, y a soñar en la hora vespertina del ensueño. Y es la adoradora del sol, en éxtasis de paganismo, que siente los rayos solares correr por sus venas, y desbordarse "por los ojos, por los labios, por las manos, transformado en un venero maravilloso, inagotable y único de amor". Y en la canción al mar, luminosa, brillante, al mar de innumerables sonrisas de Homero, es "como una virgen sin velos sobre las aguas salobres", y sueña quedarse "así dormida bajo los crepúsculos rojos y la eternidad que rueda".

*

Ciana Valdés Roig nació en Pinar del Río, capital de la provincia de su nombre. Su padre, director de un renombrado colegio, encauzó su primera instrucción y casi todo el bachillerato. En aquel padre amoroso, inteligente, comprensivo, poeta, está la

fuente de su vida espiritual. Fué su padre doblemente, por los lazos de la carne y del intelecto. En las tardes, cuando terminaban las tareas del colegio, iban los dos, como enamorados, por las risueñas calles de la ciudad silenciosa y serena, por la ancha carretera sombreada por rojos *flamboyanes,* a pasear la melancolía de los crepúsculos de maravilla, fantásticas y sorprendentes puestas de sol en un cielo de claridad deslumbrante, recortado por montañas oscuras. En la serenidad de aquellas tardes propicias al ensueño, en la inalterable felicidad de tal vida plena de amor, el padre y la hija hablaban como dos compañeros jamás distanciados por un secreto o por una desilusión. Y el padre ponía en el cerebro joven toda su ciencia, y exploraba conmovido y asombrado las minas que iban solidificándose en el interior de aquel espíritu nuevo, hijo suyo tanto por la influencia moral como por la concepción de la carne. Acaso nunca habrá sentido un padre más orgullo en serlo; acaso el padre aquel anhelaba la terminación de las clases y el arribo de las horas postreras del día para disfrutar de la variada aparición de ideas y sensaciones en la adorable personita que marchaba a su lado.

Como si la tranquilidad limpia y sana de su pueblo se hubiera trasmitido a ella, como si hubiera sido una esponja que recogiera el silencio, la calma, el sosiego de la ciudad amable y cordial, es Ciana Valdés Roig la personificación de la serenidad, de una serenidad augusta, completa, sobria, franca y natural. Tienen las calles, las casas y los campos de Pinar del Río un aspecto sencillo y riente, y dan la sensación de reposo fecundo y de recogimiento. La vida parece cruzar allí sin poner alteraciones en el ánimo, sin trastornar ni conmover el ambiente o las personas. Aquella sociedad, moderna y progresista, sinceramente republicana, tiene algo de tradicional y de incontaminado. Sus hombres de gobierno han sabido hacer reformas sin cambiar la fisonomía local. No hubo en ellos la pretensión de construir un escenario inmenso, o de simular una gran ciudad, sino de adaptar el pueblo sencillo y lleno de luz a su vida serena. Son anchas y cómodas sus calles, tan cómodas y anchas que anuncian generosa hospitalidad; el parque, reducido, arbolado y cubierto de jardines, es propio, familiar. Es como la prolongación de las casas, tan franco y abierto como ellas mismas. Sus casas son transparentes: con una mirada se

puede abarcar todo el interior, de vida clara y activa, en donde las mujeres gentiles y bellas trabajan siempre, ya en labores de adorno y encaje, ya en quehaceres femeninos. Sus paseos son largos, pulmones de la ciudad a donde van todos en días de calor a respirar bajo sus verdes árboles pródigos de sombra cordial.

Y es así, sereno en todo, el marco de la vida que conoció y asimiló la poetisa. Todo fué para ella deslizamiento suave: en aquella ciudad callada y buena pasó los primeros años de su juventud. Ella misma, en unas *Memorias* de colegiala, plenas de ingenuidad y frescura, relata aquellos años fáciles. Como nacida en un colegio, vivió en clase constantemente. Su familia habitaba una espaciosa casa contigua al plantel del padre. La niña curiosa se familiarizó con los estudios y con los libros como con juguetes. Las explicaciones, oídas tal vez a hurtadillas detrás de una puerta, como realizando una travesura, fueron penetrando en su cerebro insensiblemente, afinando su comprensión, preparándola. Y así, al llegar a los exámenes del Instituto, podía demostrar conocimientos adquiridos con facilidad, y salir victoriosa en todas las pruebas.

Terminados los cursos, mientras las compañeras invertían los meses de vacaciones en playas de veraneo o en viajes, la hija del maestro devoraba libros de literatura en su casa, tranquila, sin las sonoridades de la chiquillería alborotosa. El espíritu se poblaba de sueños, las ideas se condensaban en poesías, todavía impersonales y marcadas por la influencia de diversos autores, especialmente Bécquer. La felicidad es absoluta. La infantil artista triunfa en las veladas, en las reuniones, en donde recita versos; conquista la admiración de todos por su colaboración en el periódico juvenil *El Estudiante,* que editaban varios compañeros del Instituto.

Pero un día siente que hay algo más que toda la sencilla sucesión de acontecimientos menudos y de pequeñas grandes cosas habituales. Es en marzo. Ha percibido el paso del Carnaval desde su cama, enferma. Las alegrías bullidoras de los que se divierten, le parecen como una música triste y sarcástica. Ya sana, advierte que "marzo juega entre las frondas reverdecidas y el sol tibia las calles y alegra los balcones con sus largas lentejuelas de oro". La Naturaleza ríe a su alrededor. Pero no todo es risa, porque hay algo indeterminado y desconocido, como una vibración profética que se levanta en el interior. Sigamos la con-

fesión ingenua: "Pero yo no sé por qué me he levantado asustadiza; mis nervios tiemblan como los de una corza medrosa y en mis ojos antes serenos se hospeda ahora la inquietud. La primavera ha sembrado desazones en mi ánimo, que antes no conocía."

Es el augurio del amor... Pocos días después conoció, en el Instituto, al que hoy es su esposo: el Dr. José Manuel Guira, entonces estudiante como ella. En el patio amplio y pulcro, cruzado por golondrinas y gorriones que anidan en los aleros del vetusto edificio, mientras esperaba la llamada a exámenes o la notificación aprobatoria, fué alimentando su amor, nacido a la primera mirada. Las *Memorias* pueriles contienen numerosos detalles de esa pasión, que produjo casi todos los versos de aquellos días. Y es el amor el jardín encantado en que la poetisa ha ido a buscar belleza, ensueño y esperanza...

*

En las primeras poesías se transparenta la lectura de Bécquer: la misma inspiración, la misma suave melancolía, los mismos temas. Algunas veces el temperamento propio surge, pero tímidamente. El poeta sentimental y adolorido permanece en las producciones nuevas de la niña. Es la primera forma. Después, la influencia se disuelve en la admiración que causan Nervo, Urbina, Darío, y más tarde Ada Negri, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, y casi todos los poetas actuales. En unos estudia la belleza de la forma, la arquitectura perfecta; en otros la emoción, la sonoridad; en algunos el simbolismo, las innovaciones, la serenidad. Pero de todos los de hoy, quien más ha herido su sensibilidad con la estatuaria pureza de las líneas ha sido Juana de Ibarbourou.

Ya últimamente no se puede considerar que haya reminiscencias de esos autores en las poesías de Ciana Valdés Roig, sino ligeras influencias y en muchos casos más bien identidad de escuela, analogía de expresión, igualdad tan evidente que resiste el paralelo.

Capullos, su primer libro, inédito, es de las dos primeras épocas. Era la poetisa de cera dúctil. Niña literalmente, conducida hacia la literatura por un padre poeta, que supo también rimar con facilidad, la impresión predominante debía ser la que el maestro indicara. No es improbable en el director espiritual la admira-

ción por Bécquer, que acaso fué el dios de su juventud. La joven, no obstante, leía más autores. De esas lecturas fué naciendo una pluralidad de influencias que se refinaron hasta formar un sentido propio. Esta es siempre, poco más o menos, la evolución que en sus inicios sufren todos los poetas. Porque en el comienzo ninguno ha hecho otra cosa que repetir, con formas nuevas y sin mucha perfección, lo que ya dijeron los grandes.

Se nota en los versos de *Capullos* una progresión sostenida, incansable. La poetisa ha ido estudiando, aumentando su léxico, encontrando en sí misma ignoradas fuentes de emociones y de arte. Cada día es una lección para su alma sedienta, que recibe con ansiedad, como descubrimientos, las no saboreadas sensaciones. Y penetra firmemente en su siglo, y se suma a las corrientes modernas dotada de una personalidad propia. El libro termina con la poesía titulada *Sin cultivar*... que es una prueba de modestia y sencillez y que tiene todas las características de una composición actual, cercana a los poetas de hoy.

En *Primavera,* su segundo libro, también inédito, la poetisa es ya dueña de su arte. El afán de perfección es más sensible. El amor es netamente suyo, el que ella siente. Sería difícil una selección en este campo hermoso y fragante. E igualmente se encontraría perplejo quien tratara de rastrear una influencia. Estas poesías son la expresión de los ideales, las dudas y los sentimientos de una mujer artista que vive el momento actual. Y es inútil buscar sus orígenes. En la hora presente está su manantial, el verdadero arranque de la rumorosa corriente de su inspiración.

Ciana Valdés Roig llega a la publicidad en forma de libro cuando ya está formada literariamente. Ha publicado desde niña muchos versos. Pero ha colaborado poco en revistas de gran circulación, por lo que no es bastante conocida. Y si como poetisa puede parecer nueva, hasta el extremo de que algunos la estimen retrasada en diferentes aspectos, como prosista ha de ser un hallazgo para los buscadores de belleza. Esa prosista se presenta en *La fuente sonora.* Sale de sus transparentes linfas como una Minerva, provista de todas las armas para vencer.

La fuente sonora dará la vuelta a todo el mundo americano. Como en un manantial de luz, llenarán aquí sus ánforas cuantos

tengan sed, y seguirá vertiendo sus riquezas el surtidor inacabable y pródigo. Que tal es la generosidad de idealismo de su autora y tan fecundo su poder de sugestión.

En la prosista hay ya múltiples modalidades. Estas prosas han sido escritas en La Habana, y aquí en más de seis años, ha estudiado libros y observado hombres y cosas. A ratos deja comprender la amargura de esa experiencia. Pero siempre es de una sencillez cordial y noble, de una rara y ejemplar munificencia que sorprende y encanta. La proximidad de la muchedumbre ha creado en ella ansias nuevas, propósitos fuertes de bondad. Y si pide a la montaña que le enseñe a ser grande, también le pide que le enseñe a ser buena, porque si ella le dictó su precepto de orgullo no le ocultó su ley de caridad.

Tiene cuatro hilos de agua cristalina el surtidor de la fuente: el sol, el mar, la naturaleza y la vida interior. Cuatro cauces que se unen para formar una corriente jamás enturbiada por pasiones mezquinas; por el desprecio, por el odio, por el rencor. Cuatro cauces que componen una sola manifestación de feminidad.

Porque Ciana Valdés Roig es ante todo mujer: sencillamente, fuertemente, delicadamente mujer. Aunque no se escuda en ello, su éxito ha de provenir de esa circunstancia. La exquisitez femenil, la serenidad de mármol, la franqueza, el vigor de sinceridad, bellamente unidos en una amalgama segura de orfebre sabiamente artista, producirán admiración y aplauso. Y no otra cosa merece la gentil repartidora de sus manantiales de belleza.

Estos poemas de *La fuente sonora* fueron escritos hace tiempo, como apuntes de sensaciones y de ideas. Permanecieron en cuartillas o en libretas, fijados por su autora con letra nerviosa y masculina. No tienen las sencillez de las prosas de *El cántaro fresco,* de Juana de Ibarbourou, pues que triunfa en ellos una sencillez distinta. Ni la docta sobriedad de los exquisitos poemas de Froylán Turcios. Ni la filosofía clara de los *Poemas en prosa,* de Enrique José Varona. Más bien se encuentra aquí una identidad con el maestro Tagore, por lo menos en la forma de alguno que otro poema. La poetisa conoció de este autor varios libros. La Ibarbourou, Turcios y Varona llegaron a ella cuando *La fuente sonora* se había formado y era ya la corriente rica, suave y espléndida que se ofrece ahora al lector.

Por ello debe tener Ciana Valdés Roig en la literatura americana un lugar propio e inconfundible, al lado de las notables mujeres que se llaman Alfonsina Storni, Dulce María Borrero, Juana de Ibarbourou, Carmen Lira, Gabriela Mistral, María Villar Buceta, Luisa Luisi, Herminia Brumana, Graziella Garbalosa. Y ese lugar lo conquistará al aparecer *La fuente sonora,* síntesis de un espíritu superior y de una bien orientada personalidad.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, julio, 1922.

*

Los siguientes poemas, todos ellos inéditos, forman parte de *La fuente sonora* y son los señalados en el volumen con los números I, VI, X, XII, XIII, XV, XVI, XVII, XXIV, XXVII, XXVIII y XXXII, respectivamente.

LA FUENTE

Bebe en mis ondas si tienes sed; descansa a mis orillas si estás cansado.

Los cantores viajeros del aire te darán sus trinos y serán contigo en la tazona para apagar el ardor de las gargantas... El aura secará el sudor de tu frente mojada; los lotos te adormecerán con sus aromas, y el musgo húmedo y blando te brindará su estera para tus cansancios...

Soy la fuente: bebe en mis ondas si tienes sed; si estás cansado, descansa a mis orillas...

LOS POEMAS DEL DIA

I. LA MADRUGADA

No duermas... El rocío de la noche moja la fronda y los nidos se mueven ansiosos de sol. Mira que la sombra se desnuda; que están a punto de abrirse los capullos; que las barcas se preparan presurosas; que el viento de la media noche cae sobre el mar; que el canto del gallo es una canción de amanecer... ¡Despierta a la vida; mira que la vida quiere ya llegar a tu frente pensativa!...

II. Amanecer

Despierta ya... que las nieblas se han trocado en luces de oro.

Esplende la mañana sonriente y están abiertas las flores de la primavera. La música de los pájaros sube a las estrellas desvanecidas y el agua saltadora se esponja coloreada en la bahía anchurosa.

Despierta; toma los remos y salta a tu barca, que la vida viene cantando hasta ti y te pide amorosa tus suspiros...

III. Las doce

No te detengas... que el reloj de la vida ha tocado las doce y son lenguas de fuego las lenguas del sol.

Piensa que mañana ya arderá en otro instante la hoguera de tus deseos, y quizás sea tarde...

Prosigue, que cuando la obra esté hecha y sientas que te regocijas con ella, yo seré contigo, y el sol, que se ha enredado tantas veces en mi morena testa soñadora, vendrá perpendicularmente a enrojecer tus labios con calidez de amor...

IV. Vespertina

Sueña, que la hora definitiva ha llegado y los pájaros no tienen ya nada que cantar. El ruído descansa y el aire se llena con los rumores de tus velas ligeras.

Que la lámpara votiva se enciende para la noche y todos los suspiros de la madrugada, y todas las canciones de la aurora, y todas las exaltaciones del mediodía se aquietan sosegados, y en la tiniebla muda el corazón tiembla jubiloso porque la hora vespertina del ensueño ha llegado!...

LA MONTAÑA

¡Enséñame a ser grande, y enséñame a ser buena!... De ti baja el torrente; a ti asciende el ala...

Tu cima me deslumbra y adoro tus laderas dadivosas y tu base buena, y el seno rico en tu entraña maternal, montaña!...

Tú me dictaste tu precepto de orgullo, pero no me ocultaste tu ley de caridad...

Desafías la nube; pero recibes la nieve y sorbes la lluvia que das en ríos y en arroyos como una enorme ubre fecunda.

Mis ojos se embriagaron de tu altura; mis labios, del ojo de agua que a tu base salta. Mi carne amenguó ante tus plantas. Pero mi alma se hizo más flúida y se elevó a tu cima!...

¡Enséñame a ser grande, y enséñame a ser buena!... De ti baja el torrente; a ti asciende el ala...

AL SALIR EL SOL

Cuando toca al amanecer la campana de la vieja ermita, ya estoy despierta. Es como un convenio misterioso, el eco de mi corazón al toque del campanero. Crece en mis oídos cual una vibración continuada con el pletorismo de una vida sana.

El aire que se entra libremente por la ventana abierta de mi alcoba me dice muchas cosas. En un álamo trina un sinsonte amigo que me regala con su flauta, y un primer celaje claro y terso como un pétalo de rosa es la puerta que abre la luz en el espacio.

Sube una humedad olorosa a rocío y a romerillo que me envuelve. Y así, descalza, sueltas las trenzas, y desnudo el seno, salto del lecho a asomarme al balcón de mi ventana. Es mi cita con el sol. El convenio misterioso de mi corazón al toque mañanero de la vieja campana de la ermita...

AMOR DE MAR

Yo siento la infinita atracción del mar en sus gotas de agua, en sus ondas, en sus olas, en sus espumas, en sus estelas, en sus rompientes, en sus mareas, en sus tempestades... Prende en mi alma, en mi carne y en mi pensamiento con una fuerza absorbente de fundición... Es un amor de inmensidad, es un amor de arcano, es un amor de mar. Es un amor de muerte que me llama, llena mis ojos con atracciones de abismo, abre mis brazos con ansiedades de entrega en un estrechamiento final, dobla desmayadamente mi cabeza destrenzada sobre su lecho blando y gigantesco.

Hipnótica, soy como una virgen sin velos sobre las aguas salobres, y sueño quedarme así dormida bajo los crepúsculos rojos y la eternidad que rueda.

JUNTO AL MAR

Muchas veces he mirado el mar como una inmensa sima insondable que me atrae... Como una enorme boca abierta de la que brotara una voz enigmática y dominadora que me llamara... Esta tarde no. Esta tarde el mar tiene una serenidad rendida, quieta. Una ondulación suave debajo de mis pupilas tristes, y una intensidad del sol en occidente que cae sobre las olas, licuándose, como una llama.

Tiene la bahía temblores de serpentinas transparentes y hay una brisa adormilada que se escapa de la onda. Leve brisa de mar que hincha las velas pequeñas. Leve brisa de mar que salta de las burbujas de aire, sube leda y va de unos ojos a otros, de unos labios a otros, de una a otra mano, y se pierde luego como un eco sobre nuestras cabezas.

Vamos solos... Sin rumbo... Vamos impensadamente hacia el sol rojo que naufraga, y al mirar dos ondas que la brisa acerca, que la brisa une, que la brisa bate y alza hasta las rocas, estrellándolas en la piedra con un llanto de espuma, me ha parecido vernos en el mañana, en esa misma loca disgregación rizada e infinita!...

EMBRIAGUEZ

Un almendro florido me cobija... Sueño que me exprimen en la boca las mieles que las abejas liban en los bosques. Es como un zumo de piñas silvestres, de caimitillos y de pomarrosas que me embriaga.

Sueño: la hiedra trepa por mis cabellos coronando mi frente. Cibeles cuelga de mis hombros su túnica flexible. Venus me da su cinturón. Psiquis sus sandalias. Apolo deja su lira policorde entre mis manos... Sueño... Sueño...

Mi fantasía tiene ahora dos alas. Una toca a la tierra, la otra se alza hasta el cielo. El viento sopla... Sueño que canta. Zumbo de libélulas que vuelan junto a mí. Y las manos se animan, y en el alma me baila una canción de eternidad.

...La lira treme... Mis manos han rozado sus cuerdas. La vibración apenas perceptible se hace continuada y una música sagrada y majestuosa crece dilatándose.

Sueño: sobre el aire se eleva mi alma como el espíritu del vino sobre la copa...

Sueño: siento que me han besado las manos con besos de espera, y tiemblo... El sonido desmaya, se apaga tenuemente...

En la boca me exprimen las mieles que las abejas liban en los bosques. Es como un zumo de piñas silvestres, de caimitillos y de pomarrosas que me embriaga.

Arriba tornan las libélulas de oro a su canción de eternidad, y bajo el almendro florido mi carne desfallece con la lira policorde entre las manos!...

SIMPLICIDAD

Pasaré así yo por la vida: con la misma sencillez cristalina con que el arroyo pasa, con que la fuente canta, con que la mañana ríe.

Pasaré así yo, con esta copa de la vida mía para tus labios, y te la ofrendaré simplemente, en un canto, cuando todos estén dormidos.

Y a la mañana, seré yo tuya con la misma sencillez cristalina con que el arroyo pasa, con que la fuente canta, con que la mañana ríe...

¡Pasaré así yo por la vida, para ti!

SED

La tierra está seca... La vida treme como una inmensa fragua ardorosa; como la crátera de un volcán ahito se desborda abrasadora... Sed... Sed... Sed...

Los tallos se doblan mustios; la semilla se agosta en los zurcos, y el río no es más que un hilo pobre de agua turbia y caliente.

No hay nidos, ni brisas, ni aromas, ni grama, donde tender la fatiga de los hondos cansancios...

¡La tierra está seca!... ¡El alma está sedienta!...

¡Oh, tú, nube andariega, sutil, blanca, inconsciente: condénsate, baja y fertiliza a la tierra!

¡Ensueño, plumón, espuma, pétalo, lumbre del corazón: hazte ala y llévate mi alma!

SINCERIDAD

¡Soy la sinceridad hecha a martillo, lo mismo que el hierro forjado en el yunque!

Cuando tú me miras siento como un escudriñamiento. Al través de tus pupilas claras veo al buzo que sondea en mi alma, al arqueólogo que busca en mi corazón, y estoy tranquila. No me inmuto. La altiva y bella serenidad del estatismo es conmigo. No tiemblo; no tengo miedo.

Ahonda, ahonda. Las manos saldrán limpias; el intento frustrado, y la conclusión continuará en su puesto, y yo triunfaré.

El triunfo de mi franqueza será el mejor laurel para mi frente. Tu dubitación derrotada será mi mayor gloria.

¡Soy la sinceridad hecha a martillo, lo mismo que el hierro forjado en el yunque! ¡Y sólo tú, Sinceridad, eres la base sólida de las grandezas humanas!

MI ALMA

Mi alma es sencilla como una flor silvestre. Como la flor, encierra sus misterios; como la flor, exhala sus perfumes.

Rosas de los jardines: miosotis, anémonas, orquídeas; flores de invernadero: sois como el esfuerzo inútil del cultivo, si nos acordamos de la semilla que trajo el viento y albergó la tierra y calentó el sol y fecundó la lluvia, y nació espontáneamente para aromar el ambiente por donde triste cruzará el viajero...

Mi alma es sencilla como una flor silvestre. Como la flor, encierra sus misterios; como la flor, exhala sus perfumes.

LUZ

Cuando llegué a mi casa llevaba deshilvanado mi pensamiento.

Mi viaje esa tarde tuvo la soledad de los abandonados.

Sentía en mis oídos el rumor de sus palabras hecho canto de melancolía y veía esquivos sus ojos de silencio donde hablaba medrosa la voz de las sombras.

Entonces se paralizó mi corazón y mi alma se fué a la oscuridad de la noche de su vida. Yo la miré en su cuarto solitario como sobre ruinas y prendí mi lámpara de gracia y toqué mi música de ensueño. Y pienso que hice bien, porque entonces vi sus pasos desorientados seguir un rumbo fijo.

RECONOCIMIENTO

Yo quiero que el silencio se haga de piedra entre tus labios, para vivir más secretamente el amor de mis recuerdos.

Que tu canción tenga íntima la alegría de mi amistad, cerradas las puertas y echado el aldabón, cuando estás solitario en tu cuarto vacío.

Que así, me pondré a soñar con ella en los días de mi felicidad, sentada sobre la yerba húmeda, a la hora de la música matutina, y el espíritu del sol florecerá tus jardines estériles con una blanca florecilla de reconocimiento.

CIANA VALDÉS ROIG.

BIBLIOGRAFIA (*)

Ricardo A. Casado. (Redactor del Diario de la Marina). MEDITACIONES. 1922. Nuño y Compañía. Editores. Habana. 32º, 108 p.

Día por día ha ido naciendo esta serie de meditaciones del estimable periodista Sr. Casado. El autor tiene a su cargo la información del Palacio Presidencial en el periódico del cual es redactor. En las interminables esperas del salón próximo al despacho del Ejecutivo, ha tenido oportunidad de observar la caravana de pedigüeños insolventes y de encumbrados inverosímiles: la exposición lamentable de nuestra politiquería criminal o imprevisora. Bajo su mirada irónica los personajillos eran casos que reflejaba en *meditaciones*. Ese es el más vivo interés de las páginas pequeñas del libro: son como siluetas en cuyo trazado se hubiera entretenido un dibujante humorista. Han desaparecido algunos rasgos y sólo quedan los que denuncian la miseria humana, el cruce de la ambición y de la pequeñez vistas desde un alto mirador.

El libro lleva un prólogo del Dr. Mariano Aramburo y Machado. Un prólogo que el mismo meditador considera excesivo. El Dr. Aramburo hace afirmaciones que son además, impropias de él, de su elevación intelectual. No pueden el encono o la pasión desconocer la realidad, lo irrebatible de los hechos. Aquel a quien el prologuista llama filosofastro es el más insigne de los cubanos de la hora actual, insigne por su gran talento y por su vida austera. Buenas son las meditaciones del Sr. Casado; buenas por su sencillez, por su serenidad y por la modestia con que las expone. Habría bastado con decir eso, en una o en veinte páginas, añadiendo elogios al autor. Pero no había necesidad de lanzar una piedra, un guijarro inútil, contra la roca de una reputación indestructible.

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

LAS MEJORES COPLAS ESPAÑOLAS. Selección de V. García Calderón con un ensayo preliminar de Emilio Carrere. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard St-Germain. París. [1922] 32º, 176 p.

Bellamente editado, con el buen gusto que caracteriza a todas las publicaciones de Ventura García Calderón, este pequeño volumen encierra muchas de las coplas españolas que todos hemos oído con admiración en una fiesta, en el teatro o en la calle.

"La copla es la suprema elocuencia del alma popular." Así habla Emilio Carrere en el prólogo. "Y es que realmente la copla es un género superior, y el cantor popular ha de tener la llama de la inspiración pura y espontánea más que otro cualquier cultivador de la lírica."

Ventura García Calderón, en tres páginas concisas y claras, explica su trabajo de seleccionador. Se refiere a las colecciones eruditas en las que se encuentran coplas, soleares, seguidillas, etc., presentadas como insectos disecados. "Mariposas crucificadas con alfileres", dice. Y anuncia que en su manojo de coplas se encuentran "juntas la sonrisa de la cigarrera con la pena moruna que evoca muertes y puñales, la maldición gitana con la guasa andaluza, de manera que los mil dispersos balbuceos parezcan un solo poema, una sola queja, un solo canto del pueblo simbolizado y resumido en el Juan Tenorio."

El sentimiento popular está formado de impulsos: un gesto rápido, un suspiro, una queja fugaz como una interjección. El artificio del poema es desconocido entre las formas de expresión del pueblo. La copla interpreta a maravilla el alma estallante y a flor de piel que tan lindas composiciones ha dejado en las tradiciones de España. En cuatro líneas cabe una historia:

Te lleven al cementerio,
te entierren junto a un ladrón,
y yo escriba este letrero:
"No tenía corazón."

Está ahí todo un proceso de amor y desdenes o de pasión y traiciones, un drama que silencia el rimador en sus detalles y por ello es más sugerente.

Vayan más coplas que dirán al lector mucho más que todas las exégesis:

Si te tuviera en mis brazos
considera lo que haría:
tú eres mujer; yo soy hombre;
matar, no te mataría.

Esta noche he soñado
que te quería;
en mi vida he soñado
mayor mentira.

No pienses que yo te quiero
porque te miro a la cara;
que muchos van a la feria
por ver, y no compran nada.

De una costilla de Adán
hizo Dios a la mujer,
para dejar a los hombres
ese hueso que roer.

Una rosa entró en la iglesia
cogida con el rocío;
entró libre y salió presa,
casada con su marido.

Un loquito del hospicio
me dijo en cierta ocasión:
—Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

Emilio Gaspar Rodríguez. Los Conquistadores. (Héroes y sofistas). [La Habana. 1922?] 8º, 128 p.

En la tranquilidad del estudio, en los momentos en que el espíritu hastiado de pequeñeces y de sensaciones superficiales pide una lectura que le muestre una perspectiva hermosa y serena, se debe tomar este libro, hojearlo con atención y reflexionar sobre las enseñanzas de la historia que presenta el autor en párrafos flúidos y correctos.

Este libro es una meditación. Es el soliloquio de un pensador que va examinando con serenidad, con absoluto desapasionamiento, las encrucijadas sombrías del pasado para explicarse los errores y las caídas del presente.

Un prólogo, cuatro capítulos y un apéndice contiene el volumen. Después de la invocación a la Grecia eterna, irrumpen los férreos conquistadores que en nombre de España y de la religión turbaron el sueño secular de estas tierras americanas. Gaspar Rodríguez ha vivido en Flandes, en el escenario de los tercios del duque de Alba y don Luis de Requesens. Es cubano y sabe bien todas las vicisitudes de nuestra historia. En los libros, y en los legajos de los archivos, ha encontrado

pormenorizados los acontecimientos de la conquista hasta recomponer en su imaginación el cuadro tétrico de aquella sociedad ruda y arbitraria. Los conquistadores surjen como son: heroicos, fanáticos, amorales, egoístas, indisciplinados. En sus mismos escritores se basa el observador, en los que copian la realidad para llevarla al teatro, a la novela, al libro. Y de esas pinceladas extrae Gaspar Rodríguez esta conclusión irrebatible y justa: "Insigne obra fué, sin duda, descubrir un mundo; echar los cimientos de un Continente; darle una religión que lo orientase en lo moral; ofrecerle un idioma, limpio y puro, para cantar y perpetuar el pensamiento; traer a una raza que no conocía filosofía alguna, al seno de la civilización; pero esa grande obra, paralizada luego por el espíritu de tradición que vive contemplando en lo pasado, la mirada atenta en luengas calles destruídas, llorando a la vista de los mármoles destrozados, o recordando con Manrique el tiempo mejor que desapareció, ha hecho que la América no ostente todavía una unidad—aquella que debe traer la comunidad de raza, de religión y de aspiraciones políticas o históricas—que la haga fuerte y respetada de los demás pueblos: que aun se halle discutiendo y procurando resolver problemas que pertenecen al programa político de los siglos XVIII y XIX: que no se conozcan ni se amen, pueblos que son hermanos por la sangre y por el sentimiento: y, finalmente, que la nación que los descubrió y colonizó no tenga en nuestro corazón sino un recuerdo doloroso, y sombrío, y trágico: Moctezuma cautivo: Hatuey y Atahualpa muertos a fuego lento... y en nuestros brazos y en nuestros pies, la huella de los hierros de tres siglos de injusto y bárbaro castigo."

El capítulo siguiente trata de "Cervantes y el siglo XVI español", de las descripciones hechas por el gran español en que pinta a la sociedad de su tiempo. Gaspar Rodríguez cree que Cervantes reflejó mejor que ningún otro escritor a sus contemporáneos, los mismos que venían voraces a colonizar estos territorios de la América. El autor del *Quijote* nació en 1547, y en sus primeros años vió seguramente numerosas escenas que trasladó después a sus obras. Los hombres que en ellas viven son compañeros de los llegados a estos países.

"Martí" y "América" son los otros capítulos: dos trabajos llenos de observación y de interés. Pasan nuestras revoluciones como en síntesis por estas páginas claras y sinceras, nuestros hombres, nuestras virtudes y nuestros vicios. "Hondos problemas—dice—están todavía por resolver en América; problemas en que todos los pueblos americanos tienen, o deben tener, idéntico interés. Unidos los unos a los otros en estos empeños de adquirir una influencia mayor en los destinos de la humanidad, ¿quién podrá dudar que se obtenga? Somos una sola raza: tenemos, para entendernos y realizar nuestra misión civilizadora, un mismo idioma: idéntica oración entonaron nuestras madres para dormirnos en la cuna; iguales heroísmos supimos realizar cuando se nos negó el

derecho indiscutible de regirnos a sí propios: parecidas aspiraciones alimentamos en el fondo de nuestra conciencia, ¿por qué, pues, no hemos de estar unidos en esta obra suprema de raza y de cultura? Si nuestros problemas interiores no son uno mismo, ningún pueblo puede decir que los tiene idénticos a los de otro pueblo cualquiera, porque esto no es posible."

Es como una representación de la historia en pequeños cuadros: los conquistadores, su novelista, el Apóstol que se interpone entre el pasado y el porvenir, y la América, resultado de aquella conquista, de la fusión de múltiples elementos, como en un crisol maravilloso, y de aspiraciones e ideales que la llevarán a ser una fuerza positiva en el mundo.

Hugo Wast. LA CASA DE LOS CUERVOS. 83º millar. Buenos Aires. Agencia General de Librería y Publicaciones. Rivadavia 1571-73. Editorial Bayardo. Sarmiento 865. [1922]. 8º, 272 p.

No es este el novelar dulzón que en las familias iletradas tiene el campo propicio. Hay vigor, seguridad, calor humano en las pasiones, y hasta hay fiereza. No hará el novelista incursiones por determinados predios; no abordará problemas sociológicos que convendría tratar; y se recreará sólo en exponer algunos conflictos de almas, algunas tragedias de amor, y en pintar como cuadros adicionales escenas típicas: una elección, una hacienda, una intentona revolucionaria. Eso no puede motivar censuras, ni hacer que se incluya al escritor entre los innumerables folletinistas que satisfacen las imaginaciones pueriles en las largas veladas del hogar. Ha de ser considerado como una modalidad propia, y no como un defecto. Las novelas que conozco de Hugo Wast son fuertes descripciones de un medio vibrante, lleno de juventud y magníficamente orientado hacia el porvenir; reflejos de una sociedad nueva, emprendedora, pujante, confiada en el presente esplendoroso y en el futuro. Lo que es bastante para labrar y sostener el renombre de un autor.

Francisco Insúa es un capitán revolucionario, dueño de haciendas, hombre joven, vigoroso y de corazón sereno, que se propone derrocar el gobierno de Santa Fe. Viene de tarde en tarde a la ciudad, y cuando llega es para desencadenar una revolución, que fracasa por la escasez de elementos para la lucha y por la organización y el número de sus enemigos los gubernistas. El ex gobernador don Patricio Cullen y el banquero don Pedro Montarón son los jefes dentro del pueblo, y los que propician todas las intentonas de Insúa. La hija de Montarón ha entablado relaciones con Carmelo Borja, segundo jefe de la policía y cuñado del jefe Braulio Jarque. Para festejar el acontecimiento preparaba el banquero un baile al cual asistirían todas las personas sig-

nificadas de Santa Fe y entre ellas las autoridades, y ninguna oportunidad mejor para que en una sorpresa quedaran prisioneros los gobernantes. Insúa sale del baile a dar las últimas órdenes, pero tiene que enfrentarse con Jarque y Borja que han advertido su ausencia y lo siguen. Se ve en la necesidad de matarlos, aunque habría querido respetar la vida de Carmelo. La revolución pierde esa jornada, y el propio jefe tiene que separarse, gravemente herido, de sus tropas, a las que dispersa para salvarlas mejor de las persecuciones del gobierno. Iba solo con rumbo a su lejana hacienda, y bebía con fruición febril el agua de la laguna cuando divisó un grupo de soldado. Vaciló un poco entre hacerse matar o huir, pero el deseo de conservar su vida para intentar una venganza lo hizo lanzar su caballo hacia la inmensidad de la laguna y eludir las balas de sus perseguidores. Aunque se escapó, los soldados tuvieron la convicción de que no llegaría vivo a la otra ribera, y así habría ocurrido si Gabriela Borja, viuda de Jarque desde el día anterior pero ignorante de lo ocurrido, no hubiera salvado en su bote al ya desfallecido capitán, al que llevó a su casa y curó durante algunas semanas. Llamaban a la vivienda la Casa de los Cuervos, por la presencia de dos de estas aves que pastoreaban con gran destreza el rebaño de la finca. En la prolongada lucha con la muerte, Gabriela sintió que iba aficionándose a aquel hombre valiente, lleno de fama y de juventud. Era como la protesta de su vida primaveral unida sin amor a un sér indiferente y que la tenía casi abandonada. Insúa tampoco sabía de amor y se sintió atraído, a pesar de que experimentaba horror ante el sentimiento que lo acercaba a la misma mujer vestida por él de luto. Los espías del gobierno descubren el escondite del capitán, pero éste es avisado y escapa en otra fuga terrible en la que le incendian un bosque para cortarle toda la retirada. Al fin se salva, y cuando ha retornado a la Casa de los Cuervos y está dispuesta la ceremonia nupcial, se presenta Syra Montarón, la novia de Carmelo Borja, y con unas frases airadas hace imposible la unión. "Yo lo maté, pero voy a morir", dice Insúa, y parte a buscar la muerte, que halla al fin en medio de la última revolución en derrota.

Esa es la trama central, la que da cauce a la novela y que podría ser interesante por sí sola, pues en ella hay algunos personajes trazados con maestría, escenas notables, sucesos y pasiones. Pero tiene también la obra otras almas: Rosarito, la hija del maestro don Serafín Aldabas, prima de Insúa, que había vivido sus años primeros bajo la protección fraternal del muchacho fuerte y valeroso y que sentía por él un verdadero amor, traducido en una perenne zozobra y en una abnegación sin límites; el propio maestro, ejemplar bien pintado, con su manía inofensiva por el reloj Losada, el más fijo del pueblo, con su honradez intachable y su cariño por la hija sencilla y buena; don Simón de Iriondo, que vive sólo en unas páginas y cuya personalidad se destaca con rasgos indelebles; el teniente revolucionario Alarcón, que se cubre

con el "poncho" blanco de su jefe y monta en su caballo para atraer así a los enemigos y permitir la huída de Insúa; doña Carmen de Borja, que acalla sus resentimientos y da albergue al herido y accede a su matrimonio con la hija, a la cual casó antes sin amor; el indio José Golondrina, subalterno e implacable enemigo de Insúa, e hijo natural del propio padre de éste, que quiere destruirlo porque su nacimiento le quitó su derecho a heredar al rico estanciero. Y otras figuras más tienen todavía participación en el drama, o contribuyen a él, sin que el lector advierta el esfuerzo del novelista en llevar con naturalidad esa verdadera muchedumbre.

Es *La casa de los cuervos* un completo cuadro de costumbres que denota en el autor muy excelentes cualidades para evocar cosas y hechos pasados y personas ya idas y presentarlas, con sus nombres o no, pero propiamente y en forma tan viva que se siente su paso sin mucha violencia para la imaginación.

E. G. C.

La Habana, septiembre, 1922.

NOTAS EDITORIALES

EMILIO BACARDI MOREAU

Con el fallecimiento del señor Emilio Bacardí Moreau, ocurrido en Cuabitas (Santiago de Cuba), el día 28 de agosto último, ha perdido Cuba uno de sus mejores hijos y la República uno de sus grandes ciudadanos.

Prototipo de lo que puede y debe ser el hombre rico sinceramente patriota y a diferencia de otros muchos cubanos que llevados de un concentrado egoísmo sólo emplean sus riquezas bien o mal habidas, en goces de carácter sensual, para su satisfacción personal exclusivamente, o en fines de pública ostentación, para halago de una vanidad tan infundada como desmedida—, fué Bacardí un gran benefactor, tanto en la vida privada como en la pública. Practicó la caridad, sin exhibición, sin alardes, sólo por el placer espiritual—inefable para quienes son capaces de sentirlo—, de hacer el bien y remediar el mal. Eran innumerables las personas a las cuales, directa o indirectamente, socorría; y fueron muchos los cubanos que pudieron realizar empresas y negocios merced al auxilio pecuniario que les prestara el hombre altruísta y bondadoso que ha bajado a la tumba, en el mismo lugar donde había nacido el 5 de junio de 1844.

Patriota sincero y fervoroso; amante decidido de su región y particularmente de su ciudad natal, trató por todos los medios de coadyuvar en cuanta labor cultural y progresista necesitó de su ayuda personal o monetaria. Ninguna solicitud en este sentido fué nunca desatendida por él; por el contrario, su aportación fué en la mayoría de los casos voluntaria, espontánea y siempre generosa.

Como Alcalde Municipal de la capital de Oriente y Senador de la República por aquella Provincia, realizó una obra patriótica y progresiva, con perjuicio de sus particulares intereses. A él se debe la creación del Museo de Santiago de Cuba, donde actualmente se conservan objetos de gran valor científico e histórico, en gran parte donativos suyos. Precisamente en este mismo número de CUBA CONTEMPORÁNEA se publica la parte final del magnífico trabajo del Dr. Fernando Ortiz sobre *Historia de la Arqueología Cubana,* en la cual propone el autor que, como un justo homenaje a la memoria de Bacardí, se dé a aquel importante Museo el nombre de su iniciador y fundador.

Intelectual de gran cultura; escritor de pluma fácil y galano estilo, publicó varias obras de interés histórico y mérito literario, entre las cuales merecen citarse las *Crónicas de Santiago de Cuba,* en tres volúmenes, *Hacia tierras viejas,* notas e impresiones de viaje, el libro sobre *Florencio Villanova y Pío Rosado,* la novela *Vía Crucis* y varios dramas, alguno de los cuales se halla todavía inédito, sin haberse representado. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba y de la Academia Nacional de Artes y Letras, en esta última Corporación dió lectura, hace dos años, a una interesante conferencia sobre la Condesa de Merlín, que más tarde publicó en folleto.

A Bacardí se debe la erección del magnífico busto de Lambton Loraine, colocado en la avenida que lleva su nombre en la ciudad de Santiago de Cuba, e inaugurado el 19 de marzo de este año, habiéndose celebrado con tal motivo grandes festejos que costeó Bacardí con su propio peculio, dando pruebas, en la realización de este merecido homenaje a la memoria del noble e insigne marino inglés, de su inagotable munificencia. Y la muerte vino a sorprenderle cuando se disponía a realizar los mayores esfuerzos para conseguir otro de sus ideales y propósitos: la erección de un monumento a Carlos Manuel de Céspedes, el insigne prócer que dió el grito de independencia en Yara, el 10 de octubre de 1868, y a quien todavía no se ha levantado en territorio nacional una sola estatua, por la incomprensible indiferencia de nuestro pueblo y la inexplicable actitud del Congreso, que ningún empeño se ha tomado en honrar la memoria del mártir de San Lorenzo, digno mil veces de que su figura sea esculpida en mármol o bronce, y colo-

cada en sitio principal de la capital de la República por la cual sacrificó él su vdia.

Cuba Contemporánea, que siempre tuvo una gran estimación al ilustre cubano recientemente fallecido, creador de una gran industria nacional cuyo producto es conocido y solicitado en todo el mundo, consigna con sincero pesar en sus páginas el hecho luctuoso que motiva estas líneas, escritas con muy hondo sentimiento en memoria de quien fué uno de sus más distinguidos colaboradores.

HOMENAJE AL DR. MONTORI

El día 17 de septiembre último tuvo lugar en el restaurante del Hotel *The Ritz,* de esta ciudad, el banquete que, por iniciativa de Cuba Contemporánea, fué organizado en homenaje al Dr. Arturo Montori, con motivo del gran éxito alcanzado por la publicación de su magnífica obra sobre *El Feminismo Contemporáneo.*

Acogida calurosamente desde el primer momento la iniciativa de esta Revista, que cuenta al Dr. Montori en el número de sus principales colaboradores, no tardaron en adherirse al acto que en su honor se proyectaba muchas y muy distinguidas personalidades, de alta representación en la política, en la ciencia, en la literatura y en el periodismo, entre las cuales se contaron los señores Conrado W. Massaguer y Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Director y Jefe de Redacción, respectivamente, de *Social;* el Dr. José María Chacón y Calvo, Segundo Secretario de la Legación de Cuba en Madrid; el Dr. Fernando Ortiz que, por medio de un telegrama dirigido a Cuba Contemporánea desde la ciudad de Santiago de Cuba, donde accidentalmente se hallaba, fué uno de los primeros en adherirse al homenaje; el Dr. José Manuel Carbonell, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras; los Sres. doctor Miguel Angel Campos, Alberto Lamar Schweyer, Dr. Raúl de Cárdenas, Dr. Rafael Fernández y Dr. José Miguel Trujillo; el Comandante Alberto Barreras, Gobernador Provincial de la Habana; el Dr. Ramón A. Catalá, Director de *El Fígaro;* Sres. Carlos Loveira y Baltasar Pagés; Dr. Juan J. de Maza y Artola, ex Senador de la República; Sres. José Fernández Rodríguez, Benigno Santos,

Dr. Francisco Domenech, Srita. Isabel María del Monte; Dr. Alfredo M. Aguayo, profesor de la Universidad Nacional; Dr. Ramiro Guerra, profesor de la Escuela Normal de Maestros y redactor del *Diario de la Marina;* Sr. Ruy de Lugo Viña, Concejal del Ayuntamiento habanero y redactor del diario *Heraldo de Cuba;* Dr. José Miguel Trujillo, Dr. Luis A. Baralt, Dr. Ramón L. Oliveros; Dr. José M. Soler, profesor de la Escuela de Pedagogía; Sr. Arturo Montó; Dra. María Josefa Domezaín, Sra. Juana María Guardado, Dr. Gaspar Agüero, Sr. Rafael Huguet, Dr. Juan J. Remos, Dra. María Capdevila; Dres. Manuel Abril Ochoa y Domingo Rusynyol; Sres. Ernesto L. Oliveros, Francisco Gómez y Rovira, Enrique Rodríguez y Eliseo Bertrán y la Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, representada en el acto del banquete por su Director, Mario Guiral Moreno; Jefe de Redacción, Dr. Julio Villoldo; Secretario de Redacción, Sr. Enrique Gay Calbó; Administrador, Dr. Francisco G. del Valle, y los Redactores Dr. Ricardo Sarabasa y Dr. Leopoldo F. de Sola, a quienes acompañaron, además, en la celebración del homenaje, la Srita. Isabel Margarita Ordext, que con el seudónimo de *Ariel* escribe las interesantes Crónicas sociales del *Heraldo de Cuba,* y el Sr. Julio Céspedes, Cronista de *La Discusión.*

Presidió el acto, ocupando la cabecera de la mesa, el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, a cuya derecha e izquierda tomaron asientos, respectivamente, el Dr. Arturo Montori y el Sr. Ernesto López, Secretario del Gobierno Provincial, en representación del Gobernador, Comandante Barreras, quien por causas ajenas a su voluntad se vió imposibilitado de concurrir al banquete. Al final de éste, llegada la hora de los brindis, se levantó en su sitio el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, para explicar el motivo y la significación del acto que se celebraba, pronunciando con tal objeto las siguientes palabras:

Señores:

En momentos difíciles y aciagos para nuestra patria, tiene lugar este homenaje que CUBA CONTEMPORÁNEA *ha organizado en honor del doctor Arturo Montori con motivo del éxito alcanzado con la reciente publicación de su libro "El Feminismo Contemporáneo".*

El pueblo cubano, cuyos grandes esfuerzos e ingentes sacrificios por conquistar su independencia no han sido superados por ningún otro pueblo de la Tierra, se halla actualmente bajo la inquietante amenaza

de perder esa independencia y de que sufra su soberanía un eclipse, bajo la influencia y el predominio de elementos extraños, víctima de sus propias culpas y de las grandes responsabilidades que habrán de pesar siempre sobre aquellos que, en un largo proceso de disolución política, económica y social, lo han conducido a su presente situación, precaria y angustiosa en todos sentidos.

No es posible desconocer la gravedad del estado actual de nuestro ambiente. Nuestra sociedad se halla total y profundamente conturbada, por una subversión completa de todos los valores morales y por una labor de disolución, en la que participa, desgraciadamente, una parte de nuestra prensa diaria, que sin haber llegado, acaso, a pesar las consecuencias de sus campañas, realiza una obra enervante del sentimiento nacional, ya que de esa labor demoledora solo puede deducirse como consecuencia la incapacidad del pueblo cubano para el gobierno propio; porque no son únicamente incapaces de gobernarse por sí mismos los pueblos cuyos elementos directores carecen de preparación intelectual para afrontar y resolver sus propios problemas; ni aquellos otros cuyas masas populares, incultas, rebeldes e indisciplinadas, hacen imposible la consolidación de un orden social permanente; sino que también carecen de condiciones para gobernarse por sí mismos los pueblos donde no existen hombres honrados; donde todos los ciudadanos, desde el de más alta jerarquía hasta el de más modesto nivel, son incapaces de conducirse con rectitud y solo se mueven a impulso de bastardos intereses materiales, como pudiera pensar errónea e injustamente del pueblo cubano quien, desconociendo nuestro medio y a nuestros hombres, diera entero crédito a todo cuanto de ellos se dice y afirma en estos instantes en que la maledicencia, la difamación y la calumnia pretenden confundir a todos los cubanos en un solo concepto, echando a rodar junto con la de los presuntos culpables, también las reputaciones de quienes han sabido mantenerse honrados y dignos, sin más estímulo ni otra probable recompensa que la de legar un nombre puro y sin tacha a su familia y a su patria.

En medio de esta situación, conforta el ánimo y levanta el decaído espíritu saber que existen hombres modestos y laboriosos que, sustrayéndose a las impurezas de un ambiente corruptor y corrompido, dedican todos sus esfuerzos y sus horas de descanso, después de rendir la ímproba labor cotidiana del educador y del maestro, al estudio de arduos problemas; como lo ha hecho el Dr. Montori, dándonos como producto de su trabajo un libro valioso y notabilísimo, por su fondo y por su forma, pero sobre todo por sus tendencias, encaminadas caballerosamente a la defensa de la parte más débil del género humano, es decir, a la reivindicación y defensa de la mujer.

Es posible que, como ya dije en otra ocasión, haya diversidad de opiniones y de criterios entre los del Dr. Montori y los de quienes en estos instantes nos hallamos en derredor suyo, sobre algunos de los

puntos de vista sustentados por él en su obra; pero todos estamos de acuerdo en proclamar el mérito indiscutible de la misma, y en que ella representa el resultado de una sana labor, digna del estímulo que CUBA CONTEMPORÁNEA *ha tratado de darle al organizar este homenaje, el primero que se verifica por su iniciativa en los diez años que lleva de existencia.*

Doy, pues, expresivas gracias a cuantos se han adherido a este acto y en él nos han acompañado, ayudándonos a alentar en su labor a quien, como el Dr. Montori, en justicia lo merece; y muy especialmente las doy a las distinguidas damas que han tomado asiento a nuestro lado, dando con su presencia una prueba de que han sabido apreciar y comprender cuán grande es la deuda de gratitud que tiene contraída la mujer cubana con quien ha sido y sigue siendo entre los hombres su más gallardo defensor y su más esforzado paladín.

En frases elocuentes, plenas de sentimiento y rebosantes de sinceridad, contestó el Dr. Montori, declinando el honor que con aquel homenaje recibía y dando gracias efusivas a cuantos a él habíanse sumado. Hicieron uso de la palabra, después, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, el Dr. Juan J. de Maza y Artola y el Dr. José Manuel Carbonell, quien con su palabra, siempre elocuente y emocionante, puso fin al acto, del que se siente satisfecha justamente CUBA CONTEMPORÁNEA, cuya fué la iniciativa del mismo y la cual queda altamente reconocida a cuantos se adhirieron al homenaje hecho al autor del notabilísimo libro "*El Feminismo Contemporáneo.*"

NOTICIAS

La revista literaria francesa *Les Marges,* que dirige Eugenio Monfort, ha celebrado una curiosa "enquête" sobre el "estúpido siglo XIX."

Las respuestas de los numerosos literatos, artistas y hombres de ciencia, han sido favorables a la última centuria, que tan pródiga ha sido en hombres notables.

*

En París ha tenido lugar una interesante exposición de cien notables retratos de escuela francesa.

*

En Francia ha dado lugar a numerosas demandas el hecho de que algunos novelistas emplean nombres conocidos para sus personajes. Emilio Zola fué víctima de muchas de ellas; y recientemente acaba de fallarse en favor de Enrique Beraud, novelista autor de *Vitriol de lune,* un proceso que le seguía Ricardo Cantinelli, conservador de la Biblioteca de Lyon, por el uso de su apellido en la ya citada obra.

*

M. Albert Berthelot y Mlle. Danysz, del Instituto Pasteur, vienen realizando minuciosas investigaciones para comprobar si la diabetis tiene un origen microbiano, opinión que ha sido sustentada por el ilustre Metchnicoff.

*

El famoso pleito pendiente entre los herederos de Alejandro Dumas, padre, y su colaborador Augusto Maquet, a quien se le atribuye la paternidad de *Los Tres Mosqueteros,* ha sido fallado por la Sala tercera de lo civil, del Tribunal del Sena, en la siguiente forma: En lo que se refiere a que el nombre de Maquet fuera unido al de Dumas, no ha lugar, por ser cosa juzgada desde el pleito fallado en 1858. Y en cuanto a los derechos de autor reclamados por los herederos de Maquet, falla en favor de éstos, debiendo los herederos de Dumas liquidar todas

las cantidades percibidas a partir de 1908, fecha en la cual terminó el contrato celebrado entre los dos escritores.

*

Henry Bataille, renombrado autor dramático, recientemente fallecido, legó a la Academia Goncourt, de París, la renta anual de 10,000 francos para premiar "una pieza teatral inédita y no representada, a condición de que fuera humana y audaz."

La Academia no ha podido aceptar el legado, por prohibírselo el testamento de Edmundo Goncourt, en el cual se especifica que la Institución sólo puede discernir un premio destinado a un libro "de imaginación, en prosa."

*

Mme. Claude Ferval ha publicado una novela histórica titulada *La vie et la mort de Cleopatre.*

*

En junio último, fué colocada una artística placa en la casa que habitó Alfredo de Musset, en la calle Grenelle, 59, de París, desde 1824 a 1839; casa en donde fueron escritas los *Contes d'Espagne* y *Les nuits.*

*

El eminente escritor sueco Erik Sjoestedt, ha dedicado una obra a Francia, con el título de *El secreto de la sabiduría francesa.*

*

Acaban de traducirse al francés los dos volúmenes que forman las *Memorias* del Barón Schoen, embajador alemán en Francia, al estallar la guerra de 1914.

*

La crítica francesa pide que se celebre el centenario del famoso libro de Henry Beyle *(Stendhal)* titulado *De l'amour,* obra que al ser publicada tuvo tan poco éxito, que su editor llegó a decir: "Es verdaderamente sagrada, pues nadie la toca."

*

M. Leyssac prepara una traducción completa de los *Cuentos de Andersen,* con un prólogo de Edmundo Jaloux.

M. J. H. Rosny, el mayor, publicará la edición definitiva de su *Nell Horn.*

*

El señor Antonio Salandra, conocido hombre público italiano, ha publicado un volumen titulado *Discursos de la guerra.*

*

Según Paul Souday, notable crítico literario francés, "existe una crisis de la inteligencia y de la educación intelectual, que acabará por descorazonar al público."

*

El premio *Thiers,* consistente en 2,000 francos, ha sido discernido por la Academia Francesa a H. Leclercq, autor de la *Histoire de la Regence pendant la minorité de Louis XV,* en tres volúmenes.

*

Durante el último invierno, M. Depéret, profesor de la Facultad de Lyon, dió cuenta de una curiosa observación de dos farmacéuticos de Briançon, quienes, en 13 de marzo, vieron caer nieve de color rojo. Una vez analizada, comprobaron que esta nieve contenía partículas de polvo arcilloso, que se cree fueron llevadas a Francia por el viento proveniente de Africa.

*

En el teatro *Gymnase,* de París, se ha estrenado una comedia llamada *Barbe-Blonde,* original de los señores Bouvelet y Bradly.

*

En Bruselas ha muerto, recientemente, M. Ernesto Solvay, célebre sociólogo e industrial.

*

La folle jeune fille, novela de M. André Beaunier, ha sido calificada por la crítica, de obra un poco preciosa, pero ingeniosa y fina.

*

En España, donde los toros han hecho numerosas víctimas últimamente entre los toreros, y con motivo de la muerte de uno de éstos, Granero, el diputado Sr. Bastos pronunció un vehemente discurso contra las "corridas", las que calificó de "vergüenza nacional", y contra el público aficionado a estos sangrientos espectáculos, al que dedicó frases poco halagadoras para su inteligencia y cultura.

*

El Mariscal Henry Wilson, cuyo asesinato produjo tanta conmoción en Inglaterra, había nacido en 1864, en Carrygrane, población situada en el centro de Irlanda, en el Condado de Longford.

*

El gran estadista alemán W. Rathenau, recientemente asesinado, fué un excelente publicista, autor de numerosos estudios filosóficos y sociales, entre los cuales se destacaba la obra que lleva por título *Impresiones* y que tenía este epígrafe: "¡Escucha, oh Israel!"

*

Los comités francés y británico del tunel que ha de pasar por

debajo del Canal de la Mancha, continúan su labor de propaganda para que se realice este magno y útil proyecto.

*

Los señores Julio Renault y P. P. Lévy, de la Academia de Medicina de París, están experimentando una vacuna preventiva de la difteria.

*

Psychologie du féminisme es un libro de Mme. Léontine Zanta, con un prólogo de Paul Bourget.

*

Se ha publicado hace poco un libro titulado *Víctor Hugo en exile,* de Clemente Janin, excelente obra con retratos inéditos.

*

Las Ligas francesa y la Marítima y colonial, bajo la presidencia del general Mangin, se han reunido en el anfiteatro de la Sorbona, para iniciar una vigorosa campaña de propaganda en favor del ferrocarril transahariano.

*

Los hombres de ciencia franceses han conmemorado en la Universidad de París, el centenario de la tesis según la cual, en 1822, Bayle localizó la parálisis general, precisó sus síntomas y, sobre todo, la causa; y concluyó con el caos que existía en todo lo relacionado con las enfermedades mentales.

*

Histoire des Roumains de la Dacie trajane es una obra escrita en francés por M. Xénopol, profesor de la Universidad de Jassy.

*

La rue de la Paix, es una divertida novela, muy *parisién,* de M. Pierre Soulaine.

*

La distinguida escritora francesa Myriam Harry ha publicado, hace poco, *Le Tendre cantique de Siona,* cuarto volumen de la serie *La Petite fille de Jérusalem, Siona chez les barbars* y *Siona à Paris.*

*

La obra del Mariscal alemán Conrado Hoetzendorf titulada *De mi tiempo de servicio,* recientemente publicada, está considerada como una de las mejores fuentes de información para conocer los orígenes de "La Gran Guerra".

El libro hace referencia a lo acaecido entre 1906 y 1918.

*

Los señores Rosenthal y Kouindjy, distinguidos higienistas fran-

ceses, aconsejan, para combatir el insomnio, el empleo de los medios fisioterápicos, especialmente las duchas tibias y los baños de sol, que no afectan el organismo, como sucede con los medicamentos hipnóticos.

*

La famosa obra de Shakespeare *El sueño de una noche de verano,* excelente traducción de M. de la Fouchardière, ha sido representada en el teatro *Odeon,* de París.

*

Recientemente ha visto la luz en Madrid una publicación que lleva por título *La Gran Revista* y que está dirigida por Manuel Bueno y Mariano Benlliure.

*

Bajo la presidencia de Eduardo Gómez de Baquero, ha comenzado a funcionar en Madrid, la "Asociación española de escritores", de reciente creación.

*

La Real Academia Española de la Lengua prepara una nueva edición de su diccionario, que promete ser más completa y acabada que las anteriores.

*

Durante los días 23 a 30 de agosto último, se ha reunido, en Buenos Aires, la *International Law Association,* bajo la Presidencia del Dr. E. G. Zeballos, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Justicia y Culto y distinguido publicista argentino.

*

La República del Ecuador ha celebrado con el mayor entusiasmo, el primer centenario de la batalla de Pichincha, ganada por el que más tarde fué el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, el 24 de mayo de 1822.

*

El autor chileno Armando Moock ha estrenado hace poco, en Buenos Aires, un drama titulado *La araña gris,* que no ha sido del agrado de cierta parte de la crítica bonaerense.

A su vez, el Dr. Vicente Martínez Cuitiño, aplaudido autor argentino—dado a conocer en Cuba por la insigne actriz Camila Quiroga—, ha estrenado en la capital argentina una pieza dramática llamada *El segundo amor,* especie de alegato en favor del adulterio, según el decir de algunos críticos.

*

La Liga de los Derechos del Hombre, en España, se ha dirigido al Director General de Seguridad de Madrid, pidiéndole que sean

conducidos los presos en forma más humana que la empleada hasta ahora.

*

Revista de Derecho Internacional es el título de una publicación que ha comenzado a editar en La Habana, por acuerdo del Consejo Directivo del Instituto Americano de Derecho Internacional. La Revista está dirigida por el Dr. Antonio S. de Bustamante, secundado por el Secretario de Redacción Emilio Roig de Leuchsenring.

*

La Asociación de Pintores y Escultores de La Habana prepara una Exposición de Arte retrospectivo y el Segundo Salón de Humoristas. Al propio tiempo, acaba de inaugurar una clase de Modelo vivo, que ha sido muy bien recibida por los elementos artísticos.

*

El Gran Premio de Literatura de la Academia Francesa, consistente en 10,000 francos, ha sido otorgado a M. Pierre Lassere.

La novela titulada *L'homme traqué* de Franco Carco, obtuvo el premio de 5,000 francos de la propia Institución.

*

Para ocupar el sillón vacante por la muerte de Emilio Boutroux, ha sido electo por la Academia Francesa M. Pierre de Nolhac; la vacante de Denys Cochin, ha sido cubierta por Georges Guyau.

En cuanto al sillón de Jean Aicard, no pudo obtenerse mayoría a pesar de haberse efectuado cinco escrutinios.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO X

Tomo XXX. La Habana, noviembre 1922. Núm. 119.

LAS NOVELAS DE CARLOS LOVEIRA

I

La personalidad literaria del autor.

ON tesón ejemplar y libro a libro, ha ido labrando su reputación de escritor, imponiéndose a la atención de nuestro reducido, tanto como incrédulo mundo intelectual, este recio y complicado pensador que acaba de promover la espectación pública, lanzando a su consideración la tercera de sus inquietantes producciones, verdaderos alegatos revolucionarios, disfrazados con la suave vestidura novelesca.

El conocimiento verdadero de la vigorosa y muy compleja personalidad literaria de Loveira se alcanza solamente leyendo con cuidadosa atención todos sus libros, procurando desentrañar entre los movidos incidentes de la farsa que sus personajes representan, el hábito vital que los anima, procedente de los más íntimos anhelos de regeneración moral y social que bullen en la conciencia rebelde del autor.

Loveira no es un literato de corte académico, formado en el tibio ambiente de la escuela y del libro, sino más bien un apasionado idealista, forjado en la ardiente fragua de la adversidad, de la vida bohemia y revolucionaria, en la que fué lanzado desde muy joven por su carácter inquieto, refractario al acatamiento y

a la dócil sumisión, tan fácil y propicia para los espíritus mediocres.

Así, su mentalidad no ha sido moldeada por la muelle y debilitadora influencia de la cátedra, sino por la vigorizadora acción del esfuerzo muscular y mental estimulado en la lucha directa con las dificultades de la vida, reforzada por el estudio desordenado y accidental del auto didacto, que tal es y no otra cosa nuestro novelista, lo que los ingleses llaman con expresión de plasticidad insuperable un *self made man.*

II

El cultivo de la novela en Cuba.

Si se intentara fijar la genealogía literaria de este escritor, sería preciso salvar con el pensamiento, de un solo vuelo mental, todo el tiempo transcurrido desde Cirilo Villaverde hasta la fecha; personaje éste con el cual, por extraña coincidencia, tiene Loveira semejanzas sorprendentes. De ambos puede decirse que han sido, con la débil excepción de Raimundo Cabrera, los únicos cultivadores de la novela político-social cubana, y si quisiéramos buscar algún libro capaz de aparearse, sin demérito de consideración, con *Cecilia Valdés,* tendríamos necesidad de escoger a *Generales y Doctores* y posiblemente, aunque en segundo término, a *Los Ciegos,* la novela recientemente publicada.

En la historia de las letras cubanas, no ocupa lugar de gran relieve el cultivo de la novela.

Después de Cirilo Villaverde no aparece en Cuba ningún novelista digno de tal nombre hasta llegar a los contemporáneos.

Gertrudis Gómez de Avellaneda escribió sus novelas lejos de Cuba y están fuera, en general, de todo ambiente cubano; no es posible exceptuar ni siquiera la artificiosa y de todo punto falsa, *Sab.*

Durante mucho tiempo no aparecen en Cuba sino tentativas aisladas: *Francisco,* de Anselmo Suárez; *El cólera en la Habana* y *Una pascua en San Marcos,* de Ramón de Palma; *La Feria de la Caridad,* de José R. Betancourt; *En el Cafetal,* de Malpica; *Frasquito,* de J. de Armas; *El Fatalista,* de E. Pichardo; *el Separatista,*

de López Bago; *Razón y Fuerza,* de Francisco de A. Cabrera; *Leonela,* de Nicolás Heredia, y la, apenas conocida, *Predestinación,* de Concepción Galarraga de Salazar *(Flora del Valle),* editada en Barcelona en 1890.

Una excepción hubiera podido hacerse en favor de Teodoro Guerrero, Francisco Calcagno y Ramón Meza, si la fantasía creadora y la evocación estética de estos escritores hubieran correspondido a su laboriosidad y buenos deseos.

En la era republicana, la misma desafección al cultivo de la novela persiste entre nuestros escritores y apenas es posible anotar algunas aisladas tentativas: *Martín Pérez,* de Montagú; *Elisa del Monte,* de R. Ruilópez; *La Conjura,* de Jesús Castellanos; *Humberto Fabra,* de José A. Ramos; *Purita del Rosal,* de M. Villaverde; *Los Diablos Amarillos,* de Adrián del Valle; las encantadoras novelitas infantiles publicadas con el título de *En el país azul,* por Consuelo Montoro *(Beatriz del Este); El Cobarde* y *El Dolor,* de J. J. López; *Vía Crucis,* de Emilio Bacardí; *La Gozadora del dolor,* de Graziella Garbalosa, y algunos otros que quizás he olvidado.

Algunos escritores cubanos han podido desplegar libremente su fecundidad en el cultivo de la novela, gracias a su permanencia en el extranjero, y quizás al olvido, siquiera literario, de su condición de cubanos: así puede decirse de Zamacois, Bobadilla, Insua y Catá. Literariamente, estos escritores no nos pertenecen y con seguridad debemos creer que gracias a esta circunstancia su nombre figura victoriosamente entre los grandes cultivadores contemporáneos de las letras castellanas.

Y para hablar de los novelistas contemporáneos en Cuba, preciso es circunscribirse a los tres esforzados paladines, verdaderos héroes literarios: Raimundo Cabrera, Miguel de Carrión y Carlos Loveira.

Héroes les llamo, pues el hecho mismo de las numerosas tentativas realizadas, algunas de ellas de sobresaliente mérito, indican que la escasa persistencia de los escritores cubanos en la tarea de novelar, obedece principalmente a causas económicas, antes que a causas puramente psicológicas, como la falta de aptitud o de gusto para esta clase de producciones literarias.

La novela es probablemente el género literario que más es-

fuerzo requiere de parte del autor; todos los grandes novelistas modernos han llegado a serlo gracias a un empeño constante de especialización y a la consagración de su actividad mental al trabajo novelesco; pero esto sólo es posible cuando el autor obtiene la remuneración suficiente, con la venta de sus obras, para sostenerse o al menos compensar el rendimiento que su actividad empleada en otras tareas pudiera proporcionarle.

Y tal aspiración es totalmente irrealizable en Cuba; aquí, el escritor que logra rescatar la cantidad invertida en la impresión de sus obras, es un verdadero afortunado, favorecido por el público.

Y en tanto las circunstancias que determinan este hecho (entre las que deben contarse principalmente la escasa población cubana, de la que más del cincuenta por ciento es analfabeta, y la escasa afición a la lectura de los cubanos semicultos) no se modifiquen, no es posible aspirar a una transformación de nuestras perspectivas literarias.

III

Las tres novelas de Loveira.

A la luz de todos los antecedentes mencionados, es preciso juzgar la producción literaria del escritor al que están dedicadas estas líneas, y a quien, sin limitaciones suspicaces, es preciso considerar como un novelista de fuerza y vocación, cuando ha podido llegar a su tercera novela, sin haber obtenido de las anteriores más recompensa que el renombre literario alcanzado con la ayuda de los periodistas amigos, condescendientes en dar la noticia de la aparición de sus libros; que hasta la verdadera calificación crítica es de difícil obtención para un escritor cubano, sea favorable o adversa, por la ausencia de esta función especializada en nuestras empresas periodísticas, y el esfuerzo ingrato que toda persona no habituada a su cumplimiento, debe realizar para llevarla a cabo con escrupulosidad apreciable.

Los Inmorales. Al aparecer esta su primera novela en 1919, Loveira era un desconocido entre los escritores cubanos. Sin antecedentes, sin recomendaciones de ninguna clase había entregado las cuartillas de su libro en la redacción de Cuba Contemporánea

y gracias a la circunstancia de encontrarse formada la redacción de esta revista por un grupo de jóvenes literatos de elevada evolución mental, libres de todo fanatismo dogmático y de espíritu abierto a todos esos valores ideales de la civilización moderna, la novela fué acogida con verdadera efusión simpática y lanzada al público por la misma Sociedad Editora de la revista.

Ya desde el título, el lector se siente orientado hacia la tesis del libro, puesto que, en definitiva, pronto se advierte que se trata de una novela de tesis. Su lectura sugiere fuertemente el procedimiento de su construcción: primeramente la idea abstracta envuelta en la ironía del título, después el argumento dispuesto en demostración de la tesis y finalmente el desarrollo.

El título tiene un sentido evidentemente irónico: la inmoralidad, ante el convencionalismo hipócrita de las gentes que por su número y posición forman la opinión social, antes que por la verdadera indignidad de la conducta, si se saben encubrir sus apariencias, guardando, según la frase usual, *las formas,* cuidadosamente, está constituída por la rebeldía del comportamiento de los espíritus sinceros, capaces de pasar por encima de las hipocresías sociales y marchar ostensiblemente de acuerdo con su ideal de vida, repugnando toda concesión al fariseísmo burdo del rebaño.

Este pensamiento se desenvuelve en un argumento escasamente complicado: un hombre y una mujer, jóvenes ambos, ya casados al conocerse y ambos ansiosos de una forma de vida superior a la mezquina que el destino se ha dignado permitirles, se encuentran, sienten cómo la pasión se adueña de sus ánimos y se unen, rompiendo violentamente, ya que la legalidad no les ofrece vías adecuadas, sus compromisos anteriores. Desde entonces, su existencia es un *vía crucis,* repudiados en todas partes, a medida que estos antecedentes van siendo descubiertos.

Como se ve, el pensamiento es atrevido y antes que una demostración en favor de leyes amparadoras del divorcio, parece una declamación partidaria del predominio de las pasiones en el gobierno de la conducta humana o, dicho de otro modo, de la subordinación de las consideraciones sociales y el respeto de los derechos ajenos, dependientes de nuestra sanción, a la conquista de la felicidad personal, ley suprema del egoísmo humano.

Tesis ésta sumamente discutible, aun dentro del criterio más

radical, y, por cierto, que en el caso preciso en que el autor coloca al protagonista de su novela, al abandonar una hija, juntamente con su esposa, para huir con la mujer amada, la ironía implícita en el título no puede menos que sufrir un gran quebranto.

Generales y Doctores. No extinta aún la vibración simpática producida en nuestro ambiente literario por la publicación de *Los Inmorales,* apareció en 1920, la segunda novela, titulada *Generales y Doctores.*

La alusión contenida en el título va rectamente dirigida a un hecho peculiar de nuestra bulliciosa y espectacular política interior: la prerrogativa de preeminencia que la posesión de las doradas estrellas o del diploma universitario ha concedido a sus afortunados poseedores en la brega electoral.

No obstante, el curso de la novela no justifica el título, con gran ventaja para el valor literario de la obra. El desarrollo del argumento está distribuído en cinco grandes cuadros, agrupados en torno de los accidentes principales ocurridos en la vida del protagonista:

1º La infancia deslizada en la pintoresca ciudad de Matanzas, entre la bodega de un tío y la escuela de primeras letras, magníficos bocetos de la vida colonial, avalorados por las siluetas buriladas con arte sorprendente, del invariable tipo del bodeguero, inaccesible a los embates del progreso, y aquel maestro de escuela, tosco, sucio y famélico, a cuyo tipo estamos amenazados de volver, por la inverosímil involución de todas nuestras instituciones nacionales.

2º El idilio de la adolescencia, en el cuadro inundado de luz, de la pequeña villa provinciana, con sus detalles pintorescos, las retretas domingueras, la timba permanente y los mítines políticos.

3º Un sobrio boceto de la vida de los emigrados cubanos en New York, durante la guerra de independencia, picarescamente matizado con un *flirt,* a la americana, salpicado de picantes incidentes, entre el héroe de la novela y una emigradita que utiliza a las mil maravillas el autor, para dar algún movimiento al monótono curso de los amores de sus protagonistas.

4º El relato de una expedición *filibustera* y la permanencia en un hospital de sangre, desenvuelto con expresiva y fácil plasticidad, realzado por regocijados tonos humorísticos cargados espe-

cialmente en torno de un coronel de Sanidad Militar, en el que han debido sentirse aludidos más de uno, entre nuestros encumbrados prohombres, astros fulgentes en el tachonado cielo de nuestra ubérrima República. La novela propiamente dicha, termina aquí. Sin embargo, el autor agrega un episodio más, el

5º y último. Cuadro al agua fuerte de la incongruente y corrompida política en que los cubanos de la actual generación adulta dilapidamos la mayor parte de nuestra actividad, sin otra consecuencia que envenenar más cada día nuestro ambiente nacional y destruir, con acelerados golpes de piqueta, el escaso crédito exterior que aun nos queda, resto del conquistado ante el mundo durante las epopeyas revolucionarias.

Los Ciegos. Revelación curiosa del conflicto psicológico planteado en la subconciencia del autor entre sus aptitudes artísticas y su avasalladora propensión doctrinaria.

En *Los Inmorales,* ambas fuerzas psíquicas aparecen casi equilibradas; creo que fué Arturo de Carricarte quien le hizo notar la forma demasiado ostensible en que allí aparecía "el canevá en que borda sus dibujos".

En *Generales y Doctores,* el artista se desborda; los cuatro primeros cuadros de la novela son escorzos admirables, donde resplandecen la capacidad observadora del autor, su poderosa visualización y una fresca emotividad, que ilumina y vivifica así las figuras humanas como los más nimios detalles del ambiente.

Y, ahora, en *Los Ciegos,* sin que las cualidades artísticas y creadoras del autor aparezcan totalmente anuladas, pues lo que es natural y espontáneo en la condición psicológica de un escritor, inevitablemente resplandece en sus escritos, sí se advierte el predominio de la efervescencia ideológica provocada por el hervor de sus propias pasiones partidarias.

Realmente, en *Los Ciegos,* la trama novelesca es lo secundario; y lo principal, la formidable declamación anticlerical y socialista que circula como un soplo inflamado al través de sus páginas ardientes.

La tesis anticlerical se desarrolla en torno de un matrimonio de gentes adineradas; la tesis socialista con motivo del noviazgo entre la hija mayor de este matrimonio y un obrero empleado en el ingenio del padre de la muchacha.

Como escenario, la ciudad de Matanzas y la casa de vivienda del ingenio. La simpática ciudad parece predilecta del autor, por la frecuencia con que la adopta como fondo de sus animadas farsas novelescas. El drama empieza con el matrimonio de un joven hacendado, a quien el autor se esfuerza por hacer figurar como personaje inteligente y adicto a la lectura bien orientada y sustanciosa, sin que el lector llegue a convencerse de ello en ningún instante, con una muchacha de la *buena sociedad* matancera, del tipo tan corriente hace veinte años en este medio social: costumbres caseras; mentalidad atónica y amorfa; instrucción, la proporcionada en los colegios religiosos a base de historia sagrada y catecismo, y como complemento ineludible de tan brillantes condiciones, fanatismo hasta la exaltación y subordinación incondicional al cura.

Entre el marido incrédulo pero tolerante y la mujer-títere manejada desde el confesionario, no tarda en surgir la inevitable discordancia y sus secuelas naturales: la separación, dentro del domicilio conyugal, el alejamiento del marido y la aparición de la mujer-querida, como elemento complicador del drama.

El aspecto socialista del conflicto se inicia cuando la hija mayor de este *matrimonio del diablo* (aquí representado por un tal Padre Zorrínez que es una maravilla de plasticidad y dinamia psicológica) se enamora de un obrero bien plantado y mejor parlante, instruído, morigerado, de proceder irreprochable y fuerte talento natural por añadidura, conductor de multitudes y famoso redactor de manifiestos; en fin, una verdadera joya, hijo legítimo del legítimo matrimonio entre el romanticismo socialista del autor y su robusta vena doctrinaria, amorosamente enlazados en el más ardiente anhelo de proselitismo.

En rigor, preciso es añadir un quinto personaje, llamado en la novela *Cuco*, que sin estar totalmente desenlazado de los ya mencionados conflictos, no puede considerarse mezclado íntimamente en ninguno de ellos, pero que el autor utiliza al final de la novela para desahogar por su boca el torrente de ideas que se desborda en su pensamiento y que no ha podido expresar satisfactoriamente en las cuatrocientas páginas anteriores. Así sucede que, prácticamente terminada ya la novela, todavía se dedican casi cincuenta páginas a una exposición, disimulada en un diálogo, de

las ideas que el autor sustenta sobre los conflictos sociales provocados por la agitaciones proletarias.

Por cierto que esta particularidad es característica en las tres novelas mencionadas; en todas ellas, con predominio más o menos decisivo de uno u otro de los dos elementos ideológicos que se disputan la supremacía en la compleja mentalidad del autor, se desliza la trama novelesca con sus variadas peripecias hasta alcanzar el desenlace perseguido.

Pero entonces, con asombro del lector, el novelista cierra las compuertas de su imaginación y de su emoción estética, y abre el grifo de su capacidad especulativa, de su formidable potencia dialéctica, e inicia una aguda crítica de las normas morales, políticas o sociales en vigor, con la expresión más o menos precisa de sus propias soluciones en los aspectos de la conducta humana analizados.

En *Los Inmorales,* es la última conversación entre Caín Romero y el protagonista Jacinto, la utilizada para esta disertación doctrinaria; en *Generales y Doctores,* todo el último capítulo está dedicado a la crítica, un tanto dramatizada, de la corrupción política y administrativa que infecciona nuestro ambiente, y en *Los Ciegos,* los dos últimos capítulos, casi íntegramente están ocupados por diferentes diálogos entre el hacendado Ricardo y su cuñado, el iconoclasta, bohemio y revolucionario *Cuco,* en cuyas palabras vierte el autor todo el caudal de sus opiniones sociológicas.

Con lo cual, el vigor artístico de las novelas pierde todo lo que el autor quiere hacerles ganar en potencia doctrinaria.

IV

Las novelas de tesis.

Consignado el hecho, poco valor puede tener mi criterio personal acerca de la legitimidad literaria de la llamada, en la fraseología crítica moderna, *novela de tesis.*

Entre tantas opiniones como se han expresado en la controversia suscitada en torno de este hecho literario, una opinión más, sobre todo por mía, poca importancia puede tener; no obstante,

como nada me fuerza a rehuir su expresión, no tengo tampoco inconveniente en consignarla.

Como todos los productos de la actividad humana, éste hay que juzgarlo desde el punto de vista de su existencia, de su justificación y de su trascendencia.

Por lo pronto, la novela de tesis es un hecho literario absolutamente afianzado y consagrado por muchos grandes maestros en el arte de novelar.

Las tres grandes series de las novelas de Zola: *Los Rougon, Las Tres Ciudades* y *Los Cuatro Evangelios,* pueden incluirse en esta categoría; al través de la primera se desenvuelve una sola tesis fisiopatológica; en la segunda, una tesis psico-religiosa y en la tercera, tantas como libros componen la serie: *Fecundidad, Trabajo, Verdad* y *Justicia.*

Observación semejante puede hacerse de las obras de otros grandes novelistas, como *Resurrección,* de Tolstoi, casi todas las de Eça de Queiroz, a pesar de la sutil ironía que las matiza, muchas de Anatole France, gran número de las de Blasco Ibáñez, y casi la totalidad de las de Galdós.

En esta misma corriente literaria ha lanzado sus resonantes obras Henri Barbusse, cuya última novela *Clarté* ha producido tan viva impresión en el mundo literario.

El mismo Paul Bourget, en su segunda etapa con sus novelas impregnadas de unción católica ¿no ha derivado en esta misma dirección? Creo inútil citar más ejemplos, que por su abundancia nada agregarían al punto de vista aquí expresado, dada la calidad de los autores en cuyos nombres apoyo mi opinión.

¿Está justificada la novela de tesis en una verdadera necesidad literaria?

Con razón se ha dicho que la novela contemporánea ha venido a sustituir a la antigua epopeya, de imposible manifestación en nuestros días, dada la enorme complejidad alcanzada por los elementos integrantes de nuestra civilización, cuya expresión adecuada sería imposible de cristalizar en una obra poética.

Las antiguas epopeyas pudieron expresar los rasgos característicos de la civilización de una raza, de un pueblo o de todo un momento histórico, por la simplicidad psicológica y sociológica de

los fundamentos en que se apoyaba la existencia colectiva de aquellos grupos humanos primitivos.

La enorme producción novelesca de nuestros días tiende a llenar esta función. El novelista intenta expresar en cada una de sus producciones un fragmento del mundo natural y social que se refleja en su conciencia; pero en esta reflexión psíquica es inevitable que se mezclen los elementos líricos propios de toda naturaleza humana, especialmente si está realzada por un temperamento emotivo, especulativo o estético de alguna fuerza.

La obra que resulta de este esfuerzo artístico es tanto más valiosa cuanto más ampliamente contiene la expresión de un aspecto de la existencia humana, con sus palpitaciones físicas, con su efusión sentimental, con su efervescencia ideológica, con todo el ardimiento que el choque de las pasiones y la contraposición de los anhelos producen en la convivencia de las criaturas que nos llamamos racionales. Y como la vida está llena de misterios, la inteligencia humana no cesa de construir hipótesis, para explicar su existencia, para justificar sus desequilibrios, para prever su desarrollo ulterior.

El novelista no puede sustraerse a esta necesidad psicológica y es raro que una gran novela no contenga algún elemento hipotético, convertido en tesis por la adhesión del escritor, ya que su impulso artístico lo arrastra a darnos no tan sólo una reproducción de la vida, sino una interpretación acerca de ella, tan amplia y tan profunda como la fuerza de su intuición analítica y estética le permitan.

Y, en el fondo, esto es una tesis novelesca; una hipótesis fisiológica o psíquica, moral, religiosa o sociológica que el escritor adopta y, o bien la dramatiza totalmente, o la diluye con más o menos habilidad en el conjunto de la trama que constituye la novela.

Por esto, en opinión mía, la presencia de una tesis, en una obra novelesca, en nada disminuye su valor artístico y más bien constituye un elemento de realce, siempre que su mantenimiento o desarrollo no embarace la acción dramática fundamental, o contribuya a debilitar la tensión estética que debe vivificar desde la principal figura humana de la obra, hasta sus más nimios e inanimados accidentes.

V

Las tesis de Loveira.

No debe ser, pues, motivo de tacha literaria para Loveira su propensión doctrinaria, su irresistible inclinación a dramatizar sus tesis.

Sí me parece necesario, en cambio, introducir un tanto el escalpelo en el procedimiento de trabazón que el autor establece en sus obras entre los elementos dramáticos y los elementos doctrinales que las constituyen. Pues a veces, dicho sea con sinceridad, su fervor partidarista cae sobre su inspiración artística, no precisamente a manera de combustible vivificador, sino con acción semejante a la que puede producir en una gran hoguera, un buen chorro de agua fría.

Su procedimiento se parece mucho al de Zola, en *Los Cuatro Evangelios,* novelas que calificó Doña Emilia Pardo Bazán (con espíritu de justicia bastante avinagrado por su intransigencia católica) de *lingotes de plomo.*

Pero, huyendo de la exageración, que no podemos sancionar las personas no alarmadas por la adaptación sacrílega del título, preciso es reconocer que la fiebre *apostólica* del gran escritor amortiguó de modo considerable su inspiración artística, mucho más fresca todavía en novelas anteriores, no menos tendenciosas que estas últimas, como *Lourdes, Roma,* y *París.*

Las novelas de Loveira también se resienten del afán de proselitismo que atormenta al autor. Con frecuencia, el volumen de las ideas invade todo el campo de su capacidad mental, y en la pugna por encarnar en la expresión, la inspiración artística se doblega y los párrafos cargados de doctrina se suceden prolongadamente, bien, en consideraciones directas del autor, bien disimulados en diálogos más o menos oportunos.

Y puesto que estamos en presencia del hecho, creo ineludible aceptarlo como tal y estudiarlo en su propio valor, es decir, por la consistencia filosófica o sociológica de las ideas que el autor sustenta.

Ya hice mención, en líneas anteriores, del sentido que él concede (y en el que es preciso interpretarla), a la tesis moral de la primera obra.

Si el autor se hubiera limitado a presentarnos el caso de sus protagonistas como un estudio meramente artístico, nada habría que decir. El artista clava su vista en la naturaleza, el fenómeno sorprendido se proyecta en su conciencia, aureolado y embellecido por la energía idealizadora de su espíritu, y de allí lo proyecta al exterior revestido del mágico ropaje de la expresión literaria.

En este caso la interpretación moral, religiosa o sociológica del asunto dramatizado en la novela es cosa totalmente secundaria; y nuestras calificaciones circunstanciales de las cosas y los hechos no pueden arrogarse autoridad suficiente para entorpecer la inspiración del artista, creador, observador o idealizador de la realidad material o espiritual de la naturaleza.

Pero nuestro novelista, toma un partido, se erige en apasionado propagandista, y perora ante el público, defendiendo sus doctrinas.

Y, en estas circunstancias, la inmunidad artística desaparece, él mismo renuncia a ella y, virtualmente, plantea una discusión. En primer término ¿cuál debe ser el móvil fundamental de la conducta humana: el logro, la propia felicidad, egoístamente perseguida aun a costa del sacrificio de todos los obstáculos exteriores, aunque éstos estén constituídos por la adhesión, la confianza y los anhelos de dicha de seres que han puesto su existencia en nuestras manos, o la subordinación y el sacrificio de nuestros apetitos y aspiraciones, cuyo cumplimiento puede transformar en venturosa una vida torturada por el hastío, pero que exige el abandono de criaturas inocentes cuya seguridad ha sido puesta por el destino bajo nuestra protección? ¡He aquí una tremenda alternativa!

De un lado el propio sacrificio; del otro, la inmolación de seres cuya existencia está totalmente cobijada bajo nuestra responsabilidad, ingenuamente confiada a la ternura de nuestros sentimientos protectores.

La moralidad o inmoralidad de un acto humano, debe ser apreciada según las consecuencias que de él se desprendan para las personas sobre las que, de algún modo, recaiga. Como sostiene el Dr. Varona en su libro *Fundamento de la Moral*, la moralidad es un resultado de la vida en sociedad.

Desde este punto de vista, las acciones humanas pueden ser clasificadas en tres grupos: morales, amorales e inmorales.

Y el único criterio científico posible para decidir acerca de la moralidad o inmoralidad de un hecho de conducta, debe estar fundado en las consecuencias que él acarree para las personas que con su autor conviven.

Porque la convivencia social impone limitaciones a la propensión expansiva de cada individualidad, en cuanto ella pueda ser dañina a las demás individualidades con las cuales se encuentra en relación.

Y a la luz de este criterio, es evidente que todo acto ocasionador de un daño ajeno, es inmoral.

Y este es el caso del protagonista de *Los Inmorales.* Teórica y doctrinariamente, no puede sostenerse la rectitud de su conducta, y, por esto, el título le conviene con toda plenitud, sin matiz irónico de valor alguno.

No serían pertinentes estas consideraciones si el autor se hubiera propuesto tan sólo tomar un caso, de los muchos que la vida real ofrece, y expresarlo en forma artística, dramatizando las diversas fases de su desarrollo; he aquí, por cierto, una ocasión incomparable para penetrar con el análisis psíquico, en el oscuro fondo donde se agitan y resuelven los trágicos conflictos de la pasión, motores permanentes de las aberraciones y violencias de la conducta humana.

Pero tanto como me siento inclinado a rehuir mi sanción a los puntos de vista doctrinales sustentados en este libro, soy arrastrado por la compenetración simpática de mi pensamiento a compartir todos los demás, expresados en las últimas novelas.

¿Qué cubano cuya ilusión patriótica no haya sido en absoluto triturada por las decepciones, fatalmente invasoras del espíritu, ante la conducta insensata de aquellos hombres mismos, constituídos por sí o por consecuencia de nuestros vaivenes políticos en depositarios del ideal de independencia, de vida noble y justiciera, que inspiró los momentos más brillantes de nuestra existencia colectiva; qué cubano ansioso de legar, a sus hijos un hogar seguro en esta patria tan penosamente conquistada y tan ciegamente destruída, no ha de sentir, como el autor de *Generales y Doctores,* el espíritu estrujado por la crispadura de la indignación ante el de-

rrumbe de todos los soportes orgánicos y morales de nuestra nacionalidad, abatidos por la brutal desaprensión de aquellos mismos a quienes el pueblo incauto ha confiado su custodia? Un anhelo de reivindicación patriótica alienta en las últimas páginas de la novela; ante el cuadro de podredumbre que los ojos del protagonista contemplan, al fijarse en el espectáculo que ofrecen las instituciones públicas, el autor, por boca de su personaje, termina su libro con estas palabras de enérgico optimismo, saturadas de serena confianza en la fatalidad del bien, en la regeneración futura:

Podré. Iré lenta, pero confiadamente; con la esperanza puesta en las nuevas fuerzas que ya germinan en fatal subordinación al determinismo de las cosas. Soy optimista, por el Pueblo; aunque en la dura senda a recorrer tengamos que detenernos a cantarle el "Más cerca de ti, Dios mío", al primer ensayo de República, comida como por un cáncer por la plaga funesta de los generales y doctores.

De mayores y más hondas raíces en las entrañas de nuestra vida social, son quizás los problemas que el escritor aborda en la novela *Los Ciegos*. En la breve descripción hecha en párrafos anteriores ya indiqué los dos núcleos indeológicos en cuyo torno están agrupados los incidentes dramáticos que la componen: el anticlericalismo y el socialismo.

En la primera parte de la novela se desenvuelve el cuadro de un matrimonio destruído por el fanatismo de la mujer y la lenta suplantación, que en su espíritu se realiza, de su adhesión al marido por la subordinación al taimado y tortuoso, pero en definitiva torpe, director espiritual.

El problema del clericalismo, es decir, el peligro de la influencia de las corporaciones clericales, que tan funesta ha sido en el mundo, en la vida política y social de los pueblos modernos, va de capa caída, cada día con rapidez mayor. La iglesia católica es hoy, casi exclusivamente, una gigantesca empresa industrial, económicamente sostenida por la enorme cantidad de riqueza que aun conserva como herencia del pasado.

Su valor ideológico es ya extremadamente exiguo y sus fundamentos filosóficos han sido en absoluto triturados por la media docena de verdades bien definidas que la ciencia ha logrado establecer.

Pero todavía quedan, aquí y allá, núcleos sociales de conside-

ración sometidos a su influencia; en Cuba ha logrado conservar la adhesión de la mujer pseudoilustrada de la clase media y de la frívola y psíquicamente estéril, que florece en la alturas económiças de la sociedad.

Pero sobre esta base ha levantado una organización excelente, que perfecciona cada día, y con la cual actúa sobre regiones cada vez más extensas de nuestra sociedad.

Con el apoyo de la mujer, sostiene sus grandes colegios de primera y segunda enseñanza que, aparte de constituir un próvido y abundante manantial económico, contribuye a mantenerla en relación con numerosos elementos sociales distinguidos, ligados a ella por los lazos sentimentales de los recuerdos juveniles y por lo que facilita los éxitos menudos, en el bregar ingrato de la lucha por la vida, una expresiva recomendación del señor Obispo o del Rector de Belén.

El autor de *Los Ciegos* ataca este problema con brío presentando las funestas consecuencias que la codiciosa intromisión del cura provoca en un matrimonio, que de otro modo hubiera quizás sostenido el equilibrio suficiente para haber cumplido su función biológica, de reproducirse y criar a los hijos, sin entorpecimientos de consideración.

Muestra así, el autor, la necesidad de arrancar a la mujer de las garras del fanatismo y de la influencia clerical, para que su espíritu pueda abrirse totalmente a las suaves y confortadoras efusiones del amor al hombre, a la naturaleza y a la vida.

El resto del libro es de tesis francamente socialista. Observemos, de paso, que esos problemas sociales, derivados de la estructura económica de la sociedad, provocan sin duda en el pensamiento y en el ánimo del escritor, la mayor suma de reflexiones y preocupaciones, a juzgar por lo saturado que de ellos aparecen siempre sus personajes favoritos, en todas las novelas.

No existe en el mundo, actualmente, un peligro mayor que el constituído por la agitación de las multitudes laboriosas, hartas de soportar una existencia totalmente desprovista para ellas de aliciente material y espiritual.

En estos momentos, y con intensidad creciente, la actitud del proletariado va tomando orientaciones definidamente revolucionarias, y muy poderosas organizaciones laboran sin cesar, en el mundo

entero, por provocar el cataclismo en que ha de hundirse para siempre el régimen capitalista, bajo cuya bárbara opresión gimen hoy, no sólo las muchedumbres desheredadas, sino los mismos valores ideales, depurados en siglos de elaboración espiritual, que constituyen, para toda inteligencia distinguida, el acervo más valioso de la ostentosa e inexistente civilización moderna.

Ante esta pavorosa perspectiva, la plutocracia, adueñada en todas partes de los resortes del Poder, no encuentra más solución que los fusiles y las ametralladoras, sin acordarse de que estos mortíferos instrumentos son también manejados por los hijos de sus propias víctimas, los cuales, a semejanza de lo ocurrido en Rusia, pueden, en cualquier instante, enfilarlos contra ellos.

De toda su trama novelesca quiere el autor desprender un llamamiento a la sensatez y al instinto de conservación de todos los obcecados por el fanatismo, por el interés egoísta y por la intransigencia, para hacerles comprender el verdadero sentido de la evolución social, y las transformaciones inevitables que deben sufrir en su estructura las sociedades modernas para evitar una ruptura brusca de los soportes materiales en que descansa la civilización, y con ello, años de grandes sufrimientos, semejantes a los que soporta hoy el pueblo ruso, víctima escogida por el destino para ensayar en él las nuevas fórmulas revolucionarias de organización social.

Los ciegos, en el pensamiento del autor, son los obcecados, aquellos cuya capacidad mental, impotente para resistir la presión de los viejos prejuicios, alzarse del acatamiento pasivo a los absurdos dogmas consagrados por la tradición o disipar la niebla desprendida del fanatismo partidario, marchan deslumbrados por la obsesión de las visiones de su propia fantasía, totalmente inasequibles a los rudos y urgentes llamamientos de la realidad social.

Ciega es Dña. Benigna, la infeliz fanática, víctima de la educación monjil y de su absurda sumisión al cura trapacero, cuya intromisión torpe y codiciosa culmina en el naufragio de un matrimonio que él quiso convertir en ocasión de provecho para el cepillo de su iglesia.

Ciego es Don Ricardo, engreído por sus millones, cerrando las vías de la felicidad para su hija, culpable por haberse enamorado de un hombre de condición humilde. Ciego es el anarquista ca-

talán, apodado *El León,* empeñado en arrastrar a los obreros por las vías de la violencia, siempre soñando con revoluciones fantásticas, en la ilusión de hacer brotar una conflagración universal de cualquier pequeña huelga encaminada a conseguir unos centavos de aumento en el salario.

Todos ellos perecen, víctimas de su propia obcecación. Dña. Benigna, destrozada por los sufrimientos; Don Ricardo, asesinado por *El León,* quien quizás soñó en aquel momento abatir de un golpe todo el régimen capitalista; y *El León,* muerto también, en el mismo instante, a presencia de *Cuco,* el filósofo y sociólogo de la novela, gran definidor de soluciones para los conflictos sociales, verdadero *medium,* en quien gusta de encarnar el espíritu del autor, siempre ardiente en apostólico entusiasmo.

VI

Complejidad de la personalidad literaria de Loveira.

Poco a poco, he pretendido dilucidar en el transcurso de estas páginas, con el análisis de los elementos objetivos depositados en los libros, las condiciones características de la compleja personalidad literaria de su autor.

Complejidad que, lejos de mantenerse estática y definitiva, evoluciona sin cesar, produciendo la impresión de un movimiento, cuyo término no se vislumbra todavía.

En definitiva, creo que la determinación de estos elementos psíquicos puede constituir la parte más interesante en un estudio que sobre él y su obra se intente, no sólo por lo que su discriminación ayuda a comprender e interpretar los diversos valores artísticos e ideológicos que se funden en estas novelas, sino por la esperanza que en ellas puede fundarse de la próxima aparición de nuevos libros, sucedidos en creciente perfección.

De las mencionadas características psicológicas, creo que las más influyentes en el valor estético de estos libros son aquellas que se revelan en las siguientes circunstancias psico-literarias: el estilo, el poder de visualización, la riqueza emotiva, el vigor ideológico, la orientación revolucionaria y la intuición artística para combinar los elementos constitutivos de la trama novelesca.

a) *El estilo.* La factura literaria de los libros de Loveira es una consecuencia resultante de peculiaridades muy vigorosas de su dinamia mental.

La idea y la imagen destacan su contenido, en el pensamiento y en la fantasía del autor, con tal exceso de pujanza, que la trasmutación al lenguaje expresivo de su amplitud interna o de sus contornos exteriores, se convierte en proceso secundario.

El autor concibe, absorto en la contemplación del mundo fantástico cuyos elementos brotan del manantial fecundo de su imaginación creadora, pero al lanzar al exterior sus concepciones, le parece desdeñable la tarea de combinar perifollos para ornar la vestidura con que los presenta al público.

Por esto, el estilo peca con frecuencia de aridez excesiva; todo adorno retórico, todo flirteo de lenguaje, parecen sistemáticamente proscritos de las páginas, demasiado severas y grises a menudo.

Un purista podría repudiar al autor, además, su tolerancia con los vocablos y expresiones de modalidad criolla; los cubanismos saltan por doquiera, no sólo en el diálogo, ajustado, por ley literaria, al verismo riguroso, sino en las disertaciones donde él mismo toma la palabra.

Que protesten los puristas, y que los señores de la Real Academia se vayan enterando del caudal de nuevas voces que los pueblos americanos arrojamos sin cesar al torrente del idioma.

A decir verdad, entre la sequedad estilística de este escritor y las contorsiones y malabarismos vargavilescos con que atormentan la expresión muchos malaventurados tartarines de las letras, me quedo con la primera.

Esto no quiere decir que el autor no sepa preocuparse en lo absoluto de matizar un tanto la monorritmia de su estilo y purificarlo de pequeñas floraciones parasitarias que conspiran contra su tersura y lucimiento, tales como el abuso de paréntesis importunos, frases demasiado vulgares, prodigalidad de pronombres enclíticos y otras menudencias parecidas.

b) *El poder de visualización.* La aptitud expresiva constituye una condición indispensable en todo creador de una obra literaria; pero su sola presencia, de ningún modo es suficiente para convertirlo en escritor.

No basta saber decir; preciso es, tener algo que decir. Y la

actividad del pensamiento no se despierta sino a virtud de los estímulos producidos por la naturaleza circundante, de la onda emocional, que vivifica y multiplica las imágenes de la fantasía o por la concentración de la conciencia, en el análisis de las relaciones entre los hechos que los sentidos han logrado sorprender.

Loveira posee todas estas aptitudes en grado sobresaliente.

Es, en primer término, un agudo observador; su poder de visualización es inagotable; no hay detalle que escape a la penetración de su mirada; así sus personajes, como el escenario en que se mueven, están acabadamente dibujados; tipo que él presenta o paisaje que describe, no se borran ya del pensamiento del lector, ante el cual se alzan con el plástico relieve propio de las cosas vivas.

¿Quién, después de leídas, puede olvidar las escenas de *Los Inmorales,* situadas en los insignificantes pasillos de un hotel provinciano, donde el protagonista empieza a merodear en torno de la incitante mujer, que aparece ante sus ojos como compañera inseparable de aventura ocasional y que acaba por adueñarse de todos los resortes de su voluntad adormecida?

No es posible citar; al través de todas las novelas fluyen en sucesión inagotable, los tesoros conquistados por la penetrante pupila del autor en sus andanzas por el mundo, y el lector, hipnotizado, recorre los ciertos o fantásticos países, por donde al novelista le place conducirlo.

c) *La riqueza emotiva.* Otro de los grandes alicientes de estas novelas se encuentra en la riqueza de matices emotivos con que el autor pone en movimiento a sus personajes.

Pero su clarividencia psicológica se agudiza en el análisis de los motivos eróticos o pasionales.

No puede pedirse mayor exactitud y minuciosidad que las empleadas en el estudio del proceso de transformación de la inclinación amorosa, operada en el protagonista de *Los Inmorales,* desde la simple picadura del deseo, a la vista de una pantorrilla bien torneada, descubierta al descuido, por una mujer sentada en una mecedora, vuelta de espaldas al espectador, hasta el desencadenamiento de la pasión absorbente y avasalladora, que hace olvidar todas las normas de prudencia, torcer el cauce de una vida y ahogar hasta el sentimiento paternal, tan ineludiblemente vigo-

roso en el corazón de todo padre no turbado por la cegadora fiebre de una obsesión pasional.

En realidad, el elemento literario más valioso, en cada una de las tres novelas, está representado por el desarrollo del idilio que constituye el núcleo de la acción dramática.

Los amores de Jacinto y Elena, en *Los Inmorales,* de Susana e Ignacio, en *Generales y Doctores,* y de Adolfina y Alfonso Valdés, en *Los Ciegos,* constituyen los episodios más interesantes en cada una, verdaderos focos de suave y poética luz que irradian su fulgor sobre todo el resto de los incidentes novelescos, tejidos por el autor en torno suyo, trasmitiéndoles algo del encanto que de ellos desborda, como de toda creación producto de una emoción honda y sincera, y de una inspiración estética finamente depurada en el crisol de una vigorosa fantasía.

Aun en la última novela, donde, bien dilucidados sus diversos valores, la doctrina sociológica y revolucionaria debe ocupar el lugar primero, el episodio de la pasión amorosa entre la hija del hacendado y el obrero escritor de manifiestos y perorador de mítines, a pesar de la ligera violencia de su inicio, constituye un cuadro dramático de tan subyugadora belleza, que él sólo bastaría para dejar borradas, inundadas en la dorada claridad que de él fluye a raudales, faltas literarias mucho mayores que las menudas observadas en ella por la crítica.

La precisión de los matices eróticos revela la presencia de un temperamento rico de voluptuosidad, en el autor; así como la delicadeza y la poesía derramadas en muchos incidentes ponen de manifiesto una irresistible y espiritualmente acariciada propensión idealista y soñadora.

Aquí me figuro yo que se encuentra el secreto de la general simpatía con que son estas novelas acogidas; del agrado con que el público las lee, y del mohín aprobador con que hasta las lectoras más románticas terminan el último libro, después de haber titubeado en las disquisiciones anticlericales que acompañan a la exposición de las dificultades provocadoras del fracaso en el matrimonio de Ricardo y Benigna y de haber suspirado de fatiga al abrirse paso a fuerza de atención entre la cerrada prosa doctrinaria de sus cincuenta páginas postreras.

d) *El vigor ideológico.* Muchos lectores en la impaciencia por

perseguir los incidentes, con seguridad habrán saltado por sobre párrafos enteros y hasta páginas completas, menospreciando las disquisiciones del autor, en torno de los problemas psicológicos, morales o sociológicos suscitados al correr de la trama novelesca.

Quienes hayan caído en esta tentación, ellos se lo han perdido, porque el autor es un pensador original y vigoroso. En sus andanzas por el mundo, la experiencia ha friccionado su inteligencia con fuerza suficiente para hacerla adquirir la poderosa penetración que la caracteriza; y la afición al estudio de los problemas sociológicos ha concluído de ilustrarla copiosamente, con el conocimiento de todas las doctrinas que pretenden trazar cauces propicios al agitado existir de las colectividades humanas vivientes en nuestros días.

En opinión de muchas personas, no debe ser utilizada la novela como medio de expresión de teorías morales o sociales; éstas deben tener su campo propio en el ensayo o en el estudio exclusivamente doctrinario. Pero esta manera de pensar no es unánimemente compartida, puesto que dichas teorías brotan en el pensamiento ante la consideración de los problemas humanos, y el problema humano, en el hervir de la existencia, es y debe ser el objeto fundamental de la novela, producto del anhelo del autor, pensador y artista al mismo tiempo, por ahondar un tanto más en el abismo de misterio en que la vida del hombre está encerrada.

e) *La orientación revolucionaria.* Toda la ebullición ideológica del pensamiento de Loveira está fundamentalmente influída por su orientación revolucionaria, tanto en los problemas morales como en los relacionados con la estructura social. La moral que hoy impera en el mundo ha sido elaborada por los grandes dominadores de la multitud, que han querido afianzar su predominio y la seguridad de sus dinastías, trasmutando la actitud de acatamiento de los desposeídos y humillados, en una artificiosa noción del deber, firmemente incrustada en su conciencia.

Es deber del pobre respetar la propiedad del rico, aunque ella sea el producto de la explotación disimulada o el más violento despojo. Es deber del débil acatar la decisión del poderoso, hombre o pueblo, que puede imponerla, si la persuación no basta, por la fuerza. Es deber del siervo obedecer los mandatos del señor, por humillantes y abrumadores que sean, puesto que de él depende el alimento que lo nutre, aunque este alimento sea el pro-

ducto del trabajo personal del siervo y nada haya puesto en él la ociosidad del amo.

Es deber de la mujer acatar la superioridad del hombre y mantenerse casta en el celibato y fiel en el matrimonio a fin de que su señor y dueño se encuentre seguro en cuanto a la legitimidad de su descendencia.

He aquí en qué corto número de obligaciones esenciales descansa toda la formidable armazón de las normas morales que tradicionalmente han gobernado la existencia de las colectividades humanas, desde los tiempos más remotos hasta nuestros agitados y demoledores días.

Toda la obra de la revolución moderna, desde hace siglo y medio, va rectamente encaminada a destruir en su raíz estas bárbaras imposiciones de la fuerza y a sustituirlas por normas de justicia a cuyo amparo la vida de los débiles pueda desarrollarse y florecer con tanta seguridad como la de los fuertes.

Y bajo cuya influencia, el odio y la tensión combativa que hoy mantienen en actitud de hostilidad a las razas distintas que pueblan el mundo; a los pueblos en que se han fragmentado las razas; a las clases en que se ha subdividido cada pueblo; a los grupos formados en el seno de cada clase social a impulsos de los antagonismos económicos y aun a los mismos individuos dentro de cada grupo, amargados por el choque de los intereses encontrados, se transforme paulatinamente en un impulso de atracción que coordine todos los esfuerzos armónicamente encaminados a la conquista del bien común.

En este choque entre las formidables fuerzas conservadoras del pasado y el ímpetu renovador de las tendencias revolucionarias, estamos cogidos todos los hombres de pensamiento o de acción que existimos en el momento actual.

Se es revolucionario o conservador en cuanto la actividad del pensamiento o la solicitud del interés obligan a la adopción de una actitud determinada. Sólo la multitud amorfa es indiferente, arrastrada una vez, de manera indistinta, bajo el uniforme del policía o del soldado a ser guardadora del orden, y al día siguiente, bajo la blusa del obrero a lanzar la bomba o a disparar el rifle sobre el piquete armado.

En esta formidable disyuntiva, el autor de *Los Inmorales* y *Los*

Ciegos se coloca resueltamente del lado de la revolución, hombro a hombro de cientos y miles de soñadores que viven en el mundo y se alzan rebeldes contra la imposición de las normas absurdas que todavía pretenden gobernar la vida humana.

Así, dispara sus libros a manera de proyectiles cargados de explosivos, rectamente encaminados a la conciencia del lector donde deben producir su demoledor efecto, destruyendo prejuicios y hábitos de sumisión, luengamente arraigados, pero iluminando con sus fulgores fascinantes la visión de un porvenir más propicio a la justicia y menos cruel para la vida humana que el presente.

Y no se crea que el revolucionarismo de Loveira tiene relaciones con la obsesión de barricada y bomba que atormenta a los sectarios del anarquismo; lejos de esto, él concibe la posibilidad de una transformación social mediante un proceso de lenta pero firme evolución, que conserve para las generaciones herederas el tesoro de la organización material, acumulada por el esfuerzo humano durante muchos siglos, sin sacrificar ninguna generación en el cataclismo revolucionario que ha de volcar el régimen económico-social.

Toda la tesis de *Los Ciegos* está inspirada en este fundamental propósito: poner en evidencia los grandes peligros que la actitud intransigente de las clases antagónicas entraña para los valores de la civilización y la necesidad en que ellas se encuentran de coordinar su esfuerzo para dar paso a los grandes cambios sociales y económicos, inevitables en la estructura de las colectividades humanas, sin sacrificios excesivamente dolorosos.

Empeño de generosidad ilimitada y de éxito escasamente probable ante la ceguedad de las fuerzas en conflicto: de un lado, la clase capitalista, insaciable en su ambición; de otro, la multitud trabajadora, irritada por sus grandes sufrimientos, harta de soportar sobre sus espaldas toda la armazón enorme de la producción social, sin participación alguna en su disfrute; y, en medio, los núcleos intelectuales, abstraídos, por lo general, en sus empresas profesionales, aspirando más bien a elevarse hacia la burguesía, que a poner su atención en el dolor del pueblo.

Hasta que el estallido revolucionario haga abrir todos los ojos, desmesuradamente.

f) *La disposición técnica de los elementos constitutivos de la trama novelesca.* De está circunstancia ya hice una ligera mención anterior; insisto en ella, porque además de establecer las fases principales de la evolución que en las tres novelas se advierte, deseo señalar algunos de sus aspectos de verdadero interés.

Cuando en *Los Inmorales* se propuso el autor expresar su pensamiento acerca de los problemas de ética sexual, palpitantes en nuestra vida moderna, procuró la dramatización de sus teorías con empeño persistente al través de todo el libro, esforzándose en lograr el desprendimiento de su tesis de la acción directa de sus personajes, de las peripecias que brotan en torno suyo al chocar de su conducta con las vilezas y los prejuicios propios de sociedades embrionarias, saturadas todavía de la propensión intolerante y fanática propia de agregado social inculto.

Solamente en las últimas páginas, según hice notar ya, se debilita la inspiración dramática del autor y no ciertamente porque la fatiga invada la actividad de su espíritu, sino porque su ebullición ideológica hierve con demasiada fuerza, excitada, sin duda, por la consideración constante de los conflictos tejidos por la propia fantasía; y entonces toda la inteligencia se deja arrastrar por el aluvión de las ideas y, desde este momento, todas las páginas restantes quedan conquistadas por las disertaciones doctrinarias que brotan del pensamiento en raudal inagotable.

Ya hice notar anteriormente cómo este mismo hecho se repite, aunque con intensidad distinta, en *Generales y Doctores* y en *Los Ciegos*.

Y esto indica, sencillamente que, en Loveira, la capacidad reflexiva, la aptitud pensadora es, por lo menos, tan vigorosa, como la inspiración artística.

Siendo cosa sorprendente, que la inevitable fricción de dos fuerzas intelectuales tan distintas, en pugna por el dominio exclusivista de la mente, no haya terminado por la debilitación y hasta el sometimiento de una de ellas.

Tan elásticas y vivas como las más lozanas de *Los Inmorales* son las escenas culminantes de *Los Ciegos*. Las formidables descripciones de las huelgas incluídas en uno y otro libro, nada tienen que envidiarse, entre sí. Aquellos paseos de los amantes, capturados por el diablillo de la voluptuosidad, que los precipita, un escalón

tras otro, hasta sumergirlos en la hoguera abrasadora del deseo, aparecen con tanto vigor en la primera como en la última novela. La misma intensidad de luz y colorido en los paisajes; la misma fruición estética, al destacar con sobria pincelada, en medio de una escena, la profundidad azul del cielo, el polvo dorado de la luz solar ondulando en el ambiente, la esmeralda de la vegetación circundando el paisaje y cerrando el horizonte.

El artista y el pensador hablan alternativamente en las páginas de estos libros y sus voces, al través del tiempo, nada pierden de su sonora frescura, de las amplias y graves inflexiones que entrelazan sus ritmos al difundirse en el espacio.

La obra maestra puede todavía salir, saldrá seguramente, de una pluma tan activa y perseverante, con un poco de cautela, por parte del autor, para conducir la actividad de su espíritu, de acuerdo con las principales exigencias técnicas de la creación artística.

VII

Conclusión.

En definitiva la impresión que todo lector obtiene en la lectura de estos libros, por escasas que sean sus aptitudes analíticas, es que se encuentra en presencia de creaciones novelescas de verdarero vigor, de obras literarias en que por sobre los pequeños inconvenientes de carácter técnico, resaltan las aptitudes creadoras del autor, la vivacidad de su inspiración artística y la profunda originalidad de sus ideas.

¿Qué más se puede pedir a un escritor, pensador o artista, y, como en este caso, ambas cosas a la vez?

Entre los novelistas cubanos, ha logrado Loveira colocar su nombre en prominente lugar, y, sin hipérbole, a tanta altura, como el que más haya alcanzado.

Y no puede dudarse que sus obras figurarán entre las más notables de la literatura americana.

Las personas que sentimos viva admiración por sus brillantes aptitudes literarias y el natural afecto que sus nobles cualidades personales inspiran a todo el que tiene la satisfacción de honrarse

con su amistad valiosa, esperamos con la más impaciente vehemencia la aparición de sus producciones próximas, seguros de encontrar en ellas el mismo deleite estético, semejantes motivos de emoción y las renovadas emociones ideológicas, a que nos han acostumbrado ya sus novelas anteriores.

ARTURO MONTORI.

DOMINGO DELMONTE

(Conferencia leída por el señor Elías José Entralgo en el "Colegio de Arquitectos" de La Habana, el 8 de abril de 1922, en la velada organizada por la "Sociedad de Conferencias de alumnos del Instituto.")

Sr. Presidente de la Sociedad de Conferencias de Alumnos del Instituto; Señoras y señores:

IENE el incomparable idioma castellano, tan rico en vocablos como exacto y preciso en la aplicación de los mismos; tiene el hermoso y variado léxico en que escribiera Cervantes su obra inmortal y ante cuya grandeza exclamara, embriagado de admiración Lope de Vega: "Aquí no llega ninguna lengua del mundo; perdónenme la griega y la latina"; tiene la lengua que comparte con la italiana la herencia directa del vigoroso lenguaje del Lacio, una palabra que, a pesar de pronunciarla constantemente desde que abrimos los ojos con los intensos rayos del sol hasta que los cerramos bajo los pálidos reflejos de la luna, nos parece siempre nueva; una palabra que en su brevedad y sencillez resume los más caros afectos del corazón, sintetiza las más complejas manifestaciones del cerebro, y es en todo lugar y en todo momento un alto exponente de afabilidad y buen trato con nuestros semejantes: "Gracias".

Sí; gracias muy efusivas y sinceras os damos los disertantes de esta noche, jóvenes organizadores de la Sociedad de Conferencias de Alumnos del Instituto, por la benévola protección con que habéis acogido nuestros modestos esfuerzos; y acaso esas gracias sean como intérpretes, a manera de ecos débiles y lejanos, de

otras expresiones de agradecimiento: las que os envía la Patria por la noble y levantada labor cultural que acabáis de realizar en los críticos momentos actuales. Con ello no habéis hecho más que confirmar una de las tantas máximas brotadas de la pluma del Apóstol de las libertades patrias, que después de fijar su atención en nuestras mentes, pobladas de ilusiones, y en nuestros corazones, repletos de desinteresados afectos, afirmaba: "Los estudiantes son el baluarte de la libertad y su ejército más firme."

Pensando en esa Patria, que debe ser nuestra obsesión constante, he escrito los párrafos de esta conferencia. Al través de los lentes del extranjero se tiene una falsa noción de nuestro desenvolvimiento científico y literario. Se supone generalmente que embelesados por la fresca brisa del mar que nos circunda; extasiados en la contemplación de nuestra exuberante vegetación; respirando, en un clima delicioso, el grato aroma de nuestro tabaco y saboreando la dulzura de nuestro azúcar, solamente hemos producido una falange interminable de mediocres versificadores, que en unión de algunos poetas inspirados se han dedicado a cantar ese admirable conjunto de bellezas naturales que nos prodigara el Creador...

Mas, para refutar tan absurda creencia no he de acudir al tan gastado tópico de citar todas las glorias de que, en las distintas ramas del saber, podemos legítimamente enorgullecernos. El hecho tiene justificación si nos fijamos en multitud de causas étnicas, históricas y sociológicas.

Salta a la vista, en primer término, esa ingénita apatía, esa indolencia mental, heredada de nuestros progenitores, que parece darnos alientos para acometer con brío y entusiasmo todo género de empresas; pero que transcurridos los primeros momentos vamos rápidamente perdiendo, por lo cual nuestras iniciativas y esfuerzos suelen quedarse a medias.

Después, nuestro pasado colonial se caracterizó por el más absoluto abandono en punto a la divulgación de la enseñanza y propagación de la cultura, trayendo como consecuencia necesaria la total carencia de alientos y estímulos para el cubano talentoso y amante del estudio.

Tales causas y la escasez de público lector produjeron fatal e inevitablemente un efecto: casi todas nuestras más sólidas figuras

intelectuales bajaron al sepulcro sin dejar a la posteridad una obra que constituyese—en las diversas materias a las que respectivamente dedicaron sus energías—como la consagración definitiva de sus esfuerzos en el catálogo del renombre universal.

Artículos esparcidos en periódicos y revistas de la época; discursos y conferencias publicados en folletos escasamente conocidos; explicaciones tomadas en la cátedra y en gran parte inéditas; cartas a parientes y amigos. Esa es la bibliografía de nuestros grandes hombres, excepción hecha de los que se dedicaron al cultivo de la poesía y que, por las múltiples facilidades que brinda tan vasto terreno de la imaginación a los que son sus elegidos, tuvieron más ocasiones de triunfar.

La labor que nuestros predecesores del siglo XIX entregaron al olvido, nos está encomendada, como obra de reparación y de justicia, a los cubanos de la presente generación. Hurgar en los archivos; desperdigar y acopiar, al mismo tiempo, en las bibliotecas; buscar en lugares diversos el caudal inmenso de datos que existen: he ahí la síntesis de nuestra tarea reparadora.

Y entre los dignos de esa póstuma exaltación se destaca, como astro resplandeciente, mi biografiado de hoy—espíritu selecto, hombre verdaderamente superior, de los que caracterizan y distinguen a una época y son punto de partida en el desenvolvimiento de un período histórico.

En Maracaibo, hermosísima ciudad venezolana (capital del estado de Zulia), que se extiende en una faja angosta a la orilla izquierda del gran Lago; fundada por el capitán Manso Pacheco en 1571 con el nombre de Nueva Zamora de San Sebastián; rodeada de frondosos bosques, abundantes en maderas de universal renombre; habitada desde los primeros tiempos por una población trabajadora y amante de la estética, como lo evidencian sus muchas industrias, su extendido comercio y sus notables edificios públicos, nació Domingo Delmonte (1) el 4 de agosto de 1804.

Los trastornos políticos de Venezuela—según unos—, el haber sido nombrado oidor honorario y auditor de la ciudad de La Ha-

(1) "Este apellido suele verse de diverso modo escrito; por unos, *Delmonte;* por otros *del Monte,* y por algunos, *Del Monte.* D. Domingo y D. Antonio, los más notables que lo llevaron aquí, usaron la primera forma, según cartas que tenemos de ambos, y esa ortografía adoptaremos por ser la más generalizada." (Calcagno, *Diccionario Biográfico Cubano,* pág. 232.)

bana según otros—, obligaron a Leonardo Delmonte y Medrano, padre de nuestro biografiado, a trasladar su residencia, en unión de su esposa (2) y demás familiares, para esta Isla, a donde llegó en febrero de 1810.

El lugar del nacimiento es muchas veces accidental. El hombre pertenece al país donde su entendimiento percibe primeramente la luz de la verdad; donde empieza a templarse su carácter al calor de sanos consejos y sabias enseñanzas; donde comienza a solidificarse su juicio con análisis comparativos más o menos razonados; donde se forja su orientación definitiva en el yunque de la experiencia; donde se cosechan las primicias del cariño y del odio, de la alegría y del dolor, del bien y del mal.

Tenemos a Domingo Delmonte en Cuba a la edad de seis años. Su despierta inteligencia ábrele paso prontamente y ya a los doce, en junio de 1816, ingresa en la Universidad de La Habana, donde estudió Filosofía hasta 1820, año en que fué padrino del Bachillerato en Leyes de José María Heredia, con quien estuvo ligado desde entonces por una sincera amistad.

Dos caracteres distintos suelen congeniar admirablemente. Este fenómeno psicológico se produjo entre el fogoso cantor del Niágara y el apacible autor de los *Romances cubanos*. Las siguientes palabras, reproducidas por Calcagno, dan una idea acabada de lo que fué aquella amistad:

> ...eran de una misma edad; Heredia más elevado, más ardiente, más soñador, más poeta; Delmonte, más práctico, más paciente, más reflexivo, más crítico: caracteres y gustos que se completaban poniendo uno más y otro menos, como sucede siempre que tales alianzas se verifican, pero uno y otro ayudándose con igual cariño, con igual estímulo: Heredia escribía muchos versos, Delmonte pocos: aquél los hacía sublimes a las veces, éste por azar con la belleza; el otro llegaba a ella por camino seguro: el uno componía y el otro corregía: así pasaron dos años más que faltaban a Heredia para concluir su carrera...

El grado de Bachiller en Derecho Civil, que obtuvo Delmonte el 22 de marzo de 1821, señala en su vida el comienzo de una era de actividad incansable.

En 1825 trasladó su residencia a Matanzas; en 1827 graduóse de Licenciado en Derecho Civil, y en mayo del año siguiente

(2) Rosa Aponte y Sánchez.

partió con dirección a Madrid. Una involuntaria demora en los Estados Unidos lo alentó a llevar a la práctica un proyecto acariciado tiempo ha, dando a la estampa, con tal motivo, una obra que tituló así: *Versos de J. Nicasio Gallego, recogidos y publicados por Domingo Delmonte.* Fué editada en la Imprenta española del Mensajero de Filadelfia, lleva por fecha la de 1829, está dedicada a José María Heredia, consta de 164 páginas en octavo y contiene una advertencia del compilador en la cual hace notar que siendo escasísimas en España y Cuba las tres únicas composiciones de Gallego publicadas hasta entonces y habiendo llegado a sus manos no sólo aquéllas—que eran las elegías *El Dos de Mayo de 1808* y *A la muerte de María Isabel Francisca de Braganza, Reina de España,* y la traducción de la tragedia *Oscar*—, sino también doce sonetos y una traducción de dos poemas de Ossian, estimaba conveniente formar una colección que ofrecía a todos los poetas de la América y de manera muy especial a los de su país, que como tal consideraba a Cuba. Esa edición de los versos de Gallego fué la primera que se hizo de tan inspirado vate español.

Regresó a nuestras playas el mismo año de 1829. Fundó entonces, en unión de J. Villarino, una hebdomadaria publicación, *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo,* que tuvo numerosos lectores, publicándose tres tomos hasta 1831. En ese semanario libró Delmonte sus primeras batallas en el campo de las letras, siendo difícil de apreciar la trascendencia de su labor por ser ésta anónima; pues generalmente en *La Moda* sólo se publicaban artículos breves sobre ética y estética femeninas, modas, pasatiempos, chascarrillos, versos cortos, anécdotas, moralejas y otras amenidades explicadas con grabados alusivos.

Ingresó Delmonte como socio numerario de la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, el 3 de febrero de 1830. Desde diciembre de ese año hasta abril de 1834 estuvo al frente de la Sección de Educación, desempeñando al mismo tiempo algunos cargos anexos, como los de agregado a la comisión para uniformar la enseñanza e inspector de varias escuelas. Con posterioridad fué designado para ocupar la Secretaría de la Sección de Literatura. Se recibió de Abogado en abril de 1834; a fines de ese año contrajo nupcias con la señorita Rosa Aldama; trasladó nuevamente su residencia a Matanzas, y allí fué electo Se-

cretario de la Sociedad Patriótica, donde en unión de su amigo Félix Tanco Bosmeniel despertó un gran interés literario y trabó íntima amistad con José Jacinto Milanés; regresó a La Habana en 1835, siendo exaltado a la Presidencia de la Sección de Literatura de la Sociedad Económica. El importante papel que desde entonces comenzó a desempeñar en el movimiento intelectual de la época es asunto que hemos de estudiar más detenidamente.

En 1842 le fué ofrecida la cátedra de Humanidades en la Universidad de La Habana, la que no aceptó; en mayo del año siguiente, después de una breve estancia en Matanzas, embarcó para Europa; viajó por los más importantes países del Viejo Mundo, haciendo caso omiso del mandamiento de prisión librado contra él por la Comisión Militar encargada de juzgar los sucesos políticos ocurridos en esta Isla en 1844; en 1848 falleció su esposa, en París; se estableció en Madrid en 1852, y fué desterrado por hallarse envuelto en las complicaciones políticas de ese año; vuelve al siguiente a la capital española, y allí muere el 4 de noviembre de 1853, siendo traídos sus restos a La Habana.

Hemos procurado sintetizar en lo posible una vida tan intensa, compleja y fecunda. Debemos ahora hacer hincapié en sus más salientes aspectos, así como examinar sus obras, regueros de luz que dejara a su paso por todas partes.

*

Además de en el ya citado *La Moda,* escribió Delmonte en los periódicos *El Puntero Literario, La Aurora de Matanzas, El Plantel, Aguinaldo Habanero, El Album* y *Diario de la Habana.* En casi todos ellos aparecieron diversas composiciones suyas, que nunca coleccionó para darlas a la estampa separadamente, sino en colaboración con otros poetas de la época.

Rimas Americanas, compilación publicada en 1833 por Ignacio Herrera Dávila, es una de esas obras en las que Delmonte dejó —con el seudónimo de *Bachiller Toribio Sánchez de Almodóvar*— algunas notas de su lira, junto a otras de Ventura de la Vega, José Policarpo Valdés y Félix Tanco Bosmeniel.

Poeta mediocre, de lánguida inspiración, quiere sujetarse tan estrictamente a las reglas de la dicción y a los cánones clásicos, que resulta a veces difuso y obscuro.

En sus *Romances cubanos,* género de composiciones con el que pretendió crear, por las citas y descripciones que hace de cosas nuestras, una poesía original y típica, acude en ocasiones al empleo de un lirismo indebido, sobre todo cuando pone ciertas expresiones en boca de algunos tipos criollos. Brillan en aquéllos el tecnicismo y castiza dicción que son distintivos de todas sus composiciones, y no le faltaba razón a Menéndez y Pelayo al afirmar que "son de la mejor escuela peninsular", pues teniendo probablemente por origen su inquebrantable adhesión a los clásicos y al Romancero, carecen de la espontaneidad y animación que caracterizan a la poesía popular, siendo un pésimo reflejo de nuestro ambiente y dando una pobre idea de la vida local.

Además de la Naturaleza y costumbres cubanas, fueron asunto de sus versos el amor y la amistad. Sus silvas amorosas—en las cuales el dolor, el abatimiento o la desilusión han dejado hondas huellas—carecen igualmente de estro, vigor y espíritu poético, y solamente las salvan algunos rasgos de inspiración.

Linda, me acuerdo, sí, te ví una noche
de espléndido teatro en los salones,
cual serafín del cielo, tu belleza
las almas cautivar, los corazones.
Allí también me viste, y tu mirada
lánguida, dulce, prolongada, intensa,
con más encanto se ofreció a mis ojos,
que la lumbre suavísima que manda
la luna en su oriente, silenciosa,
cuando triste ilumina
de Atarés la poéticas almenas,
su manso golfo y su gentil colina.

Cultivador feliz del octosílabo, resalta, sin embargo, el descuido en los versos finales, que hiciera notar Mitjans, defecto ese que, al igual de los ya enumerados, no quisieron ver Luaces, Fornaris y Ramón de Palma en los juicios excesivamente encomiásticos que sobre nuestro poeta escribieron. Pero tenía Delmonte la sinceridad de confesar que no había nacido para pulsar la lira y que solamente la idea de engrandecer a su patria adoptiva habíale llevado a cultivar la poesía.

Mas no! Que el Señor Dios el estro santo
negóme, y nunca prez alcanzar puedo,
prez ansiada de gloria, concedido
sólo al Poeta. En instrumento humilde
acompañar la simple cantinela
del morador de Cuba, y sus costumbres
campestres retratar,—este es mi canto.
La Patria le inspiró, no el grande ingenio.
La Patria, que inspirar también debiera
a cuanto cisne en sus orillas cría
el Almendares nuestro. No humilladas
así se vieran las cubanas Musas,
vistiendo en vez del opulento arreo
con que plugo a Natura ataviarlas,
de la ignorancia el miserable andrajo
con que sus miembros cándidos afean:
no en torpe, insulso, estrepitoso verso
la majestad del canto profanaran;
ni,—en vez de alzar a generoso asunto,
de inspiración en pos—el alma audace,
de virtud y valor, ciencia, armonía
felices encontraran;—humilladas
cual ahora se humillan ¡oh vergüenza!
escarnio vil de estúpidos Mecenas,
ni del pueblo baldón sus rimas fueran.

*

El poeta mediano, sin inspiración ni fuego,—copio de Aurelio Mitjans—deja las trabas de la métrica y poniendo a un lado la lira de mal templadas cuerdas se resuelve a manejar el cincel con mano firme y esculpe purísimas líneas y delicados contornos en eterno mármol, que tal parecen algunas páginas de su elegante prosa. Su esmero es siempre el mismo: en la seca frase de un informe que la corporación le exige o en la familiar franqueza de una carta, aparece siempre el mismo artista, el pulcro literato, como si escribiese para la revista más selecta (3).

Fervoroso oficiante en el templo de Apolo y optimista con respecto a su desenvolvimiento futuro, consignaba en la exposición de las tareas de la Comisión de Literatura que leyó el 6 de diciembre de 1830 en la Sociedad Económica, entre otras cosas lo siguiente:

---

(3) *Historia de la Literatura Cubana,* Biblioteca "Andrés Bello", págs. 213 y 214.

Apasionado entusiasta de las letras, y contemplándolas no en el humilde estado en que cayeron algunas veces, por la calamidad de los tiempos, sino en toda su generosa entereza, servida por los mayores ingenios, y acatadas por los grandes de la tierra; ¿cómo había de creer que llegara una época tan dichosa para la patria, en que se estableciese en el seno mismo de esta corporación respetable, y con la protección poderosa de su jefe (4), el culto, puro, desinteresado y noble de esas mismas letras? Pero así debía ser. Ni podían permanecer estacionarias en medio del adelanto general que presentaban en nuestro suelo la educación pública, la agricultura y el comercio. Intimamente unidos los distintos ramos de la instrucción humana, no se da un paso progresivo en unos sin que se adelanten otros, o al menos se sienta la precisión de promover su estudio. Crecen las necesidades en razón de los medios que se crean; y el deseo de satisfacerlas es el que anima en las sociedades nacientes el afán laborioso del menestral, y hace que en las más adultas se aplaudan las invenciones y aciertos de las ciencias físicas y morales, de las humanidades y de las nobles artes. Nuestro país se acerca a este precioso período, que viene siempre en pos de la riqueza pública, manantial de donde naturalmente emanan las virtudes sociales y las demás ventajas de la civilización.

Como joyas engarzadas a una rica diadema, están los artículos de Domingo Delmonte en la *Revista Bimestre Cubana* (5).

La *Silva de Viejos Romances* por Jacobo Grimm (Viena, 1815), la *Colección de los mejores romances antiguos españoles, así históricos como caballerescos y moriscos* (Leipzig, 1817) y la *Floresta de Rimas antiguas castellanas* por Nicolás Böhl de Fáber (Hamburgo, 1821) le inspiraron un valiosísimo trabajo—el primero que publicara en la citada revista (6)—, en el que campean una vasta y sólida erudición, un estilo castizo y elegante y un notable conocimiento de la historia de España; por lo que, después de establecer determinadas clasificaciones, bien pudo afirmar lo siguiente:

Se ciñe nuestro objeto en dar a los lectores alguna idea de esta gran masa de poesía popular, y para lograrlo hemos creído que valdría más bosquejar que no detallar; tratando la materia bajo un aspecto general

(4) El Gobernador y Capitán General Don Francisco Dionisio Vives.

(5) Los trabajos que se insertaban en la *Revista Bimestre Cubana* carecían de firma; pero en los tomos encuadernados que de dicha publicación se hallan en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, están anotados al final los nombres de los autores; tarea debida al Sr. Vidal Morales, que a su vez tomó estas anotaciones del ejemplar que perteneció a Delmonte.

(6) Tomo I, núm. I, mayo y junio de 1831.

sin detenernos en clasificaciones minuciosas, y evitar, en cuanto sea dable, las citas largas y las críticas particulares. Menos que ninguna otra literatura puede juzgarse la castellana por estractos o traducciones. No consiste su excelencia en rasgos aislados, sino en aquel espíritu nacional, el cual, como un gran principio de unión, se hace sentir en el todo, le enlaza y le da armonía.

Bajo el título demasiado generalizado de *Isla de Cuba,* publicó en el segundo número de la citada Revista un artículo sobre la obra *Cartas escritas desde lo interior de la Isla de Cuba entre las Lomas del Acana al Oriente y las del Cuzco al Poniente, en los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1828 por el Rerevendo Doctor en Teología Abiel Abbot, cura de una de las parroquias de Beverly en Massachusetts,* ensayo curiosísimo, pues va siguiendo al expresado narrador extranjero en su viaje por varios lugares de la isla, reproduciendo las cosas peculiares, características, típicas, que le llamaron la atención en Cuba.

Obras de su pluma fueron también otros trabajos publicados en la *Revista Bimestre Cubana:* un artículo sobre las *Poesías del Dr. Madrid;* otro sobre una obrita titulada *Mis doce primeros años* —el nombre de cuya autora quiere silenciar—y unas breves *Noticias y variedades científicas y literarias* que contienen reminiscencias críticas muy apreciables.

El 1º de junio de 1834 sucedió en el mando de la Isla a Ricafort, el teniente general Don Miguel Tacón, que había de dejar tan triste y doloroso recuerdo en la historia de Cuba. El absoluto despotismo y la cruel opresión que caracterizaron al gobierno de tan funesto general español exasperaron de tal manera a Domingo Delmonte, que puede decirse que su pluma—fúlgida como el rayo entre las tenebrosidades sin fin de aquella tiranía—fué la batería que opuso más tenaz e incesante cañoneo a los desafueros "tacónianos". Ahí está como prueba indubitable su extensa correspondencia con su hermano político José Luis Alfonso, a través de la cual dió señaladas muestras de valor y civismo, pues hemos de tener en cuenta que la mayor parte de ella fué escrita desde La Habana, sin temor alguno a la arbitraria y sistemática persecución que entonces se ejercía. Se respira en el fondo de esta correspondencia la más abierta franqueza, y su forma es eminentemente popular; pero siempre es severo, aunque justo, al tratar

a Tacón con los más acerbos calificativos. Así, en carta fechada el 28 de septiembre, refiriéndose a la sublevación en Santiago de Cuba del General Lorenzo, Comandante del Departamento Oriental, con motivo de la jura en España (agosto de 1836) de la antigua Constitución de 1812, dice a Alfonso, entre otras cosas:

Ha tenido varias juntas de generales para acordar lo que había de hacerse en caso de que le viniese comunicada la orden de jurar la Constitución: él también está pasando sus apuros, pues no las tiene todas consigo, y teme que se le revuelva el caldo, sin percibir el muy topo que este pueblo ni con palancas se meneará.

En epístola de 22 de octubre de 1836 escribe:

...Entre tanto este arraez sigue abusando escandalosamente de la dictadura con que lo ha revestido el estúpido gabinete de Madrid. Las prisiones no cesan: se extienden a toda clase de personas, altas, bajas, ricas, pobres, buenas y malas: más *nivelador* que los de la revolución francesa, a todos los empareja con su funesto despotismo...

Pero el género epistolar parecíale todavía campo estrecho para dar completa expansión a sus ideas, y no conforme con protestar enérgica y virilmente contra el régimen imperante, en multitud de cartas—que ni aun extractadas podría seguir leyendo aquí—, manda a publicar en Madrid, con fecha 1836, un folleto anónimo bajo el título *La Isla de Cuba tal cual está,* el más formidable panfleto de la época, en el cual, refutando un escrito de Francisco Guerra Bethencourt (7), reveló extraordinarias dotes de polemista y escritor político.

Como tras los días borrascosos de la tempestad vienen los suaves y apacibles de la calma, al despótico Tacón le sucedió en el mando, el 22 de abril de 1838, Joaquín Ezpeleta y Enrile, gobernante ecuánime y progresista, reverso de la medalla de su antecesor.

En septiembre del mismo año en que se iniciara su gobireno, concedió licencia Ezpeleta al eximio pedagogo y sabio filósofo Don

(7) El escrito se titulaba así: *Cuatro palabras en contestación al breve discurso del Exmo. Sr. Conde de Montalvo, Procurador a Cortes por la Isla de Cuba, pronunciado en la sesión del 15 del corriente.* Madrid, 19 de enero de 1836. Guerra Bethencourt figuró entre los colaboradores de la *Revista Bimestre Cubana,* siendo el autor del artículo crítico sobre el *Arte de Hablar,* de Hermosilla. (Núm. 3, sepitembre-octubre de 1831.)

José de la Luz y Caballero para desempeñar provisionalmente una cátedra de Filosofía, la cual fué establecida en el convento de San Francisco. En esa cátedra explicó Luz y Caballero las doctrinas de la escuela sensualista, declarándose fervoroso admirador de Locke; refutando la existencia de las ideas innatas; proclamando la inmortalidad del alma; indicando como única fuente de conocimiento a los sentidos; rechazando el eclecticismo, y prometiendo dar a la publicidad una traducción de las obras de Cousin con notas y aclaraciones.

Al poco tiempo de haberse instalado aquella cátedra y de comenzar, por lo tanto, la difusión de tales doctrinas, apareció en la tercera entrega de *El Plantel,* periódico que en La Habana editaban Ramón de Palma y José Antonio Echeverría, un artículo de Domingo Delmonte bajo el título de *Moral Religiosa,* que había de ser punto de partida en una ruidosa polémica y causa de desavenencia entre dos cariñosos amigos.

Cedamos en este punto la palabra a un erudito escritor y distinguido polígrafo nuestro:

El artículo *Moral Religiosa*—dice el Ldo. Alfredo Zayas y Alfonso—se refería al sensualismo como a una doctrina ya desacreditada por los ataques de los idealistas y eclécticos, Cousin principalmente entre éstos, y confundiéndola con el materialismo concluía su autor por dar como consecuencia lógica de tal sistema la negación no sólo de la inmortalidad, sino hasta de la existencia del alma. Claro está que Luz, no podía guardar silencio y dejar pasar sin protesta unas apreciaciones que tendían a declarar falso y absurdo, lo que él en su cátedra de San Francisco enseñaba como bueno y verdadero, y tal vez las estimó intencionalmente escritas, con deliberado ánimo de refutar sus opiniones, aun cuando no se le mencionaba en el artículo (8).

El 25 de noviembre insertó el *Diario de la Habana* la réplica de Luz, y el día 5 de diciembre se publicó en el mismo periódico la contestación de Delmonte, en la cual pone de manifiesto sus propósitos de evitar la polémica a que se le retaba, sin negarse, por otra parte, resueltamente a ella, como lo probaba la indicación de que se le demostrasen los errores y defectos que se hubieran deslizado a través de sus ideas y doctrinas.

(8) *Un episodio de la vida de tres hombres célebres,* por Alfredo Zayas y Alfonso, *Revista Cubana,* abril de 1890, pág. 370.

Las últimas frases de la respuesta de Delmonte soliviantaron más aun a Luz y Caballero, ya bastante herido en lo más íntimo, no sólo porque se dudaba de su buena fe, sino por haber terciado en la polémica un anónimo escritor, el cual tenía por tribuna a *La Aurora de Matanzas,* periódico desde el cual, y ocultándose con el seudónimo *Un suscriptor al Plantel,* demostraba sus condiciones de polemista, aunque girando en un círculo vicioso.

La segunda contestación de Luz no se hizo esperar, publicándose en el número del *Diario de la Habana* correspondiente al día 7 de diciembre. En ella llama irónicamente a Delmonte *amigo y hermano,* no ocultando su indignación y manteniendo sus deseos de continuar la polémica.

El conturbado espíritu de Delmonte sufrió un nuevo golpe con las expresiones de Luz, optando al fin por guardar silencio; hasta que la oportuna y discreta intervención de Gaspar Betancourt Cisneros *(El Lugareño),* solicitada por Delmonte, puso fin al incidente, valiéndose de dos jocosísimas cartas dirigidas a Luz Caballero que, como todas las suyas, son joyas muy preciadas de la epistolografía cubana.

Terminada la polémica con el "arbitraje" de *El Lugareño* y reanudados los entrañables lazos de amistad que antes unieran a Luz y Caballero con Delmonte, no conocemos cronológicamente otro trabajo de éste, anterior a 1840. En ese año publicó un importante artículo intitulado *Bosquejo intelectual de los Estados Unidos,* en el que trata de probar la gran vitalidad científica y literaria de los norteamericanos.

En el dilatado proceso de nuestras contiendas con la metrópoli, la masa ignara del pueblo no veía más que un hecho real y evidente: el cubano, ansioso de libertades públicas, contra el español que se las negaba. De ahí proviene el que ese mismo pueblo se pronunciase, en distintas épocas por el anexionismo, la autonomía o la independencia absoluta, y que en sus infinitas horas de angustia y de dolor volviese los ojos hacia los Estados Unidos como última áncora de salvación, estando dispuesto a aceptar la tiranía *yankee,* con todas las agravantes de ser hombres de otra raza y de distintas creencias, lenguaje, tradiciones y costumbres, antes que soportar por más tiempo el yugo intolerable de los Capitanes Generales españoles.

Como voceros avanzados de ese pueblo, mezclados y confundidos con él, vibrando al unísono, palpando—por decirlo así—su modo de sentir y de pensar, se hallaban intelectuales tan demócratas como Domingo Delmonte. Solamente de esa manera acierto a explicarme que concediese valor intelectual a un pueblo que en la fecha en que se publicó su artículo tenía ya medio siglo de vida independiente, con una gran extensión territorial y 17.069,453 habitantes, y no contaba en su parnaso más que con tres figuras de relieve: William Cullen Bryant, Henry Wadswort Longfellow y Edgar Allan Poe; no tenía más novelistas de renombre que Cooper y Hawthorne; ni más historiadores de fama que Prescott, Washington Irving y Bancroft; ni crítico más sesudo que Ticknor; ni lexicógrafo más minucioso que Webster; ni más filósofo conocido que Emerson; ni más alto valor científico que el físico Benjamín Thompson; sin ningún dramaturgo intenso, ni orador elocuente, ni didáctico notable.

Entre las razones que apunta Delmonte, figura la de que ningún autor angloamericano necesita mendigar editor en Europa; hecho que prueba una gran vitalidad industrial, pero nunca capacidad científica y literaria.

No; Delmonte no penetró profundamente en la idiosincrasia eminentemente "businessca" de los norteamericanos. Si lo hubiera hecho, si con las *pinzas* de su gran penetración psicológica y el escalpelo maravilloso de su crítica hubiera realizado una disección concienzuda, yo os aseguro, señoras y señores, que los Estados Unidos, como potencia intelectual, habrían fallecido en la mesa de operaciones.

Con posterioridad a su muerte, se publicaron el extenso y documentado trabajo *Literatura española en el siglo XVIII* (9), la amorosa narración *Clementina o los recuerdos de un gentilhombre* (10) y el juicio crítico sobre la *Historia de la Conquista del Perú* por Guillermo Prescott (11).

Por mucho tiempo permaneció inédita la *Biblioteca Cubana,* meritísima obra bibliográfica en la que se mencionan cronológicamente más de 170 libros y folletos, impresos e inéditos, que se

(9) *Revista de la Habana,* Tomo III, 1854.
(10) *Revista de la Habana,* Tomo IV, 1855.
(11) *Revista de Ciencias, Literatura y Artes,* Tomo II, Sevilla, 1856.

refieren a Cuba desde el descubrimiento hasta 1846, año en que dió fin a esa obra en París. Su publicación en el tomo undécimo de la *Revista de Cuba* y la tirada aparte que se hizo de 100 ejemplares con valiosas notas del Dr. Vidal Morales la salvó del olvido; mas no ha sucedido así con un diccionario de provincialismos cubanos, en el cual trabajó en colaboración con Joaquín Santos Suárez, José del Castillo, Francisco Ruiz y José Estévez; ni con la obra histórica *Teatro de la isla Fernandina,* para la cual había reunido seis volúmenes de datos en los archivos nacionales de Madrid.

Hasta hace poco tiempo también fué blanco de nuestra incuria y apatía—y bien hace la Academia de la Historia en darlo a conocer en sus *Anales*—el "Centón Epistolario", colección de cartas que lo consagraron como el primero de nuestros epistológrafos, y cuyos seis volúmenes, ricamente encuadernados, además de indicar un cuidadoso esmero, son un archivo viviente de la época.

La prosa de Delmonte, por su claridad, precisión y naturalidad, aseméjase a un lago de aguas serenas y tranquilas, en las cuales se refleja el cielo estrellado de su vasta y sólida cultura en la noche apacible de su lenguaje castizo y de sus párrafos cadenciosos.

No le eran desconocidos los modelos más notables de las literaturas de todos los países; mostraba preferente inclinación por los clásicos, aunque, tolerante a veces, transigía con el romanticismo; la fecundidad sorprendente de Lope de Vega sacábale de quicio y no ocultaba su admiración por Walter Scott; sabía, además del castellano, el latín, el italiano, el portugués, el francés y el inglés, y puede decirse, en resumen, que en él se hermanaban perfectamente el tipo del erudito paciente, sagaz, incansable, con el del maravilloso cincelador de párrafos: rara amalgama que lo colocó a la cabeza de los prosistas cubanos en la edad de oro de nuestras letras.

*

Pero por encima del lírico cantor de la naturaleza cubana, del político concienzudo, del polemista formidable, del ameno epistológrafo, del docto humanista, del cívico patriota, destácase con personalidad inconfundible la figura de Delmonte como protector

decidido y entusiasta de todo empeño intelectual. Es ese el aspecto más interesante de su vida. ¡Lástima grande que haya tenido tan pocos imitadores!

Desde 1831, en que puede decirse que se inicia como Mecenas de nuestras letras al promover en la Sociedad Económica el primer certamen literario que se celebró en Cuba, hasta su muerte ¡cuántos esfuerzos y trabajos—en su casi totalidad estériles—llevó a cabo para sacudir el ambiente de la época, tan poco propicio a todo movimiento cultural!

Ya dijimos algo de la tolerancia suma que tenía en materias literarias. Nuestra modesta opinión viene reforzada ahora por la sabia y meritísima de Don Marcelino Menéndez y Pelayo:

> El clasicismo de Don Domingo Delmonte—dice el eminente polígrafo español—era amplio y tolerante como el de Lista; así es que él alentó los primeros ensayos románticos en Cuba, y bajo su protección comenzó a desarrollarse el talento poético del principal representante de la escuela, José Jacinto Milanés (12).

A la protección desinteresada y eficaz de Delmonte, a sus consejos y estímulos, debió Milanés los primeros vítores y aplausos de la fama y los primeros pasos por el sendero soñado de la gloria. No contento con darlo a conocer como poeta lírico, haciendo que se publicasen en *El Aguinaldo* dos composiciones suyas, lo alentó en sus producciones dramáticas, consagrando definitivamente *El Conde Alarcos* en una lectura de las célebres "tertulias literarias".

Esas "tertulias" llevaron a la práctica fines tan nobles como los que perseguía—y se vió imposibilitada de realizar—la Academia Cubana de Literatura. Fueron iniciadas y continuadas en su propia casa, en Matanzas, y acudían a ellas los elementos más salientes de la intelectualidad de la época: Palma, Echeverría, Valle, Suárez y Romero, Manzano, Pizarro, Betancourt, Zambrana, Jorrín, Govantes, Milanés, Matamoros, Ruiz, Poey, Frías, Santos Suárez y La Torre. Allí se hablaba y se discutía de literatura, de artes, de ciencias; se leían y juzgaban las obras que estaban próximas a publicarse y hasta se sufragaban los gastos de impresión de al-

(12) *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Tomo I, pág. 253. Obras Completas de Menéndez y Pelayo. Madrid, 1911. Tomo II.

gunas de ellas. Allí se leyó aquel soneto intitulado *Mis treinta años,* que, aun a trueque de incurrir en una digresión, voy a leer aquí:

Cuando miro el espacio que he corrido
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludo a la fortuna mía
más de terror que de atención movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra,
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta.

Mas nada es para mí la cruda guerra
que en vano suspirar he soportado
si la calculo ¡oh Dios! con lo que falta.

Esos versos—después de traducidos a cuatro idiomas—tuvieron la virtud de conmover hondamente a todos los que acudieron a oir su recitación, a tal punto que inmediatamente se inició una suscripción, encabezada por Delmonte, con el objeto de lograr el cambio de estado de su autor, el infeliz mulato esclavo Juan Francisco Manzano, cuya libertad fué, al fin, conseguida por quinientos pesos, el más elevado precio que alcanzaba un esclavo en aquella época.

Hombre tan cordial y generoso, en cuyo corazón no encontraba abono la venenosa planta del egoísmo; cuyo espíritu comunicativo y altruísta no era doblegado por las tristezas y adversidades, huyó hasta en sus postreros años del absoluto encerramiento en la biblioteca, en su vehemente deseo de charlar con sus colegas acerca de las últimas manifestaciones artísticas y los recientes descubrimientos científicos. Por eso en Madrid trató de rememorar las famosas "tertulias literarias,"

viniendo a ser su casa, dispuesta con la elegancia propia del dueño—dice Manuel Cañete—, centro donde se reunían de vez en cuando en fra-

ternal consorcio personas de diversos partidos políticos, famosas ya la mayor parte por su ilustración y por su buen gusto (13).

Lejos de su patria, de la patria a que consagrara aquel sentido romance en que se vale de un humilde sitiero para dar expresión a los sentimientos desgarradores que la nostalgia producía en su corazón; cuando el invierno de la vida apenas había dejado caer algunos copos de nieve sobre su cabeza; cuando aun estaba pujante su cerebro y lozanos sus bríos para seguir conquistando días de gloria para Cuba, la Parca inexorable, la vieja Atropos cortó el hilo de la preciosa existencia de aquel ilustre varón a quien se refirió José Antonio Saco cuando dijo: "Me gusta tanto su castiza y elegante prosa, que debo callar cuando él habla." (17)

Callemos nosotros aquí también, no sin antes lamentar profundamente que en estos tiempos de grosero materialismo, en que los valores intelectuales se cotizan a tan bajo precio, vayamos a buscar fuente de inspiración en otros países, en exóticas literaturas, cuando en nuestro mercado hay monedas tan valiosas, cuando nuestras letras pueden vanagloriarse de poseer prosistas tan vigorosos como Domingo Delmonte y Aponte. La juventud literaria de Cuba tiene en él un modelo. ¿Porqué no seguirlo e imitarlo?

Joven, que sólo cuenta diez y nueve años de edad, laborioso, culto y amante decidido de las letras, el Sr. Elías José Entralgo, autor de este completo y excelente estudio, hasta ahora inédito, ha pronunciado ya otras conferencias en el Liceo de Guanabacoa, cuya Sección de Literatura y Bellas Artes preside, y en el Ateneo de La Habana, a cuya Sección de Ciencias Históricas pertenece con el carácter de Vocal. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de este interesante trabajo, en el que se estudia la personalidad de uno de nuestros hombres más ilustres.

---

(13) *Poetas de la Isla de Cuba. José Jacinto Milanés,* Almanaque de la Ilustración para el año de 1888, Madrid, 1887, pág. 103.

(14) *Colección de papeles sobre la Isla de Cuba,* pág. 97.

EL CABALLERO QUE HA PERDIDO SU SEÑORA (*)

(PEQUEÑA SERIE DE ARTÍCULOS DE COSTUMBRES CUBANAS)

Santa María del Rosario, 26 de septiembre de 1922.

Sr. D. Joaquín García Monge.
San José de Costa Rica.
Centro América.

Mi excelente amigo:



ECIBIRA Vd. en estos días la preciosa colección de artículos de costumbres de Emilio Roig de Leuchsenring. No sé si mi amigo se habrá decidido, al fin, a dar a la inédita colección el título de uno de los más finos e ingeniosos artículos del libro: El Caballero que ha perdido su señora; *lo que sí sé es que vienen a renovar estas páginas una tradición que parecía perdida en nuestras letras.*

Roig de Leuchsenring, escritor de muy diversas actividades, ha sido uno de los más amenos y mejor informados críticos que ha tenido nuestra literatura de costumbres. Si el trabajo no fuese demasiado largo, yo le pediría que reconstruyese, para que se publicara en las páginas preliminares de su libro, la interesantísima conferencia que sobre los costumbristas cubanos *pronunció, ya*

(*) Fragmento del libro que, bajo este mismo título, y con ilustraciones del notable caricaturista y dibujante Sr. Conrado W. Massaguer, aparecerá en breve, como parte del *Repertorio Americano* que publica el Sr. Joaquín García Monge, en San José, Costa Rica, sirviéndole de prólogo la interesante carta que dirige al editor el Dr. José María Chacón y Calvo. A la bondad del autor, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, debe CUBA CONTEMPORÁNEA la oportunidad de poder dar a conocer en sus páginas, como un bello anticipo, esta selección de seis, de los doce artículos de costumbres cubanas que formarán el expresado volumen.

pronto hará diez años, en nuestro Instituto de segunda enseñanza.

No olvidaré nunca el formidable éxito humorístico que tuvo el admirable trabajo. Los escritores olvidados revivían en la brillante evocación del nuevo costumbrista. Una voz lejana, que venía a través de los siglos, sonaba en nuestros oídos como algo actual y palpitante. La vieja página del Papel Periódico, *la más antigua de nuestras publicaciones literarias, recordada por mi amigo con oportunas y justas palabras, se nos aparecía llena de gracia y humor, con cierto sorprendente matiz de realidad contemporánea.*

Ya era un costumbrista Emilio Roig de Leuchsenring cuando revisó la obra de sus más remotos y más recientes predecesores. Así tuvo su trabajo cierta nota de creación propia. Casi pensé, en algún momento, que mi amigo ensayaba su género predilecto escribiendo sobre los casi olvidados costumbristas cubanos. El relato adquiría animación dramática; los autores eran figuras vivas llenas de dinamismo. Al terminar la brillante disertación, el público numeroso que llenaba el viejo salón de nuestro Instituto se mostraba sorprendido de que el tesoro de nuestra gracia popular, la rica y variada colección de agudezas nacionales le fuera casi completamente desconocido.

Porque era también el trabajo de Emilio Roig de Leuchsenring una ventana abierta sobre nuestro folk-lore. *El costumbrismo sin una fase* folk-lórica *no pasa nunca de ser un capricho humorístico. Los buenos costumbristas cubanos—citemos ahora sólo el nombre de José María de Cárdenas—fueron siempre ingenios populares, que sabían llegar a la íntima poesía del pueblo, aunque fuese por las vías de la erudición. De la mesa clásica de un erudito y un artista cayeron las primeras migajas de nuestro* folk-lore: *los refranes que dicen las viejas tras el fuego, que juntó el Marqués de Santillana.*

Nuestra literatura de costumbres, nuestro folk-lore... *Le hablo a Vd. de temas tan gratos para mi espíritu que temo divagar demasiado. Déjeme sólo decirle algunas palabras sobre el buen amigo que acaba de enviarle su breve libro inédito.*

Este escritor, que parece no vivir sino para la observación cómica, el rasgo humorístico o la aguda ironía, es uno de los hombres que más seriamente, con más constante dedicación han trabajado

por el triunfo de los ideales nacionalistas en Cuba. Abogado cultísimo y sagaz, ha intervenido e interviene en los actos más importantes relacionados con nuestra cultura jurídica: fundó y dirigió la Revista de Derecho; *fué Jefe de Despacho del Primer Congreso Jurídico Nacional; es en estos momentos Vocal de la Comisión Nacional Codificadora y Secretario de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional. Su labor en el aspecto jurídico y político es de carácter profundamente americano. En la nombrada Sociedad de Derecho Internacional defendió con sobria y precisa elocuencia el derecho a la independencia de las pequeñas nacionalidades. Expuesta la tesis en relación con un país tan infortunado como digno de nuestra fraternal simpatía y de nuestro alto respeto por su importancia en la historia de la cultura americana—he nombrado a Santo Domingo—el trabajo de Roig de Leuchsenring tuvo repercusión nacional, y no haría una frase pomposa si dijera que despertó el interés de los verdaderos representativos de la conciencia americana. Y después del trabajo sobre la ocupación angloamericana de Santo Domingo, vino la excelente memoria sobre el apéndice a nuestra Constitución que internacionalmente se conoce con el nombre de la* Enmienda Platt.

Cito sólo trabajos fundamentales. Su obra como periodista es de inagotable variedad. Nuestra Academia de la Historia recientemente le ha abierto sus puertas. Tiene la dirección literaria de Social, *una de las más elegantes y finas revistas que se publican en América. Todo sabe hacerlo mi amigo con una mesura perfecta, con una amable sonrisa. Su literatura de costumbres, a pesar de que es correctora, quizá con no encubierta finalidad didáctica, no tiene nunca una acritud, ni un gesto airado. Flota en ella un cálido amor a nuestra tierra. A veces, un hondo recuerdo de nuestra vida da cierto tono lírico a la narración, en la que percibimos una velada melancolía: así las primeras páginas del admirable artículo que abre esta colección.*

La misma no es sino una pequeña parte de la vasta obra que como escritor de costumbres ha realizado Emilio Roig de Leuchsenring. Los artículos que pudiéramos llamar de costumbrismo histórico ya forman dos nutridas series, que bajo el título de La Habana vieja, *debiera nuestro autor imprimir a la mayor brevedad. Su amplia obra de nacionalismo se completa con estas*

páginas evocadoras. Tenemos tradiciones; hagamos que la conciencia de las mismas despierte, se haga fuerte y luminosa, y pueda darnos así mayor seguridad en nosotros mismos, más fe en nuestro porvenir y una visión más diáfana y pura de lo que hemos sido. Cuando esta empresa espiritual se realice a ella habrá contribuído con su gran eficacia el escritor amable, fino, mesurado que nos regala hoy a los públicos de América y a nosotros, sus amigos, con este libro.

Le saluda con simpatía fraternal,

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO.

*

EL CABALLERO QUE HA PERDIDO SU SEÑORA

Fué aquella una época de alegre bohemia literaria, bohemia sin chalinas ni melenas. Diariamente nos reuníamos varios amigos, escritores, artistas o meros aficionados a las bellas artes y a la literatura. Juntos asistíamos a teatros, paseos y fiestas. Hoy muchos de nosotros sólo nos vemos al encontrarnos casualmente en la calle, de cuando en cuando. Uno, pobre amigo desaparecido en plena juventud, duerme, desde hace años, allá, en la morada de la Intrusa, el sueño del que no se despierta jamás. Otro, fué el Judas de aquel grupo; aunque su persona, de aventurero incorregible, vague, como el fantasma de un réprobo, por esos mundos del diablo, yo sé que no existe; quiero hacerle ese piadoso favor. Algunos continuamos siendo fraternales amigos. Sean para ellos estas líneas como recuerdo de otros días, blanca estela que nos deja, al irse perdiendo en el lejano horizonte, la barca risueña y feliz de nuestra juventud.

*

Por las tardes nos sentábamos en la amplia terraza de un Café de moda. Coches y automóviles dejaban ver, al pasar rápidos y fugaces, envueltas en pieles y sedas, bellas y fascinadoras mujeres. En esa intimidad aldeana de nuestra pequeña gran ciudad, conocíamos y saludábamos a casi todas estas hermosas hijas de Eva.

*

Eran siempre las mismas, pero siempre también nos parecían encantadoras y adorables.

Lentamente consumíamos sendos *bocks* de cerveza, *cocktails*, o turbias copas de ajenjo, en las que el absintio y el anís daban, según los gustos y el arte de los bebedores, todas las tonalidades del ópalo, todos los cambiantes del ágata... "Néctar nuevo, néctar moderno—como lo llama Machado, creador de locos y de artistas...—tuya es la hora lenta del crepúsculo tornasolado, tuyos los ojos aterciopelados que se entornan para mirar, tuyo el espíritu de la sospecha y el dejo de la remembranza y el presentimiento de la verdad, tuyo el sentir de los nuevos poetas y el pensar de los cuentistas nuevos..."

¡Cuántas veces, oh absintio misterioso, me reflejaste la misma figura, vaga, imprecisa y etérea, de mujer desconocida y esperada, que me ofrecía también, en sus mil variados y caprichosos matices de oro y fuego, el crepúsculo esplendoroso de las tardes del trópico! ¿Eras Tú?...

Como amigos y camaradas charlábamos hasta bien entrada la noche. Tan pronto se discutía arduo problema literario, filosófico o artístico, como se comentaba el último escándalo social.

En las mesas cercanas a la nuestra veíamos a los asiduos concurrentes: hombres de negocios que iban a tomar *la tarde* antes de regresar a sus casas; damas que después de unas cuantas vueltas en automóvil hacían un alto en su paseo, atraídas por la belleza de la puesta del sol que desde allí podía admirarse; alguna *cocotte* de alto rango...

Ya al oscurecer se presentaba siempre un hombrecillo menudo y algo enclenque, trajeado correctamente, de finos modales, circunspecto, distinguido. Saludaba a diestro y siniestro y, acercándose a alguna de las mesas, dirigía a sus ocupantes, en un tono que jamás he podido definir ni clasificar, la misma invariable pregunta:

—¿Han visto ustedes por aquí a mi mujer?

De ahí el apodo con que era conocido por nosotros: *El caballero que ha perdido su señora.*

Ésta llegaba más tarde. Era una real hembra, airosa y gentil, altiva y dominadora; una de esas mujeres que, por capricho risible e irónico de la suerte, se casan con peleles, y a las que se puede

observar a menudo contemplando con envidia y codicia a los hombres de robusta y atlética constitución. Las excentricidades de nuestra dama habían servido muchas veces de comidilla a nuestras conversaciones y comentarios sociales. Eran famosas sus *cosas*. Un espíritu observador podía sorprender con facilidad, delatoras miradas que ella cruzaba hábilmente con los amigos de su marido; esos amigos de los que un día oí exclamar ingenuamente a un pobre esposo: "Me parece que son más amigos de mi mujer que míos."

Ella trataba a su *editor responsable* con esa cortesía mundana que saben tener las mujeres inteligentes para sus compañeros de mesa, casa y... nada más. Llegaba en ocasiones a interesarse en público por él y preguntarle qué había hecho durante el día.

¿Cuál era la psicología de este marido metafísico y civilizado?

Él no parecía ni ciego ni sordo. No era posible, tampoco, decir que fuese desgraciado. Siempre lo tuve por un superhombre cuya figura desentonaba, en realidad, dentro del marco estrecho y burgués de una capital semialdeana. Se había adelantado unos cuantos años, muy pocos nada más, a nuestra época. Convencido de su papel en el mundo, lo desempeñaba sabia y correctamente, sin desentonar nunca, sin afectación, con una naturalidad admirable. Si en su presencia se comentaba la infidelidad de alguna mujer, tenía ese gesto de asombro, esa sonrisa de salón que ponemos cuando nos están contando algún suceso que no nos interesa, y al que somos completamente ajenos.

Cuando ya hacía buen rato que se habían encendido todas las luces de la ciudad, se retiraban ambos esposos en su flamante máquina, adquirida, según rumores, de uno de los más asiduos amigos de la casa, a cambio de la vieja y carcomida *duquesa* que antes usaban.

—"Voy ganando en el cambio—le dijo su amigo—, pues pienso venderle este coche, en doble de lo que vale el automóvil, a un americano millonario, maniático por todo lo antiguo." Y nuestro marido dignamente, y convencido con estas razones, aceptó la máquina. ¡Desde hacía tiempo su mujer tenía tantos deseos de poseer una igual!

Cuando ellos se retiraban del Café después de los saludos del caso, todos enmudecíamos un momento; se cruzaban algunas mi-

radas de inteligencia, pero a ninguno se le ocurría hacer un comentario, ni decir una palabra inconveniente. La conversación interrumpida continuaba con naturalidad.

Y es que hay seres superiores, que aunque no simpaticemos con sus ideas, con su modo de ser, ni con su actuación en la vida, llevan en sí algo impalpable, pero cierto, nuevo e incomprensible, que nos hace respetarlos e... iba a decir también, admirarlos.

Es ese mismo recogimiento que sentimos ante una obra artística—cuadro, escultura, monumento—rara, atrevida y andaz. Nos damos cuenta de que por falta de preparación no la entendemos, pero nos es imposible negar que hay en ella arte y grandeza.

Algo parecido nos ocurría con *El caballero que ha perdido su señora.* ¡No éramos suficientemente civilizados para comprenderlo!...

EL DIA DE DIFUNTOS

(Meditaciones de un esqueleto filósofo)

—¡Cuán falsa es la paz de los sepulcros! No hace aún muchos años, creo que unos meses tan sólo, que vivo aquí, en esta tumba húmeda y estrecha. Y yo, que había soñado para después de muerto en el descanso y en la tranquilidad, no he hallado todavía reposo, ni paz, ni sosiego... ¿Será, como a veces me figuro, que no estoy completamente muerto y que hay algo impalpable y misterioso que me une y que me liga al mundo de los vivos?

Vibran hoy las campanas con sus lenguas de hierro llamando, plañideras, a los vivos para que se acuerden de sus muertos. ¡Es día de difuntos! Y el rebaño acude a la llamada. Desde temprano y desafiando la inclemencia del tiempo, esta inmensa ciudad se ha ido llenando de fieles, de *turistas,* que sólo acuden hoy, cuando los llaman. ¡Qué feliz es la humanidad que todo lo tiene reglamentado, clasificado, encasillado! Lo mismo el dolor que la alegría, el placer que el trabajo. He oído decir a un jovencito que pasó cerca de mi tumba, que iban a reglamentar de nuevo el vicio. ¡Qué humanos son! ¡Y hablan todavía del Kaiser que hizo de sus

súbditos, autómatas y muñecos de resorte, sumisos a la voz del que los manda! ¡Si todos los hombres, en mayor o menor escala, son lo mismo! Hasta los cubanos, rebeldes, por naturaleza y educación. Se rebelarán contra el uniforme de un policía que los manda hacer esto o lo otro; protestarán enfurecidos, se *fajarán,* en último caso. O junto al aviso que dice "Se prohibe pisar la yerba" habrá un trillo claro y perfecto, por donde todos han tenido buen cuidado de pasar, demostrando con esto al extranjero que nos visita, nuestra rebeldía a la autoridad y a las leyes.

Pero todas esas cosas no son más que reminiscencias de otros tiempos de opresión y tiranía en los que era patriótico y hermoso desobedecer al *Orden Público* o al *Guardia Civil* o a las leyes y Reales ódenes, porque unos y otras representaban la Metrópoli contra la que había de luchar a sangre y fuego; y todavía no se han acostumbrado a pensar que ese vigilante de ahora, es suyo, y esa ley, buena o mala, es ley de la República. Otras veces, su rebeldía es un fenómeno puramente calorífico.

Pero en el fondo son como todos. Obedecen ciegamente a esos fantasmas dominadores que se llaman el Estado, la Sociedad, la Religión, la Rutina, los Convencionalismos, las Conveniencias sociales.

Si no, miradles. Suena el alegre cascabel, y allá van atropellándose, arlequinescamente disfrazados, a bailar y reirse. ¿Lo sienten?... Han cumplido lo que la Sociedad les mandaba. Era Carnaval.

Hoy les toca llorar, acordarse de nosotros, y aquí vienen. Esta noche irán también, ceremoniosamente, a oir ese Tenorio utópico e insulso. Admirarán como otros años su valor y su audacia, reirán como siempre los chistes de Ciutti y se volverán a identificar también con la pobre Doña Inés. Y hasta el año que viene.

Y así son en todo. Y así eran cuando yo vivía. Y en su carnerismo llegan a la exageración. Sólo van a los paseos un día a la semana, los domingos. A los teatros, los días de moda. Cenan, una vez al año, por nochebuena. Y ¡ay de aquel a quien se le ocurra quedarse de vez en cuando hasta las cuatro de la mañana para cenar en *La Placita* unas cabrillas fritas! Es un perdido; no hace lo que los demás.

Y todos son lo mismo. Piensan, sienten y quieren juiciosa, reglamentadamente. Las niñas en edad de merecer siguen esperando para corresponder a su enamorado, que éste se lo diga tres veces. Los jovencitos, cuando terminan su carrera, se casan en seguida para ser personas serias.

Y pobre de aquel cuya manera de pensar, de sentir o de amar no pueda ser clasificada por la sociedad. Será un raro y un loco. Que para no asustar al rebaño, hay que ser hipócrita. Hay que tener anestesiado, a gusto de la humanidad, el cerebro y el corazón.

Pero... me he puesto triste y tonto. Esta maldita costumbre de filosofar que tenía cuando estaba en el mundo de los vivos, no me ha abandonado en la tumba. Por eso fuí muy desgraciado. Quise rebelarme contra los convencionalismos y fuí vencido por la conjura social. Y hasta en mi matrimonio, quise pedirle a mi esposa amor después de dos años de casado, olvidándome de que era mi esposa. Recuerdo que el día de mi muerte, con esa clara y fina percepción que le da la naturaleza a los difuntos—sólo muriéndose se sabe esto—mi esposa, en lo primero que pensó, después de haber desahogado sus glándulas lagrimales, fué en un traje de teatro que acababa de comprar y no había usado todavía.

—¡Qué dolor!—le decía a sus amigas— ¡quién me iba a decir que no me lo podría estrenar! ¡Y hasta después de hecho, tuve que subirle un poco el escote, porque el pobre Juan era muy raro y exagerado en esas cosas!

Divago. El aire frío y húmedo de la mañana "hiela mis huesos" como dirían los poetas. Y además, el recuerdo de la aventura de ayer me preocupa todavía. Nunca creí que el poder de los hombres llegase a tal extremo. A resucitar a los muertos. ¿Será cierto o será un sueño de mi cráneo, no tan hermoso como el busto de la fábula, pero sí tan vacío como el de muchos consagrados? Ayer he salido de mi tumba, he recorrido alegre y tumultuosamente las calles de la capital. La ciudad se hallaba engalanada como en días de carnaval. Se oían gritos y aclamaciones. Coches y automóviles atestados de hombres de todas clases y condiciones, iban veloz, precipitadamente, de uno a otro lado.

—¡Zayas sí vá! ¡Zayas-Mendieta, victoria completa!—gritaban unos desde un automóvil.

—¡Vivan los conservadores!—decían otros.

Frente a una casa, creo que de la calle de Galiano, el público se aglomeraba, como en días de grandes agitaciones. "¡Veinte blancos!"—pedía uno enronquecido.—"¡Blancos son los que hacen falta! Ya los negros se han acabado! ¡Forros blancos!"

¡A votar, a votar!

Y en un camión enorme me metieron atropelladamente con otros muchos. ¿Muertos como yo? Tal vez.

Y en un colegio electoral, voté candidatura completa; no recuerdo la de qué partido. Para el caso era lo mismo.

Después volví a mi tumba. ¿Habrá quien crea en la paz de los sepulcros? La humanidad ha progresado demasiado...

Pero ¿es cierto que los hombres pueden hacer ya que los muertos resuciten?

¡Los hombres, los hombres! ¡Qué idiota, qué cándido soy a veces, tanto como cuando estaba en el mundo, según me dijo un día un amigo hablando sobre mi matrimonio! Los hombres no han llegado todavía a hacer resucitar a los muertos. Hasta ahora los únicos que pueden hacer eso son los políticos!...

LOS NOVIOS DE VENTANA

En este siglo del *one step,* los *fords,* el teléfono automático, los patines y las matinées cinematográficas y bailables, los novios de ventana resultan un verdadero anacronismo. Es realmente extraordinario que se conserve y practique aún esa costumbre, una de las más antiguas de nuestra ciudad, propia de los siglos bárbaro-caballerescos, en los que, embozados en su capa, tenían los pobres amantes que esperar frente a las rejas de su amada el momento en que la *dueña* o el marido *Barba Azul,* la dejase por unos minutos libre de toda vigilancia, para entonces, presos de temores y sobresaltos, poder estrecharse nerviosamente las manos y dirigirse unas cuantas palabras de amor.

Y así, a medida que la humanidad ha ido progresando y se han conseguido todas esas libertades sociales y políticas que debemos, entre otras cosas, gracias a la Revolución Francesa y a la de Agosto, al reinado de la sicalipsis y a las operetas vienesas, ha

ido también desapareciendo de todos los pueblos de Europa y América tan incómoda costumbre, a tal extremo, que ya hoy únicamente se practica en esta ex fidelísima Insula.

No puede ello atribuírse a otra causa que al apego que tenemos los criollos a todo lo antiguo y tradicional, como lo demuestran claramente el afán que sienten las familias por conservar en sus casas los trastos y tarecos viejos, y el que a los veinte y tantos años de República no hayamos modificado los viejos Códigos que nos dejó la ex madre peninsular.

Antes, eran *novios de ventana* aquellos infelices que no tenían otro medio de verse y hablarse, por ofrecer la familia oposición a las relaciones y no dejar salir de la casa a la muchacha.

Pero hoy, las cosas han variado por completo. Las muchachas gozan de bastante libertad; no viven encerradas perpetuamente en sus hogares, y las mamás no son tan rigurosas y exigentes como antes.

En nuestra época pueden las niñas salir a menudo, ya solas, ya en compañía de hermanas, primas o amigas, al cine, al Parque, al Malecón, a tiendas, a la botica "para dar un recado por teléfono", a la "bodega" *a pesarse,* o a otros muchos sitios que les ofrecen magníficas oportunidades de ver a sus enamorados y hablar con ellos.

Y hasta las condiciones de las casas han variado: las antiguas y enormes *llaves coloniales* que se colgaban detrás de la puerta, han sido sustituídas por los pequeños y manuales *llavines;* y las mismas ventanas, que antes eran perfectamente cerradas con gruesos barrotes, hoy se construyen provistas de postigos modernistas y cómodos.

Tenemos ahora sobre nuestra mesa de trabajo un dibujo de Landaluze, el pintor de las viejas costumbres habaneras, que reproduce una escena de los *novios de ventana.*

Puede observarse a la pobre niña, tímida, asomando la cabeza tras el postigo, mientras el novio, vestido a la usanza de la época, casaca negra, sombrero de copa y pantalón blanco, le dirige desde la acera, a distancia, tiernas palabras de amor.

Un *costumbrista* de entonces nos cuenta que el *novio de ventana* podía ser de tres clases: *aspirante,* mientras se limitaba a

pasear la cuadra de arriba a abajo mirando insistentemente para la ventana que guardaba a la niña de sus pensamientos; *meritorio,* ya junto a la ventana, en las primeras horas de la noche, pero todavía en la época de ruegos, sin haber realizado aún la *conquista,* conformándose con oprimir entre sus manos los hierros; y *efectivo,* cuando ya pasadas las diez de la noche, podía estrechar las manos o cualquier otra pertenencia de su niña—elevada a la categoría de novia—y en posesión él de todos sus derechos y funciones de novio.

Las declaraciones las hacían en aquellos tiempos los jóvenes después de haber sido durante varios días *aspirantes,* depositando, ya por sí o por medio de un amigo o mandadero, la consabida epístola en prosa o verso, copiada de *El Secretario de los Amantes* o escrita por un amigo poeta. El ya mencionado *costumbrista* nos da a conocer un soneto-declaración. Empieza así:

A...

Mi corazón está muy enamorado
y como la flor seca se deshoja.
Así se secará el desdichado
si tú, Panchita, al verle tan angustiado,
....

Una carta era poco; nuestras bisabuelas y abuelas, cuando niñas, necesitaban tres cartas, por lo menos... Hoy basta con dos palabras.

Se veían por primera vez en la ventana, a escondidas de la mamá. La muchacha, después de las excusas de la *edad,* el *traje corto,* el *colegio,* etc., le daba al galán vagas promesas, ofreciéndole, *consultarlo con la almohada.*

Y el esperanzado meritorio pasaba así unos días, hasta que, tras el anhelado *sí,* quedaba convertido en *amante* efectivo o verdadero *novio de ventana.*

Se cambiaban primero numerosas *pruebas* de amor: retratos, lazos, pañuelos, ricitos de pelo...

Por fin convenían en verse a altas horas de la noche. Ella, en *puntillitas,* se levantaba de la cama, burlando el sueño de la familia, y auxiliada por la *negra vieja* que la había criado o visto

crecer y se prestaba a estas peligrosas combinaciones, no sin refunfuñar:

—¡Ay niña! Si *lo viejo* se entera me va *comprometé.*

Algún beso menos disimulado llamaba la atención del *sereno,* que, cruel e implacable, ponía fin al amoroso coloquio:

—Váyanse a acostar y cierren la ventana, si no quieren que le avise a la familia—gruñía, haciendo al mismo tiempo sonar contra las losas de la acera la lanza, símbolo de su oficio.

*

Los *novios de ventana,* por ridículos, antiestéticos y anacrónicos, constituyen en la actualidad un atentado al ornato público, un estorbo para el mejor orden y reglamentación del tráfico en nuestra capital y una rémora al progreso y civilización de la humanidad.

Hoy, propiamente *novios de ventana,* quedan muy pocos. Hay, en cambio, *conquistadores, enamorados* y *amantes de ventana.*

Se ven también algunos casos excepcionales: novios que después de dejar *los sillones* y salir a la calle, se están despidiendo en la ventana más de una hora; y otros, que no tienen *entrada en la casa* más que tres veces a la semana y se pasan los otros cuatro días conversando por la noche en la ventana. ¡Ridiculeces familiares!

Fuera de esas y otras excepciones, la ventana desempeña en nuestra época otra misión, no menos elevada e importante que la que antiguamente desempeñaba.

Así como las muchachas *en edad de merecer,* pertenecientes a la *alta sociedad,* al *smart-set* o *high life,* tienen el salón, el teatro, el paseo y el automóvil, como cosas y lugares apropiados para lucir sus encantos y atractivos—naturales o artificiales—, para exhibirse y llamar la atención de los futuros pretendientes; así también, las pobres—a veces más felices—muchachas de la clase media, han encontrado en la ventana, el cuadro, marco, sitio, lugar, vidriera o escaparate, donde, exponiéndose en periódico, constante y llamativo anuncio, se dan a conocer y atraen, en mayor o menor escala—como el panal de miel a las moscas o el bombillo de luz eléctrica a las mariposillas—, a los jovencitos... o viejecitos, que de tarde y noche pasean la cuadra buscando una *noviecita* aunque no sea más que *para pasar el rato; rato* que después se encarga

la muchacha, si es lista e inteligente, de que se convierta en: "esposa y compañera te doy para toda la vida..."

Y merece la pena hacer un recorrido, de tarde o noche, por algunas calles de La Habana, verbigracia San Lázaro.

Las muchachas, desde temprano, se han emperifollado con sus mejores cintas, lazos y encajes, dándose su vivificante *colorete* y *mano* de polvos de arroz.

A veces, se sientan en su silloncito de mimbre y, con un libro en la mano, hacen que leen; otras, se recuestan artísticamente en el postigo de la ventana.

Situadas de esta manera, *a verlos venir,* esperan el paso, ya de sus amigos o conocidos, ya del misterioso desconocido; y en cada uno de ellos creen ver un esposo, más o menos buen partido pero esposo al fin, que es lo importante.

Los jóvenes miran o saludan. En ocasiones, se detienen. Cuando esto sucede, la muchacha puede considerar que ha tenido una tarde o noche feliz.

Las más desesperadas por pararse a la ventana son las chiquillas de 14 a 16. En una cuadra de la calle de Lealtad hemos visto cinco muchachitas, que tarde y noche, se sitúan en sus respectivas ventanas. Cuando pasa varias veces algún joven, discuten a cuál de ellas miró con más entusiasmo o interés, y llevan después la cuenta de los amigos y admiradores que tiene cada una. Suelen también, cuando pasa un automóvil con bastante velocidad, saludar a los que van dentro, para poder anotarse ante sus amigas unas cuantas amistades más.

Esta lucha entre vecinas llega a tal extremo que recordamos haber leído una *correspondencia secreta,* redactada en esta forma:

"J. L. Dígame si los paseos que da por mi cuadra, son por mí o por mi vecina. *María Luisa.*"

Después de dar los jóvenes varias vueltas y revueltas, vienen los piropos:

—¡Qué chiquita más linda!

—¡Qué boquita más sabrosa!

La muchacha finge enfadarse y le contesta:

—¡Qué confianzudo!

Y ésta u otra respuesta le sirve al joven para entrar en conversación.

Si es una *pollita* la agraciada, a los tres días son novios, lo cual no impide que a la semana siguiente hayan peleado y tenga ella otro distinto.

Porque los actuales amores de ventana, relegados casi a los *fiñes* y *pollitas,* son rápidos, fugaces.

Hay jóvenes que tienen dos o tres *noviecitas* en distintas cuadras, y todas las noches conversan con cada una de ellas diez o quince minutos... y en esto nada más consisten las relaciones.

Buscando la razón de porqué existen todavía algunos novios de ventana y la causa de que los hombres sean tan aficionados a enamorar y conversar de esta manera, hemos podido observar que las ventanas que tienen cerca algún farol, no suelen ser las más visitadas por los enamorados. ¿Motivo? *Chi lo sa.*

Y respecto a éstos, no encuentro otra explicación de su entusiasmo ventanero que el afán, propósito y deseo, casi único, que persiguen en cuestiones de amor: que el público se entere y los vea ya hablando, ya en compañía de una mujer. Con eso les basta. Ellos se encargan del resto, de ponderar lo que son o han hecho con esa pobre e incauta muchacha.

¡Hay tantos conquistadores *inéditos,* cuyas *famosas* hazañas, sólo por ellos conocidas, se encargan ellos mismos de pregonar y ponderar!

Pero, aunque, como hemos visto, estén en decadencia y amenazados de desaparecer los *novios de ventana,* en los pocos que quedan y en los *enamorados, conquistadores y amantes de ventana* es indudable que se realiza lo que el vulgo ha dado en llamar "*beefsteak* en parrilla" y cuya historia nos contó el Dr. Lanuza en una carta, de la que copiaremos aquí los siguientes párrafos:

En un viaje que hice a Matanzas por un asunto judicial, me dijeron una noche, en una casa de familia que visité, que así llamaban en Matanzas a tales novios, porque la ventana hacía de parrilla: a un lado se suponía que estaba el fuego y al otro la carne puesta a asar.

Y terminaba su epístola el doctor Lanuza planteándome esta interesante cuestión:

Dejo a usted en libertad de distribuir estos dos elementos, *fuego* y *carne,* como lo crea conveniente, aunque a mí se me ocurre que la carne está por los dos lados y el fuego entre ambos, como dicen los

lógicos que sucede con el concepto de relación, que no está *en* los relativos, sino *entre* los relativos.

Realmente es ésta una muy ardua, delicada y peligrosísima materia.

Desde los Santos Padres hasta nos, mísero escritor de costumbres, ha habido discrepancia completa y la más lamentable confusión en cuanto al verdadero significado de los términos *carne* y *fuego*. En la misma Biblia, hay Santos Padres que anatematizan la *carne* como causa de todos los males de la Humanidad. Por el contrario, en el admirable *Cantar de los Cantares*, se ensalzan y cantan todas y cada una de las variedades de *carnes*, rubias, blancas, trigueñas, gordas y flacas. He encontrado también esta confusión entre la carne y el fuego:

"Humilla nuestro espíritu, pecador, porque *la carne es fuego* y te consumirá." *Ecles. Cap. VII, vers. 19.*

Creo, pues, que en los *novios de ventana* no está la *carne* de un lado y el *fuego* de otro, ni la *carne* a ambos lados y el *fuego* en el centro, sino que la carne está de uno y otro lado de la ventana, o *parrilla*, y que el fuego *va por dentro* de ambas carnes o novios.

Nuestra opinión es, sin duda, la más acertada y competente. ¡Por algo jamás hemos podido ser *vegetarianos!*

"EL CONOCIDO JOVEN"

Nuestras crónicas sociales suelen reducirse hoy en día, salvo raras excepciones, a una lista interminable de sustantivos y un buen número de adjetivos. La moda y el gusto del público así lo exigen. Son muchísimas las personas que asisten a una boda u otra fiesta con el único y exclusivo objeto de ver al día siguiente su nombre en letras de molde. De ahí, que los cronistas sociales se vean obligados a desdeñar, a prescindir en sus trabajos, de *floreo*s al hablar de algún evento social, yendo inmediatamente *al grano,* como pedía el magistrado del cuento. Y *el grano,* en este caso, o mejor dicho, *los granos,* son los nombres de los asistentes al acto.

Como detalle curiosísimo que comprueba lo arraigada que

está entre nosotros esta costumbre, debemos citar una típica fiesta que actualmente se celebra en La Habana: el baile infantil que dan, por carnavales, las sociedades regionales españolas, y al cual llevan las familias, vestidos con trajes *de capricho* o *de sala,* a sus pequeñuelos. El atractivo principal de la fiesta consiste en una lista—de cuatro o cinco mil nombres—que publican después los periódicos, mencionando todos los niños que concurrieron al baile y el disfraz que llevaban. Los felices padres y familiares se leen, pacientemente, esos millares de nombres para encontrar el del hijo o pariente, que a lo mejor aparece mal escrito.

Pero hay algo que resulta mucho más incómodo, molesto y complicado para los cronistas sociales: los adjetivos. Hay damas, damitas y caballeros a los que no basta nombrar: hay que adjetivarlos también. Y he aquí los apuros, de los que no saldría triunfante ningún maestro de la lengua. Sin embargo, los cronistas sociales salen triunfantes siempre en esta ardua labor. No sabemos cómo se las arreglan, pero es lo cierto, que ellos pueden diariamente *calificar* y *adjetivar* a veinte o treinta personas de todos los sexos.

Bella, encantadora, gentil, interesante, graciosa, simpática... son adjetivos que usan para las mujeres. *Ilustre, distinguido, sabio, acaudalado, notable...* puede decirse, tratándose de hombres. No quiero citar un "*de eterna belleza*", expresión que he visto emplear, aplicada en sentido de elogio (¡!) a muchas señoras de nuestra sociedad.

Todos estos adjetivos son relativamente fáciles de aplicar. Pero existen individuos que no son nadie, ni tienen título alguno, profesional ni pontificio, ni cultura, ni capital. No son ni distinguidos, ni simpáticos, ni elegantes...

Son la personificación, la encarnación de la nada. Son seres amorfos, negativos. Son unos *Don Nadie.* Y, a pesar de esto, son personas que frecuentan asiduamente nuestros salones, teatros y paseos. Hay, pues, que citarlos en las crónicas, tanto más, cuanto que ellos lo piden directa o indirectamente. ¿Cómo calificarlos? El único adjetivo adecuado sería la partícula privativa "a" antepuesta a su nombre. Pero el cronista no podría llevar su crueldad a ese extremo. ¿De qué manera resolver el problema?

Muy fácil, muy sencillamente. ¡Oh prodigioso invento de nues-

tro siglo! Cada uno de esos individuos será siempre, en todos los momentos, donde quiera que vaya... *El conocido joven.* ¡Admirable! ¡Estupendo! ¡Maravilloso!... ¿Verdad?

A *El conocido joven,* como queda dicho, se le encuentra en todas partes. Por la mañana en Obispo. Por la tarde en el Prado y Malecón. Por las noches en la retreta, el cine o el teatro. No pierde tampoco ningún baile ni fiesta, sobre todo si son de invitación o gratuitos. Es amigo de los cronistas, los obsequia, los halaga y hasta los invita a tomar una copa o a refrescar, la víspera de su santo, para que al día siguiente lo feliciten en la crónica: "Hoy celebra su santo *el conocido joven* Fulano de Tal. Felicidades." Conoce y hasta saluda a toda La Habana, aunque de él todos no sepan más sino que es *el conocido joven,* ignorando la mayoría, su nombre. Sonríe y piropea a las muchachas, entre las que tiene la rara cualidad, que gráficamente se halla expresada en esta frase por la que son conocidos algunos de estos tipos: *rompe grupos.* Aunque no es un *buen partido* para las niñas en edad de merecer, éstas lo buscan con frecuencia: cuando, por no haber llegado todavía ninguno de sus amigos, no quieren aparecer, en un baile, que están *comiendo pavo;* lo utilizan también para dar *caritate* a los pretendientes o para que se decida algún enamorado tímido. En el Malecón, paga las sillas y a la salida del cine o teatro pueden sacarle, de cuando en cuando, *la convidada.* Tal es su papel en sociedad.

Los hay que tienen capital, pero éstos son muy pocos. La generalidad vive de un destinillo o mesada.

En sus trajes, no suelen ser elegantes ni cursis. Un término medio indefinible. En sus conversaciones, vacíos, tontos. Por sus modales y aspecto, presuntuosos o estúpidos, ridículos. Por su cuna y antecedentes penales... más vale no averiguarlo. Por su cara, ¡oh!, la cara es el espejo del alma, y la de casi todos los *conocidos jóvenes* ¡mete miedo!

CHISMOGRAFIA SOCIAL

En Cuba podemos decir que, salvo honrosas excepciones, todos los hombres son oradores y todas las mujeres chismosas.

Confirma esta regla la existencia de individuos completamente mudos o a lo más monosilábicos, a causa de su agudo *pachequismo,* hombres de inmenso talento... callado, famosos sabios e ilustres estadistas, cuya verdadera sabiduría consiste en no hablar, adoptando, eso sí, para todo, la bella *pose* del Pensador de Rodin: "el silencio es oro", sostienen ellos, y efectivamente, casi siempre les produce oro y otros metales.

Lo que sí resulta imposible encontrar es una mujer que no sea chismosa. La chismografía es la única forma de elocuencia que poseen las mujeres. Sabemos que la elocuencia es el don natural de la persuación, y la oratoria, el arte, la manera de la elocuencia. Las mujeres, para persuadir y convencer, jamás emplean la palabra; queda ésta reservada al hombre. El hombre habla, ruega, suplica, increpa, apostrofa. La mujer, conociendo que en ella el don de la elocuencia no está en la palabra articulada, sino en la palabra vivida, nunca usa aquélla en los instantes supremos, en los momentos solemnes. Cuando ella quiere convencer, calla, pero actúa. Recuerdo que una mujer muy sabia en cuestiones de amor, me dijo hablándome de uno de sus amantes: "Es un hombre encantador, simpatiquísimo, pero en ciertas ocasiones habla demasiado."

A la mujer le basta un gesto, una mirada, para resolver a su favor la más difícil, ardua y complicada de las situaciones. Y la elocuencia de una caricia o de un beso, no ha sido hasta ahora, ni lo será por los siglos de los siglos, superada nunca.

Las mujeres conocen que, hablando, el hombre—si es medianamente inteligente, pues de todo hay en la viña del Señor—, las envuelve, las ofusca, las sugestiona, las derrota, y que, en cambio, en los gestos, en los ademanes, son torpes; y no hay nada más contraproducente que la inoportunidad de un gesto o de una caricia.

Se afirma, por el contrario, que las mujeres son comediantas consumadas. Poseen el arte supremo y exquisito de la mímica.

Así como el orador confirma lo que está diciendo, con sus ademanes, la mujer usa la palabra para dar mayor fuerza a sus gestos; en estos casos sus frases llegan a alcanzar una plasticidad asombrosa, admirable.

Buena prueba de cuanto decimos nos la ofrece el cinematógrafo. Existen actrices eminentes, de facultades extraordinarias; Priscilla Dean, la Bertini, Pina Menichelli... No ha habido todavía, ni es posible que se encuentre, un gran actor, y aun los que, como Novelli, son verdaderos genios de la escena, cuando los vemos en películas nos resultan amanerados, artificiosos.

¿Cómo utilizan las mujeres la elocuencia hablada? En la chismografía. Poseyendo un gran espíritu observador, un profundo conocimiento del corazón humano y una fina y delicada percepción de las cosas y las personas, saben darse cuenta, en un instante, de todo cuanto las rodea, del lado flaco de los seres a quienes conocen; y, maestras de la ironía y la sátira, con una palabra o una frase inutilizan y matan a aquel que se les interpone en su camino.

A la posible rival que se figuran puede arrebatarles el hombre que a ellas les gusta o les conviene, la destrozan, la descuartizan, en público y en privado; dirigirán sus dardos contra aquello de lo que más presume o se enorgullece su víctima; llegarán a afirmar que su belleza es ficticia, que el carmín de sus labios, que sus ojeras y el rosa de su cutis, son falsos, que son pintados; que sus bellas formas, son postizas; que si usa tales o cuales esencias es con el único fin de disimular otros olores. Y en su elegancia también se cebarán, haciendo resaltar los detalles ridículos o cursis de su *toilette*.

Si esto no basta para conseguir el fin que se han propuesto, acudirán entonces a la maledicencia y la calumnia, poniendo en la picota pública las interioridades de su hogar, los más mínimos detalles de su vida privada. Conozco mujeres que han llegado al extremo de tomar una criada, que acababa de salir de casa de una amiga a la que odiaban por suponer que era su rival, con el fin de enterarse de las interioridades de la casa.

Con el hombre que las desprecia o las ofende o tiene con ellas un acto de descortesía o de indiferencia, son asimismo implacables... y en muchas ocasiones justas.

El hombre chismoso por despecho, es un ser despreciable, indigno, cobarde. Martí decía:

¿De mujer? Pues puede ser
que mueras de su mordida;
pero no empañes tu vida
diciendo mal de mujer!

La chismografía en La Habana está perfectamente organizada y reglamentada. Hay grandes centros o lugares donde periódicamente se reúnen las mujeres para dedicarse a la chismografía. Es conocidísima una gran tienda de ropas, situada en uno de los sitios más céntricos de La Habana. Allí, mañana y tarde, en *horas de compras,* se congregan, a *arrancarle la tira de pellejo* a todo bicho viviente; y, hasta los mismos dependientes las ayudan y auxilian, proporcionándoles datos de las demás marchantas de la casa. Y esta chismografía se convierte a veces en espionaje. Conozco el caso de una señora que fué avisada inmediatamente por teléfono, de que su marido se encontraba en esa tienda hablando con otra dama. Y también el de un marido al que le llamaron la atención de que su esposa estaba *flirteando* con un joven.

Existen asimismo asociaciones femeninas que convierten sus días de juntas o de recibo en clubs conspiradores o de chismografía. Todas las asociadas van aportando, como en las antiguas sociedades secretas, los informes que han podido adquirir. Los mayores misterios se descubren y aclaran; el último acontecimiento social se da a conocer; los disgustos de familia; los reveses de fortuna y hasta las cuestiones políticas se discuten y a veces se resuelven allí, pues sus asociadas pertenecen a todas las clases sociales y principalmente a las más altas y encumbradas.

Los centros menores de chismografía son incontables; todos aquellos lugares donde se reúnen dos o más mujeres: visitas, días de recibo, de santos, teatros, bailes, etc.

Los medios transmisores de chismes: las cartas, los anónimos y el teléfono, el más usado hoy en día.

Tales son en síntesis, la vida y milagros de las chismosas, fieles de esa nueva religión que practican con fervor y entusiasmo, muchas mujeres de La Habana, en salones y ciudadelas.

EL MEDICO DE LOS MUERTOS

No creo sea aventurado afirmar que en nuestra patria, de cada diez personas, cuatro son médicos, cuatro abogados y las dos restantes Generales. Las demás profesiones están repartidas entre individuos que, habiendo fracasado en esas carreras o encontrándose *fuera de servicio,* han creído oportuno dedicarse a algo más productivo. Conviene aclarar que de esa decena, la mitad, por lo menos, son periodistas, sin que esto quiera decir que los tales sean capaces de escribir correctamente ni aun cartas a la familia.

Esta abundancia y exceso de profesionales redunda, desde luego, en perjuicio de su calidad. Son infinitos los abogados sin clientes y médicos sin enfermos que, para ir viviendo, desempeñan plazas de escribientes con treinta pesos y hasta de vigilantes y motoristas; lo que, bien mirado, es un beneficio que le hacen a la sociedad, porque si a esos doctores se les ocurriera ejercer, sería necesario ensanchar las cárceles y los cementerios.

Y, después de los maridos, son galenos y togados los dos tipos que, a través de todos los tiempos, más han servido de blanco a las burlas e ironías de los escritores.

Circunscribiéndome ahora a los médicos, ¿quién no ha leído *El médico a palos,* de Moliére, o, por lo menos, los intencionados versos del más insigne de los saineteros españoles, o el famoso artículo *El médico de campo,* del primero de nuestros *costumbristas,* José María de Cárdenas?

Moliére no quería a los médicos, se burlaba de ellos, acribillándolos con sus dardos. Del doctor Mauvillain, su íntimo amigo, decía:

—"Es mi médico, me da recetas que yo no tomo y somos los mejores amigos del mundo."

Pero la burla más sangrienta que se ha hecho de los médicos, no se debe a un francés. Es cubana. Por algo se llama a nuestra patria la tierra clásica del *choteo.*

Todos cuantos hayan tenido que acompañar los mortales despojos de algún familiar o amigo hasta la última morada, la *Quinta de los Pinos,* o *San Antonio Chiquito,* como llama el vulgo a nues-

tro Cementerio General, habrán observado, sin duda, al final del Paseo de Carlos Tercero y a la falda del Castillo del Príncipe, hoy convertido en Presidio, una fuente, la última de las varias que *adornan y embellecen* esa calzada, construída por el general Tacón. Dicha fuente marca el límite del Paseo y el comienzo del camino que conduce al Cementerio de Colón. ¿Os habéis fijado en ella? ¿Habéis visto la estatua que ostenta en su remate?

Es una estatua—dice hablando sobre el particular en un interesantísimo artículo publicado hace años, el doctor José Antonio González Lanuza—muy mala como obra artística: pequeña de cuerpo, cargada de espaldas, barbuda, envuelta a medias en un manto cuyos rígidos pliegues, como las duras líneas de su pecho descubierto, recuerdan el estilo griego arcaico, el apolo de Tenea o la estatua funeraria de Orcómene, cuando más se le quiera conceder de respetable y de rudimentariamente artística.

¡¡¡Es una estatua de Esculapio!!!

Y ese emblema del semidiós de la Medicina—continúa diciendo el doctor Lanuza—en la puerta misma de la triste ruta que lleva directamente a la casa del descanso eterno, me parece, por lo casual, por lo no intencionado, por lo graciosamente inconsciente, la más espiritual de las bromas, macabra y festiva a un mismo tiempo, filosófica y burlona, demostrativa de lo poco que vale el esfuerzo humano, de la inanidad de nuestra ciencia, y de que no hay nada más irónico que el azar, ese tremendo o inaguantable bromista.

Y, bromista también irreducible, el doctor Lanuza pedía que dejaran la estatua ahí,

porque tiene un valor ideológico en el sitio en que está, porque encierra toda una serie de ideas, porque resulta supremamente alegórica, cumpliendo así con lo que es (a mi entender) la más alta finalidad de la escultura. Y que me perdone esta opinión y este deseo la respetable Facultad de Medicina.

Pero no termina aquí, con ser de sobra sangrienta y cruel la broma de que han sido víctimas los médicos.

A la ironía del azar, colocando la estatua del padre de la Medicina en el umbral casi de la morada donde habitan los únicos que ya no pueden utilizar los servicios médicos y que tal vez son víctimas de ellos, y a la ironía, aun más implacable, con que el

doctor Lanuza pide que no se quite de allí esa estatua porque es un símbolo, hay que añadir una nueva burla que la necesidad ha introducido para completar lo que bien pudiera denominarse "tríptico irónico".

Es necesario que en el Cementerio haya un individuo dedicado expresamente a dar fe de que los cadáveres llevados a enterrar son en realidad *cadáveres muertos.* Y esa plaza sólo puede desempeñarla un Médico: *¡El Médico de los muertos!*

....

Hemos llegado al Cementerio tras el cortejo fúnebre de un amigo o conocido. Cuatro *zacatecas* sacan en hombros la caja mortuoria para depositarla, antes de darle sepultura, en la mesa de mármol que a ese efecto existe en los portales de la menos burocrática de nuestra oficinas públicas.

Un señor pequeño, apergaminado y enjuto, se acerca. A un gesto suyo, destapan la caja. A través del cristal, dirige una rápida mirada al rostro del difunto. Hace otro gesto y vuelve a cerrarse el ataúd. *El Médico de los muertos* ha cumplido su misión.

Muchas veces, al encontrármelo en la calle enfundado en su antidiluviano chaqué verdinegro y llevando en la diestra enorme paraguas de los llamados antiguamente *de billetero,* he tenido la intención de celebrar con este discípulo de Esculapio una *interview.* Pero, dejándolo de un día para otro, nunca he llegado a entrevistarlo.

¿Habrá él, al fin, descubierto, después de estar mirando a diario cara a cara a tantos cadáveres, el misterio de la muerte? ¿Sabría explicarme dónde comienzan los linderos del más allá? En la vidriosa mirada y el gesto último que como huella de su marcha definitiva ha dejado la vida al abandonar aquellos cuerpos, ¿no habrá podido sorprender el secreto del *ser* y del *no ser?*

Me he fijado muchas veces, detenidamente, en nuestro personaje cuando está en funciones, y me ha parecido adivinar cierta inteligencia entre él y sus *clientes.* Siempre, al observarlos tras el cristal de la caja, les guiña un ojo, de ese modo especial con que solemos dar a entender a otra persona que nos damos cuenta y estamos al tanto de lo que se trata o pasa. ¿Ellos, los cadá-

veres, le contestan? ¿El guiño que él hace es un santo y seña? ¿O es un tic nervioso, hijo tan sólo de la costumbre?

....

Tal vez, ni tú mismo podrías decirlo, ¡oh médico de los muertos, el más famoso de los galenos, pues nunca has matado a ninguno de tus clientes! Y si lo sabes, guárdatelo, no nos reveles el Misterio.

¡Qué íbamos a hacer los hombres con la Verdad!

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.

LA FILOSOFIA DEL PORVENIR

NDUDABLEMENTE las profecías y todo aquello que sea adelantar un acontecimiento están en plena bancarrota. La Humanidad que va de prisa cultiva la desconcertante rosa de lo ilógico. Nos ponemos a la vera del camino, vemos la dirección que lleva y decimos: va hacia tal parte. Y efectivamente, un poco más adelante la caravana toma una vereda enmarañada y va en busca de una misteriosa ciudad desconocida. Por eso, ni en filosofía ni en literatura es posible prever una dirección. Cuando más creemos saber el sentido que lleva el pensar de una época, éste, imitando a una jovenzuela tornadiza y coqueta, cambia de dirección y se lanza alegremente rumbo a lo imprevisto.

De ahí la dificultad de hablar de una filosofía del porvenir. La clara visión positiva de Ingenieros, el romanticismo semihegeliano de Ortega y Gasset, el idealismo de Bergson, la serena apreciación de Bradley, el golpe de vista sintético de Hoffding, se han sentido incapaces de anunciar cómo será y hacia dónde irá la filosofía del mañana.

Hablar de la filosofía del porvenir es algo análogo a la resolución de un problema matemático en el cual, conociendo un elemento invariable y uno relativo se pretendiera saber exactamente el valor de la incógnita. En efecto, el positivismo, origen de casi toda la filosofía actual, es lo único que conocemos exactamente. La filosofía contemporánea de la cual, y sin solución de continuidad, se ha de derivar la del futuro, es de un valor relativo, puesto que la desorientación es su característica. Con esos dos elementos hay que deducir lo que será la filosofía del porvenir.

Hay tres puntos principales. Primero, estudiar los alcances y

las influencias del positivismo. Segundo, determinar aproximadamente el sentido de la filosofía contemporánea. Y tercero, estudiando las influencias del primero sobre la segunda, deducir cuáles puedan ser las que esta última ejerza sobre la tercera época.

De todo esto se deduce que hay que hacer una parte, la primera, de lo que José Ingenieros llama "Paleo-metafísica" (1), y segundo, aceptar como posible el principio del viejo estoicismo griego, que hoy renueva más de un pensador contemporáneo. Todo lo que aquí se anuncia es, como bien se puede ver, mera deducción hecha sobre bases nada consistentes. Es posible que la filosofía del porvenir sea como aquí se explica, mas es posible también que sea todo lo contrario. Ahí están las historias de la Filosofía de Hoffding, de Falckenberg, de Schwegler y de otros muchos en cuyas páginas bien se puede apreciar que nada hay menos lógico que el pensar humano.

Nuestro trabajo, pues, ha de constar de tres partes. Una puramente histórica, otra de análisis y la tercera constituída por deducciones. Comencemos, pues.

El positivismo

Francia vivía desconcertada cuando alumbró sus campiñas el primer rayo de sol del siglo XIX. Una revolución triunfante basada en principios democráticos había servido de base al imperio napoleónico. Sobre la tierra húmeda aún de sangre revolucionaria se clavaba la bandera del más aristócrata de los imperios. Años después el desastre de Waterloo arrastraba tras sí todo el fausto de aquella corte, y otro Borbón lucía el familiar perfil sobre el trono vacilante.

Todos estos cambios, rápidos, inestables, e inesperados, desconcertaron el pensamiento francés. Los ideales caían para dar lugar a ideales nuevos, que, a su vez, se derrumbaban pronto. Nadie sabía hacia dónde irían los acontecimientos. Era necesario salvar una idea, crear un ideal nuevo acorde con el nuevo modo de sentir. Y fué eso lo que trataron de hacer los intelectuales de la

(1) La hermenéutica es una paleo-metafísica de las hipótesis elaboradas sobre experiencias más incompletas que las actuales. José Ingenieros, *Proposiciones al porvenir de la filosofía*.

época. Cada cual propuso un sistema personal. El aristócrata Javier de Maistre su catolicismo anacrónico; Cousin su espiritualismo filosófico: Saint-Simon sus teorías conciliadoras; y Chateaubriand el suave y piadoso cristianismo que le caracteriza. Mas aquellos ideales no cristalizaron. Surgió entonces audaz y fuerte la figura intelectual de Augusto Comte, dispuesto a salvar un ideal o a crearlo si era necesario.

El maestro del positivismo vió con potente golpe de vista la situación moral de la Humanidad, y quiso salvarla. Para ello era necesaria una filosofía nueva, un modo de pensar que esquivara los viejos métodos, una reacción sobre el romanticismo que Fitche y Schelling habían legado al mundo en la germana concentración de Federico Hegel. El múltiple y maravilloso Renacimiento italiano, que fué un grito de rebelión; la Reforma luterana y calvinista, que había abatido la unidad religiosa del continente; y la Enciclopedia triunfante en el intelectualismo de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, de D'Alembert, de D'Holbach, de La Harpe y del matemático Lagrange, habían colocado la sociedad en forma tal que era necesaria una renovación completa para salvarla del fracaso. Esto fué lo que vió Augusto Comte y eso fué también lo que quiso evitar. Al desconcierto filosófico de principios del siglo XIX que había seguido al período crítico del siglo XVIII, tenían que seguir por necesidad la organización de las ideas. Y es esa la base del positivismo.

Un pensador moderno, Giovanni Papini (2), ha dicho con razón que antes de estudiar un sistema filosófico es necesario estudiar y conocer a fondo a su creador. Nunca es más razonable este procedimiento que en el caso de Comte. El positivismo es el espíritu de su fundador, con sus defectos y sus buenas cualidades. Es todo Comte, y sólo es posible explicarse sus teorías conociéndolo él.

Augusto Comte nació en el seno de una familia religiosa. Sus primeros años pasaron monótonamente arrullados por el rosario nocturno. Esa severidad religiosa dejó en su espíritu un sedimento místico. Un misticismo originalmente ancestral que aumentó con la educación familiar. Por otra parte hay en él un mecanicista

(2) Giovanni Papini, *Il crepuscolo del filosofi.*

nacido en la escuela Politécnica. De ambas cosas surgió el positivismo. Una sed santa de salvar a la Humanidad dándole una fe nueva, y una educación matemática que le hacía inclinarse a lo positivo y experimental, fueron las causas que determinaron en él su sistema filosófico, retoño vigoroso del sistema que Leibnitz vislumbró dos siglos antes, y que el intelectualismo de Diderot había intentado implantar.

Hay así en el "positivismo" un origen sociológico, y no metafísico como muchos piensan. Antes que salvar a la filosofía, que se moría con el romanticismo audaz, se proponía Comte salvar a la sociedad.

El problema era éste: o políticamente Francia tornaba al realismo para evitar los perjuicios de la república, o se implantaba una nueva forma. Lo primero era imposible. El prestigio de la corona había pasado con las flores de lis que ornaban los mantos borbónicos. El socialismo era una utopia, puesto que no había preparación. Había pues que conciliar. Y de ese convencimiento nació lo que alguien ha llamado el "intelectualismo invertido".

Por otra parte, la religión no subsistía sobre el suelo francés. Los hombres, sufriendo las influencias intelectualistas del siglo anterior, no hacían caso de Dios, y Comte convencido del poder que ejerce la religión soñó inventar una. De ahí esa devoción por la ciencia que predomina siempre en el positivismo primitivo.

En efecto, la Humanidad necesita tener fija la mirada en algo. En algo que sea superior a su entendimiento, en algo brumoso que lleve en sí la explicación de los grandes problemas. Algo, en fin, que justifique la vida. Augusto Comte sabía que era inútil poner en las capillas a los viejos dioses de la decadencia, y quiso colocar en los altares otra Diosa, la Ciencia, creando así la "religión positiva". Seguramente algunos siglos antes el autor del *Catecismo Positivista* habría sido reformador religioso. En plena era intelectualista, no pudiendo modificar, se dedicó a alterar los valores. Creó la religión de la Humanidad. ¿Cómo? Alterando términos, o sustituyéndolos por otros nuevos. De la esperanza en la vida futura dedujo él, para sustituirla, el deber que tiene el hombre de velar por el porvenir de la humanidad. La veneración por los santos del calendario es, en su nueva manera de ver, el respeto hacia los mártires de la ciencia. El laboratorio adquirió

la importancia del santuario medioeval. Y Comte, místico disfrazado de escéptico, se creyó un profeta.

Como consecuencia de esa renovación aparecieron varios problemas que era necesario resolver. Entre ellos, uno muy difícil: explicar los orígenes del nuevo credo. Y obsérvense los principios comtianos.

La Humanidad ha pasado por tres estados filosóficos—dice Comte. El primero es el teológico, o sea aquel en que el concepto de Dios explica simplemente todas las cosas. Muerta la Edad media, triunfa la era metafísica, o sea la que sin aceptar la solución religiosa busca el origen y la verdad de las cosas. Y el tercer período es el positivo. Esto es, el que él iniciaba. Este tercer período es producto de la negación de los otros dos. La religión vacila, la metafísica no logra explicar nada—pensaba Comte. Pues sólo el positivismo es posible y sólo él subsistirá. Si la ciencia no puede conocer esa gran X cuyo manto envuelve todas las cosas, abandone la ciencia aquello que no puede explicar. Marche sólo con las verdades conocidas en busca de aquellas que se pueden conocer. Este es en síntesis el proceso intelectual que hubo primitivamente en Comte. Mas su objeto era, como hemos dicho, salvar a la Humanidad, y Augusto Comte "Mesías matemático" según Papini, creó la *Sociología,* haciendo del estudio del problema social una ciencia positiva, como Grall y Broussais habían hecho de la biología.

Estos son los principios del positivismo, disciplina filosófica que ejerció incalculable influencia en la filosofía del pasado siglo. ¿Qué quiere y qué se propone? Ya lo hemos dicho: estudiar sólo aquellos problemas que pueda abarcar la ciencia. Abandonar todo aquello que sea indemostrable. Es decir, esquivar todo contacto con la Metafísica.

Algunos años después de Augusto Comte, en pleno triunfo positivista, allá en la brumosa Inglaterra, surgió otro filósofo que estaba llamado a dar forma y a orientar la nueva tendencia. Se llamaba Hebert Spencer y era ingeniero. En su cerebro todas las cosas tenían el sentido de relaciones mecánicas. Todo estaba sometido al cálculo. Todo obedecía a leyes. El mundo era para él una gran máquina en la que todos los movimientos están previstos y en la que a dos movimientos exactos corresponden dos exactas

consecuencias. Spencer quiso continuar y ampliar el sentido positivo de Comte. Para ello fundó una filosofía personal. Su temperamento de burgués tranquilo, enemigo de las discusiones, buscó ante todo el modo de evitar las discusiones inútiles sobre problemas indemostrables. Para ello dividió las cosas, el Mundo, en dos partes. Lo "cognoscible" y lo "incognoscible". A la primera parte correspondían todos los problemas que la ciencia puede explicar. A la segunda aquellos que pertenecen a la metafísica pura. Hecha la división en esta forma, Spencer proclamó que sólo la primera debía preocupar al filósofo. Con este credo comenzó a explicar las cosas. Había eliminado del positivismo primitivo los puntos falsos o contradictorios, y confiando en la verdad indiscutible de sus principios entró abiertamente en el campo filosófico.

Sentó como punto básico el principio de que "nada se crea y nada se pierde", explicándolo con la teoría de la evolución, fresco retoño del estoicismo del griego Zenón. Las cosas, según Spencer, están en una perpetua evolución, en un eterno volver a ser. Lo general nace de lo particular y por la evolución torna a ser particular otra vez. Lo heterogéneo nace de lo homogéneo, y cumplido el ciclo evolutivo vuelve a ser homogéneo. Su filosofía es la de un monista un poco espantado de su audacia.

El positivismo spenceriano se basa, pues, en dos puntos principales con los cuales se trata de explicar todas las cosas, y estos principios son: la evolución como ley que rige la vida, y la fuerza como causa de ella.

Con estos principios, y siempre siguiendo a su maestro Comte, Spencer aplicó sus teorías al problema social. Creó el individualismo. La ley que había creído descubrir en las cosas le sirvió para explicar la sociedad. De eso nació su libro *El individuo frente al Estado,* obra de orientación equivocada, puesto que pretendiendo demostrar la supremacía del individuo sobre el conjunto, sólo demostró el mal funcionamiento del Estado.

De este modo Spencer el mecanicista, cerró de golpe la filosofía clásica inglesa que nació con Locke y se orientó con David Hume, y abrió un nuevo camino a los profesores de Oxford.

Sostiene el credo positivista, como ya hemos visto, que la filosofía carece de derecho a la existencia, porque no tiene un método seguro y fructífero que aplicar a sus especulaciones. Por otra

parte resulta audacia inútil tratar de conocer y explicar el sentido de cosas para nosotros imposibles de alcanzar. Si de las cosas—dicen los positivistas—sólo conocemos relaciones, ¿a qué buscar la esencia y perseguir el fin último de ellas?

Pero he aquí que los positivistas, sin querer, se acercan a un punto de vista filosófico haciendo una afirmación lógica indemostrable. Asegurar que de las cosas sólo conocemos relaciones es sólo remozar un viejo y gastado punto metafísico en derredor del cual giran Kant y Hegel. Pero los positivistas no querían aceptar que partían de un principio filosófico y de ese interés surgió una ciencia nueva: la "Psicología científica", baluarte del positivismo. Mas la psicología experimental no podía explicar determinados principios, que sobre el tapete permanecían eternamente debatidos. En la penumbra de los gabinetes sonreían burlones los filósofos de la era romántica. La biología, otra ciencia positiva, tampoco diafanizaba ciertos puntos. El microscopio triunfaba en los laboratorios, los cráneos abiertos por manos expertas daban a la ciencia el misterio de las circunvoluciones, pero en el fondo de todas las experiencias, sobreponiéndose a la inquisición científica, el misterio rondaba las cosas. ¿Qué es la vida?,—se preguntaban los positivistas,—¿dónde reside? Y los biólogos buscaban inútilmente. Allá lejos Barthez el vitalista hacía un guiño rabeliano a Le Boe el iatro-quimista.

Los positivistas comenzaron a dudar de la posibilidad de su disciplina. Sólo había una solución que había dado Spencer previendo tal estado de cosas. Abandonar ciertos problemas. Mas el espíritu humano lleva en sí una curiosidad insaciable. Aun sabiendo que no podrá nunca penetrar ciertos principios, quiere buscar una explicación de ellos. Es inútil soñar en el abandono de determinados puntos, porque la curiosidad se sobrepondrá siempre a la razón. Y los filósofos encerrados en el hermetismo de los laboratorios comenzaron a olvidar los consejos de Comte.

Hipólito Taine (3) y Ernesto Renán (4), marcan ese primer paso hacia la relativa independencia de la filosofía. A mitad

---

(3) La filosofía de Taine no desciende en línea recta de la de Augusto Comte; procede mejor de Condillac, de John Stuart Mill, y de la escuela asociacionista inglesa. Mercier: *Filosofía del siglo XIX*.

(4) Ernesto Renán, *Diálogos y fragmentos filosóficos* (1876).

del siglo XIX comenzaron a iniciar en el pensamiento francés la idea de un positivismo menos radical. Su labor lenta y serena abrió nuevos senderos. Mas Taine y Renán estaban aún demasiado cerca de Augusto Comte para liberarse de su influencia. Era necesario un pensador nuevo, un filósofo que estuviera unido al positivismo original por ambos filósofos y que continuara la labor que ellos apenas esbozaban, y éste fué Alfredo Fouillée (5).

Fouillée cierra casi totalmente el ciclo positivista. Partiendo de Taine y de Renán inicia una nueva manera de apreciar. Unido siempre al positivismo, pero mucho menos que sus predecesores, comenzó a proclamar los errores de éste, desechando casi todos los principios básicos de Comte. Su procedimiento filosófico era un hilo débil que hacía pender el sentir filosófico de fines del siglo con el positivismo inicial. Sólo faltaba un pequeño golpe, una vibración insignificante para que el hilo quebrara, y el llamado a dar ese golpe fué Carlos Renouvier (6).

Aquel joven, en sus principios discípulo de Saint-Simon, se colocó pronto frente a los filósofos de la transición. Se pone frente a Fouillée refutando el principio de la continuidad; torna a Kant sosteniendo la tesis de un universo infinito; opone una pluralidad de leyes particulares a la universalización spenceriana; altera en fin de un modo radical el sentir positivista, y crea una nueva forma. Esa filosofía que guardaba estrechas relaciones con el criticismo del siglo XVIII fué el neo-criticismo.

Carlos Renouvier es, como hace notar Hoffding (7), el creador de la filosofía moderna. Su criticismo toma del positivismo aquellas bases que pueden serle útiles al formular sus hipótesis, pero todo ello sin abandonar determinados puntos de vista que nacidos en el período crítico del siglo XVIII adquirieron con él una nueva forma de expresión.

Renouvier aceptaba el método positivo mientras se tratara de problemas explicables por la experiencia. Mas cuando el problema radicaba más allá, y sólo la lógica podía facilitar una hipótesis

---

(5) Alfredo Fouillée, *El porvenir de la metafísica* (1889).

(6) Carlos Renouvier, *Clasificación sintética de las doctrinas filosóficas*. Aunque anterior cronológicamente a la obra de Alfredo Fouillée la labor de Renouvier sólo comenzó a ejercer influencia tiempo después de la publicación de este estudio, cuando en trabajos posteriores desarrolló las tesis en éste iniciadas en el año de 1885.

(7) Haraldo Hoffding, *Filósofos contemporáneos*.

acorde con el entendimiento y el sentido de la vida, pedía él con razón que el filósofo tuviera libertad de suponer. Y de ese principio parte la filosofía moderna en la mayor parte de sus representantes.

Casi al mismo tiempo que Carlos Renouvier, y siguiéndole muy de cerca, entra en el campo de la filosofía moderna Guillermo Wundt, llamado a dar forma definitiva al criticismo de su antecesor. Wundt es el filósofo de la precisión y de la claridad. Gusta de bases seguras en que afianzar sus deducciones y llegó a la filosofía dispuesto a aplicar en lo posible el espíritu crítico de Kant en el campo de la experiencia. Comparado con Comte, resulta un idealista, y puesto al lado de Hegel, es un positivista.

Wundt, ante todo, divide las ciencias particulares en tres grupos principales (8). El de las ciencias naturales, que estudia los fenómenos de la naturaleza; el de la ciencia del espíritu, subdividido en psicología, historia y filología; y el de las matemáticas, que estudia los problemas del movimiento y del espacio.

Acepta el neo-criticismo de Wundt que la filosofía es algo independiente de la experiencia, como creía la especulación romántica, pero cree que las deducciones filosóficas deben derivarse de los datos que facilita la experiencia científica. Para el filósofo de Manhein la filosofía pura sólo debe abarcar dos problemas: el del *conocimiento* y el de los *principios*. A la primera parte corresponden la teoría del conocimiento y la del pensamiento. En cuanto a la segunda, se concreta sólo a los problemas de metafísica (9).

La psicología constituye para Wundt una parte especial que no corresponde ni a la filosofía ni a las ciencias, y que comparte algo de ambas. Por un lado, continuando a Fethner, Wundt la hace experimental, por otro, la relaciona directamente con el problema filosófico del conocimiento. Es pues la base de todo un sistema, ya que da una pauta para estudios filosóficos hechos con otras ciencias particulares tal como la biología o la cosmología.

Con la corriente wuntiana, que fué fecunda en Europa, se inicia una nueva apreciación filosófica. Los métodos por él esbozados comenzaron a ser fecundos. Los filósofos se encerraban en el laboratorio, pero no como en la era positivista, herméticamente, sino

(8) Guillermo Wundt, *Introducción a la filosofía* (1901).
(9) Guillermo Wundt, Ob. cit.

teniendo una puerta abierta: la especulación filosófica. Cuando la ciencia agotaba sus medios de conocer y la experiencia daba base para formular la última hipótesis científica, la filosofía comenzaba su labor partiendo del punto en que se había detenido la ciencia.

La corriente contemporánea

Con Guillermo Wundt y Ernesto Haeckel en Alemania, Roberto Ardigó en Italia, Francisco Bradley en Inglaterra, y Poincaré, Le Bon, le Dantec y otros muchos en Francia, la corriente contemporánea tomó un carácter definitivo. Ya casi al mismo tiempo que Renouvier y Wundt, varios hombres de ciencia habían iniciado la filosofía científica. Especialmente, físicos eminentes como Ostwald (10), Mach (11) y Hertz, que habían preparado el camino.

El neo-criticismo no fué en sus principios un fin, y ni Renouvier ni el mismo Guillermo Wundt se propusieron tal vez hacer de sus procedimientos un método filosófico definitivo. Probablemente apreciando el desconcierto de su tiempo y dándose cuenta del peligro que corría la filosofía, trataron más que nada de salvarla con un sistema de transacción. El romanticismo no subsistía, el positivismo comtiano fracasaba. Tal era el espectáculo, y ambos decidieron dar una pauta nueva, fundir las dos opuestas tendencias en una sola, salvando de ese modo la filosofía y evitando la inminente quiebra que la amenazaba.

Por una parte, el sistema positivista era un bello sueño. No se podía abandonar ciertos problemas indescifrables por el método matemático. Por otra parte, la ingénita curiosidad y la necesidad de explicaciones del espíritu humano, hacían, como afirmó Hertz, necesario un romanticismo limitado. Ya hemos visto cómo Wundt lo obtuvo con el neo-criticismo.

Desde entonces su método ha venido usándose con éxito relativo. Basta para comprobarlo analizar ciertos problemas que han preocupado a los hombres de todos los tiempos. Cuando la ciencia ha dicho la última palabra experimental y ha determinado el límite de sus afirmaciones, la filosofía, especulando con la base científica, ha alzado su edificio de deducciones.

(10) Guillermo Ostwald, *Filosofía Natural.*

(11) Ernesto Mach, *Análisis de las sensaciones.*

De ahí el desconcierto moderno, la anarquía científica y filosófica de nuestro siglo. Desconcierto y anarquía preparados por el neo-criticismo de fines del pasado siglo. Todas las afirmaciones de la filosofía clásica, los viejos dogmas que servían de sostén a principios indiscutidos, se han conmovido ante el raciocinio contemporáneo, que se basa en la ciencia para especular con ella.

A los hombres de este siglo, como antes a los contemporáneos de Augusto Comte, tócanos observar de cerca un radical cambio en la filosofía. Todo lo que anteriormente se ha observado y comentado es una mera preparación de la filosofía del presente. El neo-criticismo wuntiano ha perdido intensidad. Hacía depender la filosofía del laboratorio, y los psicólogos posteriores han tendido a concederle cierta libertad. Es la filosofía científica. Para oponerse a Wundt, demasiado positivista, y a Bergson (12) extremadamente liberal con sus teorías de la intuición filosófica, tal si se buscara un término medio, tácitamente los modernos filósofos, los que hoy trabajan con entusiasmo aceptando el criterio del evolucionismo determinista, han hecho que la filosofía científica sea "una Metafísica de la experiencia", según la acertada definición de José Ingenieros (13).

Según este nuevo modo de ver, que estudiaremos más adelante, ¿cómo plantea la filosofía científica los problemas que nos legó la filosofía clásica? Y más que nada, en esta nueva visión de las cosas y de los hechos, ¿qué problemas y qué soluciones clásicas han quedado?

A lo primero se puede responder que el método de exposición es diametralmente opuesto a la formulación clásica. Mientras la especulación de antaño partía de un punto cualquiera indeterminado y supuesto, la de hoy se asienta en una verdad comprobada. A lo segundo, ¿qué contestar? La tan repetida frase del melancólico Príncipe de Dinamarca acude a la mente. Para los que aceptan la filosofía científica, de todas las soluciones clásicas no subsiste ninguna. Para los postreros defensores del romanticismo hegeliano quedan aún muchos. Mas estos últimos forman las excepciones y como tal hay que aceptarlos. Abandonemos la dis-

(12) Enrique Bergson, *Introducción a la metafísica.*
(13) J. Ingenieros, *Proposiciones.*

cusión tantas veces hecha actual para seguir el camino de la filosofía científica.

Nada queda en verdad de todo aquello que recibió la filosofía científica de la clásica, ni de sus derivados. Más aun: muchos principios del positivismo han sido destruídos, o renovados. Un soplo anárquico ha barrido el campo filosófico. Los que ahora comenzamos a orientarnos por las regiones de la investigación y del conocimiento hemos tenido oportunidad de ver de cerca derrumbes insospechados. Todo se presenta vacilante. Desconcierta ver cómo caen dogmas y cómo adquieren viso de certeza nuevas explicaciones. La filosofía sometida a la evolución de todas las cosas, cambia al par que la humanidad. Lo que Lamark y Darwin entrevieron en las especies animales, alcanza hoy a todas las cosas. Y la filosofía, libre de los lazos ancestrales, sigue al pensamiento y a las sociedades en su evolución. Enrique Poincaré, el sabio matemático, ha demostrado en sus obras, principalmente en *La ciencia y el método* (14) y en *El valor de la ciencia* (15), cuán poco estable es el gran edificio de las matemáticas. Las ciencias matemáticas fundadas en hipótesis hasta hace poco consideradas como fuera de toda crítica, se asientan, según él, en meras suposiciones. En efecto, la vieja geometría que Euclides creó y que heredaron los tiempos como algo definitivo y sobre cuyos teoremas desde hace veintitrés siglos filósofos y matemáticos basaban sus conclusiones, vacila desde fines del siglo pasado. Riemann primero, después Bolyay y Helmholtz, y finalmente Poincaré, han discutido la verdad de esa geometría. Hasta Riemann se pensó que el viejo teorema euclidiano: "*Por un punto dado fuera de una recta sólo se puede trazar una paralela a dicha recta*", era una verdad indiscutible. Mas sobre la negación de ese teorema y con bases tan lógicas como las de Euclides, Riemann creó una nueva geometría. Más tarde Gauss trató de demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo *no* es igual a dos rectos. Su experiencia confirmó la verdad del viejo postulado, mas sin que ello probara que fuera infundada la suposición. Matemáticos posteriores a él nos aseguran que si su cálculo trigonométrico hubiera podido tomar por

---

(14) Enrique Poincaré, *La ciencia y el método* (cap. IV. *Las lógicas nuevas*).

(15) Enrique Poincaré, *El valor de la ciencia* (cap. I. *La intuición en las matemáticas*).

vértice de los ángulos puntos extremadamente distantes, el resultado no habría correspondido al obtenido (16). Para Poincaré la geometría de Euclides es cierta en áreas relativamente pequeñas, mas no al referirse a las grandes magnitudes del universo, el cual según las últimas deducciones *no* es euclidiano.

Por otra parte, la mecánica que para Newton y Laplace se afirmaba en principios muy sencillos, a consecuencia del análisis penetrante en los cimientos del edificio, tienen en ellos las más serias complicaciones. Mach, hace notar que los fundamentos mecánicos más sencillos: "reposan sobre experiencias no realizadas y hasta irrealizables, y de ninguna manera pueden ser considerados como verdades demostradas" (17). De modo análogo se expresa Picard al pintar el estado de la ciencia moderna (18).

Otro viejo problema, uno de los más importantes en la filosofía de todos los tiempos, y en derredor del cual giraron los maestros de Grecia y que la escolástica esquivó en lo posible hasta que Descartes y Spinoza lo plantearon de nuevo, el de la materia, ha sufrido la más radical de las transformaciones. La filosofía positiva tendió a él con insistencia, y la científica ha hecho de él uno de sus puntos principales. Lo que para los estoicos, los eleatas y los atomistas era un problema de pura metafísica la materia que Descartes definió por la extensión, Leibnitz por la esencia y Spinoza por la causa, es para el filósofo científico de nuestros días una forma de equilibrio en la energía.

¿Cómo se llegó a esta conclusión? Hagamos un poco de historia. En la última década del siglo pasado la física sufrió un cambio radical. El problema de la electricidad, que tanto había preocupado a los investigadores, desde Volta adquirió una inmensa preponderancia. Roetgen descubrió los rayos X. William Crookes observó extraños fenómenos de naturaleza desconocida. Hertz

---

(16) Si Gauss no encontró que la suma de los ángulos era diferente, fué porque sus medidas eran poco precisas. De haber sido mucho más exactas o de haber podido operar en un triángulo más grande, cuyos vértices hubieran sido la Tierra y Júpiter en oposición y otro planeta habría encontrado una diferencia notable. Carlos Nordmann, *Einstein y el Universo.*—No hacemos una reseña de todas las hipótesis de Gauss por no faltar al propósito primitivo, que es el de esbozar ligeramente las teorías. Remitimos al lector a la magnífica obra de Schelick *Espacio y tiempo en la física actual* (cap. IV), y también al VI apéndice que Manuel Morente coloca en la traducción castellana.

(17) Mach, *Historia de la mecánica.*

(18) Ernesto Picard, *La ciencia moderna.*

obtuvo el medio de lanzar al espacio ondas eléctricas. Una impaciencia febril se apoderó de todos los sabios. En los laboratorios los carretes de inducción trabajaban sin parar. Los rayos catódicos mantenían fija la mirada de los investigadores. El mundo científico sólo hablaba de "cátodos", "radiaciones", "desviaciones magnéticas", etc.... mientras Curie metódico y sereno soñaba con el milagro maravilloso del radio.

Gustavo Le Bon descubrió lo que llamó "luz negra" (19), y más tarde un químico ilustre, Becquerel, anunció las propiedades de las sales de urano que anteriormente Niepce había estudiado y explicado erróneamente con la hipótesis de la "luz almacenada". Esto ocurría en el año de 1896. Le Bon, audaz y demoledor, prosiguió en sus investigaciones. Años después anunció a la Academia de Ciencias sus conclusiones. Era algo insólito e insospechado. Toda la filosofía se conmovió en sus bases. Spencer, hasta entonces triunfante, caía ante el exorcismo que usaba Le Bon para curar el error: *La materia se disocia.* Aquello era demasiado rudo; el golpe parecía demasiado fuerte, y sólo el profesor belga De Heen dió crédito a la nueva hipótesis. Mas no pasó mucho tiempo sin que las teorías de la disociación de la materia ganaran terreno en el campo filosófico científico, y el viejo edificio sombrío en que triunfaba el dogma de la eternidad de la materia se derrumbó como si el milagro positivo quisiera hacer evocar el legendario poder de Josué frente a Jericó.

Las investigaciones de Le Bon abren a la ciencia y a la filosofía un vasto campo en que explayarse. Infinidad de fenómenos hasta entonces inexplicables se tornan diáfanos y comprensibles. El átomo, inerte para el positivismo spenceriano y que sólo podía dar la energía que recibía, se considera hoy como un inmenso recipiente de energía, fuente de la mayor parte de las fuerzas del universo. La teoría del transformismo lamarkiano se extiende a la materia, no ya eterna y monótona como en la antigua filosofía, sino perpetuamente evolucionando hasta desaparecer. Según Le Bon, todos los cuerpos, y Lord Kelvin lo vió confirmado en muchos, tienen propiedades análogas a las del radio. El átomo, recipiente incalculable de fuerzas, tiende a disociarse. Lanza al espacio par-

---

(19) Gustavo Le Bon, *La evolución de la materia.*

tículas infinitamente pequeñas *no* materiales sino de una constitución especial. Es el puente que se tiende entre el éter imponderable y la materia ponderable. Para Spencer la materia cambiaba de forma, pero era siempre cuantitativamente igual. Para Le Bon, cada día es menos hasta que se esfuma en el éter, principio y fin de ella. El eterno retorno de que habló Zaratustra (20).

Como bien se puede apreciar, esa teoría de la disociación tiene alcances no entrevistos por la mayor parte de los que la comentan. Si la materia deja de serlo físicamente puesto que pierde sus cualidades características de peso y extensión, y de ponderabilidad, en el campo filosófico ¿puede seguir siendo uno de los cuatro infinitos? He aquí un problema por resolver todavía. Y es a la filosofía científica a la que toca explicarlo. La materia deja de ser lo que es para ser otra cosa, éter. Éste, para la física, no es materia, y ¿para la filosofía? En el concepto cartesiano, no puede serlo; para Leibnizt y Spinoza tampoco. Existe, y por tanto *es*. Ahora bien, ¿qué cosa es? O se crea para él el concepto de un nuevo infinito o se le considera como materia; ya que no puede incluirse ni confundirse con los otros tres infinitos. Pero ¿qué es la materia? He aquí un punto en que puede explayarse el pensar metafísico. Muchos la han definido por el movimiento, otros por las sensaciones, quien por su carácter de divisibilidad, y otros más audaces, como Le Bon, la consideran como una estabilidad de la energía, una forma de equilibrio, que de demostrarse algún día, anulará de una vez el concepto de los cuatro imponderables.

Este ejemplo testimonia bien claramente cuál y cómo es el proceder de la filosofía contemporánea. Primero, el laboratorio proporciona una base. Más adelante, la especulación filosófica funda sus deducciones en esas experiencias. Es por ese procedimiento por el que han caído los principios fundamentales de la filosofía clásica, como anotamos anteriormente.

Otro viejo y debatido punto viene a nuestra memoria. El problema del espacio. ¿Es infinito el espacio? Para el viejo Kant

---

(20) Siendo imposible explicar por razones expuestas anteriormente las nuevas teorías sobre la desintegración de la materia, sólo indicamos brevemente sus puntos principales. Véase *La evolución de las fuerzas* y *La evolución de la materia* de Le Bon, libros en los que narra detenidamente el ilustre sabio todo el proceso de sus concepciones.

sí lo es, como para el que fué su primer maestro en el arte de deducir, Isaac Newton. Ya Spinoza y Voltaire habían puesto en duda esa existencia del infinito. Ambos buscaron el silogismo para demostrar su no existencia. El primero, negando que el infinito pudiera ser *uno* solo puesto que en él hay infinitas direcciones. El segundo, planteando el problema de que si a una cantidad infinita se puede o no agregar una cantidad determinada. Si se puede agregar—decía Voltaire—no es *infinita,* y puesto que sabemos que toda dimensión es susceptible de aumento he aquí que no hay infinito. Newton consideró el espacio en sí, independiente de todas las demás medidas. Pero el espacio en sí, independiente de los puntos de comparación, no puede existir. Kant habló de la subjetividad del espacio y del tiempo. Es uno de los tantos errores en que cayó el metafísico alemán. Demostrada como está la no existencia del conocimiento *à priori* en que se afianzó la especulación kantiana, no hay que pensar en la posibilidad de un espacio subjetivo. Nuestra noción del espacio está íntimamente ligada a la materia. No hay tal subjetivismo sino acumulación de datos proporcionados por la experiencia. El concepto subjetivo puro es inadmisible dentro de la psicología moderna. Conocemos el espacio porque la materia nos proporciona puntos de referencia, así como los cambios sufridos por una cosa cualquiera sirven para conceptuar la idea de tiempo. Suponer un espacio sin materia, un espacio absoluto, ni continente ni contenido, es tan imposible como formarnos la idea de tiempo sin apoyarnos en los cambios que él hace en lo circundante. Los cambios de la materia determinan el tiempo, y la materia que actúa como excitante sobre nuestros sentidos nos da la idea de espacio.

Véase, pues, cómo cae otra solución clásica. Por obra de la psicología experimental un problema al parecer dilucidado se plantea otra vez y obtiene con los nuevos procedimientos una solución contraria a la primitiva.

Junto a este problema del espacio absoluto ya sustituído por el espacio relativo de los einstenianos, figura otro de no menos importancia y el cual se ha de colocar fuera de la lógica. El de las dimensiones del espacio. Para la filosofía clásica, el espacio tenía tres dimensiones imponderables. Las mismas que tenía la materia. Hoy las teorías relativistas modifican esa apreciación. Para

Einstein el espacio tiene, no ya tres dimensiones, sino cuatro. La cuarta es el *tiempo*. Para los no iniciados en las teorías einstenianas, esa cuarta dimensión es un absurdo. Para los que guiados por bendita curiosidad han penetrado hasta el fondo penumbroso del problema, éste, aunque fuera de la lógica, tiene un diáfano aspecto de verdad. El hecho de que nuestra imaginación no puede crear un espacio de cuatro dimensiones, nada afecta a la verdad de la hipótesis. ¿Es que el espacio de tres dimensiones infinitas es imaginable? Porque espacio y tiempo respecto de la materia tienen el mismo aspecto. Einstein lo ha expresado de esta manera: "La distancia en el tiempo y la distancia en el espacio, de dos sucesos próximos, es entre sí, numéricamente, como la hipotenusa y un cateto de un triángulo rectángulo, son al otro cateto que permanece invariable". Este lado inmóvil respecto al cual aumentan los otros dos lados, es una cantidad independiente que Einstein denomina *intervalo de los acontecimientos* (21). Este intervalo en el continuo espacio-tiempo relativista, es una amalgama del espacio y del tiempo, cuyos componentes pueden variar pero él continúa siendo igual. El intervalo es la única parte apreciable de la realidad y de esta manera la ciencia moderna que calcula y especula con los resultados se detiene temerosa ante el monstruo poliforme del absoluto. Sólo el Intervalo es cognoscible; lo demás queda a los filósofos del mañana como un manjar amable en que explayarse (22).

---

(21) Alberto Einstein. *La théorie de la relativité restreinte et géneralisée* (París, 1921, traducción de la cuarta edición alemana).

(22) Inútil tratar de esbozar ni someramente la teoría relativista que hoy mantiene viva la atención de los sabios del mundo entero. Para poder estudiarla, y todos los que amen el trabajo intelectual han de hacerlo por necesidad imperiosa, hay ya una extensa bibliografía que pone de relieve el interés con que el mundo científico ha acogido las teorías einstenianas. Véase: E. Cohn, *La física del tiempo y del espacio;* Schlick, *Espacio y tiempo en la física actual;* Carlos Nordmann, *Einstein y el Universo.* Es también digno de recomendación el magnífico estudio filosófico de Weyl *Los fundamentos de la relatividad.* Esta última obra, como la del Profesor Einstein, sólo prestará utilidad a los iniciados en las altas matemáticas. Como obra de difusión y de contribución histórica consúltese el interesante estudio de Ricardo Gans: *Historia del principio de la relatividad* que reproduce la *Revista de Filosofía* (Buenos Aires), en el número de marzo del corriente año. En cuanto a la obra que en España publicó M. Ibeas y que él califica de "resumen esquemático de las teorías de la relatividad" no podemos aconsejar su lectura. Obras como esa nada enseñan y sólo conducen a confundir los conocimientos adquiridos en anteriores lecturas. En cuanto al valor de tal resumen dudamos de su eficacia.

La filosofía del porvenir.

La humanidad está en crisis. Un desconcierto formidable reina en todos los campos de la ciencia y de las artes. La literatura se renueva y se orienta en una dirección aun difícil de prever. La filosofía trata de buscar nuevos caminos. La desorientación reinante es sólo comparable a la que dominó el pensar del siglo XVIII cuando Hegel por una parte hacía triunfar el romanticismo mientras Diderot soñaba con una filosofía científica. Entonces el intelectualismo preparaba el advenimiento de la Revolución, que nació del desconcierto. Hoy, a más de un siglo de distancia, las circunstancias se repiten con una extraña analogía, y no es ilógico pensar en resultados muy parecidos. Los cimientos sociales están en quiebra. Una aurora se apresta a brillar iluminando nuevos espectáculos. Una gran revolución amenaza al Mundo. Si de la revolución del siglo XVIII nació el positivismo, ¿qué nacerá de ésta? Hacia ello iremos.

Todo cambio social en la familia humana determina inmediatamente un cambio de apreciación respecto a la filosofía. La toma de Constantinopla originó una modificación radical en el arte y en la filosofía continental. La revolución que prepararon los enciclopedistas fué algo más que el triunfo de los derechos de la razón. Hoy se vislumbra en lontanaza, no tan lejos que estemos fuera de su influencia, un nuevo cambio. A los sociólogos de fines del pasado siglo y de principios de éste, corresponde el papel de apóstoles de una fe nueva. A nosotros quizás nos aguarda el más complicado y menos glorioso de llevarla al triunfo.

La Psicología pasa por una nueva crisis. El wuntismo fracasa como tantas otras orientaciones. Frente a la labor experimental de Binet, Watt reclama en Alemania la libertad de abandonar los antiguos cánones tratando tal vez de crear una nueva metafísica (23). La biología que en este siglo avanzó notablemente

(23) Siguiendo a Alfredo Binet, aunque llevando una metodización bien distinta, el Instituto Psicológico de Wurzburgo trata de conducir la psicología por nuevos caminos. Se torna a hablar de la actividad del "yo", de la oposición de los objetos a los fenómenos mentales, del mundo encerrado en sí y de la conciencia. Véanse los trabajos que en este sentido han hecho Erdmann, Lipps, Stumpf y otros. Para apreciarlos en conjunto, véase la obra de Kostileff *La crisis de la psicología* (París, 1911).

llega quizá al punto en que se inicia la crisis. El campo experimental, cada día más amplio, abre al mismo tiempo nuevos caminos a la especulación.

Cuando todas estas tendencias se condensen en una sola y la orientación del pensamiento y de la investigación sea una, ¿qué camino tomará la filosofía? Ya dijimos al comenzar este trabajo que nada hay más incierto que anunciar cómo será y qué rumbo tomará el pensar de una época posterior a nosotros. Mas demos por cierto que a causas iguales correspondan idénticos resultados, y arriesgándonos un poco, expuestos a fracasar, entremos en el campo vacilante de las suposiciones.

En el estado actual de la ciencia, ¿puede suponerse que el hombre se resigne a lo que ella dicte para explicar todos los problemas? Seguramente no. La curiosidad humana pretende inútilmente conocer el sentido de cosas y hechos, vedado al conocimiento objetivo. Por mucho que la biología adelante, por satisfactorias que sean sus hipótesis explicando el fenómeno de la vida, queda siempre y persistirá seguramente, un punto oscuro que sólo puede llenar la filosofía. Según el procedimiento hasta hoy imperante, la deducción filosófica parte de allí donde termina la experiencia científica. Mas siempre queda una laguna que la ciencia no es capaz de llenar y que resulta poco precisa para que de ella parta la reflexión filosófica.

Por otra parte, hay problemas que subsisten a pesar de la investigación científica. La biología que tan maravillosamente ha explicado ya los fenómenos de la sensibilidad, no prueba nada en contra del espíritu. Las viejas teorías de los animistas y de los vitalistas viven aún. ¿Qué es el espíritu? El hombre de ciencia lo define como un conjunto de sensaciones; el espiritualista en tanto considéralo como causa de la vida. Eternamente quedará indemostrada tanto su existencia como su no existencia. Por ser un caso de mera interpretación, cada cual lo considerará según su punto de vista. Es verdad que en esta lucha la ciencia cada día gana más terreno, pero ¿implica ello que llegue al límite? El metafísico espiritualista no podrá nunca mostrarnos el alma, mas tampoco el materialista, que la niega, podrá demostrar su no existencia.

La filosofía actual depende del laboratorio, pero ¿seguirá así?

Hay que pensar que lo experimental reduce cada día su campo mientras abre nuevas fronteras para él impenetrables. Según esto, ¿hay que aceptar la hipótesis conciliadora de Ingenieros? La filosofía del mañana, ¿será como él explica "una metafísica basada en la experiencia"? (24). Es posible, mas no seguro.

De la reacción del pensar futuro sobre el pensar moderno puede brotar una modalidad filosófica opuesta a la de hoy. Las reacciones son, por violentas, opuestas siempre a aquello sobre lo que reaccionan. El positivismo fué la reacción sobre el romanticismo, es decir, su antítesis. ¿No es, pues, lógico pensar en que la reacción sobre la filosofía científica sea una metafísica pura que esquive la experiencia?

En el fondo de las cosas hay más problemas inexperenciales que sometibles a la experiencia y así lo reconoce Ingenieros, y esos problemsa ¿pueden explicarse sin procedimientos metafísicos? Es difícil, y de esa dificultad precisamente ha de nacer la nueva forma. ¿Volverán los filósofos del mañana al puro romanticismo fichtiano? Seguramente no. La educación moderna desecha la exagerada libertad de suponer sobre bases inconsistentes sistemas indemostrables, mas ¿implica ello que persista la filosofía científica? Tampoco. No hay disyuntiva, como a primera vista creemos encontrar. Ni romanticismo, ni especulación científica. Tal vez una nueva división. ¿Surgirá una nueva metafísica que se ocupe de los problemas para la ciencia impenetrables? ¿Por qué no? La ciencia abandona los problemas del conocimiento absoluto. Sólo investiga relaciones en el espacio y en el tiempo, en el Intervalo relativista. La metafísica ha de investigar en las regiones máximas del conocimiento, en aquellos problemas que la experiencia no puede abarcar.

Mas esta metafísica del porvenir no tendrá seguramente el carácter dogmático de las viejas metafísicas. Será como nos asegura Ingenieros "un sistema en formación continua". No porque la ciencia sirva de freno a la afirmación dogmática, sino porque la experiencia nos ha enseñado que nada hay definitivo en el campo de las suposiciones.

Einstein, con sus teorías de la relatividad, ha abierto a los filó-

---

(24) Ingenieros, *Proposiciones.*

sofos del futuro un campo extenso. Nos ha mostrado el problema de lo absoluto y ahí se ha detenido para dejar que los metafísicos investiguen (25). En Alemania una nueva escuela psicológica comienza a explicar los fenómenos con la hipótesis del alma inmortal. Tornaremos otra vez a investigar. Una vasta perspectiva para los pensadores modernos que de nuevo han de enfrentarse con el problema que el intelectualismo parecía haber eliminado. Y siempre, sobre todos ellos, imperioso, sugestivo y atrayente, provocando polémicas, Dios, de quien un poeta nuestro dijo con razón que:

es el monosílabo de la filosofía.

Siempre habrá ateos y siempre habrá creyentes. El monismo que intenta eliminar a Dios no logrará demostrar su inexistencia. Mas tampoco los teístas probarán nunca la existencia de ese sér supremo. Mientras subsistan esos problemas, y hay que pensar que subsistirán siempre, la metafísica llenará largas horas en la vida humana. Lo que sí es probable que por obra del practicismo contemporáneo cada día sea menor el número de metafísicos.

La vida contemporánea esquiva la reflexión honda. Hoy se piensa menos y mucho más ligeramente que hace dos siglos. Un nervosismo enfermizo se adueña de nuestra existencia impidiéndonos pensar serenamente y cada día el número de hombres que piensan por sí mismos es menor. Se prefiere aceptar ideas ajenas para no tener el trabajo ingrato de formarse ideas propias. Así irá muriendo la sed de conocer lo que no es práctico, por estar muy lejos de nosotros. Y cada día el hombre sabrá más cosas útiles y se ocupará menos de las investigaciones que sólo conducen a satisfacer su curiosidad.

---

(25) Cuando Einstein lanzó al mundo científico sus teorías revolucionarias provocó una de las polémicas más recias que ha suscitado teoría alguna en estos últimos tiempos. Uno de sus impugnadores más serios fué el ilustre matemático francés Painlevé. La gran capacidad que todos reconocen en el ilustre *sabio* hubo de sugestionar a muchos y detuvo un tanto la rapidez con que el mundo filosófico se hacía relativista. En el pasado mes de septiembre, gracias a un eclipse de sol que pudo observarse en los Estados Unidos y en algunas islas del Pacífico, comprobóse la verdad de la hipótesis einsteniana. Así, pues, hoy podemos decir convencidos que nuestro Universo *no* es euclidiano y que la línea recta no existe en el espacio. Esa comprobación de la relatividad abre a la metafísica o mejor a la "filosofía científica" del porvenir un campo vastísimo.

En el tinglado de la filosofía se prepara un cambio de decoración que marca un acto nuevo. ¿Será el último? Están en la escena un hombre de ciencia y un filósofo. El diálogo es monótono y el público no siente gran curiosidad. El filósofo y el hombre de ciencia se alejan y salen por una lateral. Tras ellos, taimado y caminando con cautela, un personaje nuevo, desconocido y burdo, que lleva en la mano un paquete de monedas, los observa curioso. Sonríe, y como el héroe de la comedia de Porto Riche murmura por lo bajo: "¡Un día vendrá!"

Ese personaje extraño y que ha logrado interesar al público, es el practicismo. Un día vendrá en que con su paquete de monedas de oro domine al hombre de ciencia, comprando sus trabajos, mientras el filósofo se verá obligado a buscar otro oficio más lucrativo.

ALBERTO LAMAR SCHWEYER.

La Habana, 1922.

La reputación literaria de este joven escritor se ha hecho y robustecido rápidamente en los dos últimos años. Una copiosa colaboración en varias de nuestras principales revistas y dos libros muy interesantes, *Los contemporáneos* y *Las rutas paralelas*, han sido suficientes para poder aquilatar las cualidades del autor, quien nos ha remitido este trabajo—que es parte de un estudio de mayor amplitud, aún no concluído—, por el cual CUBA CONTEMPORÁNEA le envía muy expresivas gracias.

SONETOS

Medioeval

Junto a la negra mole de la muralla altiva
que alumbran las estrellas con tenue luz de plata
el trovador insomne de frente pensativa
preludia conmovido la triste serenata.

El aura de la noche voluble y fugitiva
besa los largos pliegues del manto de escarlata,
y extiende la armoniosa cadencia persuasiva
que el plácido reposo perturba de la ingrata.

Al pie del alto foso, destácase la airosa
romántica figura del rubio menestrello
que al agitar la mano sobre el condaje de oro

Entristecido exhala su queja dolorosa
en la cadencia rítmica del dulce ritornelo
y en sus mejillas siente que se desborda el lloro.

Los Astros

En la callada noche, cuando la sombra extiende
sobre la tierra muda su velo misterioso,
y arriba en las alturas del éter anchuroso,
sembrado de luceros el firmamento esplende,

Mi alma soñadora que al infinito asciende,
escucha sumergida en éxtasis dichoso
hablar a las estrellas su idioma cadencioso
tan dulce, que tan sólo mi espíritu lo entiende.

A mis oídos llega desvanecido y flébil
el eco de sus voces como un murmullo débil
que una dulzura vaga indefinible encierra.

De su prisión terrena mi espíritu se evade
y un inefable goce mi corazón invade
sintiéndome tan lejos de la mezquina tierra.

Rêve

Su voz debe ser dulce y persuasiva,
y soñadora y triste su mirada;
debe tener la frente pensativa
por un halo de ensueño circundada.

Su alma genial, cual pálida cautiva,
de un astro esplendoroso desterrada,
sueña con una nube fugitiva
y con el traje de crespón de un hada.

Cuando la ronda azul de los delirios
disipa sus nostálgicos martirios
borrando del pesar la obscura huella,

Él delira en la noche silenciosa
con una virjencita misteriosa
que dejó abandonada en una estrella.

A...

Las dos en el transcurso de la vida
vivimos del recuerdo del pasado;
un amor como el mío sofocado
en tu sensible corazón se anida.

Las dos al recibir la misma herida
sólo el triste recuerdo hemos guardado
de tanto dulce ensueño malogrado
y de tanta esperanza fenecida.

Tu pena como lava subterránea
ruge oculta en tu seno y entre tanto
ríes alegre entre el mundano ruído.

Yo más que tú sincera y espontánea
no puedo contener mi amargo lloro
cuando me acuerdo de mi bien perdido.

Mi Ofrenda

En el vivaz fulgor de su mirada
irradia luminoso el pensamiento,
ya la anime el calor del sentimiento,
ya resplandezca augusta y sosegada.

Su frente soñadora y despejada
donde se ven los rasgos del talento
jamás se ha doblegado al desaliento
en mitad de la empresa comenzada.

Su voz remeda olímpico mensaje,
en su cabeza el lauro se adivina,
baña su rostro sideral destello.

De mi entusiasmo acepta el homenaje
que solamente mi altivez se inclina
ante el sublime triunfo de lo bello.

Indomable

No temas que estas líneas cariñosas
las desmienta con mano envilecida.
No cedo a imposiciones afrentosas
y antes que ser infiel seré suicida.

Yo soy de esas mujeres valerosas
a quienes la amenaza no intimida,
porque son indomables y orgullosas,
porque sienten el arco de la vida.

Almas gigantes que jamás se niegan,
ni su pendón inmaculado integran
y que conquistan lauros inmortales.

Porque saben morir heroicamente
sin doblegar la luminosa frente
ni traicionar jamás sus ideales.

Anónimo

Cuando la suerte con brutal cinismo
vino tus ilusiones a quitarte
no te dejó una luz para guiarte
ni rodastes por fin en el abismo.

Cuando anhelo ferviente de idealismo
llegue su goces puros a brindarte
¡cómo debes sufrir al contemplarte
esclavo miserable de ti mismo!

Pero si torpe el vicio te ha manchado,
quizás tu alma permanezca pura.
¡Tal vez conserve su ideal de artista!

Por eso, aunque te mire degradado,
no te creo capaz en tu amargura
de un pensamiento bajo ni egoísta.

Juana Borrero.

Entre los poetas cubanos prematuramente desaparecidos, cuando su estro vigoroso comenzaba a producir ópimos frutos, figura en lugar prominente el nombre de Juana Borrero, cuya vida fué tronchada en plena juventud, casi en la adolescencia, al comenzar el año de 1896. La circunstancia de haberse dado a conocer casi toda la producción literaria de esta inspirada poetisa en una época eminentemente revolucionaria—Juana Borrero murió al empezar el segundo año de nuestra última guerra de independencia—, estando gran parte de la población cubana dispersa en los campos de la guerra o emigrada en las Repúblicas norte, centro y suramericanas, habiéndose publicado sus composiciones en revistas y periódicos que entonces, por los motivos expuestos, alcanzaban muy escasa circulación, habiendo desaparecido algunos de ellos, ha dado lugar a que las poesías de Juana Borrero sean casi totalmente desconocidas por la actual generación, pues aun para quienes tuvieron oportunidad de leerlas en la época ya lejana en que aparecieron publicadas, su búsqueda resulta difícil y en la generalidad de los casos infructuosa. Cuba Contemporánea, deseosa de salvar del olvido esas composiciones de Juana Borrero—miembro extinto de una familia de escritores y artistas, en la que el talento y la inspiración poética parecen hallarse vinculados, trasmitiéndose de padres a hijos—, se complace en publicar esta selección de sus sonetos menos conocidos, entre los cuales figuran algunos que son, precisamente, los más inspirados y de mayor mérito.

BIBLIOGRAFIA (*)

Marcel Barrière. ESSAI SUR LE DONJUANISME CONTEMPORAIN. Troisième édition. Paris. Aux éditions du Monde Nouveau. 42, boulevard Raspail, 42. 1922. 8º, 248 p.

Es un libro dedicado a estudiar el fenómeno de la seducción entre los modernos. La persona legendaria del conquistador galante, y particularmente de Don Juan, ha interesado siempre a los comediógrafos y dramaturgos, a los novelistas, a los poetas, y desde Stendhal a nuestros días, los doctos en literatura, los ensayistas, también han puesto su atención en la figura atrayente del seductor amoroso. El ensayo de Barrière tiene el interés de mostrar puntos de vista nuevos, o sencillamente no expuestos hasta ahora.

Están aquí todos los caracteres y las evoluciones del seductor. Cada capítulo es como un esbozo del personaje, que se va precisando y que al fin se presenta en su aspecto único: el del hombre que realiza una función en el mundo. No es un libertino, como ciertos moralistas se complacen en afirmar. El libertinaje es, en todo caso, un accidente en su existencia. "Definido en cuanto a sus actos—que es lo más esencial—es el hombre dotado del genio de la seducción, como Alejandro y Napoleón lo estuvieron del genio de la victoria. Es un artista en pasiones, un amador excepcional, es decir: un virtuoso del arte de amar..." "En lo moral, Don Juan participa esencialmente de tres naturalezas de hombre: el conquistador, el artista y el filósofo; o, más corrientemente, el hombre de acción, el hombre de gusto, el pensador. Ese triple privilegio constituye en la humanidad una excepción tan rara que es imposible llegar a ser Don Juan por educación, que es preciso nacer tal. Por su naturaleza de conquistador, el seductor tiene, al mismo tiempo

---

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

que el secreto orgullo que pone en vencer, la fuerza, la sangre fría, la audacia, al servicio de la más ardiente imaginación. Su temperamento artístico, nacido precisamente de esa imaginación, le da, con el deseo puro de la belleza, un experto golpe de vista, la facultad de evaluar una forma femenina según las reglas de una estética dominada y sentida de modo impecable. En fin, Don Juan es siempre un observador profundo, un psicólogo sutil, un espíritu a la vez objetivo y deductivo que posee el don especial de adivinar, por el solo examen de la fisonomía, el carácter de una mujer."

El seductor no ha de ser necesariamente hermoso, pero ha de tener ojos extraordinarios que dominen todas las expresiones pasionales posibles, que respiren "una inteligencia viva, pronta, tan extensa como profunda, y que alternativamente sean cruzados por llamas de deseos múltiples o por las sombras de diversas melancolías."

Y a pesar de su vivacidad, "de la interesante movilidad de sus rasgos, de su animación, Don Juan, cualquiera que sea la curiosidad que excite, jamás se deja adivinar..." En esto se diferencia notablemente del mujeriego. "El misterio, el silencio, el recogimiento, el pudor de alma, son las leyes supremas de su vida amorosa."

El examen de una mujer por Don Juan se inicia en la cabellera. "El modo de poner los cabellos sobre la frente, alrededor de los temporales y a lo largo de la nuca, contribuye enormemente a la belleza de un perfil. A los ojos del seductor una bella mujer sin hermosos cabellos pierde la mitad de su valor." Generalmente se atribuye a los ojos de la mujer dos colores principales: el negro y el azul, que tienen numerosos matices, en los que busca Don Juan la expresión más seductora. El tipo de preferencia es el "regular, fino, pictórico, de una Marion Delorme, por ejemplo, o el puramente expresivo pero más original de una Madame Pompadour."

Don Juan hará hablar a la mujer. "Es en verdad indispensable ver a una mujer moverse y hablar para saber lo que vale su físico."

"El primer signo revelador de la forma general de un cuerpo de mujer es el andar... que no indica sino el sentido de las líneas y la cualidad de una forma. Se puede deducir poco más o menos todo lo que importa saber de una mujer: su clase, o mejor: lo que ella merece, su origen, su educación, sus instintos de elegancia y hasta su inclinación a la voluptuosidad. Igualmente el seductor no se cree suficientemente informado sobre el objeto de su deseo sino cuando la ha visto atentamente marchar delante de él." Lo observa todo: la esbeltez y la flexibilidad del talle, el primor de unas lindas piernas, preferible a la perfección del busto, y el encanto de los pies bien calzados.

"...Don Juan no hace más que idolatrar la belleza; practica su cultivo con un gusto que no supera al propio instinto de la coquetería femenina. Sabe dar a las mujeres las más preciosas enseñanzas sobre la manera de crearse una fisonomía y perfeccionar sus formas. Es el

educador de su encanto... Así realiza con alguna de sus enamoradas la eterna leyenda de Pigmalión."

Don Juan se inicia siempre muy joven en el amor, y son las mujeres cercanas a la cuarentena las que comienzan la educación de todos los grandes seductores. Es a los veinticinco años que Don Juan adquiere su plenitud de conquistador. Y el esplendor se mantiene mucho tiempo. "La uniformidad del placer lo hastía por momentos; se irrita contra sí mismo y se pregunta a dónde va, el porqué de sus esfuerzos y sus deseos, si no alcanza las cimas que entrevé en su imaginación. Entonces, inconforme con su destino, se detiene, se cruza de brazos y promete renunciar al amor. ¡Vano juramento! Don Juan jamás se enerva. Una cara de virgen pasa, nueva en su puro brillo, y la ilusión lo rehace; se lanza otra vez detrás de la quimera, va hacia lo desconocido que le tienta aún. "Esta vez he encontrado", piensa; y su carrera hacia el ideal es nuevamente loca, desenfrenada: tales Sísifo, Ixión, Tántalo y Ahasverus, encarnaciones trágicas del deseo no satisfecho y siempre más alto, que es toda la vida del hombre."

"A los cuarenta años, después de haber conocido momentos de dicha sobrehumana, seguidos de horribles instantes de miseria moral, Don Juan se da cuenta de que el amor y la voluptuosidad, invariablemente confundidas entre los mujeriegos, siguen en él dos caminos divergentes. Mientras que disminuye su afición al placer, su concepción del amor toma un excepcional carácter de elevación que lo impele a conservar sólo el corazón de una sola amante, la elegida suprema, junto a la que encontrará al fin, si no su ideal concreto, por lo menos el reposo indispensable a quien ha vivido dentro de las tempestades. Una mujer a un tiempo capaz de colmar las aspiraciones infinitas del corazón y de alimentar para los sentidos el fuego de Vesta."

Algunos se van trágicamente, destruídos por la quimera. Pero ninguno termina en un convento, porque todos "prefieren los placeres dolorosos de su infierno imaginativo a las dulzuras insípidas del paraíso prometido a los débiles y a los ignorantes."

"Considerada en algunos de sus efectos, la carrera del seductor representa el desquite de la naturaleza contra las leyes sociales que regulan las relaciones de los sexos. Distantes del tiempo para el que fueron hechas con excelentes intenciones, esas leyes llegan a no estar en armonía con el espíritu de las humanidades nuevas, a las que estorban su desenvolvimiento. Las leyes de Don Juan son, en el presente, uno de los reversos de nuestros códigos."

Ya delineado de modo magistral el tipo del seductor, Barrière explana sus observaciones, perspicaces y curiosas, sobre la seducción. "Seducir es la función de Don Juan... No es seducir, por ejemplo, utilizar una promesa de matrimonio al conquistar, porque las razones del matrimonio casi nunca son las del amor... eso se llama sobornar." Y tampoco es seducción hacer del amor un motivo de comercio. "La se-

ducción natural es un fenómeno de orden fisiológico que se debe mirar simplemente como uno de los muy variados efectos del magnetismo animal." Es rápida y violenta y produce la *herida del rayo,* el *fulmen d'amor* de los italianos. La mujer seducida ha de ser joven: pasados los veinticinco años ya no es objeto de la seducción. "Nada preserva de la *herida del rayo,* que arrasa con todo: razón, prejuicios, afectos anteriores, y que alcanza en la escala social a la princesa y a la campesina, cuando ambas tienen el mismo temperamento." Don Juan es la personificación del escepticismo y rara vez se enamora, rara vez ama. Cuando eso ocurre, "la repercusión de ecos de las almas vibrantes y el cambio de flúidos se efectúan con una corriente de intensidad excepcional... El incendio es completo, grandioso. Los escépticos pueden admirarlo, pues es el más bello espectáculo íntimo del mundo, y acaso no es dado a diez hombres en cada generación ser sus héroes o sus simples testigos."

"Un hombre sin encanto puede llegar a la conquista de una mujer sólo por el exacto conocimiento que tenga de los pensamientos de ella. Conocer a una mujer y comprenderla es alcanzar su posesión." "En amor, la ciencia del corazón femenino no es más que un corolario de la ciencia de la humanidad, en que el seductor es maestro." Don Juan conoce y comprende a la mujer, y la absuelve de todos sus pecados, y envuelve en esa indulgencia un poco de desprecio. "En el fondo, Don Juan se hace de las mujeres en general la idea que un amo se hace de sus esclavos, un conquistador de sus vasallos, un juez o un crítico de los seres sometidos a su férula... Cuando se dice esclavo de su amante, quiere lisonjearla; y la mujer le cree siempre."

Sigue el curso de la seducción en bellísimas páginas, que son aciertos y que asombran por la cantidad de reflexiones atinadas.

Después, Barrière hace correr su experiencia en los capítulos *El arte de amar, Del género y de la inteligencia de las pasiones, De las cortesanas, De las pasiones desde el punto de vista social, La moral nueva.*

Cruzo por los restantes, para dedicar alguna atención a la parte final del último. "Los seductores de todo género son por temperamento y por destino, enemigos de la conservación de las leyes matrimoniales. Sus actos, si no las ideas de cada uno, trastornan toda reglamentación de la unión de los sexos. La seducción es, socialmente hablando, uno de los justos desquites de la naturaleza contra las costumbres que tienden a domesticarla o a sofocar los anhelos. Mal comprendida o indecorosamente practicada, puede ser mirada como un azote." "Otro efecto, y no de los menores, del donjuanismo es el de contribuir a la emancipación de la mujer, no por una reivindicación de ciertos derechos... sino por la atenuación de las tiranías de todo género que pesan sobre la mujer."

"Por los progresos del individualismo se podrá acercar, tanto como

se desee, la igualdad de los sexos hacia el amor libre. Pero hay que procurar no realizarla absolutamente, bajo pena de llegar a una suerte de poligamia de la que no tardarán en resultar nuevas formas de esclavitud de la mujer." "...el donjuanismo, que fué la caballería en la edad media y que, en los tiempos modernos, es la esencia de la galantería, produce el efecto principal de impregnar las costumbres amorosas de un alto carácter de fineza."

Los lectores agradecerán seguramente que en vez de emitir opiniones o tratar de exponer la tesis del libro, haya traducido esos fragmentos, para dar una idea de lo que contiene este *Ensayo sobre el donjuanismo contemporáneo,* comparable sólo a la deliciosa obra de Stendhal, que Barrière ha tenido en cuenta sin duda, y superior a la *Fisiología del amor moderno,* de Bourget. En verdad, el mejor elogio del *Ensayo* es la reproducción de sus afirmaciones, y es lo que obrando con discreción he procurado hacer.

Fed. García Godoy. AL MARGEN DEL PLAN PEYNADO. Tip. El Progreso. La Vega, R. D. 1922. 16º, 72 p.

Desapasionada y llena de dolorosa sinceridad es la descripción que hace el autor de este folleto. Examinados los casos de Santo Domingo, Haití, Cuba, Panamá, Centroamérica, hiela el ánimo de los patriotas una corriente de desesperanza. Hay un pueblo poderoso, reciamente organizado, con visión perfecta y con orientación política observada de manera tortuosa, pero nunca descendente; y hay varias naciones pequeñas, débiles, víctimas de ambiciosos e imprevisores politiquillos, amos de un día, despreciables histriones en un remedo de democracia, comerciantes del patriotismo. Y conglomerados de hombres que toleran el poderío de los sátrapas minúsculos.

La República Dominicana estaba regida por un Gobierno intachable. El Dr. Francisco Henríquez Carvajal, hombre austero, leal, competente, imprimía su personalidad honorable a la administración pública. Y fué a ese gobernante a quien pidieron los estadistas de Washington un arreglo atentatorio a la soberanía nacional. A los seis años de ocupación militar injustificable, torpe y agresiva, el pueblo dominicano recobra su independencia gracias al Plan Peynado, que estudia García Godoy en este sereno examen.

El Plan Peynado es, según el ensayista, lo menos malo en estos momentos, lo único que podía traer la desocupación militar. Mirando las cosas desde el punto de vista del autor, y del propio Sr. Peynado, expuesta en publicaciones recientes, la nueva fórmula contiene mayores ventajas que las anteriores, que los planes de Wilson y del Presidente Henríquez. Aunque no era improbable que siguiera la progresión en las concesiones de la Cancillería norteamericana, acentuada en cada uno de los Planes rechazados por Santo Domingo.

"Imposible proseguir en tal estado—dice—cuando se ha encontrado una fórmula de transacción bastante satisfactoria para reintegrarnos al goce de nuestra independencia a trueque de pasajeras lastimaduras de amor propio. En el Plan Peynado, no obstante sus deficiencias, no veo que cedamos absolutamente nada de nuestro territorio y de nuestros esenciales atributos de nación independiente y libre. Lo que sí veo, y no hay que profundizar nada para comprenderlo, es que de seguir este Gobierno militar obrando como hasta ahora, al azar y a su capricho, nos aguardan, en un porvenir brumoso y amenazante, muy desagradables sorpresas."

Ya está en vigor el Plan Peynado, por el que un dominicano, el Sr. Vicini Burgos, ha asumido la Presidencia de la República. En breve unas elecciones generales, celebradas sin ingerencia extraña, permitirán la constitución de un Gobierno nacional. Y se comprobará entonces, cuando haya retornado el pueblo vecino a su independencia y disfrute de ella con tranquilidad, si la fórmula del ilustre diplomático y jurisconsulto dominicano es todo lo conveniente para la martirizada república antillana.

Biblioteca de "El Mundo". LAS TRIBULACIONES DE UNA FAMILIA DECENTE por Mariano Azuela. Cuadros y Escenas de la Revolución Mexicana. [México. 1922]. 8º, 240 p.

DISCURSO dicho por el Dr. Carlos Cuadra Pasos, Ministro de Instrucción Pública, en el acto solemne de la Jura de la Bandera, en Managua, el 14 de septiembre de 1922, LXV aniversario de la gloriosa batalla de San Jacinto. Managua. Tipografía y Encuadernación Nacionales. 1922. 8º, 12 p.

N. Clemente Ponce. LÍMITES ENTRE EL ECUADOR Y COLOMBIA. Breves apuntaciones escritas por Comisión de la "Junta Patriótica Nacional" y aprobados por ella. Segunda edición. Quito—Ecuador. Imprenta y Encuadernación Nacionales. 1915. 8º, 144 p.

Dr. Amenodoro Rangel L. LOGOS. San Cristóbal [Venezuela] 1921. Emp. Nuevos Horizontes. 4º, 104 p.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, octubre, 1922.

NOTAS EDITORIALES

UNA DESCORTESIA DE FRANCIA CON CUBA

Nada había querido decir hasta ahora CUBA CONTEMPORÁNEA acerca de un hecho altamente significativo, que entraña una manifiesta descortesía de Francia con nuestro país, porque ha sido y continúa siendo su constante propósito procurar el acercamiento entre el pueblo cubano y aquellos países a los cuales ha estado unido por los vínculos que suelen formar y fortalecer la natural simpatía, la admiración por hechos y personajes históricos de singular relieve, las afinidades psíquicas e intelectuales y la lectura asidua y predilecta de obras literarias que representan un ininterrumpido avance en el cultivo de las buenas letras, lazos espirituales que siempre han existido entre Cuba y la patria de Lafayette y Víctor Hugo. Pero van siendo tan frecuentes y notorias las injusticias y descortesías que en el orden internacional se vienen cometiendo por las grandes naciones respecto de los pueblos pequeños y débiles, con absoluto menosprecio y olvido de ciertos antecedentes imprescriptibles, que al fin se decide CUBA CONTEMPORÁNEA a llamar la atención respecto de uno de estos casos, ignorado al parecer de nuestro pueblo e inadvertido de seguro por nuestra Cancillería: nos referimos a la Misión francesa que, presidida por el general Mangin y formada por M. Dupeyrat, Ministro Plenipotenciario, el Almirante Pugliesi Conti, el Coronel Amédée Thierry y otros distinguidos personajes, ha visitado distintas naciones del Continente Americano—entre ellas algunas de las que menos simpatías demostraron por la causa aliada—, prescindiendo por completo de Cuba, cuyo comportamiento durante la guerra le daban títulos sobrados para merecer un trato justo y

excepcional por parte de las grandes potencias a las cuales unió su suerte en momentos pavorosos y difíciles.

Los detalles, amplios y pormenorizados, del recorrido hecho por el general Mangin al través de la América Latina, después de concurrir en representación de Francia a las fiestas en conmemoración del centenario de la independencia del Perú, tales como aparecen consignados en varios números de la importante revista *France-Amérique Latine,* de París, indican que el propósito del gobierno francés fué aprovechar el viaje de la citada Misión para que visitara "aquellos Estados de la América Latina que se encontraban en el trayecto o ruta que la misma había de recorrer"; pero es el caso que, apartándose de este primer propósito o interpretándolo de un modo extraño, la Misión realiza una significativa visita a algunas naciones que no estaban en el camino a recorrer, y entre ellas, precisamente, las más importantes y poderosas, aunque no las que más títulos tenían para merecer la buena amistad y gratitud de Francia. Y así vemos al general Mangin yendo sucesivamente a Guatemala, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, en una prolongada excursión que dura más de tres meses, extremando las cortesías especialmente con los países del A. B. C., a pesar de que sólo uno de ellos—el Brasil—fué potencia asociada durante la gran guerra; de que la Argentina puso especial empeño en no sumarse a la causa aliada, y de que Chile mantuvo durante todo el conflicto cierta actitud enigmática y ambigua, observando una neutralidad manifiestamente hostil, hasta el punto de haberse llegado a suponer, con fundamento, que por motivos de política continental americana, Chile era un país francamente germanófilo...

A pesar de todos estos antecedentes y de los que concurren en el caso análogo de la Argentina, la Misión francesa visitó ambas importantes naciones, acaso porque ellas, con el Brasil, constituyen el triángulo de la mayor potencia militar y naval en este Continente.

En cambio, Cuba, que fué la primera República latinoamericana que se sumó a la causa aliada, declarando la guerra a los Imperios Centrales de Europa al día siguiente de haberlo hecho la gran Confederación norteamericana; Cuba, que desempeñó a las mil maravillas el papel y dió con exceso la contribución que se le asig-

naron por las potencias en guerra, de intensificar su producción de azúcar, elevándola al máximo, para que no carecieran de dicho indispensable producto los países aliados, habiendo dado el ejemplo sin precedentes en la historia de los grandes esfuerzos industriales, de un pueblo de tres millones escasos de habitantes que duplica en pocos meses su producción azucarera, elevándola a cuatro millones de toneladas, sin que, a cambio y en justa compensación de este gigantesco esfuerzo, se le permitiera aprovecharse de los altos precios que entonces regían, puesto que, como es bien sabido, se le obligó a vender a los Estados Unidos de América la totalidad de dos zafras consecutivas, a un precio uniforme y relativamente bajo, para que el "Sugar Equalization Board", cuya principal misión consistía en facilitar azúcar a las naciones aliadas al mismo bajo precio que había adquirido dicho producto de Cuba, realizara una estupenda ganancia, que excedió de cuarenta millones de dólares, de los cuales fueron entregados treinta al Gobierno norteamericano y el resto invertido en bonos de la Libertad; Cuba, que comprometió su porvenir y unió su suerte a la de las naciones de la *Entente,* en momentos muy graves y de grandes e inquietantes incertidumbres acerca del resultado final de la guerra, hasta el punto de hacerse necesaria la entrada en la lucha de la República angloamericana, con sus inagotables recursos militares, navales y económicos, para evitar la repetición de lo acaecido en 1871 e impedir que las huestes prusianas entrasen de nuevo en París, como hubiera tal vez sucedido, repitiéndose la historia, a no ser por la oportuna y decisiva intervención en el conflicto de la gran Confederación norteamericana; Cuba, en fin, que, después de haber cumplido su difícil misión como pueblo beligerante productor de un artículo imprescindible, al terminarse la guerra declaró, por una Ley del Congreso que sancionó el Presidente de la República, día de fiesta nacional el 14 de julio de 1919, primer aniversario de la toma de la Bastilla después del triunfo de la causa simbolizada por Francia, ¡qué ingrata recompensa y qué injusto trato ha recibido hasta ahora de parte de las grandes naciones a las cuales estuvo asociada mientras duró el magno conflicto! Con excepción de Inglaterra, que, apenas concluída la lucha, envió a nuestro país una Misión especial, encargada de expresar la gratitud y simpatías del pueblo británico hacia Cuba, por su actitud

y comportamiento durante la gran guerra, los demás países beligerantes parecen haber olvidado la índole y magnitud de nuestra cooperación y nuestro esfuerzo. Primero fueron los Estados Unidos de América los que, prescindiendo de antecedentes inolvidables, impusieron a nuestro azúcar derechos de importación elevadísimos, casi prohibitivos y sólo comparables en su cuantía a los señalados a los artículos de lujo, procediendo así, según noticias que el cable se ha encargado de trasmitir a todo el mundo, "en castigo de la actitud asumida por los fabricantes de azúcar cubanos negándose a limitar las últimas zafras", como se pretendió conseguirlo en beneficio exclusivo de los intereses de la industria remolachera norteamericana; ahora es Francia la que incurre en imperdonable descortesía con Cuba, al prescindir de ella en el recorrido hecho por el general Mangin y sus acompañantes, a pesar de que tan fácil hubiera sido hacer una escala en esta República, dadas su privilegiada situación en el centro del Continente Americano y las grandes facilidades existentes en sus vías de comunicación con el Viejo Mundo y el resto de la América.

Cuba Contemporánea estima cumplir un deber al llamar la atención sobre esta preterición injustificable, que ha de ser tenida en cuenta por el pueblo cubano en lo futuro, y de la cual debiera acusar recibo nuestra Cancillería, demostrando al menos que ha sido tomada en consideración y anotada en el libro de las grandes descortesías internacionales.

INTERESANTE JUICIO CRITICO DE UNA NOVELA CUBANA

Por tratarse del juicio formado y emitido por un distinguido literato suramericano acerca de una novela cubana recientemente publicada y objeto de las más vivas y encontradas opiniones, dadas su índole y la circunstancia especialísima de ser su autora una mujer, transcribimos a continuación la carta que con fecha 15 de septiembre último ha dirigido desde Montevideo a la Sra. Graziella Garbalosa, autora de *La gozadora del dolor,* el notable escritor y severo crítico uruguayo Sr. Ariosto D. González. Dice así:

Distinguida poetisa:

He leído, con sumo placer, sus dos libros. Y como el número de *Proteo* correspondiente a este mes está ya en máquina y no tengo tiempo de acusar en él recibo de sus obras, no quiero retrasar a Ud. la impresión que ellas me han producido. Revela Ud. condiciones muy estimables de novelista y poetisa. Tienen esos volúmenes páginas muy bellas, poesías de hondo sentimiento y de alta inspiración. La forma, a pesar de la no mucha experiencia de la autora, es correcta, galana, fácil y, a veces, de superior contextura artística y literaria. Pero no diré yo que todas sus composiciones me parezcan igualmente buenas, ni que muchas en realidad lo sean desde el principio hasta el fin, pero sí que en todas ellas—aun en las más aladas e imprecisas—, hay algo, una estrofa, un verso, que muestran un temperamento exquisito capaz de plasmar, en un futuro cercano, muy enjundiosas producciones.

Tiene esa colección mucha poesía de juventud, hecha con sensaciones de la vida. Por ello en esas páginas de confesión desfilan tantas sinceridades del alma, y así alternan en ella los sueños de la fantasía y las evocaciones sensitivas, la poesía del espíritu y la de la naturaleza. A algunos parecerán ingenuas y superficiales esas rimas que repiten asuntos gastados, pero Ud. sabe que, como ha dicho Gonzalo Zaldumbide, "cabe anda por las trilladas sendas con paso airoso, y en los lugares más frecuentados prevalecer." Por otra parte, poco importa el motivo inspirador si tales como son tienen belleza. Muchos gustan morder en las almas sensitivas, e incapaces de comprender y aquilatar los méritos de toda labor sinceramente realizada, se complacen en buscar los defectos que sus obras puedan tener. Felizmente no me encuentro entre ellos y menos cuando se trata de las producciones de un talento femenino; pero permítame que ponga un pequeño reparo a su novela: no me parece bien que en libro dedicado a la mujer se pinte con tanta crudeza un amor demasiado carnal. ¿No cree que el pudor—si Ud. quiere mojigatería de beatas y solteronas—, las alejará de su lectura e impedirá que produzca los efectos por su autora deseados? Tengo profunda admiración por el arte realista, pero me parece que, frecuentemente, se exagera la nota y se cae en el naturalismo zolesco, que es cosa muy distinta. Y, además, pienso que las jóvenes deben conservar intacto su pudor, pues, en mi concepto, eso es lo más divino que tiene la mujer.

Pero perdóneme esta reticencia impuesta por un deber de probidad literaria, y no vea en ella otra intención que un sincero deseo de que Ud. conquiste siempre nuevos y razonados triunfos.

Su novela, trazada con maestría, abunda en ejemplos sobre los dolores que la corrupción de los hombres produce a las mujeres. Es un problema sociológico muy interesante y de viva actualidad que los estadistas deben estudiar con detención. Conozco centenares de casos semejantes a los por Ud. mencionados y algunos otros no anotados en

su novela y que creo improcedente citar en esta carta. ¿No cree que alguna culpa en estos males la tienen las madres, que no saben educar a sus hijas? Se gozan demasiados placeres peligrosos—el baile moderno es uno de ellos—, que fatalmente deben conducir al abismo. En el pasado no eran tan comunes esas lacras por Ud. señaladas y es que nuestras abuelas recibían otra educación. Un escritor argentino, Juan Agustín García, ha estudiado en excelente libro, *Chiche y su tiempo*, estos fundamentales problemas y ha llegado a conclusiones muy aceptables.

Me complazco en recordar aquí que es Ud. la primera mujer que ha tenido la valentía de encarar con talento y serenidad una cuestión que barrena a todos los cerebros pensadores de la hora actual, y muchas de sus observaciones tendrán que ser tomadas en cuenta por quienes se dediquen a estudiar estos trascendentes asuntos.

Quisiera disponer del tiempo necesario para poder escribir la crítica que sus bellas obras merecen. Pero ya que esto, por el momento al menos, no me es posible, sírvase aceptar las anteriores líneas como una expresión sincera de la excelente impresión que sus libros me han producido.

Me permito enviarle algunos números de *Proteo* y siento que las únicas obras mías no agotadas traten de un asunto para Ud. sin interés: de historia uruguaya.

No deje de remitirme sus producciones, pues leo siempre con sumo placer todo lo que me llega de la "isla maravillosa", que dijo F. García Calderón. Por CUBA CONTEMPORÁNEA, la alta y selecta revista americana, puedo seguir el actual movimiento literario de su patria y formarme una idea aproximada de los escritores de relieve que surgen ahí. Hace pocos días no más, leí un notable estudio de Arturo Alfonso Roselló sobre el poeta Federico Ibarzábal, a quien admiro sinceramente, y creo que el crítico ha estado a la altura del bardo, pues hace tiempo no leía prosa tan vibrante e inspirada.

Junto con mis sinceras felicitaciones por sus dos libros, dígnese aceptar el atento saludo de

ARIOSTO D. GONZÁLEZ.

CUBA CONTEMPORÁNEA, al propio tiempo que felicita a la autora de *La gozadora del dolor* por la atención que ha prestado a esta obra el ilustre crítico uruguayo cuyas son las anteriores líneas, se congratula de que en sus páginas se haya publicado el trabajo de su distinguido colaborador Arturo Alfonso Roselló, objeto asimismo de los más cálidos y justos elogios por parte del autor de la preinserta carta, a quien además agradece esta revista las frases de elogio que le dedica al mencionarla.

NOTICIAS

La fuente sonora, de Ciana Valdés Roig, interesante obra de la cual dió a conocer un fragmento CUBA CONTEMPORÁNEA en su último número, ha sido editada como parte de la colección del *Repertorio Americano,* que dirige en San José, Costa Rica, el Sr. Joaquín García Monge, cuya labor cultural y de divulgación literaria es tan provechosa para las letras americanas.

*

En Alta Gracia (Córdoba), República Argentina, ha fallecido, trágicamente, en el mes de agosto último, el esclarecido hombre de letras Belisario Roldán.

Estaba considerado como uno de los cerebros mejor lastreados de su país, y cultivó, con el mayor éxito, la oratoria, la poesía y el género teatral.

Ha muerto joven aún, pues nació en Buenos Aires el 16 de septiembre de 1873.

*

Debido a la crisis económica que se hace sentir en el mundo entero, la República Argentina sufrió, en el mes de agosto último, quebrantos comerciales que se elevan a la suma de $8.184,440.22.

*

En la República del Brasil, el Presidente Epitacio Pessoa, ha colocado la piedra fundamental que servirá de base a la nueva capital que se erigirá en ese país.

*

El profesor de la Sorbona M. Ernest Martinenche, conocido hombre de letras francés, ha realizado una brillante *tournée* literaria por distintos países de la América del Sur.

En Montevideo, la progresiva capital de la República del Uruguay, M. Martinenche, quien domina admirablemente el castellano, pronunció una conferencia sobre *Los Orientales de Víctor Hugo y de José Zorrilla.*

*

En el antiguo Convento de Santa Clara, curiosa construcción del siglo XVI, tendrá lugar, en La Habana, durante los días 20 al 25 del mes

actual, la celebración del VI Congreso Médico Latinoamericano y la Exposición Internacional de Higiene anexa al mismo.

Casi todas las repúblicas hispanoamericanas han designado sus Delegaciones, integradas por renombrados médicos de esos países.

También se celebrará, en el propio local, un concurso de niños y una Exposición Comercial de carácter nacional.

*

En el Ministerio de Industrias de la República uruguaya, se ha redactado un proyecto de intercambio comercial entre Cuba y esa nación.

*

Charles le Goffic, Presidente de la *Societé de Gens de Lettres,* de París, ha pronunciado una serie de conferencias literarias en Buenos Aires.

*

El distinguido costarricense Leonidas Rojas, ha presentado, en el Congreso de su país, un proyecto de ley por el cual se gravará, con un impuesto de un dos por mil, a todos los que no sepan leer ni escribir.

*

La república del Brasil, que ha celebrado en el mes de septiembre último el primer centenario de su independencia, cuenta, según el último censo, con una población mayor de 20.000,000 de habitantes y una extensión territorial de 3.290,000 millas cuadradas.

*

En la ciudad de Buenos Aires tendrá lugar, próximamente, un Congreso latinoamericano de archiveros y bibliotecarios, patrocinado por la Academia Americana de la Historia.

*

La Cámara Francesa ha votado un crédito de 3.620,000 francos para conmemorar, en Estraburgo, el centenario del nacimiento de Pasteur. Pero muchos diputados son de opinión, después de haber oído a M. Strauss, Ministro de Higiene, que dicho centenario debe también celebrarse en París y varias poblaciones del Franco-Condado, en las cuales residió el célebre microbiólogo.

La fecha del centenario será el próximo 27 de diciembre.

*

La expedición científica inglesa, que está en vías de escalar la cima más elevada de la cordillera del Himalaya, el Monte Everest, ha alcanzado ya una altura de 8,168 metros, faltándole tan sólo setecientos metros para llegar a la cúspide de la famosa montaña.

*

Abel Hermant, escritor francés de gran renombre, ha publicado hace poco, reunidas en un solo volumen, dos novelitas, que tienen por

título *Le petit prince* y *La clef,* que un conocido crítico francés califica de obras deliciosas, por la fineza del estilo y la delicadeza del fondo.

*

L'Homme traqué, de Francisco Carco, obra que como es sabido obtuvo el *Gran Premio* de novela de la Academia Francesa, a petición de Paul Bourget, ha sido una decepción para algunos críticos, que opinan que Carco ha escrito obras mejores que la premiada.

*

Se anuncia la próxima publicación de las siguientes novelas francesas: *Mademoiselle de Maisonfort,* de Edmundo Pilon; *Ecoute s'il plent,* de Alejandro Arnoux, *Oiseaux de tempête,* de Luis Federico Rouquette; *A la terrase,* de León Baranger, y *Monsieur Roland de Chaudpertuis, enfant philosophe.*

Francisco Carco prepara una edición definitiva de sus cuentos *Au coin des rues.*

*

Se halla en ruinas, próxima a derrumbarse, la antigua casa de Gentilly, conocida por *La maison de la fiancée,* lugar en que habitó Víctor Hugo, en 1822, cuando era un simple miembro de la Academia de los Juegos Florales. Esta fué la época de sus amores con su prometida Adela Foucher, quien residía con sus padres en la mencionada casa.

*

La Academia de Bellas Artes de París ha discernido el premio de Arquitectura, consistente en 4,000 francos, a M. Fauvelle.

*

Ha tenido lugar en París, en el mes de octubre último, el 39º Congreso de Cirugía, que fué presidido por el Profesor Hartmann.

*

Mauricio Barrés, el célebre escritor francés autor de la comentada obra *Un jardin sur l'Oronte,* ha sido objeto de severos ataques por parte de la prensa católica.

Además de los duros juicios del crítico literario de *La Croix,* José Vincent, la *Revue Hebdomadaire* publica una carta abierta del joven y conocido escritor católico Roberto Vallery-Radot, dirigida a Barrés, en la cual, después de reconocer sus méritos y llamarle "querido maestro", lo califica de mentor de heregía, error y corrupción.

¿Correrá Barrés la misma suerte que Bergson y Anatole France?

*

Andrés Rivoire ha sido designado crítico teatral de *Le Temps* de

París, para suceder a Adolfo Brisson, quien durante muchos años ocupó ese puesto en el renombrado diario francés.

*

L'Avocat es el título de una comedia en tres actos, original de Eugenio Brieux, obra estrenada con mucho éxito en el teatro *Au Vaudeville,* de París.

*

Ha muerto, en París, Mme. Bulteau, quien, en el conocido diario *Le Figaro,* hizo famoso el seudónimo de *Fœmina,* y que con el nombre de Jacques Vontade publicó páginas de una gran profundidad filosófica.

*

El Príncipe de Hohenlohe ha dejado un "Diario," que, publicado después de su muerte, ha servido para esclarecer ciertos puntos que Guillermo II no ha querido tratar con la debida extensión, en las "Memerias" que se están publicando en los principales periódicos del mundo.

*

El Dr. Francisco Helme ha publicado una interesante crónica médica sobre la sordera de Beethoven, ocurrida en 1796 después de una fiebre tifoidea.

*

La prensa francesa transcribe parte de la correspondencia dirigida por el célebre compositor Ricardo Wagner, en 1869, a Mme. Ch. Chaillon, conocida modista.

*

La edición de 1532 de la *Pantagrueline Prognostication,* de Rabelais, cuyo ejemplar único existe en la Biblioteca Nacional de París, ha sido reproducida, merced a un procedimiento nuevo, por Pedro Pablo Plan, conocido autor de una erudita *Bibliographie rabelaisienne* premiada por la Academia.

*

Una revistilla de salón, finamente salpimentada, es la obra que lleva por título *Fantaisie estivale en deux averses,* de Hennevé, música de Gabaroche, recientemente estrenada en el teatro *Potiniére,* de París.

*

En la Liga de las Naciones se ha creado una comisión que lleva por nombre "La cooperación intelectual" y está presidida por el insigne filósofo Bergson, contando, entre sus miembros más distinguidos a Mme. Curie, Einstein, Murray, Bourgeois y otras muchos personas eminentes.

El profesor Murray es de opinión que deben organizarse las grandes corrientes intelectuales del mundo.

*

El comité organizado para honrar la memoria del gran escritor francés Remy de Gourmont, ha inaugurado, en el mes de septiembre úl-

timo, el monumento que se le ha erigido en la ciudad de Coutances. Durante la ceremonia fueron arrojados, desde un avión, miles de hojas impresas en las cuales se reproducía el bello poema del escritor titulado *La Fôret.*

*

Con anterioridad a la guerra que estalló en 1914, los conservadores del llamado Museo de Gœthe, en Francfort, Alemania, prestaron a la ciudad francesa de Lyon—con motivo de una exposición internacional que se celebraba en esa ciudad—, una colección de objetos pertenecientes a dicho Museo, entre ellos una bella edición de *Fausto* ilustrada por David y Delacroix.

Al estallar la guerra, M. Edouard Harriot, ferviente admirador del poeta y peticionario de sus reliquias, hizo saber a los ciudadanos de Francfort, que los objetos serían guardados y devueltos después de la guerra.

Pero con motivo del secuestro que la guerra impuso a toda propiedad alemana, y a los enormes derechos de custodia—500,000 francos—, que pide el comisionado-embalador, por estar comprendido, a más de los recuerdos del poeta, gran cantidad de mercancías, han surgido graves dificultades para la devolución.

La prensa francesa entiende que, por el honor de Francia y en homenaje al poeta, tan partidario de ella, deben ser devueltas sus reliquias a su patria nativa sin más tardanza.

*

Lord Rothermere, hermano de Lord Northcliffe, ha pasado a ser Director del diario inglés *Daily-Mail,* mediante la adquisición de las 400,000 acciones diferidas de su difunto hermano.

*

Las instituciones científicas españolas tienen el proyecto de crear un Instituto Biológico, cuya dirección se le confiará al eminente sabio Santiago Ramón y Cajal, que hace pocos meses fué jubilado en su cargo de catedrático de la Universidad Central de Madrid.

*

El renombrado literato español Jacinto Benavente, ha sido objeto de múltiples agasajos durante su reciente viaje a la América del Sur.

En su honor fué ofrecido un banquete en la ciudad de Montevideo, por el Dr. Rodolfo Mezzera, Ministro de Instrucción Pública de la República Oriental del Uruguay.

*

El escultor Pedro Zonza Briano ha obtenido el primer premio en el concurso arquitectónico celebrado en Buenos Aires, con el fin de erigir el monumento que la República Argentina dedica al Brasil.

*

En mayo último se celebró en Phalsbourg, con intenso regocijo, el

centenario de uno de sus más ilustres hijos: Emilio Erckmann, autor, en unión de Alejandro Chatrian, de las tan populares novelas *Roman nationaux.*

El día 10 de septiembre se inauguró, en la propia ciudad liberada, el monumento erigido a la memoria de los dos renombrados escritores.

*

La jeneusse de Balzac es un libro escrito en colaboración por Gabriel Hanotaux y Jorge Vicaire, volumen admirablemente documentado.

*

Paul Bourget, el eximio novelista francés, ha publicado recientemente una obra en dos tomos titulada *Nouvelles pages de critiques et de doctrine,* que ha sido favorablemente comentada por la crítica.

*

Las obras de reparación del pavimento de los grandes bulevares de París toca a su fin, a pesar de la serie de dificultades con que ha tropezado la Municipalidad de esa capital.

*

El ex Kaiser Guillermo II, después de un discreto aislamiento, vuelve, según un periódico francés, a ser el blanco de las miradas del mundo: primero sus *Memorias,* comentadas por toda la prensa mundial; más tarde, su enlace, objeto de malignos juicios...

*

Battling Siki, el vencedor de Carpentier, en París, ante una concurrencia de más de 30,000 personas, se llama Luis Phal, tiene 25 años de edad y nació el 16 de septiembre de 1897, en Saint-Louis (Senegal).

Comenzó su carrera de boxeador en 1913, año durante el cual libró tres combates, y dos en 1914, ingresando después en el ejército francés, en el que combatió brillantemente durante toda la guerra.

*

M. Pierre Lasserre, notable escritor y músico francés, acaba de publicar una obra titulada *Philosophie du gout musical,* que ha sido muy bien acogida en los centros artísticos franceses.

*

En Bamako, población del Soudán francés, se le ha dado el nombre de Paul Adam, el renombrado autor de *Cartago,* a una calle de esa ciudad.

*

En París se ha iniciado una viva protesta contra los conductores de automóviles de alquiler, quienes, después de ciertas horas, en especial a la llegada de los trenes nocturnos, imponen a los pasajeros condiciones verdaderamente abusivas e intolerables.

*

En Tours, Francia, ha tenido lugar recientemente un congreso sobre la natalidad, en el cual M. Roulleaux-Dugage, el llamado apóstol del

voto familiar, expuso, una vez más, las ventajas que reportaría para el desarrollo de la familia francesa, la adopción de esta reforma en la ley electoral.

*

Con motivo del centenario de Champollion, el famoso egiptólogo, se ha publicado, por M. Homolle una interesante obra titulada *Recueil des études égyptologiques, dediées à la mèmoire de J. F. Champollion.*

*

Se anuncia para fines de este año el estreno, en Nueva York, de la obra teatral *La Fontaine,* de Eugenio O'Neill, autor de otras piezas tituladas *Beyond the Horizon, Anna Christie, The Emperor Jones* y *The Hairy Ape,* obra esta última en la cual O'Neill relata la vida de un "chauffeur" irlandés gigantesco y brutal, tipo tomado de la realidad.

*

El Conde de Haussonville, biznieto de Mme. de Staël, ha encontrado en los archivos de Broglie, una carta inédita de Gœthe, escrita en alemán y dirigida a su ilustre abuela, en la cual el célebre escritor alemán se excusa, con la mayor cortesía, de aceptar una invitación para visitarla en Dresde.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO X

Tomo XXX. La Habana, diciembre 1922. Núm. 120.

JOSE ANTONIO SACO Y SUS AMIGOS DURANTE LA REVOLUCION DE YARA (*)

1869 - 1879



ES interesante conocer y estudiar el pensamiento y la actuación del insigne autor de la *Historia de la Esclavitud,* y del grupo de sus más íntimos amigos al través de la correspondencia epistolar por ellos mantenida durante la década siguiente al grito de independencia dado por Carlos Manuel de Céspedes, en *La Demajagua,* el 10 de octubre de 1868.

De este período, el último de la vida de José Antonio Saco, sólo aparecen 21 piezas entre cartas y fragmentos, la mayor parte de las cuales corresponden al primero de los años que comprende.

Examinemos someramente los acontecimientos que ocurrieron, y—con estas cartas como guía—la intervención en los mismos de Saco y sus amigos.

En Cuba ya había comenzado la Revolución de Yara y tenido

(*) Ultimo capítulo del libro en preparación, ya casi terminado, que bajo el título de *Medio siglo de Historia de Cuba* será editado en breve, con un prólogo del Dr. Enrique José Varona. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece a su autor—joven abogado que ha demostrado poseer aptitudes y singular afición por los trabajos de investigación histórica—, el envío de este fragmento de su citada obra, permitiéndole dar en sus páginas las primicias del que ha de resultar interesante libro, puesto que contendrá una serie de cartas, inéditas en su mayoría, relacionadas con hechos y personajes de la historia de nuestro país.

lugar los consiguientes trastornos políticos, que obligaron a emigrar a la mayor parte de los amigos de Saco, aquellos que con sus esfuerzos habían creado el movimiento reformista, que terminó en el más bochornoso y tremendo fracaso, y "que fué el preludio de la guerra", puesto que no había de tardar el momento en que "la bandera del reformismo se trocara en pendón de guerra", como dijera en elocuente síntesis Enrique José Varona.

La última carta de Mestre, de mayo de 1868, nos dice cuál era el estado de su espíritu y de los que como él pensaban y sentían.

Veamos el problema que se les presentó y la solución que le dieron cubanos como él, Echeverría y Valdés Fauli.

El cobro del nuevo impuesto—el implantado a raíz de celebrarse en Madrid las Juntas de Información—, traía resueltamente excitados los ánimos; y los encargados de recaudarlo tropezaban con serias dificultades, tanto por parte de los grandes terratenientes, como de los pequeños. En Provincias y en el campo, las autoridades españolas lo eran sólo de nombre y nadie las respetaba ni temía. Los patriotas se reunían en las Logias masónicas y en esta ocasión sí podía decirse lo que dijo Alfonso en 1849, *"la cuestión es sólo de cuándo"*; y no se pensaba entonces en expediciones del exterior. El acto arrogante de Céspedes—que después de la primer batalla, en la que los cubanos sólo tienen sus brazos para combatir contra el soldado español, dice: ¡Somos doce!—encuentra eco entre los jefes del reformismo; éstos se disponen a aceptar aquel estado de cosas, adoptan como suya la bandera de Yara, y de La Habana continuamente reciben los insurrectos contingentes de jóvenes que van a "Cuba libre".

Todavía—por un momento—parece que habrá posibilidad de transacción. La revolución española del 68 había llevado al poder a los hombres que más promesas habían hecho a los cubanos, y en los que éstos, durante el movimiento reformista, habían encontrado apoyo a sus ideas.

En España creen que el grito de Yara ha sido el de ¡Viva España con honra! y ¡Abajo los Borbones!... como si fuese Yara un eco de Alcolea. Si no lo creen, por lo menos, fomentan esa creencia.

Pero esa posibilidad de transacción que se encarga Azcárate de propagar y fomentar en España—y que aquí el Coronel Modet

expía con el destierro y su muerte en Filipinas—se desvanece prontamente por la actitud de Lersundi, insolente y malévola, fomentada por "los intransigentes", quienes no vacilan en sostener al Capitán General en la equívoca posición en que se ha colocado, puesto que, a pesar de saber de una manera positiva que la Casa de los Borbones había dejado de reinar, continúa gobernando y administrando (?) la Isla en el nombre de Isabel II, llevando las cosas a tal extremo que hizo decir a Morales Lemus, en carta a Azcárate, de mayo del 69: "En Cuba se temió por un momento pasar por la vergüenza de que, por sostener el despotismo, se la lanzara a esa misma guerra civil que titubea intentar en defensa de sus libertades."

No satisfechos los intransigentes, y conocedores astutos del carácter venal de sus gobernantes—cualquiera que fuese su denominación política—, se ponen en comunicación con la Península ibérica y hacen llegar a manos del Ministro de Ultramar—autor del manifiesto de Alcolea, que termina con las estupendas palabras "Viva España con honra", y de otras obras dramáticas de igual fondo y urdidura—, una exposición felicitando al Gobierno por las medidas negativas que éste había tomado en lo que respecta al gobierno de la Isla; pero bien pronto se vió que ese Gobierno liberal para España admitía y sostenía el mismo estado de cosas que los negreros mantuvieron aquí desde 1825, a pesar de todos los esfuerzos de los buenos de Cuba, dentro y fuera de la Ley.

Si ese Gobierno no quiere guardar consecuencia en Cuba con el programa proclamado en España—dice Mestre a Azcárate en carta de octubre del 68—*los que no son propietarios de esclavos,* sabrán a qué atenerse y buscarán la salvación en el puerto que pueda prometérsela.

Por otra parte, las verdaderas intenciones de Lersundi y de sus consejeros ya habían tenido ocasión de apreciarlas los cubanos cuando fueron a conferenciar con él, en 24 de octubre del 68, en vista de que la situación anómala no tenía vías de solución. La situación descrita por el mismo Mestre, ya comprometido con los hombres de Yara, era la siguiente:

bien grave, anormal; no compartimos los derechos que la revolución

[española] ha vindicado, mientras que contemplamos la complicación inextricable del Gobierno que no simpatiza con las libertades; los propietarios—de esclavos—que temen un conflicto y los impacientes que sospechan un engaño más.

Mientras que en España proclaman con énfasis libertades que no sabían apreciar quienes parecen estar condenados a vivir esclavos, entre sus dos símbolos que aun cantan y ensalzan, ¡altar y trono!, en Cuba, "donde todos estaban inficionados de las ideas francesas"—como malévolamente insinúa Rodríguez—, se encuentran oprimidos y maltratados.

Los llamados liberales de allá, es decir, el Gobierno Provisional, sanciona y aplaude los actos de Lersundi en beneficio inmediato de los negreros, que ya se habían ganado el favor de López de Ayala, poeta y Ministro en quien tenían su representante y defensor. Y lo curioso es que Lersundi ni siquiera trabajaba en favor de la Reina Isabel, de quien "había recibido su autoridad". Trabajaba públicamente en favor de Don Carlos, el pretendiente eterno, del cual había recibido el nombramiento de Virrey de las Antillas. Al mismo tiempo Don Carlos nombraba Gobernador Civil de esta Isla a Miguel Aldama, quien renunció ese *alto honor*, en sentida protesta que anunciaba su resuelta actitud al lado de los revolucionarios de Yara.

Ya todos los amigos de Saco están en relación—por comunión de ideas—con sus hermanos en armas, y ni aun la llegada del general Dulce, que vino con propósito de establecer ciertas reformas, pudo hacerlos desistir de esa actitud. En el anterior período de mando de este último (1862-65) había tenido desarrollo el movimiento reformista, y las relaciones del General con nuestros patricios habían sido siempre cordiales en extremo. Mas la nueva situación con que iba a enfrentarse era en extremo difícil: por una parte, sus amigos cubanos ya estaban comprometidos en la revolución, y los que no se habían marchado a ella o a la emigración, mantenían frecuentes relaciones con aquéllos, y eran intermediarios entre los del campo y los patriotas del exterior; y por la otra, los españoles intransigentes, los "integristas", como se llamaban a sí mismos, animados del espíritu que los había distinguido, y que continuaría distinguiéndolos siempre, hasta el 1º de enero de

1899, se propusieron y consiguieron entorpecer la política que Dulce trató de implantar, con los motines y desórdenes de todo género que tuvieron lugar bajo su mando.

Ya se habían encargado los "integristas" de nombrar representante suyo en las Cortes Constituyentes del 69 a Don Antonio Cánovas del Castillo—electo a las mismas por Murcia—, quien, según la expresión de Piñeyro, resultó ser "su Abogado más diligente y tenaz"—pues su único acto político en las mismas, fué el oponerse a toda clase de reformas para la Isla, invocando para ello una solicitud que presentó, suscrita por nueve mil de los españoles residentes en ella, "verdaderos amos de Cuba", la que se encontraba redactada en tal sentido. A defender esos intereses se dedicó exclusivamente Don Antonio Cánovas del Castillo en las Cortes, pues una vez que hubo obtenido lo que deseaba—la paralización de cualquier inicio de reforma—retiróse del movimiento liberal de aquellos días. Ese acto suyo—que confirmaba sus ideas retrógadas de siempre—, "selló virtualmente el pacto que entre él y los intransigentes del otro lado del Océano había de existir hasta el fin de sus días"— y ya se le oirá vanagloriarse de ello en "discurso pronunciado veintiún años después", sustituyendo en ese puesto de "Abogado de los intransigentes" a Vázquez Queipo, que por su edad se encontraba retirado del escenario de la política activa, aunque no por eso dejaba de percibir su parte en el despojo que conscientemente realizaban sobre Cuba.

Del efecto que estos actos—iniciales de la revolución emprendida por los cubanos, y de las medidas que adoptó el Gobierno español en represalia—ejercieron sobre el ánimo de Saco, podemos juzgar por las siguientes líneas suyas, en carta a José Luis Alfonso—el anexionista *à outrance* del 49—, que responden seguramente a alguna sugestión de éste, acerca de que Saco formulara un plan para la emancipación gradual de los esclavos, con certeza en sentido conservador; porque como hemos tenido ocasión de notar "las ideas de este Sr. Alfonso habían sido republicanas hasta 1850, época en que se convirtió en monárquico constitucional", y ya lo hemos visto en 1864 llamarse a sí mismo Marqués. Estas líneas de Saco tienen fecha de febrero de 1869 y corresponden a la primera carta que de él se conoce, cuando ya le habían llegado con certeza detalles del inicio de la revolución de Yara, de la que

él por su vida y enseñanza fué "el profeta austero y luminoso". Dicen así las referidas palabras:

Creo que esta demora—[estaba postrado en cama a consecuencia de un reciente ataque bronquial]—(en la ejecución de tu encargo), en nada perjudicará a tu propósito, porque en la actual situación de Cuba no se puede, ni se debe tratar de otra cosa *que de pelear y ver quién es el vencedor.* Si éste es la insurrección, es seguro que ella no adoptará mi plan, y si lo es el Gobierno, tiempo hay para que se ocupe de esta cuestión.

Estas palabras de Saco—escritas a veinte años de distancia, al que en Junio del 49 le decía: "la cuestión es sólo *de cuándo*"—, recomendándole calma, "porque si vence la insurrección" no adoptará ella el plan de emancipación gradual que Alfonso desea ver asegurado... Y como la cuestión ahora "es de pelear"... "no se debe tratar de otra cosa". ¿No están en perfecta relación de circunstancia con las que virtió en 1837?: "Nuestra cuestión no es ya de papeles, sino de espadas y balas." (Carta a Alfonso, enero de 1837.)

¿Y es usted Sr. Alfonso, el que me pide que formule un plan que le asegure el disfrute eterno de sus esclavos, contra cuyo tráfico y el tratamiento que se les daba pensaba usted escribir en 1838? Me parece que ahora que está formulada por toda la nación la misma pregunta que yo le hacía en 1837: "¿Podemos emplearlas (balas y espadas) y salir vencedores? Entonces seremos felices. No podemos resistir? Pues entonces no nos queda más recurso que inclinar la cabeza y tender el cuello..." Y llegará, desgraciadamente, la hora y entonces empezaremos con "los papeles". La justicia primero, y cuando ella no se baste sola—para obtenerla—la fuerza; "aumentar el bien de que gozan los hombres en la tierra, si esto no es posible disminuir el mal."

Esta era la doctrina que profesaban Luz y Saco, la misma que les enseñó Varela.

Muchos son los ejemplos que, entresacados de las obras de Saco y de sus cartas particulares, podríamos aducir para sostener y demostrar lo que ahora no hacemos más que enunciar: *Saco fué partidario, y veía con simpatía, el movimiento armado de sus compatriotas, cuando la Revolución de Yara, y deseó su triunfo;* si se abstuvo de defenderlo públicamente fué porque en su espíritu clarividente se encontraba sin despejar la misma incógnita

que formulara con tanta claridad desde 1837; pero la aspiración —la aspiración de completa independencia—por que combatían los cubanos, estaba en él—como estuvo en Del Monte, Escobedo, Betancourt y La Luz—para no citar sino los más conocidos—desde que en Nueva York asistían—con los citados—a las tertulias de Varela y Gener, verdaderos creadores de nuestra nacionalidad.

Más adelante estudiaremos esto que aquí no hacemos más que formular, y que no hemos visto más que apuntado, nunca demostrado por nuestros historiadores. Y lo hemos enunciado para indicar al lector el espíritu con que Saco recibió la Revolución de Yara y, por ende, lo mal que habían de saberle las cartas que de Alfonso recibiera durante esos años, escritas con un tan marcado sabor de españolismo.

Contrastan con esas cartas las otras que en esta época recibiera Saco, escritas por Mendive, Valiente y Echeverría. Comparémoslas ligeramente, siguiendo el plan que hemos adoptado.

J. L. Alfonso,—ya Marqués de Montelo—le escribe desde sus fincas, donde "trabaja como un perro, para desempeñarlas"; y es ya otro muy distinto del que en 1849 "sintiera el clamor de la isla, que no digo yo, a los Estados Unidos, al diablo se daría, por salir de España"... "de cansada que está de verse *robada, vejada y engañada*". Ahora encuentra funesta la insurrección, y se burla despechado de los *libertadores* de Cuba (subraya Alfonso); mas en su falta lleva la penitencia: "a todos—grita angustiado—nos está arruinando"; y el que en 1849, se quejara de "la pintura impolítica" que Saco había hecho en su folleto de noviembre del año anterior, de "la debilidad de los cubanos'" si se lanzaban en un loco empeño revolucionario, para el cual el país no se encontraba preparado en aquella época, "frente al Gobierno español", ahora, que sí lo estaba, que era una la aspiración de los cubanos y que se había "blanqueado" el horizonte con el cese de la trata, se regocija Alfonso porque para combatir a sus paisanos "se arman y organizan cada día, más y más voluntarios, de modo que para fin de año, habrá más de 100,000 hombres sobre las armas" y no vacila en mandar

> a su hijo Julio como soldado, a las órdenes de Goyeneche... para que salga para Puerto Príncipe, porque es menester meter el hombro para que esto se acabe lo más pronto posible.

Y el que así se expresa es el mismo que pensó traer a Worth, el vencedor y expoliador de México en 1847, el mismo que iba a Nueva York, a ponerse al habla con los políticos norteamericanos partidarios de la anexión en 1850; mas ahora no vacila en estampar estas palabras, dirigiéndose a Saco que lo conocía muy bien:

el gobierno americano que no quiere a Cuba a costa de una guerra con España... no reconocerá como beligerantes a los que sólo merecen el nombre de incendiarios...

El calificativo que merece el cubano que escribió estas palabras sube a los labios y nos confirma una vez más nuestra creencia. Claramente se ve al rico malévolo, que sólo de su dinero y de aumentarlo sin tasa se preocupa, y que en sus afanes por lograrlo y asegurarlo no vacila en oprimir y en destrozar la patria, la libertad y los derechos de otros hombres, mejores que él y todo cuanto se oponga a su vil deseo!...

¡Qué alegría nos causa el asombro de Alfonso, al tener noticias de la guerra entre Francia y Prusia! Es que ya vislumbra—¡ese rico sobre todas las cosas!—el *Mane, Thecel, Phares,* que anuncia el hundimiento de la Francia imperialista, que tiene todas sus simpatías; de la Francia, maldita por Zola y por sus propios hijos patriotas y buenos, que necesitaba del fuego de esa guerra para salir purificada y libre, y dar resurgimiento a esa otra Francia de 1914,—la misma de hoy—que conserva aún, contra sus malos gobernantes, el espíritu de los mismos hombres de la Francia inmortal del 93.

Afortunadamente, para recibir una impresión de paz, de satisfacción tierna, necesaria después de la lectura de esas cartas de Alfonso, aparecen aquí las de Valiente, que interceptan, por su fecha, las de aquél. Se acerca el final de los días de ese amigo de Saco, con quien está ligado desde los días tristes del invierno del 36, cuando la "escisión de Cuba", la que lo había nombrado su enviado en Madrid en aquellos mismos días en que Saco, electo por la misma Provincia, intentaba en vano que no se nos insultara, como hicieron los "progresistas" españoles, con Argüelles y Olózaga a la cabeza.

Es cierto que Valiente en 1850, forma entre las filas del partido anexionista; pero lo es de buena fe, como nos dice su ac-

tuación al lado de Betancourt, de Madan y de Pozos Dulces, quienes, como sabemos, lo fueron en interés verdadero de Cuba y los cubanos, y no por fines interesados de conservar sus negros y adquirir otros. Es el primero que protesta, cuando se trasluce el nefando proyecto de compra de la Isla, que los norteamericanos tuvieron por esos días. En *La Verdad,* aparecen sus artículos donde protesta de ese comercio infame.

¿Es que acaso se imagina el Gobierno—dice—que tal cosa pretende, que somos los cubanos siervos, y como tales, objetos de comercio?... ¿Y no les basta, a esos oligarcas del Sur, con esclavizar a sus negros, que son tan audaces, que a nosotros, cubanos blancos, tan buenos como esos dueños de hombres—tan buenos o mejores, que somos de la sangre de Cortés y de Bolívar—, quieren comprarnos como siervos?... ¡Que no vengan en ese son de contrato jurídico, porque entonces será la Isla una sola hoguera, y a ella nos lanzaremos todos, después de impedir que ustedes, yankees—de quienes queremos ser hermanos, iguales en derecho—entren...

Estas frases resumen ligeramente los escritos de Valiente, quien, por esa época, indignado ante ese propósito de nuestros vecinos, las escribía en inglés, para que los yanquis supieran de nuestro pensamiento.

De ese magnífico cubano, tan olvidado de los de hoy, sólo aparecen dos o tres cartas en esta época. Por su lectura deducimos que sin salud ya, busca en los balnearios que recorre prolongar su vida unos años más, porque en su espíritu reside la esperanza de ver el triunfo de la revolución en que están empeñados todos los suyos, y en consecuencia, comunica a Saco lo que de New York le escriben. "Se acerca—dice—rápidamente el término de nuestra gloriosa revolución de la manera más honrosa y satisfactoria"; por eso se cuida de su cuerpo y recomienda a Saco, de quien sabe los achaques, que haga lo mismo con el suyo, para tener "el placer de ver a nuestra patria libre."

Esperanza ésta que lo acompaña hasta su muerte próxima, que ocurre en Jamaica, adonde va para estar más cerca de su Isla amada, y recibe la muerte ostentando con orgullo un cargo diplomático de la República de Cuba en armas.

Como él, ha de morir en New York, poco tiempo después, Morales Lemus, cubano de los mejores en quien Saco ha reco-

nocido su igual cuando laboraron juntos en las sesiones de la Junta de Información, en los años de 1866-67. Al lado de ese cubano—cuya actuación conocemos gracias al libro de Piñeyro, escrito con amor y no desprovisto por ello del tan necesario espíritu crítico al que en estas materias se ocupa—; colaborando con él en su empeño de obtener auxilios del Gobierno de Grant; y nombrado como él por Céspedes—primer Presidente de nuestra República en armas—se encuentra José M. Mestre, quien durante el anterior período había figurado entre los principales jefes del reformismo—amigo de Saco y corresponsal activo de éste durante la época referida. De este hombre justo y bueno, que ha tomado el partido de la revolución porque es el "único digno" que queda a los cubanos, sólo aparece aquí una carta (Sep. 4 del 69). Ella presenta un más vivo contraste que las de Valiente con las de Alfonso que hemos comentado, porque está escrita en condiciones análogas a las en que se encontraba el últimamente nombrado cuando escribió a Saco la carta de junio de 1849—donde, reprochándolo por la publicación de sus *Ideas sobre la Anexión,* lo invitaba, no obstante, a que acudiera a Nueva York y que allí en contacto con aquello, más en relación con las verdaderas aspiraciones de los cubanos, los aconsejara y dirigiera en sus movimientos. Mestre, a veinte años de distancia se encuentra en análogas condiciones y escribe Saco en idéntico sentido... Pero, ¡qué diferencia entre esa carta y aquella a que nos hemos referido!... "Ya tenemos una bandera y hemos castigado el orgullo español"... "Independencia o muerte", tales son las ideas que Mestre tiene en su espíritu y esas son las que aparecen en su carta. Ésta respira dignidad y verdadero patriotismo y al dirigirse a Saco lo hace con respeto, formulando su invitación sin la altivez con que encubre sus temores Alfonso, en la ocasión referida, al que ahora vemos al lado de España, de una manera que se nos antoja inexplicable.

Saco, desde Francia, contesta esta carta de Mestre con otra, inédita aún, escrita en términos tales que responden a los mismos que desde 1837 le han hecho formular la interrogación a que hemos aludido anteriormente, los mismos que, cuando acusado tontamente por La Sagra primero, y por Vázquez Queipo después, le han hecho decir:

El día en que me lanzara a una revolución, no sería para arruinar a mi patria, ni deshonrarme yo, sino para asegurar su existencia y la felicidad de sus hijos;

pensamiento que constituye en su desenvolvimiento lógico uno de sus principales argumentos contra los ilusos del 49; el mismo que en 1859, al reimprimir sus *Papeles,* y comentando su actitud de años anteriores, le hace decir "al recordar ahora los tristes acontecimientos que sobrevinieron y que disiparon sus ilusiones [la de los anexionistas de buena fe]:

no es para celebrar el triunfo de mis ideas... sino para que sirviendo de lección y ejemplo [sus prevenciones], sean más circunspectos en el porvenir, y si algún día se acomete una revolución sea solamente cuando se tenga la certeza de que redundará en bien y gloria de nuestra patria.

Esos argumentos son los mismos que en 1863 le hacen escribir a Echeverría su carta de 6 de enero, donde examina con agudeza crítica la posibilidad de Cuba independiente. Esos pensamientos estaban en él, cuando la revolución de Yara, como estuvieron en Pozos Dulces y en Bernal; y Varona reconoce como lógicas y justas las dudas que se les ofrecieron a esos hombres nuestros, puesto que al examinar años más tarde la actuación de Pozos Dulces en esos mismos días, dice:

La hora de la prueba tremenda lo encontró íntegro de inteligencia y corazón, pero con el alma velada por la triste sombra de la duda: a su vez desconfiaba del esfuerzo y miraba con temor el porvenir.

Y explica esa actitud diciendo:

Al caer los primeros escombros del viejo edificio, temieron que se derrumbase del todo, sin que les restara aun donde cimentar el nuevo.

La guerra cruenta que duró diez años, sin resultado sensible para las aspiraciones de los cubanos, ha de justificar ese estado de ánimo de Saco frente a las esperanzas que en ella abrigaba.

En estos mismos días recibe a menudo cartas de Juan de Mendive, pariente de Rafael, el maestro de Martí. Por Mendive está Saco al corriente de las últimas noticias y ocurrencias de La Habana y de la emigración. Estas cartas, donde se le trasladan todas

las noticias que a Mendive le comunican de La Habana, nos muestran el temple de los que sienten—como no pueden menos de hacerlo—todo el dolor que por aquellos crueles días embargaba a los cubanos, *exceptio exceptionibus.*

En todos, en Inés de Ayala, en Aldama,—corresponsales de Mendive—es idéntico el acuerdo: "no olvides dar la noticia a Saco". Y le envían la proclama de Caballero de Rodas, con este comentario: "mal se aviene con lo que han hecho con Echeverría"—a quien envían aherrojado a España.

Todas estas persecuciones sufridas por sus amigos, causan un natural desaliento en Saco, que se nota en las poquísimas cartas que de él se conservan por los años 1869-71. A esos dolores de Cuba y los cubanos se unen en su espíritu los íntimos suyos, su angustiosa situación económica y los azares de la guerra entre Francia y Prusia, que lo obligan a abandonar su residencia, dejando tras sí sus papeles queridos. No obstante, esa guerra tan próxima no absorbe su atención: "todo mi pensamiento está fijo en los asuntos de Cuba, porque de ella depende mi vida y mi muerte", dice en agosto del 70.

En julio del 71 regresa a París, y sufre los horrores que ocasionan a la ciudad "los malvados de la Comunne", como los llama.

Terminados éstos e iniciando Francia su reacción maravillosa, París vuelve prontamente a ser lo que siempre fué: refugio generoso de gente sin patria que en él buscan lo que en la suya se les niega. Allí acuden los emigrados cubanos—Betancourt, Bravo, Valdés Fauli, Merchán—, todos los que no pudieron ser útiles con las armas en los campos de la revolución y que allí se encuentran, los unos para gestionar en todo lo posible el triunfo de sus hermanos, los otros para, al menos, no ser perseguidos por las turbas que en las ciudades de Cuba disponían a su antojo de vidas y haciendas.

De esa época (1872-73), es la pintura que nos hace de Saco, Francisco Vicente Aguilera, quien en peregrinación tristísima y con muy mal acierto recorre el extranjero para aunar la voluntad de los cubanos, y que lo encuentra "solo, muy viejo, nervioso, medio ciego y muy pobre". A pesar de su estado, le hace referir a Aguilera "desde el principio, cómo se formó la revolución", y conviene con él "en que llegadas las cosas al estado en que es-

taban, no había más remedio que seguir adelante hasta conseguir el triunfo."

A instancias de Aguilera, redacta "el último escrito político que salió de su pluma" (1873), excitando al Presidente de la Sociedad Abolicionista de Londres para que éste impidiera, por conducto oficial de su Gobierno, los horrores que públicamente y sin desdoro relataban los periódicos españoles de Cuba, sobre las crueldades de los perseguidores de esclavos prófugos en la Isla querida.

En esta época es cuando empieza a tener cristalización el proyecto de dar al fin a la imprenta, su monumental *Historia de la Esclavitud.*

Los emigrados cubanos que en París se encontraban, según nos cuenta uno de ellos (José Ramón Betancourt), "se reunían periódicamente, tres veces por lo menos cada semana", unas veces en casa de Miguel de Almagro, rico hacendado, otras en la de Valdés Fauli, que tras peregrinación en los países latinoamericanos había fijado su residencia en París.

"El grupo de antillanos que en realidad representaba el verdadero espíritu de nuestro país en el extranjero, hizo la vida de Cuba en París y sólo por Cuba y para Cuba pensaba y sentía... Aquellos que supieron sacrificar comodidades, sosiego y fortuna, al bien, a la honra y al porvenir de la patria" y que a esas reuniones asistían—José Antonio Saco, Pozos Dulces, José Silverio Jorrín, Alvaro Reinoso, Pedro José Guiteras, Aldama, etc.,—tenían siempre como objetivo el bien de Cuba por el amor a Cuba. En esas reuniones se rectificaban los errores en que incurría "la prensa, que no nos es amiga" por la que lo era; allí se redactaban folletos que expresaban lo cierto y lo justo sobre Cuba, los cubanos y la justicia de la causa en que estaban empeñados. Se leían trabajos escritos por alguno de los mejores, se iniciaban y se llevaban a cabo suscripciones para socorrer a los necesitados, y para publicar obras de mérito escritas por cubanos y sobre cosas de Cuba y de América. Entre todas tenía que surgir la primera, la obra en que Saco estaba empeñado hacía tantos años. Se reúnen, pues, Valdés Fauli, Almagro, Silvio Alfonso y Aldama, y llevando como perito a Rafael Merchán, que allí también se encontraba, deciden imprimir los tres primeros tomos.

Apenas salido de la imprenta el primer tomo (1875), Saco lo envía a Nueva York, otro centro de emigrados cubanos, para que Echeverría se encargue de repartirlo y venderlo. De este amigo suyo que tan a menudo le escribiera durante el anterior período, aparecen en esta época pocas cartas, debido a que, como él mismo lo dice, sabe cuán penoso le es a Saco "escribir y aun dictar" por el mal estado de su vista y de su espíritu.

También, y aunque no nos lo diga Echeverría, sabemos que se debe esta suspensión de correspondencia a que se había dedicado en cuerpo y alma al servicio diplomático de la revolución y de todo se había desasido este patriota, aun de sus asuntos donde buscaba los medios de subsistencia para él y los suyos. A pesar de esa dedicación constante a la causa de Cuba, cuando al servicio de ella se traslada de Nueva York a Londres para allí concertar un empréstito en beneficio de la revolución, empréstito que está destinado a fracasar por las mismas causas que Saco indicara a Echeverría, cuando éste en el 63 gestionara otro en el mismo lugar y no con fines revolucionarios, sino con otro más modesto: aumentar *nuestros ferrocarriles*—entonces podíamos llamarlos así—. "De ese fracaso—[el no lograr la suscripción]—se debe echar la culpa principal a los negritos que tenemos, pues no sólo nos perjudican en el orden político, sino también en las operaciones mercantiles"—le dijo Saco en la ocasión indicada a Echeverría, y en ésta se experimentará otra vez lo cierto del vaticinio.

Aprovecha Echeverría la oportunidad en la ocasión dicha y anuncia una entrevista para cuando ambos se reúnan en París y le dice: "omito hablarle de las cosas de nuestra tierra, ya cuando lo vea lo haremos largo". Ahora (1876) que de vuelta en Nueva York ha emprendido de nuevo sus trabajos diplomáticos, apenas recibe la carta de Saco donde le anuncia éste la remisión del primer tomo de su obra, le contesta en los términos más alentadores y esperanzados, y le sugiere—en vista de la adulteración que de la figura de Luz ha hecho Rodríguez en su recién publicada biografía de *Don Pepe*—, que sea él, Saco, quien nos dé "la historia de su vida, que será la historia de Cuba durante el presente siglo" y donde los cubanos del porvenir irán a buscar enseñanzas para lo futuro.

Saco, a estas instancias de Echeverría, acomete esa empresa y dicta (1877), los capítulos publicados en la *Revista Cubana,* y que no alcanzan más que a los primeros años de su vida, cuando no había recibido aún las enseñanzas de su Maestro Varela.

Los años han transcurrido, y como todavía son los españoles más fuertes que nosotros, la Revolución decae rápidamente, debilitada por las luchas de la emigración, que dificultan el auxilio del exterior, y las cantonales en que habían degenerado las fuerzas armadas de los cubanos. Ambas causas conducen a la facilísima victoria de Martínez Campos, sellada por la Paz del Zanjón, donde de nuevo, aprovechándose los españoles de la ignorancia de los cubanos, nos engañan. El alma de Cuba sufre ese nuevo dolor, mitigado en parte por la protesta viril de Maceo y los que le siguen, en los Mangos de Baraguá. En los Estados Unidos, Echeverría no tiene más remedio que renunciar la representación diplomática de Cuba, que sólo dolores y trastornos le ocasiona (1878).

En virtud de ese Pacto, se conceden a Cuba los mismos derechos de que disfruta Puerto Rico, menguados frutos de una lucha cruel y sangrienta. En su consecuencia, tienen los cubanos el derecho de elegir Diputados a Cortes. Irrisorio derecho que vuelve a colocarla en la situación del año 36. ¡Cómo si no hubieran ocurrido todas las cosas que pasaron!... Con un intervalo de 43 años, Santiago de Cuba vuelve a elegir a Saco su Representante en las Cortes Españolas.

Consciente Echeverría de que la actuación de Saco sería poco efectiva, por sus 83 años y las pocas atribuciones que un Diputado de Cuba podía ejercitar en beneficio de *su patria,* en el seno de una *Nación* extraña, pues eran ya dos naciones distintas con encontradas aspiraciones, le escribe esos párrafos que aparecen al final de este estudio, y que se sienten inspirados en el gran amor que este patriota profesaba a Cuba.

Son ellos los últimos que recibiera Saco poco antes de morir y quizás pensara al leerlos en la verdad dolorosa y amarga que traslucen, recordando los de una carta de Güell y Renté, escrita en el 53, a raíz de la muerte de Del Monte, donde decía aquél:

...condenados los unos a morir lejos de la patria, los otros viviendo

en ella y sufriendo el martirio del poder inmoral que nos gobierna, todos legando a nuestros hijos el dolor estéril e infinito en que vivimos.

Gráfica revelación del destino a que estuvieron condenados esos tres grandes de nuestra patria: Saco, Echeverría y Del Monte, que aunque nacidos estos dos últimos en Venezuela, patria de Bolívar, no son por ello menos acreedores que Saco al respeto y la gratitud que su nombre nos inspira, pues idénticos fueron en sus vidas, consumidas en holocausto en el altar de la patria, precediendo con sus actos a lo que luego iba a constituir la enseñanza máxima de Martí: *"¡De altar se ha de tomar a Cuba, y no de pedestal para elevarnos!"*

José Antonio Fernández de Castro.

*

A continuación se insertan, anotadas y comentadas, las cartas dirigidas a José Antonio Saco por sus amigos durante los años de 1869 a 1870, inéditas en su mayoría, respetando en ellas su ortografía, tanto en la escritura como en la puntuación.

I

Ingenio San Cayetano, Julio de 1869.

Mi querido Saco: Usted sabe la antigua y estrecha amistad que me liga a los Angulos y a los Heredias. Angulo y Heredia se llama el joven Don Rafael que lleva a Vd. esta carta de recomendación.

(Sigue la recomendación, y concluye.) (1)

Aquí continuamos poco más o menos lo mismo que cuando se fué Dulce: pues *dicen* que el nuevo Capitán General no goza de la General simpatía, y no sabemos lo que pueda suceder dentro de dos o tres meses. Dicen los periódicos de la Isla que la insurrección va de vencida: yo así lo deseo y lo espero (2); pues como sucede siempre en estos casos se abulta lo fovorable y se calla lo adverso.

---

(1) Así escribe Echeverría, cuya es la transcripción de que nos servimos para la reproducción de estas cartas de Alfonso.

(2) Viles se puede llamar
A los que al lucir el Sol
Del Diez, con el Español
Fueron, temblando a formar.

José Martí, *Cartas Inéditas*, publicadas por nuestro amigo el capitán del E. L. y competente jefe del Archivo Nacional Sr. Joaquín Llaverías. La Habana, 1920, pág. 11.

Entre tanto los embargos de bienes se aumentan diariamente: lo que parece indicar que los insurrectos es gente que *tiene,* (3) o que los que tienen son generalmente insurrectos. Dios quiera sacarnos de este caos—y—pronto.

Con expresiones &.

PEPÉ [LUIS ALFONSO]

II

Matanzas, Julio 14 de 1869.

Sr. Don José Antonio Saco.

París.

Mi muy querido amigo:

A cuatro jóvenes Matanceros que huyendo de este desventurado país van a Europa con el objeto de continuar sus estudios encomiendo la comisión que les ha de ser muy grata por cierto, de hacer a Vd. una visita en mi nombre ya que no gozo yo la satisfacción inexplicable de hacerla yo personalmente.

Dos de ellos son hijos de nuestra amiga Doña Luisa Angulo y los otros son hijos de mi sobrino Don Saturnino.

Mi recomendación quiero que sea eficaz e igual para todos, porque a todos quiero mucho ¿Y qué mejor servicio podrá Vd. prestarle que prodigarles saludables consejos para que les den acertado curso a sus estudios y principalmente para que se libren del contagio que infesta esa ciudad?

Yo espero que Vd. lo hará.

Del país ni una palabra digo, porque para decir algo tendría que llenar pliegos de papel; pero los portadores son carta viva. Ellos dirán.

A nuestros buenos amigos Don Domingo y Don Miguel Aldama les han sido entredichados los bienes, no embargados; pero *tantum valet.*

---

(3) Solamente a los Aldama, suegro y cuñado de este Sr. Alfonso le *entredicharon* los españoles, más de $2.000.000, en metálico, azúcares, valores y documentos, suscritos algunos de éstos por comerciantes españoles, "integristas", como ellos se llamaban. Los bienes inmuebles, urbanos y rústicos, parte de los cuales disfrutaba Alfonso por estar casado con una Aldama, alcanzaban a la suma de $4.000.000, que se pusieron bajo la administración, de *españoles dignos* o integristas. Este solo ejemplo puede bastarnos, pero conviene advertir que tanto Céspedes, como Aguilera y así agotaríamos los nombres de los hombres de la Revolución de Yara—eran grandes terratenientes y propietarios de esclavos. La lista completa de los insurrectos o *gente de posición,* cuyos bienes se pusieron en manos de integristas, se lee el periódico *La Revolución* (números 78 y 79), que publicaban los cubanos de la emigración en New York y que era el órgano de la *Junta Revolucionaria.* La colección de este periódico se encuentra en la Biblioteca Nacional.

José Antonio Echeverría ha sido reducido a prisión ayer y aseguran que será embarcado para España mañana (4).

No me sé perdonar a mí mismo la falta de haber dejado de contestar su amable carta del día 28 de Febrero, pero usted con su acostumbrada indulgencia me lo disimulará.

En todo influyen los trastornos del país. El ánimo no está dispuesto a nada.

Adios amigo mío siempre querido.

FRANCISCO HERNÁNDEZ MOREJÓN.

III

Sr. Don José Antonio Saco
París.

Wiesbaden 7 de Agosto de 1869.
Grand Hotel.

Muy señor mío y respetable amigo.

El 4 del corriente recibí carta de Inesilla en que me da los detalles de la prisión y envío a España de nuestro amigo Echeverría, y del embargo de los bienes de Aldama que ya había leído en extracto en el Herald de New York del 21.

Con tal motivo me dice que comunique a Vd. de su parte, que ha venido eso a suceder, en los momentos en que le había hablado a nuestro amigo como apoderado de Miguel, para que le cobrase a Vd. el dividendo que ha repartido el Camino de la Sabanilla. Que iba a mandarle un recado a Don Gonzalo, a ver qué se hacía, y lo pusiese en conocimiento de Vd. por si quería escribirle a Miguel, suponiendo la falta que le hará.

Dejo a la consideración de Vd. los trastornos y perjuicios que a esos amigos nuestros se siguen con semejantes disposiciones. Por Lola tendrá Vd. más detalles, que Pepé le habrá comunicado.

Luisa me encarga incluya a usted esa proclama de Caballero de

(4) Echeverría, íntimo amigo de Miguel Aldama, era su apoderado y el de su padre, Don Domingo. Tanto los Aldama como Echeverría, se encontraban en La Habana a fines del año 68 y principios del 69, al frente de los *laborantes*. En las postrimerías del Gobierno de Dulce, los Aldama, previendo los trastornos que ocurrirían, salieron de la Isla, con salvoconductos del Capitán General. Echeverría determinó quedarse al frente de los complicados negocios de sus amigos, continuando en su empeño de ayudar a la Revolución de Yara, en la que habían concebido los cubanos buenos, tantas esperanzas. A la llegada de Caballero de Rodas, se encontraba aún en La Habana, desafiando todos los peligros. El nuevo Capitán General, deseoso de congraciarse con los Voluntarios, a pesar de su proclama, lo envió bajo partida de registro a España, y entredichó los bienes de los Aldama, obteniendo con ambas medidas, el elogio de la plebe armada, taberneros de la calle de Oficios y dependientes de la de Muralla, que entonces dominaban la situación.

Rodas (5), que mal se aviene con la tropelía cometida por nuestro Echeverría quien [al ser embarcado] sustituyó el poder con Jorge Crabb Administrador General de los ingenios.

El tratamiento aquí me ha correspondido, y para completarlo, salgo mañana para Interlaken a pasar el resto de este mes, tomando el petit lait y aquellos aires puros.

Inesilla y Luisa creyéndome todavía en sus últimas cartas en París, me recomiendan sus afectuosos saludos para Vd. y hágalos míos a su señora e hijos y créame siempre su más adicto amigo Q. B. S. M.

JUAN MENDIVE.

Poste restante. Interlaken.

IV

París 8 de Agosto de 1869.

Mi querido Saco: recibí ayer la apreciable de Vd.; la puse en conocimiento de Fortún, y me manifestó quedar muy agradecido a las finas y atentas expresiones de usted. El me encarga decir a Vd. que no se moleste en venir a verle; que él irá a Auteuil a visitar a usted sólo, o acompañado de nuestro amigo Almagro. Fortún vive en este mismo Hotel.

Sentí mucho no encontrar a Vd. el día que fuí a verle, y siento también que mis males no me permitan ir a Auteuil: estoy muy débil y muy flojo, y el mal no ha desaparecido.

Portuondo está hoy en Eaux-Bonnes.

El jueves parto para Luxeil en los Vosgos y me aprovecharé del consejo de Vd. A mi regreso será mi primer cuidado, ir a ver a Vd. donde quiera que se halle, entre tanto cuídese usted mucho, como lo hago yo, para que tengamos el placer de ver a nuestra patria libre. (6) Mis recuerdos afectuosos a toda la familia. De usted todo.

P.[ORFIRIO] VALIENTE.

---

(5) 28 de junio del 69. Zaragoza la sintetiza en las siguientes palabras: *España, Justicia y Moralidad.* (¡ !)

(6) Era el momento culminante—en cuanto a las esperanzas que habían concebido los cubanos—de un rápido y justo reconocimiento por parte del Gobierno norteamericano, de los derechos de beligerancia. Morales Lemus—el Ministro de la primera República de Cuba—había recibido, en su entrevista con Grant, las más elocuentes esperanzas: "Sosteneos por un poco de tiempo más y obtendréis aun más de lo que esperáis", le dijo en ella. Lo que en boca de un personaje taciturno como Grant, quería decir mucho. Piñeyro, *Biografías Americanas,* París, pág. 142.

V

Interlaken 15 de Agosto de 1869
Hotel Victoria.

Sr. Don José Antonio Saco.
Auteuil.

Mi muy querido amigo:

Al llegar el 11 del corriente fuí favorecido por su grata fecha del día anterior, por la cual veo con pena, que ha sido necesario operar a su hija por el tumor de sangre en la pierna, y que usted había sido sido atacado de un fuerte ataque al pecho. Espero que ambos estarán ya muy mejor, y que dentro de poco no les quedará más que el recuerdo.

Aun no he tenido contestación de nuestro amigo Echeverría, pero sí de Miguel de Aldama fecha 16 del pasado en que entre otras cosas me dice:

"Tengo la pena de decirte que Hilarita ha mejorado poco aquí, y como su curación no depende de clima sino del tiempo, nos mantenemos aquí esperando verla mejorar: ella sufre mucho, y por lo mismo sufrimos todos los que estamos con ella.

"Ayer he recibido un mensaje telegráfico de Cayo Hueso anunciándome que mis bienes y los de mi padre habían sido confiscados, y que a José Antonio Echeverría lo embarcaban por el vapor que habrá salido ayer para Cádiz. Como todo puede esperarse del gobierno español de la Isla, la noticia no me ha sorprendido. Yo no siento la confiscación de nuestros bienes, sino por las numerosas personas que vivían de ellos & &."

La carta de Inesilla del 24 del pasado mes dice respecto de dicho embargo que habían habilitado hasta el Domingo y que entre otras cosas habían 7000 ¢. de azúcar existentes por valor de $280,000, sobre $200,000 en pagarés, además de las numerosas acciones de bancos, de varias empresas, que calculo sobre $2.000,000, entrando el Ramal de Güines. Las casas pensaban alquilarlas, y no sabemos si quitaron la Administración de los ingenios a Don Jorge Crabb.

Dice Inesilla:

"Aquí ha estado Montelo hoy que ha venido por esa novedad y está como puedes figurarte creyendo que si sospechan de Miguel a quien nada pueden probarle, lo que es a Don Domingo es una cosa terrible, pues es incapaz de hablar, y ya en su edad mucho menos: en fin veremos en qué para todo ésto. No olvides dar la noticia al amigo Saco."

Encontré con la de usted a mi llegada aquí una carta de mi primo Mariano fecha 1º del presente en Ginebra, donde se ha venido con su hermano Tomás. Creo haberle dicho en mi anterior, que había logrado escaparse a Africa desde Fernando Poo, en unión de Don Carlos del

Castillo, Manuel Riquelme, M. Embil, José Manuel Pona, José M. Fernández Morera, P. Barrenqui, Don Patricio Freixas, Félix Fuentes, Juan Dugan, Esteban Parodi, Miguel Bravo, Horacio Zayas, José Antonio Peña, Máximo Peña, Rafael Salazar y Miguel Cantero. Antes que ellos se habían fugado seis entre ellos Evaristo Lamar, Francisco J. Balmaseda (7) y Julio Brodermann. Los tres hermanos Farrés, José Manuel Mora y el hijo de Felipe Poey quedaron buenos en Fernando Poo. Miguel Embil y Juan Dugan se quedaron en el Calabazar. Los demás citados pasaron con él a Inglaterra y de allí cada uno tomó el rumbo que más le convino. A los 65 días de la salida de la Habana llegaron a su destino; los trabajos y penas que sufrieron desde su salida así como luego en la fuga; el horror de la fiebre y mucho en extremo por la carencia de provisiones de boca, el contarlo sería cosa de nunca acabar, me dice.

Deseando le repito su pronta mejoría y la de su hija, un recuerdo a la Sra. y al primogénito, y créame siempre su afmo. amigo Q. B. S. M.

JUAN MENDIVE.

P. D. Procure usted siempre el *Herald* de New York que es el que más se ocupa de nuestros asuntos y por él siempre estoy al corriente 4 o 5 días antes que lleguen mis cartas, todas las semanas copia los partes del Gobierno y los del partido contrario, y entra en mil detalles.

VI

Luxeil-les-Bains 16 de Agosto de 1869.

Mi querido Saco: el día 13 llegué a este pueblo en malísimo estado por habérseme presentado el mal de la orina y por habérseme presentado un dolor de cintura que me hizo sufrir mucho, no obstante que hice el camino en dos partes, habiendo pasado una noche en Nancy; pero ya me encuentro un poco mejor, y esta tarde doy principio a los baños que me ha ordenado el médico, entro en la curación sin fé ni esperanza; en razón de que todo mi mal creo que consiste en un estado espasmódico, y que el aire es muy delgado y fresco. En fin, veremos lo que resulta.

El día antes de mi salida de París me preguntó un cubano dónde podía conseguir un ejemplar de las obras de usted y yo le prometí que se las buscaría, y pagaría el precio que usted le tenga fijado. Le añadí, que como salía yo el día siguiente para estas aguas, le escribiría a usted

(7) Este escribió de los sufrimientos de todos en esa Isla, maldita para los cubanos conscientes. Su libro *Los confinados a Fernando Poo* (2 ediciones), de escaso valor literario, pero de un muy humano sabor, merecería leerse de tiempo en tiempo por nuestra juventud *neotradicionalista*, que así debiera llamarse la que aún canta al Cid y se entusiasma con la guerra de Marruecos...

a fin de que le mande usted dicho ejemplar a nuestro amigo Almagro, quien cuidaría de entregárselo, como así se lo he suplicado.

Aproveche usted esta ocasión de vender un ejemplar de sus obras, y no deje usted de mandársela a Almagro, o entregársela cuando vaya a verlo a usted.

Acabo de recibir carta de New York el día 2 de este de persona bien situada y fidedigna, en la cual me asegura que se acerca rápidamente el término de nuestra gloriosa revolución de la manera más satisfactoria y hermosa que pudiéramos desear.

Desearé que siga usted mejor de sus males, mis expresiones a toda su familia y a usted créame todo suyo.

PORFIRIO VALIENTE.

VII

Echeverría no me da su dirección; pero voy a contestarle como antes al cuidado de Rafael Mendive. Nº 18/20 calle Mayor cto. 2º dra. Madrid.

Interlaken 26 de Agosto de 1869.

Hotel Victoria y desde 1º de Sep.

Bagnares de Luçon *Poste Restante.*

Sr. Don José Antonio Saco.
Auteuil.

Mi respetable y querido amigo.

Precisamente llegó a mi poder su favorecida fecha 19 del corriente al mismo tiempo que una de nuestro querido amigo Echeverría fecha 17, del mismo en Madrid. No había contestado antes a usted esperando mis cartas de la Habana, que habiéndose extraviado de París a ésta, las del 31 del pasado, recibí anoche las del 7 del corriente; para darle algunas noticias.

Transcribo primero algunos párrafos de la carta de nuestro amigo: "Llegué a Santander el 31 del pasado y tuve que permanecer allí hasta el 9, porque el Gobierno creyó que no debía permitirme continuar a este punto sin permiso del Ministro de Ultramar quien tuvo reparo en concederlo. Al cabo, no recibiendo el Gobierno respuesta alguna, me dió mi pasaporte. Llegué el 1º y he sido muy bien recibido, especialmente por el mismo Ministro que me ha oído con especial atención.

"En el mismo correo que yo, vinieron Rafael Lanza y Don N. Hernández de Trinidad, condenados a 10 años de presidio en Ceuta con retención; pero han sido tan afortunados, que al llegar a Santander les quitaron los grillos y dejaron casi en libertad, merced a la intervención oficiosa de algunos liberales peninsulares que ni siquiera los conocían.

El Gobierno ha apoyado una exposición que han hecho al Regente, pidiendo que se les conmute la pena en destierro perpetuo; y con todas las probabilidades de conseguirlo, se hallan hoy aquí viviendo libremente en una casa de huéspedes.

"A mí no me cogió de sorpresa mi prisión, porque sabía la buena voluntad que me profesaban muchos voluntarios. Decir que he recibido mi expulsión con indiferencia sería faltar a la verdad, pues me causa gravísimos perjuicios, y sobre todo me angustia el temor de que mi hermano pueda ser víctima de alguna tropelía, y la consideración de las penas que estarán pasando mis pobres hermanas. Todavía no he formado ninguna resolución para el porvenir.

"Miguel parece que ha recibido con entereza el embargo de sus bienes. Hilarita seguía delicada, y los médicos son de opinión que no debe pasar el invierno en New York; pero no han decidido a donde irán.

"Aquí prevalece según entiendo, en el Gobierno, la idea de poner término a la insurrección por medio de la transacción. En el público, y en los círculos no oficiales, se va algo más lejos, y no se escandalizan porque se habla del reconocimiento de la independencia, (8) o de una cesión de la Isla a los Estados Unidos. Esto último sin embargo lo considero irrealizable por ahora.

"La Compañía de Caminos de Hierro seguía sufriendo una guerra a muerte de parte de Poey y del Gobierno (9). La Junta General citada para el 1º de éste, ha debido ser presidida por el Gobernador López Roberts; quien se proponía renovar la directiva con gente de su devoción, y nombrar Administrador General que inspirase *plena confianza.* Bosque estaba de interino pero dudo mucho que continúe. En mi concepto la Compañía se hunde."

Las noticias de Inesilla fecha 7 del corriente recibidas anoche, me anuncian que tuvo efecto la junta General del Camino de Hierro y que

---

(8) Prim, "el único hombre de iniciativas osadas" del Gobierno Provisional de España, el "king-maker" del momento, había dicho a Paul S. Forbes, comerciante americano de paso en Madrid, que "no repugnaba al nuevo gobierno la idea de desprenderse de la revuelta Isla de Cuba, mediante alguna indemnización pecuniaria seriamente garantizada". Este fué el origen de la misión de Sickles; precisamente en estos días de agosto, aun profesaba Prim las mismas ideas diciendo al Ministro Sickles: "Si yo solo debiera decidir el caso diría a los cubanos: "Idos si queréis, pagadnos lo que nos costáis y dejadnos sacar el ejército y la escuadra, para consolidar las libertades y los recursos de la Península." Piñeyro, op. cit. págs. 152-153.

(9) Al lado del Gobierno Español, siempre se encuentra a algunos de los cubanos equivocados, con fines interesados, perversos, contrarios al bien general de su patria. En 1825 es uno, llamado Zambrana, quien, contento de estar al lado de España, contesta despectivamente las ideas que su Maestro Varela lanza desde su refugio en tierras del Norte, y no satisfecho, paga asesinos para acabar con él; en 1834, se llama O'Gavan, quien influye en el ánimo de Tacón a fin de que éste destierre a Saco; ahora forman legión...

el Gobernador principió diciendo, que era muy extraño que la Directiva hubiese señalado una pensión a Echeverría que iba mandado por el Gobierno como un criminal bajo partida de Registro. No sabía ella si alguno había contestado. Se levantó en seguida Don Juan Poey y acusó a la junta de un desfalco de $300,000, de los fondos de la Compañía. Un abogado peninsular llamado Ruiz Pastor (10) se levantó y acusó a la junta de insurrecta; entonces el Gobernador le dió un fuerte campanillazo, y le dijo que allí no se iba a tratar de política. Se dice que Julio Ibarra tomó la palabra, y como miembro de nuestra directiva la defendió muy bien, con energía. Montelo estaba en la Junta, y parece que iba a llevarle al siguiente día al General la prueba de que no había tal desfalco sino que era una cantidad que se había capitalizado. La junta se suspendió. El Gobernador selló los libros, y se los llevó, sin duda para ver el desfalco. Había llegado el decreto desaprobando el de Dulce, que había declarado nula la fusión de las dos Empresas; y el Sr. Escosura que fué el autor, llamado a España; lo cual indica un barullo, que nadie comprende.

Las milicias de color se resistieron a marchar a campaña, y hubo tragedia al embarcarlos, de fugas, heridas con puñales &, pero al fin salieron.

Que Montelo parece había presentado al Gobernador un memorial para sacar sus muebles de casa de Aldama, y que se le contestó, que justificara que eran suyos.

Se hablaba de pasar la Audiencia a nuestra casa, y a la de Leonardo el Consejo de Administración, habiendo mandado ya desalojar. Se dice que también embargarían a la Viuda de Miguelito y a Don José Baró sus bienes; pero se dudaba del último, que se había llevado en persona $400,000 para New York, otro tanto para Inglaterra, e igual suma para Francia. Que aun hay otros en lista para embargos, hablándose ya de Valdés Fauli. Que Miguel decía que Hilarita tenía sus alternativas, pero que va mejorando. Que el Caballero de Rodas, hasta entonces no se portaba mal, porque parecía justiciero. Me encarga como siempre mil recuerdos y de Luisa para usted.

Mi hermano me agrega que la diferencia de los $300,000 que aparecen desfalcados, es porque Juan Muñoz que lleva los libros, y que fué de los excluídos en la fusión los tenía abandonados no llevándolos con exactitud y confiados a un tercero estando el pobre ya, mal del cerebro.

Que para los candidatos de la Compañía se presentaba a Castañón el Director de la *Voz de Cuba,* y Ortiz un militar. Se corría que iban a rematar los muebles de Aldama para desocupar la casa. Han formado un copioso inventario de todos los bienes incluso los pagarés.

---

(10) "Este Señor, es una especie de descubridor de minas que hace algo se ha aparecido por estos barrios, buscando la vida." Mestre, carta a Saco de septiembre 6 de 1862.

Que el pobre Antonio Escobedo está que se va en diarreas; y que falleció de la fiebre amarilla el Oidor Bedma.

He leído anoche en el *Times* de New York del 12 del corriente la protesta de Cristóbal Madan en Washington como ciudadano Americano. He remitido hoy a Inesilla un artículo del *Times* de Londres del 20, reproducido en el *Galignani* del 22, y otro de la *Patrie* del 20 sobre la cesión de Cuba a los Estados Unidos, o su venta a los cubanos. Le recomiendo su lectura.

No se quejará usted de parquedad de noticias. Que su hija se restablezca pronto; expresiones a la Señora y Aurelio; que su salud mejore y que ordene siempre a su afectísimo amigo.

JUAN MENDIVE.

Voy a tomar 25 baños en Luchon según el médico no por el estómago.

VIII

New York Septiembre 17 de 1869.

Mi muy querido Saco: ¿Qué dirá usted de mi prolongado silencio? Pronto hará un año que recibí la última de las siempre gratas de usted. Desde entonces acá cuántas cosas han pasado en nuestra Cuba! Aquella sufrida esclava que de rodillas se arrastraba pidiendo no justicia, que eso hubiera sido pedir demasiado, sino clemencia; aquella colonia que se hubiera tal vez satisfecho con las concesiones mezquinas de un gobierno moderado histórico a la española; aquel pueblo sumiso, humilde, casi indiferente de tanto sufrir; dejando de repente a un lado toda vacilación, todo temor, se ha levantado contra sus inicuos opresores mostrando la energía de la desesperación. Es que la medida del sufrimiento llegó a colmarse con insoportable exceso. Cuba lo único que desea ahora es vencer o morir.

Todavía en los primeros momentos de la revolución española hubo posibilidad de transacción. (11) Ya usted sabrá lo que me pasó con Lersundi, y si no lo sabe yo se lo comunicaré en cualquiera otra ocasión. Dulce llegó tarde. Nos encontró a todos comprometidos y lanzados a la revolución. Habían pasado ya los tiempos de la asimilación y de la autonomía, y de las concesiones. Cuba había decidido buscar en las armas la resolución de su problema, y se consagró a conseguirlo a través del sacrificio. Echeverría podrá referirle cuanto ha sucedido después. Ya tenemos una bandera bautizada con sangre en los campos

(11) Nótese bien que Mestre dice *Revolución Española.* Historiador cubano ha habido que de las palabras finales de esta frase de Mestre, interpretadas a su modo, ha fabricado con ellas una serie de sofismas hábiles y malintencionados. V. Rodríguez, *Viuda de Mestre,* La Habana, 1909, caps. XX y XXI.

de batalla; ya hemos saboreado la dicha de ver castigado al déspota Español, en su insensato orgullo (12); ya estamos por fin, en el encarnizamiento de la guerra a muerte. Como Cortés hemos quemado las naves; y el patriota que no está en los campamentos, o se dispone a empuñar la espada, o trabajar por obtener del noble pueblo Americano o de los otros pueblos libres de este continente la ayuda que los combatientes necesitan.

He ahí la razón, mi querido, Saco, que me obligó a salir de la Habana desde el último de Marzo. Pero el motivo para no escribirle ha sido, primero, la gran ocupación en que he vivido durante la lucha; y después la grande enfermedad que aquí he sufrido, con todas sus consecuencias. Aun no estoy completamente restablecido y no dejan de asaltarme temores respecto al invierno. Veremos.

En estos momentos estamos animados por la eseranza de que este gobierno reconozca pronto nuestra independencia. Si así fuera nuestra cuestión es cosa concluída. Lo de la cuádruple alianza (13) con que están haciendo el coco los agentes españoles, es un verdadero canard. España (14) en su quijotismo según parece se niega a entrar en arreglo con nosotros mediante indemnización. (15) Mejor; así nos costará menos el ser libres. Los cubanos están decididos a serlo a toda costa; y aun sin protección extraña cuentan que han de echar a los españoles...

De ningún modo consentirán que España siga sacando de nuestro país y de nuestros propios bienes los recursos para hacernos la guerra. A bien que está probado que la caña es un excelente combustible y que la esclavitud es también materia muy inflamable. (16) Nosotros por otro lado hemos empezado nuestra revolución con un acto de justicia: la abolición de la esclavitud. (17) Dios nos ayudará, ya que espontá-

(12) Creemos notar en esta frase, la satisfacción que experimenta Mestre, por la reciente fusión (abril de 1869) en la República de Cuba, libre e independiente, de los tres gobiernos que hasta esa fecha existieron separadamente en Oriente, Camagüey y Santa Clara.

(13) El tratado de 1834, entre Francia, Inglaterra, España y Portugal, que se refería únicamente a las facultades que las dos primeras tenían de intervenir en los asuntos interiores de las dos últimas.

(14) En la *Revista Cubana*, de donde tomamos estas cartas de Mestre, se publicaron éstas suprimiendo algunas palabras, demasiado fuertes contra el Gobierno Español. No necesitamos decir que esto ocurría en el año 1885.

(15) La indemnización que Sickles ofrecía a España, autorizado por Morales Lemus, ascendía a $100.000.000. V. Piñeyro, op. cit. *pass im*, Calahan, op. cit. Cap. XII.

(16) El que así se expresa, tenía Ingenios y colonias de caña, y no vacila, para obtener el triunfo de la causa en que está empeñado en ordenar que se quemen... Compare el lector con las cartas de Alfonso de esta época, especialmente las IX, X y XI.

(17) La proclamó Céspedes en Bayamo el día 27 de diciembre de 1868; Agramonte y Morales inspiran a la Asamblea del Centro, el decreto de febrero 26 del 69, "conquista definitiva de la Revolución", que dijo Manuel Sanguily. Reunidos en Guáimaro, la ratifican solemnemente al proclamar la República de Cuba. Y reconocían esos cubanos del 68 la labor de sus precursores. En un folleto, editado en New York el año 1870 y de propaganda cubana, al reseñar esta medida, entre los progresos de la obra revolucionaria, se lee lo siguiente que traducimos del inglés, idioma en el que se encuentra redactado:

neamente nos hemos preparado para entrar en la comunión de los pueblos civilizados lavándonos la mancha de nuestro horrendo pecado. Dios nos ayudará!

Remitiéndome otra vez a Echeverría para pormenores, concluiré ésta con la pena de decirles que las circunstancias y estado de nuestro país y de nuestros amigos me han puesto en el doloroso caso de reducir la ofrenda patriótica que usted está recibiendo desde hace algunos años por mi conducto. En medio de todos los conflictos jamás desatendí el deber para mí sagrado de procurar que esa ofrenda llegase puntualmente a manos de usted, pero en los actuales momentos tropiezo en mi espontaneo encargo con obstáculos a veces insuperables. Usted comprenderá y aceptará sin duda estas explicaciones.

JOSÉ MANUEL MESTRE.

IX

Ingenio San Cayetano, Octubre 7—1869.

Mi querido Saco:

Habiendo ido a la Habana hace pocos días, tuve el gusto de ver a nuestra amiga Inés Ayala, quien me dijo que a la sazón me estaba escribiendo para remitirme dos cartas que usted me dirigía por su intermedio. Era la una para autorizarme a fin de que cobrase el dividendo que a usted correspondía de la Compañía del Ferrocarril de Matanzas; pero me dijo la misma Inés que ya éso se había hecho por Gonzalo y remitídoles a usted esos reales; por lo que pasaré a ocuparme de la otra carta, en la que me dice usted que había recibido la mía en la que le recomendé al joven Angulo, hijo de Laureano.

Otro recomendado le entregará a usted la presente.

Muchísima pena me ha causado lo que me decía usted de su mala salud, y de los padecimientos de Dolores y de Mariquita. ¡Cuánto habrá sufrido esa pobrecita, que es tan nerviosa y pusilánime, en la operación que usted dice! & &.

Bien comprendo la amargura en que vive usted y no extraño por tanto que se le figure que el próximo invierno ha de ser el último de su vida; pero ya verá usted que en el del 71 hemos de echar todavía algunas conversadas. Y qué tristes han de ser, puesto que recaerá naturalmente en lo que aquí ha pasado y está pasando!

"Al incluir en su programa la abolición de la esclavitud, los cubanos actuaron de acuerdo con el sentido en que en varias ocasiones se habían dirigido al Gobierno Español, para la implantación de esa medida. Los más eminentes escritores y pensadores de Cuba, los hombres que con sus enseñanzas habían preparado el camino para la Revolución, tales como Varela, Saco, Del Monte, Luz Caballero y otros, fueron obolicionistas y sufrieron en consecuencia, persecuciones, prisiones y destierros." Op. cit. pág. 25.

Sin embargo los males del país han llegado ya a tal punto, que precisamente tiene que haber una reacción favorable y yo la espero muy pronto. Hay ya síntomas de que se acerca merced a la actitud enérgica que ha tomado la nación, y a los grandes medios de ataque y de defensa con que cuenta la Isla, ya para sofocar la insurrección, ya para hacernos respetar del extranjero.

Yo me paso la vida metido siempre en mis fincas, trabajando como un perro para desempeñarlas y fomentarlas, lo que he conseguido hasta el punto de estar satisfecho de los resultados de mis afanes. Pero ahora que me veo en vísperas de coger el fruto de éstos, me encuentro, como todos los habitantes de esta Isla, envuelto en una terrible crisis, de la cual no podemos adivinar como saldremos. Con vivísimos deseos de que usted y su familia gocen siquiera de mejor salud, me despido con expresiones para todos.—Suyo siempre.

PEPÉ.

X

Ingenio San Cayetano Noviembre 16, 1869.

Mi muy querido Saco:

Hace pocos días que recibí su carta de usted de 18 de Octubre próximo pasado con el poder que me incluía y que usted me otorga, con el fin de que venda o empeñe algunas de las acciones que usted posee de la Compañía del Ferrocarril de Matanzas.

Conozco y siento en el alma la angustiosa situación en que ha puesto a usted—como a cada hijo de vecino—esta guerra vandálica que están haciendo los *libertadores* (18) de Cuba, y que a todos nos está arruinando. En cuanto al remedio del daño que usted sufre, ya lo buscaremos del modo que sea menos oneroso para usted.

La citada Compañía, según me han informado, dará pronto un dividendo, pero no en metálico sino en acciones.

Según todas las apariencias, la insurrección debe morir pronto, porque vienen muchos refuerzos de España, y aquí se arman y organizan cada día más y más voluntarios; de modo que para fin de año no dudo que haya aquí 100,000 hombres sobre las armas. (19)

---

(18) Subrayado irónicamente en el original.

(19) Este señor que ahora se regocija con este número imaginario de defensores de la *integridad nacional,* escribió a Saco en 1849 estas palabras—refutando ciertas consideraciones muy meditadas y sentidas de este, sobre la debilidad de los cubanos en 1848 contra el poder militar español—: "aquella impolítica y falsa pintura que hace V. del poder del gobierno y de nuestra debilidad parece trazada con el objeto de hacernos perder toda esperanza en el porvenir, y de alentar al gobierno en su sistema de tiranía y depredación asegurándole la impunidad." Esta dualidad prueba que se pudo ser anexionista en 1849 y ser ahora un *integrista enragé*...

Parece también indudable que el Gobierno americano no quiere a Cuba a costa de una guerra con España, y que por tanto no reconocerá como beligerantes a los que sólo merecen el nombre de incendiarios. Por otro lado, y como prueba de lo dicho vemos que impiden la salida de los *corsarios* de Céspedes (20); que la opinión pública allí vuelve la espalda a la insurrección, y que van a entregarse los 30 cañoneros al gobierno Español, puesto que en los periódicos de la Habana se ha publicado, agregando que antes de ayer deberán salir en el vapor de guerra *Pizarro* los oficiales que van a hacerse cargo de los 15 que están listos... (21) Deseando que usted, Dolores y Mariquita hayan recobrado la salud & &. Como siempre de usted afmo.

PEPÉ.

XI

Ingenio San Cayetano Dic. 3—1869.

Mi querido Saco: Con fecha 16 de Noviembre próximo pasado contesté la de usted del 14 de Octubre anterior y le dije entonces, con referencia al poder y a las órdenes que me daba usted sobre sus acciones del Camino de Hierro de Matanzas, que ya veríamos el modo de arreglar ese asunto del mejor modo posible.

En efecto, lo tengo ya arreglado, sin necesidad de vender ni de empeñar ninguna de dichas acciones, cosas bastante difíciles y onerosas en las presentes circunstancias. Lo que he hecho ha sido simplemente emplear a los amigos de usted en Matanzas y en la Habana; y tengo el gusto de anunciarle que he logrado reunirle una suscripción con la cual puede usted contar durante los seis primeros meses del año próximo, con una mesada de *mil francos*. De aquí a que esta suma se consuma, veremos venir las cosas, y entre tanto esté usted seguro que no me dormiré.

Con esta fecha doy orden a la casa de Abaroa, Uribarren y Goguel, que le entreguen a usted de mi cuenta la referida mesada desde el 1º de Enero al 30 de Junio próximo.

No quisiera decir a usted ni una sola palabra de política con relación a esta isla; porque verdaderamente se cae la pluma de la mano al hablar de esa materia.

Parece que los hombres de aquí se han vuelto locos y están obrando como fieras. Creo que ni los cafres harían una guerra más salvaje que la que están haciendo aquí los que se llaman libertadores de Cuba. (22)

---

(20) Para ilustrar el punto de vista contrario, véase Piñeyro, op. cit. págs. 170-172.
(21) Piñeyro, opúsc. cit. págs. 186-189.
(22) Nos parece que no es necesario comentar estas frases, dichas por el Sr. Marqués de Montelo, y que se refieren a sus compatriotas, amigos y familiares.

Quieren dar a sus paisanos la libertad de morirse de hambre y de miseria, y de quedar ellos *anonadados,* gobernando a una turba de esqueletos sobre un montón de ruinas. Pero esté usted seguro de que ellos serán los primeros que gozan de esa libertad, como ya se está viendo, y que tendrán que someterse al gobierno, o que perecer todos. Deseando &.

Siempre su antiguo y fiel amigo

PEPÉ.

XII

Habana, Febrero 17 de 1870.

Mi querido Saco: he tenido el gusto de recibir las apreciables de usted de 6 y 15 de Enero próximo pasado, sintiendo sin embargo al saber por ellas, que los catarros y fiebres le habían dado a usted una estropeada, y que Dolores tampoco gozaba de la mejor salud. Los pícaros años tienen la culpa de todos estos daños; pero "viva la gallina," &.

He cumplido todos los encargos que me hace usted: el de dar las gracias a sus amigos de Matanzas y la Habana por la suscripción hecha a su favor. El de enviarle la lista de los contribuyentes no puedo cumplirlo porque algunos de aquéllos me lo han prohibido expresamente. Cuando nos veamos yo le diré a usted cuáles son.

Espero que muy en breve acabaremos con la insurrección que hoy se halla circunscrita al Departamento Central, en donde se la va acorralando. Las presentaciones al gobierno, de insurrectos y de familias que andaban por los montes, son en número tan crecido (23), que dan a conocer que ya han perdido la fé y toda esperanza.

Mañana saldrá Julio (24) para Puerto Príncipe, como soldado del 2º escuadrón de la Reina, a las órdenes del brigadier Goyeneche. Es menester meter el hombro para que ésto se acabe lo más pronto posible y podremos respirar en paz.

Gonzalo, en cuya casa escribo ésta, se halla medianamente de salud y devuelve a usted sus recuerdos, &&, y cuente siempre con su invariable amigo.

PEPÉ.

---

(23) Ya habían ocurrido algunos de los acontecimientos que desde el origen de la Revolución determinaron su fin.

(24) No contento con actuar en la forma que estas cartas nos lo muestran, José Luis Alfonso, Marqués de Montelo, el amigo de Saco y de La Luz, de Heredia y de Betancourt Cisneros, el hermano de Del Monte y de Aldama, manda a su hijo a que vaya a formar en las filas del Ejército Español.

XIII

Habana, Julio 15 de 1870.

Mi querido Saco: Hace ya largo tiempo que tuve el gusto de recibir su carta de usted de Mayo 15 (Marzo quise decir) la que no he podido contestar hasta hoy, y éso haciendo un esfuerzo, por el cúmulo de ocupaciones que sobre mí pesa. Me dice usted en ella que si la suscripción menguase o se acabare después de Junio, le venda o empeñe algunas acciones del Ferrocarril de Matanzas, a fin de no encontrarse destituido de todo recurso.

Debo decir a usted que aquella suscripción no tuvo el carácter de permanente, sino por una vez, y a reserva de renovarla más adelante en caso necesario; produjo $1,292.50, después de rebajados $18.50 que costó la protocolización del capital en acciones, que por el contrario se ha aumentado con una acción. Y prueba de que hice bien, es que en 1º de Mayo cobré por cuenta de usted un dividendo de 4% en billetes del Banco Español, que produjo $863.55 cts. y ahora en 8 del corriente mes, otro dividendo de igual cantidad que con el anterior, y con el monto de la suscripción hacen un total de $3,019.60. Con esos tres mil pesos tiene usted aseguradas quince mesadas, hasta Marzo de 1871. Mientras éstas van corriente, vendrá otro dividendo y después otro, mientras que las cosas no vayan peor de lo que ahora están.

También me dice usted que da por perdidos los 7,000 francos que todavía le debe el Ayuntamiento de Santiago de Cuba a causa de la escasez de sus fondos; pero debo decir a usted para su consuelo, que desde que los ayuntamientos de la Isla han vuelto al antiguo sistema de las contribuciones (25), cuentan con más recursos y están pagando sus deudas. Haga usted, pues, gestiones sobre aquel atraso y no dudo que se lo pagarán.

No hace muchos días que tuve el gusto otra vez de recibir carta de usted con fecha 15 del próximo pasado Junio.

Como si no tuviésemos bastante con lo de acá y lo de España, hoy nos dan la buena noticia de que la Francia ha declarado la guerra a la Prusia. Yo tengo que verlo, para creerlo.

Por conclusión diré a usted que tengo ya ganas de morirme (éso sí,

---

(25) Se refiere Alfonso a la medida que impuesta por los voluntarios, adoptó el Capitán General Dulce de suprimir por medio de un decreto el impuesto establecido cuando las Juntas de Información. Sobre esta medida, he aquí lo que dice Piñeyro en *José Morales Lemus:* "La nueva ley de contribuciones, contra la cual todos habían tan vivamente protestado... se aplicaba con rigor... todos lo satisfacían [el impuesto] con rabia o con disgusto... No dejaron de combatirla los españoles de Cuba y apenas los accidentes de la gran insurrección cubana de 1868 pusieron la fuerza y el poder en manos de esos peninsulares armados de las ciudades, conocidos con el nombre de Voluntarios, determinaron abolilarla..." *Biografías Americanas*, Garnier Hnos., París, págs. 121-122.

sin saberlo ni sentirlo) porque me estoy quedando tan solo. Ya no conozco a nadie de la nueva generación que está reemplazando la nuestra.

Muchas cosas para toda su familia de usted y sintiendo en el alma los achaques y pesadumbres de que es usted víctima, suyo de corazón.

PEPÉ.

XIV

París 4 de Febrero de 1871.

...El barrio de ustedes ha sido el más maltratado por las bombas enemigas, y a derecha y a izquierda y enfrente de la casa de ustedes han llovido los obuses y han causado muchas desgracias personales— Felizmente la casa de ustedes no ha sufrido.

[FRANCISCO DE FRÍAS.]

XV

París Diciembre 11 de 1872.

Sr. José A. Saco.
Presente.

Muy estimado y distinguido amigo:

El artículo de que hablé a Vd. el domingo, se titula *La trata de indios de Cuba en las colonias inglesas;* su autor Don Antonio Bachiller y Morales; se publicó en los números 6, 7, 8, 9 y 10 de *La América* de Madrid, año 1866. Yo no conservo de él sino algunos apuntes, que son los que le comunico a continuación, según le ofrecí, aunque muy bien creo que no contienen nada desconocido de Vd.

Virginia condenaba a esclavitud a todos los hombres de color, a todos los que *venían por agua.*

—Roger Williams [uno de los gobernadores] fijó en una proclama los precios de los indígenas de Rhode Island.

—España había declarado libres a todos los indios no *caribes,* y no tenía más esclavos indígenas que los *indios guanajos,* así llamados porque las expediciones para buscarlos se hacían a la isla de Guanaja.

—Un italiano, Paolo Staglio, fingiéndose sacerdote para poder entrar en Cuba, fué a la Habana, (en la época en que España tenía prohibido bajo pena de muerte a los extranjeros—excepto sacerdotes—que se acercasen a sus colonias occidentales); recorrió varias poblaciones: de acuerdo con los dueños de buques menores que hacían el contrabando,

y con Diego Pérez Salmerón, dueño de una tienda mixta hizo expediciones de indios a los Estados Unidos, para poblarlos. Sacábalos con engaño y promesas, *llevándolos por agua,* y allí los hacían esclavos.

—Fueron enviados como esclavos á América: los escoceses hechos prisioneros en diciembre; los realistas después de la batalla de Worcester; y en 1685 mil irlandeses católicos, convencidos de participación en la insurrección de Monmouth.

—La república de Tlascala fué la primera que declaró libres a los esclavos cristianos. Un virrey español, el primero de los del reino de Nueva España, aprobó el acuerdo de ese célebre Senado y dió cuenta á la corte.

Hasta aquí los extractos, copiados casi literalmente del original.

Se ha empezado á hacer el cálculo del valor del pliego impreso, como V. me encargó, y próximamente tendré el gusto de comunicárselo.

De Vd. afmo. amigo y admirador.

RAFAEL M. MERCHAN.

Hotel de Lères, inc de Lewes, 34. (26)

XVI

Londres Agosto 20 de 1873.

Sr. Don José Antonio Saco.
París.

Mi siempre querido amigo y tocayo.

Si mi venida a esta ciudad ha llegado a su noticia, tal vez extrañará usted que no le haya escrito a pesar de que por lo mismo de haber estado largo tiempo interrumpida nuestra correspondencia, debería desear reanudarla al verme tan cerca de usted. Así es la verdad; pero como por una parte sé cuán penoso es para usted escribir y aun dictar, y por otra es probable que dentro de algunos días pueda yo dar un salto a esa ciudad, deseaba evitar a usted la molestia de contestarme, dejando para cuando tuviere el gusto de abrazarlo, lo mucho que tenemos que conversar.

Sin embargo una carta que ha llegado aquí a mis manos, y que debí haber recibido en New York, me pone en el caso de quebrantar

(26) La noticia de que esta carta se conservaba, se debe a la interesante *Bibliografía de Rafael Merchan,* valiosa contribución literaria, obra de D. D. Figarola-Caneda. Existe en la Biblioteca Nacional adjunta al tomo 5 de la *Historia de la Esclavitud,* proveniente de la Biblioteca de Vidal Morales. La copia la debo a la amabilidad del distinguido Sr. Francisco de Paula Coronado, competente e ilustrado bibliógrafo, Director de aquel establecimiento.

mi propósito y de apelar a su privilegiada memoria, ya que la mía no puede prestarme auxilio en el caso de que se trata. José Ignacio Rodríguez, actualmente en Washington a quien sin duda conoce usted, está ocupado en escribir una biografía de Pepe de la Luz, que creo que será buena, porque fué uno de sus mejores discípulos y reverencia todavía su memoria con igual reverencia que en los días de la clase. Con este motivo me ha dirigido las siguientes preguntas.

"1º—Nació Don Pepe en 1,800? Siempre creí que había nacido en 1,802, y me parece que se lo oí a él mismo.

2º—Quiénes fueron los compañeros de Don Pepe en su primer viaje a Europa? En qué Buque? Cuándo volvió?

3º—Cuándo fué su segundo viaje?

4º—Hizo acaso un tercer viaje?."

Excepto la primera y parte de la segunda, ya ve usted que no son de gran importancia las preguntas; y sin embargo no puedo contestar ninguna categóricamente pues nunca he sabido los particulares a que se refieren, o si sabido alguno de ellos, lo he olvidado. ¿Podrá usted satisfacerlas? Como sé la cordial amistad que medió siempre entre usted y Pepe de la Luz, le ruego no sólo que conteste por mi conducto dichas preguntas, sino también que auxilie a Rodríguez con algunas reminiscencias de nuestro ilustre amigo que puedan contribuir a dar a conocer su carácter, y demostrar su mérito: En ésto me parece que hará usted un servicio a su memoria y a Cuba. Es posible que yo también mande algún apunte a Rodríguez. (27)

Suspendo hablar a usted sobre las cosas de nuestra pobre tierra, así como el objeto de mi viaje a Europa. Nos veremos y *todo saldrá en la colada.*

Por nuestro buenísimo amigo Juan Mendive, he estado siempre al cabo de todo lo que a usted concierne. Deseo que sus achaques hayan tenido alivio, cuando no completa desaparición, y que toda su familia goce de buena salud.

Siempre, siempre su antiguo y apasionado amigo.

J. A. ECHEVERRÍA.

86 Elsham Road.
Kensington, W.

---

(27) Saco envió por conducto de Echeverría, respuestas a estas preguntas de Rodríguez, pues ellas se encuentran dilucidadas en el curso de la obra de este, *Vida de Don José de la Luz y Caballero,* New York, 1874, Capítulos I, II, III y XII pass im. En cuanto a comprobar, si existió, la contribución de Saco o de Echeverría en dicha obra, nos parece inútil e imposible, dado el método que el autor siguió al escribirla y los torcidos móviles en que se inspiró.

XVII

París Diciembre 3, 1873.

Mi muy querido amigo y tocayo.

Anoche recibí su amistosa cartita, causándome la pena de hacerme saber que no ha podido usted salir por sus achaques.

No se inquiete usted por no haber venido a verme: usted debe saber que no me pico por cumplimientos, máxime con amigos como usted y con excusas tan poderosas.

Yo no he vuelto por allá a causa de los mil inconvenientes con que siempre tropieza un transeunte: pero si no mañana, por ser día de correo, el sábado, pienso dedicarlo exclusivamente a usted. desde que almuerce para tomar los apuntes convenidos. Como la casa de usted está algo lejos de ésta no podré llegar antes de la una.

Probablemente no saldré hasta el 14 o 15.

Con afectuosas expresiones a la familia, soy siempre suyo de todo corazón.

J. A. ECHEVERRÍA.

XVIII

Sr. D. José Antonio Saco:

Mi respetable y querido amigo: Mucho sentí no estar en casa el día que se sirvió usted favorecerme con su visita. Mi hija y yo le quedamos muy agradecidos al precioso recuerdo de sus primeros años que ha consagrado en su álbum y que es sin duda la mejor de sus páginas. (28)

---

(28) Unicamente, a título de curiosidad y por habernos sido fácil el acceso al álbum de la hija de Faldés Fauli, reproducimos "la mejor de sus páginas".

"Todos los pueblos tienen sus dolencias morales, y el cubano padece una que es muy común en los jóvenes. Esa enfermedad que se llama manía de versar, proviene no sólo de la brillante naturaleza en que nacen los cubanos, y que los incita a cantar sus bellezas, sino del ejemplo y espíritu de imitación que tanto imperio tiene en el hombre. De esa enfermedad estuve tocado yo en mi primera juventud, pero pude curarme a tiempo porque conocí que nunca sería un poeta, sino un pobre versificador. Revolviendo ahora en mi mente aquellos tiempos remotos, los únicos felices de mi vida, viéneme a la memoria un soneto, que como triste recuerdo de los primeros años de mi juventud inserto en el Album de la hija de un amigo, de la interesante Srta. Doña María de Jesús Valdés Fauli y Sanz.

Pobre, rico, vasallo, soberano,
Todos iguales son, todos parientes,
Porque nacieron ramas descendientes,
Del tronco antiguo del primer humano.

El ejemplar de su obra que le pedí y se sirvió usted dejarme lo he colocado por la cantidad de 40 pesos que le entregaré en primera ocasión y me parece que algunos otros podrán cobrarse a igual precio.

Díjome Canimar haber sentido mucho el día que estuvo usted en el Grand Hotel hubiera privado a su señora madre del gusto de recibirlo. Julio Alfonso, hermano de Canimar, habita por ahora rue du Helder hotel Richemont.

Mi familia toda saluda a usted muy cordialmente y es siempre su apasionado amigo que B. S. M.

José Valdés Fauli.

París 7 de Agosto 1874.

XIX

Brooklyn, Enero 29, 1876.

Mi siempre querido amigo y tocayo.

El 24 tuve el gusto de recibir su grata del diez del corriente, y esta noche acaban de entregarme los dos cajones con los libros, que supongo estarán completos, pues todavía no los he desclavado.

Siento no me haya dicho usted el precio a que han de venderse o siquiera su costo, para poder fijarle uno que no produzca pérdida. Para no perder tiempo hasta recibir respuesta de usted pienso consultarme con Néstor Ponce, que como librero, me indicará el que en su concepto puedan tener en este mercado.

Entregaré inmediatamente los ejemplares a los amigos que usted designa, y por mi parte le agradezco el que ha tenido la bondad de dedicarme.

Trato de mandar algunos ejemplares a la Habana por conducto seguro, y haré aquí cuanto esté a mi alcance por colocar el mayor número posible.

He pagado a la agencia que me ha entregado las cajas, sesenta y

---

Sepa quien con sus títulos, ufano
Toma por calidad los accidentes
Que hay dos generaciones diferentes
Virtud y *vicio*: lo demás es vano.

Por más que quiera la genealogía
Colocar en sus venas la nobleza
Muy superior a la que Adán tenía

No podrá desmentir naturaleza,
Que sin virtud es siempre la hidalguía
Una triste fantasma de grandeza.

José Antonio Saco."

tres pesos y cincuenta y ocho centavos ($63-58 ¢.) en papel por derechos de importación y varios gastos de aduana. A su tiempo arreglaremos cuenta.

Hizo usted bien en dejar a un lado preámbulos para favorecerme con su encargo. Entre nosotros están de más; y aseguro a usted que me ha causado verdadera satisfacción poder complacer en algo a un amigo tan antiguo y tan querido como usted.

Deseo que pase la noche para abrir mañana uno de los cajones, y principiar la lectura de la obra (29) en que ha invertido usted tantos años de su vida, y que ha de completar su reputación de escritor, de filósofo y estadista. Felicito a usted porque al cabo haya podido salvarla del olvido y verla impresa, merced a la iniciativa de Valdés Fauli (30); y confío en que ese buen amigo de usted, de las letras y de Cuba, hallará medios para completar bien pronto la impresión de toda la obra.

Yo me alegraría de que usted realizase una idea que me indicó la última vez que nos vimos en esa ciudad: la de escribir su biografía, que sería la historia de Cuba en todo el presente siglo (31). Usted es ya el único eemplar que nos queda de la generación de hombres que han servido de maestros y precursores en Cuba, y en cuyas vidas han de buscar todavía lecciones los cubanos en el porvenir. Confieso a usted que no me ha dejado satisfecho la de Luz, escrita por nuestro amigo J. I. Rodríguez, quien sin duda hubiera producido una obra mucho mejor, si no hubiera escrito bajo la influencia de un catolicismo repentino y exagerado (32); y yo sentiría que cayese usted en manos de algún biógrafo, bien intencionado, pero sujeto a alguna otra manía, y que nos diese un Saco, distinto del que hemos conocido. Si yo estuviese en París, me ofrecería a servirle de amanuense; pero será posible que entre tanto joven cubano como hay en esa capital, no se encuentre ninguno que quiera imponerse tan agradable tarea?

Nunca estaré tan ocupado que me falte un rato para echar un párrafo con usted. Más de una vez he pensado escribir a usted desde

---

(29) *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.* París, 1875. Los dos primeros tomos de esta obra.

(30) Silvio Alfonso, Conde de Canímar, como gustaba de llamarse, Aldama (Miguel y Almagro (Miguel), fueron los que, incitados por Valdés Fauli, hicieron posible la publicación de los tres primeros volúmenes de la obra de Saco. Rafael M. Merchán intervino "como perito que debía hacer el presupuesto". Aguilera Rojas, ob. cit.

(31) Precisamente, por considerarlo así, es por lo que hemos decidido emprender este trabajo, que nos ha resultado agradable y provechoso. Cuando se publiquen los *Nuevos Documentos para su Vida* (la de Saco) que prepara nuestro amigo el competente e ilustrado bibliógrafo Don Domingo Figarola-Caneda, estará completa la contribución documental y bibliográfica, necesarísima para emprender esa tarea.

(32) Afortunadamente, la verdadera visión de Luz, ha sido trasmitida hasta nosotros, en el estudio crítico que, sobre el Hombre y su obra, hubo de consagrarle uno de sus discípulos, el "Manuel de los Manueles", como Luz llamaba a Manuel Sanguily.

que volví la última vez de Europa, pero conociendo lo penoso que es para usted aun el firmar, me he privado de ese gusto, por evitarle la molestia de contestarme; y me he conformado por saber de usted por el incomparable amigo Juan Mendive.

Remito esta carta por conducto de Valdés Fauli, temeroso de que usted no siga viviendo en el boulevard Saint Michel.

Mis hermanas saludan a usted afectuosamente; y yo no quiero perder la esperanza de que todavía pueda volverlo a abrazar materialmente, como lo hace en imaginación su inalterable amigo y tocayo.

J. A. ECHEVERRÍA.

XX

[Sr. Dn. José A. Saco]
[Barcelona.]

[Brooklyn................1879]

[Mi querido Saco]

En medio del desconsuelo político (33) que domina mi espíritu, he sabido con verdadera satisfacción que Santiago de Cuba lo ha elegido a usted diputado a Cortes (34), dando con eso una muestra de consecuencia a sus precedentes históricos: de constancia en sus principios, y de consideración al saber y al patriotismo, que le confieso a usted me ha sorprendido en aquel pueblo tan débil, tan abatido, tan esquilmado, ya no me atrevo a decir tan degradado, por no faltar al respeto que siempre inspira y se debe al infortunio. Felicito a usted porque ha recaído en usted esa muestra de virilidad de nuestro pueblo; y por lo mismo sentiré que su salud o la falta de recursos no le permitan ir a sentarse en las mismas Cortes cuyas puertas se le cerraron tan inícuamente hace 42 años (35). Todos ellos y una revolución sangrienta y ruinosa se han necesitado para que España haya empezado a convencerse, tal vez demasiado tarde, de la injusticia y de la torpeza con que han tratado a Cuba, y de la previsión de los que desde entonces y des-

(33) El Pacto del Zanjón sorprendió dolorosamente a toda nuestra representación diplomática en el extranjero, tanto a la reconocida en Perú, Chile, Colombia, etc., como a la que no lo había sido por los motivos que ya hemos indicado. Los que la ejercían en E. U. del N. A.—Echeverría, Aldama y Sanguily—, que en esos momentos como durante todo el curso de la Revolución de Yara, trabajaban junto al Congreso por obtener una declaración de beligerancia, habían iniciado relaciones con Evarts y no tuvieron más remedio, desconocedores en lo absoluto de la protesta viril de Maceo y Figueredo en Baraguá, que dar por presentadas sus renuncias, al enterarse por González, el enviado de los hombres del Zanjón, del vergonzoso Pacto que habían suscrito aquellos que ostentaban cargos del Gobierno revolucionario. Este es el *desconsuelo político* a que alude Echeverría, y la incapacidad de ese acto, ejecutado por cubanos a los que creía conscientes, es la que lo lleva a pensar como más adelante indicaremos.

(34) Lo había sido en virtud de las primeras elecciones que por el Pacto del Zanjón, realizáronse en Cuba. Fué candidato presentado por el Partido Liberal.

(35) Se refiere Echeverría a lo ocurrido durante los últimos días del año 36 y primeros del 37.

pués, han estado gritándole que por ese camino iba derecho al abismo. La presencia de usted en las Cortes sería, no sólo una protesta viva y elocuente contra el régimen que ha producido tan amargos frutos, sino que podría prestar a Cuba el supremo servicio de hacer que se mantuviesen en el buen camino sus representantes bien intencionados, y de ahogar, si fuere posible, en la armonía de sus patrióticos propósitos, las voces discordantes, que del seno de la misma diputación han de levantar la ignorancia y la mala fe. Tengo muy presentes las palabras de usted en aquella conferencia que tuvimos usted, Pozos Dulces, Morales Lemus, y yo en casa de Constantino Vallín, el año de 1866 (36), antes de principiarse las sesiones de la malhadada información.

No sé cómo pensará usted hoy en vista de la situación política de Cuba. En mi humilde concepto, y aun concediendo las mejores intenciones al Gobierno de España y en particular a Martínez Campos, el sistema de asimilación en que parece empeñado, es *hoy* el menos seguro para reconciliar la *provincia* con la nación, y ha de servir precisamente para lo contrario provocando partidos y divisiones inconciliables (37). Dios salve a la pobre Cuba...!

J. A. ECHEVERRÍA.

---

(36) De la pluma de Echeverría, tomamos estos fragmentos que seguramente pensó utilizar para su proyectada Biografía de Saco: "Más tarde, también en Madrid, en octubre de 1866, el mismo Saco nos decía a Morales Lemus, Pozos Dulces y a mí: "Es necesario hablarnos a careta quitada. No hay más esperanza para Cuba que en la Anexión"... Echeverría escribe estos apuntes comentando la actitud españolísima de Alfonso, que el lector habrá apreciado, comparándola con el ardor con que en el 49, era anexionista. Seguramente, que para más tarde dejaba la explicación del dicho de Saco, que nosotros hacemos valiéndonos de las palabras escritas por Márquez Sterling, y que convienen al presente caso: "El anexionismo significaba la protesta contra el régimen tiránico y violento" y también se llega a él, concibiéndolo como "la solución más adecuada al desarrollo económico y social del país." *La Diplomacia en nuestra Historia.* La Habana, 1909, pág. 42-43.

(37) Desde 1825 no hubo en la Isla más que dos partidos posibles—el afecto a España *à outrance* y el que deseaba el bienestar de Cuba y los cubanos;—y fué en verdad inconciliable la división: "Porque «la integridad nacional» no es un principio, ni siquiera una verdad, y la *asimilación* no es una doctrina, sino la negación de toda doctrina y el eufemismo de un sistema de fuerza,—constituye una hueste armada, inquieta que se rodea de precauciones, porque ni quiere ni pretende más que asegurar para sí, mientras lo pueda, el goce ilegítimo de la tierra ajena". *Hojas Literarias,* t. IV, p. 86.—Estas palabras escritas diez y seis años más tarde por Manuel Sanguily, viva representación de la dignidad cubana en todos los momentos de su vida, concuerdan en lo íntimo con la advertencia de Echeverría. Continúa diciendo en voz alta Sanguily, lo que pensaba Echeverría; "¿No ha sido la *asimilación,* alguna manera de la asimilación, el llamado sistema de las *Leyes de Indias?*" "¿No recordamos que se nos dió un puntapié en 1837, que todavía nos debería doler, en nombre de la *asimilación?*" "¿No es un hecho que aquel sistema engendró el separatismo y fué causa poderosa de la independencia de las posesiones continentales de España? ¿No es positivo que a virtud de ese sistema nos pisotearon a su sabor Tacón, O'Donnell, Roncali, D. José de la Concha, D. Francisco Lersundi? ¿No fué la *asimilación,* alguna manera de asimilación, lo que engendró la guerra de diez años y mantiene ahora [1894] todavía la desconfianza y la incertidumbre y el temor en todos los ánimos?" Op. cit. p. 98-99. Ese sistema fué inaugurado por España cuando llegó a América cesó en él, el 1º de enero de 1899 y todavía algunos pensadores (?) españoles pregonan sus excelencias.

CON EL ESLABON

Décimo apéndice

Qué gran volatinero es el hombre, encaramado en la percha de las palabras.

*

¿Qué es lo bello en la naturaleza? Lo bello que el hombre pone en la naturaleza. Mírala con otros ojos, y la verás otra.

*

¿Cómo mediremos a los grandes hombres? ¿Por yardas? ¿por varas? ¿por anas? ¿por metros? Cada pueblo ha tenido su talla, y no hay dos iguales.

*

—¿Qué crimen ha cometido ese pobre hombre, para que lo muerdan tan ferozmente?
—Sobresale.

*

Sentido exotérico y esotérico del Bertoldo. Sentido literal. Sentido interliteral. Sentido cabalístico. Sentido místico. Más sentidos. ¿Es el Bertoldo un libro revelado?
Capítulos de la obra de un sabio...alemán o icelándico.

*

El hombre nació para trabajar. A unos unce al yugo la necesidad y a otros la ociosidad.

*

Hay quien abre un surco en las nubes; pero lo abre.

*

—Me choca que llames bárbaros a los ingleses, que se pasan de refinados.

—Si un tigre aprendiera a limpiarse los colmillos con cepillo higiénico y a abrillantarse las garras con *polissoir*, ¿dejaría de ser tigre?

*

Nuestra vida implica el más tremendo conflicto lógico. No conocemos sino lo general; y no vivimos sino lo individual.

Por eso todas las teorías morales quiebran lastimosamente en la práctica.

*

Durante los primeros estertores del antiguo régimen de hierro, el bueno de Vauvenargues exclamaba: "La clemencia vale más que la justicia." Y le respondía, en pleno siglo del maquinismo y del proletariado, aquella acongojada inglesa, Mary Wollstonecraft: "Justicia y no caridad es lo que el mundo necesita."

Ahora estamos peor; porque ni sobra clemencia, ni sobra justicia.

*

Explicación alegórica de un sacerdote benévolo a sus amados Teótimos:

La corte celestial. El Padre, rey supernumerario; el Hijo, rey constitucional; el Espíritu, presidente del consejo, sin crisis posible; la Virgen, reina madre, se quiere meter en todo; San José, rey consorte, funciones vagas, modestas, borrosas...

*

En una controversia, hay algo peor que no tener la razón: darse uno cuenta de que no la tiene, y no saber confesarlo.

*

No hay obra anónima notable sin que los eruditos se empeñen en ponerle nombre de autor. Están siempre en el secreto. Como si los eruditos conocieran a cuantos escribieron y se ocultaron, o quedaron ocultos por obra del tiempo, de suyo gran encubridor.

*

Triste papel el de los zelotes, católicos o reformados, y supongo que mahometanos o budistas. Silban como sierpes venenosas contra sus adversarios en vida; y como buitres voraces tratan de cebarse en sus cadáveres.

*

Suelen ser los menos caritativos, los que hacen profesión de predicar la caridad.

*

¡Cuántos celadores del bien público, con sotana o con levita, entran en la extensísima categoría establecida por Vauvenargues de los *charlatanes de moral!*

*

Es muy fácil poner en el papel programas de enseñanza; lo difícil es ponerlos en el cerebro.

*

—Nuestros pedagogos andan tras una quimera, enseñar lo que no se sabe.

—¿Cómo? ¿No se saben las matemáticas, la física, la química, la...?

—Lo que no se sabe es la ciencia de la vida.

*

Un escritor de cepa española, el señor García Calderón, acaba de declarar que *La Araucana* lo fastidia. Me ha parecido oir un gran suspiro de desahogo, escapado del pecho de cuantos yacen hipnotizados por la pluma del valeroso don Alonso. Como si rezaran entre dientes: a nosotros también.

*

Entré cierta vez en una sinagoga. Y naturalmente, desde luego naturalmente para mí, me quité el sombrero. Los asistentes, con gestos frenéticos, me indicaron que me lo pusiera. Así lo hice, y al cabo salí, pensando: si entro en un templo cristiano con el sombrero calado, hasta el perrero me tira algo a la cabeza.

Hombre lobo, ¡qué feroz y qué ridículo eres!

*

Los estudiantes de Harvard, con santo celo, quieren poner trabas a la entrada de los judíos en la Universidad. ¿Cómo no? ¿Gente que asiste a sus oficios religiosos con el birrete en la cabeza? Hay que poner otro parche a la Constitución federal.

*

Prestigios de la letra de molde. Se encuentran dos comadres en la plaza, chacharean, y nadie le da importancia; maullaron dos gaticas. Recoge un desocupado las hablillas de su tiempo, las escribe, se imprimen. Documento para la historia.

*

Según viejos autores, fértil suelo era el de Esparta. ¿Producía pepinos, coles, zanahorias? No; legisladores, magistrados, generales. ¡Portento de los portentos! Lo raros que han llegado a ser estos artículos.

*

Hay libros-hombres. En ellos exprime el zumo de su vida el autor; ejemplo, los ensayos de Montaigne. Hay libros-mariposas. En ellos deja su libación un espíritu; ejemplo, las poesías de Keats. Hay libros-asnos. En ellos pontifica un pedante. No se necesitan ejemplos.

*

Imposible de toda imposibilidad juzgar bien a los antepasados. No los conocemos sino por medio de nuestra inteligencia, y con este instrumento inadecuado tratamos de comprender a quienes

eran inteligencia, más *pasión.* Un manco habiéndoselas con un hombre hecho y derecho.

*

El centavo es fracción del real, el real lo es del peso, el peso del centén. Todo es fracción, y todo es entero.

*

La mayor de las ilusiones es creer que se nos puede enseñar a vivir. Vivimos a empellones, cayendo, incorporándonos, arrastrándonos; y cuando algo hemos aprendido, estamos al cabo de la calle, tocando con los nudillos a la puerta de la tumba.

*

Con cuarenta y dos mil escudos emprendió Alejandro la conquista del Asia. Yo no los conté, ni tampoco el que nos trasmitió la noticia. Pero es lo cierto que aquel gran foragido, como sus sucesores próximos y remotos, no contaba con su bolsa, sino con la ajena.

*

Las modas infestan a los eruditos, como a cada quisque. Pues ¿no han vuelto a regodearse con los indigestos libros de caballerías? ¿Y con las insulsas novelas pastorales? ¡Oh sesuda gente libresca!, también te hace carantoñas la majadería humana.

*

¡Ah, si te hubiera hecho caso! exclama la amiga, o el amigo, en medio de su desesperación. Pero ¿es que alguna vez hacemos caso? Sí; cuando el consejero nos recomienda lo mismo que deseamos.

*

¿Quieres coger la luna? Empínate, hasta que la alcances. ¿Quieres sacar una perla del fondo del mar? Bucea, hasta que la cojas.

Esto se llama un consejero perfecto.

*

Me siento español, exclama un criollo de la última hornada. Pues lo que importa no es sentirse español, ni inglés, ni patagón, ni lucumí; lo que importa es ser hombre.

*

El corazón del hombre mana leche y miel. Ha arrojado de sí con horror las armas crueles que esgrimía contra el culpable, las cadenas, la flagelación, las torturas, la argolla y demás; y ha inventado la prisión celular.

*

La presente organización industrial está podrida hasta los tuétanos. Ignoro si se curará con emplastos, o con cauterios, o con la cuchilla; ni siquiera sé si se curará. Porque las recetas de los presuntos curanderos, los que socialistean, son muy viejas, y no dieron resultado.

*

Más fácil es predecir cuántos círculos formará un guijarro lanzado al agua, que imaginar las resonancias producidas en un espíritu por la idea que en él se arroja.

*

Los milagros son de suyo contagiosos. ¿Creerás que únicamente los muros de Jericó se cayeron por sí mismos? Pues otro tanto que a Josué le pasó al rey Clodoveo frente a Angulema, y al rey Roberto con otra Angulema. Y si hojeas las crónicas, ya encontrarás otros muros no menos deleznables ante el favor divino. En tierra de cristianos y en tierra de paganos.

*

Calzarse es útil y es higiénico. Singular aberración la que consistía en andar con los pies desnudos, para regocijo del Altísimo y edificación de los que van con zapatos. Bien es verdad que entre los mahometanos, también por devoción, hay quienes andan en cueros.

*

Walt Whitman se alboroza por la llegada del *hombre*. Nietzsche trompetea el advenimiento del *superhombre*. Y ya nos contentaríamos con tener mediohombres.

*

Un católico, como católico, no puede ser socialista; un católico, aunque católico, puede serlo.

*

Salustio, con espíritu muy de romano y de hombre, llama serviles a los oficios domésticos. Todos los oficios son serviles; y no más los de la casa, que los del Estado.

*

Cuando inventemos una máquina para todos los oficios, para todos, podremos decirnos libres. Y todavía habrá que echarlas a andar. El capirotazo de marras.

*

Conciencia a macha martillo. La del obispo de Beauvais, quien en la batalla de Bouvines no cargaba contra los enemigos a punta de lanza, porque le repugnaba derramar sangre, sino a golpes de maza.

*

Los antiguos aconsejan que aprenda cada cual a respetarse a sí mismo. Difícil, muy difícil. Porque lo primero que se aprende es a tratarse uno por dentro a la pata la llana.

Salvo los casos de hipocresía inveterada, en que ni para sí se quita Tartufo la careta.

*

Se acusaba al famoso Morland de pintar siempre entre dos vinos; y lo mismo se ha criticado a Brawer, a Jean Steen y a otros muchos. El catálogo de los grandes poetas borrachos no termina en Edgard Poe; y del de insignes oradores no digamos

nada. ¿Conclusión? Ninguna. A lo más que los secos no tienen privilegio, en materia de arte, sobre los mojados.

*

La gente docta también gusta de charadas. ¿No hay quien se regodea con las jácaras del perínclito don Francisco de Quevedo? ¡Es tan difícil a un sabihondo confesar que no ve jota!

*

Guillermo, duque de Guayana, llevaba, por penitencia, una coraza pegada a las carnes, debajo del hábito monjil. Hay quienes la usan hoy de tresdoblado acero bajo la camisa de batista. Y no por penitencia, sino por desvergüenza.

Enrique José Varona.

La Habana, 1922.

LA HISTORIA DE MIS LIBROS O EL FRACASO DE UN ESCRITOR

(Lectura dada en el Salón de Honor de la Universidad de San Andrés, de La Paz (Bolivia), el 2 de junio de 1922, por el señor Alcides Arguedas.)

Señoras y caballeros:



ODOS los que voluntariamente han venido a escuchar esta lectura, no pueden llamarse a engaño. He de hablar de mí mismo porque el tema me fué impuesto por el grupo universitario *Ariel,* que siente ansias renovadoras, y yo no he hecho más que ser condescendiente con los jóvenes amigos de ese grupo, generosamente secundado en su demanda por la nueva Federación de Estudiantes. Además, el tema de mi lectura se ha anunciado por todos los medios de publicidad hoy en uso. Luego quien viene a escucharme, lo hace con el propósito de saber algo de mí.

Ese tema propuesto a un escritor, es indiscreto, sin duda; mas la tarea de desarrollarlo resulta fácil, cómoda y aun atrayente, porque todos sabemos que pocas cosas son tan agradables como hablar de sí mismo.

Y voy a hacerlo llanamente, escuetamente. Voy a desnudarme, y desde ahora pido perdón si muestro más de lo que la decencia permite.

Esta es una ventaja de la edad. Cuando se pasa de los 40 años y se habla con jóvenes, ya uno se cree autorizado a gastar licencias que con los iguales parecerían fanfarronadas, pero que con los menores resultan enseñanzas.

Y aunque esto de enseñar sea pedantería en quien necesita

todavía aprender, siempre hay algo que enseñar a los demás cuando se ha corrido mundo y se ha abierto un poco los ojos al espectáculo, no siempre limpio, de la vida.

Fuera de eso, yo necesito despedirme de la juventud. Pronto me voy y no sé si he de volver. Y quiero contarle algo que pueda serle de interés y servirle de provechoso ejemplo. Pido, pues, disculpa por mi actitud y perdón por no haber tenido la fuerza de callar.

*

Yo, señores, comencé a escribir hace cosa de veinticinco años. Mi primera producción fué una fantasía literaria, o cosa así, que se publicó en el viejo *Comercio* de esta ciudad, con dineros de mi padre.

La revelación de mi vocación de escritor público la tuve en colegio. Era yo bedel, por méritos que luego diré, y cursaba el penúltimo año de instrucción secundaria. Mi profesor se llamaba don Pedro Kramer, hombre fino, amable y bondadoso. Sumamente flaco como era, cuando hablaba, veíamos sus alumnos subir y bajar el nudo de su garganta, y esto nos divertía y abismaba mucho más que sus lecciones llenas de citas, fechas y nombres exóticos. Una vez, acaso por domar mi pereza... (declararé desde luego, que yo nunca he sido alumno sobresaliente; al contrario. En mis notas de examen jamás he alcanzado una votación brillante, y si me he sabido distinguir entre mis numerosos condiscípulos, no fué por mi talento o mis habilidades, sino por mi timidez, mi reserva huraña y una seriedad impropia de mi edad y que se la heredé a mi abuelo materno, el español don Patricio Díaz, alto, seco, bondadoso y taciturno)... Una vez, digo, don Pedro quiso distinguirme encomendándome una especie de conferencia sobre la *Introducción a la Historia*. Ante la enormidad de la faena, yo me sentí alarmado, y, no pudiendo llenar honestamente mi cometido, resolví, por primera vez en mi vida, aprender de memoria los pasajes salientes de la introducción de César Cantú, seleccionados a mi arbitrio, es decir, en sus partes más vistosas y de más brillante hojarasca. La recitación resultó pasable, pues la hice casi de un tirón, como un papagayo. Y don Pedro, volviéndose a mis compañeros, les dijo:

—Este nuestro Arguedas ha de ser escritor... Y ha de hacer Historia...

Sonreía enigmáticamente el maestro al decir esto, pero con bondad. Y yo se lo creí... ¡Pobre don Pedro! Jamás pudo calcular el daño que me hizo. Porque se lo creí de veras, sinceramente. Se lo creí en eso de escritor, no en lo de historiador, porque la tal Historia resultaba entonces para mí... toda una historia.

¡Escribir! ¡Dar a los otros nuestras impresiones sobre el espectáculo del mundo, y que nos lo crean! ¡Decir lo que sentimos y pensamos y comunicar a los demás esas nuestras impresiones! ¡Poner, como dicen los franceses, negro sobre blanco, y atraer así la atención de gentes que no conocemos, que acaso nunca hemos de ver y cuyos nombres no sabremos jamás!... ¡Llevar, como en alas del viento, nuestro nombre a países y regiones que tampoco nunca visitaremos y que allí haya mujeres bellas que se sientan emocionadas por nuestro entusiasmo, jóvenes ilusionados que vean la vida con nuestros ojos, viejos que piensen como nosotros no obstante su experiencia, y que todos ellos, mozas, jóvenes y viejos sepan, conozcan y guarden ese nuestro nombre repetido aquí con indiferencia cuando no con desdén porque al que lo lleva lo ven pasearse en la plaza, alternar en el club, reir con los amigos... y que esas gentes lejanas digan: "¡qué bien dice las cosas! ¡Cómo es bello lo que describe!"

¿Concebís, en el fondo, mis jóvenes amigos, lo que es un escritor?

Voy a probar decirlo.

Un escritor es un hombre con concepto propio de las cosas y que contempla el espectáculo del mundo y de la vida desde puntos de vista que descubran algo no demasiado vanal en ese espectáculo. Si su visión es igual a la de los demás, es un escritor mediocre y sólo puede imponerse y aun salvarse si fuerza la técnica de su arte o suple su falta de objetividad con la riqueza de su léxico, la belleza de su frase, la soltura y gallardía de su estilo. Todo escritor que no haga pensar, no sugiera o no despierte emociones en su lector, es un obrero de circunstancia cuya labor está destinada a una corta duración y corre el riesgo de desaparecer con él.

¡Y yo me propuse ser escritor!

Hice muchas cosas; pero la que mejor me resultó fué esa fantasía de que hablé. El director del periódico, un conocido de mi padre, cobró cinco pesos por la publicación del... atentado.

Esa noche, naturalmente, apenas dormí y habría dado buenos años de mi vida por ver lucir el sol del siguiente día, del día magno en que el mundo iba a recibir la sorpresa de mi revelación.

Porque yo estaba convencido de que el mundo iba a salirse de su órbita con semejante acontecimiento.

Y amaneció ese día... igual que los otros. Nada se conmovió ni hubo cataclismo.

Yo me lancé a la calle, con permiso paterno, desde muy temprano. Esperaba que la gente iba a detenerme para admirarme y llenarme de loas; pero la gente...

Volví a casa corrido, humillado. En la tarde, la rechifla de los amigos en colegio, me hizo llorar...

Pero no desmayé.

Yo estaba destinado a llenar el mundo con la fama de mi nombre. Homero, Dante, Milton, Shakespeare, Cervantes, Gœthe, Carlyle, Hugo, Dostoiesvski... ¿qué? ¡Basura de hombres! ¡Nada!

Hice vida de periódico pobre; pero mi ambición no estaba satisfecha. Ansiaba rebasar los límites del terruño y todo mi ideal entonces cifraba en publicar un libro y escribir en una revista de España.

El libro se hizo, *Pisagua;* pero ninguno de mis artículos se publicó en la Península ibérica.

Pisagua quiso ser un canto épico. En torno a una descolorida aventura sentimental, intenté describir dos episodios ya justamente legendarios: el valor y la abnegación de la raza puestos a prueba de muerte en un trance desesperado.

El libro, ofrendado a mis padres, fué recibido con júbilo por algunos escritores más jóvenes que yo... y más viejos. El pobre Emilio Finor fué el primero en tenderme la mano desde su espléndida Santa Cruz; de Tarija me vino el aplauso de nuestro venerable vate nacional don Tomás O'Connor d'Arlach y su aplauso me supo a gloria. De la Argentina, y desde las playas del Rosario, me envió su saludo Gregorio Martínez Zubiría, el hoy famoso y glorioso Hugo Wast. El jarro de agua fría me lo echaron

en la tierra, como siempre. Un tal Nemo, o cosa así, un famoso *Nadie* se burló cruelmente de mi lirismo espléndido... Tarde conocí al autor; pero su risa burlona resonó durante muchos años en mis oídos. Después, la olvidé. Luego, ya corridas las primaveras, le dí razón; y hoy, se lo agradezco. ¡Gracias, sinceramente, señor Rector de la Universidad!

En medio de esa mi vida de zozobras por lo bien y lo mal que decían de *Pisagua,* una nota riente vino a poner raya de luz en las tinieblas de mi despecho. *Pluma y Lápiz,* la entonces para mí enorme y gloriosa revista de Barcelona dirigida por el también inmortal Eduardo Zamacois, publicó, al fin, una de mis cosillas.

¡No lo quería creer! Y es que pensaba que apareciendo mi nombre en *Pluma y Lápiz* ya no tenía sino que echarme a rodar por el mundo para que todos los buenos y los grandes se disputasen el honor de brindarme su amistad; que las lindas doncellas me colmarían con el eco de sus aplausos; y que las casas editoras no podrían menos que entrar en lucha abierta por tener el insigne honor de editar mis obras.

Con este convencimiento partí a Europa al finalizar el año de 1903, en compañía del hoy Presidente de la República, que iba en misión especial a los archivos de España.

¡Salía de su tierra el autor de *Pisagua* y el colaborador... (sí, Colaborador, con mayúscula), de *Pluma y Lápiz;* y si de su tierra no le despedían con bombos y sonajas, ni siquiera con un modesto yantar los compañeros de la prensa, era porque el genio nunca es comprendido en su tierra y tiene que buscar el ambiente de las cumbres. ¡Ya se desquitaría luego, allá, en tierras extrañas, donde el hombre sólo surge y se impone por su obra!...

El desquite, por cierto, no fué en Oruro. La sorpresa la expliqué al punto y satisfactoriamente. ¡Oruro!... ¿Qué era Oruro? Oruro seguía siendo mi patria y la cosa sería allí, lejos... ¡Pobres gentes!

Sacudí el polvo de la tierra, olímpicamente desdeñoso, y me embarqué rumbo a Antofogasta.

¡Qué gente tan estólida y prosaica! Esos porteños bebedores y negociantes ni siquiera se presentaron en la Estación a recibir al autor de *Pisagua.* ¡Qué soledad, Dios mío! Lo peor era que ni podía quejarme a mi compañero de viaje porque, siendo mayor

y habiendo recibido sus lecciones en la Universidad, le tenía todavía algún respeto y luego... ¡era tan acentuada su sonrisa de burla discreta!

Pero también expliqué lógicamente esa singular actitud. Antofogasta seguía siendo la tierra, a despecho de la derrota y de los tratados, y mi amigo Bautista, hasta entonces casi inédito... ¡Bah!

El espectáculo del mar me hizo concebir algo pasajeramente la idea de la pequeñez de los hombres. ¡Sí, los hombres eran pequeños; pero cómo permanecía grande el autor de *Pisagua!*...

La recepción en Valparaiso no fué cálida: los lancheros habían olvidado mi nombre y para distinguirme me llamaban *patrón*... como a los otros.

Santiago tomé por asalto. Quise evitar molestias de los admiradores y no me di el trabajo de ostentar mi título de autor. Escasamente me hice llamar Alcides Arguedas, a secas, y nadie me hizo caso, naturalmente.

La sorpresa mía y de los demás iba a ser en Buenos Aires. ¡Allí sí que venciendo mil escrúpulos iban a resonar el título de mi obra y las sonoras vocales de mi nombre!

Señores, amigos míos... ¿queréis saber lo que pensé de Buenos Aires cuando, cariacontecido, me embarqué en un vapor de la *Velocce* rumbo a la patria grande? Pues sencillamente que Buenos Aires era tan sólo un retazo de América, de esta América Latina, semialfabeta, vilmente prosaica, sin idealidad, sin cultura propia, sin rasgos de grandeza, pues había dejado que el autor de *Pisagua* vagase oscuramente por sus calles y plazas. No hubo amigos ni admiradores. Pasé por la gran ciudad latina como un pobre rústico por nuestra calle del Comercio a la hora crepuscular.

Pero la fe no me abandonó. Yo iba a hacer indudablemente grandes cosas...

Al evocar estos primeros episodios de mi vida intelectual, yo me acuerdo de una picante anécdota que oí referir no hace mucho en familia. Y ahora la he de contar porque viene al caso, aunque sintiendo muy de veras no entrar en detalles más circunstanciados.

Una vez viajaba por nuestras breñas un diplomático europeo en compañía de su guía, minero de profesión, e iba en busca, como todos los gringos, de alguna veta para arrancar de ella la prospe-

ridad suya y de los suyos por muchas generaciones. Sorprendidos por la noche y la tempestad en un paraje desierto, buscaron refugio en una cueva que por fortuna hallaron al paso. Encendieron una fogata y a su lumbre vieron brillar en el piso y en la bóveda partículas de algún metal. Y le dijo el minero entusiasmado:

—Somos, señor ministro, el país más rico del mundo. En cualquier parte donde lance usted una palada, saltan el oro, la plata y otros metales preciosos. ¡Mire usted!... Todo eso que brilla es oro, oro puro...

Y dicen que comentaba el diplomático, con terrible ingenuidad:

—El hombre que así me hablaba, vestía andrajosamente y todo él derramaba miseria...

Y yo era como el minero.

Sólo que esto no lo sabía entonces; lo supe después...

*

Mas mi fe, insisto, era incomensurable. *Pisagua* no me había dado la gloria que ansiaba; pero haría otras cosas de más fuerza, arrancadas de mi propio medio, inspiradas en nuestras costumbres y nuestro paisaje, y, seguramente, triunfaría...

Comenzé a escribir *Wata-Wara.*

El nombre no es exótico: lo compuse leyendo ese libro raro, *Copacabana de los Incas,* de mi deudo el padre Jesús Viscarra y que, dicen, dió quebraderos de cabeza a algún sabio teutón. Ya de niño me habían atraído las aguas divinamente puras de nuestro legendario lago Titicaca; alguna vez, de estudiante, yendo de expedición cinegética por Aigachi, había tropezado con una india linda y huraña que no quiso darme asilo en su choza; en las veladas del valle, le había oído referir a mi padre la crueldad con que los indios costeros castigaron y vengaron las tropelías de unos patrones sin entrañas.

Estos tres elementos—belleza, emoción y drama—, hicieron la obrita.

La escribí casi en su totalidad en Sevilla, a la sombra de los naranjos en flor, oyendo canciones de espuma en la fuente de un patio andaluz y las cristalinas carcajadas de una rozagante moza rubia de ojos azules que consolaba con pródiga y generosa esplendidez nuestra lejana morriña del terruño.

Wata-Wara tampoco conmovió al mundo, señores. Y yo de pensar: el mundo no está hecho para las grandes cosas.

Y aquí un paréntesis.

No obstante el convencimiento de la grandeza de este mi libro, desde el primer momento vi que algo le faltaba, algo indefinible, pero que encerraba la materia de una obra... aceptable.

Este es el libro que más me ha preocupado y me ha hecho trabajar, pues desde ese año de 1904 en que se publicó el bosquejo hasta que volvió a aparecer en 1919 bajo otro título, no he dejado de pensar en él con una angustia dolorosa que se hizo obsesión en mí y que habría durado todavía si ciertas circunstancias de inoportuna recordación no me hubiesen obligado a publicarlo cuando menos lo pensaba. Quince años he madurado el plan de esa obra. Durante quince años la he venido arreglando dentro de un plan de ordenación lógica, encajando en él episodios de que fuí testigo o que me refirieron. Cada una de sus páginas ha sido escrita en diversas circunstancias de mi vida. Si al pasar el Canal de la Mancha cruzaba el condado de Kent con sus colinas jugosas y sus ganados de albo vellón, pensaba, por contraste, en nuestro yermo andino y escribía, al correr del tren, un paisaje de la pampa desnuda. Si al contemplar desde las fantásticas ruinas del castillo de Dráschenfelds las armoniosas curvas del Rhin me llenaba de sagrada emoción, evocaba, también por contraste, la fuerza arrolladora y salvaje de nuestros torrentes del valle y dejaba en mi cuaderno de apuntes la impresión de una mazamorra. Si al extasiarme con el panorama de Nápoles y Pompeya desde las alturas del Pausilipo, que es uno de los espectáculos más bellos que los ojos humanos pueden admirar, yo recordaba la visión del lago, desde la cumbre de un desnudo cerro rocalloso de Pucaraní o Aigachi, y escribía una marina. En Nápoles, París, Colonia, Rotterdam o Folkestone; en Normandía, en Chamounix, o en Tiquina y Chililaya, en todo sitio, lugar y circunstancias yo he pensado y escrito *Raza de Bronce*. Y por eso mi cariño de ese libro.

Wata-Wara fué otra caída, no obstante haber merecido dos o tres artículos elogiosos en el país, uno o dos en la Argentina y haber sido reproducido en el folletín de un periódico de Buenos Aires.

Y es entonces que yo comencé a dudar de mi grandeza, porque,

una de dos: o yo no era tal como me lo imaginaba, o el mundo no estaba, como dice Hamlet, en equilibrio. Esto era probable, pero no posible; luego era yo...

Tuve, recién, el concepto de la relatividad; mas al mismo tiempo adopté como divisa el dicho de Buffon: "El genio no es más que una larga paciencia"...

*

Una cosa que comenzó a preocuparme desde mi mocedad, es el encono de nuestras luchas llamadas políticas; el ardor y la iracundia con que se debaten los asuntos privados; la furia que despiertan ciertos hombres; la persistencia de nuestros odios personales; la veleidad con que cambiamos de ideas, afectos y pareceres; nuestra poca persistencia en la labor creadora.

Quise explicar todo esto y escribí *Vida Criolla.*

Lo hice rápidamente, sin madurar el plan, ni poner cuidado diligente en la redacción.

Y el libro resultó malo.

De esto me di cuenta a raíz casi de su publicación. El prologuista, Don Julio César Valdés, no quiso decírmelo a quemarropa, y salió del compromiso improvisando un prólogo en relación al libro aunque algo distante de su talento y de su brillante pluma.

Años después, en 1911, rehice de principio a fin la obra, y, sin cambiarle de título, la di a la casa editora Ollendorff, de París, que me pagó 500 francos, los primeros que ganaba con mis libros.

Y ahora, otro paréntesis.

Vida Criolla es tan sólo la primera parte de una trilogía. Con Ramírez, el héroe principal, me propuse estudiar nuestro ambiente bajo todos sus aspectos: político, social, religioso, económico, moral, etc. Algo más: quise abordar un problema de trascendencia entre nosotros: hacer ver los efectos desastrosos en el hogar por la mala dirección moral e intelectual de la mujer.

De las otras dos partes, la una está ya casi concluída desde hace diez años, y, a medio hacer, la última. Si ellas hasta ahora no se han publicado ha sido porque otros trabajos de gran alcance han agotado todo mi tiempo; los de la Historia que, efectivamente, y cual lo presentía en mi adolescencia, han resultado una verdadera historia para mí...

Como ni éste ni los anteriores libros habían logrado alcanzar mi propósito de sacudir la modorra de nuestro ambiente, pensé que toda acción disimulada bajo la intriga de una fábula sería siempre acogida con reparos, y me resolví a obrar directamente sobre la conciencia pública escribiendo un libro de observación directa, lleno de datos recogidos de diversas fuentes y que, bajo una idea central, estudiase nuestros problemas poniendo a las claras las deficiencias de nuestro medio y educación.

Aquí huelga un reparo, pues cabe preguntar por qué ese propósito preconcebido de patentizar nuestras deficiencias sin poner también de relieve nuestras bellas cualidades.

Y voy a responder brevemente y con la franqueza que acostumbro.

Todos nuestros escritores desde la fundación de la República; casi todos los viajeros intelectuales que visitaron nuestro país, no sé por qué motivos, acaso por deficiencia de observación, quizás por conquistarse las simpatías colectivas, quien sabe también por el falso sentimiento de pudor o de patriotismo en los naturales que les empuja a ocultar las taras comunes, no han hecho otra cosa que loar en todos los tonos las riquezas naturales de la patria, alabar el espíritu de las gentes, su capacidad, sus méritos, sus enormes virtudes.

Y salta, patente, la contradicción.

Este país de riquezas abundantes y prodigiosas y poblado de gentes activas, laboriosas y honestas, es, sin embargo, el país más pobre del mundo. Sus gentes también son pobrísimas, porque sólo con los dedos se cuentan las grandes fortunas. Y, una de dos: o el país no es tan rico como se dice, o sus gentes no son tan laboriosas como se cree...

Este simple razonamiento me condujo a pensar seriamente en nuestros magnos problemas.

Y me puse a la obra.

Toda esa primavera de París y el verano de Normandía del año 1908 los empleé en redactar *Pueblo enfermo*.

Mi gabinete de trabajo en París era espléndido: el jardín del Luxemburgo, bajo el tupido y rumoroso follaje de árboles centenarios, en la vecindad de estudiantes diligentes y chicas amables que con sus risas poblaban de alegría el verde y con sus trave-

suras turbaban la fría inmovilidad de los reyes y reinas de la vieja Galia alineados en mármol a lo largo de la ondulada fronda.

El alquiler de mi gabinete era reducido: cuarenta céntimos diarios con su taza de café y propina al mozo. Tenía por vecino a un señor ya canoso y de modesta apariencia. Su alquiler resultaba todavía más barato porque, a más del café, pedía recado de escribir y se la pasaba dos o tres horas llenando cuartillas en el papel del fonducho, con admirable desparpajo.

Uno, dos meses trabajamos así, espiándonos por el rabillo con expresión de mutua simpatía. Al fin un día se levantó mi solitario vecino y se plantó junto a mi mesa:

—Usted es escritor suramericano.

—Y usted también.

—No. Yo soy español.

Y me tendió su tarjeta:

Ricardo Mayol
Corresponsal de *El Globo* de Madrid.

—¿Y cómo sabe que yo soy suramericano?

—Porque un día le oí hablar con sus amigos y su acento... A ustedes los suramericanos los conocemos por eso... Sobre todo a los chilenos. Al hablar, cantan... Usted no es chileno.

—Boliviano.

—Sí; de la Argentina.

—No; de Bolivia.

—Verdad; me equivocaba...

Nos hicimos amigos. Mayol vivía, como yo, en las proximidades del amable jardín, en un hotelito malcarado de la Plaza del Odeon, y yo en la calle Soufflot; pero mis dos cuartitos con sus muebles de pino, su mesa pobre y sus ventanas a la calle y al viejo jardín de la casa donde lucían pomposo follaje dos corpulentos plátanos, era una residencia real al lado de la de mi nuevo amigo. Y es que yo vivía con los 400 francos mensuales que me pasaba mi padre de pensión, y él con los 20 o 30 duros que le pagaba su periódico.

Intimamos en poco tiempo porque armonizaban nuestros gustos e ideas. Teníamos un mismo concepto de la vida; odiábamos a

los ricos y poderosos, despreciábamos los placeres baratos y vanos, y creíamos que sólo vale la vida por lo que en ella se siembra.

Ya en la intimidad, me contó su historia. Una historia dolorosa. *Mayol* era su nombre de combate: el verdadero correspondía al del reverendo ex jesuíta Pey Ordeix, que tuvo que rasgar los hábitos y adoptar otro nombre para la vida civil, porque, como Renán, había muerto su fe religiosa. Con su nombre verdadero había publicado dos o tres libros de crítica religiosa y hecho representar un drama horrendo, *Paternidad.* El drama quiso darlo aquí una compañía, y apedrearon el teatro. Yo recogí el dato del viejo y ya desaparecido *Comercio de Bolivia* y se lo dí a Mayol. Celebramos la apedreadura con un bock de cerveza, el solo lujo que entonces podíamos ofrecernos. Hoy mi amigo *Mayol* vive holgadamente en Barcelona, en un pueblecillo de los alrededores, a la orilla del mar y a la vera de un bosque, con su esposa y educando a sus hijos. Y sé que me espera...

Fué Mayol quien me presentó a Bonafoux. Eran buenos amigos y se estimaban infinitamente.

Antes de presentarme al honesto y mordaz cronista de *El Heraldo de Madrid,* le consultó, hablando proezas de mí. La respuesta de Bonafoux fué digna de él:

—Si es su *amigo,* tráigamelo; será mío también. Pero jamás me presente usted a sus *conocidos.*

Y Mayol me dió la clave del necesario distingo:

—A Bonafoux,—me dijo—hay mucha gente que desea conocerle. Unos, por curiosidad intelectual; otros, por pedirle un artículo o un prólogo; algunos, por puro afecto hacia el escritor, y son los menos; los más, por alabarse de su amistad, y quiénes, por fin, por darle palo. Todos le van a ver a su taberna, y él, por educación, tiene que pagar sus consumaciones. Así se le van, todos los días, tres pesetas o un duro. Gana sesenta al mes. Con que... figúrese usted.

Y así era, en verdad.

Bonafoux fué mi amigo, y cada vez que íbamos a verle pagábamos a escote nuestros gastos, sin remilgos, llanamente. Después, y mucho más tarde, la casualidad me hizo vivir en el mismo pueblecillo de Asniéres donde tenía él su casa; y aunque nunca conocí los umbrales, la casualidad nos reunía a menudo en el

tren donde sustentábamos charlas entretenidas por las que descubrí en él a un hombre bueno y honrado.

Apareció, al fin, *Pueblo enfermo,* a mediados de marzo de 1909 y mandé el libro a cuantos pude.

Las cartas congratulatorias comenzaron a llover. La primera de mi prologuista Maeztu. "Ha publicado usted un buen libro, destinado, si mucho no me engaño, a marcar huella en la historia de su país."

Luego, Unamuno: "Bolivia es un paíz del cual aquí apenas se sabe sino que existe y esto no todos los que pasan por ilustrados." Y me prometía hablar de él.

Después, Rahola, el político catalán. Y Max Nordau, Blasco Ibáñez, Buylla, Posada, Altamira, Rodó... tantos otros.

Bobadilla, es decir, *Fray Candil,* me invitó a visitarle. Así lo hice y la impresión que me dejó fué penosa. La de un hombre que se muere por exceso de bilis. Jamás, nunca he oído decir tantas cosas malas como a Bobadilla del pobre Rubén:

—Le llaman *Maestro* los imbéciles, y es un idiota, un puro idiota. En el segundo tomo de mis *Grafómanos* le dedico una gran parte... ya verá usted... No es que le quiera mal, sino que es un idiota. En sus *Prosas Profanas* hizo algunas cosas bonitas; pero después se metió a escribir en serio y sólo hizo estupideces... Me voy a meter en su vida privada, no como libelista, sino como patólogo para presentar un documento humano... Es... etc., etc. (Son cosas de las que no puedo hablar.)

Los signos de estima intelectual se multiplican; pero, la verdad, si me placen, ya no me entusiasman. Algo hay en mí de cambiado y de roto. Antes, seis u ocho años atrás, me habrían acaso hecho enloquecer. Ahora, aunque tienen importancia para mí, ya no serían capaces de hacerme creer que mi obra es el eje del mundo.

¿La razón de este cambio? Ninguna acaso. Simplemente que los años han obrado en mí y la cordura se va imponiendo.

*

Tres o cuatro meses después, volvía a la tierra. En Montevideo se me reservaba una sorpresa que nunca olvidaré. Al atracar el vapor en el puerto, fué rodeado por muchas lanchas de cu-

riosos y visitantes, pues entonces el *Orcoma* hacía su segundo viaje y era el mayor y más lujoso barco que atravesaba el estrecho de Magallanes. Una lancha venía repleta de jóvenes elegantemente trajeados y de aire distinguido. Al soltar la escala, fueron los primeros en trepar por ella. Una vez en el puente, uno de ellos preguntó en correcto inglés por el señor Arguedas. Viajaba yo con mi hermano, y, por la lista, sabía que éramos los únicos de este apellido en todo el pasaje. No creyendo que fuese por él, supuse que se trataba de mí.

Y así era: en nombre de los publicistas y estudiantes uruguayos, me traían su saludo fraternal.

Fué ese el primer homenaje intelectual que recibí.

También menudearon los artículos de prensa sobre el libro. En la tierra se movieron, y hubo de todo. Los ataques fueron los más; y si esto me contristó, después, lo expliqué.

Me acusaron, aún me acusan, de haber sido parcial y poco prudente.

De lo primero no necesito defenderme: me bastará repetir que se me pruebe si dije lo contrario de la verdad.

El cargo de imprudencia sí que es justificado, y lo deploro honestamente, porque muchos escritores y periodistas apasionados del exterior aprovecharon de mi libro para cargar muchos de los males de estos pueblos sobre el nuestro exclusivamente, sin ver que en los suyos había otros tan graves como los que combatía en mi país... Pero ya ha pasado la mala hora y hoy es frecuente que se cite ese libro como un modelo de sano patriotismo, que es a lo que yo aspiraba.

Porque, mis amigos, yo, antes que nada, soy un boliviano muy boliviano. Todo lo quisiera sano, grande y fuerte en mi patria. El mérito de mi libro, si tiene alguno, estriba en esto solo: encerrar un fervoroso amor por la tierra y ser el primero que se escribió con un plan y un método de razonamiento lógico para explicar las causas de nuestro estancamiento en las rutas del progreso.

El libro se agotó en menos tiempo del que pensaba, y los editores me pidieron autorización para reeditarlo mediante una cierta suma como derechos de autor y que... aún no la he cobrado.

Para entonces me hallaba ya de regreso en París y en una situación excepcional porque, por primera vez en mi vida, había aceptado un cargo público y era Secretario en nuestra Legación. Pensaba ingenuamente, y no obstante haber escrito *Pueblo enfermo,* que al fin se veía en Bolivia la necesidad de formar diplomáticos profesionales, y me seducía la carrera por considerarme, acaso sin razón, capaz de seguirla con regularidad y cierta competencia, sin querer convencerme todavía de que la diplomacia entre nosotros, es el arte de hacer viajar gratis por el mundo a los amigos políticos y parientes de las gentes de gobierno...

Di la autorización que se me pedía y se hizo una segunda edición del libro, hoy igualmente agotada.

Ese fué el tiempo de las bellas relaciones y de los recuerdos imborrables. Se ensanchó el círculo de mis conocimientos literarios y tuve muchos y buenos amigos. Formamos nuestra *peña* intelectual con Manuel Ugarte, Blanco Fombona, Francisco García Calderón, Juan Pablo Echagüe, Hugo Barbagelata, Ciges Aparicio, Marín Ramos y tantos otros. Organizamos también un yantar quincenal. De vez en cuando se torna banquete el yantar y entre los discursos interesados en que se levantan y consolidan las plataformas, se acentúan a la vez eso que Gœthe llamó "afinidades electivas".

Pero no es sólo en torno de la mesa de los restoranes que se afirman las relaciones. Las salas de redacción se abren también. Primero es *Mundial,* luego *La Revista de América,* e *Hispania* de Londres, sin contar los muchos periódicos diarios del Continente que solicitan nuestra colaboración. Allí, en las revistas, cobramos nuestros artículos, muchos de los cuales se reproducen en los mejores periódicos de América.

Una secreta simpatía nos ha acercado a Rubén.

El poeta ya está en decadencia; pero mantiene invulnerable su rol privilegiado. Ahora es siempre un niño ajado por la edad, canoso. Una timidez enfermiza más bien lo trae desasogado e inquieto por todo. Siente ya miedo por los hombres y son frecuentes sus quejas por las injusticias de la suerte. No quiere ver a nadie sino a quienes los sabe buenos, o sin envidias ni odios. Rehuye todo encuentro inoportuno; repugna conocer a nueva gente; evita citas. Nuestro novelista Jaime Mendoza me pide

presentárselo. Le escribo solicitando una cita y contándole ciertas cosas y su respuesta es breve. Se siente al hombre disgustado, pero que no desea desairar a un amigo que estima:

Mi querido amigo: Le agradezcc sus amables líneas, y le envío mi amistoso saludo

Estoy en esta su casa, para usted, a cualquier hora y cualquier día, sobre todo si me avisa usted con tiempo.

Nada me asombra el parloteo de que usted me habla, pues no he procurado sino hacer el bien a todas las gentes. Yo sigo adelante, bien de salud y de otras cosas. No me ocupo de lo desagradable, gracias a Dios.

Y como se hiciese esperar la visita anunciada:

¿Cuándo me da el placer de verle en mi nuevo domicilio? Como le escribí hace días, a cualquier hora y cualquier día estoy para usted. Y mucho que hablar...

Es que el hombre, no obstante su alardeada impasibilidad, se siente abrumado por el infortunio. Ha acogido a nuevas gentes que le han pagado con ingratitud. Hojas volantes ruedan por el mundo de parla hispana contando sus miserias y debilidades de hombre, sin acordarse para nada del poeta, del creador. Y quienes le insultan y le difaman, se han sentado a su mesa y comido su pan...

Una vez almorzamos solos en un restorán de la orilla izquierda frecuentado por los miembros de la Cámara alta, y cuando le paso la carta de vinos, pide una botella de agua mineral.

—¿No bebe vino, Rubén?

—No; el vino me ha hecho cometer muchos pecados...

Pero su propósito de abstinencia no es formal; es el de un niño caprichoso que se siente contrariado. Pocos días después me cuentan en su casa que el infeliz bailaba desnudo en su alcoba, imitando a ùna fiera de circo enjaulada...

Yo no debo aquí entrar en intimidades indiscretas; y aunque es hoy moda, sobre todo moda inglesa, publicar en la prensa o en el libro todo lo que se relaciona con la vida de los hombres célebres o notables, creo yo que las miserias de esos varones, sus desgracias, sus errores, si bien pueden servir de enseñanza a los demás, hay que publicarlos tarde, cuando el tiempo haya pronun-

ciado su fallo sobre el valor y la jerarquía que esos hombres han de ocupar en la memoria humana.

Por punto general, he de decir, no obstante, que muy pocos de los pocos hombres de letras que conocí y traté de cerca, supieron merecerme estima por su corrección, su sinceridad, buen sentido y grandeza interior. Generalmente he tropezado con personajillos hinchados, rencorosos, vengativos, y, sobre todo, en extremo vanidosos, igual que esas mujercitas fáciles de calleja, pagadísimas de sus personas, llenas de pinturas, polvos y abalorios.

Uno de los hombres que entonces ansiaba conocer, y que sólo siete años después conocí y me sedujo como hombre, fué Don Miguel de Unamuno, el grande don Miguel, como le llamo yo.

El sabio Rector había tenido la gentileza de publicar tres artículos sobre *Pueblo enfermo* en *La Nación* de Buenos Aires y yo, naturalmente, se lo había agradecido por carta.

Entonces comenzó nuestra relación epistolar, que aún continúa.

Una vez, la casualidad me hizo comprar en los bulevares de París un número de *El Imparcial* de Madrid, donde tropecé con una composición poética de Don Miguel. Me gustaron sus versos y le escribí pidiéndole el original. He aquí su respuesta, fragmentariamente cogida:

> Mi poesía que usted leyó en los lunes de *El Imparcial* responde a mi más constante estado íntimo cuya filosofía voy a desarrollar en una obra *Del sentimiento trágico de la vida*... Es más bien de mística, de la desesperación resignada... Ese terrible problema del más allá me persigue como una pesadilla, desde que entré en la pubertad, y toda mi vida es un combate entre el corazón y la cabeza, la fe que me dice sí y la razón que me dice no. ¡Y no acabo de rendirme ni a una ni a otra. Y hay felices (¿?) mortales que se consuelan con eso de que nada se aniquila sino todo se transforma! "Mon moi, qu'on me rende mon moi"! grito con Michelet, o digo con Pascal: "Il faut s'abetir!

Muchos de vosotros, señores, conocéis seguramente, la poesía de ese hombre atormentado. Se titula *A mi tierra madre* y comienza:

> Almohada serás de mi cabeza
> cuando rendida de la idea al peso
> se vuelva a descansar,
> cuando sucumba al fin a la tristeza
> de la muela incesante del progreso
> con su inútil rodar...

Mucho alargaría esta lectura si refiriese con detalles las relaciones que cultivé con algunos hombres representativos y de los que merecí alguna estima. Tendría que hablar de Rodó, Altamira, Blanco-Fombona, Alfonso Hernández Catá, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Ciges Aparicio, Mendilaharsu, Levillier, Barbagelata, y otros; pero el tiempo apremia y proseguiré con lo principal, reservándome para su hora—si esa hora llega—, la publicación de mis apuntes en que danza toda clase de gentes: escritores, poetas, artistas, políticos, maestros y amigos.

*

En esto sucedió una circunstancia fatal para mí porque vino a detener completamente mi actividad intelectual cuando me sentía en pleno vigor y lleno de las más risueñas espectativas: se me propuso escribir la *Historia de Bolivia.*

La relación de este compromiso ya la hice, a largos rasgos, en la dedicatoria de mi primer volumen, *La fundación de la República,* y a ella remito a mis amigos. Sólo añadiré ahora que adquirí ese compromiso creyendo que sabría llenarlo con facilidad, pues no me parecía muy complicada la tarea de coger los hechos conocidos de nuestra historia y comentarlos.

Y, sin embargo, lo más difícil era conocer justamente esos hechos. Así lo vi no bien firmara la escritura privada con la *Socicté d'Histoire* y me puse a estudiar nuestros fastos en las bibliotecas de París.

Entre los datos consignados por nuestros historiadores y los hechos que luego exponían, sorprendí enormes lagunas de tiempo que nada podía justificar y que un lector cuidadoso echa de ver sin muy grandes esfuerzos.

Este primer descubrimiento me hizo comprender que era indispensable proceder a un trabajo preliminar de investigación para agrupar los datos relativos a una persona o a un período determinado de tiempo, como el de una presidencia constitucional o revolucionaria, por ejemplo, y que entre nosotros y dada la infancia política del país, es el medio más seguro de orientarse.

Entonces, y recordando las lecciones de los ilustres Langlois y Seignobos sobre métodos de investigación histórica, comencé a usar el sistema, muy deficiente ya, de agrupar los datos que ad-

quiría de mis lecturas y mis propias observaciones en libros especiales dedicados separadamente a cada período presidencial.

Los datos acumulados con este procedimiento, forman bien pronto una masa compacta de hechos que al referirse a un período determinado de tiempo no pueden explicarse lógicamente, sino cuando se les agrupa en su orden cronológico, rigurosamente observado.

Y esta es otra terrible dificultad. Los datos sobre un hecho cualquiera, llámese político, social, económico, religioso, generalmente no están puntualizados en los libros o relaciones modernos según la fecha de su realización. Entonces hay que acudir a los documentos originales—dígase gaceta judicial, anuario legislativo, prensa política, redactor de las cámaras, gaceta oficial, boletín, proclama, carta privada, diario íntimo, memorias, o lo que sea, en suma—, y situarlos según su fecha cabal para que, al ir ordenándose a medida de su realización, ofrezcan al final un conjunto armónico, cronológicamente dispuesto.

Pero la acumulación en libros de estos hechos, ofrece serias dificultades cuando se entra al período de trabajo activo, pues hace perder un tiempo precioso. Hay que emplear la ficha, de manejo fácil y que, en un reducido espacio, puede explayarse en la mesa de trabajo junto con los documentos de referencia.

Pero con este sistema de acumular todos los hechos producidos, se corre un riesgo inminente y que a veces esteriliza una labor: se corre el riesgo de dejarse ahogar por el documento y por la masa de los hechos a consignarse.

Para este caso aconsejan los especialistas proceder a un segundo trabajo de selección, es decir, escoger los más significativos, aquellos que pueden descubrir las características de la raza, revelar el sentido íntimo de una situación, esclarecer puntos discordantes u obscuros. Con este sistema se desecha todo lo vanal, supérfluo o de mínima significación, pues ya también se sabe que no todos los hechos son históricos en sí o por el mero hecho de producirse, sino que deben tener alcance social o intelectual, es decir, que interesen a una gran parte de la masa colectiva, o impriman corrientes de opinión a esa misma masa.

Verificado este proceso de selección, que requiere, sin duda, un

agudo sentido crítico, recién se procede a una nueva ordenación cronológica de los hechos.

Todas estas labores que así, tan llana como sencillamente, se exponen en un par de cuartillas ante un auditorio cualquiera, requieren sin embargo, una consagración absoluta de tiempo y una resistencia a toda prueba en las disciplinas del estudio, cosa que jamás nunca están habilitadas a comprender quienes practican *sport,* juegan en política sin pensar sobre nada, o cogen el libro como pasatiempo del espíritu adormecido. El investigador, si es prolijo, poco a poco se deja ganar, aun sin quererlo, por la curiosidad de conocer los hechos; luego, quiere darles su significación real dentro de una sociedad; después, trata de darse cuenta de los resortes ocultos que empujan a esa sociedad y quiere enterarse de sus medios de vida económica, sus costumbres, hábitos, preocupaciones, creencias, ilusiones. Ligando unos hechos a otros, los sociales a los económicos y políticos, se obtiene un conjunto de datos que a veces ni se completan ni armonizan. Y recién entonces se enciende la pasión del historiador, si ha puesto verdadera contracción en sus labores. Ya no se contenta ahora con la simple acumulación de datos: quiere por ellos deducir estados de conciencia colectiva. Entonces se preocupa de la psicología nacional arrancando de ella las conclusiones que no le pueden suministrar sus datos. Y para obtenerlos mejores, busca ansiosamente esos documentos de fuente privada porque sabe que los públicos generalmente encubren una falsedad manifiesta, y, a veces, descarada.

Quiero que adviertan mis jóvenes amigos que hasta ahora yo estoy hablando de lo que se hace cuando se trabaja en medios sociales en que los elementos del historiador están de antemano acumulados en edificios especiales y merced al continuo y diario esfuerzo de muchas generaciones de bibliotecarios y archivistas que todo pueblo culto paga y mantiene y cuya sola obligación consiste en recoger, catalogar, y conservar cuanto se produce de impreso en esos pueblos que forman el concierto civilizado del mundo.

Allí el trabajo de recolección ya está hecho por esos hombres. Leyes especiales obligan al editor de cualquier impreso a depositar uno o varios ejemplares en los archivos de la nación o de la comuna; y no hay cosa que se imprima, así sea una Enciclopedia

como un simple boletín electoral o de comercio, que no vaya a ocupar inmediatamente su sitio en los respectivos anaqueles.

Aquí, en el país, todo falta o es deficiente.

Nuestras bibliotecas públicas, creo que con excepción de la de Chuquisaca, son un modelo de desorganización y de pobreza.

Esta de La Paz, por ejemplo, tiene sin duda lo suficiente para procurar sólidos elementos de trabajo a un historiador; pero el desorden que allí reina es un verdadero caos del que jamás uno saldría si no fuese por la colaboración del diligente Director y de los demás empleados, pues no solamente no se conoce el sistema de fichas indicadoras y de referencia, sino que—y esto parece inverosímil—, ni catálogos existen, lo que, francamente, es ya el colmo. Además, parece que una cuadrilla de forajidos (perdón por el término; pero es el único adecuado), hubiese pasado por nuestra biblioteca, pues no hay colección importante de periódicos o revistas que no se halle mutilada por las tijeras de los desalmados.

Francamente, un hombre de cultura moral e intelectual no puede jamás concebir siquiera el criterio o la falta de criterio con que proceden esas personas que por el deseo de aprovecharse de un dato, de una información cualquiera, recurren, por picardía o pereza, al vil instrumento de las tijeras—vil en este caso—, para recortar lo que les interesa de una colección de biblioteca pública, que pertenece a todos en una serie sucesiva de años y de siglos hasta que el papel se deshaga en polvo. Cierto es que aprovechan ellos del dato mismo y a veces sin talento porque lo dan por propio después de una glosa superficial; pero son incapaces de elevarse a considerar el daño que irrogan a los estudiosos circunspectos que investigan una cuestión para luego opinar sobre ella con criterio propio. Generalmente consignan el dato sin indicar la fuente, y, a veces, van más lejos todavía en su audacia: se aprovechan de lo ajeno para darlo por suyo, y así el daño resulta mayor porque se siegan las fuentes en que mañana el país puede reconstruir su pasado, es decir, cuando a nuestra generación de indolentes sucedan otras generaciones activas y laboriosas...

Ahora bien, esa falta de archivos y bibliotecas bien clasificadas, hace que el historiador en Bolivia tenga que organizar él mismo su archivo y su biblioteca; que sea él quien deba preocuparse en buscar datos, ir siempre en pos de papeles, folletos, diarios y de-

más documentos, cosa que quita un tiempo incalculablemente precioso y que eterniza una labor, siendo así, repito, que en otras partes dicha tarea ya está de antemano simplificada en las bibliotecas y archivos públicos. De modo que hacer historia en Bolivia es algo tan difícil y complicado que ya la simple labor de ensayo resulta un esfuerzo meritorio que jamás pueden medir ni calcular quienes creen o se imaginan, sin probarlo, que éste sea un trabajo sencillo y al alcance de cualquiera, como se me dió a entender en un periódico, hace poco...

Lo primero con que se tropieza aquí, es con la falta casi absoluta de espíritu cooperativo y de solidaridad de las gentes. Todo lo del pasado, es cosa muerta para ellos. Todo lo que sea papel viejo, documento, les estorba y molesta, cuando no lo guardan, por excepción, bajo siete llaves dobles.

Eso sí, pocas gentes tan prometedoras como nuestras gentes. Prometen con una seguridad que seduce; pero... ¡es tan fácil prometer para no cumplir!

Y en esto salta una de nuestras fatales características; aquí se encierra una de las claves de nuestra miseria. Aconsejar sin sinceridad; prometer sin propósitos de cumplir; simular siempre...

Y no se crea que hablo de memoria o recordando simplemente las observaciones de nuestro Gabriel René Moreno. Cualquiera, y en todo momento, puede comprobar esto que digo con sólo leer nuestra prensa—el gran espejo—donde sistemáticamente y ya por hábito se deforma, cuando no se falsea, la verdad.

Nada tan desolador como la lectura de nuestros periódicos. Eso produce vértigos cuando siquiera remotamente se rinde culto a la verdad y sinceridad.

Pero no quiero profundizar en esto, que es desolador. Ni el tiempo ni la oportunidad lo reclaman.

Digo, pues, entonces, que la labor de un historiador en Bolivia es más complicada y difícil que en ninguna otra parte del mundo, porque es él mismo quien tiene que reunir documentos, clasificarlos, seleccionarlos y anotarlos.

Esta es la parte más penosa de la tarea. Los documentos faltan y las gentes, en lugar de ayudar, estorban. ¡Oh, si todos fuesen como ese gentil señor de Don Carlos Frías!

Lo supe por propia dolorosa experiencia, y mi tarea resultó

infinitamente más complicada de lo que pensaba, pues acepté un compromiso que lo imaginaba, yo también, fácil de llenar, y vi que esa labor era de muchos hombres en varias generaciones. Se puso a prueba, sin sospecharlo, mi honestidad intelectual y ella me anuló; porque desde ese año de 1912 en que firmé un contrato, no he hecho otra cosa que dedicarme a las tareas de investigación histórica, descuidando otras labores que me habrían acaso procurado una situación mejor de la que ahora tengo.

*

Entretanto ardía la guerra europea, y los manuscritos que debían ser entregados al finalizar el año 1914 fueron pedidos para después de la guerra. Esto me permitió completar mis investigaciones y levantar el andamio completo de la obra desde la revolución emancipadora hasta la llamada *federal* de 1898.

El armisticio de noviembre que puso fin a la guerra, hizo entrever al mundo espectativas de una paz benéfica para todos, justiciera y humana. Nosotros, como pueblo débil, fundamos también algo de nuestras ilusiones en la liquidación de esa cuenta de sangre y de dolor.

Tampoco es esta la oportunidad de referir las aventuras de mi misión diplomática de propaganda en Europa, pues acaso no ha de tardar el día en que lo haga revelando muchas cosas que sería mejor olvidar. De este viaje, sólo recordaré algo que se relacione con esta lectura, contando a mis oyentes dos o tres anécdotas que hagan conocer mejor la personalidad complicada del gran Don Miguel, la figura literaria de mayor relieve en España, pese a la opinión de sus muchos adversarios.

Le anuncié mi visita por una carta dirigida de París. Personalmente no nos conocíamos, como dije, y yo iba temeroso, inquieto quizás: seguramente iba a sufrir una nueva desilución, como tantas otras.

Rodaba el tren por la llanura de Castilla y yo, imitando a Galdós, iba en mi vagón de 3ª, para observar de cerca el tipo del labrador castellano. El viaje de Medina del Campo a la vieja ciudad universitaria apenas dura tres horas y bien podía por ese tiempo dejar los privilegios de mi billete circular de primera, sin daño para nadie, y menos para la Compañía del ferrocarril.

Un día rutilante de mayo. Los sembríos de avena, trigo, garbanzo y cebada ondulan a la cálida brisa de primavera y forman horizonte. Figuraos nuestro yermo andino reverdecido y enjoyado por las plantaciones. De vez en cuando, a lo lejos, un grupo de árboles rompiendo la monotonía del llano. En las ondulaciones, o en la quiebra de un torrente, pequeños viñedos magros y con las hojas casi tostadas.

En el vagón, enjambre de labradores de ambos sexos que charla a gritos sobre el precio de las carretas y los augurios de la próxima cosecha. Algunos rebanan su pan untado de aceite y empedrado de rojos chorizos y beben de sus botas un vino casi morado, que huele a uva; los chicos devoran rojas guindas, enormes y llenas de jugo; una moza blanca y de ojos azules da el seno a su recién nacido, sin turbarse por la gula con que los campesinos admiran su espléndido busto desnudo.

Asomado a la ventanilla yo estoy sumido en el paisaje y bebo la brisa porque en el vagón hay temperatura de horno.

De pronto surge una voz protectriz:

—¡Eh, tú; pásale al del sombrero blanco!

El del sombrero blanco soy yo. Y también del traje, de los puños y del cuello blancos. Porque mis amigos labriegos... van como labriegos.

Un mozo cejijunto, de dientes agudos y apretados, de tez tostada, me ofrece su bota hinchada de licor. Yo me niego a aceptar, agradecido: no sé manejar el aparato. Mi invitante insiste:

—Es fácil. Usted levanta el cuero a la altura de la boca, aprieta y bebe. Mire; así...

Y el mozo jovial hace llover sobre sus sedientas fauces el vino morado que huele a uva.

Yo me dejo tentar y sigo las indicaciones del mozo. Levanto, aprieto... y una gota, una sola gota me humedece la garganta y cuarto litro, o creo que todo el cuero, se vacía en el cuello y el traje blancos...

La carcajada es general. La moza de los senos de vaca lechera es la más regocijada. De tanto reir, llora. Yo me siento ridículo; pero para desarmar a mi gente, río con más gana que ella aunque rabiando por dentro.

No obstante la obstinación de mis invitantes, me niego rotun-

damente a repetir la operación y me engolfo en la lectura de mi Guía de Ferrocarriles, deseoso de elegir un hotel donde llegar. Y encuentro en la pág. 108: "*Hotel Pasaje*. Plaza Mayor. Insuperable confort moderno."

La Plaza Mayor de Salamanca es joya de gran valía en esa ciudad de los recuerdos gloriosos y sabios. Rodeada de elegantes galerías, a la sombra y abrigo de ellas se pasean los estudiantes con agitación de colmenar. Lindos árboles la refrescan en los ardores del estío.

En el hotel de confort insuperable me han alojado en una amplia habitación con magníficos balcones sobre la plaza tallada. Es su solo lujo. Del techo penden dos focos polvorientos y sin pantalla; en medio, una mesilla de pino con una carpeta de color indefinible; en un ángulo, un lavabo de hierro aporcelanado, y, en otro, una cama de hierro oxidado con una colcha que hace pensar en muchas cosas desoladas. Al atravesar por los pasillos he visto que los servicios del gran hotel son... casi primitivos.

A poco estoy en la calle, vestido de nuevo. En la puerta del hotel tropiezo con un mozo a quien tomo por estudiante:

—¿Querría usted decirme por dónde voy a casa de Don Miguel de Unamuno?

—Usted es forastero...

—Acabo de llegar.

—Entonces, espéreme...

Saca su reloj, un enorme reloj de plata y lo consulta:

—Aun tengo unos minutos. Venga usted conmigo. Lo he de llevar.

—¿Es usted estudiante?

—No, señor; soy empleado de comercio.

Llegamos a la puerta y allí me deja mi gentil ciceroni para escapar a su tienda.

Al ruido del timbre, sale una moza a abrirme y adivino en ella a una de las hijas de don Miguel.

Y aparece mi hombre, y al punto le reconozco. Su estatura es regular, acaso más alto que bajo, de cabello y barba canosos, de cutis moreno y tostado como el de un marino. Los ojos le brillan tras los lentes y gasta un traje azul muy oscuro, casi negro, con el chaleco herméticamente cerrado hasta el cuello.

Me doy a conocer y su recibimiento es llano y cariñoso, como a un viejo amigo.

Entramos a su biblioteca, limpia, clara y espaciosa. El piso está cubierto de mosaicos y la estantería es de madera llana. En medio, junto a su mesa de labores llena de papeles, libros nuevos y revistas, hay un estante repleto con libros de autores sudamericanos.

Luego de charlar un momento me invita a salir, porque es Concejal y tiene una reunión a esa hora.

—¿Y dónde se aloja usted?

Le doy el nombre de mi hotel de "confort insuperable" y mi amigo protesta con razón:

—¡Pero hombre! ¡Si hay mejor que eso! ¿Por qué se ha ido usted allí?

—Porque no conozco nada y leí en la Guía...

—No, hombre. Todos los hoteleros dicen lo mismo. Usted se ha de cambiar. Venga conmigo; vamos a conseguirle una pieza en el hotel del *Comercio*. Allí está Serrano y quiere verle...

Yo no sé quién es Serrano y no me atrevo a preguntárselo a mi amigo, por no lastimar la susceptibilidad de... Serrano.

El cambio y la instalación en el nuevo hotel es cuestión de un cuarto de hora, a lo sumo. Don Miguel ha dado las órdenes y todos le obedecen sin chistar, aunque sorprendo un gesto agrio en el semblante del dueño del hotel de "confort insuperable".

Nos damos cita para almorzar juntos, y, al salir, encarga al portero:

—Oiga usted, cuando vuelva Don José, anúnciele que ha llegado su amigo Arguedas.

No pasan muchos minutos y llaman a mi puerta. Adivino a mi amigo desconocido.

Y él era.

Pepe González Serrano vivió aquí, entre nosotros, como empleado o socio del librero González y Medina, pariente suyo y cursando sus estudios de derecho en esta nuestra Universidad. Hijo de un opulento señor de Béjar, es el español más boliviano de cuantos he conocido y espero conocer. Sus recuerdos de Bolivia, y de La Paz, sobre todo, son más intensos y más amorosos que los de

muchos bolivianos que vagan indolentemente por el mundo. Ese español de casa rica, sobresaliente en la Universidad de Salamanca, mimado por los grandes maestros, no tiene sino un deseo ardiente y fervoroso; volver a *su* Bolivia, visitarnos para estudiar algo de nuestra legislación y retornar luego a su patria con objeto de publicar un libro sobre esa materia. El simple hecho de ser boliviano, es título suficiente para que cualquiera que visite la dorada ciudad de la piedra gloriosa, encuentre en *Pepe* González Serrano, a un compañero inteligente, servidor, comedido y lleno de un fervoroso amor hacia Bolivia.

Cuando nos sentamos Don Miguel, *Pepe* y yo a la mesa, casi toda la cristalería ha desaparecido frente al asiento de Don Miguel. Nos sirven; pero los platos de Don Miguel son distintos a los nuestros, lo que me hace ver que el hotelero está habituado con los gustos y costumbres de nuestro amigo.

Es que su disciplina es rígida y estricto el régimen que observa en su vida higiénica. No come carnes; no bebe vino; no fuma. Se alimenta de leche, pan, legumbres y fruta; su sola bebida es el agua. Y se mantiene con una robustez sorprendente.

—¿Cuántos años tengo, Arguedas?—me pregunta en uno de esos momentos en que, refiriéndonos a su régimen alimenticio, celebramos con Serrano la agilidad de su cuerpo robusto y vigoroso.

—Unos cincuenta y cinco, Don Miguel.

—Justo. ¿Y cuántos cree que he de vivir?

—Eso ya es más difícil de adivinar.

—Pues yo le voy a decir: noventa y nueve...

—¿Noventa y nueve, Don Miguel?

—¿Por qué no? Yo no me intoxico con alcohol, ni con cigarro. Me acuesto temprano, duermo bien, paseo todos los días una o dos horas, me levanto antes que el sol. ¿Por qué no he de vivir 44 años más?

Al tiempo de levantarnos de la mesa Don Miguel coge su pan, le arranca la miga y sopándola en agua comienza a amasarla entre sus dedos. Ya en la calle, se quita su sombrero negro de paño y metiéndoselo en el bolsillo echa a caminar con nosotros por las doradas callejuelas, recitando versos y contándonos las historia de los viejos edificios con que a cada paso tropezamos. De rato en

rato lanza un bodoque a una ventana cerrada o a un gorrión que vuela y atrapa en el aire la comida.

Un edificio alto y sólido se hace conocer al punto por los motivos de su decoración exterior que la fotografía ha divulgado por el mundo; es la *Casa de las Conchas*. Y, luego, una plaza con portones dorados; después, la Universidad con puertas primorosas y su aire solemne y señoril; luego, otra plazuela afiligranada, y todo color oro, color claro amarillento. Y la piedra estupenda, magníficamente labrada, con tal profusión de detalles que la imaginación queda confusa y como aturdida, porque se resiste a creer que con la piedra se lleguen a realizar tantos portentos de gracia y de fineza. Es un golpe de mareo y de anonadamiento. Y el entusiasmo se enciende más todavía cuando se ve que esas filigranas de piedra rubia se conservan como si recién hubiesen brotado de la mano de los artistas...

A eso de las tres de la tarde, damos en el Casino. Allí, graves señores beben su café y discuten de política. Don Miguel me lleva de grupo en grupo, presentándome.

Y ahora he de contar esto que muestra la tolerancia de la cátedra en España y la libertad ilimitada de que allí disfrutan los profesores a intelectuales y que hace poco dicen que negó aquí, en pleno Congreso, algún diputado de la nueva situación:

En uno de esos momentos se me vuelve Don Miguel y me dice en voz alta, con esa su voz de temple recio e interrumpiendo a los señores que discuten de política:

—¿Sabe usted, Arguedas, lo que hay que hacer para mejorar la política en España?

—No, señor.

—Pues... ¡suprimir al rey!

Un calofrío de angustia me hace temblar, porque al punto preveo el escándalo; pero nadie dice nada. Cuando más uno de los señores graves sonríe y exclama:

—¡Cosas de Don Miguel!

Ya en la calle:

—¿Y no se juega usted la cátedra con esas sus palabras?

—De ninguna manera. La cátedra la he obtenido por oposición y sólo la muerte o un decreto judicial pueden despojarme

de ella. El Rectorado me lo quitaron porque era un cargo administrativo. Mi cátedra... ¡ni cien reyes!

Nos vamos a su casa. En la puerta encontramos a un rapaz con la cabeza desnuda, como de seis años de edad, de mirada viva e inteligente. Don Miguel asienta la mano sobre la desnuda cabeza de su hijito y le dice con acento fingidamente severo:

—¿Qué haces aquí, *bolsevike?*

Yo me río del mote.

—¿Y por qué le llama usted *bolsevike?*

—¡Qué! Pues ya verá. El otro día le reprendió su madre y vino a quejárseme. Yo dí razón a su madre... ¿y sabe lo que me respondió? Pues oiga: me dijo: "¡Si yo sé que hay que obedecer a los mayores... no nazco!" ¿Qué dice usted?

Al día siguiente desde temprano, ya estamos en la calle los tres amigos. La gente ahora nos mira con curiosidad; pero casi todas las miradas se dirigen a mí. Y yo sorprendo en ellas una muda interrogación: "¿Quién es este forastero a quien nuestro Don Miguel distingue, llevándolo de un lado a otro?

Porque Don Miguel se ha empeñado en hacerme conocer a su amada ciudad y yo le sigo complacido y lleno de una inmensa gratitud. Me siento orgulloso a su lado, feliz de conocer y tratar a un verdadero gran hombre, a un español de vieja cepa, culto, hidalgo, generoso y gran señor...

Esta tarde vamos los tres amigos por las calles vacías y angostas. Don Miguel no cesa de preguntar sobre cosas de la patria boliviana y nosotros de responder. Todo lo quiere saber el ilustre varón: literatura, artes, ciencias, política, religión, usos, costumbres, paisajes. Se ve que está enterado de algunas de nuestras cosas por libros...ajenos.

Penetramos en la Catedral vieja, cuando ya las puertas se han cerrado para el público. Don Miguel golpea, y a su voz se abren de nuevo y sólo para nosotros tres.

En el interior severo y pesado reina la penumbra. Las esculturas de los capiteles esfuman sus contornos en la sombra. Más de dos mil generaciones han pasado por aquí vertiendo su dolor o su esperanza a los pies de las imágenes santas que yacen en sus nichos y altares de piedra. Un Cristo, un Cristo ensangrentado y agónico, muestra en el fondo oscuro de la cripta su palidez traslúcida,

Un silencio terrible hay en el templo de formidables muros. Y, entonces, robusta, surge la voz del maestro recitando fragmentos de un poema:

Este Cristo, inmortal como la muerte, no resucita; ¿para qué? no espera sino la muerte misma. De su boca entreabierta, negra como el misterio indescifrable, fluye hacia la nada a la que nunca llega, disolvimiento. Porque este Cristo de mi tierra es tierra...

"No hay nada más eterno que la muerte; todo se acaba"—dice a nuestras penas—"no es un sueño la vida; todo no es más que tierra; todo no es sino nada, nada nada... y hedionda nada que el soñarla, apesta". Es lo que dice el Cristo pesadilla; porque este Cristo de mi tierra es tierra...

No es este Cristo el Verbo que se encarnara en carne vividera; este Cristo es la Gana, la real Gana, que se ha enterrado en tierra; la pura voluntad que se destruye muriendo en la materia, una escurraja de hombre prehistórico con la desnuda voluntad que ciega, escapando a la vida, se eterniza hecha tierra...

¡Oh, Cristo pre-cristiano y post-cristiano, Cristo todo materia, Cristo, árida carroña revestida con cuajarones de la sangre seca, el Cristo de mi pueblo es este Cristo, carne y sangre hechas tierra, tierra, tierra.

Un como sobrecogimiento sacude el espíritu al oir los retazos de este poema acongojado y de una sonoridad maravillosa en que se admira el espíritu de la lengua, y la angustia de un corazón que desespera por la inmortalidad.

La palabra final de cada período, esa que designa un elemento que en la mente engendra casi por fuerza la idea de renovación y muerte, *tierra, tierra, tierra,* resonaba en la penumbra con una sonoridad dolorosa y llena a la vez de un misterio trágico igual o mayor que cuando de noche se lee *El Cuervo* de Poe y se cree sentir rozar en las sienes el ala leve de la ave agorera y fatal...

Ya en su casa, le pido a Don Miguel su poema, y me lo da al día siguiente, copiado de su mano. Y a su obsequio, hoy reliquia para mí, añade un dije y un recuerdo: un cóndor de papel y su retrato.

Señores: en el seno de esta Universidad, que la deseo Salamanca en Bolivia, y en esta hora en que la política acongoja el espíritu de ese gran español, quiero rendir mi tributo de admiración y profunda gratitud al hidalgo señor de Unamuno, al gran hombre, pura bondad, llaneza y simpatía.

*

En Salamanca, y en su casa, me presentó Don Miguel al insigne joven guitarrista Andrés Segovia, que antes de embarcarse para Buenos Aires, donde ya tenía firmado un contrato, se despedía de su patria después de haber obtenido brillantes triunfos en París y Londres. Cuando al azar de la charla supo que cultivaba antigua amistad con Alfonso Hernández Catá, el celebrado y muy inteligente escritor cubano, se hizo mi amigo porque a Catá le llamaba hermano.

Y en casa de Catá, en Madrid, nos volvemos a encontrar después de una comida.

—¿Vamos donde el viejo?—propone Segovia.

—Vamos; y con Arguedas. Sabe que ha llegado y quiere conocerle...

Tampoco sé yo ahora quién es *el viejo*. Pero ya no tengo escrúpulo en preguntarlo.

—¿El viejo?... Max Nordau, querido. Tiene una preciosidad de hija.

Segovia se nos desprende para hacer llevar su guitarra a casa del demoledor y nosotros hacemos hora en un café literario de no se qué calleja oyendo abominaciones en boca de algunos escritores y periodistas.

Yo ardo en deseos de conocer personalmente al autor de *Degeneración, Las mentiras convencionales* y otros libros famosos y combatidos. Ese hombre ha hecho tabla rasa con los hombres más representativos del siglo XIX. Inexorablemente ha condenado a Tolstoy como a un degenerado superior por su amor a la vida austera, su devoción por el prójimo que sufre, su temor instintivo a la mujer y su deseo de poseerla. A Wagner que, en su concepto, "está cargado, él solo, de una más grande cantidad de degeneración que todos los degenerados juntos", porque presenta esos fatales estigmas del delirio de persecuciones, la manía de grandezas y el misticismo, una vaga filantropía y una sed rabiosa de revuelta, contradicción y anarquía. A Maeterlink, cuyo misticismo infantil e "idiotamente incoherente" le disgusta con horror, porque delata un cerebro desordenado. A Baudelaire, porque "todas sus inclinaciones son opuestas en una profunda aberración a las de los seres sanos; lo que place su olfato, es el olor de la podredumbre; a sus ojos, la vista de las carroñas, pústulas y dolores ajenos; se

siente a sus anchas en la estación del otoño lodoso y nebuloso; sus sentidos no son excitados sino por los placeres sádicos", etc., etc. Huysmans, para él, es el "tipo clásico del histérico sin originalidad"; Ibsen es otro enfermo por sus obsesiones religiosas, sus contradicciones y absurdos, sus instintos antisociales, su odio a la política y las instituciones, su egotismo exacerbado, y, por último "la extraordinaria indigencia de su mundo de ideas". Nietzche se le presenta como el filósofo genuino de la decadencia por su sadismo desesperado, su incoherencia verbal; Zola, en fin, es otro degenerado porque en el espectáculo múltiple de la vida sólo alcanza a ver lo vulgar, lo odioso, etc....

Cierto es que Max Nordau ha sido comparado, creo que por el mismo Don Miguel, con un ciego de nacimiento que hiciese crítica de arte: pasa los dedos por la tela de una obra, y si la encuentra lisa, declara buena la obra; si áspera, mala...

La sinceridad de este hombre no me inspira absolutamente ninguna confianza, porque le he sorprendido en las más flagrantes contradicciones: en *Degeneración* ataca sin medida a todo lo que sobresale; privadamente, alaba todo lo que se le envía.

Y, sin embargo, siento curiosidad por conocerle.

Cuando entramos a la casa del doctor, con Catá, sorprendemos un cuadro atrayente y lleno de intimidad. Segovia está sentado en un diván, tieso, y le brillan sus grandes y redondos lentes quevedescos calados sobre la nariz fina; frente al guitarrista está un caballete con su retrato al pastel que la hija menor del doctor viene ejecutando con bastante acierto. La moza, a pesar de su marcado tipo judío y su nariz algo pronunciada como la del padre, es una preciosidad y tiene un cuerpo delicioso y una juventud rozagante y en plena floración. Su hermana mayor y la madre ocupan un diván de la esquina; el doctor tiene su silla junto al caballete y parece deleitarse con el talento de su hija, a quien adora.

Lo primero que pasma y consterna en el doctor, apenas se le observa un poco, es su boca. Una boca monstruosamente grande, profunda y cavernosa; una boca de hipopótamo que cuando se abre con la risa o el gesto, muestra oscuridades de sima y parece querer tragarse al mundo. Para ocultarla, cuida de su luenga barba, sedosa y ondulante que le cubre el pecho.

Por lo demás, es un hombre atrayente, acogedor, llano y simple,

que se afana en mostrar interés por lo que se le dice o cuenta aun cuando en realidad poco o nada le importe lo que otros digan.

Los dos artistas, el músico y la pintora, se hablan de tú, con esa familiaridad consentida entre gentes de oficios semejantes, y la charla se sustenta en castellano mezclado de francés.

Pero no nos hemos reunido para charlar, sino para oir a Segovia en la intimidad.

La guitarra en manos de este mozo toma el carácter de un instrumento señoril y complicado en el que se puede expresar toda la gama de los acordes más sutiles y de las emociones más profundas. Con ella se puede añorar dichas no alcanzadas en Chopin o dejarse en el extático abandono de la desesperanza en Beethoven, pues tiene matices para todo y es instrumento familiar e íntimo que puede yacer sobre la mesa de trabajo, junto al lecho, o sobre una cuna...

A los pocos días mi antiguo amigo Roberto Levillier, Encargado de Negocios de la Argentina en España y muy celebrado escritor, convoca en mi honor y en un almuerzo a varios antiguos amigos comunes y otros a los que desea presentarme. Entre los conocidos, Don Rafael Altamira, catedrático, senador del Reino, diplomático y perfecto historiador, de carnes frescas pero con la cabellera ya del todo blanca. Don Adolfo Posada, insigne publicista, profesor también y siempre grave y reposado, y Manuel Ugarte. Entre los nuevos, el periodista y ministro de la corona Don Franco Rodríguez y el poeta Eduardo Marquina.

Las muestras de afecto y simpatía, abundan. Gentes de quienes no sospechaba su amistad me la ofrendan generosa y decidida.

En Nueva York, y ya de retorno a la tierra, tropiezo al fin con un ejemplar de *Raza de bronce* cuya primera edición dejé vendida a los inolvidables libreros González y Medina. Su lectura me consterna, pues encuentro el libro pesado, flojo de estilo, a veces incorrecto de lenguaje. Además, es tal la plaga de errores tipográficos que muchos cambian o desvirtúan sustancialmente el concepto de las frases. Tanta es mi contrariedad, que a poco recibo con verdadera fruición la frase de un crítico oriental justamente calificado como uno de los mejores del Continente en estos momentos: "¡Lástima que obra de tan consciente labor,—dijo

Zubillaga—no haya tenido la corrección que merecía... y duele que obra tan noble haya sido impresa con tanto descuido!"...

Hasta ahora ignoro el ambiente que tuvo ese libro en mi patria. Yo sólo leí, aunque tarde, un estudio inteligente y muy comprensivo del joven escritor Gustavo Adolfo Otero, que bien puede ser nuestro crítico nacional, porque tiene fino espíritu de análisis y sabe sorprender lo que se pone entre líneas... En el exterior supo gustar a los poquísimos y contados a quienes, venciendo escrúpulos, mandé el libro, como pronto lo vi por cartas llenas de sincero entusiasmo y algunos artículos de prensa en extremo elogiosos. Fué *Raza de bronce* el que me puso en relación con ese hombre honesto y gran pensador, Gabriel Alomar, el crítico militante de más autoridad en España por su penetración, la sutileza de su ingenio y su enorme cultura intelectual.

*

No he de engolfarme en asuntos relacionados con la política, con nuestra política criolla, llena de vericuetos, trampas y otras parecidas cosas. Por eso no quiero recordar aquí esa aventura de mi exclusión de la Cámara de Diputados, y, por ende, del partido político entonces en el poder y que se iba ya señalando por su disgregación irremediable.

Soporté el ultraje, resignado, y busqué refugio en mis trabajos de historia, convencido íntimamente de que iba haciendo algo más durable que la obra de los políticos, de casi todos los políticos juntos.

Cuando consideré que ya tenía bastantes elementos acumulados me propuse dar comienzo a mi obra.

Mis ilusiones al respecto eran candorosas, pues no habiendo, como no hay, una sola obra de género histórico documental y en lo posible completa, pensé que era el momento de ofrecer la mía a la consideración de mis compatriotas cuyo adelanto cultural es positivo, que nadie desconoce y todos alaban. Pensé que haciendo una edición limitada de 1,000 ejemplares, siempre habría ese número de lectores en toda la república, capaces de adquirir el libro y llenar los gastos de edición, dejando, tal vez, una pequeña ganancia al autor o editor.

Para pensar así, tenía un precedente y me apoyaba en un ra-

zonamiento. El precedente estaba en mi novela *Raza de bronce* cuya tirada completa se agotó en menos de un año. El razonamiento era lógico. La historia de la fundación de la República—decía—ha de interesar a todos mis compatriotas cultos con mayor o igual intensidad que una novela, pues no ha de haber uno solo que no quiera saber con detalles las vicisitudes y los contratiempos que nuestros abuelos hubieron de vencer para echar los cimientos de la nación. Para conocer bien una cosa, es preciso remontarse a los orígenes. Y los nuestros tienen una complejidad dramática cautivante y emocionante, porque allí juegan las pasiones y los intereses de los hombres con una intensidad abrumadora.

Ahora mismo sigo pensando que este razonamiento se presenta a la mente de cualquiera que se dé a meditar sobre semejante asunto. Pero una cosa es la lógica de los razonamientos, y otra parece ser la de los hechos que a veces se suceden aun sin lógica.

Me puse a trabajar con ardor y en pocos meses estuvo concluído el primer volumen, *La fundación de la República.* Una vez en posesión de mi manuscrito, no quise pensar en ningún editor. La tal lógica me aconsejaba que si el libro tenía que venderse, era justo, legítimo y necesario que yo percibiese las ganancias del libro, pues en algo debía estimar el tiempo invertido en esa labor. E hice la edición por mi cuenta, gastando todo el sobrante de mis recursos.

El libro, señores, no se vendió, y la pérdida fué neta, porque la edición la cedí al impresor González y Medina y se perdió en la quiebra que sucedió al incendio de su librería.

Este fracaso me hizo ver que era inútil pensar en el favor del público. Y mi pena fué grande porque vi también anulada por siempre mi labor.

En esta circunstancia un profesor, viejo amigo mio y que seguramente comunicó su ciencia a todos ustedes, universitarios, Don Felipe Esprella, me sugirió la idea de dirigirme al Consejo Universitario para que con los fondos del legado Escobari, no atribuídos desde hace tiempo, ayudase la Universidad a la publicación de mi obra.

Los incidentes de esta cuestión ya los he referido también a grandes rasgos en la dedicatoria de *La fundación de la República;* pero ahora debo añadir que nunca me he sentido tan lastimado

como con la negativa del Consejo Universitario. La herida aún duele, porque está fresca, y es mi intención contar algún día los detalles de esta triste aventura, para hacer ver cómo yo he tenido que actuar penosamente en un medio en que hasta los centros superiores de cultura me fueron hostiles...

Al fin y al cabo el que se dirigía a ese Consejo, no era, como alguien dijo hace poco en un papel, *un cualquiera* que cotizaba su pluma y quería comer o llevar el pan a los suyos. Era un escritor, mediocre si se quiere, pero que había dado ya pruebas de estar capacitado para redactar sin prejuicios los anales dispersos de la historia patria, y merecía, por tanto, alguna consideración, pues que, sin pedir nada para sí ni poner precio a sus muchos años de labor silenciosa, únicamente solicitaba se le ayudase en los gastos de impresión de una obra penosamente construída. Además, su libro había tenido fortuna en Europa donde fué reeditado aunque sin su consentimiento; y algún mérito ha de tener, cuando tal cosa sucedía con su pobre obra, allí donde diariamente gimen las prensas con la impresión de obras nuevas.

Distinta cosa habría sido, y en ello convengo, si en el país abundasen los historiadores y sólo se tropezase con el embarazo de la elección. Pero—y sin vanidad—pocos y contados somos quienes sentimos predilección por este género de estudios, que en otras partes se consideran necesarios, y a esos pocos hay que tratarlos siquiera con estima, pues no hacen sino afanarse por reconstruir el pasado para que sirva de lección en el presente, porque, según la fuerte expresión de Schopenhaüer, un pueblo que no conoce su historia, es como una bestia que sólo vive del momento...

Destruída esta espectativa, tuve que llegar al convencimiento, ya irremediable, de que había edificado sobre arena y que no tenía más remedio que dar por perdidos mis diez años de esfuerzos, volviendo a otro género de labores dentro de mis preferencias intelectuales. Pero no quise resolverme a este sacrificio sin antes llenar mi deuda conmigo mismo, pues no era posible que, esterilizando los años de mi madurez en trabajos preliminares, dejase que la obra se perdiese totalmente sin dar una muestra del modo como pensaba yo, en grande, escribir nuestra Historia.

La materia de cada uno de los volúmenes inéditos la condensé

en unas diez o veinte páginas que forman un capítulo, y, cada capítulo, lleva el título del volumen. Este primer resumen de 200 páginas está publicándose en París y con él he llenado mi compromiso con la sociedad *France-Amérique* y el editor Alcán.

Tomada ya la resolución de no preocuparme más de mis trabajos históricos, un acontecimiento último vino a cambiar el rumbo de mis propósitos: el ofrecimiento que me hizo el gobierno para ocupar un cargo representativo en Europa.

Tampoco debo entrar en los detalles de este asunto, porque es muy reciente y debe permanecer todavía fresco en la memoria de mis oyentes, si es que se han enterado de él.

Unicamente he de insistir sobre dos puntos que me interesa hacer conocer a mis jóvenes amigos de la Universidad, para que no guarden un concepto equivocado de mí y me presten siempre su confianza, si es que tengo la fortuna de merecerla. Y les voy a hablar ese mi lenguaje de honradez y veracidad, el único que conozco y que es mi fuerza, pues son ellos los que, en suma, tienen que juzgarme y su opinión me importa mucho más, ¿por qué no decirlo?, que la de los de mi generación.

Se ha dicho, bajo fe de periodista, que he sido yo quien ha solicitado ese modesto cargo. Esto no es verdad: yo no he pedido nada a este gobierno, ni a ningún otro. Primer punto.

Segundo punto: para aceptar ese cargo yo he consultado con 37 personajes de la política, del mundo social y financiero, de la banca e industria, y sólo 7, por razones puramente políticas los más, me han aconsejado rechazarlo. Consulté también con mi partido político, sometiéndome a una necesaria disciplina, y es con su venia que acepté por fin el Consulado.

Al consultar con mis amigos políticos y personajes representativos, usé de este lenguaje que deseo conozcan los jóvenes:

—"Yo he resuelto irme fuera del país en busca de un ambiente favorable a mis afanes de escritor. Como mis recursos propios son muy limitados, no podré ya trabajar en nuestra Historia, que a nadie interesa sino a nosotros mismos, pues tengo que emplear mi tiempo en otro género de labores de alguna utilidad para mí: escribir para periódicos de América, colaborar en los de España, traducir libros del francés por cuenta de casas editoras, hacer algo, en fin, que aumente mis medios de vida mediante cualquier

trabajo honrado. Ahora bien, el gobierno me ha hecho ofrecer un cargo representativo en Francia, que no tiene nada que ver con nuestra política interna, porque al salir a Europa, yo no voy en representación del partido X o Z, que allí nadie conoce ni a nadie importa, sino que voy llevando la representación comercial de Bolivia, y creo poder llenar con corrección y alguna competencia ese cargo. Yendo con una representación de esta índole que sufragaría mis gastos de inaplazable urgencia, yo bien podría dedicar mi tiempo sobrante a redactar los volúmenes restantes de mi *Historia,* y dejar una obra que no tiene nuestra patria y que bien puede acaso estar concluída para nuestro primer Centenario."

No sé si la fuerza de mi lenguaje o la buena intención de mis propósitos hicieron que los personajes consultados me escuchasen con sumo interés. Y su consejo fué, repito, casi unánime. Y yo quedé satisfecho con todos, aun con los contados que se opusieron, porque vi que eran sinceros conmigo. Y acepté el cargo.

Fué mi delito para algunos. El que lanzó la primera piedra en mi partido, gastó de un lenguaje que me hizo conocer dónde se ocultaba la profunda raíz de todo lo que después se siguió: *"Esto no es posible: unos en la noria, y otros en el alfalfar."*

¡Qué frase tan humana y de tanta luz para esclarecer las cosas ocultas y oscuras!...

Pero no me impresionaron los ataques de la prensa, de cierta prensa. Conozco por qué y cómo se producen. Además, debían de manifestarse, fatalmente. Tenía antecedentes recogidos en esos mismos días y que, en dos palabras, he de referir, para dar una pálida idea de nuestro medio intelectual.

Hace poco estuvo aquí un joven periodista peruano y tuvo la infeliz humorada de escribir un artículo elogioso sobre mis pobres libros. Concluído su trabajo, lo llevó a un periódico adicto al gobierno. Y allí le devolvieron su artículo con esta frase:

—Aquí no publicamos ningún elogio para ningún liberal...

Se fué a otro, cariacontecido, y le respondieron:

—¿Y por qué escribe usted sobre Arguedas? Su obra no vale nada y aquí nadie le hace caso.

Se dirigió, por fin, a un periódico liberal y allí le dijeron que no disponían de espacio...

Quienes así obraban tenían que levantarme guerra. Y tratar

de aniquilarme, sin sospechar siquiera que hace mucho tiempo he adoptado como divisa los versos del pobre, desgraciado y gran Rubén:

Pasó una piedra que lanzó una honda;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda se fué a la onda,
Y la flecha del odio fuese al viento.
La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
Con el fuego interior todo se abrasa;
Se triunfa del rencor y de la muerte,
Y hacia Belén... la caravana pasa!

Lo más curioso es que a esta aventura se mezcló el Parlamento trayendo razones que no venían a cuenta: y entonces renuncié.

Y es que, mis amigos, a mí me ha acontecido la aventura del viajero de que nos cuenta el dulce Guyau.

Una vez llegó un viajero ilusionado a la vera de un sembrío de coles en la orilla del mar latino. Tendió los ojos sobre la inmensa superficie moviente, y, seducido por la grandiosidad del espectáculo, exclamó con éxtasis:

—¡Oh, qué hermoso!

El dueño del campo de coles que cardaba cerca, enderezó su talle y volviéndose a su sembrío asintió con entusiasmo:

—¡Sí; qué hermoso!...

Lo mismo. Otros tendieron los ojos al horizonte contemplando perspectivas alucinantes, y yo me volví a mis coles... Para ellos era la política lo importante; para mí, la Historia...

En todo caso quiero hacer aquí una declaración que me descargue de un peso: he tocado y movido todos los resortes que honestamente un hombre honrado puede mover para salvar su obra, que es la obra mejor de su vida. Todo me ha fallado. Y como no es mía la culpa, no me queda otra cosa que dolerme de mi desgracia, sin acusar a nadie sino a mí mismo que tuve la imprudencia de preocuparme mucho del pasado, aquí donde todos piensan ya no únicamente en el presente, sino en el momento que pasa...

Añadiré, reanudando mi relación, que el resumen de mi *Historia* enviado a Francia y ya completado con algunos detalles sig-

nificativos, forma el reciente volumen que ya conocéis, mis amigos, o sea la *Historia General de Bolivia.* (El proceso de la nacionalidad.)

¿Queréis saber ahora cuál ha sido mi secreto designio al publicar ese resumen? Os lo voy a decir con toda ingenuidad. Ese libro encierra mi queja, la única que hasta ahora he lanzado. Entre sus páginas se lee este mudo lenguaje hacia los míos:

Yo quise daros una obra completa escrita con este procedimiento; quise que conocierais vuestro verdadero pasado con sus estrecheces, su heroísmo estéril, su vaciedad de grandes ideales, su monotonía, su incultura y su sacrificio casi siempre infecundo para aleccionaros y tonificaros con grandes resoluciones para la labor honesta y fecunda; no me lo habéis dejado. Pero como yo me debo a la Patria, ante todo y sobre todo, he llenado mi deuda, a despecho de vuestro desvío, y ahora estoy en paz con ella. Nada debo al medio. Nada a los hombres; pero mi ofrenda está ya depositada en el gran altar. Si vale poco, o no vale nada, otros vendrán mañana, y al encender con ella la hoguera en que se destruyen las flores ajadas y descoloridas de las ofrendas pobres, dirán o reconocerán por lo menos que la intención fué sana.

*

Señores: hemos llegado por fin, al fin. Yo os ruego, rendidamente, no toméis a mal mi actitud, pues yo he hablado mucho de mí mismo y de otros que valen infinitamente más que yo, y no he dicho casi nada de mi obra, y sé que muchos de vosotros no habéis venido sino para saber lo que de ella pienso.

Esto no debo decirlo yo. Tampoco puedo. Mis libros están publicados. Si algo valen, es a otros a quienes corresponde decirlo. Y vivirán acaso. Si nada valen, morirán, por mucho que piense yo lo contrario... Y muchos ya han muerto.

Llegados, pues, al fin, este es el momento en que debo hacer escuchar mi consejo a los jóvenes. Seré breve y rotundo.

Los jóvenes deben mezclarse en política, es decir, participar de las inquietudes de la hora; pero les está vedado apasionarse.

Por las ideas, sí, sentir pasión y con pasión defenderlas, porque el no hacerlo significaría instinto oportunista, convenenciero, calçulador, interesado... Por los hombres, jamás, sobre todo por los caudillos.

Los caudillos son accidentes. Representan en un momento in-

tereses de grupo y obran bajo el imperio de su propia ambición y conveniencia; pero luego pasan, aunque dejando huellas nefastas que la Historia registra y que el esfuerzo austero de muchas generaciones no puede a veces borrar.

La política—arte de buen gobierno—, debe interesar, pues, a los jóvenes. Pero la política—juego para alcanzar un rol o un beneficio— es cosa que deben evitar, porque entonces truecan su fin en un comercio vulgar en que, bajo la ficción estúpida del patriotismo, se explota en provecho propio pequeños intereses del instante a costa del común patrimonio.

Esto, por lo demás, ha sido siempre así en Bolivia. De ahí su decadencia, su espíritu postrado, porque, ya lo dije en otro lugar, todo lo que en un momento acontece, es fruto legítimo, lógico, fatal, de lo que antes se sembró. Y aquí la comparación de Taine, de los granos arrojados en buen terreno, parecidos a los otros de que habla la Biblia.

¿Cómo matar el espíritu de partidismo apasionado e intolerante? Sólo mediante un esfuerzo de reflexión y de voluntad. Pensar siempre en realizar buenos propósitos, apasionarse por las ideas, no seguir nunca a los hombres; honrar y exaltar los méritos; dar constante preferencia a los mejores y más aptos; ser justos, verídicos y desinteresados; obedecer a las disciplinas necesarias; aceptar las jerarquías fatales.

Pero he de señalar un escollo terrible en nuestra política y contra el que se precisa andar con cuidado y prevenidos. Todos los partidos de oposición se hacen indefectiblemente paladines de nobles ideales; suben al poder, y, su primer cuidado, es violarlos con impudor, brutalmente. Y así, el partido puritano de hoy, es el conculcador de mañana...

En esto no se quiera ver un reproche a ningún partido de momento; porque es el ritmo perenne y fatal de nuestra Historia.

Los partidos de oposición caen siempre en la demagogia; los del poder, en el despotismo. Los unos engañan, y los otros también. ¿Y cómo remediar el mal? Siendo profunda y radicalmente sinceros. Sinceros aun contra nosotros mismos, aun contra nuestros propios intereses. El hombre sincero puede errar, equivocarse, cometer faltas; mas nunca sus faltas tendrán la trascendencia de las que se consuman por bellaquería.

Yo creo que la buena política en nuestro país sólo puede realizarse con el concurso de los mejores, sin que el color o la divisa del partido sea un obstáculo de la buena obra. Hoy por hoy, no hay partidos sin tacha en nuestro país. Pretender que los unos son puros y protervos los otros, es sostener una tontería de mala fe, que sólo puede encubrir propósitos inconfesables. Nuestros partidos llevan elementos antagónicos; son como algunos de nuestros ríos: junto a los granos de oro arrastran grandes impurezas. Por eso, la labor de una política sana y honesta es tratar de que se imponga un puro nacionalismo, sin exclusiones injustas u odiosas, sin la divisa vulgar, torcida y maliciosa de "gobernar con los suyos".

Esto, en política.

Hay que estudiar siempre, siempre, siempre. El mundo no se mueve sino por la ciencia; las sociedades no avanzan sino por el empuje de los que saben. Un pueblo sin técnicos, sabios ni especialistas, apenas es superior a las hordas de nuestros bosques. La política, esa cosa que tanto nos apasiona, es obra de sabios y de estadistas y los sabios y estadistas no se improvisan; la diplomacia sólo vence cuando a la habilidad se mezcla el estudio; los legisladores sólo edifican cuando estudian, comparan y se dan cuenta de su propio país; los hombres todos sólo vencen cuando están armados de la capacidad que dan los estudios, la tenacidad y el esfuerzo. Estudiad, pues, sin reposo; jamás dejéis el libro, esa cosa tan enorme que parece vencer a la muerte misma, y rendid homenaje al que se esfuerza en las labores del pensamiento, porque, después de todo, hay algo magnífico y simpático en todos los escritores, poetas y artistas que trabajan en medios cerrados a la ilusión de la belleza, muertos casi para el ensueño, estéticamente incultivados y movidos sólo por el deseo del lucro, de la inmediata ganancia tangible, de la posesión de bienes y honores terrenos: su desinterés.

Y ese desinterés, vedlo bien, es a frío, consciente y aun buscado, lo que aumenta su valor y hace más heroica su actividad.

Saben muchos, los más obstinados o los mejor cultivados, que su obra no les ha de procurar ninguna clase de beneficios; que, quizás,—¡triste cosa!—morirá apenas nazca y... persisten.

La visión de algunos es horrorosa de desnudez, desconcertante,

Algunos hay—y entre ellos me cuento—, que saben que trabajan de balde, o, más bien, que por mayores esfuerzos que desplieguen en su labor, jamás alcanzarán a ocupar el más pequeño sitio en la memoria de nadie tan luego como hayan dejado de producir. Sus afanes culturales les ha hecho pasear por siglos de siglos y ver que de la legión de creadores de cada uno, apenas salvan los más altos, los mejores y que, en suma, son la flor más cultivada y más bella de la especie... y, sin embargo, no se rinden a la desesperanza ni dejan de cultivar su pobre ilusión.

El verdadero intelectual en nuestros países esquivos es algo verdaderamente admirable. El solo resorte que les mueve, es esa su pobre ilusión. No persiguen, como los políticos, por ejemplo, un fin inmediato y una ganancia segura. Ponen su confianza en el tiempo, y, generosos, se mueren... esperando. Y este candor merece alguna simpatía.

Pero, eso sí, no cometáis todavía la imprudencia de descuidar otro género de trabajos positivos por el mero estudio o la creación literaria y artística. Sobre todo, jamás os hagáis la ilusión de creer que la pluma es en la patria un arma que defiende o un instrumento que procura el sustento. La pluma aquí vale menos que el arado o la barreta. Un agricultor, un minero que perseveran, se hacen ricos; un escritor que no hace más que estudiar y publicar, deja en la miseria a los suyos. Y esto, honestamente, no podéis hacerlo; no tenéis derecho a hacerlo.

Al daros este consejo, yo me siento lleno de autoridad, porque es mi experiencia que habla.

Yo, como escritor, no soy nada, nada valgo ni represento en el país. Antes, de más joven, pude acaso creer que mi obra serviría para algo; ahora sé que no sirve para nada.

No me quejo, ni me arrepiento.

Eso sí, una sola cosa reclamo en mi honor: mi pluma jamás ha escrito una sola línea que no sea sobre la Patria. He ensayado, con mala fortuna, diversos géneros; pero en todos no he apartado un solo instante mis ojos del gran solar. Mis muchos años de vida europea pudieron haberme dado derecho para divertir a mis lectores contándoles cosas del bulevar, de los parques versalleses o las tabernas de Montmartre; pude y acaso debí recordar mis correrías sentimentales por las vegas andaluzas, donde se ierguen

regios alcázares de doradas y sensuales leyendas, o los campos severos de la meseta castellana donde se asienta el pueblo blasonado cuyo nombre llevo; acaso debí también evocar las leyendas del Rhin o del Danubio, y los paisajes clásicos de Roma, Venecia o Nápoles; pero, en lugar de las walquirias de cabelleras blondas o de las diosas de la mitología griega, yo evoqué la áspera greña de nuestras indias hurañas y fuertes; en vez de los líricos ruiseñores, seguí el vuelo de los cóndores; en lugar del vino bohemio de las rondas peninsulares o del *cuartier,* abrevé el agua sacudida de nuestros torrentes...

Acaso me equivoqué y sea esto un mal; pero creí que debía hacerlo, y, lo hice.

Señores. Amigos míos. Esta lectura—lo dije al comenzar—es de despedida. En pocos días más, me marcho. Me marcho como un emigrado, es decir, pobremente. Y como el que se va no siempre sabe si ha de volver, quiero formular delante de vosotros mi promesa:

Yo he de seguir trabajando, si vivo, con mi pluma, aunque ya no en cosas de Historia, porque sólo con la pluma puedo trabajar. Y mi pluma no ha de tener sino un solo y único objeto: la Patria, nuestra muy amada Patria...

Cumpliendo el ofrecimiento que nos hiciera hace algunos meses, cuando a su paso por La Habana visitó la redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, el distinguido escritor boliviano Alcides Arguedas nos ha remitido desde París, donde actualmente reside, este muy ameno e interesante trabajo, hasta ahora inédito, cuya lectura reafirma el convencimiento de que los vicios y defectos de que adolecen los pueblos hispanoamericanos son comunes a todos ellos; a tal extremo, que al escribir el autor de *Raza de bronce, Vida Criolla, Pueblo enfermo* y tantas otras notables producciones, sobre el estado político y el ambiente cultural de su patria, parece referirse, en muchos aspectos, a la historia contemporánea, a la política y al ambiente intelectual de nuestro país.

ANTERO DE QUENTAL

En cierto modo existen en la poesía grados dinásticos, en una continua elevación espiritual, transformación del pensamiento hoy, modificación mañana de la idea y de la orientación, ya que, según la prédica de José Enrique Rodó, reformarse es vivir. Debe ser la poesía como una fragua en la que se purifican constantemente el ideal y la fe de las grandes aspiraciones. El verdadero poeta se transforma progresivamente con el tiempo. De tal modo, el que comenzó como mero versador llega a la cumbre en el hermoso desenvolvimiento de sus facultades y de su talento, si en la realidad es el afortunado poseedor de ellas.

Yo no conozco, en el asombroso escenario de la literatura portuguesa, un actor de facultades tan admirables y tan distintas en sus facetas como Antero de Quental. Verdad es que, dentro de la realidad de la belleza, de la emoción y del ritmo, no podemos olvidar ni menos menospreciar a Guerra Junqueiro, Oliveira Martins, Castello Branco y Eça de Queiroz, acaso los más conocidos y traducidos al castellano. Representan, tal vez, éstos la tradición, porque son arquitectos de una literatura o de un estilo personal. De Eça de Queiroz la afirmación puede ser rotunda, ya que siempre se manifestó maestro en la emotividad y alcanzó un inmenso valor espiritual. De Antero de Quental pudiera decirse que nada en él es aparente, sino sinceramente limpio y franco, porque de su copa puede beberse esa poesía fresca y sugerente que brota envuelta en una consoladora sabiduría, interpretando sonidos, sentimientos, anhelos, esperanzas y dolores y que es muchas veces candorosa y dura resonancia de la vida. No concibo que sea po-

sible remontarse más alto un poeta para retrotraer, en una como palpable realización, los hechos humanos en sus variadas facetas, reproduciendo los estados de alma con la serenidad termométrica que marca la fiebre; y en la legión de metros líricos cabalga su harmonía, dando la plena sensación de un vuelo de águilas; de tal modo poeta en el altísimo y exacto sentido de la palabra que Oliveira Martins exclama:

Antero de Quental no hace versos a la manera de los literatos; nacen ellos del alma como sollozos y agonías. Mas a pesar de eso, es elevado y exigente como un artista. Sus lágrimas han de tener el contorno de las perlas, sus gemidos han de ser musicales. Las facultades artísticas generadoras de estatuaria y de sinfonía son las que vibran en su alma estética.

El ejemplo de la espontaneidad salta a cada momento en sus composiciones, porque siempre las anima ese mismo espíritu, ya que en la evolución de su pensamiento solo reconoce, al decir de Oliveira Martins, por fronteras físicas las paredes de su cráneo y es allí donde se fecundan sus anhelos, se alientan sus esperanzas y estallan sus violencias. Siempre es el verso como una campana de cristal por el sonido, y cada estrofa aprisiona el pensamiento original que en *Lamento* (1860-62) dejo a la admiración del leyente en toda su prístina pureza:

Cae en diluvio la luz de la montaña.
¡Es el día! ¡Es el sol! ¡Oh esposo amado!
En la tierra no más hay un cuidado:
no disipar la luz que al mundo baña.

Flor apenas crecida en yermo suelo,
revuelto mar o golfo congelado,
donde ha de ser de Dios todo olvidado
para que nunca tenga alivio el cielo.

¡Dios y padre de toda criatura
que a todos con su amor inmenso asiste
de sus hijos los males recordando!

¡Ah, si Dios a sus hijos da ventura
en esta hora santa, solo y triste
hijo seré; pero hijo abandonado!

Más definida, sin embargo, hallo su poesía en lo que pudiera llamarse la segunda época de su producción literaria. La constituyen cuatro años en que se trueca su vida en un infinito dolor, sin que fuera posible hallar en el remanso de su credo o de su apostolado, el frescor del consuelo. El verso entonces es más fuerte, tallado y fino, a pesar de que, como afirmara Oliveira Martins, siempre es espontáneo. En efecto, *Psalmo* define un estado de alma y es una prueba brillantísima. Hay en el fondo el suave misticismo de Santa Teresa de Jesús y está toda llena de consoladora filosofía. Para determinar la superioridad intelectual del poeta ella basta, porque aparece en la grandeza de su numen delineando su aptitud. Esa manifestación es digna de señalarse y de reproducirse para gloria de su arte:

Esperemos en Dios, él ha tomado
en su mano la masa inerte y fría
de impotente materia y en un día
luz, movimiento, acción, todo le ha dado.

Él, al más pobre de alma ha tributado
amor, desvelo, y lleva por la vía
seguro, a quien le huye y se extravía,
y que en la noche andaba desgarrado.

Y a mí que aspiro a él, y que le amo,
que anhelo conquistar brillo prolijo
ha de negarme el fin de este deseo!

Busca a quien no le quiere, y yo le llamo
y huye de mí, como de ingrato hijo.
¡Oh Dios, mi padre en quien espero y creo!

Si en *Psalmo* ofrece la prueba de su misticismo, lo vemos en la constante renovación de sus valores así como de su pensamiento, en franca consonancia con el credo rodoniano citado al principio, transformado en ateo, perdida la noción de la sonrisa, en *Disputa en familia,* de tal modo renovado al paso del tiempo, que cruza por las viñetas de la ironía, del pesimismo hasta llegar al movimiento nihilista. ¿Es que el poeta no debe ser así? Sin duda que debe serlo, su vida interior conoce todas las vibraciones, siente todos los estados, forma finalmente su personalidad y se impone.

Hasta al buhdismo llegó en su constante renovación Antero de Quental, pues al decir de sus panegiristas "el buhdismo es la religión más filosófica y menos fantasmagórica inventada por los hombres."

De su pesimismo primerizo nacieron *Psalmo, Lamento* y *Tormento de ideal,* donde rompe en la maravilla de su gama de esta manera:

Conoció la belleza el alma mía
y quedé triste, como el que en la sierra
más alta que haya, mira a los pies tierra
y mar, y todo ve en la lejanía

menguar, fundirse a la luz del día.
Así vi el mundo y todo lo que encierra
sin color, como nube que alta yerra
bajo del sol, sobre la mar vacía.

Pido en vano una forma, una idea pura
y encuentro en sombras la materia dura
y hallo la imperfección en cuanto existe.

Llevo la bendición de los poetas
y asentado entre formas incompletas
para siempre seré pálido y triste.

De su ironía hiriente como hoja de acero surgieron *Amaritudo* y *Aparición;* y evocador, pinta con maravilloso pincel en que pone el alma rendida a la belleza ese soneto subyugador de los *Quince años* que se desflora de esta manera:

Amo la gran sombra de las montañas
que abre sobre los largos continentes
sus brazos de roca negra, ingentes
como brazos colosales de arañas.

Allí observan mis ojos tan extrañas
cosas, por ese cielo y tan ardientes
visiones, en el mar de ondas trementes,
y las estrellas, vese allí, tamañas.

Amo, también, la fuerza misteriosa,
amo la idea y la energía vasta
del árbol colosal que nos domina.

Tú, criatura, sé buena y amorosa.
¡Sabe amar y sonreir, y eso me basta!
¡A ti, sólo te quiero, pequeñina!

Mas si altísimo se muestra allí, no lo está menos, en esa admirable pomposidad de los sentimientos, de los motivos y de la emoción, en *Idilio,* amable, tierno y deleitador, y que irradia, para mostrar sólo una estrofa en su lenguaje original, con estos versos frescos y llenos de aroma:

Quando nos vamos ambos, de mãos dadas,
Colher nos valles lyrios e boninas,
E galgamos d'un folego as colinas
Dos rocios da noite inda orvalhadas:

fijando de ese modo la virtud de sus facultades y la gloria de su talento, y la razón para proclamarlo un espíritu superior que ha pasado por todos los grados de la emoción, de la belleza, del ritmo, sobre la ruta amplia de sus visiones, deslumbradora como un paisaje floral, dando la sensación a veces de un abanico desplegado: desde la melancolía hasta el odio, desde la ternura hasta la ironía, con una concepción personalísima de cuanto ha herido sus retinas o ha sacudido su corazón. Así su poesía es sincera siempre y cuando es dolor se presiente la tempestad que desató sus iras sobre su sér; cuando es mística, como en *A la Virgen Santísima,* se percibe el olor de la mirra y del incienso y se le ve postrado de hinojos ante la imagen veneranda; cuando es lúgubre, como en *Elogio a la muerte,* deambula ante los espectros en la alta hora de la noche callada. Alcanza de ese modo una fisonomía personalísima, inconfundible y gallarda. Sensitivo y violento a la vez, hay sin embargo en toda su obra un claro fondo de filosofía y de paz, y en ella se especula con las ideas, se reflexiona hondamente sobre su valor, se va hasta ese límite que da lucidez a las palabras y realidad a las expresiones y, como afirma con justicia Oliveira Martins, "las facultades artísticas generadoras de la estatuaria y de la sinfonía son las que vibran en su alma estética." En efecto, estatuaria es su poesía por lo firme y altiva, por la grave alineación de sus motivos inspiradores, por la gracia que emana de ella, y porque en ella nada es falso, levantándose por encima de lo común en su admirable serenidad y gracia.

Antero de Quental enaltece la poesía portuguesa. La propia hostilidad de la vida hizo de él un poeta consciente, fuerte y de tremendas cóleras; de todos los egoísmos, de todos los dolores, de las infinitas decepciones y de los anhelos visionarios, fundió su rara y original forma de construir el verso; cada arpegio es un eco de la propia existencia, del alma sensible y dilecta, hijo espiritual y magnífico de Goethe conducido a veces por las manos del triste Baudelaire. Se refunden en él maravillosamente las suavidades, las ensoñaciones y los trágicos espasmos. En *Sueño oriental,* en sus dos primeras estrofas, hay una suavidad encantadora cuando cincela de este modo su verso:

Suéñome rey de una isla, maravilla
muy lejana, en los mares del Oriente
donde la luna sobre el agua brilla
y la noche es bálsamo y fulgente;

Aroma de magnolia y de vainilla
impregna el aire diáfano y durmiente
y el mar con finas ondas en la orilla
lame la orla del bosque vagamente.

Para su consagración no cabe la hipérbole. Su obra y su vida ya revelan, sobre la linde de la celebridad ganada con el talento, el árbol frondoso de su imaginación. Sobre su existencia se desencadenaron las tempestades y hasta sobre su nombre ha tejido la tragedia sus telas de prejuicios. Hagamos que la clara fuente de sus versos mitigue ahora nuestra sed de belleza y de paz, y que la mano amable que trazó el *Idilio* se tienda a través del misterio, asomado el poeta al balcón de la muerte, para estrechar la de quien, viajando hacia el pasado, trepa hasta su recuerdo para evocarle grande e inmortal...

HIGINIO J. MEDRANO.

Nueva York, 1922.

BIBLIOGRAFIA (*)

SOLIDARIDAD AMERICANA. Conferencia dada por el Doctor Baltasar Brum, Presidente de la República, en la Universidad de Montevideo, el 21 de Abril de 1920. Autorizada la reproducción. Maximino García. Editor. Ituzaingó, 1416 - Sarandi, 461. Montevideo. 1920. 8º, 32 p.

Desde los tiempos llenos de peligros en que el Dr. Brum ocupaba el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, destacó su personalidad en la América por la valentía de sus orientaciones y por la solución original y adecuada que dió a todos los problemas de carácter internacional que le fueron planteados. El Dr. Brum legisló para la América, con la mirada fija en las necesidades y en el porvenir de la América. El continente americano muestra un caso único en la historia de numerosos pueblos fraternos que viven en inmensos territorios vecinos. Las ideas que inspiren a esos pueblos deben ser propias, pensadas para su realidad, y no las que antes movieron a otros viejos países de cultura y pasado diferentes. El Dr. Brum facilitó las relaciones diplomáticas de la América durante el conflicto armado de Europa, a pesar de la rancia concepción de la neutralidad, desconocida por primera vez en esa forma.

Ahora es también el Dr. Brum quien da el primer paso hacia una mejor vida de relación entre las naciones del Continente. Propone que la Doctrina de Monroe, hasta hoy ley o propósito de uno solo de los pueblos americanos, lo sea de todos pero con una base de igualdad en los derechos y deberes. En su conferencia pronunciada en la Universidad de Montevideo expone sus puntos de vista, que sin duda han sido la base de las proposiciones uruguayas para la reunión de la Quinta Conferencia Panamericana que se efectuará el año próximo en Chile.

Es previsor el Dr. Brum cuando dice que no se debe prescindir "de la acción de los Estados Unidos en los asuntos que interesan al Continente Americano", y no es del todo exacto al afirmar que "las con-

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

quistas europeas en América fueron, hasta ahora, impedidas por la influencia de la Doctrina de Monroe", porque no se puede olvidar el atropello de las Malvinas.

El Dr. Brum propone obviar la dificultad de que la Doctrina aparezca como originada por la actitud superior de un pueblo hacia los demás del Continente, extendiéndola a todos; o mejor: formulando todos "una declaración semejante a la de Monroe, comprometiéndose a intervenir a favor de cualquiera de ellos, incluídos los Estados Unidos, en el caso de que, en defensa de sus derechos, se vieren comprometidos en una guerra con alguna nación extracontinental."

Y resume sus conclusiones en estas seis bases, que copio por su gran interés y por su viabilidad:

"*a)* Todos los países americanos considerarán como agravio propio el que fuere inferido por naciones extracontinentales a los derechos de cualesquiera de ellos, debiendo original aquél, por tanto, una reacción uniforme y común.

b) Sin perjuicio de la adhesión a la Sociedad de las Naciones, deberá constituirse una Liga Americana, sobre la base de una completa igualdad de todos los países asociados.

c) Ningún asunto que, según las leyes de un país, debe ser juzgado por sus jueces o tribunales, podrá ser sustraído de sus jurisdicciones naturales por medio de reclamaciones diplomáticas, y éstas sólo serán admitidas cuando se tratare de un caso evidente de denegación de justicia.

d) Todo hijo de extranjero nacido en el Continente Americano tendrá la nacionalidad del país de nacimiento, salvo que llegado a la mayoría de edad, y encontrándose en el país de origen, expresara su deseo de optar por la nacionalidad de éste.

e) Todas las controversias de cualquier naturaleza y que por cualquier causa surgieren entre los países americanos, deberán ser sometidas al juicio arbitral de la Liga, cuando no pudieren resolverse directamente o por mediación amistosa.

f) Cuando un país americano tuviere alguna controversia con la Sociedad de las Naciones, podrá pedir la cooperación de la Liga Americana."

Dr. José Calicó. Médico del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona. Ex médico del Hospital de la Caridad de Berlín. GUÍA PRÁCTICA DE LOS REGÍMENES ALIMENTICIOS. Segunda edición. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. 1922. 8º, 188 p.

Libro dedicado a dar las bases de un buen régimen alimenticio, tanto para prevenir como para tratar de curar la mayoría de las enfermedades. El Dr. Calicó ha dividido su obra en dos partes: la nutricción y regímenes alimenticios. En la primera, trata de los alimentos de origen animal, los de origen vegetal, las bebidas; en el segundo, de los

distintos sistemas de alimentación que puede emplear el paciente, ya sufra enfermedades del aparto digestivo, del aparato urinario, etc. Y termina dando unas reglas higiénicas, muy atendibles y provechosas.

La mayor parte de las dolencias de la humanidad tienen origen en la deficiente o perjudicial alimentación. El doctor Calicó lo prueba con gran claridad, en la que denota su experiencia y su preparación científica. Afirma el autor que "la cocina ha vencido al laboratorio de farmacia en el tratamiento" de dispépticos, enteríticos, artríticos, etc. Y para todos da un plan seguro, invariable y comprensible en esta guía.

Roberto F. Giusti. FLORENCIO SÁNCHEZ. Su vida y su obra. Agencia Sud-Americana de Libros. Buenos Aires. 1920, 8º, 120 p.

Vida interesante y obra de iniciador, de guía en el teatro ríoplatense: tales fueron la vida y la obra de Florencio Sánchez.

Hemos permanecido tan apartados, que la existencia de Florencio Sánchez nos fué revelada cuando ya estaba muerto. En 1918 llegó a La Habana un volumen conteniendo tres de sus obras, publicado por la editorial Cervantes, de Valencia. Tuve yo la satisfacción de dar, en *El Día,* la primera referencia entre nosotros de ese dramaturgo, que me causó admiración y entusiasmo por su fuerza y por su audacia. Luego, el viaje de la excelente actriz Camila Quiroga permitió a nuestro público apreciar algunos de los dramas y comedias de Sánchez, como *Barranca abajo, En familia, Los muertos* y *Nuestros hijos,* que son de los más importantes del gran observador. Mirada desde el punto de vista de la difusión, la empresa de los artistas argentinos ha sido de mejores resultados que todos los esfuerzos de la diplomacia, si ha habido alguno. Los diplomáticos de la América tienen un concepto muy limitado de su misión. A veces no son más que fríos personajes, muy ceremoniosos y discretos, que piensan cumplir con su deber asistiendo a las recepciones oficiales, a una que otra función de gala y a muy contados actos públicos. Exactamente lo mismo que el representante de una nación lejana e indiferente a nuestros comunes destinos. En la ociosidad de sus legaciones, no piensan en hacerse embajadores de la vida de su pueblo respectivo. Con habilidad periodística y con amplia visión intelectual, pueden difundir su cultura, dar a conocer sus hombres, sus cosas, su industria, su comercio, su producción. Camila Quiroga y sus compañeros de excursión, personas bien compenetradas del trascendental esfuerzo que estaban realizando, hicieron con relación a obras y autores teatrales la misma labor que deben cumplir todos los diplomáticos de nuestra América, de la Magna Patria, en cada uno de los países del Continente. Porque no son extraños los representantes de los pueblos hermanos, como según parece creen ellos, sino factores del progreso común, delegados en los distintos hogares de una misma familia. Por el abandono de esas gestiones, las verdaderas y únicas en nuestra realidad

de nacionalidades que deben unirse para defenderse mejor, es que el mutuo conocimiento de nuestros problemas y de nuestra situación está retrasado por lo menos en un cuarto de siglo.

Roberto Giusti ha descrito la personalidad de Florencio Sánchez en un centenar de páginas, en la que muestra al dramaturgo en todos sus aspectos: adolescente en Minas, Uruguay, en donde empezó a escribir; de joven, agitador popular, empleado en La Plata, ya dialogador fácil; periodista en Montevideo, en *La Razón,* diario "blanco" cuyo ambiente lo llevó a la revolución de Aparicio Saravia, en 1897; luchador anarquista luego; secretario de redacción del periódico *La República,* en Rosario, Argentina, cargo que renunció por su carácter bohemio; cultivador del noctambulismo en Buenos Aires, en donde formó parte de la alegre sociedad *La Syringa;* colaborador de *El País* y *El Sol,* en donde publicó sus valientes *Cartas de un Flojo;* otra vez diarista anarquizante en Montevideo, periodista en Rosario, y al mismo tiempo agitador ácrata; sin pan ni techo, trata de representar su obra *La gente honesta,* sátira contra sus perseguidores rosarinos que éstos impiden estrenar; *cicerone* de Luis Barzini, corresponsal de *Il Corriere della Sera,* que indignaba a la opinión con sus cartas sobre la Argentina; y por fin autor teatral aplaudido con la comedia *M'hijo el dotor.* Y ya sólo fué hombre de teatro. En menos de seis años escribió Sánchez veinte obras, once de ellas de dos a cuatro actos.

Giusti va haciendo el estudio de cada una de esas obras; un estudio sereno, cariñoso, sin exageraciones ni destemplanzas. El crítico siente admiración por el autor, pero no desconoce sus defectos. Y casi en una sencilla exposición, censura y elogia.

Sánchez murió a los treinta y cinco años de una vida desordenada, en el tiempo en que con la edad acaso habrían llegado a él un poco de quietud y otro poco de empeño para escribir lo que tenía planeado. Su producción, sin embargo, es trascendental, y ninguno todavía la ha superado en ambas riberas del Plata. Resiste el paralelo con la de muy famosos autores del Viejo Mundo. Leamos la afirmación de Giusti: "De Bracco le faltó el gracejo, el diálogo chispeante e ingenioso; le faltó también (y no es de lamentar) la sutileza que convierte con frecuencia al gran dramaturgo italiano en un extravagante casuista, a fuerza de alambicar el espíritu de las situaciones. Por eso mismo, Sánchez es más verdadero. Y de ahí que cada una de sus obras sea un documento valioso de psicología y sociología eminentemente nuestras. Por ellas, si consideramos su contenido humano y lozana originalidad, Sánchez es superior a muchos celebrados dramaturgos extranjeros, medianías que disimulan bajo un arte gracioso y refinado, sus endebles concepciones y superficial observación."

Al comenzar su ensayo, Giusti da una reseña del teatro ríoplatense, cuya rápida evolución puede compararse al desarrollo de aquellos pueblos.

Quien, como el americano de estas latitudes, no haya conocido a Florencio Sánchez, tendrá la satisfacción de admirarlo y quererlo al través de la biografía crítica de Giusti, que es la consagración de un gran psicólogo y dramaturgo de nuestra América. Viendo el formidable drama moral de *En familia,* el de *Los muertos,* las apasionantes escenas de *Nuestros hijos* y *Barranca abajo,* hemos advertido los problemas y los dramas nuestros, y seguramente ocurrirá lo mismo en cada una de las demás naciones americanas. Que es igual en todo el Continente la concepción de la vida, como iguales son allá y aquí las pasiones, e idéntico el porvenir para unos y para otros.

Como representante insigne de nuestra civilización y de nuestra alma, debe ser tenido Florencio Sánchez, el autor que en la obra de Giusti aparece tan humano, arbitrario y magnífico como fué; el pobre escritor atormentado por la enfermedad, tan bien dibujado en este cálido y sobrio ensayo del crítico argentino.

Jules Supervielle. DÉBARCADÈRES. La Pampa — Une paillote au Paraguay — Distances — Flotteurs d'alarme. A Paris. Aux éditions de la Revue de l'Amérique Latine. 2, rue Scribe, 2. 1922. 8º, 118 p.

Jules Supervielle nació en el Uruguay, como Heredia y Augusto de Armas nacieron en Cuba. Igual que ellos, ha consagrado a Francia su vida de poeta.

Ventura García Calderón, en un notable estudio acerca de la nueva poesía francesa, designa a Supervielle el "poeta del exotismo americano". Es que Supervielle conserva, velados por la ilusión que magnifica, los recuerdos de la infancia. En sus versos se nota la parte que ha tocado a la fantasía al mostrar más bellas las visiones del niño, al cubrir con los radiantes colores del ideal los paisajes mirados con asombro en los años primeros de la vida. Sólo él puede cantar con cariño en otro idioma al valiente y esforzado gaucho, a la vaca en el bosque, al Iguazú, al centro del horizonte marino, poema de gran intensidad y frescura, a las tardes, sugerentes, llenas de sueño y de color, a todo lo americano, que sobresale en el espíritu del poeta, a pesar del encanto y las solicitaciones intelectuales de su patria adoptiva. Gradualmente, con la vida que pasa, va sintiendo en francés las emociones indefinidas que guarda su memoria, y las desenvuelve sin trabajo, y se refugia en ellas con fervor y con sinceridad. Porque eso es el libro de Supervielle: un puerto en que el autor busca las policromías deslumbrantes, la pampa, el mar, las islas, el gaucho. Y lo busca para seguir soñando, tal vez infantilmente, como en otros años ingenuos y felices.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, noviembre, 1922.

NOTAS EDITORIALES

EL SEXTO CONGRESO MEDICO LATINOAMERICANO

Durante los días 19 a 26 de noviembre último ha tenido lugar, en esta capital, la reunión del Sexto Congreso Médico Latinoamericano, en el cual casi todas las Repúblicas del hemisferio colombino estuvieron representadas por varios de sus más ilustres médicos y eminentes cirujanos, habiendo tomado parte en las sesiones y deliberaciones del Congreso los Doctores José Arce, David Speroni, Luis Agote y Carlos Robertson Lavalle, delegados de la Argentina; Nascimento Gurgel do Amaral y Gustavo Riedel, del Brasil; Guillermo Munnich, de Chile; Ricardo Gutiérrez Lee e Ignacio Uribe, de Colombia; Solón Núñez y Vicente Castro Cervantes, de Costa Rica; Carlos Alberto Arteta y Alfredo Valenzuela, del Ecuador; Luis Velasco, Salvador Peralta y Héctor Trujillo, de El Salvador; Mario J. Wunderlich, Guillermo Cruz y Lizardo Estrada, de Guatemala; Vicente Mejías Golindres y Camilo Jirón, de Honduras; Jenaro Escalona y Carlos Rodríguez Mendoza, de México; Dámaso Rivas, de Nicaragua; Jaime de la Guardia y Luis de Roux, de Panamá; Andrés Gubetich, del Paraguay; Carlos A. Paz Soldán, Arístides Botto, Leonidas Avendaño y Manuel Velázquez, del Perú; Ramón Baez y Salvador Gautier, de Santo Domingo; Pedro Ernesto Duprat y Miguel Becerro de Bengoa, del Uruguay; y Emilio Ochoa y R. González Rincones, de Venezuela, a los cuales habría que añadir los nombres de casi todos los más conspicuos representantes de la ciencia médica en nuestro país.

De la importancia y trascendencia que ha de tener para la Medicina y la Higiene el citado Congreso, podrá juzgarse por la

siguiente enumeración de los acuerdos tomados y votos formulados por aquél antes de dar fin a sus tareas:

1.—Dedicar en su sesión solemne de clausura, un minuto de respetuoso silencio, puestos de pie los concurrentes, como homenaje rendido a la memoria de Pasteur y de Finlay.
2.—Trasmitir un sentido mensaje de condolencia a los profesionales chilenos, con motivo de las desgracias recientes en vidas y en propiedades, que ha sufrido el pueblo de Chile.
3.—Recomendar a los Gobiernos y a los intelectuales de la América Latina el estudio y la adopción de cuantas medidas sean eficaces para conseguir que en el acrecentamiento de su población predomine el aumento vegetativo; y, también, para que los elementos constitutivos de ese aumento mejoren incesantemente sus características físicas y culturales.
4.—Ratificar solemnemente el Voto del Congreso de Lima, referente a la erección de una estatua a Carrión, en dicha ciudad, encareciendo de los señores Delegados al Congreso, hagan cuanto sea necesario para obtener el cumplimiento de este Voto.
5.—Dirigirse por medio de la Secretaría de Estado de Cuba, a los países representados en este Congreso, por conducto de sus respectivos Gobiernos, para que se gestione de las Empresas Navieras que se dote a todos los buques de pasajeros de un equipo completo de medicina y cirugía de urgencia, y que se incluya en el personal de cada buque un médico y un practicante capaces de realizar cualquier intervención de las llamadas de urgencia.
6.—Recomendar a los señores Delgados de las Repúblicas Latinoamericanas, en las que no existen instituciones especialmente dedicadas al estudio del cáncer, que traten de obtener de sus respectivos Gobiernos la creación de tales establecimintos, con el compromiso de comunicarse unos a otros, en períodos de tiempo prudenciales, el resultado de las investigaciones que realicen.
7.—Dar un voto de apoyo, simpatía y aplauso al importante Código de Moral Médica presentado por el Dr. Emilio Ochoa, a nombre de la Academia Nacional de Medicina de Venezuela, por ser de gran utilidad, recomendándolo para que sirva de base para unificar los procedimientos deontológicos en la América Latina.
8.—Reconocer la conveniencia de que la peste bubónica, la fiebre amarilla y la anquilostomiasis, sean perseguidas hasta la erradicación total, y que el paludismo también sea objeto de primordial persecución en los países infectados.
9.—Acordar, ratificando la resolución votada unánimemente por el Quinto Congreso Médico Nacional de Cuba, que confirma, en el día, la importancia de los métodos clásicos que se derivaron de

la genial concepción de Finlay, y los considera, siempre, como los más recomendables en las campañas que se emprendan para la erradicación de la fiebre amarilla.

10.—Nombrar inmediatamente una Comisión que se ocupe en la organización de una "Asociación Panamericana de Eugenesia y Homicultura", para que ésta tenga su constitución durante o inmediatamente después de la reunión de la Conferencia Pan-Americana que se celebrará en el próximo mes de marzo, en la ciudad de Santiago de Chile, cuna de los Congresos Médicos Latinoamericanos.

11.—Al efecto de impedir, en cuanto sea posible, la propagación de los vicios sociales (morfinomanía, cocainomanía, etc.), nombrar una Comisión del seno del Congreso para que formule un Reglamento o proyecto de Ley para la reglamentación de la venta internacional del opio y de sus derivados, de la cocaína y demás alcaloides análogos.

12.—Solicitar de los Gobiernos de los países que aún no se han adherido a la Convención de Montevideo sobre intercambio de títulos de las profesiones liberales, lo hagan a la mayor brevedad posible, a fin de que se haga extensivo el intercambio profesional a todas las naciones de la América Latina.

13.—Solicitar de los países de la América Latina que adopten los mismos tecnicismos psico-patológicos para la Medicina Legal, y conseguir que ellos sean introducidos en los Códigos respectivos.

14.—Recomendar a las naciones concurrentes que en los Códigos Penales de las naciones Latinoamericanas la base para las penalidades se funde en el pronóstico anatomopatológico de la lesión inferida, y que el tiempo de curación de ella se tenga solamente en cuenta en las indemnizaciones del lesionado.

15.—Recomendar a la consideración de los poderes públicos de todos los países de América el estudio de la equinococcia, la parangonimiasis y la espiroquetosis bronco-pulmonar, y se permite asimismo insistir, cerca de ellos, en la necesidad de tomar las medidas profilácticas necesarias para disminuir sus estragos y alcanzar algún día su total extinción.

16.—Recomendar a las Universidades Latinoamericanas la dotación de un Museo de Anatomía Patológica en sus Facultades de Medicina, así como dar una mayor importancia a los estudios de Anatomía, Histología y Fisiología patológicas.

17.—Acordar la fundación de la "Asociación Médica Latinoamericana", que tendrá su asiento en la ciudad de Montevideo, Uruguay, y la cual editará una Revista destinada a la publicación de los trabajos médicos latinoamericanos.

18.—Invitar a las Autoridades correspondientes de los países latinoamericanos a que contribuyan a la elaboración de un plan de estudios

uniforme para la América Latina, así como para unificar los procedimientos estadísticos, la terminología médica y las Farmacopeas.

19.—Rogar a los Gobiernos de los países latinoamericanos que se respeten o se expidan las disposiciones legales necesarias para impedir eficazmente la inmigración china.

20.—Rogar a los Gobiernos que por medio de sus Institutos anti-rábicos estudien un método para simplificar el tratamiento preventivo anti-rábico en el hombre.

21.—Recomendar a todos los países de la América Latina la urgente necesidad de organizar asociaciones que inicien una activa campaña educativa y de divulgación para combatir las enfermedades del corazón y especialmente de sus causas mas frecuentes: sífilis, reumatismo agudo o hiperteroidismo, así como de otros factores de arterioesclerosis.

22.—Recomendar a los poderes públicos de los países de la América Latina, la promulgación de leyes relacionadas con el aborto criminal, haciendo responsable al hombre principalmente, y estableciendo protección para la mujer soltera embarazada.

23.—Recomendar a los Gobiernos de la América Latina el apoyo moral y material para el sostenimiento del Instituto "Gorgas", de Panamá.

24.—Rogar al Cuerpo Directivo del "Tratado de Patología Sud-Americano" que el mismo Tratado se denomine "Tratado de Patología Latino-Americano".

25.—Solicitar de los Poderes Públicos de la América Latina el establecimiento de una campaña activa y vigorosa contra la extensión de las enfermedades venéreas.

26.—Recomendar a los Gobiernos de la América Latina, que no posean dichos servicios, el establecimiento en las Facultades de Medicina, de Institutos de Medicina Legal, como anexos, para la preparación de los Médicos Forenses.

27.—Recomendar a los respectivos países latinoamericanos, la adopción de un Reglamento uniforme de Sanidad Marítima.

28.—Recomendar a los poderes públicos de las naciones latinoamericanas la aprobación de leyes encaminadas a asegurar el reposo de la mujer gestante.

29.—Fundar un Comité Latino-Americano de Higine Mental y Nerviosa, el cual tendrá como finalidad, no solamente orientar los estudios sobre la etiología de las enfermedades nerviosas y mentales, sino también sobre la psico-fisiología normal y morbosa, en sus aplicaciones a las diversas actividades sociales, a fin de establecr los medios más eficaces de organizar un Código de recursos profilácticos de las perturbaciones nerviosas y mentales, que será propuesto a los Gobiernos Latinoamericanos.

30.—Encomendar a los Comités existentes actualmente en los distintos países, en unión de los señores Delegados oficiales de cada país,

que gestionen, en la forma que sea más práctica, la ejecución de las resoluciones tomadas en este Congreso, informando ante el Congreso siguiente del resultado de su labor, terminando sus funciones una vez presentado el informe correspondiente.

31.—Hacer público su aplauso al Comité Organizador y a la Mesa Directiva, por el notable acierto con que preparó este torneo intelectual y el intercambio de trabajos científicos entre los países latinoamericanos.

Finalmente se acordó, por unanimidad, que la séptima reunión del Congreso Médico Latinoamericano tenga lugar en la ciudad de México, dentro de un período de tiempo no menor de dos años ni mayor de tres.

CUBA CONTEMPORÁNEA se complace al consignar en sus páginas el resonante éxito obtenido por el último Congreso Médico efectuado en nuestra capital, cuya celebración ha servido de brillante oportunidad para que se pusiera de manifiesto, ante propios y extraños, el muy alto nivel que han alcanzado en Cuba la Medicina y la Cirugía, especialmente esta última, tanto en lo relativo al instrumental empleado como a los métodos operatorios y antisépticos, que nada tienen que envidiar a los que se usan en los países más adelantados de este Continente—sin excluir a los Estados Unidos de Norteamérica—, y aun de la misma Europa.

"CUBA CONTEMPORANEA" Y LA REPRODUCCION DE SUS TRABAJOS

Tanto por la muy legítima satisfacción que han de experimentar sus autores, como porque ello constituye fehaciente testimonio de la favorable acogida que han tenido, en nuestro país y en el extranjero, muchos de los artículos publicados últimamente en CUBA CONTEMPORÁNEA, nos place dar cuenta aquí de aquellos que han sido comentados, reproducidos o traducidos. Entre ellos pueden citarse la nota bibliográfica sobre *La corbata celeste* de Hugo Wast, reproducida por la revista *Nueva Era,* de Buenos Aires, aunque sin indicar su procedencia; el estudio del Sr. José Conangla Fontanilles *Consideraciones sobre el concepto moral de la evolución,* y el artículo titulado *La Historia y los factores históricos*

del Dr. Ramiro Guerra y Sánchez, ambos comentados favorablemente en el número de agosto último de la importante revista *Scientia,* de Milán (Italia); el trabajo del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring sobre *La Enmienda Platt: Su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores,* y el del Dr. Luis Machado acerca de *El Derecho de Intervención,* comentados en la sección titulada *Baturrillo* del *Diario de la Marina,* de La Habana, edición vespertina del 31 del propio mes de agosto; el artículo del Sr. Ernesto Montenegro sobre *La Maestra Gabriela Mistral,* publicado en el número de agosto último, que fué reproducido por el diario habanero *La Discusión,* edición del día 18 de septiembre; el notabilísimo estudio del Dr. Federico Córdova sobre *Juan Montalvo,* inserto en el número de mayo, que ha sido reproducido en el número de septiembre último de la *Revista de Filosofía,* de Buenos Aires, con el título modificado de *El pensamiento de Juan Montalvo;* también traducido al inglés y reproducido íntegramente, con gran elogio, en el número de octubre de la revista *Inter-América,* de Nueva York; y la interesante carta de Manuel Sanguily en que discurre *Sobre la génesis de la Enmienda Platt,* publicada en el número de octubre, que fué comentado in extenso en la referida scción *Baturrillo* del *Diario de la Marina,* edición de la tarde del 17 de noviembre último.

Cuba Contemporánea felicita a los autores de los artículos que han sido comentados, reproducidos o traducidos en importantes periódicos nacionales y extranjeros, y aprovecha la oportunidad de ser este número de diciembre el que completa el trigésimo volumen de su publicación, que lleva ya diez años de existencia, para dar muy sinceras gracias, como expresión del más vivo agradecimiento, a todos los escritores de Cuba y del extranjero que la han favorecido con su colaboración durante esta primera década, la cual representa para Cuba Contemporánea—como para cualquier otra publicación de su índole—, la más difícil etapa de su existencia y, al poderla terminar felizmente, el triunfo indiscutible de una ímproba labor.

PERIODICOS RECIBIDOS

Han llegado a nuestro poder, remitidas por sus directores o editores, las siguientes publicaciones periódicas, cuyo envío agradece CUBA CONTEMPORÁNEA:

A Águia (Río de Janeiro; Brasil), mensual.
Acacia (Manila; Filipinas), quincenal.
Adelante (Salto; Uruguay), mensual
América Brasileira (Río de Janeiro; Brasil).
América Latina (Yokohama; Japón), mensual.
Anales de la Academia de la Historia (La Habana; Cuba), bimestral.
Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras (La Habana; Cuba), trimestral.
Anales de Instrucción Primaria (Montevideo; Uruguay), mensual.
Anales de la Dirección de Sanidad Nacional (Caracas; Venezuela), trimestral.
Aperusen (Foligno; Italia), mensual.
Arquitectura (México; D. F.; México), mensual.
Ateneo de Honduras (Tegucigalpa; Honduras), mensual.
Ateneo de El Salvador (San Salvador; El Salvador), mensual.
Athenaeum (Zaragoza; España), trimestral.
Atlacatl (San Salvador), mensual.
Atlántida (Quito; Ecuador), mensual.
Boletín Comercial e Industrial (Caracas; Venezuela).
Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Caracas; Venezuela).
Boletín de la Academia Nacional de Historia (Quito; Ecuador), bimestral.
Boletín de la Biblioteca Nacional (San José; Costa Rica).
Boletín de la Biblioteca Nacional del Ecuador (Quito; Ecuador), mensual.
Boletín de la Cámara de Comercio de Honduras (Tegucigalpa; Honduras), mensual.
Boletín de la Escuela Normal de Varones (Tegucigalpa; Honduras).
Boletín de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (Córdoba; Argentina).
Boletín de la Real Academia Española (Madrid; España), bimestral.
Boletín de la Secretarín de Educación Pública (México; D. F., México).
Boletín de la Unión Panamericana (Washington; E. U. A.), mensual.
Boletín del Archivo Nacional (La Habana; Cuba), bimestral.
Boletín del Centro de Estudios Americanistas de Sevilla (Sevilla; España), mensual.
Boletín del Colegio de Abogados (Madrid; España), trimestral.
Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores (Montevideo; Uruguay), mensual.
Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores (San Salvador).
Boletín del Museo Social Argentino (Buenos Aires; Argentina), quincenal.
Boletín Histórico de Puerto Rico (San Juan; Puerto Rico), bimestral.
Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones (Ginebra; Suiza), mensual.
Boletín Odontológico Mexicano (México; D. F.; México), mensual.

Boletín Oficial de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de la Isla de Cuba (La Habana; Cuba), mensual.

Bulletin Mensuel des Renseignements Agricoles et des Maladies des Plantes (Roma; Italia), mensual.

Butlleti de la Biblioteca de Catalunya (Barcelona; España).

Ça ira (Amberes; Bélgica), mensual.

Caras y Caretas (Buenos Aires; Argentina), semanal.

Centro América (Guatemala; Guatemala), trimestral.

Cerebro (Buenos Aires; Argentina), bimestral.

Colombia (Medellín; Colombia), semanal.

Colombia (París; Francia) mensual.

Comercio Ecuatoriano (Guayaquil; Ecuador), mensual.

Cosmópolis (Madrid; España), mensual.

Cosmos (San Salvador; El Salvador), mensual.

Cromos (Bogotá; Colombia), semanal.

Crónica Médico-Quirúrgica (La Habana; Cuba), mensual.

Cuba Intelectual (La Habana; Cuba), mensual.

Cuba Pedagógica (La Habana; Cuba), quincenal.

Cultura (Guayaquil; Ecuador), semanal.

Cultura (San Salvador; El Salvador).

Cultura Venezolana (Caracas; Venezuela), mensual.

Chic (La Habana; Cuba), mensual.

Diario Oficial (Asunción; Paraguay), diario.

Diario Oficial (San Salvador), diario.

El Arte Tipográfico (New York; E. U. A.), mensual.

El Fígaro (La Habana; Cuba), semanal.

El Foro (San José; Costa Rica), mensual.

El Heraldo de la Raza (México; D. F.; México), mensual.

El Niño (Panamá; Panamá).

El Obrero (Barcelona; España), quincenal.

El Universal (Caracas; Venezuela), diario.

España (Madrid; España), semanal.

España Evangélica (Madrid; España), semanal.

España Nueva (La Habana; Cuba), semanal.

España y América (Cádiz; España), mensual.

Espiral (San Salvador; El Salvador), quincenal.

Estudio (Cartagena; Colombia), quincenal.

Evolución (La Habana; Cuba), quincenal.

Exporters & Importers Journal (New York; E. U. A.), mensual.

France-Amérique (París; Francia), mensual.

Gaceta Médica de Caracas (Caracas; Venezuela), quincenal.

Heraldo (Medellín; Colombia).

Hispania (California; E. U. A.), mensual.

Humanidades (La Plata; Argentina).

Intentions (París; Francia), mensual.

Inter-América (New York; E. U. A.), mensual.

Juventud (Santiago de Chile; Chile), mensual.

Labor Age (New York; E. U. A.), mensual.

La Campana (San Salvador), mensual.

La Connaissance (París; Francia), mensual.

La Discusión (La Habana; Cuba), diario.

La Escuela Costarricense (San José; Costa Rica).

La Gaceta (Managua; Nicaragua), diario.

La Gaceta de América (París; Francia), trimestrl.

La Gran Logia (La Habana; Cuba), mensual.

La Lucha (La Habana; Cuba), diario.

La Médecine (París; Francia).
La Minerve Francaise (París; Francia), bimestral.
La Musé (Atenas; Grecia), mensual.
La Noche (La Habana; Cuba), diario.
La Pluma (Madrid; España), mensual.
La Prensa (New York; E. U. A.), diario.
La Prensa (San Salvador; El Salvador).
La Razón (Montevideo; Uruguay), diario.
La Reconstrucción (Berlín; Alemania), semanal.
La Revue de Genêve (Ginebra; Suiza), mensual.
La Revue Mondiale (París; Francia).
Las Antillas (La Habana; Cuba), mensual.
Las Nuevas Ideas (México; D. F.; México), mensual.
La Vie des Lettres (París; Francia), trimestral.
Le Correspondant (París; Francia), bimestral.
Les Anales Diplomatiques & Consulaires (París; Francia), mensual.
Logos (San Salvador), mensual.
Mercurio (New Orleans; E. U. A.), mensual.
Mercurio Peruano (Lima; Perú), mensual.
México Moderno (México; D. F.; México), mensual.
Mosaico (San Salvador), mensual.
Mundial (La Habana; Cuba), mensual.
Mundo Latino (Buenos Aires; Argentina), quincenal.
Nosotros (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Novedades (Quito; Ecuador).
Nuestra América (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Nuestra América (Caracas; Venezuela), mnesual.
Nuptalia (Roma; Italia), quincenal.
Nueva Era (Buenos Aires; Argentina), trimestral.
Orto (Manzanillo; Cuba), quincenal.
O Tico Tico (Río de Janeiro; Brasil), semanal.
Pegaso (Montevideo; Uruguay), mensual.
Philelia (Cuenca; Ecuador), mensual.
Plus Ultra (New York; E. U. A.), mensual
Proteo (Montevideo; Uruguay), mensual.
Psiquis (La Habana; Cuba), mensual.
Puerto Rico Ilustrado (San Juan; Puerto Rico), semanal.
Repertorio Americano (San José; Costa Rica), mensual.
Revista Americana de Derecho Internacional (Washington; E. U. A.), trimestral.
Revista Argentina de Ciencias Políticas (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Revista Argentina de Derecho Internacional (Buenos Aires; Argentina), bimestral.
Revista Azucarera y de Agricultura (La Habana; Cuba), mensual.
Revista Bimestre Cubana (La Habana; Cuba), bimestral.
Revista Clínica (Medellín; Colombia), trimestral.
Revista Cubana de Oftalmología (La Habana; Cuba), trimestral.
Revista Chilena (Santiago de Chile; Chile), mensual.
Revista Chilena de Historia y Geografía (Santiago de Chile; Chile), trimestral.
Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo (La Habana; Cuba), mensual.
Revista de Agricultura Tropical (San Salvador; El Salvador), mensual.
Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (Madrid; España), mensual.
Revista de Ciencias Económicas (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Revista de Ciencias Sociales (México; D. F.; México), mensual.
Revista de Derecho, Historia y Letras (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Revista de Economía Argentina (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Revista de Educaçao (Lisboa; Portugal), mensual.
Revista de Filosofía Española (Madrid; España), trimestral.

Revista de Filosofía (Buenos Aires; Argentina), bimestral.
Revista de Instrucción Primaria (Asunción; Paraguay).
Revista de la Enseñanza (San Salvador), mensual.
Revista de la Universidad Nacional de Córdoba (Córdoba; Argentina), mensual.
Revista de la Sociedad Cubana de Ingenieros (La Habana; Cuba), mensual.
Revista de la Sociedad Jurídico Literaria (Quito; Ecuador), mensual.
Revista del Colegio de Abogados de Buenos Aires (Buenos Aires; Argentina), bimestral.
Revista del Ejército y de la Marina (La Habana; Cuba), cuatrimestral.
Revista del Ejército y de la Marina (México; D. F.; México), mensual.
Revista de Medicina y Cirugía de la Habana (La Habana; Cuba), bimestral.
Revista de Puerto Rico (San Juan; Puerto Rico).
Revista Histórica (Montevideo; Uruguay), mensual.
Revista Judicial (San Salvador; El Salvador), cuatrimestral.
Revista Jurídica (Bogotá; Colombia).
Revista Jurídica y de Ciencias Sociales (Buenos Aires; Argentina), bimestral.
Revista Militar (Quito; Ecuador), mensual.
Revista Teosófica (La Habana; Cuba), mensual.
Revista de Revistas (México; D. F.; México), semanal.
Revista de Revistas (San Salvador), quincenal.
Revue de l'Amérique Latine (París; Francia), mensual.
Revue Hispanique (Paríc; Francia), bimestral.
San Antonio (La Habana; Cuba), quincenal.
Sanidad y Beneficencia (La Habana; Cuba), mensual.
Scientia (Milán; Italia), mensual.
Social (La Habana; Cuba), mensual.
Smart (La Habana; Cuba), mensual.
Sparti (San José; Costa Rica), mensual.
Sur América (Bogotá; Colombia).
The American Journal of Sociology (Chicago; E. U. A.), bimestral.
The American Sugar Buletin (New York; E. U. A.), semanal.
The Louisiana Planter and Sugar Manufacturer (New Orleans; E. U. A.), semanal.
The Nation (New York; E. U. A.), semanal.
The New Age (Washington, D. C.; E. U. A.), mensual.
The Republic of Ecuador (New York; E. U. A..
Tribuna Universitaria (Buenos Aires; Argentina), mensual.
Unión Ibero-Americana (Madrid; España).
Variedades (Guadalajara; México), semanal.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1922)

POR MATERIAS

POR AUTORES

Págs.

ERRATAS IMPORTANTES

Pág.	*Línea*	*Dice*	*Debe decir*
34	25	paleontología	paléoetnología
85	14 (nota)	colección	selección
138	7	Daires	Daivies
141	9	Labet	Labat
146	1	Lafitan	Lafitau
153	37	idoneidad	identidad
157	1	Mathivas	Mathias
157	21	*Nacient Key-develler*	*Ancient Key-dweller*
158	9	Rath	Roth
158	27	*folhloe*	*folklore*
209	26	Carrygrane	Currygrane
210	6	Zanta	Zenta
210	9	*exile*	*exil*
210	25	*barbars*	*barbares*
212	4	editar	editarse
213	12	hábito	hálito
221	20	infecciona	inficiona
229	6	inexistente	inconsistente
232	18	inseparable	insuperable
318	31	1919	1918

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL